

Nº 2693

GABINETE DE LECTURA

SUSCRICION A LA LECTURA  
A DOMICILIO

LIBROS ESPAÑOLES, FRANCESES  
INGLESSES E ITALIANOS.

Calle de Ferrésuelo, BARCELONA



DGCL

A

X.155249  
C.1195182



EL ECONOMISTA  
MADRID, ESPAÑA.

---

# LAS GLORIAS ESPAÑOLAS.

---

(LUCAS, Editor.)

ALFONSO GARCIA TELER

Esta obra es propiedad exclusiva  
de la empresa de LAS GLORIAS  
ESPAÑOLAS.

(LUCAS, Editor.)

# EL HECHICERO

DE

## SANCHO, EL BRAVO.

NOVELA HISTÓRICA.

ORIGINAL DE

**D. ALFONSO GARCIA TEJERO.**



**Las Glorias Españolas.**

**BIBLIOTECA SELECTA DE NOVELAS HISTÓRICAS ILUSTRADAS.**

EL HECHICERO

SANCHO, EL BRAVO

NOVELA HISTÓRICA

D. ALFONSO GARCÍA TELERO

Las Glorias Napoléonicas

BIBLIOTECA SELETA DE NOVELAS HISTÓRICAS MEXICANAS



R. 12.0052






**A NUESTROS LECTORES.**

EL asunto que sirve de fundamento á esta novela pertenece á uno de los episodios del reinado azaroso de Sancho IV el Bravo, el que se rebeló contra su padre, autor inmortal de las Partidas.

El sin ventura don Alfonso décimo, el Sábido, encontró, en lugar de un hijo respetuoso y dócil, un príncipe iracundo y vengativo, que le obligó á sufrir los mas acerbos pesares.

Tal fué la conducta de Sancho el Bravo, de cuyo carácter trasladaremos alguna idea en los hechos mas culminantes de su vida, que han de formar la narracion y resumir el interés histórico de nuestra obra.

No presentaremos personaje alguno cuya inmoralidad repugne, como no sean las indignas cualidades



de un rey despótico, avaro de su fortuna usurpada, y las de sus favoritos, que le fascinaron admirablemente para disponer como todos con libertad, ó ser dueño absoluto y soberano de los tesoros, mercedes y honores, que á su antojo se apropiaban ó distribuían.

Una beldad, cándida y virtuosa, flor llena de lozanía y de ternura, blanco de los rencorosos celos de un doncel imprudente; y en fin, víctima del infortunio y de sus angélicos y puros amores, será de las mas interesantes figuras de estos cuadros histórico-novelescos. Habrá, no obstante, sombras terribles de crueldad, que si bien por momentos oscurecen el colorido de la narracion, prestan mas importancia á otras escenas de amor, á multitud de rasgos nobles y atrevidos, tan frecuentes en aquella época, y que positivamente constituyen su verdadera fisonomía.

Por demás nos fuera satisfactorio, si despues de leída nuestra modesta obra, tuviésemos el inconveniente de haber distraído agradable y decorosamente á los aficionados á este género de lectura que con su proteccion tanto enaltecen, y que está llamado, asi como el periodismo, en sus condiciones de imparcialidad y rectitud, está destinado, repetimos, á influir de un modo prodigioso en el progreso moderado de nuestro país.

presentan las venerables figuras de los jueces castellanos Vasco Bascuas y Juan Galvis; la de Diego Portocarrero, tesorero de Burgos, en virtud de orden espesa del rey Alfonso III de León; la del conde soberano Fernán-González, algo distante de la ciudad; la de su condepuerto el valeroso Rodrigo de Vivar, el Cid, y últimamente la de Carlos I (V de Alemania), en cuyo honor se erigió este alto monumento.

## INTRODUCCION.

Burgos, entre las veigas, restauradora de veinos, es el lugar que se apellida porque entre el blasón que luce y campea en su nobilísimo escudo, así como en sus torres y castillos, que entre otros son muy particularmente por su catedral, que entre otros muchos y grandes edificios la honra y enaltece.

**VENID**, carísimo lector, y tú bella y amable lectora, por un instante no más, interin registráis las entretenidas páginas de esta primera parte; venid á la nebulosa márgen del celebrado Arlanzon, cuyas cristalinas ondas bañan el pié de las antiguas almenas de la noble, sombría y antiguamente monástica ciudad de Burgos.

Venid y contemplaremos rápidamente, haciendo una escursión á épocas lejanas, las bellezas artísticas, las glorias que encierran sus sombras y denegridos torreones.

Burgos inspira la idea de otros memorables días, y á la par un sentimiento de religiosidad y de grandeza. Burgos infundirá siempre en el ánimo del filósofo, del sabio, del artista y del viajero, la imagen de su pasado y glorioso yalimiento.

Penetrad por su famoso *Arco de Santa Maria* levantado sobre otra antiquísima torre, desde la cual arrojó el rey don Pedro á Garcilaso, su Justicia mayor, y allí se os

presentarán las venerables figuras de los jueces castellanos Nuño Rasura y Lain Calvo; la de Diego Porcellos, repoblador de Burgos, en virtud de orden expresa del rey Alfonso III de Leon; la del conde soberano Fernán-Gonzalez, hijo ilustre de la ciudad; la de su compatriota el valeroso Rodrigo de Vivar, el Cid, y últimamente la de Carlos I (V de Alemania), en cuyo honor se erigió este altivo monumento.

Burgos, *madre de reyes, restauradora de reinos*, cual orgullosamente se apellida, porque este es el blason que luce y campea en su nobilísimo escudo, se conoce mas, se refleja muy particularmente por su catedral, que entre otros muchos y grandes edificios la honra y enaltece. Destácase el suntuoso y magnífico templo, inspirando una sublime idea con sus descollantes, sombríos y magestuosos capiteles de filigrana, y al penetrar en sus altas bóvedas, crece la admiración, se extasia el espíritu al ver sus magestuosos muros, el crucero, las capillas con sus riquísimos calados, las pinturas, y la gravedad lujosa de sus sepuleros.

No es posible prescindir de contemplar también la renombrada iglesia de Santa Agueda, la célebre Santa Gadea, obra del siglo xv, con sola una nave de arcos ojivales; aquel templo, en el cual el independiente y aguerrido Cid obligó á prestar juramento á don Alfonso VI despues de la muerte de su hermano don Sancho por el aleve puñal de Vellido en el cerco de Zamora.

Tampoco es fácil desprenderse del vivo deseo, del ardiente afán de conocer otro bello edificio, el solitario monasterio de la Cartuja, que aunque no dentro de su recinto, envanece á la antigua corte de Castilla.

El retiro agradable y solidoro de Enrique III, en el cual se halla sepultado don Juan II, es digno de admiracion porque es un monumento de hermosura artistica y magestad cristiana.

Desde la Cartuja hiere al viajero la graciosa perspectiva de un panorama encantador formado por las risueñas calles, molinos, bosques y pueblecillos que se descubren y le animan á penetrar en el interior de la ascética y edificante morada.

Circuida de corpulentos árboles una soledad imponente presentase despues cual una perla deslumbradora por lo magnifico de sus arcos ójivos, sus sillerias góticas, los elegantes calados de piedra, sus primores de filigrana, lo sublime de sus enterramientos, completando la inspiracion religiosa y de irresistible austeridad, la vista del *Campo Santo*, en el cual se alzan lúgubres cipreses, misteriosas cruces de hierro; y cuya silenciosa quietud apenas la interrumpen los cánticos de las aves pasajeras, ó el rezo de los solitarios cenobitas.

Empero lo que mas promueve el interés histórico de su antigua fortaleza es su famoso castillo, que por sí solo trasmite estos hechos, dignos de eterna remembranza.

Elévase al Norte de la ciudad y su fecha piérdese maravillosamente en la lobregez de los lejanos tiempos.

Una circunstancia nos dice que ya existia en el siglo décimo.

Parece fuera de toda duda que en su recinto se albergó en clase de prisionero el rey de Navarra, don Garcia, bajo la autoridad del conde soberano Fernan-González.

En el año 1127 le conquistó el rey don Alfonso VII,

despues de una señalada victoria contra los portugueses.

Don Alfonso X, el Sábio, hizo morir en él al infante don Fadrique y á su rebelde yerno don Simon Ruiz de Haro. Sancho IV el Bravo, hijo del precedente, y en abierta y constante rebeldia contra su padre, mandó encerrar al inquieto infante don Juan, regando tambien con su sangre los muros de la fortaleza don Felipe de Castro, de la comitiva del rey don Enrique II, y Juan Fernandez de Tobar, cuyo castigo decretó el inexorable don Pedro I de Castilla.

Encerró tambien ilustres quanto desventurados príncipes y entre otros al Conde de Benavente, don Fadrique, hijo de Enrique II, á don Jaime, rey de Nápoles, y á don Juan de Figueróa y don Juan de Luna, caudillos de las huestes de los Comuneros.

Hé aqui, lectores, la poblacion famosa, en la cual, y en los últimos años del reinado de Sancho el Bravo, tuvieron lugar las primeras escenas, los fundamentales episodios de nuestro novelesco é interesante drama.

No vamos, pues, á filosofar; nos proponemos describir únicamente escenas caballerescas, chistosos galanteos, rasgos sorprendentes, algunos históricos y terribles, sobre los cuales fundaremos el pensamiento, la accion, el enredo y desenlace de nuestra obra.

CAPITULO PRIMERO

EN LA AÑO DE NUESTRO SEÑOR DE MIL OCHOCIENTOS Y CINCUENTA Y SEIS.

# LA TORRE DEL DIABLO.

PARTE PRIMERA.

# LA TORRE DEL DIABLO.



—Continuó, señores—repuso un joven, cuya fisonomía en extremo simpática, su aspecto como el marabote y su tanar alivo, interesaban vivamente á los circunstantes. —Llamábase Rodrigo de Asilera, y aunque su traje

### CAPITULO PRIMERO.

menos vistoso y elegante, sin embargo, de orgullo, si bien su vida era errante é infortunada por su orfandad é independencia, no contribuía en gran modo á su desventura, la cordia que estaba entre sus parientes, pues cada cual miraba en distinta forma el destino de aquella familia desamparada á impulsos de los ojos y de la razón.

### EL AMOR SIN ESPERANZA.

—Y que tanto me interesa la narracion de mi vida—prosiguió el joven don Rodrigo—y sucediéndole lo de que me ocupaba. Espiraba una fria tarde, allá por los años de 128... es decir, á últimos del siglo XIII, y en tan siniestra hora veíanse al rededor de un lugar ennegrecido y mísero, pues no era otra estancia que la humosa cocina de una venta en las cercanías de Burgos, estaban, repetimos, en torno de la llameante hoguera cinco apuestos caballeros, uno de los cuales narraba sus propias cuitas con gran satisfaccion y holgura de sus camaradas, quienes al parecer no le conocían.

Los pages y el ventero, que oían tambien con gusto la historia de aquel enamorado galan, servian ó escanciaban á los nobles huéspedes sendas copas del delicioso vino de Toro.

—Proseguid don Rodrigo—esclamó un doncel cuyos ojos brillaban con mas fuerza que el reflejo que despedia el acerado y bruñido mango de su puñal.

—Continuaré, señores—repuso un jóven, cuya fisonomía en extremo simpática, su cabello como el azabache, y su mirar altivo, interesaban vivamente á los circunstantes.

Llamábase Rodrigo de Aguilera, y aunque su traje menos vistoso y rico que el de los demás caballeros, procedía, sin embargo, de origen noble, si bien su vida era errante é infortunada por su orfandad é independiente genio, contribuyendo en gran modo á su desventura, la discordia que estalló entre sus parientes, pues cada cual militaba en distinto bando, y la fortuna de aquella ilustre familia desapareció á impulsos de los odios y de la venganza.

—Ya que tanto os interesa la narracion de mi vida,—prosiguió el jóven don Rodrigo—y suspendiendo la de mis primeros días serenos y apacibles, os referiré brevemente el origen misterioso de mi amor, cuya imágen llevo grabada en el corazon; la imágen de una mujer á quien solo en los sueños y delirios la es permitido ver y admirar á mi apasionada y ardiente fantasia.

«Los últimos rayos del sol destacaban su rojiza luz sobre la cumbre de una montaña próxima á Toledo, cuando empecé á bajar su escabrosa pendiente, penetrando por una estrecha senda circuida de altos brezos y jarales que apenas dejaban paso á los perros, rendidos ya de sed y de fatiga.

«La ví por primera vez en aquella dichosa hora, sentada á la florida márgen de un manantial, cuyas aguas, limpias como las perlas, se precipitaban espumosas en la superficie de un pequeño y ameno prado, lindante con un

pequeño albergue, á cuya puerta se hallaba una familia descansando dulcemente de las faenas de la labor.

»El rostro de la encantadora y desconocida beldad era bello y puro como el del ángel de la inocencia: sus cabellos rubios y lucientes como el alba; su faz como el alabastro, y en fin, una sonrisa dulce y melancólica y una mirada cuyo fuego era capaz de abrasar al corazón mas frío é insensible.

»Cuando la jóven me descubrió, lanzóse como tímida cordera al seno de aquella patriarcal familia.

»Sus modales, su fácil decir y su semblante lleno de dignidad y de ternura, me revelaron que no era, que no pertenecía á tan humilde clase.

»El recato me impidió preguntar por su origen, si bien, aunque confusamente, percibí que descendía de Burgos y de gente muy principal en honra y valimiento.

»La causa de su permanencia en aquel retiro, seguía completamente ignorada en el mas impenetrable misterio.

»Unos dias descansé en aquella apacible cuanto dichosa mansión; al oscurecer reuníanse los labriegos de las chozas inmediatas, y pasábamos algunas horas en referir consejas y extraños cuentos tradicionales.

»Mi educación y trato, natural y decoroso, me adquirieron confianza entre aquellas gentes sencillas, pero no me atreví á turbar el sueño de candor que aun resplandecía en la alba frente de tan angelical doncella; mis ojos, no obstante, la revelaron el sentimiento que devoraba mi alma; mi tristeza al despedirme, la hicieron comprender toda la ternura que sentía por ella; mas la honestidad de su cora-

zon, mi deber sagrado de respetarla, oscurecieron aquel efecto arrebatado, aquel delirio que alteró súbitamente el recuerdo de mi vida; entonces envidiable, y desde aquella hora; violenta é insegura, triste y desesperada.

Transecurridos poco más de ocho días, llegué silenciosamente una noche al valle, pregunté á una anciana, á la cual habia favorecido anteriormente con algunas limosnas, y supe que la señora de mi pasion no estaba en la cabaña, y que todos ignoraban su paradero.

»Sufrió al escucharlo un profundo pesar, é inútilmente practiqué las más esquisitas diligencias por encontrarla.

»El resultado fué alejarme de Toledo con el fin de recorrer, si era posible, la España toda en busca de la que era mi sueño, la única felicidad de mi vida.

»Hacé un año que no veo á la hermosa jóven cuya imágen infructuosamente pretendo lanzar del corazon, luchando contra su amor, que de seguro es la antorcha de mi desventura, pero su luz no se desprende de mis ojos, y cual la idea que devora el cerebro de un infeliz demente, así me hiere con indecible perseverancia.

—Pobre mancebo!—esclamó en tono de compasion él mas entrado en años de los caballeros que le escuchaban, y despues le preguntó de esta suerte:

—No sabeis el nombre de aquella misteriosa y linda criatura, objeto de vuestro amor?

—Elvira!

—Cielos!—murmuró en voz baja el mismo que le hizo la pregunta. Su interés, su turbacion, fué conocida por el enamorado galan, quien levantándose y asiéndole las manos en actitud respetuosa y de súplica, esclamó:

—Por Dios! decidme si la conocéis. El dispensadme tan señalado favor.

—No, no, la conozco; he padecido una ligera sospecha, imaginándome fuese... pero no... no es posible.

Dicho esto, desapareció el venerable caballero, prestando ir en busca de uno de sus pages.

Otro de los nobles, admirado y compadecido de la su estraña y sin par malandanza, le preguntó:

—No habeis vuelto á la aldea?

—En diversas ocasiones—repuso Aguilera,—mandé un confidente, empero nadie prestaba oídos á sus demandas. La existencia de Elvira es un secreto. Yo he puesto en acción los mas sutiles resortes, y ora fingiéndome peregrino, ora alegre trovador, he cruzado provincias, visité fortalezas, recorri los oscuros barrios de las ciudades y aun he pídido limosna en los pórticos de infinitos monasterios. Elvira no parece. Elvira me correspondia... cual yo debe ser desgraciada.

—Os compadezco—dijo el mas jóven—y si no os ofendiérais,—prosiguió—me atreveria á proponeros que viniéseis en nuestra compañía. El tiempo hará olvidar esa febril ternura, y tal vez, quién sabe? pudiera ser descubierta su morada.

—Me temo—esclamó un caballero—que esa jóven, tal vez de raza judáica, sufrá hoy el odio que todos los de su despreciable linaje.

—No es sino muy buena y hermosa cristiana,—replicó algo amostazado el aventurero jóven.

Otro de los circunstantes, sin hacerle caso, ó mas bien con desprecio, prosiguió de esta suerte:

—Desgraciadamente, quizá sea exacto vuestro juicio: esa doncella debe pertenecer á la raza de los hebreos, hoy, por desgracia, posesionados de nuestro país, cuya tierra manchan y pervierten.

—Habeis sabido del labrador que la dió albergue?—preguntó el anciano caballero que poco antes habíase ausentado del hogar, y que sin duda escuchó desde fuera las esplicaciones de Rodrigo.

—Desapareció con ella—contestó este.

Uno de los más jóvenes, riéndose al mismo tiempo, exclamó con ridícula petulancia:

—Si yo creyese en brujas y nigromantes, juraría que la tal doncella debe hallarse hechizada ó bajo la influencia de algun maldecido encantamento.

—Advierto que para vuesarcedes—interrumpió lleno de cólera Rodrigo—mi noble dama es objeto de burla y de sarcasmo; y juro al Cid! que nadie osará mantener rostro á rostro tan atrevido como injusto y villano pensamiento.

Levantáronse todos en ademán de defenderse, porque Aguilera habia dirigido su mano al puño de la tizona.

—Qué, tan partidario sois de la belleza?—interpeló un aguerrido mancebo; si sereis tambien vos de su detestable raza?

—Yo soy partidario de mi conciencia—repuse el doncel,—y rechazo todo género de injurias sobre la frente del que las profiera.

—Y sostendreis vuestra opinion?

—A toda hora y con toda clase de armas.

La repentina llegada de un tropel de ginetes, que sin hacer alto causó una viva inquietud á los de la venta, im-

pidió un lance al que Rodrigo con un valor impasible hallábase resuelto.

Como la educacion de los nobles venia siendo de largos años atrás puramente guerrera, no sorprende que Rodrigo, á pesar de ser un doncel enamorado y aventurero, manifestase que poseia un valor sereno é imperturbable.

Su actitud magestuosa, al par que impuso á los desconocidos huéspedes, les inspiró una favorable idea de su genial gallardo y caballeresco. A una señal que hicieron los recién llegados, dejaron precipitadamente el oscuro ventorri- llo y Aguilera tornó á sus habituales y melancólicas meditaciones acerca de su amor, del cual iba desvaneciéndose la esperanza, en virtud de la densa nube que le ocultaba la hermosa faz de su idolatrada Elvira.

—Como la educación de los nobles venía siendo de los años atrás puramente guerrera, no sorprende que Rodrigo, á pesar de ser un doncel enamorado y aventurero, manifestase que poseía un valor imperdable.

### CAPÍTULO III.

—En aquella majestosa, al par que impetuosa noche de huéspedes, les inspiró una favorable idea de su genial gallardo y caballeresco. A una señal que hicieron los recién llegados, dejaron precipitadamente el oscuro ventorrillo y Aquilera formó una melancólica meditación acerca de su amor, del cual iba desahuciándose la esperanza, en virtud de la densa niebla que le ocultaba la hermosa faz de su idolatrada Elvira.

—No habeis reparado en esa distinguida gente?—preguntó el de la venta á don Rodrigo.

—Comprendo que es de alta y principal alcurnia, mas no me interesan ni su origen ni sus intenciones.

—Voto al diablo! si no estuviéseis tan mal traído por vuestros amores, quizá os convendría saber sus planes: todos son gente de guerra; partidarios del conde don Lope de Haro, y del infante don Juan. Maldicion á la fatal discordia!

Erase Beltran, dueño del ventorrillo, un hombre como de unos cuarenta años, de abultadas formas, pequeño, de rostro áspero y descompuesto y una índole capaz de las mas repugnantes acciones.

Al cerrar el postigo de la venta exclamó:

—Conviene estar á buen recaudo en estos tiempos de reueltas, porque á pretexto de gentes de armas aparecen



multitud de saltadores, y no es cosa de arriesgar nuestra pobre hacienda, dejándola á merced de esos malandrines, que, pese á mi ánima! son como las aves de rapiña que en todo hacen presa.

Vuelto al hogar habló así Rodrigo

— Ahora, si gustais pasar un rato en sabrosa plática, y decirme lo que pensais acerca de la terrible lid que se prepara por esos campos de Castilla, y de lo que por ahí habreis observado en favor del rey don Sancho, yo seré en ello muy complacido á menos que vuestros amores hayan perturbado del todo vuestra cabeza.

Rodrigo de Aguilera tenía necesidad de reposo, y como por otra parte el ventero, el astuto Beltran, no le inspiraba mucha confianza y seguridad, suplicó le permitiese descansar, y habiendo mediado algunas esplicaciones acerca de lo triste que es pasar una noche en el estrecho recinto de una venta, Rodrigo se acurrucó lo mejor que pudo sobre un largo poyo, inmediato á la chimenea, y allí, al amor de la lumbre, cual si estuviese entre riquísimas y nevadas sábanas, sobre un lecho mullido y primoroso, gozó nuestro paladin un sueño de delicias envidiable.

Disponíase Beltran, después de haber dado orden á los criados para que se retirasen, é insistió á su joven huésped, cuando se oyó un fuerte golpe en la puerta.

Salió, no sin prorumpir en espantosas imprecaciones, y vióselo regresar á la cocina con un hombre de feroz aspecto, armado de todas armas y de actitud imponente.

A la sazón dormía don Rodrigo á pierna suelta, de manera que el ventero no tuvo inconveniente en recibir allí mismo al que sin duda debia de ser de confianza, con ob-

jeto al mismo tiempo de que se calentase un poco, pues la noche comenzaba á desplegar un frio intenso é irresistible.

—Bien venido, seor Gonzalo; si llegais há media hora, os espondeis á entrar en descomunal batalla con nuestros mas encarnizados enemigos.

—Diantre!

—Sentáos y os daré un trago.

—Vendrá como unas perlas; hace una noche infernal; pero di, quién es el que tan dulcemente duerme?

—Un doncel muy apuesto, y por lo que lle traslucido, tiene noble idea del rey; confiad, pues, porque aun sin esta favorable circunstancia duermé como un ahorcado.

—Y si no yo le haria guardar respeto; ya sabes los puntos que calzó; por mi abuela, que tengo mas deseos de sacudir mandobles á esos perros del conde de Haro, que de apurar un jarro de la Nava!

Beltran le escanció una copa, y como hubiese oido la última frase, le dijo:

—Pluguiera á Dios que á mi disposicion se hallára! mas contentaos, valiente Gonzalo, con un sorbo de esto que no es de mala madre, y ahora podéis narrar vuestras cuitas, pues ya os escucho.

El hombre se desciñó la espada, y despues de brindar á la salud del rey don Sancho, esclamó:

—Sabroso es en verdad! bueno es lo bueno! Ahora que nadie nos oye, porque un hombre dormido es casi un difunto, oid las importantes nuevas que cofren; pero atiza lá lumbre, que la candela es, despues del pan, la primera gracia del cielo.

—Así lo hizo el de la venta y prosiguió el escudero:

—El conde don Lope, traidor á don Sancho, reúne sus huestes, y de Aragon diceu que en su favor penetrará un numeroso ejército. El rey de Aragon, don Jaime, entra tambien en la liga, de suerte que sin mucho tardar, tendremos una marimorena que asombre, y á quien Jesus le dé, es decir, la victoria, San Pedro se la bendiga.

—Yo no desconfío.

—Eso nunca; el rey vendrá uno de estos dias á Burgos; y luego dispondrá de modo que los enemigos salgan escarmentados. El rey no se duerme, es vigilante como el lobo, y arde en ira contra esos ambiciosos que el poder injustamente le disputan. Yo paso á Burgos, y en Zamora, Valencia, Rioseco y otras ciudades, he visto el espíritu en pro de nuestro soberano.

—Pues otros hay que os llevan la delantera.

—Hola! hola!

—Acaban de marchar de aquí diez ó doce ginetes; entre los cuales he podido escuchar el sonido de don Gutierre de Velasco, al parecer hombre insigne y de valia, segun el respeto que le manifestaban.

—Pájaro de cuenta! Pariente de Alfonso de la Cerda...

—Iban muy alborozados; quisieron llevarse á ese doncel, mas los rechazó con dignidad y firmeza.

—Bravo! es de los nuestros.

—Dijeron que el rey de Aragon dará libertad al de la Cerda; que este iba á ser proclamado rey solemnemente para inspirar más confianza á los pueblos; que de antemano ha hecho *ricas mercedes* á sus caudillos y magnates; que ha cedido al de Aragon parte del territorio castellano,

y en fin, otra multitud de noticias, para su causa en estremo lisonjerás. —

—Es decir, que antes del triunfo, ya se están reparando los despojos de la batalla: y sirvé otra copa, y pesen á mi alma, si primero no sufren una espantosa carnicería; y volvió á brindar á la salud de don Sancho. —

—Yo soy portador de unas instrucciones, del alcaide de Burgos y no pasarán muchos dias sin que tengamos de rey dentro de sus murallas al hijo del rey don Alfonso décimo: á quien apellidaban el Sábio, y algunos dicen si fuere ó no semi-brujo, que estaba siempre observando el giro de las estrellas y en consulta con los duendes y nigromantes; y ha perdido la influencia y no es fácil que en Castilla triunfen ya sus partidarios. Supongo que si estalla la contienda te ceñirás la cota, cojerás el arnés y empuñarás la tizona al primer aviso que te envíen. —

—Já... já... —dijo el ventero riendo no estoy ya para esas bromas; sopitas y buen vino; deseo vivir en paz y como Dios mande. Quédese para los hombres de liero eso de andar á caza de aventuras y de tremebundos lanceos, y para los palaciegos ó cortesanos la intriga, el oficio de lujo y de grandeza que les devora. Aquí nati, aquí me encuentre: mi venta es mi hacienda; lo demás no me quita las ganas de comer, ni el descanso, que lá Dios gracias, y aunque pobremente, es completo. —

—Y a veres tú buen saca-tripas, Beltrán —dijole el soldado — para qué deseas otra cosa mas, ni mejor que tu venta? Aquí desplumas al prójimo: aquí espías al viajero: y eso que tienes la conciencia tan limpia como el cañon de la chimenea. —

—Yo, señor Gonzalo?

—Bravos adalides saldrán á la defensa del honor de Castilla.

A este tiempo don Rodrigo, tal vez al ronceo hablar del tremendo soldado, hallóse despierto, muy á su disgusto, porque le habia acatriciado el mas deleitoso ensueño. Y —

—Ah! del buen camarada! Limpie sus ojos y beba una copa.

Don Rodrigo miró atentamente al soldado y no le sorprendieron poco su ruda franqueza y su fisonomía patibularia.

—Pardiez! qué dormía magníficamente.

—Qué magos ni qué duendes! dijo Beltrán vos estais siempre pensando en cosas del otro mundo.

—Si?—preguntó Gonzalo—raro capricho! Yo no creo en esas simplezas y que me ahorquen si me causan miedo; que vengan á mi todas las legiones de brujas que hay en Castilla; voto á Crispo! si de un revés no doy con todos en el infierno!

—Este caballero está enamorado; y sueña con la señora de sus pensamientos.

—Pero es duende ó bruja su enamorada?

—Poco menos, pues no sabe dónde mora y la busca en su busca por todas partes.

—Lástima que su gallardía se ocupe en amar á una vision! por todas las que realmente vemos y palpamos; no perderia yo un instante de mi vida!

—Bizarro escudero;—esclamó Rodrigo,—yo soy víctima de un fuego terrible y devorador; y aunque así no fuese, la ansiedad, el noble amor propio me haria pasar los me-

ses en busca de la que amo. Cada cual es hijo de sus acciones.

—Tan invisible se ha hecho esa preciosa criatura! que no halleis medio de encontrarla?

—Acabo de soñar que la he de ver muy pronto.

—Y os fiáis de un sueño?—preguntó Beltran.

—Un sueño es muchas veces una grave profecía.

—Con que habeis soñado?

—Háme parecido oír durante mi profundo y dulce reposo, que una voz me alentaba, diciendo: un sábio *adivino* te señalará su morada.

—Un nigromante!—y el ventero y el soldado rieron estrepitosamente. Eran incrédulos.

—No creo en brujas.

—El que tiene por ciertas sus falsedades, no teme á Dios.

—Así es justamente. Mas con permiso del cielo, y no quedándome ya que investigar, consultaré al mismo diablo; si es que existen tan maldecidos seres en la tierra.

—Los diablos son las mujeres: con tu permiso, Beltran, que ahora recuerdo que tienes tu Eva.

—Tambien cree en duendes: hoy ha ido á la ciudad á cumplir un voto.

—Y en dónde pensais ver al nigromante?

—Dijéronme en Valladolid, que existe en Búrgos un sábio judío capaz de descubrir los arcanos de la tierra; le consultaré: si acierta, bien, y si no poco se ha perdido.

—Yo parto en este momento á la misma ciudad, de la que he de salir otra vez antes de la aurora; si os place venir en mi compañía, me holgaré mucho de ello.

—Simpatizo con la gente de armas , acepto vuestra respetable compañía.

Dispusieron los caballos y después de haber cumplido con Beltran , cuyas cuentas fueron muy diferentes de las que acostumbraban á presentar los de su oficio , salieron para las orillas del caudaloso Arlanzon, el uno abrasado con la idea de los combates , y el otro con la deslumbradora llama de sus amores.

—Simpativo con la gente de armas, creó vuestras ros-  
petable compañía.  
Disponieron los caballos y después de haber conuido  
con Beltrán, cuyas cuentas fueron muy diferentes de las  
que acostumbraban á presentar los de su oficio, salieron  
para las orillas del **CAPITULO III** con el apresado  
con la idea de los combates. El otro con la deslustrada  
ra llamas de sus amores.

### LA CASA MISTERIOSA.

Erase una rica y perfumada estancia con muebles de esquisito y régio gusto, con todo el aparato magnífico y propio de la clase mas poderosa y altanera de aquellos tiempos.

Interiormente sobra la ostentacion y grandeza, mas en lo exterior parecia, en vez de un palacio brillante, un sombrío y lúgubre cementerio.

Los altos muros, cerrados, sin ningun ajimez, sin tronera alguna ni mirador, solo tenian una mezuquina puerta y sobre el frontispicio un hueco, en donde oscilaba una linterna, cuyo débil reflejo heria el rostro de la sagrada imágen de un Nazareno.

La casa, oculta en una calle escéntrica de Búrgos, terminaba en la parte superior de uno de sus ángulos en una estrecha, aunque elevada torrecilla, con dos ventanas óji-



nas, transparentándose algunas veces sus denegridos y caprichosos cristales de colores.

Para la torre no existía puerta alguna exterior, por cuya razón era de inferir que la entrada fuese por dentro del palacio.

Tenia este un lindo y oriental pensil, descollando algunos de sus árboles sobre los muros, lo que indicaba que aquel sitio debió pertenecer á encumbrados y feudales señores.

En los tiempos á que nos referimos, únicamente, y de tarde en tarde, veíase aparecer en direccion á la catedral á una respetabilísima señora que juzgaban dueña, y de veinticuatro en veinticuatro horas á un grave anciano, misterioso eremita, que cuidaba silenciosamente la lámpara del Nazareno.

Por estas sombrías circunstancias, aquel palacio se destacaba en el horizonte cual un espectro, y los moradores de Búrgos veíanle con cierta veneracion, que podrá traducirse en miedo, y muy particularmente desde que algunos vecinos dieron en creer que habian visto en la torre fuegos misteriosos, estrellas rojizas y otras señales de la magia ó la hechicería, entonces aterradora, sirviendo admirablemente de arma de especulacion en manos de impuros embaucadores.

La casa abandonada, la casa misteriosa, la torre del Diablo; con estos y otros títulos distinguían aquella mansion, objeto de curiosos rumores, sombra fatídica para los tímidos, y hasta lugar siniestro de alevosías y asesinatos.

No sorprenderá si decimos que apenas cruzaba un ser racional por tan espantosa calle.

Veamos lo que ocurría dentro en hora avanzada de una horrible noche, por la ventisca que zumbaba, y la espesa y blanquísima alfombra de nieve que en breves instantes cubrió el pavimento de la ilustre y venerable ciudad del Cid.

Erase, como habíamos indicado, una estancia lujosa; sobre un sofá de terciopelo carmesí, reclinábase tristemente una suntuosa matrona cuyos cabellos deberían ser ya como la espuma, según los indicios de su tez pálida y rugosa y lo lánguido y cadáverico, así como en el mirar de sus hundidos y secos ojos.

Decíamos que sus cabellos debían de ser canosos, porque la noble hidalga tenía cubierta la cabeza con una blanca y desmesurada toca, y sobre ella un rico y negro manto de seda.

Tenia pendiente de su cintura un enorme rosario con las cuentas de brillante ámbar, con medallitas de oro y de plata.

—Me da el corazón que esta noche hemos de tener huéspedes; cuándo cesarán estas impías guerras! Jesús! Jesús! Alabado sea el Altísimo! Disputarse dos hermanos el trono! Es verdad que ese don Sancho es una furia; bien hace don Gutierre en tener guardada su hija... y aun aquí mismo no estoy muy satisfecha, sin embargo de que esta mansión infunde temor á cien leguas á la redonda. Ha sido excelente pensamiento.

Y tocando el extremo de un cordón de seda, hizo vibrar á lo lejos el sonido apagado y suave de una campanilla.

A poco rato aparecióse un hombre de faz sombría, barba negra poblada, con un ropón de paño burdo, y un

birrete de terciopelo en la cabeza; traia tambien á la cintura un largo rosario.

—Qué mandais, mi muy noble señora?

—Acércate, Lope, y Elvira?

—En el oratorio.

—Se halla mas consolada?

—Su mal no tiene cura: yo creo que es mal de amores.

—Loado sea el Señor!—y doña Berenguela hizo gravemente la señal de la cruz.

—No os admireis de mis juicios.

—Cómo? si no es posible! á nadie ha conocido: salió muy niña de la ciudad; estuvo en una aldea, mejor dicho en un solitario valle. Yo he observado, es verdad, sus anhelantes suspiros!... las congojas violentas de su corazón, la tristeza de su alma... lo pálido de su rostro, en fin, otros indicios de malestar; pero lo atribuia al forzado retiro en que vive, á la ausencia de su padre, y otras causas por este orden.

—Es una presuncion mia.

—Siempre has sido tú malicioso; Dios nos libre! Temo á don Gutierre tanto como á la ira del Señor! Qué cuentas habria de exigirnos! Jesus Nazareno, pobres de nosotros!

—No cavileis, doña Berenguela; puede ser una equivocacion.

—Plegue á Dios que no se realicen tus temores; porque otra cosa seria un milagro.

—El amor los hace maravillosos.

—Es verdad que yo he sido una recatada mujer, inalterable en mis sagrados votos y por lo mismo estuve lejos

de sentir la influencia de las pasiones. Sin embargo, vigilaré, no sea que Satanás, Jesús mil veces... haya penetrado hasta en este solitario y espantable recinto.—

—Yo que soy algo mundano, y Dios me lo perdone, sospecho que en alguno de sus viajes...—

—Calla! silencio, Lope... temo la venganza de los cielos!!—

—El amor es un espíritu; cruza por los aires; penetra los mas gruesos muros, los mas altos castillos, de la misma suerte que despide su fuego en las humildes cabañas de los pescadores. Yo temo que ni los fantasmas fingidos de la torre hayan sido capaces de dar espanto á ese brujo invisible, á ese diabólico y á la vez dulce sentimiento que llaman amor.—

—Loada sea la Santísima Trinidad! Qué dices, Lope? Has olvidado los preceptos cristianos? Yo te creía mas casto y puro, y menos instruido en las perniciosas máximas de la vida pecadora, vida de liviandad y de perdicion. Escucha: ó te arrepientes, ó me obligarás á que de tus pensamientos informe, como es justo, á nuestro poderoso y querido señor. En conciencia no debes permanecer á nuestro lado.—

—Tranquilizaos: no pasan mis temores de leves sospechas; nada sé: nada he traslucido, y si lo supiese, creed en la lealtad de este buen escudero que lo sabriais todo inmediatamente.—

—Seria faltar á la confianza que en nosotros ha depositado don Gutierre; por Dios! Lope, si algo sabes... pero no es posible; recuerda que este antiguo palacio estuvo sin habitar largas épocas; recuerda que infunde pavor á

todo el mundo, y luego con las invenciones infernales de ese diestro mago... y a propósito; es en lo que no estoy conforme: nosotros tan religiosos y verdaderos creyentes; vivir bajo el mismo techo que un judío...! Oh tiempos crueles de saña y de perfidia! El sublime Redentor nos perdone! Mi constante oración no ruega otra cosa.

—El sabio Daniel, no cree en la falsa religion del maldecido profeta: secretamente adora á Jesucristo, y por otra parte, sin su astucia y sus consejos hubiéramos peligrado... además que sus tesoros están siempre á la voluntad de nuestro suspirado rey.

—Verdad que cuando don Gutierre se fia tanto, prendas seguras tendrá de su carácter, y hechos que acrediten su confianza.

En este instante penetró en el salón un hombre alto, de faz rugosa y macilenta, de ojos hundidos, con lengua y blanquecina barba; su traje demostraba que era un judío: positivamente era Daniel, de quien se estaban ocupando la duena y el escudero.

—Loado sea el rey de los reyes, Señor del firmamento!— exclamó con voz hueca y ademán grave el diabólico hechicero; y sin sentarse prosiguió en el mismo tono:

Una señal ha brillado en el oscuro velo del horizonte, consulte al destino, y su pronostico lisongea mis esperanzas: subitamente hacia la parte oriental del río he descubierto una rojiza hoguera; su luz es la aurora de nuestro contento.

—Qué decis, buen Daniel? veremos á don Gutierre?

—Dentro de breves instantes aparecerá en la puerta de esta solitaria mansión.

Y doña Berenguela, á pesar de su repugnancia á los embustes y misteriosos delirios de la astrologia judiciaria, lanzó un suspiro de placer al oír la profética y ansiada nueva del arribo de su señor.

—Lope! dijo imperativamente el mago;—marcha á tu puesto y abre al Mesias de nuestro cariño y que su aparicion sea el iris de consuelo y bienaventuranza para todos.

Hizo una cortés reverencia á la dueña y se alejó magestuosa y enfáticamente á la torre, su favorita y exclusiva morada en el sombrío palacio de los duendes.

Lope, alborozado con la noticia, descendió al jardin, y por una lóbrega calle de cipreses, cuyas figuras se destacaban pavorosas al débil rayo de la linterna, de la cual se servia en casos semejantes, ó en sus nocturnas escursiones á la torre, llegó palpitando á la pueria, y allí le abandonaremos para ir, en tanto que llame el noble don Gutierre, á la capilla en donde hace oracion, resplandeciendo de santidad y de hermosura, su infortunada hija.

Comprendido habrán nuestros carisimos lectores que todo aquel aparato de magia y de misterio, era solo un hábil resorte para producir la natural fascinacion en el vulgo, dispuesto siempre á respetar y aun á temer lo maravilloso y extraordinario.

El caballero don Gutierre, hombre de profundas simpatias hácia don Alfonso de la Cerda, se veia proscrito por el terrible don Sancho de Castilla, y en su existir errante y belicoso, pues dedicábase ardorosamente en pró de la causa de aquel, no le era dable un momento de seguridad y de apacible calma.

Huyendo siempre, conspirando á todas horas contra

don Sancho, no halló lugar seguro, puerto de salvacion para los restos de su adorada familia.

Unido estrechamente á Daniel, hebreo inteligente y rico, por cuyos consejos eligió la ciudad de Burgos para que residiese aquella, comprometiéndose antes el Hechicero á esparcir siniestra fama acerca del vetusto palacio en cuya torre se albergó por algunos días, y aun en ella fué consultado por rondadores audaces y caprichosos, que anhelaban saber el derrotero incierto de su vida.

Para realizar su propósito, instalóse Daniel en la torre, abandonándola repentinamente, no sin haber hecho antes en ella algunas luminarias cuyos reflejos causaron vivo espanto en los que por casualidad las vieron salir por las ventanas en las mas fatidicas horas de la noche.

Transcurrido un mes, volvió cautelosamente á su misterioso albergue, y notando el terror que infundia, encontró la inspirada oportunidad para que morase en el palacio la desdichada familia de su amigo el infanzon don Gutierre.

Solo una vez habia este penetrado en aquel recinto, aunque sus espías le frecuentaban continuamente, con la reserva que en circunstancias tan azarosas les era indispensable adoptar.

Aquella noche, previa la señal de que hizo alusion el *Mago*, y por causa de que mas adelante cumplida explicacion daremos, penetró don Gutierre en Burgos y con él los apuestos hijo-dalgos que le acompañaban, los mismos que ya hemos conocido en la venta.

don Sancho, no halló lugar seguro, puesto de salvación para los restos de su adorada familia.

Fuero espueschamente á Daniel, hébrro inteligente y rico, por cuyos consejos eligió la ciudad de Burgos para que residiese aquella, comprometiéndose antes el Hechicero á espaciar siniestra fama acerca del vetusto palacio en cuya torre se albergó por algunas días, y aun en ella fué confinado por rondadores andantes y caprichosos, que sabían laban saber el derrotado indierdo de su vida.

#### CAPITULO IV.

Para realizar su propósito, instalóse Daniel en la torre, abandonándola repentinamente, no sin haber hecho antes en ella algunas luminarias cuyos restos causaron vivo espanto en los que por casualidad las vieron salir por las ventanas en las más fatídicas horas de la noche.

#### ELVIRA.

Transcurrido un mes, volvió confusamente á su misterioso albergue, y notando el terror que inundaba, encon-

tró la insignada oportunidad para que morase en el palacio Colocada en un reclinatorio de terciopelo negro con borlas de oro, y ante la venerable imágen de Nuestra Señora de la Misericordia, veíase á una jóven de faz hermosa, pues la naturaleza hubo prodigado en ella todos sus seductores encantos.

Era su blondo cabello como los rizos ondulantes de un serafín; sus ojos, sombreados de largas pestañas, tenían un mirar allivo á la par que dulce y melancólico; la blancura de su semblante, débilmente pálido, asemejábase al terso y nacarado matiz de las azucenas; su talle enhiesto y de una esbeltez graciosa; y en fin, su compostura inspiraba un sentimiento de ternura tan penetrante como irresistible.

La jóven no era otra que la bella y sin ventura Elvira,



que á fuer de deidad misteriosa, peregrinaba de un punto á otro, temiendo que sus encantos produjesen peligrosas pretensiones, rivalidades y duelos.

Hallábase en un pequeño pero lindo oratorio que brillaba cual un diamante al vivo reflejo de argentinas lámparas y áureos candelabros; luz esplendente que realzaba el rico dosel de púrpura, sembrado de estrellas, cuyos rayos herian el delicioso y edificante rostro de la Virgen.

Cerró el libro en que leía, y postrada humildemente, despidióse en una tierna invocación de la sacratísima Reina de los cielos.

Su costumbre al oscurecer era visitar á la Virgen y pedirle fervorosamente por la salud de su padre y la salvación de todos los objetos que idolatraba su alma.

Durante el día, si no era crudo y desazonado, paseaba por el jardín, cuya tétrica soledad y árido aspecto entristecian doblemente su espíritu. Otras veces cuidaba de unos lindos y extraños pajarillos, alegres compañeros de infortunio; y en fin, ocupábase en las labores, ó leía al pie de una chimenea, escuchando no pocas veces la mística palabra de doña Berenguela, ó los cuentos y simplezas del fingido Ermitaño, del malicioso escudero Lope.

—La oración,—dijo Elvira, dejándose caer languidamente sobre un alto sillal—el rezo que dirigimos al trono de Dios cuando los ojos están cansados de verter lágrimas, y el corazón oprimido por agudas penas, esas oraciones sencillas y puras como la fé, sirven de inefable consuelo, alientan la vida, endulzan los sentimientos de dolor, de horfandad y de agonía. Sin la oración hubiera sucumbido á los rigo-

res de esta suerte fatal, en la que sin culpa se me ha colocado.

Aquí se desliza mi existencia como la de un infeliz anacoreta, cual la de una pobre religiosa, cuya tumba es el sombrío claustro en que habita. Dios mío! compadeced á esta desgraciada! quebrantad los hierros de esta oscura cárcel en que vivo, y goce de la luz del día, porque en esta soledad é imponente mansión, solo vislumbro las tinieblas de una interminable y hórrida noche..!

Su alma sentia el abrasado fuego de una pasión violenta; porque la hermosa Elvira no era otra que la seductora aldeana que vió y amó el aventurero, y tambien infeliz Rodrigo de Aguilera.

El extraño y casual origen de su amor; la incertidumbre, el despecho, la desesperacion, los celos, su humilde aislamiento, contribuian poderosa y naturalmente á exacerbar su estado, á exaltar una imaginacion de suyo poética, ferviente y apasionada.

La memoria de Rodrigo constituia su perseverante y mas acerbo sentimiento.

Ignoraba si era correspondida, y la duda era motivo de acrecer involuntariamente su afecto.

Hendia por su mente la imagen de una rival dichosa, y esta circunstancia era el móvil secreto de sus celosos delirios; pesadilla cruel que desgarraba su corazon durante los mas intranquilos sueños.

Rodrigo era su ángel, en la oscuridad de aquella vida sin porvenir y sin esperanza.

Tan cierto es que el amor es el ángel de consuelo en las mas desesperadas situaciones de nuestra vida. El nos

alienta en medio de los mas penosos azares; él nos infunde suavemente en el corazon un rayo de confianza al traves de todas las contrariedades de la fortuna, de todos los rigores de nuestro adverso destino.

Elvira tenia instantes de expansion y de arrobamiento, imaginábase unas veces hallar junto a su padre al bizarro y apuesto Rodrigo, despues de una brillante victoria; en otros sueños, porque Elvira estaba continuamente sonando, figurábase a su amante al pie de oscura reja, prurupiendo en acongojados suspiros, cantando en melodiosa trova el vivo anhelo de su alma.

El amor: el amor sincero, el amor verdad; ese dulce sentimiento del alma que nos enagena del mundo, que nos trasporta a regiones de lo ideal, pero que allí realizamos en otro mundo armonico, simpatico, otra nueva existencia, ese amor tiene una fuerza mágica y hace feliz, inmensamente venturosa, la epoca de la vida en que se sientel

No hay dolor que no mitigue; no hay amargo recuerdo que no borre, no hay ilusion que no acaricie, ni esperanza que no le sonria!

El reo, agobiado con el terrible peso de su conciencia, con el fallo inapelable de la justicia, endulza muchas veces su martirio con ese sentimiento de todas las almas, que todos alientan, y el infeliz, aunque en su corazon se refleja una luz espirante, goza un momento de ternura que le hace olvidar sus cadenas, la lobreguez de su calabozo y la lúgubre perspectiva de su sangriento castigo.

Asi Elvira, que era tan infortunada, sentia no pocas veces un gozo infinito; sin embargo de que los objetos que

en torno veía, no eran los mas á propósito para inspirarla satisfaccion y consuelo.

Lo vago de su idea, lo misterioso de su amor, traíala zozobrosa y apurada, y era indecible su deseo de salir de tan insoportable duda, de tan extraordinaria incertidumbre.

A la sazón que así se sumergía en un profundo mar de encontrados afectos, penetraba sigilosamente por el jardín un caballero, respetable además por sus años, dirigiéndose con vivo afán hácia la morada de Elvira.

Seguíale con su linterna el fiel escudero Lope, el fingido ermitaño, el cejijunto santero, una de las visiones medrosas de aquella vieja y aristocrática fortaleza.

El noble infanzón era don Gutierre Fernandez Velasco, adicto y pariente de los de la Cerda, cuyos derechos tenia usurpados don Sancho, cuyo trono se hallaba espuesto á las contrariedades de la fortuna, á los combates de sus enemigos. Era, en fin, el padre de Elvira padre de honrado corazón, de un sentimiento profundo de cariño hácia la única y bella rama, frondoso y tierno vástago, que aun sostenia su careomido tronco, y en el cual cifraba la esperanza de perpetuar sus riquezas y esclarecidos timbres.

—Hija de mi alma ¡-esclamó conmovido al estrecharla entre sus brazos—cuán sensible me es, el que vivas sepultada entre estos altos y repugnantes muros. ¡Siendo tú la flor hermosa de mi vida, la imágen de mis pasadas venturas, te hallas como cautiva, privando á la sociedad de tus encantos, y á un padre del mas tierno y deleitoso consuelo. ¡Mas no tardará en cesar una situación tan violenta, y te verás restituida al mundo para que representes el papel que mereces y ocupes el lugar que á tu rango y clase cor-

responde. En el interin, hija mia, ten resignacion y que tu alma, inocente como la de un ángel, no se desesperes; por el contrario, aguarde confiada el instante de la reparacion y de la alegria.

—Yo, padre querido, cumplo vuestros mandatos sin disgusto, y solo me entristece la idea de vuestros peligros; el convencimiento de que á todas horas esponéis la existencia en esa série fatal de combates y de sangrientas venganzas.

—Dichosamente acabará pronto el reinado del terror y de la perfidia, porque el triunfo es cercano, y ese dia renacerá la calma y la quietud que hoy huyen ante la imagen de ese hombre, cuyo cetro es el puñal de los asesinos, cuya ley no es otra que el hacha sanguinaria del verdugo. Si, querida Elvira: réstanos poco del caliz de la amargura, y fuerza es apurarle con serenidad, con el valor heroico que cumple á la fama de nuestros blasones; pues otra conducta, seria villana y despreciable. Voy á consultar á Daniel, á ese Hechicero convertido á la fé de nuestro Redentor, á ese hombre á quien el rey don Alfonso debe distinguidos favores, y nosotros la señalada merced de habernos buscado este seguro asilo. Con todo, no estrañarás si por unos dias nos vemos en la precision de que habites otra nueva morada. Sospechamos, es decir, sabemos que el sanguinario don Sancho tiene la suficiente audacia para reunir huestes y promover de nuevo la destructora guerra. Aun siendo asi, durará poco este fatal conflicto. Adios, y sábeta que soy esta noche en vuestra compañía, y tanto yo, como los bizarros, nobles y leales amigos que me siguen, seremos, no lo dudo, espléndidamente obsequiados.

Don Gutierre, no sólo tenía necesidad de hacer una visita á su adorada hija y al Hechicero Daniel, sino que deseaba reanimar á Elvira, y toda vez que la ocasión no podía presentarse mas favorable, quiso aprovecharla, y al efecto propuso á sus compañeros de campaña que le siguiesen á una comisión importante, ignorando la mayoría de ellos que en tal retiro se hallase la encantadora jóven.

Indecible placer recibió el corazón de aquella, imaginándose que habia de hallar entre los concurrentes al que tanto y tan de veras idolatraba, ó que al menos trasluciría tal vez alguna cosa relativa á su existencia, y por esta causa deseó la hora de que los ilustres campeones penetrasen en el desierto palacio. En fin, Elvira respiró dulcemente, porque ya el destino la permitia oír hablar con otra clase de personas que no fuesen magos, escuderos y dueñas.

La inalterable doña Berenguela, cuando don Gutierre salia de ver á su hija, aunque antes habiale saludado, por una frase que no comprendió bien, quiso desvanecer sus dudas; y con la impertinencia propias de su genio y de sus años, detuvo el paso al noble caballero, diciéndole:

—Habeis manifestado temores de que tal vez sea preciso mudar de habitacion? por ventura, abrigais sospecha de que corremos algun peligro? porque en ese caso, esta misma noche... si os parece...

—Tened paciencia, que ya os indicarán la hora de partir y el sitio á donde debéis refugiaros: Daniel queda de mi órden para el oportuno aviso, y como está al corriente de todos los acontecimientos, nadie mejor podrá librarnos de cualquiera contratiempo.

—Ay! que estoy con mi alma en un hilo! no duermo; á cada instante me asaltan horribles temores, no por mí, pues ya la ancianidad me pone á salvo de todo riesgo, sino por la preciosa joya que guardo.

—Calmad vuestras inquietudes; pronto saldremos de este maldito estado.

—Oh! qué ventura sería, mi respetable señor! Si viérais las noches que paso...! Ni las oraciones continuas y fervorosas, á que me dedico, calmar pueden el desasosiego de mi atribulado espíritu! Oigo así como ruidos espantosos en el jardín... siniestras pisadas en la galería... Jesus nos libre de tan funestas aflicciones...!

—Sosegaos, dueña, sosegaos; y ahora disponed, en union de Lope, cuanto os dije anteriormente; una cena frugal, como en tiempos graves y peligrosos: servid, no obstante, los más esquisitos vinos; són personas de confianza, leales defensores del rey don Alfonso, y en parte alguna podrían hallar más seguro descanso; quiero además que vean á mi querida Elvira; pues algunos de ellos no la conocen, y los otros la vieron en su niñez tierna. Adios: haced lo que he mandado; los amigos vendrán dentro de una hora; voy á la torre.

Doña Berenguela exageraba el temor para eludir la responsabilidad acerca de Elvira, pues desde las sospechas de Lope no estaba segura de que el amor, cual un brujo hubiese penetrado hasta en aquella mansión detestable.

Don Gutierre subió á la torre y tuvo con el mago la entrevista ó conferencia que á continuación verán nuestros lectores.

—¡Ay! que estoy con mi alma en un hilo; no duermo; y cada instante me resalten horribles temores; no por mí, pues ya la ancianidad me pone á salvo de todo riesgo; sino por la preciosa joya que guardo en mi seno, el hijo de mi vida. — ¡Cálzate vuestras faldas; pronto saldremos de este

## CAPITULO V.

— ¡Oh! qué voluntad seáis! — respetadla señor! Si vierais las noches que paso en las prisiones continuas y terribles, á que me dedico, calmar pueden el desasosiego de mi atribulado espíritu. Oigo así como tantos españoles en el

## EL HECHICERO.

— ¡Seguros, dueño, seguros! — ¡cuanto os dije anteriormente! — ¡una casa tan gal, como en tiempos graves y peligrosos: servid, no os

Componiase el pequeño torreón, que descollaba en uno de los ángulos del ruinoso y ennegrecido palacio, de dos estancias, una que servía de dormitorio en el primer piso, casi al nivel de los muros ó tapia del jardín, al cual descendía por una escalerilla de caracol abierta en el espesor de aquella, y la otra que servía de gabinete, en la que se hallaban una chimenea, una mesa, un globo, un relój de arena, esqueletos humanos, libros, un compás, y varios otros instrumentos; indicios seguros de que su habitante era un embaucador ó hechicero, muy á la usanza en aquella oscura y supersticiosa época.

— ¡Bien venido seáis! — exclamó el enfático astrólogo alzándose del sillón y saliendo á recibir al venerable taballero don Gutierre.

— ¡Salud, sábio Daniel!



Tomó asiento el de Velasco, y abriendo el hechicero su libro, tocándole antes con una varita de metal, y practicando otras ridículas ceremonias, comenzó este misterioso diálogo:

—La luz no brilla con todo el esplendor que apetecemos; algunos siniestros lunares se interponen; mas el porvenir será de los iniciados en nuestra comunión, y os aseguro que ha de ser tan estraña como completa la victoria. Decid, no obstante al rey, que un nuevo y pasajero azar no invalida su cercano triunfo: saldrá de él mas brillante, así como el sol resplandece mas claro y bello después de las atronadoras y fugaces noches del estío.

—Y mi adorada hija?

—Ama secretamente.

—Qué augurais de su suerte?

—El horóscopo se halla incierto; no marca bien el rumbo de su vida.

—Cielos!

—No os aflijais.

—Morirá viéndola infortunada?

—Ella ha de ser vuestro escudo en pos de mil desventuras y vivirá contenta y vos satisfecho.

—Y no habeis penetrado sus secretos amores?

—Los ignoro; una señal de su semblante y mis estudios sobre su suerte futura, me indican que ama, pero su amor es hasta ahora un secreto insondable.

—Y por esta noche corremos algun peligro?

—Ninguno: la ciudad permanece como el mar en su mas profunda calma; no obstante, vivid prevenidos; es decir, no permanezcais mas allá de la aurora. Los parti-

darios de don Sancho se agitan; hoy tienen nuevas de que regresa de Aragón y pasa á Navarra, y aunque algunos juzgan que allí será detenido, los bien informados de sus parciales prométese verle muy pronto: debo advertiros, que según me indicó al oscurecer uno de mis leales y oscuros espías, se ha vuelto á ocupar la gente acerca de mi persona, y aunque hago de modo que esta luz no pase al través de la ventana sino cuando hay necesidad, como ahora, juran muchos que me han visto, y no será de extrañar que ciertos calaveras, jóvenes imprudentes, ronden los alrededores de este palacio. Hace además cuatro noches que una infernal corneja se posa en una de las troneras de la torre, y su agorero y monótono canto me trae sin sosiego, pues no ha sido dable á mi exquisita ciencia el descubrir sus pronósticos é intenciones.

—No va descaminada.

—Qué? sabeis acaso vos mismo alguna cosa?

—Sospecho que antes de algunos dias podreis ser objeto de pesquisas, y aunque no abriguen intenciones de ofenderos, podría suceder que por causa vuestra descubriesen el paradero de Elvira.

—Por ahora tranquilizaos; por esta noche se encuentra en el círculo de nuestras facultades el destino, y creo no sea de modo ninguno desfavorable.

—Luego podreis hacer la señal para que penetren mis compañeros?

—Han tomado las convenientes precauciones?

—Dejarán los caballos á la margen del Arlanzor y seguidos de algunos pajes, penetrarán sigilosamente en Burgos, en tal forma que no despierten la menor sospecha.

Estos días hemos corrido los pueblos del contorno en servicio del Conde de Haro, sin quebranto alguno.

—Siendo así, haré la señal.

Asió el extremo de una cuerda, y por tres veces hizo que brillase en el punto mas culminante de la torre un farolillo de luz rojiza, señal acordada con don Gutierre y sus agentes, que á la otra parte del rio correspondian con una hoguera.

—Nos acompañareis, sábio Daniel, durante nuestra rápida cena?

—Gracias á vuestra fina y generosa atención; yo velaré por vuestra quietud, pues habeis de advertir que desde aqui domino toda la ciudad, y particularmente en la plaza próxima, escucho el menor ruido que estalle. Saludad en mi nombre á los nobles que os acompañan, y si teneis, como lo espero, la singular fortuna de ver al conde, decidle cuánto es mi amor hácia su persona; y que fio en su magnanimidad que pondrá á salvo mi honra y mis intereses.

—Respondo de que así ocurrirá; vivid tranquilo: sereis en todo dignamente satisfecho y respetado. Adios.

—Salud! y buena suerte.

Descendió don Gutierre y dispuso que Lope estuviese alerta en el zaguán del palacio, con el oído atento para franquear la entrada luego que oyese tres golpes dados con pausa y sin violencia.

El caballero pasó después á inspirar valor y fé en el ánimo de su infeliz é idolatrada hija.

Veamos en tanto que llegan los nobles guerreros que es lo que ocurre en cierto sitio aislado de la ciudad de Burgos, sumergida en aquella hora en las mas densas tinieblas.

Estos días hemos corrido los pueblos del contorno en ser-  
vicio del Conde de Haro, sin capricho alguno.

—Segundo así, tanto la salud.

Así el extremo de una cuerda, y por tres veces hizo  
que brillase en el punto más culminante de la torre un la-

### CAPITULO VI.

colillo de luz roja, señal convenida con don Guillerme y sus  
agentes, que a la otra parte de río correspondían con una

hoguera.

—Nos acompañaréis, señor don Miguel, durante nuestra tra-

jada, ¿verdad?

—(Tras de vuestra fina y generosa atención; yo volare

### UN GARITO.

por vuestra palabra, pues he de advertir que desde  
su dominio toda la ciudad, y particularmente en la plaza  
proxima, escucho el menor ruido que estalle, salubridad en  
mi nombre a los nobles que se acompañan, y si tenéis,

como lo escucho, la singular fortuna de ver al conde, decidle

Creemos nosotros, y cual nosotros creen todos los que  
entienden algo de antiguas leyendas, en achaques de mis-  
teriosas y novelescas aventuras, que cualquiera ciudad del  
mundo ha tenido siempre un centro de reunion para la  
gente truhanesca, mal avenida con el trabajo y otras prác-  
ticas cristianas: un *Garito*, en fin, dentro del cual, du-  
rante algunas horas de la noche, conversaban y bebían  
los estudiantes alegres, los vagos, los matones y los sal-  
teadores de tapias, jardines, y los escuchas de rejas y ce-  
losías.

Pudiéramos citar muchos de los que adquirieron fama  
en nuestras ciudades, empero limitándonos a Burgos, lugar  
de la accion de esta novela, diremos que en cierto barrio  
escusado, tenebroso como el infierno, y capaz de infundir  
asombro al mas valiente de los valientes de ahora, exis-

tia una humilde mansión, de entrada sucia y mezquina, con tres ó cuatro departamentos interiores, en los cuales al místico fuego de unos candiles, destacábanse los extraños rostros de los concurrentes, en su mayor parte de la estofa ó calaña á que hacemos relacion en las precedentes líneas.

119 Erase el recinto un miserable tugurio, centro de vagos, de espías, y de escolares, corte ligera y movable, dispuesta á todas horas á murmurar del género humano, sin respeto á condiciones ni categorías, y exigiendo lances para hacer ruidosa celebridad y distraer alegremente al vulgo, dado siempre á lo ilícito y á veces á lo perjudicial y funesto.

Una mugrienta lámpara difundia su pálido resplandor por aquel infernal albergue, oscura estancia, templo de lubricas emociones, lugar consagrado al pasatiempo y la algazara por las notabilidades mal entretenidas y sospechosas.

120 Ultimamente, mirábanse allí en torno de algunas mesas, multitud de esos tipos sociales que se destacan en todos tiempos, hombres que viven en la vagancia, sin saber cómo ni de qué se sostienen, que ora están en los garitos del juego, ora de apadrinadores de desafíos; hombres, como vulgarmente se dice, del *espanto*, propensos á cualesquiera diablura, pero obsequiosos y atentos siempre con los de buen humor y licenciosa vida.

121 La noche cerraba lóbrega y triste como el pensamiento de un moribundo.

122 En hora que vamos narrando, y á la misma en que ocurrían las escenas de la torre, hallábanse algunos parroquianos del espresado garito en una de esas acaloradas controversias al acaso, por la obstinacion de cabezas im-

prudentes, volcanizadas con el vino, formando un ruido infernal, pero que en sustancia se reducía á lo siguiente, que espondremos en la forma que pasaba.

—Por el alma del Cid! que no es posible haya vuelto ese brujo.

—Está en la ciudad y apuesto lo que podais beber en toda la velada á que se ha instalado de nuevo en la torre.

—Nos sois tan capaz de hacer esa apuesta como de ir ahora mismo por la calle del misterioso palacio.

—Yo voy siempre que deseo ir, y voy solo, sin que me arredren los supuestos fantasmas ni todos los nigromantes del mundo.

—Quizá no os hayais atrevido á pasar de día.

—Os burlais? Hacedis no la apuesta? Quereis seguirme?

—Estoy algo pesado.

—Se os conoce.

—Que siga el juego y dejarse de los duendes. Jorge!

¡Otro jarro!

—Tiene razon; qué venga otro jarro. Jorge! Vamos, perro de los diablos, qué haces? despacha, que tenemos las gargantas secas y enronquecidas.

El mozo ó camarero de aquel insigne refugio de la gente de la buena vida, conversaba á este tiempo en un estrecho de la habitacion con un jóven forastero en quien nadie habia reparado, pero que él seguía la pista á todos, como ansioso de adquirir nuevas de un objeto que vivamente le interesaba. Cuando escuchó la apuesta relativa al brujo, que indudablemente no era otro que Daniel el mago, aplicó el oido, y llamando al mozo, informó como deseaba de la disputa.

El desconocido érase en cuerpo y alma el gallardo joven, el enamorado y sin ventura don Rodrigo de Aguilera, personaje á quien ya conocen nuestros apreciabilísimos lectores desde la venta.

Habia pasado en Burgos dos ó tres días en sus habituales indagaciones respecto de la señora de sus pensamientos, de la bella Elvira, cuya suerte era universalmente ignorada.

En cuanto al Hechicero, cuya fama escuchó en Valladolid, tuvo las mas contradictorias noticias y casi hallabase desesperanzado, cuando percibió el rumor de la inmediata mesa.

Al irse el mozo á servir lo que pedian los sedientos bebedores, le encargó Rodrigo dijese al de la apuesta que si no le desagradaba, se acercase á su mesa, pues seria gustoso en hablar con él sobre el asunto que tanto le interesaba.

Hízolo así el criado, y transcurrido un instante presentóse un intrépido joven, que despues de saludar al de Aguilera, tomó asiento y le dijo:

—En qué puedo yo complacer á vuesarcé?

—Antes pedid una copa, ó apurad esta, si os parece mientras os la sirven, y despues os diré francamente seor hidalgo, lo que mi humilde persona saber desea.

Bebió el desconocido y preguntó Rodrigo:

—No pasa de una curiosidad lo que voy á preguntaros y confío hareis merced de decirme lo que sepais acerca de ello; reducése mi deseo á que me informeis de ese nigromante, brujo ó hechicero, del cual acaforadamente disputábais, y no estrañéis mi curiosidad, porque de vuestra

contestacion depende acaso mi quietud ó mi constante martirio.

—Os hablaré con franqueza—repuso el jóven.—Yo no he visto á ese mago de quien tanto se cuenta por esos mundos de Dios, relativamente á su ciencia maravillosa en la adivinanza ó pronóstico de la vida; pero segun mis noticias existe en Burgos, y aun señalan el parage donde se oculta; yo he pasado á deshora por él, y he podido notar ciertas esperiencias, que no dejan duda alguna de su reaparicion en la sombría torre del palacio, que á mi ver debe estar encantado.

—Y tendriais inconveniente en indicarme el sitio donde se halla?

—Ninguno: la hora es oportuna; la ocasion propicia y como discurro que vos tendreis el suficiente valor para seguirme, hállome dispuesto á ser vuestro guia.

—No soy cobarde, y mucho menos tratándose de hechiceros que á mi parecer es gente inofensiva, é incapaz de hacer armas contra los que van á favorecerles sirviéndose de su admirable mágia.

—Veo que sois gallardo y que revelais inteligencia y noble origen; despreciais ciertamente á los duendes, pero sabed, que por lo general, infunden horror y espanto con solo su nombre. Asi es, que ni aun pasa nadie por los sitios en que habitan, que siempre suelen ser moradas lúgubres y solitarias: por aquello de que *ædint lucem*, es decir no quieren ser vistos. Yo, á fé de Bachiller, me rio de ciertas simplezas, pero por aquello de *ubi fueris*, en donde estuviéredes, participo *ut pópulus*, como el pueblo y contra mi voluntad, de la uniforme pavura de las gentes. No es tan-



to, sin embargo, que rehuse ir en vuestra compañía por serviros primero, y despues, y habeis de permitirmelo, por curiosidad de saber qué causa os mueve á poneros frente á frente de las barbas de ese judío; vamos si gustais, que Roldan nunca rehuye el complacer á los hidalgos: antes se afana de ser útil á todos; disponed de mi brazo y de mi tizona.

—Pues, señor bachiller Roldan, me envanezco de encontrar un jóven de vuestro talento y bizarría, y desde ahora me contareis en el número de vuestros apasionados y servidores.

Hicieron dos ó tres libaciones, y apuestos como dos Cides se plantaron en facha, dejando silenciosa y apresuradamente el garito, ó aquella pequeña corte de malandantes y aventureros.

lo, sin embargo, por temor á la terrible compañía que se le presentaba, y después de haberse quitado el sombrero, se inclinó á la tierra de las barbas de ese judío; y como el gustillo que le daba nunca volvió á repetir, á los días de su vida se acordaba de ser hijo de un

## CAPITULO VII.

—Pues, señor bachiller, ¿cómo se le ocurrió de contar un cuento de esa especie y de ser tan corto me cuentas en el número de vuestros aficionados y servidores.

### LA CENA.

Hicieron dos ó tres preguntas, y después como los chicos se plantaron en tierra, haciendo silencio y quedando solamente el ruido de aquella pedana que se movían

A la sazón que los dos se dirigian á la calle del Palacio, penetraba en la ciudad un grupo de caballeros, observándose que iban de dos en dos y á la distancia conveniente con un silencio extraordinario, cual sombras sepulcrales. Recatados con el embozo de sus anchurosas capas, enderezaron su rumbo hácia la morada del Hechicero.

—Esta es—dijo Roldan, manifestando á Rodrigo de Aguilera la torre de Daniel.—Mirad que aun en medio de las tinieblas de la noche se destaca cual un espectro, cual un gigante á caballo sobre el denegrido muro que le sirve de base, y que circuye esta mansión, de la cuál solo ha quedado una puerta; venid: réstanos unos cuarenta pasos para llegar á una callejuela sin salida, que es en donde se halla, pues la puerta principal debió ser tapiada largo tiempo hace y aun aseguran que por orden de la justicia.

—Y los dos mancebos llegaron á la entrada de un estrecho callejón, formado por los muros del palacio y la pared de una ruinoso casa inmediata, que de luengos tiempos venia tambien siendo el *coco* de las gentes por su soledad y ruido tradicionales.

—Pese á mi ánima, señor Aguilera—esclamó el bachiller Roldan—si no sois el mas aventajado y sereno doncel de Castilla, cuando así penetrais con rostro imperturbable y corazón tranquilo en una lobreguez como esta, en una calle infernal que no tiene retirada, y que de ser acometidos no hay mas remedio que pelear *usque ad mortem*; luchar hasta la victoria ó la muerte.

—Jamás hice alarde de hombre de guerra, de valenton temible; pero creed, señor bachiller Roldan, que tampoco rehuyo lances, y con todas entré, como la romana del diablo.

—*Fugite partes adversas!* Digo, que ahorrémonos de mentar ahora los espíritus de Pluton, por aquello de que en casa del ahorcado no se ha de nombrar la sogá, pues hallándonos casi á la faz de ese maldito brujo pudiese suceder...

—Veo, que á pesar de vuestro altivo corazón, teneis así... una mezcla de supersticioso, que no dice muy bien con lo jovial y atrevido de vuestro entendimiento.

—Soy, á *consuetudine*, es decir, por costumbre, por imitacion, algo incrédulo, y á veces me arrastran las visiones de la fantasía, pero no creais por eso que si llega un caso deje yo de acreditar que soy de la patria del Cid y de Fernan Gonzalez, mis ilustres antepasados. Ved la puercecilla, que gracias á la macilenta luz de esa pobre lámpara, podemos distinguir, aunque confusamente. Y acercá-

ronse cuanto les fué posible para examinar aquella entrada, que era propiamente la del jardín ó huerto del palacio.

—Y ahora, *quid faciendunt?* Qué hacemos? A qué somos venidos?

—Haremos una breve estancia, con el fin de ver si descubrimos alguna cosa ó bien notamos ruido que nos indique la presencia de algún ser viviente; puesto que yo no dudo exista, teniendo como se observa esta morada una imagen, la cual de seguro está con un objeto santo y alguien debe cuidarla.

—Ya os he dicho que al oscurecer sale un ermitaño, y la enciende, mas luego á nadie se oye, ni se ve, hasta pasadas las veinte y cuatro horas que vuelve á salir, hace su operación y se oculta. Creo por consiguiente inútil nuestra permanencia en este sitio, á no ser que vos tengais la intencion de esperar tan largo espacio de tiempo; aunque sería poco menos que imposible si ya no quedábais convertido en una estatua de hielo, porque la noche es fria y la madrugada será insoportable; bueno fuera, toda vez que hemos de esperar algunos instantes, me refiriérais vuestras aventuras y en qué consiste ese afán por hacer una visita á ese fantasma de la torre.

Rodrigo, deseoso de complacer á su nuevo camarada, refirió brevemente su historia; y no poco sorprendido quedó el bachiller Roldan, viendo á un hombre tan perseverante en una pasión, que solo á desgraciados lances conducir podría.

—Estraño, mi amigo, que seais tan candoroso, y respetando ese ardiente frenesí de vuestro corazón, yo no puedo tolerar que únicamente por una simple consulta al mago

os llegue á suceder un terrible desastre; observad los tiempos en que vivimos; la guerra sañuda que se hacen los bandos y lo espuesto que estais á ser victima de una enemistad cualquiera. Compréndo tambien lo difícil que es enagenarse de ese sentimiento que llaman amor, y mucho más en los juveniles y floridos años que contais, pero esto no obsta para que yo me permita un saludable consejo: desistid de ver al brujo, sin renunciar por otra parte á las convenientes indagaciones respecto de esa seductora beldad que tan dulce y arrebatado amor os inspira.

—Si estais arrepentido, señor bachiller Roldan, podeis retiraros sin perjuicio de agradecer en el alma la lealtad con que me favoreceis y el fin recto de vuestras amistosas advertencias.

—No estoy arrepentido, y para que veais que soy gustoso en acompañaros, desde ahora os juro no separarme de vos hasta dar con el paradero de esa diosa encantadora, de esa sin par doncella, cuyo retrato cautiva ya mi atención; habeis jurado *Dios y mi dama* como leal y valeroso caballero; yo alzo tambien mi divisa «*Dios y Rodrigo*,» y con esta enseña os seguiré á todas partes.

Muy satisfecho Aguilera de la sinceridad del alegre é intrépido estudiante, asióle de la mano y le manifestó conmovido su gratitud y su complacencia.

—Qué os parece? llamaremos á ver si algun canchero responde?

—Es inútil-dijo Roldan:-me consta que algunos amigos han llamado varias noches, y un silencio profundo ha reinado en estas soledades. Lo mejor, salvo el parecer vuestro, sería que mañana viniésemos á la hora que el ermitaño

encienda la lámpara, y préviamente convenidos le haremos una emboscada y de seguro nos dirá si el Hechicero vive ó no en la torre; y estoy por decir que hemos de encontrarlos con que el mismo ermitaño es el mago, pues los nigromantes adoptan diferentes trages y distintas formas para librarse mejor de sospechas y perseguimientos.

—No está fuera de propósito vuestra observacion; y paréceme oportuno el retirarnos al humoso y sucio tabernáculo, con objeto de restaurar las fuerzas, porque el frio se deja sentir de un modo extraordinario.

Iban á retirarse, cuando percibieron lentos y acompasados pasos de personas que sin duda penetraban en la callejuela.

Desenvainaron sus tizonas, y en guardia, ocultos en un ángulo del callejon próximo á la puertecilla del palacio, aguardaban impacientes el término de aquel inesperado suceso.

—No hayais temor—dijo Roldan.—En este sitio, el que primero acomete se lleva la victoria; es tan medroso este lugar, que estoy cierto echan á correr en cuanto el mas leve rumor ellos perciban.

—No cumple acometerlos—repuso Aguilera;—conviene ver si entran en el palacio, porque entonces nos será fácil descubrir alguna luz respecto al nigromante, si es que los nuevos huéspedes no vienen tambien á *consultar su destino*; se me ocurre la idea de penetrar en pos de ellos, y sin ser notados podriamos escurrir el bulto y esperar á que el rayo de la aurora nos iluminase dentro de esa fatídica morada. Lo aprobais?

—Arriesgadilla es la empresa... mas yo estoy dispuesto á todo: obrad, que os sigo.

Ya se encontraban próximamente los desconocidos, á quienes no era posible distinguir á causa de la densa oscuridad de la noche, aun mas notable por lo estrecho y profundo del callejon, pues las paredes del palacio eran elevadísimas, y al sentirlos cerca palpitaron de inquietud el enamorado galan y su compañero.

Los recién llegados, aquellos personajes misteriosos eran los amigos de don Gutierre de Velasco, y un page de este, entre otros, les escoltaba, sirviéndoles al mismo tiempo de guia.

Dió un golpecito con la empuñadura de la daga en la puerta y al punto se les franqueó el paso, porque Lope, el ya conocido escudero ermitaño se hallaba muy alerta, y apenas sintió la señal descorrió un enorme cerrojo, única pero fuerte seguridad que tenia la puerta, claveteada y con gruesas chapas de hierro. Además ocultó previsoramente la linterna para que en la calle no hiriese su resplandor, circunstancia que aprovecharon Rodrigo de Aguilera y el bachiller para deslizarse tras del último de los caballeros amigos de D. Gutierre.

Lope ignoraba cuántos eran los que debian llegar y así no podia sospechar por el número si entre aquellos habia-se deslizado alguna persona estraña ó mal intencionado enemigo.

Echó el formidable cerrojo, y con rapidez púsose á vanguardia de los caballeros para guiarlos con la débil luz de la linterna por las intrincadas calles del jardin, y despues por la galería del piso inferior del palacio, en cuyas habitaciones moraban doña Berenguela y Elvira, porque á precaucion no habitaban el piso principal, temerosas que

bien por una chimenea, bien por una bujía, pudieran traslucir los vecinos que allí existían gentes de proceder sospechoso.

En verdad, la época era terrible; por todas partes fieros hombres de armas, voces de guerra, crueles asechanzas, viles sorpresas, astutos espías, y la más negra incertidumbre acerca de la conducta que cada cual debía observar en tan difíciles circunstancias.

Don Rodrigo detuvo á su camarada el bachiller Roldán y los dos quedaron tras un corpulento árbol escondidos, precipitándose luego á un espeso bosque, en el cual estaban seguros de no ser descubiertos.

La yerba, los matorrales y maleza del jardín, tantos años descuidado, contribuyó á favorecer á los dos animosos jóvenes.

Allí los dejaremos unos instantes mientras pasamos á un anchuroso salon, en cuyo centro hallábase notablemente servida una gran mesa.

Salió don Gutierre á recibir á los nobles, condujoles afablemente á dicho salon y puesto él en la cabecera ó primer sitio del banquete, invitó á sus compañeros á que se sentáran, diciéndoles:

—Dignos amigos: la época no permite realizar mis justos deseos; merecíanse vuestras mercedes una mesa de príncipes, así por lo altivo de vuestra cuna, como por los ilustres hechos de armas y de honor que os enaltecen; tenéis, sin embargo, la demasiada penetracion y virtud para sobrellevar estos contratiempos, y perdonadme lo humilde de este agasajo, que más bien he querido hacerle por vuestra comodidad, que por la idea de un obsequio, siempre



inferior á vuestras altas prendas y el fino respeto que vuestros nombres me inspiran.

Mediaron algunos mas cumplidos, y empezado el nocturno festin, reducido á carnes asadas, bizcochos, varios pasteles, y los vinos de Toro y de la Nava; dió tambien principio la conferencia política-belícosa, que tan acalorados tenia los espíritus de aquellas nobilísimas personas.

Daremos una breve idea de sus planes y esperanzas, trascribiendo lisa y llanamente lo que en son de guerra platicaron.

—El sábio Daniel no duda de la victoria, —esclamó don Gutierre.

—Siendo así, bebamos á ese dia de justicia, de reparación y de ventura.

—Apuremos una y otra copa en memoria del valeroso rey don Alfonso X, lucero de Castilla, iris de felicidad que iluminó á los pueblos, hoy anubarrado, sombrío y aterrador.

—Caiga de una vez de ese trono el que tanto con sus rebeldes instintos le mancilla !

—Triunfen las armas de Alfonso, que es un sábio, bondadoso y magnánimo rey! Sucumban las del audaz príncipe rebelde, que á raudales intenta verter la sangre de los inocentes, cuyos delitos formarán un catálogo inmenso y cuyas venganzas horrorizarán al mundo..!

—Guerra sin descanso á los homicidas, á los impuros sectarios de un rey-verdugo, de un hijo rebelde á su padre y legítimo soberano.

—Señores: vais á permitirme una expansion del alma, un capricho candoroso y disculpable en mis años, y en la

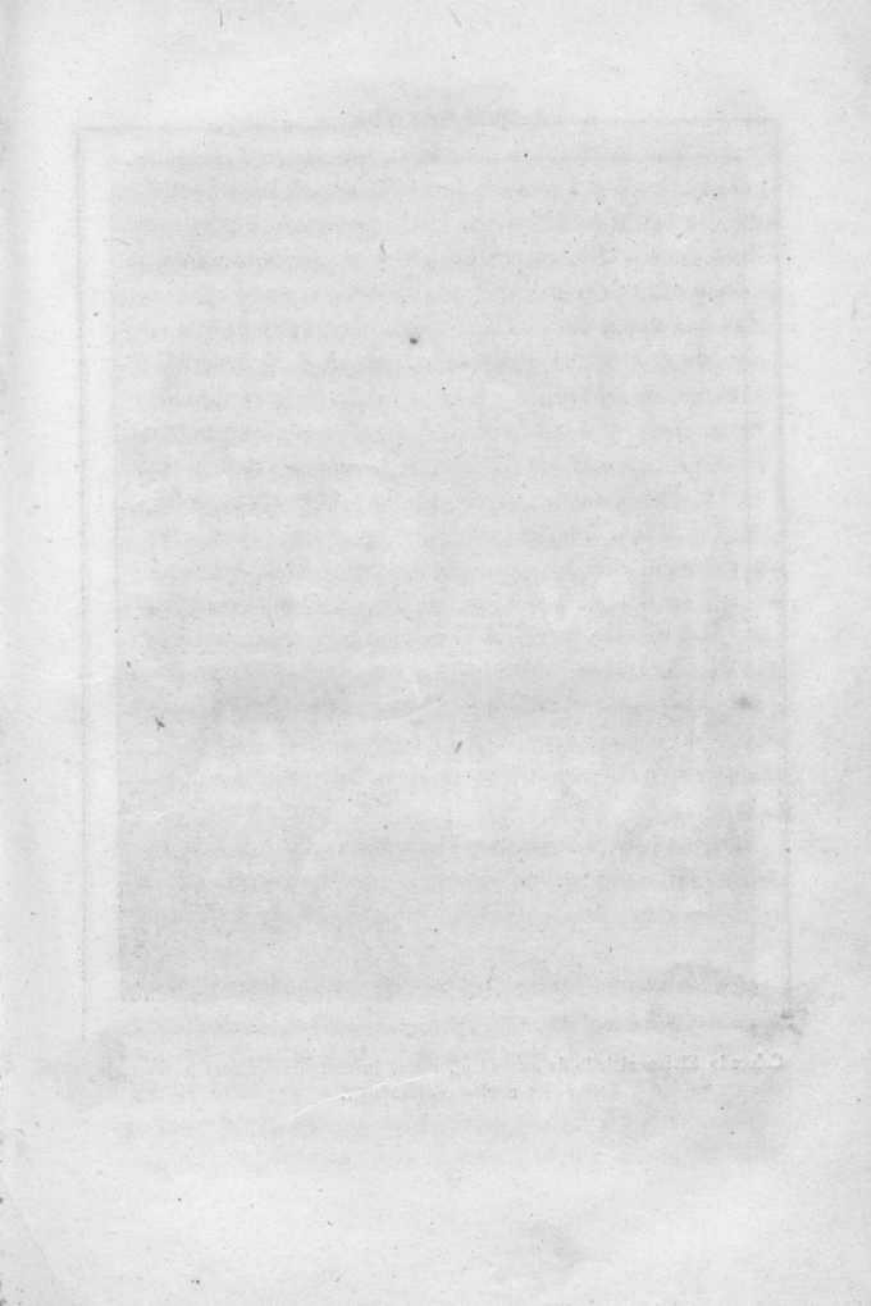
intencion que me merece al realizarlo, — así se espresaba don Gutierre. — Voy á tener la indecible satisfaccion de presentaros á mi hija Elvira, la cual conocísteis algunos de vosotros cuando aun respiraba sobre el tierno y amoroso regazo de su difunta y malograda madre.

Los amigos de don Gutierre quedáronse agradablemente sorprendidos al oír su propuesta, porque de fé ignoraban el paradero de su hija, y no hubieran sospechado hallarla en tan soledoso y oscuro retiro. Por tal prueba de confianza resonó un aplauso universal en el banquete y bebieron á su salud, dándole gracias por aquella prueba de amistad y de distinguida deferencia.

— La tengo, señores, — prosiguió el de Velasco; — la obligo á sufrir este inmerecido encarcelamiento, este cruel martirio, para evitarla mayores penalidades, y acaso escandalosas humillaciones; bien sabeis las torpes costumbres de los que rodean al usurpador, y comprendereis lo acertado de mi conducta, si bien el corazon llora silenciosa y amargamente las causas que me inducen á proceder de esta manera.

Repitiéronse las demostraciones de la mas íntima y cariñosa confianza, y obligáronle á que inmediatamente se dignara realizar la presentacion de la suspirada y hermosa Elvira.

Don Gutierre Velasco, su cariñoso y venerable padre, dió la orden á uno de sus pages, y de allí á un momento apareció Elvira de la mano de doña Berengueta, radiante de magestad y gracia, con un rostro que interesaba por su dulzura y por las suaves tintas de melancolía que le asemejaban al de una bellísima é inspirada Concepcion de Murillo.





Colocada Elvira al lado de su padre , realizó instantaneamente el festin de los nobles conjurados...

Levantáronse todos y alzando las copas, hicieronla un caballeresco y plácido saludo.

Colocada al lado de su padre, realizó instantáneamente el festin de los nobles conjurados con su dignidad y bellos primores, pareciéndose á una magestuosa reina que preside gallárdamente un festin, en el cual brilla lo mas galano y florido de la grandeza de sus vasallos.

Al tiempo que Elvira presentábase en el salon, acercábanse á la reja de este Rodrigo de Aguilera y el bachiller Roldan, quienes favorecidos por el silencio y la oscuridad, fueron, cual se dice, á tientas, hasta dar con la entrada de un vasto patio con esbeltas columnas de mármol, en uno de cuyos salones celebrábase la misteriosa cena.

Por las sutiles aberturas de una de las rejas, pudieron distinguir lo que en el salon ocurría, y quedáronse hondamente conmovidos al ver la actitud belicosa de los nobles, sus horribles amenazas, y despues la dulce bondad y belleza de Elvira, que contrastaba con lo feroz y sañudo de los semblantes que destacaban los infanzones.

Rodrigo palpito violentamente al ver á su adorada Elvira y tuvo Roldan que contenerle, pues su primer ímpetu le arrastró hasta intentar su entrada en el salon y solicitarla sincera y humildemente, de hinojos ante su padre, ó romper con la turba de conjurados si oponían la mas importante resistencia.

Puesto que sin necesidad de ver al Hechicero habeis feliz é inesperadamente visto á la señora de vuestros pensamientos, que á decir verdad es un excelente querubín, digno de ser idolatrado, parece-me que es locura provocar un lance terrible en el cual necesariamente habiais de

salir, no ya vencido, sino tambien hecho pedazos; ved que son lo menos ocho contra dos; en una palabra, depongamos ese furor y esperemos el desenlace de tan extraño acontecimiento.

Aguilera se convenció del fatal éxito que hubiera tenido su temeraria resolucion, y aceptó el consejo del bachiller, quien prosiguió de esta suerte:

—Sabeis que á no estar entre esos magnates vuestra hermosa y singular doncella, seria una hazaña el salir por algunos amigos y escarmentar á esos revoltosos y turbulentos cortesanos? Qué buena ocasion para que se hallase hoy en Burgos el inexorable don Sancho? Magüer, que no tardará, y es de presumir que si vuelven, han de llevar su merecido.

—Yo en eso de opiniones soy poco amigo de intervenir; guardo la mia, pero nada me importan las ajenas: lo mismo son para mí los de don Alfonso, que los de don Sancho su hijo; y no obstante, si llega la oportunidad, escogeré mi bando, mas en el ínterin cada cual piense como guste, y hartas amarguras sufre Castilla para que aumentemos nosotros sus pesares.

Indudablemente Rodrigo de Aguilera pretendia salvar al padre de Elvira de la saña del bachiller, que como partidario de don Sancho, ardia de rabia contemplando el festin de los nobles, á los cuales reconoció el primero, y no eran otros que los hombres de guerra que dias antes habia visto y hablado en el ventorrillo.

Un súbito resplandor que apareció en el patio, les hizo retirar de la reja, y á poco tiempo vieron, no sin asombro y profunda admiracion, al *Hechicero* Daniel, que con su

traje habitual y un farolillo en la mano, venia sin duda á saludar á los huéspedes.

Presumianlo así Rodrigo y el bachiller, mas nosotros, penetrando tras del mago en el salon, oiremos el objeto de su visita, y el motivo que le obligó á salir contra su costumbre de la torre.

Luego que apareció en la sala, don Gutierre manifestó quién era, sus eminentes servicios á don Alfonso, y los que él mismo le debia, y todos le saludaron con el mas vivo entusiasmo.

Al recibir el Hechicero Daniel la copa de las manos de don Gutierre, dijole á este al oido... «mandad que se retire Elvira,» y pretestando la cercana hora de partir, dió orden de que se despidiera, como lo verificó al instante, habiendo besado respetuosamente á su querido padre, quien de igual manera que sus amigos, sintió hácia Elvira un profundo cariño, y un pesar acerbo por su forzada y necesaria ausencia.

El jóven don Hernando Alvar de Luna, herido por la hermosura de la hija de don Gutierre de Velasco, prestó juramento sobre el puño de su espada, de no unirse á otra beldad que á Elvira. Un caballero, testigo de su protesta, le trajo ante su padre, á quien la comunicó, recibiendo de él la mas consoladora esperanza. De suerte, que sin saberlo, Rodrigo de Aguilera contaba ya con un rival temible y poderoso.

Daniel, luego que se ausentó la imponderable y angelical doncella, espresó en alta voz el objeto de su entrevista.

—Señores: la hora del alba está próxima; el rayo del nuevo dia fulgurará pronto en el Oriente; preciso que an-

tes de su aparición esteis lejos de esta ciudad, en la que habeis algunos enemigos. Hay además otra razon para que se apresure vuestra partida. He podido percibir desde la torre un rumor ó tropel de gente armada, quizá sean ruidos ó tal vez algunos jóvenes galanes, pero sean quienes fuesen, cumple á vuestra seguridad y al mejor servicio de nuestra causa, salgais inmediatamente de este palacio.

Dispusieronse, y despues de haberle dicho reservadamente algunas palabras al mago el padre de Elvira, salieron de aquella tetrica mansion con las mismas precauciones, en igual forma que habian penetrado.

— Señores, la hora del alba está próxima; el rayo del nuevo día fulgurará pronto en el Oriente; preciso que salga  
 vista.  
 Daniel, luego que se ausentó la imponente y angelical doncella, expresó en alta voz el objeto de su entrevista.  
 de Agüeira contaba ya con un rival temible y poderoso.  
 consoladora esperanza. De suerte, que sin saberlo, Rodrigo  
 ante su padre, á quien la comunicó, recibiendo de él la mas  
 que á Elvira. Un caballero, testigo de su protesta, le trajo  
 to sobre el puño de su espada, ~~de no unirse á otra bellas~~  
 mensura de la hija de don Gutierre de Velasco, prestó juramen-  
 to. El jóven don Hernando Alvar de Luna, herido por la per-  
 riza ausentó.



Igual sorpresa experimentaron estos, cuando apenas habían salido del tímido palacio de la torre y vieron á su vez acometidos por un grupo que no esperaban hallar á tales horas ni en tan recóndito paraje.

Los amigos de Roldán, así que distinguieron mas de dos personas, diéronles la voz de «alto» y los nobles, temiendo ser descubiertos, ora porque juzgasen positiva una asechanza, sin detenerse á mas, empezaron á re-

### CAPITULO VIII

partir tal lluvia de mandobles y estocadas, que por el pronto quedaron atónitos los tertulianos del tabernáculo y pesados de haber intentado tan arriesgada proua.

Con todo, por necesidad y por pronta hallaronse en el imprescindible caso de acometer y de batirse contra los pocos golpes que descargaban los caballeros, que á fuer de hombres aguerridos, esgrimian diestra y benodadamente

### UN CONTRATIEMPO.

Cuando Rodrigo de Aguilera y el bachiller Roldán abandonaron el garito, en donde se conocieron, despertóse en los concurrentes cierta curiosidad por saber á que habían salido y á qué parte se dirigían.

El mozo que les sirvió las últimas copas, dióles alguna luz acerca de su repentina desaparicion, y por desenganarse de lo que no acertaban á creer, fueron en pos de ellos unos cinco ó seis jóvenes de los mas resueltos, y encamináronse hacia el Callejon del Palacio.

Figuróseles haber sentido un leve rumor hacia aquella parte, y con un vivo interes llegaron hasta muy cerca de la puertecilla, jurando averiguar si habían entrado ó no Roldán y Aguilera, y muy agenos de verse acometidos por seis ú ocho esforzados y altaneros nobles.

Igual sorpresa experimentaron estos, cuando apenas habian salido del ruinoso palacio de la torre y viéronse á su vez acometidos por un grupo que no esperaban hallar á tales horas ni en tan recóndito paraje.

Los amigos de Roldan, así que distinguieron mas de dos personas, diéronles la voz de «alto» y los nobles, temiendo ser descubiertos, ora porque juzgasen positiva una asechanza, sin detenerse, abriendo calle, empezaron á repartir tal lluvia de mandóbles y estocadas, que por el pronto quedaron atónitos los tertuliantes del tabernáculo y pesarosos de haber intentado tan arriesgada broma.

Con todo, por necesidad y por honra halláronse en el imprescindible caso de acometer y de ampararse contra los recios golpes que descargaban los caballeros, que á fuer de hombres aguerridos, esgrímian diestra y denodadamente sus armas.

Los jóvenes, unos aventureros, escolares otros, eran tambien de corazon animoso y batallaban con gran bizarría.

No obstante, el número, la destreza y lo crítico de su situación influyeron poderosamente en el ánimo, de los nobles conjurados, y sin otra pérdida que la sangre derramada por don Hernando Alvar de Luna, el que juró su amor á Elvira, abrieronse calle dejando tendidos á dos infelices é inespertos, cuanto audaces rondadores, que por curiosidad les asalto una sangrienta y desastrosa muerte.

Al otro dia vieronse dos cadáveres en la callejuela del Palacio y un rastro de sangre que se perdía en una de las márgenes del Arlanzon. Era fa de don Hernando Alvar de Luna, el nuevo enamorado de Elvira, que casi exánime

atravesó el río á caballo en union de sus leales y valerosos amigos.

Tal resultado tuvo el encuentro, que por último sirvió para que acreciese el horror hácia la torre del Hechicero, á quien culpaban de aquel y otros lastimosos infortunios.

Lo que nadie dudaba era que tanto misterio debía forzosamente consistir en alguna causa grave que tuviese relacion ó dimanase de una intriga entre elevadas personas.

Veamos lo que ocurría en el viejo y medroso palacio, sitio destinado aquella noche para estrañas cuitas y sorprendentes malandanzas.

## CAPITULO IX

## EL FAVOR DE LA FORTUNA.

Rodrigo de Aguilera y el bachiller Robdan vieron desde el rincón de una escalerilla, que conducía á las habitaciones principales, salir del palacio á la falanga de caballerías; y en vanguardia como cuando entraron, al escudero Lope, el fingido ermitaño, con su hábito, permaneciendo de lo resto de la mansión en el mas absoluto silencio.

Indújoles á creer esta circunstancia, que no existía allí otro pago ni criado que Lope, y esta persuasión les indujo á un gran desquite, en particular á don Rodrigo, quien después de haber dado por cumplidas sus esperanzas, pues temían que se á ofrecer sus ardientes votos de amor á la bella, que le tenía esclavo de su hermosura.

Permanecieron, pues, ocultos hasta el regreso de Lope,

atravesó el río a caballo en unión de sus leales y valerosos amigos.

Tal resultado tuvo el encuentro, que por último sobrevió para que acreciese el horror hacia la torre del Hechicero, á quien culpaban de aquel y otros lastimosos infortunios. Lo que nadie dudaba era que tanto misterio debía forzosamente consistir en alguna causa grave que tuviese relación ó dimanase de una intrigada elevada persona. Véamos lo que ocurría en el viejo y medroso palacio, sitio destinado aquella noche para estas crísis y sorpresas de las almas.

## CAPITULO IX.

Con todo por necesidad y por honra, y para no perder el tiempo en adquirir y de adquirirse contra los malos golpes de desgracia los caballeros que á fuer de hombres

### EL FAVOR DE LA FORTUNA.

Los mayores y mejores aventureros, escuderos, otros que en el rincón de una escalerilla, que conducía á las habitaciones principales, salir del banquete á la falange de caballeros, y en vanguardia como cuando entraron, al escudero Lope, el fingido ermitaño, con su linterna, permaneciendo el resto de la mansion en el mas absoluto silencio.

Indújoles á creer esta circunstancia, que no existía allí otro page ni criado que Lope, y esta persuasión les infundió grande aliento, en particular á don Rodrigo, quien desde luego dió por cumplidas sus esperanzas, pues limitábase á ofrecer sus ardientes votos de amor á la beldad que le tenía esclavo de su hermosura.

Permanecieron, pues, ocultos hasta el regreso de Lope,

y transcurrido un largo espacio de tiempo, Aguilera, previa la aprobacion de su camarada enderezó sus inciertos pasos hácia el fin de la galeria, en la cual encontró, gracias al fulgor de un farolillo pendiente del techo y que alumbraba la imagen de un Santísimo Cristo, dando á la par un rayo de luz en el fondo de un vasto salon y al que seguian otros, encontró, repetimos, lo que ardorosamente ansiaba, que era el dormitorio de la angelical Elvira.

Miró atentamente por la rejilla de una enorme puerta al extremo de una dilatada sala el intercolumnio que formaba sin duda la alcoba, cubierto ó cerrado hasta la mitad inferior con ricas colgaduras de damasco, y confirmóse mas en este juicio al ver salir del dormitorio á la venerable doña Berenguela, con un candelero en la mano, que puso en una mesa sobre la cual parecia haber un lienzo ó sagrada imagen.

Hizo brevemente oracion y por tres veces la señal de la cruz, y tornóse á la alcoba en donde era de creer que ya estuviese la interesante doncella.

Quedó en tinieblas al anchuroso y largo salon y Rodrigo en la mas cruel incertidumbre, no sabiendo á qué resolverse, pues temia no conseguir su intento noble y legitimo, y ser acaso el causante de la eterna desventura de Elvira.

Rodrigo esperó una media hora, y discurrió entretanto el modo de llamar la atencion de su dama.

¡Pasemos á ver qué hace, y en dónde se encuentra su compañero, el bueno de Roldán, quien á guisa de duende rastreó por todas partes en busca de qué dirán nuestros lectores? de los restos del sabroso festin de los conjurados que

percibía desde las aberturas de la reja, en la cual habían estado observando; fuese tal vez á impulsos de cierto apetito que se le desarrolló con los sobresaltos y el frío glacial de la noche que caminóse, mientras su compañero buscaba la verdad de sus sueños, á buscar él con que solazarse, si posible era, endulzando y compensando así las inesperadas vicisitudes, los horribos azares de la asendereada expedición nocturna.

Cuál fué su sorpresa al ver sentado en la cabecera del banquete al socarrón de Lope, al escudero-eremita, destripando un disforme pastel, engullendo colosales tajos de carne salpimentada, y por último, apurando sendas copas de Toro y de la Nava.

Escuchemos lo que el buen escudero de don Gutierre decía:

— »Dios ha iluminado á doña Berenguela! En vez de hacerme rezar el trisagio, me dió orden de que recogiese las migajas del festin de nuestros respetables señores, que á fuer de hombres de guerra todo lo destruyen, y así despavilan cien cabezas de moros, como se tragan cuanto hay de repuesto en el más rico y abastecido alcázar! ¡Qué destrozo han hecho! Han agotado los víveres de cinco semanas. A muchas visitas como está nos dejarían completamente á oscuras. Dios les envíe lejos, salvo sea mi querido señor el muy noble don Gutierre de Velasco.

»Y á propósito de este valiente caballero, qué necesidad tenía de mezclarse en danzas, ni en bandos, ni en revueltas? Pues hay cosa mejor que estarse en uno de sus castillos ni por Rey ni por Roque, gozando de la vista de su seductora hija, cazando en sus bosques, y viviendo dulce y sose-

gadamente al amor de sus leales vasallos? ¿Qué recompensa han de dar á mi respetable y animoso señor el día de la victoria? Nuevos escudos? ¿La gracia de vivir entre otros altos cortesanos? Está visto: no lo entiende. En estas exclamaciones acompañaba una estrapitosa carcajada, producida por las numerosas libaciones del de Toro y de las Navas, cuyo espíritu herbá en su cerebro, centelleaba en sus ojos y era causa de la movilidad prodigiosa de su lengua.

El bachiller Roldan estuvo cien veces por presentarse y de grado ó por fuerza hacerse partícipe de los succulentos desperdicios de la cena; mas por respetos al de Aguilera permaneció, sin atreverse á ocasionar el menor ruido, atento únicamente y riéndose para sus adentros de ver la simpleza y al mismo tiempo maliciosa traza del escudero.

Hallábase este al borde, acaso en el fondo ya de una completa embriaguez, porque Roldan observó que se reclinaba en un sillón, el rostro encendido, los labios balbucientes y con una sonrisa tan estraña y particular, que era un indicio seguro de su fatal estado.

Ultimamente, no encontrándose muy á su gusto en el sillón, pasó á un sofá, y allí dió con su cuerpo, estirando las piernas y dando, en fin, señales de un estupor completo.

Alegróse el bachiller de verle en tal situacion, y habiendo buscado la entrada del aposento en el que aun yacian los residuos del envidiado banquete, penetró en él sin el menor escrúpulo, y ocupando el sitio opuesto al en que estaba Lope, dió principio á saborearse á su placer de cuanto vió á jurisdiccion su hambre escolar y devoradora.

—No cambio, decia, la ventura de mi buen amigo Agui-

lera, que á estas horas habrá tenido la dulce satisfacción de oír los tiernos suspiros de su daniá; por este trozo de carne, que ni el obispo de Burgos la prueba mas exquisita; y pues y el vino! Tentado estoy á ofrecerte de huésped al Hechicero, porque según la muestra, su palacio está divinamente abastecido. Qué tal si me vieses ahora los del mugriento chiscon ó tabernáculo! De noche lo mismo anda la buena que la mala fortuna; por nuestra dicha hemos tropezado con la primera: es verdad que hasta el fin nadie es feliz; pere tripas llevan piernas; y aquí me las den todas. ||

En estas y otras reflexiones filosófico-gastronómicas, dejaremos al travieso bachiller Roldan para asistir á la sentida escena que pasaba en el interior del palacio.

— ¡Maldito sea el tiempo malicioso traza del escudero.

— ¡Maldito sea el borde, acaso en el fondo ya de una completa embriaguez, porque Roldan observó que se reclinaba en un sillón, el rostro encendido, los labios palmeados y con una sonrisa tan extraña y particular, que era un indicio seguro de su fatal estado.

— ¡Finalmente, no encontrándose muy á su gusto en el sitio, pasó á un sofá, y allí dio con su cuerpo, estirando las piernas y dando, en fin, señales de un estúpido completo.

— Alargó el bachiller de verde en tal situación, y haciendo bucacho la entrada del aposento en el que aun yacían los residuos del envidiado panadero, penetró en él sin el menor escrúpulo, y ocupando el sitio opuesto al en que estaba Lopez, dio principio á esparzarse á su placer de cuando vio á jurisdicción su hambre escolar y devoradora.

— No cambio, decía, la ventura de mi buen amigo Agui-



Hermosa y casta doncella,  
 Ohi luego del alma mia  
 ahora que anuncia el día  
 con su dulcísima luz,  
 Escucha el eco que lleva  
 mi suspiro apasionado:  
 él te dirá dueño amado,  
 de mi vida la inquietud.

Perrosos, guardado.  
 voy detrás de la hermosa,  
 buscando la luz que  
 y de la ausencia el rigor.  
 Sin la luz de la belleza  
 voy por incierto camino  
 cual humilde peregrino  
 en la noche de terror.

### EL JURAMENTO.

Despierta, candida Elvira,  
 oye amorosa mi acento,  
 y que alive mi tormento

Impacientábase el enamorado Aguilera al ver que se deslizaban los instantes y no encontraba medio de anunciarse á su idolatrada Elvira; tras de mucho discurrir intentó uno, que aunque arriesgado, produjo el efecto que ardorosamente apetecía.

Resolvióse á entonar suavemente una trova, por ver si el eco de su corazón llegaba á los oídos de la cautiva doncella. Se acercó lo posible á la pequeña reja ó celosía del formidable cancel que daba entrada á los anchurosos salones, y cantó con voz melodiosa y ténue la letra que sigue, en la cual revelaba los rigores de su suerte y su perseverante y fino ardimiento.

Hermosa y casta doncella ,  
 oh! fuego del alma mia ,  
 aurora que anuncia el dia  
 con su dulcísima luz!  
**E**scucha el eco que lleva  
 mi suspiro apasionado:  
 él te dirá dueño amado,  
 de mi vida la inquietud .

Fervoroso, enardecido ,  
 voy detrás de tu hermosura,  
 sufriendo triste amargura  
 y de la ausencia el rigor.  
 Sin la luz de tu belleza  
 voy por incierto camino ,  
 cual humilde peregrino  
 en la noche de terror .

Despierta, cándida Elvira ,  
 oye amorosa mi acento ,  
 y que alivie mi tormento  
 de tu labio el dulce sí!  
 Arriesgando la existencia  
 por rendirte el albedrío,  
 este palacio sombrío  
 lleno de fé descubri.

**N**o ingrata con tus desdenes  
 hermosa luz de mis ojos,  
 aumentes mas los enojos,  
 ni hieras mi corazón;  
**O**ye, despierta bandosa,  
 purísimo vaso de oro  
 escucha lo que te adoro,  
 lo que es mi ardiente pasión.

Endulza la horrible pena

que padece el alma mia,

y de esta mansion impia

Rodrigo te salvará!

Rompe oscuro cautiverio

que aprisiona tu hermosura,

y priva de tu ternura

al que siempre te amará.

Cuando Elvira oyó la voz que al través del inmenso y glacial espacio que la separaba, trasmilióse hasta su dormitorio, alzóse repentinamente sobre el lecho, empero imaginábase que era la blanda y placentera ilusión de sus amores, cruzando ante su mente en un sueño encantador y de mágico delirio.

Vistióse con rapidez, y cubierta con su manto riquísimo de seda, marchó al salon, y si hubiese en aquel instante brillado alguna luz en la tenebrosa estancia, hubiérase dicho que una deidad celeste, un ángel bello y divino, velaba el sueño de los solitarios moradores de aquel ruinoso y abandonado alcázar.

Iba palpitando de amor y de sorpresa, porque al oír el nombre de Rodrigo, desvaneció los temores que al principio de la trova se produjeron en su alma, pues llegó á pensar si el rendido galán trovador que á tan extrañas horas y tan inesperadamente se apareciera, seria alguno de los caballeros que acompañaron á su padre, porque había distinguido la emoción del joven don Hernando Alvar de Luna, y aun sospechó su repentino afecto hacía ella.

Colocada, en fin, junto á la puerta y con el sobresalto y recelo de que se despertase la venerable Argos que la cus-

todiaba, doña Berenguela, no sabia decir á Rodrigo que no era en vano su afan y que ya le tenia complaciente para escuchar los sentimientos de su corazón.

El de Aguilera habia percibido el leve rumor de sus delicados pasos, y no dudaba que bien Elvira ó la dueña escuchado habian su trova, pero no se atrevió á insinuarse hasta no estar seguro de que era su beldad, cuyo dulce aliento su enamorado pecho distinguia.

La jóven, tímida cual un inocente y candoroso sueño, esperaba á su vez que el improvisado trovador se evidenciara, y aguardó con la mas viva impaciencia una señal, un ruido, una palabra para manifestarse con toda la efusion de su alma.

Venció por último el deseo, impulsóla su estado violento de inquietud y de azarosa incertidumbre, y con una voz suave y apasionada, exclamó ;

—Rodrigo ! sois vos Rodrigo ?

Un rayo y una conmocion eléctrica no hubiera producido en el doncel el efecto que ocasionó la tierna é insinuante voz de la doncella.

—Sí... yo soy contestó lleno de alegría y radiante de amoroso fuego. Yo soy, que tras horribles desventuras, en pos de amargos pesares y desvelos te hallo, serafin mio, luz de mi esperanza; mas el destino aun es adverso y cruel, pues no me permite admirar ese tu rostro de hermosura, iris de virtud angélica.

Elvira se aproximó entonces y aplicando su bella faz sobre la rejá ó celosía de la puerta, respondióle en éstos términos:

—Han cruzado mis dias borrascosos y sombríos, y juz-

gaba ya una ilusión, dulce al par que desgarradora, ese amor, que en este instante creó sincero y puro como es admirable y segura tu firmeza; mas no abriga mi pecho confianza en el porvenir, antes vaticinó dolorosos infortunios. Yo te correspondo, Rodrigo, pero en vano alentaremos los dos esta fe ardiente si hay una barrera invencible contra la cual se estrellan nuestras esperanzas, y nuestros legítimos deseos! Esa barrera ¿es mi padre: conoces tú á mi padre? Tienes acaso noticia de lo enérgico é inalterable que es en todas sus resoluciones y propósitos?

—Rodrigo manifestó á Elvira el encuentro con su padre en la venta, y la estraña casualidad de haberle visto en el festín de aquella noche, sin omitir lo que habia padecido por indagar su oculto paradero.

Los pormenores de la narración de Rodrigo llenaron de sorpresa á la simpática jóven, y sintió un vivo entusiasmo al considerarse tan lealmente idolatrada.

—Si como aseguráis, vuestra familia es del bandó del rey don Sancho, esta circunstancia vendrá á ocasionar infaliblemente nuestra desdicha. Mi padre sirve con entusiasmo y fidelidad á los partidarios de don Alfonso, y odia de muerte á sus enemigos. Yo soy incapaz de causarle un disgusto; jamás cometeré una falta de respeto, ni seré desleal á mis sagrados deberes; en tal situación, Rodrigo, cumple diferir nuestras relaciones hasta una época menos angustiosa que la presente; quizá desvanecidos los furtores de la guerra, calmada esta pasión vengativa y esterminadora, tendremos días mas bonancibles y nuestro amor conseguirá un triunfo menos arriesgado y violento.

—Yo, amada Elvira, juré amarte y no serán suficientes

ni me intimidarán todas las furias de esos rabiosos bandos, lo bastante para que desista de mi noble empeño, si me correspondes, si admites la fé de mi corazón, que solo alienta por tí, por tu virtud y por tu hermosura. Resuélvete á ser mía y deja á mi cuidado vencer la repugnancia de tu padre y la odiosidad de los que intentan disputarme la gloria de tu cariño. Yo me postraré ante el venerable anciano á quien debes la existencia, le revelaré mi pura y desinteresada pasión y si no accede á mis ruegos...

—Ah! si se opone, Rodrigo, qué has de hacer? Renunciar á ese amor que me orgullece pero que nos haría desgraciados.

—Mi desventura es no ver á quien tan vivamente quiero: sin tí, Elvira, la existencia me es penosa, insostenible.

—Oyes? doña Berenguela nos ha sentido: huye por Dios! si nos descubre, somos perdidos; me sepultarán en otro mas fatal encierro.

Habiase despertado la duena, y como no sintiese cerca de sí á Elvira, empezó á murmurar y á sobresaltarse.

—No me iré de aquí aunque lo exija una legión de duenas; no me separo de esta mansión sin que obtenga seguridad de que no has de rendirte á la fé de otro caballero.

—Me pierdes, Rodrigo! Ven mañana al oscurecer, que yo haré un esfuerzo para que Lope sea á nuestro favor; todos los dias á esa hora sale á preparar la lámpara del Nazareno; háblale, que ya estará prevenido; yo te juro que no amaré á otro hombre. Adios.

Y Elvira llena de susto, sobresaltada, retiróse al dormitorio en el cual halló vistiéndose á doña Berenguela y en un estado de agitación extraordinaria.

—A dónde habeis ido? Qué teneis? os hallais indispueta?

—No os alarmeis: no siento quebranto alguno; solo que oí un leve ruido y tuve el suficiente valor para escuchar un instante á la puerta; mas nada he notado, y rebusé produciros un susto.

La suspicaz matrona hizo como que daba crédito á la disculpa, no volvió á recogerse, y ansiaba la luz de la aurora para dar aviso al Hechicero y cumplimentar sus ordenes.

Sospechó que el amor, el duende que tambien inquietaba al escudero Lope, habia por fin saltado los muros del viejo y solitario palacio, y preveia horrorosos males y contratiempos. Quién podria ser el galan? De qué modo le fué dable penetrar en el interior de aquella morada? Seria alguno de los nobles compañeros de don Gutierre?

Sumergida en estas dudas, que la produjeron honda emociion y profundo desasosiego, quédese en buen hora la venerable dueña, mientras seguimos al intrépido Rodrigo, que fascinado con la aventura perdió el tino y anduvo errante por los salones y galerías sin acertar con el sitio en donde podria hallarse su camarada, el afortunado y alegre bachiller.

Por último, despues de penosas ansiedades, encontróle muellemente reclinado en un alto sitial, junto al escudero Lope, á quien la mezcla de los vinos habíale producido una embriaguez profunda.

Reíase el bullicioso Roldan con las sandeces del escudero con quien departia de esta manera:

—Luego habeis asistido tambien entre los convidados?

—Yo estuve inmediato al rey don Alfonso; yo le servia

la copa; que bizarro es! qué garrido! Merece el trono! Par-diez! La victoria es nuestra, mirad qué ejército! Ved cómo deslumbra el brillo de las armas! imposible es que don Sancho resista el ímpetu de tantos y tan apuestos y vale-rosos caballeros! Se halla entre ellos la flor de la nobleza de Francia, lo mas florido de Castilla, sus! contra esos per-ros esclavos! Al arma! al arma! que ya se remolinan! se dispersan.... cobardes!!!

Y el infeliz escudero lanzaba una risa estrepitosa á ca-da exclamacion que hacia.

Llegó Rodrigo, y sorprendióle, así el estado de Lope, co-mo la serenidad y humor del bachiller, á quien informó de su intrevista con Elvira, y temiendo que la dueña pu-diese descubrirles marcharon al jardin, y dieron sin tro-piezo alguno en la calle.

---



## CAPÍTULO XI.

---

### LOS DOS AHORCADOS.

Tres veces á la hora indicada por Elvira, es decir, tres dias consecutivos al oscurecer, presentáronse Rodrigo de Aguilera y el bachiller Roldan en la puerta del palacio, pero Lope no salia, y el divino Nazareno, á quien destinaban severamente la humilde luz de la lámpara, permanecia á oscuras, indicio triste y seguro de que los moradores del alcázar solariego habian desaparecido.

No era posible descubrir el nuevo albergue de la fugitiva familia de don Gutierre; y Rodrigo, merced al buen humor de su compañero no hizo una diablura; sin embargo se hundió en la mas negra melancolía.

Tampoco se hablaba del Hechicero, ni habianse visto mas señales de su permanencia en la torre. Para penetrar

en el palacio era preciso una escala, empero sus muros gigantescos podían causar la muerte del que lo intentase.

De día, por no dar vulgo, no era prudente acometer la empresa, por cuya circunstancia Rodrigo empezó á desesperar respecto á la nueva situación de Elvira. De conjetura en conjetura, de temor en temor, vagaba el infeliz como el reo á quien atormenta la incertidumbre de su suerte. Por otra parte, la ciudad estaba alarmada, con la presencia del temible don Sancho el Bravo, y aunque Rodrigo sentía hácia él verdadera simpatía, era ageno á las contiendas y al inexorable furor de los dos bandos.

Se resignó pues á esperar á que tiempos menos borrascosos iluminasen el paradero de la beldad cuyo amor agitaba y hacía insegura y desventurada su vida.

Hallábanse una noche Rodrigo y el bachiller Roldan conversando tranquilamente en el hogar de uno de sus amigos, cuando otro se apareció y dijo:

—Señores, sabéis lo que pasa?

—Tanto se cuenta, que...

—Lo que voy á manifestar es cierto.

—Veamos.

—Teneis noticia de la aventura del infante don Juan?

—Sí, ya la sabemos hace tres dias; el malvado se salvó de una muerte horrible.

—Silencio!

—Si no traes mas noticias que esas...

—Pues acaso á estas horas habrán espiado tambien su deslealtad al rey don Sancho, los habitantes del palacio encantado, incluso el Hechicero de la torre.

—De veras?—esclamó sorprendido y con visible commoion Rodrigo.

—En este instante han penetrado á viva fuerza en el infernal alcázar; el rey al partir dió la órden de que á nadie dejasen con vida: yo no sé qué diablos ha descubierto.

—Desgraciada Elvira!—gritó con voz lastimosa Rodrigo, y haciendo una seña á Roldan, que le siguió al momento, arrojóse fuera de la casa y ambos se encaminaron, poseidos de horror, hácia la solitaria mansion del Hechicero.

Los amigos miráronse unos á otros, y no acertaban á darse una esplicacion satisfactoria de la repentina marcha de Rodrigo de Aguilera y su compañero, atribuyéndolo mas bien á curiosidad que á otra cosa; pues no conocian los amores de aquel; é ignoraban absolutamente la existencia de la encantadora Elvira.

Llegaron á la puertecilla por donde la primera noche habian penetrado, y la hallaron abierta.

—Qué hacemos?—preguntó Roldan.

—Defender á todo trance á esa inocente y angelical criatura; y diciendo esto, se internó Rodrigo en aquella lóbrega morada.

—Mirad lo que haceis; yo soy gustoso en acompañaros; juré ser vuestro leal amigo, y lo cumplo: mas don Sancho no tiene en cuenta ni amores, ni amistades, palabras ni juramentos; si ha dado la órden *nulla es redemptio*, no hay salvacion posible, y á nosotros alcanzará también su tiránica sentencia.

Habian llegado al centro del jardin, cuando súbitamente oyeron el ruido de las espadas y confusas imprecaciones,

las fieras amenazas de los que al parecer habian escalado la torre del Hechicero.

Rodrigo y su compañero encaminaron hácia allá sus pasos, mas salieron á su encuentro dos hombres, y á la voz de alto! dieron principio á sacudir tales golpes, que á no ser por un árbol, por la oscuridad y la prontitud con que tiraron de sus tizonas los dos valientes jóvenes, hubieran en un santiamen sucumbido.

—Aquí están! aquí están!—gritaban los que les habian acometido y continuaban sin cesar repartiendo formidables mandobles, que los otros paraban con bizzarria y destreza.

A las voces acudieron con luces los que habian subido en busca del Hechicero, y cuál fué la sorpresa y al mismo tiempo la alegría de Rodrigo, al conocer á uno de los que acaudillaban aquella nocturna hueste.

—Gonzalo!—esclamó Rodrigo;—Gonzalo!

—Diantre! sois vos, Aguilera?—respondió el escudero á quien nuestro enamorado galan habia visto en la venta, y en cuya compañía llegó hasta Burgos.

—Detened!—prosiguió.—Alto! compañeros; este jóven es de mi confianza; es un amigo.

Entonces se aproximaron depuestas las armas, y diéronse un estrechísimo abrazo el bigotudo escudero, acérrimo y entusiasta servidor de don Sancho y Rodrigo, quedando ambos soberanamente absortos de encontrarse en semejante sitio.

Roldan conoció igualmente á varios de los esbirros del rey don Sancho, y en tanto que con ellos conversaba, Aguilera manifestó al brusco Gonzalo su amor y relaciones con Elvira, y demás circunstancias que ya quedan referidas.

—De nada servirían mis súplicas,—replicó el escudero;— el rey es inflexible, y conoce mucho á don Gutierre, á quien es deudor de malas ausencias, y ha jurado el esterminio de esa familia: tomad mi consejo, y no seais niño. Para salvar esa hermosura no hay otro ardid que arrebatarla de donde se encuentre, y poniéndoos al servicio de don Sancho conseguir su gracia, para realizar vuestro deseado enlace; nunca mas á propósito que ahora; yo estoy revestido de facultades para levantar hueste en favor del rey, porque se teme una próxima y sangrienta batalla: la misma orden que en Aragón se ha comunicado por estos contornos á los alcaides de fortalezas y á los tenientes de las villas, para que se reúnan con todas las fuerzas disponibles. Perteneciendo vuesa-merced, señor hidalgo, á nuestro partido, podreis alcanzar mas fácilmente lo que deseais; además, yo tengo hablado al rey de nuestra entrevista en la venta, y á no ser por vuestros amores, porque asemejais á un pájaro nocturno, nadie os vé, nadie os encuentra; ya os hubiera yo presentado al rey en su corta estancia en esta ciudad.

Seguro Rodrigo de que Elvira no corría riesgo por haber desaparecido del palacio, y discurriendo que podría serla útil tomando las armas en favor de don Sancho, dió palabra al valiente escudero de pertenecer á su hueste ó de servir á sus órdenes, y quedaron convenidos en la forma y tiempo en que habian de presentarse como afiliado en su bandera, ó en el contingente de sus hombres de armas.

Despidiéronse Roldan y Aguilera de Gonzalo y sus camaradas, y estos, cumpliendo tal vez una orden ó esperando ser mas felices en sus ulteriores investigaciones, subieron á la torre en busca del Hechicero.

Gran inquietud atormentaba á Rodrigo acerca de la suerte de su adorada Elvira, temiendo que la soldadesca hiciese contra su virtud un sacrilego atentado. Así es que resolvió armarse de todas armas y correr en pos de nuevas aventuras, con el noble fin de salvar, si le era posible, á tan desventurada familia.

El bachiller Roldan aprobó la determinacion de su amigo, y convino en que de ningun modo podia ser mas útil á la beldad que tan sinceramente amaba, que perteneciendo á los *hombres de guerra*, tomando campo en los estandartes que por do quier se alzaban por don Sancho.

Aunque en aquella época, y mucho tiempo despues, los reyes no disponian de ejércitos y sí del contingente de hombres ó lanzas que á cada noble correspondia, y estaba obligado á prestar en clase de feudo, con todo, muchas veces organizaron algunas *mesnadas* y huestes particulares para su propia guarda; así es que Gonzalo, sin ser otra cosa que simple ballestero, tan bizarro era y tal confianza inspiraba al rey don Sancho, que le conferia las mas graves y peligrosas comisiones. Una de ellas fué, por lo que en adelante habremos de decir, la de buscar al sábio Hechicero, de quien el rey tenia los mas indignos antecedentes.

A la mañana que siguió al suceso del palacio encantado, hallábase Aguilera disponiendo sus preparativos de campaña, cuando hete aquí al bachiller Roldan, que entra como estupefacto y le dice:

—A que no aciertas lo que he visto?

—No es fácil;—contestó Rodrigo.

—Desde que el rey don Sancho estampó sus huellas en

Burgos, suceden maravillas, se repiten los estupendos y mas estraños acontecimientos. No te sobresaltes; nada ocurre contra la encantadora Elvira, pero le andubo cerca, y milagro quizá habrá sido el que no haya experimentado un revés lamentable. Sábetelo que he visto pendientes de un árbol... á quién dirás? A dos renegados y á otro moro de esta ciudad, en cuya cueva han descubierto al ilustre y célebre morador de la torre; por esta vez no le han valido sus diabluras y encantamientos: lo que prueba que solo es farsa y brujería despreciable su decantada ciencia. El Hechicero ha desaparecido.

—Y no han dicho si Elvira corre algun peligro? No han confesado esos infelices su paradero?

—Nada se cuenta de la hermosa descendiente de los Velascos; sin duda está protegida por el cielo.

—Plegue á Dios que así sea.

## CAPITULO XII.

### EL MONASTERIO.

Rodrigo continuó en sus marciales faenas , preparando sus armas con no poca satisfaccion de Roldan , pues se prometia de su gallardo compañero *altos fechos*, dignos de eterna *remembranza*, y alentábale con entusiasmo á que abrazase con fé su nueva , gloriosa é inmarcesible carrera.

Fuese por esta razon , bien por lo preocupado que tenia su espíritu en la idea de ser útil á Elvira , ello es , que el bizarro jóven Rodrigo de Aguilera , con el ardimiento y magestad de los guerreros de su época , y cual si ya se encontrase al frente de numerosas y esforzadas lanzas , entonó mientras limpiaba un casco y arreglaba una brillante armadura , el siguiente romance :



Calzadme de oro la espuela,  
ceñidme la noble espada,  
que de hoy cual el Cid valiente  
ufano salgo á campaña.

---

Llevaré pluma de cisne,  
como mi amor pura y blanca,  
y por cimera un castillo,  
fortaleza de mi alma.

---

Por divisa en el mi escudo  
una estrella abriantada  
con este mote altanero :  
«mi Dios, mi Rey y mi Dama.»

---

Iré en pos de ricas glorias  
é inmarcesibles fazañas,  
que ofreceré luego airoso  
á la que el pecho idolatra.

---

Por tí, hermosa, llevo escudo ;  
por tí, Elvira, ciño espada ;  
tu amor me infunde bravura,  
tu amor me infunde esperanza.

---

Tu imagen encantadora  
en el pecho está grabada,  
y será en las recias lides  
de victoria la luz mágica.

Concluida su operacion de limpiar las armas y despidiéndose del bachiller Roldán, marchó Aguilera en busca del escudero Gonzalo, de quien debía recibir instrucciones

y quizá lo que constituía su mas apremiante y vivo deseo: saber alguna nueva de la situación de Elvira. Llegaba cerca de la catedral, cuando un pordiosero, aparentando pedirle limosna, exclamó en voz baja y misteriosa:

—Seguidme... que os interesa.

Impresionóle esta demanda del mendigo, y Aguilera siguió sus pasos con una inquietud indescriptible. Aquel penetró en la catedral, y se detuvo á la entrada de una capilla; se veían escasos devotos en el augusto y magestuoso templo, circunstancia que favoreció la intención del desconocido.

—Nada temais,—dijo luego que Aguilera estuvo á su lado.—Yo soy Lope, escudero de don Gutierre, y uno de los desgraciados habitantes de esa maldecida torre de los duendes. Anoche salvé milagrosamente de los espías del rey don Sancho; la bella Elvira, por quien he sabido de vuestra persona, salió horas antes con la dueña, mas descubrieron una escalerilla secreta de la torre y hallaron á dos camaradas del sábio Hechicero Daniel, uno de ellos su propio hijo, y los dos han sido ahorcados. Nos suponen á todos de no se qué familia, y ni aun yo mismo puedo explicarme tanto misterio. Este disfraz es la única salvaguardia que me resta, si vuestro honor y caridad no me favorecen con su poderoso amparo. Si me descubren, sufriré igual suerte que el hijo y el otro judío, camarada del nigromante, pues yo creo que á todos nos consideran *brujos*; compadeced y salvad á un infeliz, que no tiene otra culpa que la de ser leal servidor de una familia ilustre pero sin ventura. Su merced don Gutierre, mi amo y señor, fué adicto al rey don Alfonso, mas yo nada tengo que ver con sus amistades y

relaciones; cada cual es hijo y responderá ante Dios de sus obras y de sus pensamientos.

—No os aflijais—le contestó Rodrigo de Aguilera—aunque nada valga mi influencia, no obstante, será suficiente para evitar un desastroso infortunio. Yo tampoco soy partidario de nadie, sino de mi conciencia; mas una circunstancia particular hizo que mi familia perteneciese por gratitud y en buena ley, á la bandera de don Sancho; pero á este señor ni le disculpo ni le enaltezo: dicen que es rebelde á su padre don Alfonso, que ha sido un hombre de virtud y de ciencia, y su hijo un génio diabólico y turbulento; son cosas Lope, que no comprendemos los profanos; *son cosas de reyes*, y mas en estos tiempos que impera el derecho de la fuerza y no hay respeto que valga en tratándose de coronarse rey, ó de aclamarse caudillo. Allá se las vean, y cada cual obre segun su conciencia. Yo tengo mi bandera, y en su honor cumpliré con lealtad la fé de mis juramentos. Mas dime, Lope, dónde se encuentra Elvira?

—Si guardais secreto, os revelaré el sitio en que hoy, al parecer, se halla segura. Tened presente, don Rodrigo, la época vengativa é infernal que atravesamos, y no espon-gais á la que tanto quereis, á ser juguete de la desgracia.

—Descuidad: ella es la luz de mi vida y como á un sér inviolable y sagrado la respeto; decid en dónde está para mejor ponerla á salvo de todo peligro, y velar incesantemente por su quietud, con el interés que pudiera hacerlo su mismo padre.

—Su padre?—esclamó sonriendo el escudero Lope.

—Qué decís de su padre?—le preguntó sorprendido el enamorado Aguilera.

—Nada... poco menos que nada—repuso el escudero y añadió:—Hay gran reserva, y segun he podido traslucir, hasta Elvira, por mas que aparente otra cosa, desconoce su origen, y no sabe por qué razon la traen tan sin sosiego y en una oscuridad repugnante. Dios sobre todo: lo único que os puedo manifestar es, que Doña Berenguela y Elvira se han refugiado en el monasterio de las Huelgas.

—Pues bien, qué es lo que deseais?—preguntó Rodrigo al fingido pordiosero.

—Ir en busca de mi señor y amo don Gutierre.

—Mañana saldreis con un amigo hasta dos leguas de la ciudad: seguidme por ahora para proveeros de otro distinto trage, y para que podais disfrutar de alguna quietud interin se dispone vuestro viaje.

Rodrigo de Aguilera le condujo á su propia morada, no sin dar antes aviso al bachiller Roldan de aquel nuevo suceso y experimentando una dulce satisfaccion por el beneficio que acababa de hacer á un desgraciado.

Positivamente la hermosa hija de don Gutierre fué trasladada desde el palacio de la Torre del Diablo al célebre y suntuoso *monasterio de las Huelgas*, comunidad de religiosas aristocráticas que en otros tiempos gozaron estrordinarias preeminencias, y aun hoy conservan algunos raros y notables privilegios.

Aunque no pocos de nuestros especialísimos lectores habrán quizá visto el magestuoso y feudal monasterio que descuella al frente de la noble ciudad de Burgos, nos permitiremos una breve noticia de él, porque su historia interesante y su nombre es por otra parte respetable siquiera por lo antiguo de su origen, puesto que sus fuertes muros se

destacan al través de *siete siglos* ó mas de existencia.

De varios apuntes históricos que conservamos de un viaje á Burgos, haremos una breve descripción de dicho monasterio, en el cual ocurrieron algunas escenas de nuestro sensible y novelesco drama.

Sobre los escombros de un palacio ó casa de recreo de los reyes de Castilla se alzó el famoso *monasterio de las Huelgas*, allá por los últimos años del siglo XII en la época de don Alfonso VIII y su sitio es al poniente de Burgos, á poco mas de un cuarto de legua; siendo el único y mas bello edificio del lugarcillo en donde se halla, y que además de ser su colono, sirve de morada á los numerosos dependientes, incluso los capellanes que le pertenecen.

La construcción del monasterio es en extremo sólida, y su torre mas bien parece de castillo que de iglesia.

Todo el edificio es grandioso y en la forma demuestra su antigüedad, así como en su grave aspecto, revela el fin á que se hallaba destinado.

Allí se ven mezclados el círculo bizantino y la ójiva, y toda su estructura constituye un conjunto magnífico y admirable. Su extensión es portentosa, y entre la multitud de claustros notabilísimos por la riqueza de sus adornos, por su elegante arquitectura, hay especialmente un ojivado de vasto espacio, y los faquetones y bolteles que le adornan son de un esquisito estudio.

El techo, la puerta que dá entrada al coro interior, está remordenado al gusto árabe de los siglos XIV y XV con extraordinaria delicadeza, como lo están muchas de las salas cuya cornisa y greca superior se componen de caracteres arábigos.

Existe otro claústro mas bajo, que vulgarmente llaman los *claustrillos*; su construccion parece que data del siglo X y es soberanamente curiosa y bella. Los arcos semicirculares, sostenidos por columnuelas pareadas, el follage, las molduras, basas y adornos en general, es de sumo interés arqueológico.

Embellrece además y dá justo renombre al monasterio su famosa sala capitular, brillante cuadrado sostenido por cuatro elevadas columnas centrales, que son compuestas de otras mas chicas y separadas, y cuyo sonido revela que se hallan construidas de una piedra finisima y de gran mérito.

Los sepulcros tambien son bellisimos y hacen honor á la historia de las artes; hay en ellos multitud de reyes, príncipes y reinas, cuya larga lista ó catálogo nos impide estampar su nombre.

En cuanto á su orden gerárquico, á las preeminencias y estatutos de la comunidad, diremos que hay en él una Illma. Abadesa, que antiguamente era *Señora* de muchos monasterios, de doce ó mas villas y cincuenta lugares en donde proveía prelacías, corregimientos, encomiendas, capellanías y daba dimisorias para órdenes y licencias de confesar y predicar.

Tenia territorio *nullius*, y era dueña de horca y cuchillo.

La dignidad dura tres años y la eleccion se hace por las demás señoras del monasterio, con asistencia de un prelado comisionado por la real cámara; despues el gobierno espide la precisa confirmacion.

Las solemnidades que se celebran con este objeto, son de la mayor pompa y esplendente boato.

No se apellidan monjas, sino señoras, y todas pertenecen

á elevada clase; tienen su cocina; dormitorio y criada por separado; hay tambien otras que se llaman Religiosas, que visten hábito distinto del que llevan aquellas, pero todas son Bernardas Cistercienses.

En tan imponente morada, asilo régio-monástico, encerraron á la hermosa Elvira, con quien una de las principales señoras tenia estrechos vinculos de parentesco, y por esta circunstancia don Gutierre de Velasco, partidario del conde don Lope Diaz de Haro, de quien hablaremos, juzgó conveniente trasladar á él á su encantadora hija, y al efecto dió la orden terminante al sábio Daniel, el Hechicero, quien la trasmitió á la dueña doña Berenguela en la mañana posterior á los sucesos del misterioso y solitario palacio, de los cuales fueron parte el bachiller Roldan y el enaerado Rodrigo de Aguilera.

Este apuesto doncel, ya mas tranquilo por la suerte de Elvira, consagróse de un modo esclusivo á su nueva carrera de las armas, sin renunciar por eso á sus amores, causantes del espíritu marcial de que se habia inspirado su corazon.

Anhelaba distinguirse en los combates, y adquirir influencia y gloria para mas dignamente pretender la mano de Elvira, ó ser acaso su apoyo y valedor en una época en la cual predominaba el resentimiento y la mas sañuda venganza.

Uniose, pues, al valiente alférez Gonzalo, quien habiéndole instruido de ciertas novedades, partió á desempeñar una importante mision que el rey don Sancho le confiara.

Rodrigo de Aguilera tenia el consuelo de oír á todas

horas al travieso bachiller Roldan, y cuando sus quehaceres lo permitian bajaba triste y silencioso al otro lado del Arlanzon, eneaminándose como automáticamente, por instinto, al monasterio de las Huelgas, cuyas altas paredes y su inviolable clausura le estremecian de espanto.

Rondaba en torno de la real y mística mansion, abatido y fascinado dulcemente con la imagen de su idolatrada Elvira. Esta, no menos preocupada con su nueva y ascética vida, sintió profundo duelo por la falta absoluta de noticias, por el terrible aislamiento en que se hallaba, sin saber el paradero, ni la suerte de su rendido y constante amador el jóven Aguilera.

Para disimular el fuego que la devoraba, concurría frecuentemente al coro en union de las seráficas religiosas, y el rezo y los cánticos sagrados endulzaban la amargura de su inseportable y sombrío cautiverio.

Las nobles señoras dispensaron á Elvira un distinguido afecto, pues no solo su rara belleza, sino tambien las eminentes dotes que la enaltecian la singularizaron pronto, haciéndose desear por aquella pequeña corte femenil, particularmente por la elevacion de sus sentimientos y la angelical dulzura de su carácter.

No se acordaban de su cuna ni del porvenir brillante que pudiera sonreirla: profesábanla un entrañable cariño porque así era especial lo primoroso de su fisico, lo extraordinariamente bello de su faz, como lo sublime y santo de sus pensamientos.

Así es que por la pureza de su alma, por lo nítido y suave de su figura, la denominaban «La Paloma del Monasterio,» y era en verdad su mas dulce y hermoso queru-



bin, su mas rico ornamento, porque llegó á ser edificante, y un modelo de religiosidad, de candor y compostura.

No se vió allí libre, no se vió exenta de inquietudes, porque el carácter violento de su padre, y la inconsiderada pasion de don Hernando Alvar de Luna, fueron causa de amargos sinsabores y fatídicos presentimientos.

Sucedió que el jóven don Alvar de Luna, partidario del conde don Lope Diaz de Haro, y compañero inseparable del padre de Elvira, don Gutierre Fernandez de Velasco, sintió por aquella un vivo afecto desde la noche del nocturno festin; y de una manera officiosa, mas bien por ver á la bella reclusa, que por llevarla noticias de su padre, se brindaba de continuo á ir al monasterio, arriesgando imprudentemente su existencia.

Dos veces habíase presentado ante la puerta del religioso y feudal asilo, con la suerte de no haber sufrido contratiempo alguno, y realizado dichosamente su objeto, que no era otro que el de contemplar la incomparable hermosura de la hija del caballero don Gutierre, mas no se atrevió á revelar el profundo fuego que le abrasaba; respetando, por una parte, la situacion de Elvira, y por otra, deseoso de hallarse mas autorizado, con positivos merecimientos en virtud de los importantes servicios que continuamente hacia al de Velasco.

Una vez quiso probar fortuna, y despues de salir del monasterio con el mas cumplido desaire, se espuso á experimentar un inesperado y triste escarmiento.

### CAPITULO XIII.

#### LOS DOS RIVALES.

Adiestrábase continuamente en el manejo de las armas el bizarro don Rodrigo de Aguilera, y á este fin, montado en un brioso alazan cordobés, hacia todas las tardes sus escursiones por los campos; y como hallaba dulzura en contemplar de cerca los muros donde se albergaba la sin par Elvira, holgábase en discurrir en derredor del alto monasterio; mas sus ojos no descubrian la que tanto ansiaban ver, porque el sagrado recinto, concluidas las ceremonias religiosas, permanecía cerrado y silencioso cual si fuera una fortaleza.

El sol, tibio y pálido, pues en aquel horizonte pocas veces resplandece con todo su esplendor y magnificencia, declinaba al ocaso, velándole un grupo de nubes densas y

plomizas, y á tan siniestra hora descendia por la márgen del Arlanzon un caballero, armado de todas armas, con pluma negra en el casco, y en una actitud grave y magestuosa. Llegó al pie del monasterio, dejó el caballo al paje que le seguía, y dados tres golpes á la puerta del ascético alcázar, fué al punto recibido; lo que conducia á creer que era persona de rango é indisputable valimiento.

Admitido á la presencia de la ilustre superiora, y hecho entrega de algunas cartas en las que sin duda participábase algun misterioso acontecimiento, suplicó se le permitiese ver un instante á Elvira, para darla nuevas lisonjeras de su padre, demanda que fué satisfecha, no tanto por lo que se mereciese el garrido doncel, cuanto por ser mensajero de ciertos cortesanos, por cuyo triunfo se hacian solemnes votos en el monasterio.

Apareció Elvira, y quedándose por unos instantes sola mientras la abadesa fué á comunicar sus órdenes á las demás hermanas del cláustro, tuvo el sentimiento de oír una declaracion que no esperaba, la que vino á turbar súbitamente su quietud y la risueña perspectiva de sus amores con don Rodrigo.

—Permitidme, hermosa Elvira, —esclamó Alvar de Luna— perdonadme que os revele humildemente la acendrada fé de un corazon, el que sin vuestro amor jamás encontrará ventura en la tierra: yo os adoro, virgen peregrina, desde que vuestro venerable padre y señor se dignó presentaros en el festin del solitario alcázar; entonces hice juramento de consagraros mi albedrio, mi existencia, y únicamente para ser feliz me falta escuchar de vuestros dulces labios que soy correspondido, pues ya he logrado merecer, y de

ello estoy orgulloso, el asentimiento de vuestro padre.

No son los asuntos de la corte, no es el deseo de complacer al noble don Gutierre, ni al ilustre don Lope Diaz de Haro, de cuya amistad me envanezco; es el vivo afán de contemplar vuestro divino semblante, el que me impulsa á no temer riesgo alguno, el que me inspira el suficiente valor para despreciar toda clase de peligros en estos dias de venganzas y de turbulencias.

Creedme, idolatrada Elvira; mi amor es el que me trae ante esas rejas sombrías que nos separan; decid que me correspondéis, y me juzgaré el mas dichoso de los hombres; vuestra declaracion será tal vez el lisonjero anuncio de mi futura gloria.

Si un dia se contempla vencedora nuestra causa, yo pondré á vuestra disposicion mi brillante fortuna, mi esclarecido nombre, mis almenados muros; todo cuanto poseo, que ni con su indisputable valia compararse pueden á la rica joya de vuestra virtud y hermosura.

—Noble señor Alvar de Luna,—repuso Elvira algo turbada;—no es el sitio en donde me encuentro, ni la época fatal que atravesamos, circunstancias á propósito para deliberar sobre un negocio tan grave: permitidme que disfrute ahora reposo, y mas adelante podré tranquila resolverme, sin perjuicio de agradecer en mi alma vuestra galantería y fino rendimiento.

—Es decir que desairais mis ruegos, la fé pura y santa de mi pasion?

—Por hoy,—replicó Elvira,—no cumple á mi dignidad que os conteste en otros términos. Y haciéndole un respetuoso y cortés saludo, abandonó la estancia.

Alvar de Luna, herido cual de un rayo, sintiendo una cruel desesperacion, aguardó á la superiora para despedirse, y con villano egoismo, con una rivalidad impropia de su origen y de su fama, la informó de los amores de Elvira con Rodrigo de Aguilera, y las tristes consecuencias que podrian ocasionarse de ellos, si no vigilaban rigorosamente á la cándida paloma de las Huelgas.

Fué lo bastante para que la cavilacion mas suspicaz penetrara en el espíritu de la Ilhma. Abadesa, y desde entonces la infeliz Elvira se vió infortunada, y aun se juzgó el blanco de innmerecidas sospechas.

La devota doña Berenguela, compungida y melindrosa dueña, que no se alejaba de su lado, redobló sus impertinentes y cotidianas amonestaciones, y el monasterio, asilo antes de paz y de angélica dulzura, tornóse para Elvira en una lúgubre mansion de tiránicas asechanzas.

El llanto era su alivio: la oracion su bálsamo celestial; el iris cuyo resplandor acariciaba su alma, victima de inquietudes y de espantosos temores.

Al retirarse Alvar de Luna, á corta distancia de las Huelgas, descendia casualmente por un montecillo el bizarro don Rodrigo de Aguilera, muy ageno en verdad de verse rostro á rostro con el nuevo paladin de la señora de sus pensamientos.

Una idea simultánea se apoderó de ambos donceles, y sin haberse reconocido, penetraron sus intenciones, particularmente Aguilera, que sospechó desde luego fuese su rival espia de don Gutierre de Velasco.

Detuviéronse frente á frente, y Alvar de Luna le interrogó de este modo:

—Seais quien fuéreis, si os cumple descubriros, holgáreme de ello, pues así sabré á quien de los caballeros de Castilla ofrezco mis leales servicios.

—Jamás he ocultado á nadie mi faz ni mi nombre: miradme;—y Rodrigo alzose la visera: después prosiguió de esta suerte.

—Soy don Rodrigo de Aguilera, fijo-dalgo de Toledo, al servicio del rey de Castilla el inclito don Sancho.

—Que me place reconoceros!—esclamó el de Luna.—Yo soy,—añadió—don Hernando Alvar de Luna, caballero de Albarracín, de solar y limpia ejecutoria; péseos de haberme encontrado! vos, trovadorcillo errante y aventurero, sabed que yo también amo á la hermosa Elvira, cuyas protestas y sinceras demostraciones de ternura acabo de escuchar en el monasterio; vos teneis la causa de su infortunio; el que en la venta nos refirió la historia de sus extravagantes amores.

—Ciertamente: yo soy el amante de Elvira; y puesto que en todas circunstancias somos enemigos á muerte, citadme hora y sitio, y quede uno solo, para de ese modo consagrarse sin rival é inquietudes á merecer el amor de esa imponderable hermosura. Por lo demás, echo sobre vuestra frente esa calificación villana.

—La hora sea este momento: el sitio el que pisamos—replicó el de Luna.

—Ved que estoy solo, y con vos hay un escudero.

—Te disculpas?

—Exijo formalidades.

—Partamos al campo.

—En buen hora—dijo Aguilera—no aplacemos el duelo.

Y sin mas ceremonia disponianse á medir la distancia embrazando ya sus escudos, y blandiendo arrogantes sus ponderosas lanzas, cuando de súbito asoma por uno de los cerros confuso tropel de gente armada, cuyo caudillo era el impertérrito Gonzalo.

Tan luego como Aguilera le reconoció, dijo al de Luna:

—Si estimais la vida, partid al momento; los que llegan son del rey don Sancho, y os darán la muerte, puesto que sois un enemigo irreconciliable, como partidario del conde de Haro. Huid, y otro dia tendrá cumplimiento vuestra demanda.

Este rasgo de generosidad, ó no fué comprendido por don Hernando Alvar de Luna, ó la desesperacion y los celos hubiéronle de inspirar la siguiente baladronada:

—Ni el número me intimida; si no quereis defenderos, quedareis cual un cobarde; mas antes que lleguen, os daré la muerte.

—Huid! insensato..!—le replicó Aguilera poniéndose en actitud de rechazar un formidable golpe.

Por último, el tropel se acercaba, y sin duda convecido Alvar de Luna de lo temerario de su arrojo, exclamó dirigiendo la vista al grupo de los ginetes que acaudillaba Gonzalo:

—Tal vez tendriais dispuesta una emboscada. Yo te buscaré solo, y quedará satisfecha mi venganza.

Y apenas terminó la frase, lanzándose al galope á rienda suelta por aquellos campos, dejando sorprendidos á todos por la increíble velocidad de su soberbio corcél, pues no parecia sino una exhalacion por lo rápidamente que se ocultó á la vista de sus adversarios.

Instruidos estos de quién era el fugitivo infanzon, **sirtior** no haberle á las manos, porque de seguro hubiera experimentado un cruel escarmiento, á la bárbara usanza de tan calamitosos y sanguinarios tiempos.

Rodrigo de Aguilera regresó á Burgos con el escudero del rey, el valeroso Gonzalo, quien se envanecía de verle tan marcial y apuesto.

Al dia siguiente, vispera de la llegada del rey don Sancho, tuvieron lugar las importantes escenas que vamos á referir, dejando para despues una breve reseña del carácter de aquel, y de las intrigas y costumbres de su turbulenta corte.



## CAPITULO XIV.

## EL MONJE.

Eranse unas solitarias ruinas: tal vez restos de alguna atalaya ó pequeño torreón, destruido por innecesario, ó por considerarle como sitio espuesto á una fácil sorpresa.

La noche habia cubierto con su sùnebre crespon toda la faz de la tierra.

Una helada neblina penetraba hasta la concavidad del ruinoso muro, en cuyo centro, sentado á la lumbre, veíase una especie de fantasma con tosco y pardo sayal, lengua y espesa barba, y en la actitud del mas humilde y contemplativo cenobita.

El traje, al menos, hubiera inspirado el mas profundo respeto, pero como no debe muchas veces juzgarse por las apariencias, justo será que antes de considerar á tan mis-

terioso penitente, oigamos un diálogo que promueven dos viajeros al dirigirse á la escondida gruta.

—Por Cristo! mi buen señor, que teneis mas alma que el mismo Cid.

—Silencio! Ferran! silencio! Eres un hablador insufrible, y á no ser por el frio glacial de la noche, que no me permite quitar el embozo, hubiérate enseñado á ser mas cáuto, dándote algunos avisos con la toledana.

—Señor... perdonad... el horror me obliga á salir de mis meditaciones... cuanto mas cerca estamos, tanto mas susto experimento. Sensible es que un hombre como vos, de tan alto linage, se fie...

—Callas!

Y al prorumpir en una imprecacion enérgica y horrible que retumbó á lo lejos como el estampido de un formidable trueno, paró el caballo, porque los dos caminantes llevaban dos gallardísimos corceles.

—Ya te he dicho—prosiguió el mas autorizado—que no hables una palabra. Cuando yo vengo á este sitio, y á tales horas, fuerza será convenir en que es de absoluta necesidad, y en ello va mi honra y tal vez la paz de Castilla.

—Si; pero creer en los diablos...

—Qué dices?

—Poco menos.

—Tú sí que eres un pobre diablo que para nada sirves. Como no te arrepientas, y manifiestes el valor que todo hombre debe alentar, voy á dejarte ahorcado de un pino.

—Casi lo preferiria al verme delante de un...

—Es que vas á permanecer á la puerta interin yo tengo la entrevista.

—No lo consiento, señor; me temo algún maleficio: vais á quedar encantado.

—Guarte de penetrar en la gruta del monje, pues de lo contrario cumpliré irremisiblemente la última de mis amenazas!

Constituía la puerta de la caverna un tablon cubierto de ramage que á un leve impulso cedió, dejando franca la entrada á un orgulloso infanzon, que ageno á mujeriles temores, pasó á saludar al cenobita con igual altivez que si hubiese penetrado en el alcázar de sus reyes.

Su escudero, el buen Ferran, quedó abismado y sombrío, lleno de medrosas visiones, y conjurando entre dientes á todos los brujos y espectros de Satanás. Era valiente, empero la superstición, que debilita el espíritu, traíale asaz espantado y con una indecible zozobra.

Para calmar sin duda su inquietud, y creyendo el infeliz que desvanecería los duendes que solo giraban en su delirante cerebro, púsose á recitar, paseándose por frente de la gruta, esta mística leyenda:

La mi Reina de los Cielos,  
luz clarísima del día,  
en esta noche de horror  
en que el alma está cautiva  
de pesares y aflicciones,  
y de sombras maldecidas,  
ampárame con tu amor,  
sálvame de horrenda cuita.  
Ofrezco contra los moros  
sacrificarte mi vida,  
y hacer sendas fazañas,  
mas que el Cid hizo en Castilla.

Penetremos ahora en el misterioso albergue y veamos la actitud del ermitaño al sentir los pasos de su noble huésped.

Levantóse con sumo respeto, le dió la mano, y acercándole un banquillo formado del tronco de una secular encina, obligóle á sentarse junto á la lumbre.

El desconocido significó su gratitud con un cariñoso abrazo, y luego que hubo tomado asiento, comenzó entre los dos la siguiente é importante conferencia:

—Mi alma sonrie de júbilo al ver que os dignais honrar esta pobre y recóndita morada. El cielo premie vuestras bondades, y el paraíso de eterna ventura os abra sus resplandecientes puertas. Llegais, señor conde, en hora triste para mí: lloraba la pérdida de un hijo idolatrado y la de un leal compañero; héme visto en la precisión de vestir este tosco sayal, y refugiarme á esta lóbrega espesura. Dios pondrá término á tanto sufrimiento!

—En vuestra mano se halla mi salvacion, y con ella podeis estar seguro de una envidiable fortuna. He sabido en Burgos que os lanzaron de la torre, y que perecieron en la horca vuestro hermoso hijo y el compañero á quien tanta estimacion profesábais. Pues bien: llegó la hora de la venganza; el rey don Sancho es mi cruel enemigo: ya sabeis que el infante don Juan quiso alzarse con el reino de Sevilla, y que yo contribuí á traerle á una fiel obediencia; recordareis que años pasados, cuando levantaron pendones contra el rey los mas poderosos señores de Castilla, hice treguas, les obligué á que depusieran las armas, y á que rindiesen á don Sancho pleitesía sus mas furibundos enemigos. El rey no ha satisfecho mis legitimos deseos, no ha premiado mi lealtad, y á usanza de otros reyes, cumple con

ingratitude, corresponde villanamente á sus mas leales y valerosos vasallos. Unicamente escucha los consejos de don Juan Nuñez, su favorito, del que es fuerza deshacernos, porque intriga con la reina y desbarata todos mis proyectos. Pongo á vuestra disposicion mis tesoros y mis agueridas lanzas; dadme un *hechizo* con el cual trastornemos al rey; dadme un tósigo que sepulte en el dolor y en la merecida muerte al insolente privado Nuñez; así vengareis la pérdida de vuestro hijo, y cuando yo sea el primero de los magnates de Castilla, vivireis tranquilo en la corte de don Sancho. Sereis su médico, para que así dispongamos de su corazon y de sus secretos.

—Dificil es la empresa, noble conde; yo estoy sentenciado á la horea, y si los astros no mienten, ni aun vos estais seguro de una terrible muerte.

—Diantre! tan mal giran las estrellas? Veo que os impresionan fúnebremente el triste infortunio que padeceis. Id á uno de mis castillos, y desde sus almenas podeis consultar sin inquietud el curso de los astros; por mi parte, me rio no pocas veces de vuestros pronósticos: si me amenazasen con lanza, puñal ó veneno... era otra cosa.

—Señor conde: hace un año que corremos azares portentosos, y si Dios no aplaca su ira, si no tuerce el rumbo nuestro destino, la tierra se abrirá para sepultarnos en su insondable centro. Una tinta sombría, cual otra nube del mal, se advierte en el horizonte: medita bien lo que decís y á lo que os esponéis.

—Dadme el bebedizo y el veneno, y lo demás corre de mi cuenta. Refugiaos en mi castillo, y desafiad desde allí á todos los astros.

—Sois incrédulo; también otro noble y apuesto infanzon burlose un día de mis vaticinios, y hoy llora errante, privado de la dulce presencia de una peregrina y seductora beldad: refiérome á don Gutierre de Velasco, que después de alzarse contra el rey, se vé perseguido por todas partes, huyendo con Elvira, esa blanca azucena cuyo rubio cabello trae envidiosos á los fúlgidos resplandores de la aurora, gime en la lobreguez de un monasterio, y quizá sin otra esperanza que la de hallar reposo en la solitaria tumba.

—He prometido á don Gutierre mi leal amparo, y con Elvira descansará tranquilo en una de mis invencibles fortalezas. Don Hernando Alvar de Luna, noble doncel, apasionado de aquella virgen cuya procedencia conozco... tiene mis órdenes y valerosos ginetes que le ayudarán á cumplimentarlas.

—Hay un feroz ballestero, el temible Gonzalo, que recorre estas cercanías, con amplias facultades del rey, del cual es preciso deshacerse á toda costa; él mandó ahorcar á mi hijo; él turbó mi quietud y mi dulce sueño; él me lanzó de la *Torre del Diablo*, y por su causa yace Elvira en el monasterio y si descubre su origen...

—Así el escudero Gonzalo como su nuevo camarada, ese oscuro trovador y ahora hombre de guerra que tanto persigue á Elvira, y de quien por desventura parece apasionada, Rodrigo de Aguilera, en fin, sufrirán el escarmiento que merecen por su ferocidad el uno, y el otro por su imprudente y amoroso desvario é imperdonable audacia. Tengo en Burgos seis aguerridos peones que con habilidad, cautela y arrojo cumplirán el mensaje que les he confiado. Todos nos vengaremos. Dentro de tres días serás traspor-

tado á uno de mis castillos, en el cual se encontrarán Elvira, su padre don Gutierre de Velasco y el jóven Alvar de Luna.

El fingido cenobita, pues no era otro que el Hechicero Daniel, habitante de la *Torre del Diablo*, suspiró de alegría, se inclinó ante el conde, y despues de haber sacado de un escondrijo dos diminutos pomos, se espresó de esta suerte:

—Alto señor: que pronto se vean cumplidas vuestras esperanzas; el profeta, desde su trono de diamante, velará por sus favorecidos y predilectos creyentes: si me dais albergue en vuestro castillo, si el valeroso don Gutierre de Velasco y su peregrina hija, recobran su fortuna, hoy confiscada por ese rey cuya saña no reconoce límites, Dios, que premia al justo, os abrirá las puertas del Paraiso. Id con su gracia; mas antes debo advertiros que al usar este pomito que es el destinado para el rey, habeis de hacer que solo *tres gotas*, y nada mas, del elixir que contiene, se viertan en una copa de agua ó de vino: si echais *cuatro*, le envenenais; si verteis *dos*, le pondreis en un estado de sobrecitacion terrible, de furia, y al verle en tal demencia, ó se descubriria el *secreto*, ó llegará el dia en que os esponeis á ser victima de su rabia.

—Confiad en mi discreccion, y disponeos de aquí á tres dias para ir á gozar dulce reposo en mi fortaleza, desde la cual podreis, sin riesgo alguno, discurrir á todas horas acerca del giro de los astros y del incierto destino de los hombres. Dios te guarde.

—El Profeta sea en vuestra honra y amparo.

## CAPITULO XV.

### UNA OJEADA HISTÓRICA.

Así terminó la misteriosa conferencia del fingido cenobita y del famoso don Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, acaudillador de formidables huestes, rico-hombre de gran valía, noble castellano, y en fin, un personaje célebre en aquella borrascosa y caballeresca época.

Para que nuestros apreciables lectores, me dirijo á los que no están versados en la historia y sobre todo en el laberinto oscuro de las crónicas, por mas respetables é instruidos que sean, tengan antecedentes de aquel y otros cortesanos de Sancho IV, el Bravo, nos permitiremos una rápida ojeada á remotísimos tiempos, en los cuales tuvieron lugar los importantes sucesos que en esta nuestra humilde novela se narran.



Después de Fernando III, el Santo, conquistador de Córdoba y Sevilla, que reinó á principios del siglo XIII (desde 1214 á 1252, ó sean 38 años), aquel rey tan célebre, no solo por sus conquistas, si también por su bondadoso carácter, y porque fué un gran político, pues abolió los empleos hereditarios, organizó el régimen de las ciudades, y las otorgó notabilísimos fueros; después de aquel monarca, repetimos, sucedió el inmortal don Alfonso X, el Sabio, que si bien con poca fortuna para el gobierno, dejó rastros indelebles de su estraña inteligencia, porque fué legislador, astrónomo, poeta, historiador y filósofo (1).

(1) *Como legislador.*—El Fuero Real ó el del libro; las Partidas, la Traducción ó Enmienda del Fuero Juzgo.

*Como filósofo.*—El Libro del Tesoro que contiene las tres partes de la Filosofía; el del Candado, todo de Química.

*Como Astrónomo.*—Las Tablas en que tuvo parte; la Corrección de cuanto facultativo se tradujo á su idioma.

*Como historiador.*—La General de España; la Universal, perdida en parte, ó no acabada; la de las Cruzadas; el libro que llamó Septenario y antecedia á las Partidas, en que puso un magnífico elogio de su padre.

*Como poeta.*—Los Cantares ó Cantigas; la vida de Alejandro; las Querellas.

Como yaz solo el rey de Castilla  
emperador de Alemania que foe:  
aquel que los reyes besaban el pie,  
é reinas pedian limosna é mancilla:  
el que de huestes mantuvo en Sevilla  
diez mil de á caballo, et tres dobles peones:  
el que acatado en lejanas naciones  
foe por sus tablas, é por su cochilla.

(Don Alfonso, al principio de sus Querellas.)

Sin ventura fué por cierto aquel genio, sorprendente para su siglo, pues entregado mas á las controversias científicas, que á los altos deberes del gobierno, experimentó lamentables infortunios, y el mayor el haber tenido un hijo rebelde y turbulento. Su inconsiderado hijo, no era otro que Sancho IV, el Bravo, de quien don Alfonso decía después de una sangrienta batalla, en que los dos bizarramente pelearon:—*Sancho, Sancho, mejor te lo fagan tus fillos, que tú contra mí lo has fecho; que muy caro me cuesta el amor que te hobe.*

Y á este propósito voy á trascribir una página de la biografía de aquel rey, debida á la concienzuda y castiza pluma de un ilustrado escritor.

«La virtud ni la filosofía no engendran los hijos: fue lo  
 »Cónmodo de Marco Aurelio; y de Septimio, Severo Caracalla, como lo fué Joatan de Ocías, y Ezequías de Achaz.  
 »Eralo tambien de Alfonso, Sancho; Sancho, aquel natural  
 »turbulento, cuyo valor degeneraba en ferocidad: que de  
 »justiciero se pasaba á cruel: que debió sus hijos á un incesto, que no conoció el semblante de la paz. Sancho, á  
 »quien Alfonso fió sus tropas, á quien llamó á la sucesión.  
 »Sancho, que debía ser sumiso, fiel, como hijo, como vasallo concibió el horroroso crimen de destronar á su rey y á  
 »su padre. Puede haber otro mayor que promoverlo, mayor que conseguirlo? Haylo en efecto, y si no lo alcanzó, intentólo el ingrato Sancho.»

«Y como si á ser ciertos, fueran pocos estos desórdenes, osó la calumnia escalar hasta el trono, y manchar su fama con el borron mas denigrativo: ella divulgó, que el hijo, el sucesor de Fernando el Santo era un impio

«sin religion. Oh! si me fuera correspondiente á mi exor-  
 »nar los hechos destinados á los ministros del templo! Yo  
 »acordara el sinnúmero de fundaciones que hizo en tantas  
 »conquistas, los cinco nuevos pastores que aumentó á los  
 »del reino, la grandeza con que dotó al hispalense: como  
 »en lo florido de su edad labraba su sepulcro en medio de  
 »las aguas, para que su cuerpo exánime defendiese de in-  
 »fieles un importante puerto: como el padre universal de  
 »los creyentes le daba gracias por su celo: como adornó las  
 »tumbas de sus mayores con una magnífica piedad, supe-  
 »rior á su tiempo, y admirada en el nuestro. Yo le siguiera  
 »paso á paso, y las datas de sus privilegios demostrarían  
 »que no estuvo en pueblo, no pasó dia en que no librase,  
 »en que no sellase alguno á su clero, á las religiones, co-  
 »mo él decia en todos: *por el gran saber que habemos de*  
*»facer bien ó merced.* Yo, finalmente, le haria ver con la ci-  
 »tara y el salterio entonar loores al mas tierno objeto de la  
 »devocion, levantar á su nombre una ilustre orden de ca-  
 »ballería, consagrarle uno y otro volúmen, y no olvidarlos  
 »ni en su testamento.»

«En vano me detengo. El único tribunal promulgó esta  
 »sentencia: *Que Alfonso de allí adelante no administrara*  
*»justicia, y le fuesen quitados los castillos y fortalezas;*  
*»que no se le acudiese con la renta de su reino, ni fuese*  
*»acogido en villa ó castillo.»*

«Solon, Licurgo, Césares, Pelayos, conquistadores de  
 »todas las edades, legisladores de todas las edades, prin-  
 »cipes de todos los siglos, vosotros todos los del décimo-  
 »tercio, que ó recibisteis el cingulo militar, ó cobrásteis  
 »pensiones ú os honrásteis con el deudo de Alfonso, venid

«á ver á este monarca sexagenario, rasgado su imperial  
 «manto, usurpadas nueve coronas, abandonado de sus hi-  
 «jos, dejado de tanto príncipe de su sangre, despreciado de  
 «todos los suyos. Vosotros: sábios españoles, que le debeis  
 «tanto, Azpilcueta, Cobarrubias, Agustín, López, venid  
 «á ver al reformador de nuestra Jurisprudencia, Ercilla, Vi-  
 «llegas, Garcilaso, venid á ver al creador de vuestro dul-  
 «ce arte: Zurita, Mariana, Morales, venid á ver al prime-  
 «ro de nuestros historiadores; tú, ilustre Mondejar, ven,  
 «llega, mírale atentamente: correrán lustros, y el cielo te  
 «destinará para sus desagracios: venid á ver solo á un rey  
 «á quien seis reyes le pagarán tributo; á un soberano de  
 «quien eran vasallos ocho soberanos: solo, al monarca mas  
 «célebre de su siglo; solo, al mas sábio de Europa.»

«Todo menos su corazón le faltaron. En tan extrema-  
 «das circunstancias castigó como padre y como rey; des-  
 «heredó, maldijo al instrumento de sus males, y se aplicó  
 «á repararlos. El mismo que tenia dispuesto llevar caba-  
 «llos andaluces á Tanger, trajo hasta Córdoba los ginetes  
 «africanos: empeñó su diadema, y con cuantos socorros  
 «arbitró la necesidad, salió á campaña. Habia tiempo que  
 «le habia vuelto la fortuna las espaldas, para que fuesen  
 «felices sus sucesos. Fuese el inútil cuanto generoso apoyo,  
 «dejando á Alfonso á solos sus leales sevillanos. Capaces  
 «fueron de darle una victoria, no ya como las que solia lo-  
 «grar en la enemiga vega, sino en sus mismas posesiones,  
 «fruto de aquel frenesí que arma al padre contra el hijo,  
 «al súbdito contra el señor, al hermano contra el hermano.  
 «Novecientos de Alfonso se encuentran con innumerables  
 «del rebelde hijo. Batallaron las causas, no los brazos: de

»una parte el pudor, de otra el desenfreno: aquí la honra-  
 »tad, allí el incesto: la lealtad con unos, con otros la  
 »rebelion: la equidad contra el crimen, la constancia contra  
 »la ferocidad; y en fin, la templanza, la fortaleza, la pie-  
 »dad: todas las virtudes, contra la iniquidad, con el furor,  
 »con el parricidio, con los vicios todos. Quedó el triunfo  
 »por Alfonso; pero qué costoso! sangre era suya la que ver-  
 »tia y derramaba.»

Como documento histórico de la mayor importancia, trasladamos la carta del rey don Alfonso á su primo Perez de Guzman, refugiado en Fez, por desavenencias con el mismo rey don Alfonso, *remitiéndole su corona* y pidiendo sobre ella un empréstito.

Esta carta, célebre por su estilo, por el sentimiento que revela, y la amarga situacion que describe de aquel rey desventurado, creemos agrada á nuestros apreciables lectores.

«Primo don Alonso Perez de Guzman: la mi cuita es  
 »tan grande, que como cayó de alto lugar, se verá de lue-  
 »ño: é como cayó en mí, que era amigo de todo el mundo,  
 »en todo él sabrán la mi desdicha é afincamiento, que mio  
 »fijo á sin razon me face tener con ayuda de los míos ami-  
 »gos, y de los míos perlados, los cuales, en lugar de me-  
 »ter paz, no á escuso, ni á encubiertas, sino claro metie-  
 »ron asaz mal. Non faltó en la mia tierra abrigo, nin faltó  
 »amparador, nin valedor, non melo mereciendo ellos, sino  
 »todo bien que yo les fice: y pues que en la mia tierra me  
 »fallece quien me habia de servir, é ayudar, forzoso me es  
 »que en la agena busque, quien se duela de mí: pues los  
 »de Castilla me fallecieron, nadie me terná en mal que yo

»busque los de Benamarin. Si los míos hijos son mis ene-  
 »migos, non será endemal que yo tome á los mis enemigos  
 »por hijos; enemigos en la ley, mas non por ende en la vo-  
 »luntad, que es el buen rey Aben-Juzaf: que yo lo amo.  
 »é precio mucho, porque él non me despreciará, ni falle-  
 »cerá, ca es mi atreguado, é mi apazguado: yo sé cuantos  
 »sodés suyo, y cuánto vos ama, con cuánta razon, é quan-  
 »to por vuestro consejo fará: non miredes á cosas pasadas,  
 »sino á presentes. Catá quien sodes, é del linage donde ve-  
 »nides, é que en algun tiempo vos fará bien: é si lo vos  
 »non ficiere, vuestro bien facer vos lo galardonará; que el  
 »que facé bien nunca lo pierde. Por tanto el mió primo  
 »Alonso Perez de Guzman faced á tanto con el vuestro se-  
 »ñor, y amigo mio, y piedras ricas que ende son, me pres-  
 »te lo que él por bien tuviere: é si la suya ayuda pudiere-  
 »des allegar, non me la estorbedes, como yo cuido que non  
 »faredes; antes tengo que toda la buena amistanza que del  
 »vuestro señor á mi viniere, será por vuestra mano: y la  
 »de Dios sea con vusco. Fecha en la mi sola leal ciudad de  
 »Sevilla, á los treinta años de mi reinado, y el primero de  
 »mis cuitas.—EL REY. »

La siguiente narracion de una añeja crónica, instruirá  
 cumplidamente á nuestros queridos lectores acerca del ori-  
 gen y notables hechos del rey don Sancho y de algunos  
 célebres personages de su revuelta corte.

El rey don Alfonso el Sábio, X de este nombre, vien-  
 do que su mujer doña Violante, hija del rey don Jaime de  
 Aragon y hermana del rey don Pedro, no tenia hijos, en-  
 vió sus mandaderos al rey de Noruega, rogándole le conce-  
 diese su hija doña Cristina en el año de 1255, para casar-

se con ella; pero cuando vino la referida infanta con este objeto en el año siguiente á Toledo, se hallaba en cinta la reina doña Violante, y á principios de dicho año dió á luz una infanta que llamaron doña Berenguela; por lo cual el rey don Alfonso X casó despues á la infanta doña Cristina, con el infante don Felipe hermano del rey.

A los diez meses del nacimiento de doña Berenguela, nació otro infante que llamaron don Fernando, y posteriormente tuvo el rey don Alfonso los hijos siguientes: *don Sancho*, don Pedro, don Juan, don Jaime, doña Isabel, doña Leonor y doña Violante. Y fuera de matrimonio tuvo un hijo llamado don Alonso el Niño, y una hija que llamaron doña Beatriz, y fué despues casada con el rey don Alonso de Portugal.

En el año 1268 vino á Castilla doña Blanca, hija del rey de Francia, á celebrar su boda con don Fernando, hijo primero heredero del rey don Alfonso. Acompañábala don Felipe su hermano, que despues fué rey de Francia, y varios prelados, condes y ricos-hombres de aquel reino, y el dia en que debian celebrarse las bodas, el rey don Alfonso armó de caballeros á varias personas; y el infante don Fernando lo verificó con sus hermanos don Juan y don Pedro, y otros muchos ricos-hombres del reino de Castilla; pero á pesar de los deseos del rey de que el infante don Fernando armase de caballero á su hermano don Sancho, no lo permitió este y huyó para casa del infante don Pedro de Aragón su tio.

Despues de varias desavenencias entre algunos ricos-hombres y el rey, de resultas de varias reclamaciones que aquellos hacian, y que no se les otorgaron, se unieron al

rey moro de Granada, y con él corrian las tierras de Castilla, hasta que por mediación de la reina doña Violante hubo avenencia entre don Alfonso y el rey de Granada en el año 1273; y en el 1275 hizo sus preparativos de viage para Lombardía, y salió de Toledo en el mes de Marzo, dejando encargada la gobernacion del reino á su hijo mayor don Fernando.

Estando este en Villarreal, enfermó de muerte y encargó á don Juan Nuñez la crianza y cuidado del infante don Alfonso su hijo, y que procurara que heredase los reinos despues de la muerte de su abuelo don Alfonso X, y murió don Fernando en el mes de Agosto (no se dice el año) y su cadáver fué llevado á enterrar al monasterio de las Huelgas de Burgos, segun asi lo habia mandado.

Apenas supo don Sancho la muerte de su hermano, vino á Villarreal, donde trató con don Lope Diaz de Haro, diciéndole que habiendo él quedado el mayor de sus hermanos debia heredar los reinos despues de la muerte de su padre don Alfonso, y que si le ayudada en esto le haria gran merced, en términos que fuese el mayor y mas honrado hombre del reino. Otorgóselo don Lope, y don Sancho tomó á su cargo la continuacion de las guerras contra los moros, llamándose desde luego hijo mayor heredero del rey don Alfonso; pero hallándose este camino de Lombardía supo la muerte de don Fernando su hijo, regresó á Castilla, por Cataluña y Valencia, en el año 1276, y que hallándose en Alcalá de Henares supo como su hijo don Sancho se habia encargado del cuidado del reino, lo que le agradó mucho.

Hallándose el rey en Toledo llegaron don Sancho y todos los ricos-hombres y caballeros que con él estaban en



la guerra contra los moros; y don Lope Diaz de Haro hizo presente al rey, que pues don Sancho era el mayor de sus hermanos, que tuviese á bien mandar se le hiciese homenaje de haberlo por rey despues de sus dias, y que para ello convocase á los procuradores de las villas y concejos de su señorío. Accedió el rey convocando las cortes en Segovia, las cuales por mandato de aquel hicieron pleito homenaje al infante don Sancho, su hijo primero heredero, que despues de los dias del rey don Alfonso le habrian por su rey y señor. La reina doña Violante, despues de dar noticia de este acontecimiento al rey don Pedro de Aragon su hermano, salió de Segovia con doña Blanca, la viuda del infante don Fernando, llevando en su compañía á los hijos de estos don Alonso y don Fernando, y cuando llegaron á Ariza salió á recibirlos el rey don Pedro y los llevó á Calatayud.

El infante don Sancho procuró con todo empeño porque su madre doña Violante volviese á Castilla, y para ello la escribió, así como al rey don Pedro de Aragon su tío, hermano de la reina, cuyas cartas fueron llevadas por mandaderos de don Sancho, los que hablaron con el rey don Pedro, para que así que la reina viniese á Castilla, mandase poner en prision á los infantes don Alonso y don Fernando, hijos del finado y de doña Blanca, para que no fuesen llevados á Francia, ni les viniese por ellos ningun trastorno. La reina doña Violante pretestó que no podia volver al reino hasta que fuese satisfecha una gran cantidad de maravedises de sus gastos en Aragon en los dos años que estaba allí, y se la habilitase con dinero para el viaje; pero don Sancho hizo que le entregase estas sumas un judío llamado Cag de la Malea, de los fondos que tenia recauda-

dos para el mantenimiento de la hueste y de la flota que estaba sobre Algeciras, y se las envió á su madre, la que regresó á Castilla; y en seguida el rey don Pedro puso presos á los infantes don Alonso y don Fernando de la Cerda en el castillo de Játiva, y su madre doña Blanca, despues de haber permanecido algun tiempo en Aragon, en un Monasterio de Dueñas, se fué á Francia.

En el año 1280 el infante don Sancho, por orden de su padre, taló á los moros la vega de Granada, y regresó á Córdoba, donde se hallaba el rey, teniendo presos los judíos que habian sido recaudadores de sus rentas, y siendo el principal de ellos el llamado Cag de la Malea, que habia dado á don Sancho para el regreso á Castilla de su madre la reina doña Violante, los fondos que tenia recaudados para atender al cerco de Algeciras, tomó el rey don Alfonso mucho enojo por ello, y por hacer pesar á su hijo don Sancho, mandó llevar á Cag de la Malea hasta San Francisco, donde moraba el infante, y desde allí que le llevasen arrastrando hasta el arenal. El infante quiso salir á libertar al judío, pero no se lo consintieron los caballeros que con aquel se hallaban; por lo cual quedó desde este dia quereloso de su padre. En esta época, por mediacion del rey Felipe de Francia, estaba el rey de Castilla decidido á sacar de su prision á los hijos del infante don Fernando, dando al infante don Alonso el reino de Jaen, con la condicion que fuese su vasallo; pero á pesar de que estas negociaciones se hacian ocultándolas de don Sancho, apenas éste llegó á entenderlo, manifestó á su padre que de ninguna manera consentiria en ello.

En el año 1281, cuando las huestes del rey sentaron sus

reales cerca de Granada, dió el infante don Sancho una prueba de su valor; pues habiendo salido á talar las viñas de la vega, se aproximó tanto á la ciudad, que lo tuvieron á deshonra, y mandaron salir mas de 50 de toda clase de armas, viendo lo cual los que acompañaban á don Sancho, huyeron los mas y solo le quedó un pequeño número de combatientes; pero fué tal su esfuerzo en el combate, que dió lugar á que se salvaran sus huestes, y regresó á sus reales despues de este triunfo. En el mismo año fueron convocadas y se celebraron córtés en Sevilla, en las que se trató de los recursos necesarios para continuar la guerra contra los moros.

Quiso el rey don Alfonso volver á negociar con el Papa y el rey de Francia sobre la libertad del infante don Alonso, preso en Játiva, y para ello comisionó á un obispo, diciendo el rey al infante don Sancho que esta comision era reducida á impetrar del Papa gracias para la guerra de los moros. El infante no lo creyó, y el rey viendo que ninguno de los de su consejo se atrevia á tratar con don Sancho el asunto de los hijos de don Fernando, admitió la oferta que hizo de verificarlo un fraile que allí se hallaba llamado Fr. Aymar, el cual habló al infante sobre este negocio, y don Sancho le contestó que le dejaba por loco y atrevido, y que á no ser por el hábito que traia, haria en él un escarmiento tal que ningun otro fuese osado á hablarle de ese asunto. Viendo el rey esta respuesta, se decidió él mismo en persona á hablar al infante, el cual contestó á su padre que le hiciese merced de no hablar de eso por que nada en el mundo le haria consentir en ello. Indignado el rey con esta respuesta dijo que estaba empeñado en ello, y que lo haria, y que desheredaria á don Sancho á pesar del homenage que

el reino le habia hecho; á lo cual el infante cotejó las siguientes palabras:

«Señor, non me hiciste vos, mas hizome Dios y hizo mucho por me hazer, ca mató á un hermano que era mayor, y era vuestro heredero destes reinos si él viviera más que vos, y non lo mató por al, sinon porque yo lo heredase despues de vuestros dias. Y estas palabras que dijisteis pudierades muy bien escusar, y tiempo verná que la non quisierades haber dicho.»

De resultas de esta entrevista, queriendo el rey llevar á cabo su idea con el Papa y el rey de Francia, nombró sus emisarios para ello, y el infante don Sancho se fué á Córdoba, desde donde se puso en comunicacion con el rey moro de Granada, é hizo su convenio con él en union con sus hermanos los infantes don Pedro y don Juan, que ofrecieron ayudarle contra el rey don Alfonso su padre.

En el año 1282 envió don Sancho á su hermano don Juan con cartas y poder para todas las ciudades y villas del reino de Leon, que tambien se le unieron; y don Sancho recorrió á Andujar, Ubeda y Jaen, enviando sus cartas á todos los concejos y prelados del señorío del rey, y á todos los ricos-hombres que este habia echado de la tierra, ofreciéndoles su amparo y que se reuniesen con él en Valladolid. Hizo asimismo convenio con el rey de Portugal y con el rey don Pedro de Aragon, poniéndose de su parte Toledo, Avila, Segovia, Burgos y otras ciudades, pasando despues á Valladolid donde se hallaba su madre la reina doña Violante, con gran placer por verle alzado contra el rey don Alfonso su marido. Reunidos en Valladolid todos los convocados, acordaron que don Sancho se llamase rey; pero es-

te nunca quiso consentir que se le llamase rey en vida de su padre; por lo cual acordaron que se le entregasen las fortalezas y le diesen la justicia y el haber de la tierra. Concluidas estas córtes pasó don Sancho á Toledo, y contrajo matrimonio con la infanta doña María; hija del infante de Molina. Llegó á su noticia que Badajoz se habia alzado contra él, y dejando á su esposa en Córdoba, pasó á aquella ciudad, donde no quisieron acogerle, y regresó á Mérida, en cuyo punto supo que su hermano el infante don Juan andaba sublevando en contra suya los concejos de Toro, Zamora, Benavente, Villalpando y Mayorga, haciendo lo mismo el infante don Pedro con los de Salamanca, Ciudad-Rodrigo y demás de aquella tierra; y que el rey su padre, acompañado del rey de Marruecos Abenjuzaf iban sobre Córdoba y se hallaban ya en Ecija; por lo cual salió don Sancho para Córdoba con tal precipitacion que, anduvo en un dia y una noche 22 leguas. Llegaron las huestes del rey y de Abenjuzaf y formaron sus reales cerca de la ciudad, hostilizándola por espacio de veinte y un dias, hasta que viendo que nada conseguian, se fueron á las tierras de Andujar, Jaen, y Ubeda, pero no pudieron tomar ninguna villa ni fortaleza, y se retiraron de allí, embarcándose Abenjuzaf con su hueste, y quedando el rey don Alfonso en Sevilla.

En el año 1285 el infante don Pedro andaba en tratos con su padre, que le daba el reino de Murcia para que se aviniese con él: Súpolo don Sancho, y salió precipitadamente para Ledesma, donde habló con don Pedro, y este convino en no adherirse á su padre si le daban la renta de su chancillería y el titulo de chanciller, lo cual le fué otorgado por don Sancho, con mas la villa de Tordesillas por he-

redamiento. Varios caballeros de Castilla se sublevaron en favor del rey don Alfonso, y al ver que don Sancho iba contra ellos y no podian resistirle, pidieron se les dejase marchar de la tierra poniéndolos en salvo hasta Portugal. El infante se lo concedió, y cuando se hallaron en Portugal, desde allí se volvieron á Sevilla á reunirse con el rey don Alfonso. Tambien el infante don Juan se sublevó contra su hermano don Sancho, y aunque en la entrevista que tuvieron en Palencia, parecía que habían quedado avenidos, don Juan se fué á Valencia, y tomando su muger y su gente pasó á Portugal, desde donde se dirigió á Sevilla para unirse con el rey don Alfonso su padre.

Estando el infante don Sancho en Olmedo supo que en Talavera, un ladron que decian *Romo*, habia sublevado el arrabal á nombre del rey don Alfonso, por lo cual á toda prisa anduvo día y noche el infante hasta que amaneció allí una mañana, y visto por el ladron montó á caballo y huyó perseguido por don Sancho; pero habiendo aquel pasado el Tajo por el puente de Pinós derribó las vigas de él para que no le persiguieran, y se acogió á un castillo llamado *Cabanas*, en término de Trujillo. Viendo el infante que no podia seguir al ladron, volvió al arrabal y mandó matar á cuantas mugeres y hombres halló allí, que serian unas 400 personas. Hecho escarmiento regresó á Toledo y sosegó algunos caballeros que trataban de volverse contra él, y estando en Segovia le dieron noticia de haber fallecido doña Urraca Diaz, muger que fué de Don Fernan Ruiz de Castro, y por haber dicha señora prohiado por heredero al infante don Sancho, heredó de ella las villas de Santa Olalla, Iscar, Paredes y Cuellar.

Pero el infante don Sancho deseaba reconciliarse con su padre; y á este efecto lo propuso á varios caballeros, y aunque parecia que lo aprobaban, no era así, porque pensaban les vendria perjuicio de esta avenencia; pero el infante dejando en Toro á la infanta doña María su muger, que estaba en cinta, y parió allí á la infanta doña Isabel, se fué á Mérida, y sabiendo que su padre don Alfonso se hallaba en Constantina, pasó á Guadalcanal y desde allí quisiera verse con él, pues tambien el rey lo deseaba, pero los que le acompañaban no se lo consintieron.—Cuando conocieron esto el rey y el infante, buscaron otro medio de avenirse, y este fué que don Alfonso tomó por mediadora á la reina doña Beatriz de Portugal su hija, y el infante comisionó á la infanta doña María su muger; y desde entonces comenzaron los mandaderos de una y otra parte con este objeto.—Estando el rey en Sevilla, y el infante don Sancho en Salamanca, cayó este enfermo, en términos que fué desahuciado de los médicos, y su antiguo amigo y privado don Gomez García, Abad de Valladolid, escribió á un amigo suyo que acompañaba al rey, diciéndole que don Sancho habia fallecido, y que le ganase merced del rey que le haria dar á Toledo y otras muchas villas.

Fué tal el sentimiento del rey con esta noticia, que se encerraba en su cámara solo para llorar, sin que le viesen los que le rodeaban; pero cuando supo despues que su hijo no habia muerto, sino que habia recobrado su salud y se hallaba en Avila, fué muy grande su alegría aunque la ocultaba tambien de sus cortesanos.

En este tiempo enfermó en Sevilla el rey don Alfonso, y viendo que su fin se acercaba, el infante don Juan le pidió

que le mandase dar el reino de Sevilla y el de Badajoz con las otras villas que poseia; y aunque le dió buena respuesta no lo quiso hacer; y hallándose agrabado de dolencia dijo ante todos que perdonaba al infante don Sancho, su hijo heredero, y á todos los naturales de sus reinos, el yerro que habian cometido contra él, y mandó hacer de esto cartas selladas con sus sellos de oro, para que todos fuesen ciertos que habia concluido toda querrela contra ellos, y que los perdonaba. Y despues de recibir los Santos Sacramentos dió su alma á Dios, y fué enterrado en Santa María de Sevilla, cerca del rey don Fernando y la reina doña Beatriz, sus padres.

En el testamento otorgado por el rey don Alfonso en Sevilla á 8 de Noviembre de 1285, ante el escribano Juan Andrés, está desheredado el infante don Sancho, y todos sus descendientes, y declarado aquel como traidor; y en el mismo nombra por herederos á sus nietos hijos de don Fernando, para que el mayor herede el señorío, y haga bien al segundo, segun el fuero de España; de modo que este reconozca al primero como señor, y que si los hijos de don Fernando muriesen sin hijos, tome este señorío el rey de Francia, que le corresponde como viznieto del rey don Alfonso de Castilla, anulando cualquier otro testamento hecho antes de este. Y en un segundo testamento otorgado ante el mismo escribano en Sevilla á 22 de Enero de 1284 se confirma el anterior y se añaden varias mandas, y entre ellas los reinos de Sevilla y Badajoz á su hijo don Juan, segun dicen los privilegios que le tenia dados de estos reinos, y que á su hija doña Beatriz, reina de Portugal y del Algarbe, á la infanta doña Berenguela y á todos los ricos-hombres y



caballeros que habian permanecido fieles al rey, se les conserven tambien los privilegios y cartas que les tiene concedidos, declarando como traidor al que se oponga á lo que se deja mandado.

En el año de 1284 estando el infante don Sancho en Avila recibió la noticia del fallecimiento de su padre don Alfonso en Sevilla, y al dia siguiente asistió á los funerales que mandó celebrar en la iglesia de San Salvador, y concluidos los oficios dijo que él era el heredero de los reinos por muerte de su padre, é hizo que reconocieran por reina á su muger doña Maria, y por heredera de la corona á su hija la infanta doña Isabel, en caso de que Dios no le concediese un hijo varon. Partió luego á Toledo, y allí hizose coronar con la reina doña Maria, por los obispos de Cuenca, Burgos y Coria. En seguida pasó á Velez á verse con el rey don Pedro de Aragon su tio, y en atencion á que don Juan Nuñez, señor de Albarracin, hacia guerra á Castilla contra el rey don Sancho, y en favor de los infantes don Alonso y don Fernando que se hallaban presos en el castillo de Jativa, convino don Sancho con su tio en que este con la gente que él le daría, fuese á cercar á Albarracin, y así lo verificó, tomando la villa.

En esta misma época el infante don Juan queria alzarse con el reino de Sevilla, pero se lo impidieron varios preladados y ricos-hombres que tenian hecho pleito, homenaje á don Sancho, de reconocerle por Señor despues de los dias de su padre; y apenas el rey don Sancho lo supo, se puso en camino y llegó á Córdoba, donde se le presentó su hermano el infante don Juan y todos los que con él estaban en Sevilla, y le reconocieron por su rey y señor, y en seguida

fué con ellos á Sevilla donde tambien le reconocieron todos los de aquel reino. En su vuelta á Castilla vió que despues de la muerte de su padre algunos revoltosos andaban reuniéndose en contra de su reinado, y fué contra ellos, matando á unos, desheredando á otros, y desterrando á los demás confiscándoles sus bienes, de modo que en poco tiempo dejó sosegado el pais.

Estando el rey don Sancho en Sevilla llegó un moro llamado Abdalhaf enviado del rey Abenjuzaf, señor de Marruecos, á preguntarle cómo queria estar con él, si en paz ó en guerra, y don Sancho le contestó que si hasta allí los moros habian hecho mucho daño en los reinos y señorios de su padre, que desde que él habia empezado su reinado tenia en una mano el pan y en la otra el palo, y que al que le quisiese tomar de el pan, le heriria con el palo. Con esta respuesta se volvió el moro á Algeciras y desde allí empezó á hacer sus correrías contra Bejar, Medina Sidonia, Alcalá de los Gazules y Jerez, por lo cual el rey don Sancho hizo venir á un Genovés llamado Micer Benito Zacarías y convino con él en que le armaría una flota de doce galeras por precio de seis mil doblas cada mes, y además le dió el rey por heredad Santa Maria del Puerto con condicion de que siempre tuviese una galera muy bien armada que defendiese aquella entrada del mar contra Sevilla.

En Abril de 1285 estando el rey don Sancho en Burgos mandó reunir todos los hijos-dalgo de su reino, y cuando les manifestó que necesitaba de ellos para marchar contra las huestes del moro Abenjuzaf que tenia cercado á Jerez, todos le ofrecieron ir en su compañía. Pero estando en estos preparativos en Toledo llegaron á don Sancho emisarios del

rey de Francia haciéndole saber que habiendo conquistado el rey don Pedro de Aragon el reino de Sicilia, á pesar de amonestarle el Papa que le dejase por pertenecer á la Iglesia, habia dado esta la sentencia de privar á aquel del reino de Aragon y que rogaba á don Sancho que no tomase parte en contra de esta sentencia. Don Sancho, para ganar tiempo y para poder ir adelante en la espedicion que traía entre manos contra los moros, dijo á los referidos emisarios que él enviaria al rey de Francia los suyos con la contestacion; llevando en esto el objeto de saber entre tanto la gente que venia de Francia y las naves y bastimentos que la acompañaban.

Con esta comision fueron don Nuño, obispo de Calahorra, y don Gomez Garcia de Toledo, abad de Valladolid; los cuales hallaron al rey de Francia sobre Gerona, en el Condado de Barcelona, muy orgulloso por haber tomado ya veinte y siete entre villas y castillos; y no siendo tan bien recibidos como quisieran, segun la respuesta que les dió el rey, regresaron á Toledo, de donde salió don Sancho para Sevilla á esperar allí á su hermano don Juan y á don Lope, señor de Vizcaya, que debian acompañarle á la espedicion contra los moros.

No creyendo el moro Abenjuzaf que don Sancho habia llegado á Sevilla, envió á su hijo Abenjacob con doce mil caballos bien armados, y apenas supo el rey don Sancho su venida, mandó cerrar todas las puertas de la villa, y que no saliese nadie, ni se pusiesen centinelas en las torres ni en ninguna parte, ni se tocasen campanas ni se hiciese ruidos de ninguna clase, de modo que cuando llegaron los moros, no hallaron á nadie á quien preguntar, y se volvieron dicién-

do á Abenjuzaf que no era cierta la llegada de don Sancho á Sevilla porque habian hallado la villa como yerma.

Al cabo de quince dias se reunieron con el rey en Sevilla, su hermano el infante don Juan, y don Lope Diaz, con muy buena gente de caballería, y salieron para Tablada, desde donde el rey envió á decir á Abenjuzaf que le esperase, pues dentro de cinco dias iria á lidiar con él. En este tiempo llegó á Santa María del Puerto la flota de don Sancho, que entre galeras y naves bien habia cien velas mayores.

Informado Abenjuzaf de la gente que traia don Sancho no quiso esperarle, y levantó el sitio de Jerez pasando el rio Guadalete, y al ver en la ribera del mar tan gran flota, envió á su privado Abdalhac á saber quién eran; y cuando lo preguntó á Fernan Perez Maimon, privado de don Sancho, que era el encargado de la flota, conociendo á Abdalhac tomó un pan grande en la mano izquierda y un palo grueso en la derecha, y le dijo estas palabras: «Abdadhac, »decid al rey Abenjuzaf vuestro señor, que yo Fernan Perez Maimon, siervo del rey don Sancho, mi señor, que la »palabra que vos dijo agora un año en Sevilla cuando á el »venistes con su mandado, que le digades que es cumplida, »que hé aquí el pan, y hé aquí el palo.»

El rey don Sancho queria lidiar con las huestes de Abenjuzaf, y no se lo consintieron el infante don Juan y don Lope Diaz, haciendo presente al rey, que pues Abenjuzaf habia levantado el sitio de Jerez, daba á entender que iba huyendo de la pelea, y á pesar de que don Sancho porfiaba no pudo conseguir nada, pues aquellos querian volverse á Sevilla y el rey tuvo que acceder á ello.

Estando en Sevilla enviaron sus emisarios Abenjazaft y el rey de Granada, diciendo que querian avenirse con don Sancho; y despues de consultar con su consejo, cuál seria la mejor avenencia, le decidieron á hacerla con Abenjazaft, pues habiendo tomado el rey Felipe de Francia, muchas villas y castillos de Aragon, debia ir á ayudar al rey don Pedro su tio; pero no siendo de esta opinion el infante don Juan y don Lope, les pesó de ello y se despidieron del rey viniéndose á su tierra.

En el mes de diciembre, dia de San Nicolás, la reina doña María dió á luz al infante don Fernando, hijo primero heredero del rey don Sancho, en Sevilla, y dándosele á don Fernan Perez Ponce, que fuese su ayo, mandó que lo criase en Zamora, habiéndole reconocido como señor y heredero todos los ricos-hombres y caballeros, y prestándole pleito homenaje.

En 1286 don Lope, señor de Vizcaya, pidió al rey que le hiciese conde y que le diese el oficio de mayordomazgo y de alférez, y que se encargaria de las tropas, haciendo que todo su reino viviese en paz y sosiego y proporcionando un gran aumento en el tesoro. Consultó el rey sobre este punto á los de su consejo y á la reina, y aunque esta se opuso porque en esa demanda veia una segunda intencion en don Lope, prevaleció el consejo de los privados del rey y concedió á aquel lo que queria; y así que lo hubo otorgado pidió al rey que para mayor seguridad de que nunca le quitaría aquellos oficios, le diese en rehenes todos los castillos de Castilla; y que despues de la muerte de don Lope siguiese en la posesion de ellos su hijo don Diego; y tambien le concedió el rey esta súplica, obligándose don Lope y su hijo

don Diego á servir siempre fielmente á don Sancho y al infante don Fernando su hijo primer heredero, y en caso de que faltasen á esta obligacion, que el rey los pudiese matar, y quitarles el señorío de Vizcaya y cuantos heredamientos poseyeren, pero que si don Sancho faltase á lo estipulado serian de don Lope por heredad todos los castillos que el rey le daba en rehenes.

Posteriormente el infante don Juan contrajo matrimonio con doña María, hija del referido conde don Lope, y la reina doña María dió á luz en Valladolid un infante á quien llamaron don Alonso. Desde esta época empezaron las exijencias del conde don Lope, prevalido del gran favor que obtenia del rey, ya porque el infante don Juan su yerno era muy poderoso en el reino de Leon, ya porque don Diego, hermano de don Lope, era adelantado de la frontera, y ya porque el mismo don Lope poseia todos los castillos del reino de Castilla.

En 1287 los ricos-hombres y caballeros empezaron á manifestar su descontento por la mucha preponderancia que el rey habia dado al conde don Lope, de modo que todos ellos se lo hicieron presente al rey, y lo mismo los Obispos y Prelados que le aconsejaban miráse por la seguridad de sus reinos, pues estaba espuesto á que no llegase á poseerlos su hijo heredero don Fernando; y al mismo tiempo el conde don Lope continuaba causando vejaciones á los de la tierra, y llegó á perder el respeto al obispo de Astorga en uno de los asuntos de que estaba comisionado por el rey, lo cual, y las repetidas reclamaciones que de todas partes le hacian, le iban convenciendo de que habia hecho mal en dar al conde don Lope tanto poder. En uno de los consejos que el rey cele-

bró en Toro , al que asistieron el infante don Juan y el conde don Lope , dieron estos su parecer contrario á la opinion de la Reina , del Arzobispo de Toledo y de los ricos-hombres que allí se hallaban. El rey aprobó este dictámen por creerle mas justo , y ofendidos de ello el conde y el infante se fueron á Valencia; pero don Sancho desde entonces , procuró por todos los medios posibles proporcionar los medios de evitar que aquellos continuasen causando perjuicios á sus vasallos , mucho mas , cuando sabia que algunos descontentos que corrian las tierras de su reino , lo hacian de acuerdo con el conde don Lope , por tener al rey mas apremiado y sujeto á su voluntad.

## CAPITULO XVI.

## LOS DOS ESPÍAS.

Un frío glacial dejábase percibir en las altas horas de una noche lóbrega y lluviosa.

Sin duda por guarecerse del norte helado que soplaba, hallábanse en derredor de una gran fogata varios hombres de guerra, un bachiller y dos hijos del pueblo, cuyo haraposos traje inducía á creer que fuesen unos desventurados pordioseros.

Una vieja, cuyo nombre era Dorotea, con ribetes de bruja, y un decir áspero y gangoso, hacia los honores á tan estimables huéspedes.

Hablase hablado de duendes y vestiglos, deidades infernales y encantamientos, saboreando á la par sendos tragos de un agri-dulce vino de la Rioja, y las cabezas iban volcanizándose, cuando uno de los dos que parecían mendigos, de rostro cejijunto, de mirar avieso y descompuesta barba, exclamó alzando la copa.

—Vuesarcedes me darán su vénia para brindar al bravo



rey don Sancho: brindo, pues, en su honra, y pese á todos sus enemigos.

—Pardiez! que si alguno hubiera entre nosotros, medrado estaba! Por mi ánima que hemos de acabar con todos los que tan revuelta traen á Castilla, incluso Diego Lopez de Campos, y el ambicioso conde don Lope Diaz de Haro, de quien dicen que no hará en su vida cosa alguna que de alabar sea.

—Lo cierto es,—prorumpió el otro que asemejaba por diosero,—que don Gutierre de Velasco, á quien confiscó el rey por su rebeldía todas las fortalezas, se ha unido con don Lope, y ambos meditan una que sea sonada.

—Mientras yo esté por orden del rey en estos contornos, inútiles serán sus proyectos: y así ahorcaré al conde y á don Gutierre, y al mismo infante don Juan, como dispuse que ahorcasen al hijo del Hechicero de la Torre del Diablo, y al otro perro de Mahoma que con los dos en aquella moraba.

—Ave María!—esclamó la vieja Dorotea;—con que fuisteis vos, seor Gonzalo, el que cazasteis á los duendes de aquella solitaria Torre? Veo que sois el mas valiente vasallo del rey don Sancho. Cáspita! con atreverse á pelear con brujos!

—Estoy familiarizado con esas gentes; y prueba de ello que os trato á vos, devota Dorotea, que os diferenciáis muy poco en achaques de hechicerías y sortilegios.

—Santisimo Cristo!! Qué decís?

—El Evangelio.

Una carcajada estrepitosa resonó en todo aquel denegrido albergue, en el cual, entré otros, veíanse al referido escudero Gonzalo, al trovador Rodrigo de Aguilera, y al tra-

vieso bachiller Roldan, que hablaba con este último acerca de la seductora cuanto desventurada Elvira.

—Señores, no hay para qué andarse en indirectas,—esclamó el bachiller Roldan, dirigiéndose á Dorotea.—Nuestra respetable patrona es tan inmaculada como...

—Sí, señor, como una virgen del claustro, y nadie osará desmentir una verdad tan clara como la luz.

—No esforcéis los argumentos, impecable Dorotea: contáronme, sin embargo, que ciertas jóvenes guiadas por vuestros santos consejos, dieron bastante que decir en Burgos, y aun se dice si alguna resultó bruja, y hechizó á no sé qué page del rey.

—Alabado sea Dios!—prorrumpió la vieja, besando al mismo tiempo un largo rosario que pendia de su ennegrecido y rugoso cuello.

—Dejaos de duendes y hechiceros,—dijo el escudero Gonzalo.—Mientras yo ande por estos contornos, huirán como los diablos se espantan de la señal de la cruz; y si no, ya saben lo que les ha pasado á los de la Torre; pesé á Lucifer! se me escapó el principal, aunque á estas horas habrá quizás espiado sus infamias.

—Sí?—preguntó Rodrigo de Aguilera, que despertaba como de un sueño profundo.

—Que si quieres? le persiguen de cerca, y pagará sus culpas. Mas vino! vamos, vieja de Satanás!! y esta noche por qué nos privas de la hermosura de Rosaura, de las caricias de la bella Sol y de los chistes de la Renegada? No te encargué que vinieran? Otro jarro!! Pero siento así como un dolor de cabeza... maldito vino! Y cuán fuerte parece!

—Yo tambien, seor Gonzalo—dijo Roldan—estoy como pájaro en sogá—*vinum conturbat animam meam.*

—Para latines corren los tiempos—interrumpió la gazmofa Dorotea, ínterin les servia la última copa.

—Con que el *Hechicero de la torre del Diablo* está perseguido, y se verá ahorcado como su hijo? Eh?

Hízole esta pregunta al escudero Gonzalo uno de los misteriosos huéspedes, que á semejanza de su compañero permanecia sin señales ó síntomas de embriaguez, lo cual indicaba, que allí eran venidos con un fin poco favorable á los partidarios del rey don Sancho.

—El que lo dude, vaya por esos mundos de Dios, y siempre que lo encuentre le regalo el rico alfange damasquino que le atrapé á un moro cerca de Córdoba, en la mas sangrienta batalla que han conocido los hombres desde Adam hasta el invencible don Sancho.

—Mio es el alfange—esclamó con voz serena uno de los que parecian pordioseros.

—Qué dices! Perro judío! Si serás tú otro nigromante como Daniel!

Disponíase Gonzalo á sacar su tizona, mas dió con su cuerpo en el suelo, lanzando las mas terribles y descomunales imprecaciones.

Todos trataron de hacer lo mismo, pero faltábales el valor y las fuerzas para tenerse derechos: Rodrigo de Aguilera miró en torno de sí, mas no hallando á Roldan suspiró de rabia y de tristeza; porque á la sazón que se produjo el desórden habia desaparecido la vieja, y los dos fingidos pordioseros blandian en sus manos cortantes y deslumbradores puñales: un agudo y siniestro silbido fué la

señal para que de repente apareciesen seis corpulentos enmascarados con hachas y cuchillos, y después de amenazarlos con la muerte, asieron con un cordel á Gonzalo y Rodrigo de Aguilera, dejando á sus compañeros en el mas cruel espanto y dolorosa incertidumbre.

Aguilera, que aun no habia perdido del todo la razon, comprendió que les habian vendido, y lo que mas le destrozaba el alma era el pensar si el Bachiller Roldán pudo haber sido cómplice en tan indigno suceso.

Vendáronles los ojos, y no sin grande esfuerzo los sacaron del miserable chiribitil de la vieja Dorotea.

La impura beata siguió tras ellos con su linternilla en la mano, y los infelices que allí quedaban, luego que hubo amanecido y halláronse sanos y salvos, mirábanse unos á otros, y todos creyeron que la fingida y astuta devota era tan bruja como *el Hechicero de la Torre del Diablo*.

A las dos horas de tan imprevisto lance véase, cual una sombra paseando, no lejos de Burgos, á un hombre de armas, y á un lado á otro que tenia del diestro á dos gallardos é inquietos corceles.

—Ya vienen, Ferran—esclamó dirigiéndose á su escudero y añadió—buena presa hemos hecho!

—Para vuesa merced lo será, venerado señor; lo que es para mí, llévenme el diablo si todas estas andanzas no han de salirnos al rostro.

—Silencio!

Pocos minutos después una numerosa comitiva, un revuelto tropel, se acerca al desconocido, que no era otro que el conde don Lope de Haro, y el que los capitaneaba le dice: Señor, cumplióse vuestra orden.

—Al castillo!—Replicó el de Haro—y siguiéronle silenciosos cual si fuese un cortejo fúnebre.

Al día siguiente la ciudad de Burgos dióse á las mas extrañas y estupendas conjeturas, y los partidarios del rey sintieron honda pena por la suerte aciaga del escudero Gonzalo y el entusiasta jóven don Rodrigo.

Pero qué se hizo del travieso bachiller Roldan, su único camarada?

Cuando salió del inmundo cuchitril de la vieja Dorotea, no del todo embriagado, fué en busca de agua y de un ambiente puro con el fin de refrescarse y luego sacudir el amargo peso que sentia.

Bien porque no gustase tanto de aquel vino infernal y adulterado, bien porque pudiera resistir sus trastornadores efectos, ello es, que esperiméntó alivio, y cuando al reaparecer en el hogar vió tan súbita escena, pudo con una prontitud admirable saltar por una cerca ó tapia medio deruida del jardín próximo á la casa de Dorotea y salvarse de la emboscada.

Los enmascarados habian permanecido en un dormitorio contiguo á la estancia en donde divertíanse Gonzalo, Aguilera y sus amigos, quienes, indudablemente engañados, acudieron allí en busca de solaz y alegre pasatiempo.

El alma rielaba en el Oriente, hora en que el valeroso escudero Gonzalo, y el sin ventura Rodrigo de Aguilera, se hundian en las prisiones de uno de los castillos del conde don Lope de Haro.

—Al castillo de San Juan de los Rios, en el punto de vista de las montañas, se ven los cerros de San Juan y San Pedro.

El día siguiente la ciudad de San Juan de los Rios, capital de la provincia, se levantó con el ruido de las cañoneras para celebrar el aniversario de la independencia de España. En la noche se iluminó el castillo de San Juan de los Rios con bombas eléctricas.

Cuando esto del castillo de San Juan de los Rios, se ve el valle de San Juan de los Rios, con sus montañas y sus cerros, y se ven los cerros de San Juan y San Pedro.

El día siguiente de la independencia de España, se celebró en San Juan de los Rios, capital de la provincia, el aniversario de la independencia de España. En la noche se iluminó el castillo de San Juan de los Rios con bombas eléctricas.

Los empujados habían participado en un momento de la vida de la ciudad de San Juan de los Rios, capital de la provincia, y sus montañas y cerros, y se ven los cerros de San Juan y San Pedro.

# LA FORTALEZA FEUDAL.

---

PARTE SEGUNDA.

LA FORTALEZA REIDAL

1880



La alta columna era, coronada por un grupo de tres figuras, de las que se veían algunas partes de sus rostros, y éstas miraban a un mismo punto que el del puente, como si en un momento de su vida se hubieran reunido en un punto común. En sus frentes se veían los rostros de tres capitanes, de tres señores, y de una vez se alzaban como el viento.

Hacia el lado de donde venía el viento, parecía que sus banderas negras, en forma de un árbol, se agitaban sobre las montañas, y en sus ramas se veían los rostros de los señores.

## CAPITULO PRIMERO.

En el lado de donde venía el viento, parecía que sus banderas negras, en forma de un árbol, se agitaban sobre las montañas, y en sus ramas se veían los rostros de los señores. En sus frentes se veían los rostros de tres capitanes, de tres señores, y de una vez se alzaban como el viento.

### EL PAGE.

Destacábase asaz magestuosa y sombría en un pequeño monte, erizado de negruzcas rocas, una antiquísima fortaleza, teniendo un gran foso en derredor y puente levadizo, cuatro almenas ó torrecillas, y sus ventanas ojivas, que revelaban, así como todo el conjunto del castillo, la arquitectura de los árabes, por algún tiempo sus terribles dominadores.

El orgulloso castellano, el noble señor, cuyo escudo de armas lucía en el frontis del castillo, era el inquieto conde don Lope Diaz de Haro, de ambicion desmedida, de un carácter violento é impetuoso.

Declinaba el sol, tibio y pálido entre húmeda neblina, y un silencio, comparable únicamente al de la mansion eterna, reinaba en torno del pavoroso muro feudal.

En una pequeña sala, cubierta de arabescos tapices, de haces de armas y trofeos de guerra, veíase junto á un mirador que daba al poniente, reclinada en un aterciopelado sillón, pero melancólicamente distraída, á una bella jóven de rubia cabellera, de ojos anjélicos, y de una tez blanquísima como el armiño.

Habia estado al parecer sollozando, porque en sus delicadas mejillas, un tiempo del color purpúreo de la rosa, habian impreso profundas huellas sus ardientes lágrimas. Dirijia á la sazón sus azules y encantadores ojos hácia los espirantes rayos del sol, y cada nube, en su variada y caprichosa forma, eran para la beldad tétricos augúrios de nuevo padecer, de larguísimas é interminables desventuras. Todo era mas feliz que ella: contemplado habia durante la tarde el alegre aspecto de las sencillas aldeanas, la hermosa libertad de la vida del campo, los melodiosos trinos de las aves en el inmediato bosque y, en fin, todo la ocasionaba pesar, tristoza é irresistible envidia. Su existencia deslizábase entre el misterio, las asechanzas, el choque de las armaduras, el feroz aspecto de los guerreros, y no traslucia la terminacion de su esclavitud y de sus prolongadas penas.

Amaba, empero amaba con una fé virginal y vehemente; y si bien por algunos instantes la sonreía una esperanza, despues su mismo amor redoblaba su desfallecimiento y hondo martirio.

Elvira, pues no era otra la hermosa cautiva, respiraba como en un sueño, pensando siempre en Rodrigo de Aguilera, cuya suerte desconocia desde que fué trasladada al aristocrático monasterio de las Huelgas.

De este pasó al castillo, donde alguna vez solia ver á su anciano padre don Gutierre de Velasco, mas pesábala mucho de ello, porque la requería en favor de don Hernando Alvar de Luna, partidario del conde, y temible rival de Aguilera.

La insoportable aya, que cual otra Argos vigilaba todas sus acciones, la doña Berenguela, modelo acabado de hipócritas dueñas, martirizaba tambien su corazón, herido ya por mil pesares; de suerte que Elvira veía solo en derredor sombras, esclavitud y duelo.

Movióse en ademan de retirarse de la ventana, porque ya la luz era ténue é imperceptible, y por otra parte la brisa demasiado fresca é incómoda para su quebrantada salud, cuando penetró en el salon un pagecillo de interesante figura, de tierna edad, de esbelto talle, con lucientes y negras melenas, y unos ojos que revelaban ser de un espíritu suspicaz y travieso.

Tenia ó aparentaba, sin embargo, una tinta de inocencia y de dulzura su juvenil semblante, circunstancia que no permitia sospechar de sus intenciones.

Dejó un magnífico y grande candelabro sobre la chimenea, y acercándose cariñosamente á Elvira la dijo:

—Si vuesaarcé, noble señorita, me da su venia, cerraré el mirador, prepararé la chimenea, y luego... cual otras noches... hasta la hora en que os retireis con la dueña, os podré leer aquella historia de los califas, ó los romances tan lindos, que tradujo del árabe aquel sabio renegado de Toledo. No contestais? Os sentis indispueta? Estais pálida! si yo pudiese aliviar vuestro dolor... pero ya veis... soy muy niño... si fuese un bravo guerrero...! pobre de mí..!

únicamente mi habilidad consiste en leer y cantar algunas trovas!..

— Elvira gustaba sobremanera oír y conversar con Manrique, este era el nombre del pagecillo, mas no siempre lo permitía doña Berenguela, su adusta dueña, y discurrió si podría habérselo impedido tal vez el señor Conde de acuerdo con su padre.

Manrique, dulce en su espresion, delicado en sus modales, sensible á las ajenas desdichas, era para Elvira un iris de alegría, su *Angel bueno*, que sin apercibirse la infortunada, tenía el encargo de velar por su salud y reposo.

Manrique, sin otro interés que el inspirado por sus leales sentimientos, inquietábase estraordinariamente por la suerte de Elvira.

Ansioso además por saber el secreto de su tristeza, espiaba toda ocasion en que pudiese descubrir tan profundo misterio, al menos para él, que ni por su edad, ni por su aislamiento le era dado hallarse instruido de los amores é infortunios de la encantadora doncella.

—Gracias, Manrique-contestó modestamente Elvira. Estoy muy reconocida á tus finos cuidados: tengo un sin par consuelo en oírte, mas Berenguela no es gustosa de que me acompañes, y sentiria te hallase ahora en este sitio: luego que venga puedes continuar la lectura.

Elvira fué á descansar junto á la chimenea, en la cual flameaban unos secos troncos de encina, y como la temperatura era desagradable, encontró satisfactorio el suave calor que habia dispuesto el bondadoso y solícito pagecillo.

Este sin hacer caso de la observacion de Elvira, púsose á su lado y hablóla en los siguientes términos:

—Bella señora, no os podeis imaginar lo vivamente que siento vuestras quejas y sinsabores: si en alguna cosa pudiese yo aliviáros, experimentarí una satisfaccion indecible. Tambien sufre mi alma dolorosos recuerdos.

Manrique lanzó un profundo suspiro, y despues prosiguió de esta suerte:

—Tambien soy desgraciado; y como vos, al parecer, sufrís crueles penas, me interesa mas vuestra amargura, y os he rendido mi afecto, bien que las virtudes que tanto os realzan, cautivan el amor y respeto de quien las conoce y admira. Pero bueno fuera, mi noble señora, que os sirvieseis manifestarme la causa de tan injusto martirio.

—Ay! Manrique: Dios que juzga mis pensamientos, sabe que no he merecido tan aciago infortunio: por lo demás, y sin hacer desconfianza de tí, respeta que oculte en mi corazon el origen de este afflictivo estado, si bien no toda la culpa es mia. La guerra y el furor de esos bandos que se disputan el poder y la privanza del rey, ocasionan mi desventura: soy víctima de agenos odios, juguete de la fortuna, y únicamente el cielo puede, si es compasivo, salvarme de los riesgos que me amenazan. Pasé tristes dias en una solitaria mansion, en la *Torre del Diablo*: despues fui á sepultarme en el austero claustro de las Huelgas: hoy encerrada entre almenas, y próxima tal vez á sufrir el castigo que me deparen estrañas y maldecidas ambiciones.

—Comprendo,—esclamó el page enternecido.—Discurro que vuestro padre, el noble don Gutierre de Velasco, adicto al señor Conde, mi señor, y á su yerno el infante don Juan, hermano del rey, como tambien el poderoso caballero don Diego Lopez de Campos, que sembró de terror

la comarca de Castilla, es la causa de vuestro mal estar é inquietudes.

—Así es, Manrique: sin desearlo, mi padre es el móvil de lo que sufro.

—Y además alguna esperanza desvanecida...

—Manrique...!

—Perdonad, señora... mi respeto corre parejas con el afán que tengo de servirlos.

—Y qué podrás hacer tú por esta desdichada?

—Quién sabe! Ocasiones hay en que el mas humilde presta favor á los poderosos.

—Agradezco en el alma tu interés, y no olvidaré jamás tu sincero comportamiento.

Dudaba Elvira en revelar al page sus amores, y mas de una siniestra sospecha inquietó su atribulado espíritu; empero Manrique tenia un alma candorosa, y sus ofertas eran tan leales como sus juveniles y puros sentimientos. Halló, pues, un consuelo en hablar con un ser inofensivo y bondadoso, y únicamente el rubor refrenaba el deseo, la justa y consoladora expansion que la era necesaria.

El astuto page, resuelto á descorrer el velo de su misteriosa tristeza, insistió de este modo, si bien demostrando en su actitud que aquella curiosidad era impulsada por un fin santo y caballeresco.

—Hermosa Elvira, si os puedo ser útil, haceis mal en no decirme lo que os apena: sé que amais; no ignoro que dos rivales, cada uno de opuesto bando, solicitan la palma de vuestras virtudes: desconozco sus nombres y circunstancias, mas entiendo que su bizarría será igual, ó cuando

menos digna de la preciosa joya que les trae tan ardorosamente rendidos.

—Manrique... por Dios... no despiertes los casi apagados recuerdos de ya perdidas ilusiones!

—Hablad... decidme lo que sentís... yo os revelaré también un secreto.

Y el page, en ademan de súplica inclinóse á los piés de Elvira, y besó respetuosamente su mano; la doncella advirtió que se habian humedecido sus ojos, y acabó de convencerse, y aceptar como leal el sentimiento de Manrique.

Este fué á la puerta; escuchó, y viendo que nadie podia interrumpirlos, continuó de esta manera en su demanda.

—Sois, Elvira, un ángel de paz, que el cielo envia para que yo aliente alguna esperanza: soy desgraciado como vos, á pesar de la opulencia que me rodea, y del brillante porvenir, que dicen, me profetizan los hados. Reveladme vuestras cuitas, que yo espondré sencillamente mis rigores.

La hermosa jóven esplicó á Manrique su amor á Rodrigo de Aguilera, cuyo paradero ignoraba, y la temible rivalidad de don Hernando Alvar de Luna.

—Conozco al de Luna, mas no á Rodrigo, y bástese que sea vuestro predilecto para que yo le ame, y es suficiente que se encuentre sin ventura para que yo le guarde un profundo respeto. No acepteis á ese orgulloso Alvar de Luna: y aunque es partidario de mi señor el conde don Lope Diaz de Haro, le profeso una repugnancia inexplicable, porque en todo se mete y es intrigante y audáz como un vil y rastrero cortesano. El conde es el caudillo de esa falange de ambiciosos... y...

—Manrique... por Dios... si nos oyen..!

—Perded cuidado : Berenguela está de religiosa plática en el oratorio, martirizando la paciencia del virtuoso capellán, que debe hallarse ya casi aburrido de escucharla. No temáis : así como vais á ser vos para mí un ángel de felicidad, yo me declaro desde ahora vuestro caballero, y nadie osará mancillar vuestra virtud, ni violentar vuestro amor sin esponerse á sufrir mi aterradora venganza.

Era tal la actitud digna y apuesta del pagecillo, que Elvira le asió por un impulso de reconocimiento la mano, y llevándola á su corazón, le hizo protestas de amistad, que Manrique, arrodillado, acogió lleno de orgullo y vertiendo lágrimas de ternura :

—Sí, hermosa Elvira; nos uniremos, y mientras permanecais en el castillo yo velaré vuestro sueño, y espiaré á todas horas la conducta de vuestros enemigos. Yo habito en esta horrible y feudal morada, guiado de un sentimiento que comprendereis... cuando sepais mi mal aventurada historia.

A este tiempo escuchóse en el patio del castillo un estruendoso crujir de armas, producido por la aparición del conde de Haro, don Gutierre, padre de Elvira, y otra multitud de pages, donceles y caballeros.

—Dios mio!—esclamó la doncella; hoy dan principio mis amarguras..! Temó que mi padre, si con él viene don Hernando, acelere el instante, que quizá sea el último de mi vida.

—Tranquilizaos, señora; os juro que os salvaré de vuestros crueles perseguidores.

—Sois muy niño y os fascina el calor de vuestras fantásticas ilusiones.



Llegó la vetusta doña Berenguela, y haciendo un esfuerzo por aparecer que sentía júbilo, batió las palmas y dijo :

—Vamos, hija mía ; vamos ; ya está en el castillo vuestro noble padre y mi alto señor : ven á recibirle, que pronto, si Dios no se opone, se realizarán tus dichosas esperanzas : ha llegado también el incomparable doncel, señor Alvar de Luna : pronto, pronto se verán cumplidos sus justos deseos : ¡quién pudiera decir otro tanto..! murmuró entre dientes la hipócrita beata.

Elvira, sin hacer mérito de sus importunas y maliciosas exclamaciones, adelantó el paso, y con dignidad salió á recibir á su padre, quien luego la estrechó cariñosamente entre sus brazos.

Al dejar la sala de armas, quedó la astuta dueña reparando en el semblante del pajecillo, y como le viese con vivas señales de una reciente y profunda emoción, atrevióse á sospechar si habria ocurrido en su ausencia alguna cosa que pudiese hacerla sentir lo que menos se imaginaba.

A este propósito, y asiendo el brazo de Manrique, le dirigió con un gesto áspero y sombrío la siguiente advertencia :

—Oye, diablillo ; ya sabes que no gusto de verte en compañía de Elvira : tus cuentos la trastornan de pavor, y padece sueños melancólicos : además te permites ciertas confianzas, que pueden costarte un tremendo castigo : ¿lo entiendes? No serías el primer page que desde la almena hubiese ido al inmundo suelo del foso.

—Yo no faltó á mi deber ;-replicó Manrique ;-pero advertid, y perdonad que os corresponda con otro consejo:

no olvideis que tambien las venerables dueñas han exhalado el último suspiro...

—En dónde?

—En la argolla.

—Habrased visto insolente como él! vive Dios!—y doña Berenguela arrojó sobre el page, que ya se deslizaba entre los nobles huéspedes, una terrible mirada.

que eran eremitos, y alzado de la ciudad con sus  
siguientes contra el rey don Alonso, quien conve-  
niendo en sus ministros, resolvió de otra parte  
deber, por el mundo, buscar de poder tener, las  
y de las...

El principal motivo de el infante don Juan, hermano  
del rey, comparado con el conde de Haro, de quien era  
y uno de sus más cercanos y amigos...

Viendo el conde don Juan, señor de Vizcaya y alcaide  
de del favor del rey, en caso de su desgracia...

## CAPITULO II.

Este fue el estado de las cosas en el reino de  
de todo fuero y dominio, y de la corona, y de la  
de en sus reinos, las fortalezas, y lugares con sus  
de las partes, deseaba la corona de don Alonso, para  
de que al fin conseguiese la unidad de los reinos...

## LOS CONJURADOS.

Esta era la causa de la guerra que se hizo en el reino de  
Juan, conde de Haro, y su fidelidad en el orden de...

Despues que el altivo conde saludó á Elvira, y dió sus  
órdenes á los pages y escuderos para que dispusieran una  
brillante acogida á sus ilustres amigos, pasó á la sala de  
armas, y haciéndose despojar, como á todos sus compañe-  
ros, de las que pendientes traian, tomaron asiento al rede-  
dor del fuego, y empezaron, interin les servian la cena, á  
tratar de gravísimos y trascendentales asuntos.

Contábanse entre la comitiva del conde, entre otros,  
á don Gutierre de Velasco, padre de Elvira, don Hernan-  
do Alvar de Luna, don Diego Lopez de Campos, el adelan-  
tado de la frontera don Diego de Haro, hermano del conde,  
Portocarrero, Nuño y otros, los cuales constituian el con-  
tingente poderoso de los nobles, con sus numerosas huestes

que eran enemigos, y alzado habían pendones, y hecho alianza contra el rey don Sancho, quien convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, gestionaba de otra manera, es decir, políticamente, ansioso de poner término á las querellas y desafueros.

El principal caudillo fué el infante don Juan, hermano del rey, emparentado con el conde de Haro, de quien era yerno, y uno de sus mas calorosos y firmes sostenedores.

Viéndose el conde don Lope, señor de Vizcaya, alejado del favor del rey, en castigo de su desmesurada ambición, tuvo la osadía repetidas veces de proclamarse exento de todo fuero y dominio por parte de la corona, y refugiado en sus inespugnables fortalezas, y haciendo correrías por todas partes, desafiaba la cólera de don Sancho, creyendo que al fin conseguiría el logro de sus impuros proyectos.

Tenia envidia del favor que disfrutaba en la corte don Juan Nuñez de Lara, y su rivalidad fué origen de inmensos males.

Oigamos cómo se espresó el orgulloso castellano ante sus íntimos amigos, sus fieles y altaneros aliados, iracundos como él, y como él hidrópicos de ambición y de venganza.

—Mis buenos amigos: llegó la hora de poner coto á las demasías del *favorito* don Juan Nuñez de Lara, origen permanente de disgustos y lamentables trastornos: el rey no oye sino por sus oídos, no habla sino por su lengua, no respira sino por sus rencores; y sin embargo, como sabeis, se me culpa de todo, calificándome de turbulento, y apadrinador de planes de usurpación y de conquista. Si alzé pendones contra el soberano, culpable es su debilidad y

ridícula condescendencia á los caprichos de su *privado*, que encubre bajo el velo de la hipocresía una ambición sin límites.

Hoy pretende é inspira al rey la idea de que se tribute al de Francia pleito homenaje, en lugar de hacerlo al de Aragon, don Pedro, cual dictan la ley y la conveniencia pública. Los planes del favorito don Juan Nuñez, de la reina doña María y de don Gonzalo, Arzobispo de Toledo, se reducen á rendir pleitesía al rey de Francia, por consejo del Sumo Pontífice, á dar libertad á los hermanos la Cerdas, presos por el monarca aragonés, ofreciendo al don Alfonso el reino de Murcia, haciéndole feudatario del de Castilla, y muerto don Alfonso hacer que le sustituya su hermano menor don Fernando. De esta suerte el favorito perpetúa su influencia, y don Sancho vive en pacífica posesion del reino.

En el interin se nos arroja con desprecio, se nos amenaza, y es preciso hacer que comprenda el rey, lo mismo que su audaz privado, que impunemente no se menoscaba mi autoridad, ni se intenta lastimar mi prestigio.

—He acordado con el infante don Juan, mi ilustre yerno, que hoy recorre las tierras de Salamanca, no dar oido á las indicaciones de la corte, quien so pretesto de apaciguar los alborotos, nos tiende una red insidiosa para humillarnos, y despues reducirnos al descrédito y á la impotencia. Cumple á nuestro decoro é indisputable valía, rechazar todo acomodamiento y vergonzosa tregua. Mis castillos se hallan bien pertrechados: nos sobran lanzas, y os prometo que muy pronto hemos de ver por tierra el insolente orgullo de la corte.

Vos, Alvar de Luna, vereis realizadas vuestras legítimas y lisongeras esperanzas; empero antes cumplid como leal amigo y valeroso campeón de nuestra ilustre causa. Diferiremos vuestro suspirado enlace con la bella y virtuosa Elvira, hasta que vencedores, podamos realzarle con el esplendor de que sois tan dignos. Partireis con don Gutierre, vuestro futuro y noble padre, á la fortaleza de Haro, y allí esperareis mis órdenes. Vos, Zúñiga, ireis á San Esteban de Gormaz y redoblaréis su vigilancia y defensa: los demás castillos, el de Orduña, Labastida, Villamonte y otros, permanecen firmes en nuestro santo propósito. Vos, don Guillen, vais á partir en busca de la reina doña Blanca, y dadla el consejo de que escriba á sus hijos don Alonso y don Fernando de la Cerda, para que rechacen las engañosas ofertas de su tío el usurpador, el Bravo rey don Sancho, cuya ira voy á humillar antes de mucho tiempo: direis á doña Blanca, que en modo alguno se marche á Portugal en busca de socorro, pues yo la ofrezco pronta y cumplida reparacion de los ultrajes que sufre, igualmente que sus desdichados hijos.

Vos, apuesto don Nuño, partireis esta noche á Santo Domingo de la Calzada, y fio á vuestra reconocida gallardía y buena lealtad, que hareis por convencer á la reina doña María, en otro tiempo vuestra protectora, y aun hoy, segun mi autorizado confidente, no desmereceis del todo su alta y honrosa confianza. Presentad á su imaginacion el horrible cuadro de nuestras discordias, producidas por el interés bastardo del favorito; decidla, que si el rey continúa en prodigarle su poderosa gracia, verá el reino en la mas lamentable inquietud y desorden: recordadla que no

siempre el Arzobispo de Toledo, don Gonzalo, fué leal y prudente consejero: que rechace sobre todo las impuras sugerencias de Nuñez de Lara, motor de intrigas y crueles agravios.

Por esta orden fué dictando las suyas el altanero Conde, que unánimemente fueron aplaudidas, no estrañando nadie su audacia, porque era tal su carácter, y es histórico, que hallándose el infante don Juan haciendo correrías, llegó hasta Ciudad-Rodrigo, y habiéndose quejado el rey don Sancho, y citádole á Valladolid, tuvo el conde don Lope de Haro el atrevimiento de decirle, que la conducta del infante, su yerno, era inspirada por su voluntad y consejo; y que de ninguna manera escucharía sus quejas ni amenazas.

Herida la fantasía del Conde por su vanidad y sed rabiosa de mando, no vislumbraba el abismo que la ambición pudiera depararle: mostrábase incorregible, y hacia el último esfuerzo por ver derrotado á su rival, el favorito don Juan Nuñez de Lara.

Después de aceptar sus órdenes, conferenciaron entre sí los demás caballeros, en tanto que el conde permitía á don Gutierre y á Alvar de Luna, que viesen á solas á su idolatrada Elvira, con el encargo de que la suplicasen se sirviese honrar el festin, y hacer las veces de la condesa doña Juana, ausente á la sazón en Logroño.

El pagecillo del conde, el astuto Manrique, oía por entre las colgaduras, que casi ocultaban una puerta sacreta, cuanto conferenciaron los nobles, y no pudo menos de sentir hondo pesar al ver la sonrisa que Alvar de Luna hizo aparecer en sus labios luego que el conde pronunció el dulce nombre de Elvira.

Juró entonces amparar á la desventurada, aun á costa de su existencia.

La noche habia cerrado por completo, y una densa niebla estendiase por el horizonte.

A la sazón en que el de Haro conversaba arduamente con sus leales guerreros, un hombre misterioso, envuelto en un largo y oscuro ropon llegaba á caballo, precedido de otros dos ginetes, al pie de la fortaleza.

Dieron tres golpes, se hizo una señal y alzaron el rastro para dar entrada al nuevo y siniestro huésped.

Los que le acompañaban éranse dos escuderos del conde.  
—Subid por esta escalera—esclamó, dándole su mano, uno de aquellos.

El huésped subió sin pronunciar una sola frase, y en pocos momentos se halló en una pequeña, pero elegante habitacion del castillo, si bien la mas retirada de todas.

Allí encontró, esperándole sin duda, el page que le destinaban: no era otro que el carcelero de la fortaleza, quien por su rudo carácter, estúpido y reseryado instinto, convenia á las mil maravillas para tan hobroso puesto.

El huésped sacudió de sí el manto en que habia venido envuelto para resguardarse del intenso frio de la noche, y apareció con el sayal de un cenobita el famoso nigromante ó Hechicero de la precitada Torre del Diablo.

Quizá llegaba á ejercer en la fortaleza del Condé sus importantes funciones y brujerías.

Uno de los que le acompañaron llegóse á su señor y le dijo:

—El brujo se halla instalado ya en el saloncillo de Rocca-negra.



--Obsequiadle como guste, y decidle tenga la bondad de no recogerse interin yo no le salude, que será terminado el banquete.

Así respondió el conde al que le anunciaba el arribo del Hechicero Daniel, al cual recordarán nuestros lectores habíamos dejado en su recóndita gruta.

Pasemos ahora á la habitacion de Elvira, ante quien se hallaban su anciano padre don Gutierre y el jóven Alvar de Luna, como siempre ardiendo en crueles ansias por merecer una dulce sonrisa de la que habia jurado por señora de su amor y de su albedrío.

### CAPITULO III.

#### EL DESCONSUELO.

Pálida cual una flor, á quien al huracan ha truncado su verde tallo, encontrábase la sin par Elvira, azorada como un inocente niño, y sin poder resistir la altanera reprension de su padre, quien desde el primer momento comprendió la repugnancia invencible de aquella, respecto de los amores de Alvar de Luna.

—Me indigna—esclamó don Gutierre—tu inconsiderada altivez, tu desdeñoso tono, producido quizás por el sentimiento de una esperanza ilusoria.

—No la molesteis, noble amigo—interrumpióle Alvar:—la reclusion sombría que padece, lo incierto de nuestro destino, causa en el corazon de Elvira tan melancólicas emociones. Luego que se convenza de mi fé, y se halle en la

feliz libertad que merece, deslumbrando con su virtud y hermosura á todas las damas de Castilla, entonces aparecerá risueña, y nos recibirá con la dulce espresion de su angelical carácter. Yo la perdono su desvío, y no dudo alcanzar su cariño, cuando algunos hechos gloriosos me den títulos y nombre. Aquí, ante vuestra respetable ancianidad, honor de mi espada, y siendo el cielo testigo de la rectitud de mis juramentos, os declaro que no seré de otra beldad, que de mi adorada é incomparable Elvira.

El llanto impidió que esta contestase á la severa amonestacion de su padre, y á las caballerescas demostraciones de don Hernando.

—Es preciso desvanecer ya ese amor imprudente—prosiguió don Gutierre:—cumple á mi honra, que dentro de breves días te unas ante las aras con este bizarro y digno caballero: he comprometido mi fé, y el conde, nuestros amigos todos anhelan ver realizado tan decoroso enlace. Y por si aun te resta un vislumbre de esperanzâ acerca de ese miserable aventurero que osó poner sus ojos en tu hermosura, debes saber, que no existe, porque ha espiado ya su temeraria osadia.

La jóven exhaló un grito penetrante, que heló el corazón de Alvar de Luna. Era el gemido de un profundo pesar arrancado de lo íntimo de su alma. Creyó en la muerte de Aguilera, y una sombra cruel oscureció su espíritu: la infeliz cayó al suelo, y su padre, templando su habitual orgullo, cedió á la naturaleza, y derramó sobre la frente alabastrina de la virgen un raudal de ardorosas lágrimas.

Ocurrieron á tan inesperado accidente, pidiendo auxilio á la dueña, y sin duda por no aparecer en demasia débil

y compasivo, se ausentó el anciano con Alvar de Luna, á quien dijo al salir del aposento.

—No desconfieis: sus rigores la han constituido en una situacion muy delicada: marchad á la villa de Haro: cumplid el mensaje del conde, que á estas horas quizá vuestro rival no exista: os juro que dentro de breves dias os llamareis su esposo.

Y ambos, con el posible disimulo, y disculpando á Elvira, presentáronse ante el conde, quien los aguardaba con impaciencia para dar principio al banquete.

Sintió el Conde la indisposicion de la hija de don Guifre, pero la juzgó natural, y producida por el estremo de júbilo al verse bajo los muros en donde se albergaba tambien su venerado padre.

En tanto Elvira derramaba copiosas lágrimas, creyendo en la funesta suerte de Aguilera, cuyo amor le habria tal vez precipitado á tan inmerecido infortunio.

Inútilmente se esforzaba doña Berenguela en calmar su dolor, acrecentado con la idea de verse unida al orgulloso Alvar de Luna, causante, en su juicio, de la muerte de Aguilera, á quien la imaginacion presentaba horriblemente herido, maldiciendo de su amor y de sus fantásticas ilusiones.

Entregóse Elvira al desconsuelo, y un caloroso delirio trastornó su razon por algunas horas.

Su padre, previo el permiso del conde, pasó á informarse de su salud, y á recomendar á la dueña un esquisito cuidado, pero al mismo tiempo el firme propósito de desvanecer en el corazon de Elvira toda esperanza respecto á sus amores con don Rodrigo.

—Teneis razon: decia la astuta beata—estas son nube-

cillas, que cruzan pronto: el nuevo amor la hará olvidar pasados ensueños: su indisposicion no ofrece cuidado alguno: he sufrido yo tantos en mis mocedades! Idos sin temor, que las lágrimas y los suspiros son comunes accidentes en las mujeres; el llanto es un desahogo; el suspiro es un dolor exhalado del corazon, y cual una espina que al desprenderse produce alivio en la parte enferma, ó que pasageramente ha lastimado.

Don Gutierre, á semejanza de los nobles de su época, tenia en mas la fé de caballero, que los instintés humanitarios de un padre, y por lo tanto se hallaba resuelto á cumplir religiosamente su palabra, cuya tenacidad tenia su misterio.

Tornó Elvira de su desmayo, y lo que no esperaba, se encontró al pagecillo Manrique con señales de profunda afliccion á su cabecera.

—Manrique!—Iba á continuar, pero no la fué posible, porque la amargura sofocó nuevamente su aliento.

Deseando el page contribuir á su quietud, hubo de esclamar instantáneamente.

—Elvira! Elvira! Os engañan: vuestro amante vive... Ya os diré cosas que os han de interesar muchísimo: respirad! Aquietaos! Creedme... os engañan!

Y al mismo tiempo la besaba dulce y respetuosamente la mano.

Llegó la dueña, que habia salido por una esencia que conservaba en el aposento inmediato, y de un modo brusco despidió al sensible y caritativo Manrique.

Elvira, si bien un tanto esperanzada por las seguridades del bondadoso page, se abismó aquella noche en el mas horrible y acerbo desvarío.

No habia consuelo para su alma, y el insomnio acabó de sumirla en un estado, si no grave, febril y trastornador. Ansiaba la luz del dia, creyendo que Manrique hubiese descubierto algun indicio relativamente á la situacion de Rodrigo de Aguilera.

Suplicó á la importuna beata no la interrumpiese, y la noche fué para ella tan larga como pesado era para su razon el intenso martirio que sufría.

---

**CAPITULO IV.****LA CONSULTA.**

Los nobles, llenos de entusiasmo por la causa del conde, que era tambien la de su apego á los privilegios y al disfrute de honores y de riquezas, de poderío y de autoridad, demostraron en el banquete que así eran capaces, ó sabian romper lanzas en un torneo, ó blandir sus tizonas contra las agarenas huestes, como apurar sendos tragos del espumoso Toro, ó del limpido néctar de la Nava.

Todos se las prometian muy felices en la proyectada conjura, ó en su rebelde actitud contra don Sancho el Bravo, imaginándose que este desconocia sus liberticidas y tiránicos proyectos.

Su afán era el vasallaje del rey, á quien intentaban imponer la misma servidumbre que al desgraciado pueblo, de cuyas vidas, honra y sudor disponian, tratando á los colonos cual á unos míseros y abyectos esclavos.

Terminó el festin, y cada cual pasó á su respectivo dormitorio, quedando la fortaleza en el mas lúgubre y absoluto silencio.

Don Gutierre habíase informado de la situación de Elvira: la duena hubo de calmar sus inquietudes, asegurándole, que el tiempo borraría hasta la última huella de sus imprudentes amores con el aventurero Rodrigo.

El conde aparentó retirarse á su estancia, mas de allí á breve rato llamó á su escudero Ferran y le dijo:

—Inmediatamente dispon dos caballos, y espérame á la salida del castillo.

Sin replicar palabra obedeció el escudero, mas al ausentarse murmuró por lo bajo:

—Pese á mi abuela, si estos misterios no me trastornan el juicio! El diablo anda por estos contornos, y al freir será el reir...! Loada sea la santísima cruz!

Manrique oyó la conferencia de los nobles, y los brindis entusiastas del banquete, por lo cual discurría, que la conjura era cierta y de un fin grave y extraordinariamente peligroso.

Acurrucóse, embozado en su ferreruelo, entre dos tapices que habia en un ángulo próximo al dormitorio del conde, y no tardó en ver á este con su farolillo dirigirse al pequeño torreón de la Roca-Negra, nombre derivado de un enorme peñasco, que existía en frente del mirador de la almena del norte.

Siguió cautelosamente los pasos del altivo señor de la fortaleza, y pudo observar que no iba del todo sereno, apesar de su reconocida bravura, pues se paraba de vez en cuando, como herido de un triste presentimiento.



La vida turbulenta é impura del conde conocíase desgraciadamente en toda la comarca.

Su altivez, su ambicion, su furia despótica era proverbial entre los sencillos y pobres aldeanos.

Llegó por último á la puerta de la sombría estancia, y salió á recibirle un hombre de feroz aspecto, de barba descompuesta, negra y poblada, robustas formas, y de un mirar siniestro como el de un verdugo.

Saludóle respetuosamente, quedándose en la puerta esterior con la linterna, y cerró el postigo.

El conde penetró en el aposento, y hallóse frente á Daniel, ó sea el Hechicero de la torre del Diablo.

Manrique, ansioso de ver en lo que paraban aquellas misteriosas aventuras, quedóse oculto en la galeria, mirando con pavora el semblante infernal del carcelero.

Este permaneció sentado á la puerta del torreón hasta la salida del conde.

Ignoraba Manrique quién fuese el personage que optó por tan retirado y medroso albergue, y por mas sutileza que desplegó, solo pudo traslucir que era un sábio y virtuoso ermitaño.

Chocábale que le hiciese los honores el carcelero, y que se hubiese prohibido hablar de él á todos los moradores de la aristocrática fortaleza.

No desesperaba el travieso page de saber pronto el nombre y circunstancias de aquel sombrío huésped, mas por aquella noche resignóse á espiar las acciones y pasos de su señor, dejando para mas oportuna ocasion el hacer nuevas y satisfactorias pesquisas.

La curiosidad le inquietaba, y tentado vióse muchas

veces de recurrir al estúpido carcelero. Temia, no obstante, su reserva y malos modos, y desistió de su primer impulso.

Veamos lo que pasa en el recinto del nigromante, engalanado ya con sus ridículas vestiduras, que hubo cuidadosamente traído, y nos informaremos de los insolentes planes del conde.

—No debéis rehusar—le decia este—no debéis omitir ningún antecedente acerca de mi futuro destino: tengo valor, y no hay fuerza humana que contrarie mi firme propósito.

—Alto señor, no ocultaré á vuestra luz, la que señale el infalible horóscopo. Antes que viniéseis he registrado el libro de la vida, y consultado el derrotero incierto que aquel marca en las futuras manifestaciones de vuestra existencia. Camináis por un sitio escabroso, cubierto de punzantes espinas, y es fácil que halleis, si no sois prudente, el abismo en donde podeis quedar sepultado con vuestras atrevidas y descomunales esperanzas.

—Veo, pardiez! que estais sombrío, y demás lúgubre, sábio Daniel: ó es que alguna arrepentimiento ó infundado temor os hace hablar de ese modo? Pensad bien lo que decís; el engaño sereis vos, y lo que hoy es proteccion mañana tornarse podrá en castigo.

—Juré decir verdad, y lo cumplo: mi suerte se halla en vuestro poder: disponed de ella á vuestro albedrío.

—Resuelto pareceis... yo tambien lo estoy: seguid, y perdonad...

—Oidme.

—Ya os escucho.



... .. / ... ..



Por eso recurro á ti... Voto á Lucifer... que si no aciertas..!

—El rey triunfará de sus adversarios.

—Lengua villana!

—Tened, y recordad que me exigisteis os manifestára cuanto señale el horóscopo.

—Habeis razon: proseguid.

—El rey vive atormentado de crueles remordimientos.

—El conde hizo chispear sus ojos de alegría.

—El rey don Sancho—continuó el Hechicero,—duerme el sueño del réprobo: la rebeldía contra su padre... la usurpacion de los derechos á sus sobrinos la Cerda... el ciego furor en que se arde su alma contra vos y otros ilustres nobles, altera rápidamente su salud, por mas que aparente imponderables brios.

—Si acertais... juro á satan! que os he de regalar un manto de oro.

—Oid. El rey no se acobarda.

—Maldita contradicion! Me engañais! Vive Cristo!

—Señor conde, oid. El rey lucha con denuedo, es positivamente *bravo*: únicamente podrá vencerle...

—Quién?

—La astucia.

—Por eso recorro á tí... voto á Lucifer! que si no aciertas:..!

—Haced calma y podreis conseguir mas favorablemente vuestros deseos.

—Los tuyos se verán tambien realizados. Qué exijes? Cuál ha de ser tu recompensa?

—Que me concedais, si es posible, la venganza contra el verdugo de mi hijo.

—Antes de tres horas se hallará en uno de los calabozos

subterráneos de la fortaleza; pero os impongo una condicion.

—Cuál?

—Que no atenteis contra su vida hasta vuestro regreso de la corte: antes debéis pasar á Santo Domingo de la Calzada, en donde reside la reina doña Maria: encontrareis allí á don Nuño Garcés, que os dará las convenientes instrucciones. Urge que paseis á desempeñar vuestra mision; está irrevocablemente acordado.

—Y exigís,—esclamó el Hechicero con una faz radiante de ira—pretendeis que yo marche sin haber tomado venganza? Y si yo sucumbo en la empresa que me proponeis? Pobre hijo mio..! Dejad que tome satisfaccion de su muerte, y despues de realizados vuestros planes, abandonaré para siempre el suelo de Castilla.

—Nada temais: pero si sucumbís, os juro que sereis completamente vengado.

—No puedo ceder á nadie la venganza: me hierve un fuego infernal en las venas, que me produce una sed rabiosa de sangre!

—Ea! despachemos: al rayar el dia se hallará Gonzalo metido en la argolla: le vereis... Os concedo además la facultad de hablarle, pero no otra cosa: podeis hacerle padecer cuanto se os antoje... mas os advierto que se os permite una sola entrevista.

—La exigencia es dura, señor conde; no es posible.

—Pues elegid,—esclamó severamente el de Haro, que se puso de pié para retirarse.

—Concededme la venganza, y me obligo á ser el mas humilde instrumento de vuestras aspiraciones.

—Al rayar el día, —insistió el conde, —veréis al valeroso escudero del rey: media hora despues, á galope en direccion á Santo Domingo de la Calzada: cumplid mis órdenes: de otra parte los grájos se cebarán en vuestro inmundo cuerpo cuando os bamboleis desde la mas alta roca de este castillo.

—Salió el orgulloso conde de Haro, cerró tras sí la puerta, y dijo al cegijunto y áspero carcelero:

—Oye, Jaime: vigila al ermitaño: tiene momentos de rara locura, y es posible que intente cometer contra sí mismo algun disparate.

—Con tal que no sea contra mí.

—Todo podria suceder.

—Y si quiere arrojarse desde la almena á los fosos?

—Impedidlo: además, estará pocos instantes en la fortaleza. Luego que lleguen los dos prisioneros de Burgos, colocarás al escudero en la argolla, ínterin le habla el monje, á quien dejarás encerrado con él una media hora, poco menos.

—Larga me parece la confesion.

—Despues le harás sentar en el banquillo, pero sujeto á la cadena: no te descuides... porque es un mozo robusto y temerario. Trátale con la posible dulzura, y aguarda mis órdenes.

—No decis que vienen dos reos?

—Al otro, que es un miserable trovador, no le martirices. Te prohibo revelar sus nombres. Fió en tu reserva.

—Soy mas reservado que un mudo.

Bajó el conde á su aposento, le trajeron la tizona, cubrióse con una anchurosa capa, y salió de la fortaleza en compañía de su escudero Ferran.

Iban al encuentro de Gonzalo y de Aguilera. —  
 —El Hechicero quedó abrasado en sed de venganza, y jurando que si el conde le impedía saciar su cruel instinto, era posible que le alcanzase también los efectos de su tremenda ira.

En medio de sus falsos principios de astrología judiciaria, vaticinó que el conde marchaba por un sendero escabroso, y temía verse arrastrado con él al fondo de un espantable abismo.



## CAPITULO V.

### LAS REVELACIONES.

En triste y honda cavilacion habíase el travieso Manrique sumergido, y el resto de la noche la pasó el infeliz agobiado por la mas azarosa incertidumbre.

Ansiaba que brillase el albor del astro del dia para ir á saber la situacion de la seductora cuanto desventurada Elvira.

Ignorando el objeto de la partida del conde, se recogió á su dormitorio, permaneciendo en él hasta las primeras horas de la mañana.

Diestro y previsor como siempre, aprovechó la oportunidad de hallarse la dueña en la capilla, costumbre á que no faltaba jamás, acompañándola Elvira; pero como la sa-

lud de esta sirvió de legítima excusa para no concurrir al oratorio, el pagedillo presentóse á ver del modo que habia pasado la noche.

—Me encuentro bien,—repuso dulcemente Elvira,—y os agradezco el fino interés que manifestais por mi suerte.

—Elvira!—esclamó con vivacidad el compasivo Manrique.—Vuestra suerte me interesa como la mia propia: sois hermosa; teneis virtudes y sois desgraciada: cumplo con un deber sagrado en ofreceros mi humildísimo valimiento.

Al ver su entusiasmo y sincera y ardiente fé, sospechaba Elvira si el amor pudiera haber herido ya el juvenil corazon del page, y sentia amarga inquietud, temiendo fatalísimas consecuencias.

A veces se tranquilizaba considerando la tierna edad de Manrique, su angélica seneillez, el respetuoso cariño, y en fin, sus delicados modales.

—Hoy sufro estraordinariamente, Manrique;—prorumpió Elvira,—vertiendo al mismo tiempo una amorosa lágrima.

—Tranquilizaos, bella señora;—interrumpió aquel, ansiando ofrecerla algun consuelo.—Tranquilizad vuestro espíritu: quién sabe si ese Alvar de Luna sueumbirá en cualesquiera de esas correrías que hacen á todas horas, ó si despechado y aburrido de vuestros justos desdenes, irá á rendir á otra beldad sus mentidas adoraciones! Tened confianza, y esperemos á mas serenos y felices instantes.

—El inflexible genial de mi anciano padre, que será capaz de que me sacrifique á su capricho, me tiene sin aliento, y me sobresalta la imágen de mis futuras adversidades. Quizá hoy..! Dios mio!!!

—Oid, hermosa Elvira: por hoy estamos seguros.

—Es cierto?

—Don Hernando Alvar de Luna pasa á la villa de Haro con apremiantes órdenes del conde: lo menos estará allí quince dias: entre tanto, con el favor de Dios...

—Ilusiones! Manrique. Vana esperanza!

—Escuchad: por ahora se agitan con los asuntos de Estado, y es indecible la confusion que reina por todas partes.

—Y cómo sabeis...?

—Lo estuve oyendo todo: yo espío, —y bajó suavemente la voz— los mas insignificantes procederes del conde.

—Tú espía del conde! qué dices?

—Si me prometeis secreto...—y el page manifestaba la mas extraordinaria inquietud: seguro de que nadie le oia, prosiguió de esta suerte:

—Sois un ángel, y no temo confiaros la íntima pasión de mi alma. Yo aborrezco al conde!!!

—Manrique! y sois su page querido, la persona predilecta, el único á quien hace manifestaciones de bondad y de ternura!

—Le aborrezco!

—Y la gratitud? Y la honra? No sois bien nacido? No tenéis un porvenir brillante?

—Soy, Elvira, de un origen honrado... aunque plebeyo. Yo no soy de la raza de los del conde... perdonad, si la luz de un justo resentimiento fascina mi razon, y ocasiono involuntaria ofensa á la clase orgullosa á que pertenecéis.

Prendada Elvira de la sinceridad y gallardia de Manrique, y lisongeando sus propios sentimientos aquella in-

fantil pureza, sonrió dulcemente, y asiéndole una de sus blancas manos, le dijo:

—Seguid... seguid... que os escucho con un interés inexplicable.

—He penetrado en la religiosidad de vuestra virtud, y por eso no vacilo en revelaros mis intenciones. Yo he nacido en una pobre choza, lejos de esta sombría fortaleza: nací plebeyo, y abrigo un corazón plebeyo: maldeciré siempre á la clase opresora que nos humilla: moro en una fortaleza feudal, y quisiera poder derruir hasta sus mas profundos cimientos: habito entre nobles, y me repugnan sus costumbres, su vanidad y su tiranía.

—Manrique! cuál puede ser vuestro fundado resentimiento? Sed prudente, y no os dejéis arrastrar de vuestros juveniles impulsos: por Dios..! que peligra vuestra existencia!!!

—Oid: en una de las correrías que hizo el conde por los confines de Navarra, se enamoró locamente de una mujer hermosa, pero de virtud, que tranquila con su honrado esposo y un niño de tres años, fruto de un amor verdadero, vivia en una miserable cabaña. La paz era su único tesoro: cultivaba un estéril pedazo de tierra, y el cercano rio les suministraba con sus peces su habitual sustento. El esposo desapareció al filo de un cortante puñal: su tierra fué talada: su misera choza destruida. La infeliz pescadora, la humilde aldeana se trasladó á un castillo: su hijo fué abandonado en una oscura aldea.

—Y cómo llegásteis á descubrir..!

—Escuchad: á los seis años el niño perdido, errante y huérfano, por los sublimes secretos de la Providencia, llegó

en compañía de un pordiosero á un pequeño lugar, próximo á este castillo: á los diez años se encontró todavía mas cerca de estos altivos muros: poco despues, yendo el conde á una caceria tropezó con él, gustóle su presencia, y quizá por un rasgo de misericordia le dió albergue en su fortaleza. Cambió el nombre: trocó sus pieles de pastor en riquísimas galas, y hedle aquí transformado en lujoso page.

—Dios mio!—esclamó la candorosa Elvira, fendiendo sus brazos á Manrique.—Loada sea tu bondad, y venerados tus impenetrables juicios! Continúa, Manrique: mi alma está mágicamente absorta con tus revelaciones.

—He crecido en edad y en esperiencia; y Dios, que es la luz, el mas seguro guia de nuestro corazón, cuando no es perverso, me descubrió, aunque no del todo, lo que ya habreis ciertamente imaginado.

—Y vuestra honrada é infeliz madre?

—Espiró de dolor dentro de estas maldecidas almenas! El conde recordó á primera vista en mi faz el semblante de la que me dió el ser; y acaso el remordimiento inspiróle accion tan generosa: mas no tengo deberes de gratitud, y sí de...

—Manrique... sois honrado, y Dios no te perdonará si tú rehuyes el perdon á quien causó la ruina de tus padres: el bien que te dispensa es la reparacion de aquellos horribles agravios. Dios aceptará su arrepentimiento, y tú debes ser mas caritativo y religioso. Pero decid, cómo descubristeis el origen de vuestros infortunios?

—Hermosa Elvira, Dios me fió á un mendigo, que tal vez aparentaba serlo: aquel hombre de alma benéfica me acercó al sitio donde moraba el... causante de mi desven-

tura: entregóme á unos sencillos pastores, que aun viven, y los conoceréis: sin duda reveló á estos mi origen, porque son los que despues han confirmado mis sospechas.

—Virgen Santa!

—Ellos guardan el mas profundo secreto para el conde, recelosos de su vengativo y feroz carácter. Posteriormente el mismo conde en sus diabólicos ensueños ha pronunciado el nombre de mi madre: yo duermo próximo á su recinto, y algunas noches, cuando aquí no se hallaba la condesa, observé, aparentando estar completamente dormido, que el altanero señor me contemplaba extasiado, y al retirarse exhalaba un ardoroso y triste suspiro.

—El os ama: es vuestro padre: es vuestro protector: amadle de corazon, Manrique.

—Jamás cometeré una alevosía... pero cuando cumpla otra edad, cuando me apelliden hombre, cuando me cuenten en el número de los caballeros... entonces... le arrojaré un guante... le retaré valerosamente á muerte.

Llegó á la sazón la insufrible dueña, y Manrique despidiose cortesmente de Elvira.

—Estáis mas aliviada?—preguntóle con voz gangosa doña Berenguela.

—Siento algun alivio.

—Disponéos á recibir á vuestro noble padre y al de Luna, que ambos nos dejarán esta misma mañana: lástima que la guerra y los asuntos de... pues... de mas urgencia, los alejen de nuestra compañía: qué garrido y valiente es Alvar de Luna! y á fé, no discurro la causa de vuestros desdenes: en cuanto al aventurero don Rodrigo de Aguilera, desvaneced ya toda esperanza.



## CAPITULO VI.

---

### LA DESPEDIDA.

Gran ruido de armaduras y de caballos se escuchaba en el terraplen de la fortaleza.

Disponíanse á partir los nobles huéspedes, cada cual á cumplir su respectivo mensaje.

Llamando el conde á don Gutierre y al jóven Alvar de Luna les dijo, un poco separado de los demás caballeros:

—Gonzalo, ese feroz escudero del rey está en los subterráneos del castillo; le ha visto el sábio Daniel, que anoche llegó de su recóndita morada á contribuir con sus luces al triunfo de nuestros importantes proyectos. Yace también en el fondo de una prision el advenedizo Aguilera: el primero, es decir, Gonzalo, si no se une á nuestra causa, porque aun pudiera sernos muy útil su valor, sufrirá instantánea-



mente la merecida pena: en cuanto á Rodrigo, luego que vos, Alvar de Luna, hayais realizado vuestro feliz enlace, se le despachará hácia la frontera, prohibiéndole pisar el territorio de Castilla. Qué os parece mi determinacion?

—Es la mas justa; repuso el anciano don Gutierre.

—Ahora podemos ir—prosiguió el de Haro—á despedirnos de vuestra hermosa hija.

Los tres penetraron en la estancia, y la jóven los recibió con un gracioso y cortés saludo.

—Hija mia—esclamó don Gutierre—corta será nuestra ausencia: entre tanto cuídate mucho y calma tus inocentes recelos.

—Bella Elvira—añadió el conde—aquí sois la soberana: todos mis vasallos son los vuestros: lo que dispongais, será exactamente cumplido: restan pocos instantes de inquietud y de incertidumbre: yo seré muy dichoso si contribuyo mas tarde á vuestra felicidad y á la de este digno caballero, cuyo nombre no desmerece del que ostenta vuestra ilustre familia.

—Reitero de corazon mis juramentos—añadió Alvar de Luna—mi amor será eternamente de vuestra virtud é incomparable gracia.

Elvira inclinó su bella faz, vivamente ruborizada, y con llanto en sus hermosos ojos se desprendió de los brazos de su enteræcido padre.

Llegóse á uno de los miradores, y estuvo presenciando la marcha de la guerrera comitiva, cuyas armaduras brillaban al resplandor del sol, cual otros tantos y refulgentes soles.

El soberbio castellano, aplazada su partida para la tar-

de, se encerró sombríamente en su pabellon: tenía falta de descanso, pues la noche fué para su espíritu, de profunda zozobra combatido, un constante y doloroso tormento.

Manrique había también presenciado la despedida de los nobles, entre cuyos pages contaba afectuosos amigos. Uno de ellos, bien porque su afecto fuese verdaderamente íntimo y leal, ora por darse importancia, díjole pocos momentos antes de la partida:

—Escucha, Manrique: no cambio tu suerte por la mía: esta fortaleza me llena de pavor: todo se vuelven misterios, y el carácter del allivo conde solo inspira terror y repugnancia: prefiero morir al golpe de un alfange damasquino, á vivir entre estos muros denegridos, como sepulto en una infernal mazmorra. He oido decir á Lopez de Campos, que hablaba con otro caballero, la noticia de haber visitado anoche al señor conde un famoso nigromante con el disfraz de peregrino, y que también hanse enterrado en los calabozos dos infelices caballeros de Burgos. Te compadezco, Manrique: de aquí únicamente pueden surgir aciagas y funestas desventuras. Además, inspiróme profunda lástima esa bellísima jóven, que al parecer se halla reclusa en este castillo, y de la cual refieren los mas estraños rigores.

—Gracias, Ricardo, por tus leales sentimientos: por lo demás, interésame sobre manera el vivir en este sombrío torreón, y aunque no deja de ser un raro capricho, le tengo menos odio que tú, sin duda por haber nacido en la comarca, y por otras razones que escuso referirte y algun día sabrás, como yo deseo. En cuanto al nigromante nada su-

pe... si bien oi hablar de un célebre hechicero que habita en Burgos en cierta solitaria torre, y del cual se cuentan, indecibles prodigios. Ninguna idea tengo de los hidalgos que asegurados están en los calabozos de la fortaleza; aunque si así fuese, no me estrañaría, porque es muy frecuente oír la tradicion de algun hecho espantoso por el estilo, y aun en mis tiempos tambien han ocurrido malaventuradas cuitas: pero las mas veces son infelices colonos á quienes por codicia se les apremia, ó se les exige que tomen partido en los bandos de guerra, y no pocas sufre horrible prision el pobre aldeano á quien hallan cortando leña en el bosque, ó con algun lazo para la caza; todo lo cual está absolutamente y con fuerte rigor prohibido por el señor conde. Nárranse además otras mil hazañas, que si las supieras...

—Pues he traslucido que los dos infelices prisioneros pertenecen al rey don Sancho, y te impongo de esta aventura... por si algun dia... en fin, Dios te valga contra la adversa suerte!

—Ignoro quiénes puedan ser... mas si yo tuviese valimiento, ó me fuera fácil salvarlos... pero me espanta descender á los subterráneos... porque una tarde estuve á punto de morir de horror... y eso que no conozco el miedo, porque voy al bosque solo, trepo á la cumbre de la sierra, bajo á los torrentes, y desafio al lobo, al javali y á todas las alimañas de! monte; mas á las prisiones... várame Dios! me faltan fuerzas, desfallece mi aliento, Ricardo!!!

Manrique derramó algunas lágrimas, que no poco sorprendieron á su leal amigo, pues le juzgaba intrépido; mas

no las ocasionaba el terror, y sí la lúgubre memoria de su madre.

Diéronse un fraternal abrazo y confundiéronse en el tropel de los demás caballeros.



## CAPITULO VII.

### LA CABAÑA.

Pensativo y asaz melancólico salió Manrique del casti-  
llo, apenas desapareció la marcial comitiva de los nobles.

Llevaba un pequeño canasto con viandas, resto del festin nocturno de los aristócratas conjurados.

Tomó á la izquierda del muro, y penetrando por un estrecho sendero, practicado casi en las mismas rocas, descendió hácia un delicioso valle, por donde serpenteaba un arroyo, cuyo raudal servia en algunas temporadas para el molino de la inmediata aldea.

Sobre una linda pradera, en su parte mas alta, veíase descollar una humilde choza ó cabaña, y en torno algunos seculares pinos, zarzas, almendros y toda clase de malezas.

Cortos sembrados y un huertecillo constituían toda la pobre labor de un venerable anciano, que en unión de su honrada consorte, deslizaba tranquilamente su existencia en aquel solitario pero feliz albergue.

No tenían hijos, aunque en verdad lo eran todos los del lugarcillo próximo, entre quienes derramaban generosamente sus exiguas é imperceptibles economías.

Por todos, pues, se hallaban asistidos, y era la cabaña un templo de paz, de virtud y universal ternura.

La juventud de la aldea frecuentaba la mansión de Jorge, que les distraía muchas veces con las narraciones de alguna famosa batalla contra los moros, ó de las aventuras caballerescas tan á la usanza en aquella época.

En otras veladas solía dirigir á sus oyentes algunos sanos y religiosos consejos, siendo, en fin, como el oráculo de toda la comarca.

Su esposa, la buena Martina, rivalizaba en virtudes y bondad con el sencillo y prudente patriarca de aquellos valles.

Cuando Manrique se acercó á la casita encontrábase ambos á la puerta solazándose al benéfico pero tibio calor de un sol de invierno, y conversaban de esta manera.

—Mira, Jorge,—esclamó la venerable matrona.—Yo no estoy del todo tranquila respecto al pobre Manrique: no le reveles su origen, ni la causa de su infortunio: harto genio y astucia tiene el hermoso pagecito, á quien amo cual si fuese el hijo querido de mis entrañas, para descubrir por sí solo cuanto á su suerte atañe. Imbuyámosle en la caridad y el agradecimiento que debe al señor conde, nuestro protector y padre. Es verdad que tú fuiste siempre enemigo...

—Martina... fui siempre enemigo de la crueldad; mi conciencia me dice que en vez de nuestro padre, ha sido nuestro verdugo: le perdono, para que Dios nos perdone: mas no podré transigir nunca, ni con su altivo carácter, ni con ese afán que manifiesta de ser rebelde á nuestro soberano, y en traer en continua perturbacion á Castilla. Por él hemos perdido á nuestro hijo... por él sufrí dos meses de arresto en la mazmorra de la fortaleza: por él tienen hoy triste inquietud estos honrados vasallos, recelosos de ver destruidas sus cabañas, si en algunas de sus correrías, ó en el perseguimiento que sufre por el rey don Sancho, no cumplen sus tiránicas disposiciones.

—Y la infeliz Elvira? Sabes, Jorge, que su desgracia produce en mi corazón extraordinario disgusto?

—Los altos señores lo sacrifican todo á su interés y á su vanidad insolente.

—A la sazón llegó Manrique, y los dos se levantaron é hicieronle mil caricias.

—Tomad, Martina; tomad estos ricos manjares: yo siempre me acuerdo de mis abuelitos: son los restos de un espléndido festin que ha celebrado nuestro señor conde, para obsequiar á sus ilustres camaradas. Ay! Jorge! preveo terribles adversidades!

—Hijo mio! cuánto os debemos!—dijo Martina derramando lágrimas de gratitud y de acendrado afecto.

—Aunque son los desperdicios de la mesa de un poderoso,—interrumpió el anciano con dignidad,—los recibo con gusto, pues nos los ofrece un ángel.

—Si viérais cuánto sufro?—observó tristemente el page;—si supiérais lo que me espantan ciertos preparativos..!

—Qué hay, Manrique?— preguntó Jorge.

Y Martina exclamó asiéndole sus blancas y delicadas manos.

—Si alguna vez te hallas en peligro... ya lo sabes... te vienes á nuestra pobre choza; y si aquí no estás seguro... te llevaremos á la aldea, que Rosa, la hija del molinero, te ofrecerá un albergue, que no podrán descubrir tus perseguidores.

—Gracias... mas yo... acaso no tendré necesidad de ese cariñoso amparo que me ofrecéis: quizá otra infeliz criatura...

—Elvira?

—Sí, Elvira.

—Qué es lo que pasa? Pues no es la hija del infanzon don Gutierre? No es su padre de los mas íntimos compañeros del señor conde? Deseo conocerla.

—Y tambien yo, Manrique, —añadió Martina.

—Haré lo posible, ahora que marchará el conde, por traerla una vez para que admireis, no menos su hermosura, que sus angelicales bondades. Tiene don Gutierre ofrecida su mano á un doncel que llaman Alvar de Luna, á quien Elvira aborrece, pues su virginal corazon es de otro jóven de quien refiere las mas felices circunstancias; pero el desdichado, huérfano y trovador, por mas señas, tomó ya plaza en las huestes del rey don Sancho, motivo por el que don Gutierre le ódia, y tiraniza cruelmente á esa incomparable beldad.

—Triste doncella!

—Oid, oid: anoche hubo un personaje en el castillo: unos dicen que es ermitaño, y no falta quien asegure que es un célebre hechicero!



—Con hechiceros el señor conde!

—Y le habeis visto? Looda sea la Santisima Cruz;—y á esta esclamacion sacó Martina un relicario, besándole una y cien veces.

—Se hospedó en el torreón de la Roca-negra, y solo Jaime que es el que ejerce las funciones de carcelero y de alcaide, por indisposicion del anciano don Tello, es quien le ha visto: mas es tan reservado...

—Y tan estúpido..! cuántas amarguras me hizo sufrir! Dios se lo perdone, y no se lo tome en cuenta!

—Hay mas: esta madrugada llegaron dos infelices presos... no sabemos si caballeros, ó gente de guerra; deben ser de valia; porque se tomaron esquisitas precauciones: todos ignoran sus nombres... y nadie se atreve...

—Güarte, hijo mio, de preguntar por ellos!

—Ferran, el escudero del cónde, vino de escolta, y debe saberlo todo.

—Güarte de Ferran, hijo mio! Es un vil espía!

—No obstante, me parece honrado.

—Es un cobarde!

—Particularmente si se le habla de brujos: mirad, Jorge, á ver qué os parece lo que he discurrido. Voy á imbuir á Ferran una idea medrosa: le diré que peligra, porque está rodeado de fantasmas: que contribuye, sin saberlo, á la perdicion de dos virtuosos cristianos: que yo le regalaré una preciosa imágen de la Santisima Virgen María, si me revela el secreto.

Admiróse el aldeano de la penetracion de Manrique, mas temeroso de que pudiera sobrevenirle algun contra-tiempo, le dijo:

—Por Dios, mira lo que haces...! Si el conde llega á descubrir tu inocente curiosidad... eres perdido. Su alma es vengativa: tal vez sea un secreto de Estado, y en la espantosa revuelta en que se halla toda Castilla, no será difícil que algun soberbio infanzon haya caido en sus garras: muéstrate á todo indiferente, y el cielo hará que un dia te veas libre de las penas que estás hoy afrontando. Escucha: si por casualidad llegas á conocer quiénes son los prisioneros, y la suerte de alguno puede interesarnos, te será fácil con las precauciones convenientes, y mucho sigilo, descender á uno de los calabozos, al cual conduce una escalerilla secreta que hay en el dormitorio del conde: falta que descubras el sitio en donde está, y que luego encuentres la llave: sin embargo, á nada procedas ínterin no averigües la procedencia y demás circunstancias de los desgraciados cautivos. Pobres caballeros!

—Gracias, Jorge! Tu buen corazon me da luz suficiente para hacer quizás una obra caritativa, y que produzca la salvacion de la inocencia ultrajada!

—Préstales todo el amparo que necesiten... mas no intentes su libertad, porque los comprometes, y ocasionarás tu ruina!

—No tengais cuidado: antes me informaré de todo, y os pondré al corriente de mis averiguaciones.

—Jesus!—dijo Martina,—y cuántas cosas ocurren de poco tiempo á esta parte en la fortaleza de nuestros antiguos señores!

—Estoy lleno de asombro,—interrumpió Manrique, y vaticino imponderables desdichas. Dícese que van á proclamar rey de Murcia á don Alfonso de la Cerda, y al infante

don Juan, rey de Castilla; y como el conde don Lope de Haro, nuestro señor, es su suegro, tendrá todo el valimiento que hoy exige, aunque inútilmente, de don Sancho.

—La ambicion, hijo mio, que ciega á los poderosos: la sed de mando y de esplendor que los seduce y los arrastra á las mas feas y peligrosas acciones: yo he servido á sus órdenes allá en mis primeros años, y tengo triste esperiencia de que solo ambicionan el poder para avasallar á los infelices, y traer á los reyes, que se acobardan, como los instrumentos de su vanidad y de su codicia. A fé, á fé, que el rey don Sancho no es tan débil que se deje avasallar de esos revoltosos; y pese á mi alma, si al fin no los escarmienta!

—Bien lo merecen! No sabes, hijo mio,—añadió Martina;—cuántas y cuán aciagas desventuras ocasionan esas revueltas de los nobles! En cada correría que hacen, son como el huracan asolador que todo lo destruye, y dejan un rastro fatal, profundas señales de devastacion y de cruel espanto. Y qué les importa? Nada: si consiguen sus perversos fines, se envanecen despues en los palacios, y si no alcanzan victoria, enciérranse en sus fortalezas y resisten el tiempo que juzgan conveniente. No falta luego quien influye para una tregua, ó para un arreglo amistoso, y siempre resulta que salen vencedores.

—No siempre, Martina,—observó Jorge;—tambien suelen pagar con la cabeza, y no hay pocos ejemplos de nobles y caudillos decapitados. Por lo demás, los humildes sufrimos en todas ocasiones los efectos de su infernal conducta. Yo mismo he sido víctima de los furores estraños: yo, que jamás he temido sucumbir al bote de una lanza, ó al certero

golpe de un alfange agareno, sufro un terror espantoso al recordar lo que sucedió á mis infelices padres. Despues de haberlos bárbaramente asesinado por haber resistido la seduccion y las amenazas de un caballero, pariente del conde, á quien servian, quedé huérfano y espuesto á los caprichos de la fortuna, siempre adversa para el bueno, á quien solo Dios salva y da fuerzas con su infinita misericordia. Cuando edad tuve para manejar el mandoble y ceñir la malla y el áspero colete, fuime al servicio de un infanzon que lo era al del rey don Alonso, y no hubo combate en donde no hiciese morder la tierra á los enemigos de nuestra religion y de nuestra patria. Como el *Sábio* rey sufrió tantos sinsabores, y vióse abandonado por los que correspondieron con ingratitud á sus beneficios, tambien mi altilivo señor retiróse de su gracia, pero no pudiendo yo hacerme cómplice de una vil traicion que se urdia entre los pocos partidarios de don Alonso, quedéme al servicio de este, muy satisfecho de mi pröceder y tranquila en todo mi conciencia. Anciano y pröximo al sepulcro el venerable rey, partí para esta tierra, y víme obligado á ser de la hueste de don Juan Núñez de Lara, temible rival del señor conde. Habiéndome exigido aquel una accion demás indigna y villana, quise retirarme hácia Albarracin, pero noticioso el conde de no se qué planes, me hizo su prisionero, castigándome severamente, con atroz injusticia, hasta que persuadido de mi inocencia y aun de mi lealtad hácia su persona, me rompió los grillos y propúsome quedase en su guarda en una de sus fortalezas; mis ruegos alcanzaron me permitiese vivir en este retiro, donde hace tiempo me sonrie una paz que no cambió por todas las falsas grandezas de los señores.

Al espirar esta sencilla narracion en los labios de Jorge, oyóse una voz sonora, aunque desentonada y por demás vibrante y robusta, que prorumpia en esta escuderil cantinela:

Al arma!

á la lid!

nobles guerreros,

ligeros,

acudid!

Venga el escudo!

venga el corcé!

que la ribera

pasó rastrera

la turba infiel.

Bravas huestes,

lanzas mil,

infanzones,

y varones

prevenid.

Sús! Castilla!

sús! valor!

la tu tierra

pronto ampara

contra la *algara* (1)

que hace Alimanzor.

Escudero

de un bizarro paladin,

cruzo del Duero

(1) Correría, escursión, entrada en territorio cristiano.

todo el confin.  
 A la lid!  
 por Santiago!  
 ¡sús! venid!

Descendía el buen Ferran, pues no era otro el que entonaba la cantinela, hacía la casita de Jorge, y no poco se holgó el pagecillo de hallarse con el escudero del conde, pues ansiaba explorar su confianza y descubrir el origen de las recientes y misteriosas aventuras.

No parecía de esta opinión el anciano, puesto que al divisar al escudero mostró inquietud, é hizo esta observacion á Manrique:

—Por Dios... hijo mio... no vayas á cometer la ligereza de revelar á Ferran nuestras palabras... temo su poco juicio, y pudiera ocasionarnos, tal vez sin intencion, fatales contratiempos.

Quizás el prudente Jorge exageraba el mal concepto que le merecia el rudo escudero del conde, porque á decir verdad, ni alimentaba ideas perversas, ni poseía suspicacia bastante para saber manejar la intriga ni otros diabólicos planes.

Érase un bravo campeon, fiel á su señor, y aunque impulsado muchas veces por la ignorancia solia presentarse tímido y supersticioso en demasía, cual la mayor parte de la gente de su jaez en aquella época.

Martina, que no tanto desconfiaba de su carácter, advirtió á Jorge:

—No creas que Ferran sea capaz de hacernos una traicion: nos quiere mucho, y en no pocas ocasiones mostróse compasivo y lamentó nuestros infortunios.

—La prudencia siempre es conveniente—replicó Jorge;—por mi parte jamás le fiaré un secreto.

A esta sazón llegó el escudero y les dijo:

—Loado sea Dios!

—El os guarde.

—La paz sea con vosotros, buena Martina, honrado Jorge.

—Y tú picaruelo, qué traes por estas soledades?

—Vine á saludar á estos virtuosos ancianos, y tórnome corriendo á la fortaleza.

—Calma: espera un momento; por ahora duerme tranquilo el señor conde, y dióme la orden de que no le interrumpiese hasta que el sol fuera á ocultar su roja luz al otro lado de esas montañas.

—Tan falto de sueño se encuentra?—preguntó maliciosamente Martina.

—Bah! Bah!—repuso Ferran—los grandes señores aseméjense á las cornejas. Duermen de día y velan de noche; y luego en estos pícaros tiempos, en los que todo se vuelve misteriosa inquietud y planes de... pues... de guerra, y asechanzas... y... qué sé yo cuantas diabluras... nadie sosiega: dichosos vosotros, que aquí nada sufrís: creedme: cuando frecuento esta soledad, disfruto un placer..! una satisfacción... que pese á mi ánima si no trocaría el oficio de escudero por el de colono, el de pastor, ó cualquiera otro. Es verdad que mi profesion es de importancia..! mas vemos ciertas cosas... que...

Interrumpió el relato, que con ridícula gravedad habia empezado al tiempo de tomar asiento en el poyo de la puerta de la cabaña, y Maurique, discurriendo ser aquella la ocasion

mas propicia para sus investigaciones, hizo una seña á Martina, y dirigiéndose á Ferran, exclamó con dulce é insinuante acento:

—Mira, Ferran: no eres tu solo quien sufre y reniega de su suerte: yo tambien...

—Tú? De qué puedes querellarte?—observó como con sorpresa el escudero—tú? Pues no eres el ídolo del señor conde? No comes á su mesa? No vistes las mas brillantes galas? No estás en el castillo con mas orgullo que un califa de Córdoba? Qué te falta? Veo que te lamentas de vicio: eres muy jóven y te encuentras ya mimado por la fortuna. Si fuese yo!

—Tu vida no es tampoco lastimosa—manifestó intencionalmente Jorge.

—Mi vida!—repuso el escudero, tomando un vaso que le alargaba Martina como de costumbre—mi existencia es, Dios me perdone, igual, qué digo? peor que la de un esclavo: á vuestra salud! y lleve Lucifer mi ánima si digo lo que no siento. Mi vida es inquieta cual un torbellino: yo oigo, y no sé lo que escucho: yo veo y no sé lo que pasa: yo corró de un lado para otro, y no sé á dónde voy, ni á dónde me llevan. Yo... yo... estoy... estoy... *hechizado!!!!*

—Jesus! Jesus!—Esclamó la anciana, santiguándose un millon de veces: Jorge compadeció la supersticion del escudero, y Manrique hubo de frotarse las manos de contento, imaginándose que la Providencia deparaba aquella tan suspirada circunstancia; oportunidad favorable á sus designios.

—Pero, Ferran, estás en tu juicio?—Martina, que le dirigió esta pregunta creyó sinceramente que el veterano se



hallaba con todos los satélites de Lucifer dentro de su alma, y fuese corriendo á tomar su correspondiente agua bendita en señal de horror á los espíritus infernales.

—No vuelvo, -iba diciendo, -á recibirle en mi pobre choza: infelices de nosotros si nos contagiamos con el hechizo: tal vez algun moro habrá encantado su razon... y era tan cristiana su índole, y tan sencilla..! Jesus, á lo que nos vemos espuestos!!!

—Pero di, Ferran—preguntábale cautelosamente el sesudo Jorge—di, á quién diablos de brujos debes ese infernal hechizo que ahora padeces?

—Yo no he visto á ningun nigromante, pero sufro sus diabólicas influencias. Creedme, Jorge; todos estamos *hechizados*..!

—Pardiez, Ferran, que voy como sintiendo una impresion desagradable, y casi juzgo verdad lo que al principio me parecia un desalino, un cuento de los que por entreteñer la velada refiérense en la aldea. Por si ó por no, bueno será prepararnos, y una vez que el vino suele ahuyentar los espíritus satánicos, traeré un jarro del rico que produce el majuelo de la molinera, y encomendándonos despues á la misericordia de Dios, venga lo que viniere.

Entró Jorge en la cabaña é hizo á Martina, cuya sencillez corria parejas con la estúpida credulidad del escudero, las convenientes reflexiones para desvanecer sus inquietudes, y luego salió con el delicioso néctar, que para Ferran venia á ser como un especial conjuro, un delicado bálsamo contra hechizos ó encantamientos.

—Salud nos dé el cielo, -esclamó Jorge—salud y fé santa, y vengan todos los hechiceros del mundo. Ahora explica—

nos la causa de esos temores , y lo que has visto por esas tierras de Castilla en vuestras últimas correrías.

—Yo para el caso no he visto nada , pero lo he presenciado todo : yo á nadie escuché palabra , mas lo comprendo todo , y casi se las apuesto al mas adivino.

—Nos dejas á oscuras—le advirtió Manrique—y no sea cosa que te complazcas en distraernos con una de tus sandeces.

Herido Ferran por la amonestacion del page , y despues de apurar una segunda copa , empezó á esplicarse en estos términos , con grande apostura , cual si fuese á narrar un importante acontecimiento.

—Escucha Jorge : oid Martina , y tú suspicaz pagecillo , galanteador de hermosuras , que todo lo quieres saber sin la esperiencia que yo poseo , y otros muchos que larga y penosa vida cuentan , y luengos desengaños padecieran ; oid atentamente , y juradme que guardareis silencio , pues solo por mi gran confianza en vuestra honradez y amistad , os revelo estas increíbles aventuras.

Jorge se encargó de satisfacer el deseo de Ferran y á nombre de todos dijo :

—No hayas temor alguno : cuanto reveles quedará sepultado en nuestro pecho : si ansiamos saber esas misteriosas novedades , el fin no es otro que serte útiles en lo que de nosotros dependa . Con esta seguridad—interrumpió el escudero—voy á narraros lo que házame dicho , lo que he presenciado y lo que sospecho.

Corríamos por la comarca del Duero por órden del señor conde y á las de don Diego Lopez de Campos , en busca de los partidarios del rey , cuya rebeldia contra su padre y la

usurpacion de la corona á sus sobrinos la Cerda, no es mas que un pretexto para la ambicion del infante don Juan, corriamos, digo, y cierta noche, lóbrega y triste como el alma de un condenado, dimos sin querer, y con objeto de guarecernos de la borrasca, en unas ruinas que diz son los restos de uno en otro tiempo formidable alcázar.

Amparóse la hueste en tan horribles cavernas, y cuando al amor de la lumbre departiamos unos pocos escuderos, ballesteros y pages de lanza, vimos al través de los rojizos resplandores un monge, alto como un ciprés, sério como la muerte, y con unas barbas que hubieran dado envidia á las del mismo Rodrigo de Vivar, nuestro célebre antepasado.

Al descubrir tamaña y fea vision hicimos la señal de la cruz, y cado uno asió de su arma con el fin de espantar de aquel sitio á la imponente sombra de Satanás: detened!—dijo el fantasma con una voz retemblante como el eco de un trueno en la concavidad de los montes: «Detened! Yo soy el pacífico morador de estas ruinas: hice esta tarde una excursion al monte vecino, y desde su cumbre divisé la hueste valerosa y esclarecida que dentro de ellas ahora se alberga: soy partidario del ilustre infante don Juan, y del señor conde de Haro, á quien há muchos dias espero con impaciencia: no me intercepteis el paso: vengo á ofrecerle mi sumision y mis poderosas luces.» Al oir esta declaracion franqueámosle la entrada, y se le condujo á una capilla gótica, oculta entre los escombros de la fortaleza: cuando le vieron mi señor el conde y los demás caballeros, se alzaron respetuosamente; yo me retiré y no pude averiguar lo que allí trataron: recuerdo que horas despues apareció

el infante don Juan, y aquello debió ser como una junta habida en disfavor y mal contentamento del rey don Sancho. La noche se pasó entre las ruinas, y al retirarnos de allí no vimos al monje: sin duda la caverna tenía comunicacion con las montañas: y á saber á dónde se iria el venerable aunque fingido anacoreta. No trascurrieron muchos meses cuando supe con asombro que se habia secretamente instalado en Burgos en cierta solitaria mansion conocida por la *Torre del Diablo*, en donde estaba encantada una beldad que dicen es la misma que hoy suspira en las almenas de nuestro castillo: pero es lo maravilloso que la torre del Diablo fué destruida por unos mesnaderos del rey don Sancho, á cuyo frente marchaba el incomparable escudero Gonzalo Mata-fieras, el de Zamora, cuya suerte nadie sabe en el dia, pues al poco tiempo de haber amanecido ahorcados el nigromante y otro camarada, tambien desapareció el escudero y cuentan que las brujas se vengaron de él por la muerte de los dos infames judíos: lo cierto es, que el demonio anda suelto, y nadie está libre de sus hechizos.

—Luego el ermitaño de las ruinas—preguntó el page—era hechicero?

—Claro que sí.

—Y muerto ya, qué hay que temerle?

—Tengo para mí que no ha muerto.

Al ver lo seriamente que hablaba Ferrán, le ocurrió decir á Martina, que oía con visible pavor la narracion, á pesar de que Jorge manifestábase incrédulo, la ocurrió preguntar azorada y casi temblando:

—No dices que ahorcaron al brujo?

—Sí. Bah...! de un árbol á orillas del rio Arlanzon!

—Pues si le ahorcaron... estará difunto..!

—No.

—Virgen María!

La buena aldeana sufrió un indecible terror al oír la categórica respuesta del escudero. Jorge sonrió de incredulidad, y Manrique, el jovenzuelo page, no pudiendo resistir las impresiones propias de su edad, exageradas con el fuego de una fantasía poética, cedió á una especie de pueril recelo que le hizo exclamar de esta suerte:

—No es fácil adivinar lo que deciros quieros: le ahorcaron?

—Sí.

—Ha muerto?

—No.

—Torpeza del verdugo.

—Tan sin vida quedó como los que yacen bajo las sepulcrales losas.

—Le vieron difunto?

—Hasta los grajos habíanle ya comido las entrañas, y sus miembros fueran colocados en diferentes encrucijadas.

—Y tú estás seguro de que vive?

—Como que le he visto...

—No comprendo.

—Ahora discurre de que el miedo es el que te hechiza.

Después de esta exclamación, dió una carcajada el respetable anciano para tranquilizar á su sencilla mujer, y para desvanecimiento de los temores del page.

—Reiros, buen Jorge; reiros: que lo que es para mí, el brujo ha sido ahorcado, y vive, y está en todas partes: en

la ciudad, en las ruinas, en nuestra fortaleza; y aun estoy por asegurar que...

Levantóse el incrédulo escudero, como si hubiese visto algún fantasma horrible, y efectivamente, subía por la senda del molino un hombre de aspecto joven, de continente formal, con una ropilla negra, su escarcela pendiente, y un báculo que le servía de apoyo: la dirección era á la cabaña: al poco tiempo de descubrirle Ferran, le divisaron todos, y llamó poderosamente su atención la repentina presencia del mancebo.

El asustadizo Ferran, antes que aquel llegara, tuvo tiempo suficiente para decir á Manrique y á los virtuosos aldeanos:

—Lo veis...! No se aparecen otra cosa que visiones: por todas partes misterios, sustos, emboscadas, espías y asesinos; si supiérais quiénes son los que anoche entraron en los calabozos de la fortaleza! Imposible se me hace que acabe en bien tanta diablura: ese hombre que sube, no tiene muy honrado talante; quedaos con Dios, y mucha prudencia...!

Y se alejó murmurando, no sin dirigir alguna que otra vez la vista al que ya estaba próximo á los moradores de la cabaña: Manrique, con menos miedo y más curiosidad que el escudero Ferran, quedó á saber quién era el desconocido cuyo trage indicaba pobreza, pero al mismo tiempo una categoría superior á la de plebeyo.

—El cielo os guarde,—esclamó dirigiéndoles un cortés saludo.

—El os guie y seais muy bien venido;—repuso Jorge levantándose y mostrándole el asiento para que descansara.

—Gracias, buen anciano.—Y despues de haber admitido la oferta, prosiguió de esta suerte:—Merced hariais en decirme si el castillo del muy poderoso don Lope Diaz de Haro, conde de Haro y señor de Vizcaya, está lejos de aquí; pues segun las señas que me dieron en ese molino del valle, no debe estar muy lejos.

—Así es en verdad—le interrumpió Manrique;—yo soy—añadió,—uno de sus pages. Teneis precision de ver al señor conde?

—Pedirle su gracia y amparo es lo que necesito.

—De dónde llegais?

—De Burgos.

—Entonces,—dijo Martina,—habreis presenciado esas novedades que cuentan... de hechiceros, y... Jesus nos valga!

—Vuesarcé me perdone: yo nada he visto ni entiendo: estoy retirado de toda comunicacion, y mi único anhelo es disponerme á cumplir un voto al venerable apóstol Santiago.

—Luego sois romero?

—Voy ciertamente en romería.

La actitud del desconocido era grave y su aspecto mas bien asemejaba al de un hombre indiferente á todo, y un tanto escaso de genio y de travesura. Sacó de su bolsa una crucecita primorosamente labrada, y entregándosela á Martina, exclamó:

—Guardad esta preciosa reliquia; ella os preservará de infernales maleficios y desventuras.

Quedóse como murmurando una oracion, mientras la sencilla huésped de la cabaña imprimia respetuosamente

sus labios en la cruz de madera, inestimable don para un alma tan profundamente religiosa como la suya.

Jorge y el page Manrique hacian cada uno para sí estraños juicios, aunque todos favorables, acerca del viajero.

Martina, llena de gratitud, ofreció al recién llegado un corto refrigerio, que tenazmente rehusaba, disculpándose con haberlo hecho pocos momentos antes en la inmediata aldea.

Jorge y Manrique, ansiosos de saber su procedencia, insistieron, y por último, le obligaron á que aceptase aquella sincera expresion de reconocimiento.

—Decis—preguntó Jorge—que nada sabeis de los tristes acontecimientos de la ciudad?

—Nada.

—Es bien estraño.

—Nada.

—Pues por aquí se han corrido aciagas nuevas y narraciones demás horrendas y estraordinarias.

—Lo creo.

—Los dias no son de bienandanza, y en semejantes tiempos—añadió Manrique—se miente á las mil maravillas.

—Así es.

La reserva del desconocido, su decir sério y lacónico, despertaron sospechas en el ánimo de Jorge. No insistió, por lo tanto, y dejó á la discrecion del page el cuidado de interrogarle á su capricho. Al efecto hubo de continuar así Manrique:

—Sorpréndeme que no sepais lo acaecido en Burgos, puesto que procedeis de la ciudad y aparentais no ser de gente oscura é ignorante.



—Sois muy bondadoso.

—Al menos, si se ha de juzgar por vuestro modo de expresaros.

—Es verdad.

—Y qué pretendéis del señor conde?

—La proteccion para continuar hasta Santiago.

—Pues si gustais, seguidme: yo voy al castillo.

—Viendo que era inútil toda tentativa respecto á la averiguacion de los antecedentes del personaje, partió Manrique para la fortaleza, no sin haberse despedido cariñosamente de Jorge y de Martina.

—El primero le advirtió en voz baja que usase de gran prudencia en su conversacion, y nada revelase del señor conde, recelando tal vez de que el mancebo misterioso fuese un espía.

—Partieron, pues, al castillo, y en tanto Martina expresó á su consorte el siguiente concepto, acerca del que parecía poco menos que un virtuoso peregrino.

—Mira, Jorge; parece que ese doncel debe ser un santo: qué mirada tan grave! qué prudente en su hablar! está siempre rezando! y cómo comprendió mi fé religiosa! ya viste la venerable cruz que me ha regalado. Siento en el alma que no le hayas ofrecido nuestra pobre choza: entonces sabríamos quién es, y acaso nos hubiera instruido de mucho que tú ignoras, aunque á Dios gracias, no eres de los que menos saben.

—De buen grado, y con ello me holgara yo mucho, hubiérame ofrecido nuestra morada, pero si he con franqueza decirte, no estoy pesaroso de haber procedido tan cautelosamente.

—Qué! sospechas de ese hombre?

—Otros de aspecto mas santo han solido chasquearme.

—Imposible.

—Tú eres muy sencilla, y no conoces al mundo: criada en ese molino, sin mas trato que el de tu oscura familia, sin mas mundo que el horizonte que ante tus ojos descubrias, sin otros peligros que correr por la pradera tras los corderos, y sin ninguna experiencia de lo que son los malvados; pues tú solo has pasado tus juveniles albores entre las florecillas de los vecinos valles: qué has de saber, infeliz?

—Juraria que ese jóven es un bello príncipe, de lueñas tierras á nuestro país venido; quién sabe si para hundirse en el silencioso recinto de un monasterio!

—Pudiera suceder... mas no imagino que así ocurra, y mas en los tiempos que atravesamos. Sábetelo, buena Martina, que no siempre debemos fiarnos en el ademán religioso y compungido, porque muchas veces tras de la cruz está el diablo; pues no siempre la cara es el espejo del alma. Yo no aseguraré que ese hombre sea de indole sinestra; mas no me fio en su continente reservado y taciturno. Apostaria que es algun personage de la corte del rey don Sancho, que viene á espiar al conde. Los hechos hablarán, y verás como acierto.

Jorge se dispuso á partir hácia la aldea, y su crédula y sencilla mujer quedó con vivas ansias por saber los antecedentes del desconocido; empero, juzgando favorablemente de sus modales y religiosa compostura.

Interin volvemos por segunda vez á la patriarcal cabana, veamos lo que ocurre en el fondo de las prisiones de la fortaleza.

Destrozaban su alma el recuerdo de su idolatrado hijo y el de su infeliz compañero, ambos en un árbol á las orillas del Atlázon por bellas de belleza y de castidad al bravo conquistador don Garcho y su hijo. Y como el viento de la espada en el caparzo Gonzalo, ahora que en cierto modo se hallaba en su poder, sonreía displicentemente, vestido por la roganza, el bien el conde lo mismo respecto, y se reía el castillo, siempre que Gonzalo no saliese á sus nobles pueros.

**CAPITULO VIII.**

En una lóbrega caverna, de paredes ennegrecidas y húmedas, como el agua de la fuente, veíase á un hombre apartado á una ventana, sobre un pequeño banco, teniendo la vista clavada en una puerta de hierro que á su derecha se abría.

**EL ESCUDERO Y EL TROVADOR.**

«Oyo el trovador de los días de la prisión descendida, y respiró de esperanza, aunque á decir verdad, no se lea- lucia mucho en su semblante, aspecto irrisorio, cual si en

Antes de partir el Hechicero para Santo Domingo de la Calzada, en donde residia la reina, y en cuya población le espera el caballero don Nuño Garcés con instrucciones secretas del vengativo conde de Haro, quiso acibarar la aciaga suerte del escudero, del valeroso Gonzalo, preso traído- ramente con Rodrigo de Aguilera, enardecido amante de Elvira, en casa de la semi-bruja é hipócrita vieja Dorotea.

Con mesurado y firme paso, precedido del carcelero Jaime, descendió á los calabozos el nigromante, con el disfraz de un monge, cuya fisonomía era terrible, porque sus ojos hundidos centelleaban de furor, á semejanza de los de un tigre cuando se siente traspasado por la punzante y envenenada flecha.

Destrozaban su alma el recuerdo de su idolatrado hijo y el de su infeliz compañero, ahorcados en un árbol á las orillas del Arlanzon por delitos de hechicería y deslealtad al bravo é invicto rey don Sancho.

Y como el ejecutor de la sentencia fué el aguerrido Gonzalo, ahora que en cierto modo se hallaba en su poder, sonreía diabólicamente, escitado por la venganza, si bien el conde le impuso respeto, y se reservó el castigo, siempre que Gonzalo no asintiese á sus ambiciosos proyectos.

En una lóbrega mazmorra semicircular, de paredes ennegrecidas y húmedas, porque daban al foso de la fortaleza, veíase á un hombre amarrado á una cadena, sobre un pequeño banco, teniendo la vista clavada en una puercecilla de hierro que á su derecha se vislumbraba.

Oyó el leve rumor de los que á la prisión descendían, y respiró de esperanza, aunque á decir verdad, no se traslucía miedo en su semblante, sereno é impasible, cual si en otro estado menos crítico se encontrara.

—Por el Cid!—esclamó—que si tuviese con quién pasar algunas horas en esta soledad imponente, haria mas llevadero mi inesperado infortunio! Ni una gota de vino... que si quieres... ni aun de agua...! con que refrescar las fáuces se han dignado concederme... quiénes serán mis enemigos? Claro es: los del rey. Estas prisiones pertenecerán sin duda á un rico-home, porque tal aparato para traer á un miserable ballestero y á un errante trovador, indican que nuestro encantamento dimana de un poderoso infanzon. Ay! bruja Dorotea; si alguna vez caes en mis garras, te ahorcaré sin piedad como á un infame hechicero! Si al menos el sombrio carcelero quisiera hablar... mas su reserva es tan

feroz como su alma. Si yo le pudiera sorprender... entonces cambiaríamos de oficio: le dejaría en este banco, maniatado cual un Nazareno.

A la sazón reclinaba sobre sus goznes la férrea puerta del calabozo, y presentáronse Jaime y el mago Daniel, quien haciendo un poderoso esfuerzo para reprimir el impulso de su reconcentrada ira, acercóse á Gonzalo, clavándole una mirada furibunda, que á otro que no fuese el intrépido ballestero le hubiese helado la sangre.

Quedó en la puerta, fijo é inmóvil cual una esfinge funeraria, el sombrío Jaime, quien aun no comprendía el misterio de aquellas extrañas revoluciones.

—Sois Gonzalo?—preguntó el hechicero.

—Vos lo habéis dicho.

—Y sabéis qué os hallais próximo á recibir una espantosa muerte?

—Casi es preferible á esta soledad: porque al menos estaré muerto de veras; pues lo que es ahora estoy sepultado en vida.

—Y sabéis la causa?

—No se han servido manifestármela: esto prueba que no hay razón para encerrarme en este sepulcro de hierro.

—No sabes la causa! Eres un asesino!

—Asesino, jamás! Cumpló las órdenes de mi rey: mato á cuantos moros y judíos se me presentan, y sé batirme como un fiel servidor de mi patria.

—Infame!

—Si, como parece, sois un religioso que viene á prepararme á la muerte, no me atormentéis los oídos con insultos ni zarandajas; que eso Dios no lo dispone, porque mas

daño me hacen vuestras palabras que todos los alfanges de Damasco y de Toledo. Despachad pronto, y no insistais en esas crueles amonestaciones.

—Vas á sufrir una muerte lenta y fatal, como la exigen tus feos delitos: vas á espiar tus nefandos crímenes, y despues que sufras un prolongado martirio, te colgarán de una almena para que los buitres te despedacen las entrañas. Recuerdas á los dos inocentes ahorcados...!

Y á la sazón el Hechicero le asió con la mano izquierda la garganta, mientras con la otra le dirigia al pecho un acerado puñal. Iba á prorumpir el nombre de su hijo, y á causarle una sangrienta muerte, sin respetar las órdenes del conde, y solo á impulso de una feroz venganza. Jaime que observaba sus acciones, y dispuesto á cumplir lo que su señor el de Haro le habia prescrito, de un salto púsose junto al Hechicero, y parando el golpe le dijo:

—Recordad lo que os encargó el conde mi señor: de lo contrario, yo cumpliré sus órdenes.

Fué tal el rudo acento del carcelero, que Daniel, vuelto en su razon cual si hubiese despertado de una horrible pesadilla, se retiró del ballestero, jurando por su alma vengarse del conde, si pronto no decretaba la muerte de Gonzalo, cuya víctima creia corresponderle.

Atónito quedó el infeliz cautivo, sin acertar la causa de aquellos ademanes y rigores, y atormentádole la duda de si aquel que parecia religioso era un enmascarado demonio.

Así permaneció en un abismo de incertidumbre y de sorpresa, hasta que á los pocos instantes reapareció Jaime el carcelero, á quien el conde habia encargado gran vigilancia y la mision de ver si podia, sin revelar sus

fines, ni tampoco manifestando quién era el ballístico Gonzalo, traerle á su partido, por ser un hombre de esforzado valor y muy conveniente para sus planes.

Acercóse al rey, y este, fijando sus ojos en aquella infernal fisonomía, quiso como recordar algún hecho que pudiera dar luz á sus conjeturas.

—Habeis probado el alimento?

—Sí.

—Yo cuído mucho á los prisioneros.

—Cosa rara!

—Por qué?

—Páreceme que mas bien teneis el rostro de verdugo, que de hombre de caridad.

—Te empeñas en tener mal génio, cuando podrias, si tú quisieras, salvarte de esta horrible prision y acaso disfrutar muy dichosa fortuna.

—Gracias.

—Si tú hicieras lo que yo te digese?

—Nada bueno podrás tú encargarme.

—Quieres oirme?

—Ni verte.

El carcelero volvió la espalda y dirigióse á la puerta silencioso: Gonzalo se inclinó para mirarle y exclamó sorprendido:

—No hay duda... él es!!! Oye, carcelero: acércate.

Jaime, creyendo que se arrepentia, tornó á su lado, si bien grave y taciturno como siempre, gozoso de que podría tal vez prestar un importante servicio á su señor.

—Qué quieres?

—Mirarte mas de cerca.

—No ha mucho te horrorizaba.

—Y ahora lo mismo.

—Pues si abrigas la intencion de sorprenderme, estás equivocado: ya sabes que no te es posible, y además estoy muy prevenido.

—A menos tendria luchar con un hombre como tú: lo único que haré cuando pueda, será arrojarte á un pozo, cual si fueras una venenosa serpiente.

—Airado estás, vive Cristol y necio en demasia... Quien irá á una sima serás tú, hijo feroz de los diablos! y perros te coman el corazon, si yo vuelvo á consolarte!

Hizo que marchaba, fingiendo enojo, pero nada sentia; pues se hallaba muy acostumbrado á oir elogios por el estilo: era insensible, porque su vida habia cruzado en los mas rudos combates, en las trayesuras mas espantosas.

—Oye, Jaime: acércate—repitió Gonzalo con voz menos airada.

—No estoy para escuchar necedades.

—Te interesa.

—Te desprecio.

—Acércate, y te holgarás de ello.

Sin duda creyó le iba á revelar la existencia de algun tesoro, ó cosa semejante, pues el carcelero se acercó inmediatamente á Gonzalo. Le dirigió este una profunda mirada: el alcaide no comprendia el misterio: ibale, sí, causando interés el alma valerosa de su prisionero.

—Tú eres Jaime?

—El mismo.

—No tienes otro nombre?

—No.



El carcelero perdió el color.

—Tú has estado en Sevilla?

—Donosa pregunta!

—Serviste al rey don Alonso?

—Algun tiempo.

—Quién era, despues del rey, tu señor?

—Un noble de Burgos.

—Mientes.

—Jaime aumentó sus conjeturas amargas.

—Serviste al infante don Sancho, hoy rey de Castilla.

—Quién te lo ha dicho? Quién eres?

—Satanás.

El carcelero hizo un movimiento de horror, y se juzgó próximo á confesar sus culpas.

—Tú has servido tambien al rey don Alonso?

—Yo—repuso Gonzalo—serví á un caballero de la corte de don Alonso: muerto este, pasó á la de don Sancho, quien le estimaba en extremo, pero que respetó la lealtad jurada á su padre. Yo no he sido traidor al rey Sábio; á rey muerto rey puesto: ni quito ni pongo; mi deber es la obediencia á quien manda, y servirle con fidelidad hasta la muerte.

—Segun eso, no abandonarías á don Sancho?

—Por nada en el mundo.

—Y si te ahorcan?

—Despues ahorcarán á mi verdugo.

—Y si el rey sucumbe en la gran contienda que se prepara?

—No es posible.

—Es muy fácil.

—Para ti, que cien veces has desempeñado el oficio de traidor, todo es muy fácil.

- Me injurias!
- Te he conocido.
- No hago memoria de haberte visto jamás.
- Yo siempre estuve en los combates, y tú sirviendo de espía, y algo mas, á los cortesanos.
- Tú inventas patrañas para sorprenderme quizás algunos secretos.
- Muchos guarda ese corazon de hiena.
- Espíciate... ó te pesará bien pronto..!
- Dime antes en dónde estoy, y quien aquí me trajo.
- Ignoro quien te ha traído: estás en una fortaleza.
- De moros?
- De cristianos.
- Mal se conoce: serán enemigos del rey.
- Son defensores de Castilla, y del que vá á ser su rey legítimo.
- Villano! si no estuviese entre hierros, te sacaría la lengua..!
- Y para esto me llamabas?
- Para decirte que temo de ti una cruel alevosía.
- Tengo orden de respetarte y de cuidarte mucho; aun es tiempo: abandona al rey don Sancho, y harás tu ventura.
- Jamás fui traidor, y hé jurado dar muerte á todos los que lo sean.
- Morirás como un perro.
- Y tú serás mi verdugo...! como lo fuiste....
- De quien?
- Miserable! Recuerdas una noche lóbrega, y de estruendosa ventisca, de un copioso aguacero, de formidables truenos y relumbrantes relámpagos..?

—He visto yo tantas... —

—Pero no como aquella... —

—El carcelero empezó á inquietarse, y contra su voluntad rozaba con su hombro el del valiente Gonzalo para oírle mejor, pero imitando una serenidad imperturbable dejó en el suelo la mugrienta linterna junto á los pies de su víctima, y se cruzó de brazos.

—No recuerdas? —

—No. —

—Pues yo te iré descorriendo el velo que cubre la mas fea de tus hazañas. La noche era diabólica... pero mas diabólicos fueron los tormentos que sufrió una hermosa mujer á orillas del Guadalquivir. —

—Y bien—interrumpió Jaime sobresaltado—aunque yo sea el mismo Lucifer... ¿te salvarás tú de la muerte? Además, que lo que dices será una invencion de tu rabia. —

El carcelero queria marcharse, mas su viva ansiedad y turbacion no se lo permitian. —

—Oye, Jaime: bueno es que sufras tambien los remordimientos: así como así, eres un traidor... un criminal... y este pobre escudero un inocente. Mira: yo guardaré el secreto: abre las puertas del calabozo, y allá te las veas con tu conciencia; te ofrezco sellar los lábios: jamás he faltado á mis juramentos. —

—Discurro que lo que buscas es la salida... inútilmente aguzarás el ingenio inventando consejas y lances increíbles: tu suerte está decretada. —

—Tambien la tuya. —

—Veremos. —

—Ya está visto. —

—Y qué fué lo de aquella noche?

—Con que vas recordando...

—Gonzalo soltó una carcajada, y el carcelero por disimular, dijo con apariencias de hallarse tranquilo é indiferente por lo pasado:

—Escucharemos un cuento.

—Pues oye una historia: aquella noche debia yo trasladar desde un delicioso retiro, en donde se hallaba, á la ciudad de Sevilla á cierta jóven, resplandeciente cual un lucero, y en quien el infante don Sancho, hoy invencible rey de Castilla, puso sus ojos, su corazón y su alma. Yo fui encargado por el entonces infante don Sancho, de sacarla sigilosamente del pequeño paraíso en que habitaba, sobre la margen del Guadalquivir, y de conducirla á Sevilla, en cuyos muros se aguardó el noble hijo de don Alonso. Estando la noche tan cerrada y lluviosa, resistióse un poco la jóven, á pretexto de hallarse indispuesta y con horror á la tempestad; y su resistencia, que sin duda fué fingida, al fin mujer, dió tiempo á que súbitamente se apareciesen dentro de la estancia seis hombres, punal en mano, é hiriesen de muerte á uno de mis compañeros; los otros dos, pues solo ibamos tres, nos encontramos al rayar el día hechos una sopa, y aheridos de frio, al otro lado del Guadalquivir, dentro de una barquilla, habiéndonos sacudido antes el polvo con unos rémos. Lo que yo miro una vez, lo reconozco siempre: tengo una vista muy clara: recuerdo que tú penetraste el primero, y á no haberse interpuesto la jóven, hubieras caído al golpe certero de mi daga: por las indagaciones posteriores, supe que te llamabas Mendo, y que desapareciste cuando se retiró un noble del servicio de don Alonso,

á quien yo acompañé con mi amo hasta la muerte; como acompañaré, Dios mediante, á su hijo. Era yo jóven, y por respetos, agradecido á su confianza, nada pregunté á don Sancho. Supongo que la beldad se prendaria de otro, y dejó en los cuernos de la luna al enamorado infante. De tí se dijo habias renegado, y que te hallabas en Tarifa, pero lo que hiciste fué sepultarte en una mazmorra para no ver la luz, y no ser conocido de nadie; sin duda tu señor debe ser el que robó la dama, á quien hoy es su rey, pero de quien también será hoy un falso amigo.

Estupéfacto quedó el carcelero, y apenas podia articular palabra: por último, haciendo un esfuerzo, se limitó á decirle:

—Puras patrañas: me confundes con otro; estoy cansado de oírte.

—Te ha herido mi relacion: lo comprendo.

Positivamente, el estúpido Jaime, retirado de todo trato, habia puesto en olvido sus criminosas hazañas, y como ya era casi viejo, empezó á sentir honda pena en el corazón, sufriendo por la misteriosa historia de Gonzalo un verdadero trastorno.

Reflexionaba que aquel hombre, si conseguia salir de la prision é irse con el rey, descubriría su paradero; si quedaba con el conde, el cual ignoraba casi todo el suceso, se esponia á que por sus importantes servicios, Gonzalo fuese admitido con preferencia: de modo que por cualquier camino le era inminente un fin trágico y desastroso. Discurrió, pues, y resolvió dar la muerte á Gonzalo, y culpar de ella al Hechicero. Retiróse del calabozo, combatido por mil fantasmas: y aquel quedó en la creencia de que su

revelacion podria serle inmensamente ventajosa. Entanto que van á su desenlace natural estos sucesos, pasará el lector, si gusta, al recinto en donde se halla el jóven aventurero, el galán enamorado de Elvira, cuya suerte ignora; en fin, el trovador Rodrigo de Aguilera.

Cada uno vé la felicidad á su modo, y esto habrá sucedido siempre.

Aguilera, en medio de su aislamiento ó injusta prision, acordándose de su Elvira daba á olvido sus profundos rigores: si ascendia á las regiones de lo ideal, ora entonando alguna tierna trova, ó ya contando alguna de las mil *fazañas* de los caballeros del tiempo de Fernan González, ó los del Cid, endulzaba su positiva desventura; únicamente, fuera del amor, de las batallas, ó de la poesia, si en torno suyo fijaba sus macilentos ojos, era cuando los cien fantasmas del infierno se aparecian, y entonces quedaba mudo cual una sombra funeraria.

Veiase asaz sonreido por un rayo consolador de su porvenir incierto, cuando penetró en la mazmorra el sombrío Jaime. Aguilera no estaba sujeto á la degradante cadena.

Sin duda los antecedentes de su carácter y el ningun rencor que el conde podia tener hácia su persona, indujo á ofrecerle distintas consideraciones que al valeroso y temible escudero Gonzalo. Así es, que paseaba libremente por el calabozo.

Antes de aparecer Jaime decia para sus adentros:

— En verdad, en verdad, que no adivino la causa de este injusto cautiverio, á no ser que mi reciente incorporacion á las banderas del rey don Sancho ocasionó á sus enemigos el deseo de vengarse en la persona de un desgraciado, que

á nadie hasta hoy ha ofendido, y que si ha tomado parte en las huestes de su rey, ha sido por conquistarse gloria para merecer el amor que inflama sus pensamientos. Desventurada Elvira! Yo soy culpable de tus infortunios, de las inmerecidas penas que lloras, y acaso por mí te verás un día, en tu juventud lozana, bajo el fúnebre sudario de la muerte!!!

Después recito, paseándose, la siguiente letra que había compuesto quizá horas antes de su inesperada prision.

La vida es tormento,  
constante dolor,  
si no le dá aliento  
y fuerza y contento,  
la luz del amor.

La vida se halla  
espuesta al azar,  
y si el hado estalla  
adverso, batalla  
con él sin cesar.

No quiero de guerra  
el rudo fragor;  
solo en tí se encierra  
mi sueño en la tierra,  
mi gloria y amor.

Si voy al combate,  
si vesme partir,  
es que el pecho late;  
quiero le arrebaté  
tu nombre al morir.

X Adorada Elvira,

oye la pasión  
 que el pecho respira;  
 oye de mi lira  
 la dulce canción. X

—Aquí tenéis lo que deseábais—esclamó el carcelero colocando sobre un banquillo de piedra una copa y unos manjares. Aguilera le contempló por un instante, más al verlo sombrío de sus ojos se abstuvo de hacerle preguntas acerca del sitio en que se hallaba, y de las causas de su cautiverio.

Jaime cerró la puerta, el trovador corrió hácia él, y casi al tiempo de cerrar le preguntó por la suerte de su compañero de infortunio, del buen Gonzalo; y cuál fué su dolor al oír fria y lacónicamente al que asemejaba un verdugo.

—En la eternidad.

—Dios mio! qué dices?

—Esta noche se lo comerán los grajos.

Se hundió el sensible Aguilera en una pena extraordinaria, tanto que no tomó alimento, y sentándose con el mas desesperado abandono, hubo de sufrir durante el día una fiebre devoradora.

Veamos lo que ocurre en las sombrías habitaciones de la fortaleza, que es de un interés inmenso para el porvenir del trovador cautivo.



instrucción notable; mas, al parecer, era un fanático y propenso á desvarios, por cuyo taxon le abandonó el cargo de la cangaosa duena Berenguela, quiza porque se mucho de hallar quiza se dixese con paciencia sus imperitinentes pláticas.

Por lo demás, en todo el castillo se escuchaban agradas-mente las conserjas y murmuraciones de milagros y de maravillas que el oculto buquecillo ofrecía, y su aparición fue casi un dicho reconocimiento.

**CAPITULO IX.**  
Manrique, povero, y la inocentissima  
pica y Elvira con su amor y desventura, daban apenas  
oído al melancólico viajero.

La noche había cerrado; la fortaleza yacía en un profundo silencio; únicamente se oían los ruidos del pagano.

**EL HOESPED.** Manrique á lo largo de la chimenea, sollozaba la seductora Elvira.

— Y no habéis podido penetrar en esa oscura red de in-

El jovencuelo pague, Manrique, de vuelta de la cabaña de Jorge, presentó ante su señor, el altivo conde de Haro, al desconocido viajero, cuyo aspecto místico, y si es no es adementado, hubo de inspirar caridad al infanzon, acogiendo por consiguiente con extraordinaria y casi no usada benevolencia.

El romero, ó que lo parecía, fué recomendado eficazmente por el conde, encargando á todos los funcionarios del castillo le tratasen de una manera respetuosa, proporcionándole á su marcha lo que hubiere menester, ó fuese de su particular agrado.

El sacerdote que hacia de capellan en la fortaleza, examinó atentamente al viajero, y de positivo encontró una

instruccion notable; mas, al parecer, era un fanático y propenso á desvarios, por cuya razon le abandonó al cuidado de la gangosa dueña doña Berenguela, quien holgóse mucho de hallar quien se dignase oír con paciencia sus impertinentes pláticas.

Por lo demás, en todo el castillo se escuchaban agradablemente las consejas y narraciones de milagros y de batallas que el oscuro huésped les ofrecia, y su aparicion fué casi un dichoso acontecimiento.

Manrique, preocupado con el pesar y la incertidumbre, y Elvira con su amor y su desventura, daban apenas oído al melancólico viajero.

La noche habia cerrado: la fortaleza yacia en un profundo sigilo: únicamente se oían los pasos del pagezuelo Manrique á lo largo de una estancia, en cuyo extremo, al pié de la chimenea, sollozaba la seductora Elvira.

—Y no habeis podido penetrar en esa oscura red de intrigas, Manrique?—preguntó dulcemente la sin par doncella.

—Nada he descubierto.

—Somos desgraciados.

—No desconfío del porvenir.

—Vana esperanza!

—Ilusion hechícera que me inspira aliento: de otra suerte no podria existir, bella señora; vos teneis la necesaria virtud para afrontar estos horribles pesares, y por mi parte el valor suficiente, aunque muy niño, para esperar largos años á que se realicen mis ardorosos deseos.

—Y el huésped, qué os parece?

—Un pobre diablo: dulce genial: muy religioso: habla y recita romances á las mil maravillas... pero en cosas de

Estado y de corte... ni una palabra... insensible é indifere-  
rente á todo.

—Así será feliz.

Acercóse Manrique á Elvira, y manifestóla en voz suave, como si temiese que alguno le oyera:

—Escuchad, señora: el conde ha partido á una entreyista con el revoltoso infante don Juan, y tardará unos dias: en este tiempo es fácil que yo descubra el rastro de ciertos misterios. Ferran me dijo al partir, aunque de un modo confuso, que se aguardan interesantes aventuras así en la corte como en esta fortaleza: yo estoy á todo prevenido, y vos salvareis de este cautiverio.

—Dios mio! Y mi padre?

—Yo os presentaré á él en mas felices dias.

—Qué pensais?

—Lo sabreis pronto: ahora, en cuanto se presente doña Berenguela, descansad; yo velaré vuestro sueño: trato de tentar fortuna con Jaime, á ver si al fin consigo averiguar quiénes son esos infelices prisioneros.

Despidióse afectuosamente de Elvira, y corrió en busca del meditabundo y áspero carcelero.

Escuchemos antes á la compungida dueña y al huésped, que conversaban de esta manera:

—Señora...-decía el que pasaba por un devoto peregrino- yo soy muy afortunado en que una persona de tanta santidad y esperiencia como vos, escuche mis humildes palabras: agradezco al señor conde el interés que toma por mi suerte, y cuando torne de Santiago, no dudeis que vendré á espresar mi gratitud á todos los que así me enaltecen.

—Vos, caballero- repuso la crédula doña Berenguela-

vos, merecéis estas y otras muchas mercedes; y por mi parte, os debo gratitud por estas preciosas reliquias que habeis tenido la bondad de confiarme.

—Me deciais ahora que sois la respetable dueña de esa virtuosa jóven, que en verdad, temiendo faltar á la discrecion, ni he preguntado cómo se llama, ni quién es... aunque supongo es la noble quanto hermosa hija del ilustre Señor de Vizcaya.

—No hay tal: os habeis de medio á medio equivocado.

—No soy curioso... perdonad.

—Sois prudente, y por lo mismo yo podré informaros de cuanto os importe saber.

—A mí? nada, nada: jamás penetro en el secreto de las familias... y sobre todo tratándose *virginis puellæ fer-mosæ*, de una doncella casta y peregrina.

—Estoy prendada de vuestros *latines*... yo tambien sé algunos... pero el temor de no ser muy correcta, me detiene. Por lo demás, la jóven que habeis visto esta mañana, es hija... al menos yo así lo creo... del señor don Gutierrez de Velasco, amigo del muy poderoso conde de Haro. Su nombre es Elvira.

—El huésped hizo un gesto de sorpresa, y advertido que fué por la dueña, preguntóle instantáneamente:

—Qué? os sorprende? teniais algunas noticias..?

—Ninguna, venerable dueña: he recordado á una hermana del mismo nombre, de la que vivo ausente ha largo tiempo, por esta causa he sentido un gran placer al escucharle.

—Qué casualidad! y dónde vive?

—Es religiosa: *in monasterium vitam sanctam juravit.*

—Pues como iba diciendo, —prosiguió doña Berenguela, — Elvira, y Dios me perdone, porque no trato de murmurar de nadie...

—*Murmuratio pessima est.*

—Clarito: á cualquiera le pesa murmurar del prójimo.

La dueña, que traducía é interpretaba el *latin* de un modo chocante, se hallaba en sus glorias oyendo al viajero, á quien por otra parte le interesaban por demás sus indiscretas revelaciones.

—Lo que os voy á decir nada tiene de particular: cosas de jóvenes sin esperiencia.

—*Juventus facilliter progreditur usque ad perditionem.*

—Pues, lo que yo digo: los pocos años traen mil contratiempos. No obstante, Elvira es muy virtuosa, y si no fuese por esa maldita pasion... ese amor tan estraviado...

—*Amorem habemus?*

—Vaya si hay amor... como que por él nos tienen cautivas en estos altos torreones.

—Es decir, que ama sin ser correspondida?

—Poco á poco: que así no la correspondiesen tantos.

—*Laudate Dominum!*

—Dos galanes se disputan su amor, pero tan distintos, que el uno es la misma gallardía y nobleza, y el otro, aunque no mala persona, es un pobrete aventurero sin patria y sin hogar, trovadorzuelo alegre; y ahora, según dicen, ha tomado plaza en las aguerridas huestes de don Sancho.

—Y á cuál prefiere la hermosa Elvira?

—Al de peores condiciones: al que tiene la pobreza por título, el hambre por alimento, y por todo ajuar una toledana y una sonora lira.

—*Pauper semper est probus, et virtus honesta consideratur.*

—Yo no digo que falten pruebas, y que se considere ó no su virtud, mas ello es que Elvira elige al menos digno, á quien no quiere su padre, ni el conde, ni yo. —

—Y quién ese *bonus vir*, ese desventurado?

—Un don Rodrigo de Aguilera.

—Y sabéis cuál es su paradero?

—Dios me libre. Qué? le conoceis vos?

—No señora: jamás he tratado con gente de su clase.

—Haceis bien: pero Elvira, desobediente á todos, insiste en amarle, y está marchitando su juventud, su fresca lozania, porque vive en un constante martirio.

—Y no hay medio alguno de convencerla?

—Se han ensayado muchísimos aunque en vano.

—Desdichada criatura! Feliz yo si pudiese persuadirla á que se apartase de ese oscuro sendero, cubierto de envenenados abrojos!!! Si se dignára oirme...

—Lo dudo: á nadie quiere ver ni oír: solo á ese pagezuelo... que á decir verdad, no me infunde completa confianza.

—Sospechais?

—Abrigo fundados recelos de que no la suele aconsejar como Dios manda y á su honor conviene.

—Haced que yo la hable unos cortos instantes, y probaré, con el auxilio del cielo, á ver si esa bella paloma, hasta hoy aturdida, vuelve á donde la virtud la reclama y su honor exige.

—Grande satisfaccion tendria de que alcanzáseis tan suspirado triunfo. La hora es avanzada y há tiempo que os

cureció, y voy á rezar con Elvira para después recojernos: Dios os guarde, honrado señor.

—Su divina luz os guie, venerabilísima señora.

Y la dueña, orgullecida y vana, como nunca, fue corriendo á decir á Elvira lo satisfecha que estaba por haber oído á un hombre tan prudente y tan religioso. Nunca estuvo la infeliz mas engañada. Sabe el lector quien era el huésped que se fingia un *romero* tan devoto del apóstol Santiago? No habiese en verdad sido muy difícil conocerle por sus chocarreros latines. Pues no era otro que el trayeso bachiller Roldan, que ansioso de favorecer á Rodrigo de Aguilera, su íntimo camarada, le buscaba por todas partes representando diversas categorías y aun esponiendo á veces su existencia. Tal rasgo de lealtad le honraba mucho, pero Aguilera desconocia sus buenos oficios; y el bachiller no conseguia lo que con tanta solicitud anhelaba. Con todo, se puso en el verdadero camino, y aunque no sin un grave riesgo, podia finalmente alcanzarlo.

Doña Berenguela dióle suficiente luz para descubrir el rastro, pues no dudaba que los agentes del padre de Elvira ó del conde, habianles armado la emboscada del garito de la vieja Dorotea.

Tomó un pequeño libro interin llegaba la hora de recogerse, y así le dejaremos por unos instantes, pasando por ahora al recinto soledoso y lúgubre del carcelero.

Habitaba este en uno de los extremos del torreón del norte, y mas bien que habitacion parecia su albergue un nido de lechuzas.

Era un recinto ovalado, de corta estension, teniendo á un extremo, en la parte alta, una ventana ojival semejante

á una tronera, y una sucia lámpara á la derecha de la misma ventana.

Un sillón viejo y una tarima, camastro ó cosa por este orden, completaban el menage de aquella poco frecuentada vivienda.

Permanecía Jaime sentado en el sillal con el rostro cárdeno, la mirada aviesa, á la cual sombreaba horriblemente una barba negra y descompuesta.

Los remordimientos vertían en su corazón el cáliz de la mas amarga ponzoña.

Repasaba las páginas de su vida; vida inquieta, infernal, una serie, en fin, de alevosos crímenes.

El recuerdo de Gonzalo traíale asaz convulso y con una intranquilidad extraordinaria.

Era preciso deshacerse de Gonzalo, pero al mismo tiempo quedar bien para con el señor conde, y á propósito discurría culpar al Hechicero Daniel, quedando así á cubierto de toda sospecha.

El conde necesitaba de los servicios de Gonzalo; el Hechicero, por otra parte, se hallaba ausente, y en vista de tantas contrariedades su cerebro hervía; se devanó, en fin, el sentido por espacio de algunas horas sin poder acertar el medio conveniente para salir de aquel inesperado contra-tiempo.

Pensó hacer una fingida llamada al Hechicero, inventando que el conde exigía su presencia en el castillo, y tener de antemano realizada su infamia contra el valeroso escudero.

Temía que si este regresaba á la corte pudiera dar cuenta de su persona, y por lo que él sospechaba, era fácil



verse descuartizado ó azotado públicamente por lo menos.

—Quién vá?—preguntó con voz ronca el taciturno Jaime al oír dos golpes en la puertecilla de su morada.

—Manrique.

—Diantre! Qué te se ofrece, pagecillo de los diablos? Buena es la hora para visitas.

—Abre, que te interesa.

—No es hora.

—Por dos momentos.

—Ni por uno.

—Te vá en abrir un interés inmenso.

—Qué puede importarme?

—La vida.

Como el carcelero, de valgar sentido, y aunque físicamente esforzado, de un espíritu medroso, veíase á la sazón acometido por mil horribísimas visiones, temió que un nuevo percance le asaltaba; mas no sabia del modo que el pagecillo pudiera estar al corriente en sus secretos.

Por si ó por no, resolvióse á franquearle la entrada.

Cuando penetró el page, tornóse el carcelero á su sitio, é inmóvil y con faz severa le hizo esta lacónica interpelacion:

—Me engañas?

—No, Jaime.

—Qué tienes que decirme?

—Dos palabras.

—Ya has dicho veinte.

—Escucha: tu sabes los peligros que corres?

A esta indicacion se levantó el carcelero, quedándose en una actitud aterradora, de miedo, de rabiá y de incertidumbre.

- Te burlas?—contestó.
- Hablo con seriedad: quieres salvarte?
- De qué?
- De la horca.
- Luz de infierno! Quién me sentencia?
- La justicia divina.
- Manrique...! si vienes con esas chanzas, te arrojó desde el muro contra los peñascos del monte.
- Eres incrédulo porque tienes empedernida el alma.
- Te has vuelto loco, ó eres algun mensagero de Sathanás?
- Lo soy del cielo.
- Tu rostro es de ángel, pero tu lengua de víbora: márchate, ó el conde sabrá tus imprudentes travesuras.
- No me inspira cuidado el que lo sepa. Tambien le pediré venganza contra tus feos delitos.
- Pronunció Manrique estas últimas frases con tal energía, que dejó aterrado al estúpido carcelero. El page, en conciencia de todos los moradores del castillo, pasaba por hijo natural del conde, y realmente, segun hemos espuesto, no lo era; mas el vivo interés que le manifestaba reconocia otra causa.
- Quién eres tú para acusarme?—esclamó el sombrío carcelero.
- Podria hacerlo, mas te perdonaré si escuchas arrepentido los sollozos de la inocencia.
- No entiendo.
- A quién tienes injustamente amarrado en las prisiones?
- A nadie.
- Lo sé todo.

—El señor conde podrá responderte: yo cumplo con fidelidad sus mandatos; yo le daré cuenta de ese orgullo, y veremos quién es aquí el noble castellano, si tú, ó el poderoso y alto Señor de Vizcaya. Vete, ó disponte á recibir un terrible escarmiento.

—No me acobarda tu barbárie.

Manrique retrocedió un paso, y armándose de su puñal, quedó en una actitud magéstuosa y digna.

Fuese porque su edad no inspirase al carcelero ni suficiente ira ni cuidado, fuese por el respeto al señor conde, ello es que desistió de su primer ímpetu, y no hizo ademán de acometer al page.

Esté con voz airada le dijo:

—Jaime: ó revelas quiénes son los presos de la fortaleza, traídos de Burgos, ó te acuso de asesino.

—Insensato! Ignoro quiénes sean... y aunque lo supiese, me harían pedazos antes de faltar á la órden espresa del señor conde. Quién eres tú para exigirme sus nombres? Qué intencion es la tuya?

—La de salvarlos.

—De qué modo?

—Rogando al señor conde los deje libres y seguros.

—Tú sueñas. Imposible!

—Luego sabes quiénes son?

—Jamás hablo con los presos sino lo indispensable.

—Y cuándo los martirizas?

—Mientes.

—Recuerdas de una hermosa mujer, hará unos diez y seis años ó poco mas ó poco menos?

—Manrique! O sales de aquí... ó...

—No me espantas: estoy custodiado.

—Santa Maria!—esclamó interiormente el carcelero, sospechando que el pagecillo tuviese alguna escolta de otros criados ó pages; mas lo que le infundió pavor fué el recuerdo de una mujer hermosa, y creyó fuese la misma que le recordaba Gonzalo, pero no era la misma.

—Es decir que te prevales de la ausencia del señor conde para cometer esas travesuras? Buen escarmiento... Gran chasco te aguarda!

—Terrible castigo á tí si que te espera!

—Miserable!

Y le amenazó de muerte con los puños cerrados, mas viendo que Manrique se disponia á recibirle con la punta de su daga, retrocedió rechinando los dientes de coraje.

—Estás próximo á espiar todas tus culpas.

—O me dices quiénes son los prisioneros de Burgos, ó ante el rey te acusaré de asesino.

—Cuerpo del diablo! Maldigo tu acusacion y tus mentiras.

—Recuerdas la jóven aldeana, la mujer virtuosa y gentil á quien diste la muerte con tus atroces groserias y villanos tormentos? Recuerdas su bella y pálida figura, sus descarnados y antes preciosos miembros, consumidos por las penas y el largo encierro en los subterráneos de la fortaleza?

—Quién eres: quién te ha informado de aquel suceso?

—La justicia divina.

—Ella te confunda por lo que me atormentas.

—No escuchabas los tiernos sollózos de un niño que pedia al cielo salvacion para su afligida y martirizada madre?

—Calla! ó no respondo de estrellarte contra los muros!

—No sospechas quién podría ser aquel inocente niño, abandonado en una oscura choza cercana á estos infernales torreones? No has sabido tú quién era aquella tan hermosa como infortunada mujer?

—Maldita lengua! Nunca lo supe, ni me interesó el saberlo; calla! ó te hundo en el corazón este cuchillo!

—Yo quiero que lo sepas: aquella mujer, aquella desdichada víctima era *mi madre!!!* Ahora... asesina también á su hijo.

Jaime no pudo resistir... y cayó en el sitio agobiado por la rabia y la pavora que le infundian tan dolorosos recuerdos.

Manrique pretendia por el terror sacar algun partido de aquella insensible alma, y á la par estaba resuelto á tomar una determinación extrema.

Acordó conducir secretamente á Elvira á la cabaña de Jorge y presentarse despues á don Sancho y referirle sus infortunios, pidiendo como desvalido su amparo y el de los caballeros de su corte, para desde ella lanzar un reto al orgulloso Señor de Vizcaya.

Ténia en su favor á dos aldeanos, enemigos del conde, para con ellos proteger á los prisioneros de Burgos; pues sospechaba fuesen dos inocentes, y de pasó tomar venganza por la afrenta y muerte de su madre en el desapiadado carcelero.

Ultimamente acercóse al sitio, y le dijo:

—Revélame los nombres de los prisioneros, y te perdono.

Jaime cayó en un estupor indescriptible: su boca se en-

treabria, lanzando espuma venenosa cual la de una serpiente: sus ojos centelleaban como los de un tigre: sus músculos se contraían, y todo su ademan era salánico y la manifestación clara de un caloroso delirio.

Aterrado Manrique á la vista de aquel súbito accidente, aplazó para la mañana la terminacion de su proyecto, y salió de allí jurando no retroceder una línea de su propósito.

Jaime, en medio de la fiebre que le abrasaba, tomado había también su resolución: decidió marchar á tierra de moros, no sin despachar primero á Gonzalo, y después á cierto noble que había sido el instigador de sus antiguas maldades.

Puesto en la senda de perdición, nada es más fácil al hombre que recorrer toda su maldecida pendiente.

Largas horas se retorció el carcelero en una convulsión horrible, yendo por último á su lecho, en el cual se arrojó, cual una fiera herida en lo más vivo de sus entrañas.

Tornando al bachiller Roldán, diremos, que la melindrosa dueña, previo el permiso de Elvira, corrió segunda vez á buscarle, ilusiónada de que sus consejos influirían en el corazón de la doncella, quien consintió en la entrevista por librarse de la pesadez de su impertinente aya.

—Vuesa mercé venga, si gusta, que Elvira desea escuchar sus saludables máximas: hareis porque olvide ese amor funesto y obedezca en todo á su anciano y noble padre.

—Sereis complacida, respetabilísima señora;—contestó irónicamente Roldán, al cruzar la galería:—

—Veo, doña Berenguela, que allá *in alborem pubertatis vestrae*, allá en la aurora de vuestra juventud, debisteis

ser una sin par figura, porque aun teneis rasgos de la mas donosa gallardía.

La dueña, con vanidad ridícula, exhaló un atiplado suspiro, y exclamó dirigiendo una sonrisa de bruja al supuesto y devoto peregrino:

—Ay! que en otros tiempos era yo... si viéseis... *virginitatem puram*... una virgen tan solicitada y dichosa... pero un pagezuelo del rey don Jaime fué traidor á sus juramentos; dejé á Valencia y tornéme á Castilla, habiendo hecho *votum sanctum*, voto solemne de no escuchar las livianas promesas, ni el seductor halago de los hombres, y eso que todavía no falta quien... aunque Dios me da fuerza para resistir toda clase de tentaciones. Ay! Jesus! Y qué perdido está el mundo!!!

Llegaron á do estaba la bella Elvira, y la dueña, para dejarlos en completa libertad, retiróse por unos instantes al oratorio.

Saludó el bachiller Roldan á la hermosa cautiva, y por de pronto esta al ver el semblante digno y respetuoso del huésped, no imaginó fuese de tan extraño buen humor, y tan noble amigo del infortunado Aguilera.

—Señora, —dijo Roldan con acento sincero y de profundo interés hacia Elvira. —Decidme si de veras amais á Rodrigo; si estais en la resolucion de seguir su destino; si sabeis su paradero, y en fin, cuanto concierna al mejor resultado de vuestros deseos: yo no voy en peregrinacion á Santiago: soy un pobre estudiante de Burgos, único y entrañable amigo de Aguilera, cuya suerte deploro, y que procuraré salvarle aun á costa de mi vida. Con ese objeto recorro estos confines, jurando no descansar hasta encontrar-

le: me fio á vuestra discreccion y al amoroso interés que manifestais por Aguilera: que nadie traluzca el objeto de mi visita á este castillo, y contando con la necia credulidad de la dueña, podremos en pocos dias descubrir el paradero de Rodrigo y salvarle del dolor y de la muerte.

—Imagino que es un sueño cuanto ahora me sucede: áseméjase á una brillante ilusion de mis esperanzas: siendo vos el que decís, seais bien venido, porque llegais para consolarme... empero, mirad lo que haceis... y justo será que vuestro noble corazon no sufra un cruel desengaño en premio de tan hazñosos sentimientos. Precisa la mas absoluta reserva... si no sois perdido.

Explicó Roldan sus proyectos para tranquilizarla, y despues la refirió minuciosamente las costumbres, genial, valor y sencillez de Rodrigo; fuego seductor que dió nuevo aliento al que destellaba y abrasaba su corazon.

El pagecillo Manrique, luego que salió de la morada del carcelero, marchó hácia el salon en donde estaba Elvira, sin otro objeto que ver si habian pasado al oratorio, y velar al mismo tiempo, segun costumbre, por su seguridad y honra.

Chocábale mucho las largas conferencias de la dueña con el bachiller Roldan, de quien ningun antecedente poseia, y sus recelos, equivocadamente, no eran muy favorables á las intenciones del travieso escolar de Burgos.

— Cuando menos le juzgaba espía de don Hernando Alvar de Luna, y de don Gutierre de Velasco.

Al tiempo en que Manrique entreabria una pesada colgadura ó tapiz que daba frente á Elvira, observó que esta puso un blanco cendal sobre sus ojos, en actitud de amar-



guísimo llanto, que efectivamente fueron lágrimas de gratitud y de consuelo, arrancadas por las dulces y cariñosas protestas del bachiller Roldan en su despedida.

Mas el page sospechó todo lo contrario, y ocultándose precipitadamente en el interior de la galería por donde el bachiller tenia que salir, esperó á que pasára, resuelto á exigirle satisfaccion de su estancia en la fortaleza y de sus intenciones acerca de la suerte futura de Elvira.

Muy lejos estaba Roldan de que le iban á salir al encuentro con semejantes demandas; al contrario, sentia un placer inesplicable por haber visto y oido á la graciosa doncella, digna en todos conceptos de los amores de un principe.

El page se armó de su puñal, y con suma ligereza se asió del brazo del bachiller, dirigiéndole estas palabras: —Qué fin os trae á esta fortaleza? Responded.

Gran susto experimentó Roldan al sentir en su pecho la punta de la daga, y como no discurría fuera un jóven el que así le asaltaba, no hizo por defenderse, y positivamente se creyó perdido.

Le inquietó por el pronto la idea de si podia haber sido escuchado por algun centinela secreto del señor conde, puesto que en los palacios y fortalezas, sobre todo, en tan azarosa y oscura época, pululaban astutos espías acechando las mas insignificantes acciones de amigos y adversarios.

Un breve tiempo trascurrió sin que acertase á pronunciar una sola palabra: por último, con voz balbuciente dijo: —Seais quien fuereis, os ruego no me asesineis alevosamente: mis intenciones son rectas: ningun objeto villano me trae contra los moradores del castillo.

—¿Qué hablabais con Elvira?

—Jesucristo me valga!—esclamó para sus adentros el infeliz bachiller;—luego añadió dirigiéndose al page, quien le tenia cogido fuertemente del brazo.

—Hablabas con Elvira... de mi por... deseoso... de... que su virtud... esperó a que pasara...

—Hipócrita! di la verdad; ó sucumbes de un solo golpe!

—Detened! di la verdad de la suerte futura de...

—Hablad!... Muy lejos estaba Roldán de que le iban...

—La dueña... sí... la respetable doña Berenguela... me encargó... que os dio...

—Algun mensajero tan impuro como su alma...

Un rayo de luz iluminó el buen sentido de Roldán; pues comprendió que el fantasma y la visión ó el personaje misterioso, no era muy afecto á la gazmoña é impertinente beata, de suerte que declinó en ella toda la culpa, diciendo:

—Sí;... me encargó diese consejos á Elvira... y nada más...

—Te encargó hablastes en favor de don Hernando Alvar de Luna?

—Sí;... pronto la iba de si podía...

—Villano!... escuchado por algún centinela...

—Perdonad! No... no...

—Y en contra de Rodrigo de Aguilera?

—Sí;... las mas insignificantes acciones de amigos y adversarios...

—Infame!... Un breve tiempo trascurió sin que acordara...

—No... escuchad... por último... con una sola palabra...

—El bachiller no sabia cómo salir de aquel endiablado compromiso.

—Pero quién sois? Qué objeto os condujo á esta forta-

léza?—preguntó con voz de trueno el incansable Manrique.

—El deseo de conocer al señor conde.

—Conocéis al jóven Alvar de Luna?

—Jamás le he visto.

—Y á don Gutierre de Velasco?

—Tampoco.

—Y á Rodrigo de Aguilera?

—Por qué lo preguntais? Acaso sois vos algun amigo del trovador?

—No le conozco, pero le aprecio.

—Decís verdad?

—Lo que dicta mi corazon.

Al oír esta frase cobró ánimo Roldán, y desprendiéndose de Manrique, le dijo:

—Si sois hombre de honor, seguidme.

El page enderezó sus pasos tras los del bachiller, y cuando ya en la estancia conoció este al primero, le abrazó tiernísimamente, pues Elvira informóle de sus bellas prendas y afectuosas demostraciones.

—Gran susto habeisme dado!—prorumpió lleno de júbilo el bachiller.—No desconfieis de mí; acabo de revelarme á Elvira, cuyos hechizos jamás he admirado tan de cerca: yo voy en busca de mi camarada Rodrigo, y plegue al cielo se crucen sus brazos con los míos! Yo soy un pobre bachiller de Burgos.—Contóle á Manrique en breves frases la historia de sus cuitas, y despues prosiguió en estos términos:

—Largas horas há que busco el paradero de Rodrigo: nadie me dice de él ni una palabra. Finjo mil maneras para introducirme en todas partes, y no veo, no alcanzo un in-

dicio que me señale el rumbo que lleva mi compañero de cuitas y devaneos. *Felicitas suprema fuit mihi Rodericus!* Rodrigo era mi luz y mi ventura! Fué arrebatado traídonamente de casa de una hechicera, y con él otro valeroso escudero, y ambos... quizá en alas de algún brujo, trasportados á la region de lo desconocido! Irá exclamando el infeliz: *Domine, salvum me fac.* Señor, sálvame! Y—  
 —Y dónde se hallaba Rodrigo?—preguntó con interés el page.

—En casa de Dorotea, la Proserpina de Burgos; la mas astuta y zalamera mujer de Castilla, con perdón de sus venerables tocas mongiles. *Mulier superba!* Mujer famosa!

—Decís que Rodrigo fué arrebatado con un escudero, y conducido desde Burgos..?

—*Nescio locum*: ignoro á donde.

—Qué tiempo hace?

—Unos ocho dias.

—Cielos!

—Qué?

—Ya sé en dónde esos infelices se encuentran sepultados..

—Qué horror!

—Seguidme.

Y Manrique guió al bachiller hácia el dormitorio del conde.



así en dignidad, á sus pretensiones, si bien con la reserva de escarmentarlos cuando la Providencia le deparase tan oportuno momento.

Las tales maquinaciones, después de absolutas concertadas por la fiesta castellana, el infante don Juan, visto el deseo, aunque aparente, de su hermano don Sancho, hizo preguntas, muy vagas, á don Álvaro, á don Pedro, y á don Diego, sus confidenciales; también impulsado por el dolor, es decir, por una falsa apariencia de reconciliación, con vi-

### CAPITULO X.

Una vez más se repite en este capítulo la historia de la vida de don Juan, desde su nacimiento hasta su muerte, y se describe su carácter, su educación, su vida, su muerte, y su sepulcro.

El se encierran en este capítulo los sucesos que se refieren en el tomo de la parte I y II de esta obra.

### INTRIGAS CORTESANAS.

De vez en cuando el labirinto de algun perro venia á quedar dicho en las anteriores páginas que el infante don Juan, hermano del rey don Sancho, y además yerno del conde de Haro, Señor de Vizcaya, era de un genio turbulento y ambicioso, de un carácter descontentadizo y audaz en demasía.

Unido por tan estrechos vínculos de parentesco al conde de Haro, así como por su revuelto afán y belicoso espíritu, en lo que ardientemente simpatizaban, el infante habia sido muchas veces la causa de gravísimas perturbaciones. Nada le satisfacía; ningun respeto era capaz de contenerle; todo lo avasallaba; todo lo acometía; y por esta razon el rey don Sancho, ansioso de destruir aquel foco de permanente conjura; aquellos gérmenes de desastrosas inquietudes, habia capitulado con ellos; hubo de acceder,

salva su dignidad, á sus pretensiones, si bien con la reserva de escarmentarlos cuando la Providencia le deparase tan suspirado momento.

Tras tantas maquinaciones, despues de asoladoras correrías por la tierra castellana, el infante don Juan, visto el deseo, aunque aparente, de su hermano don Sancho, hizo treguas, *tuvo hablas*, abatió pendones, y convocó á sus adictos é íntimos consejeros; tambien impulsado por el dolo, es decir, por una falsa apariencia de reconciliacion, con villana perfidia.

X. CAPITULO

Erase un lugarcillo á corta distancia de Valladolid. La luna despedia un hermoso y claro, aunque suave fulgor, sobre el firmamento.

Ni se escuchaba el mas leve rumor en torno de la pacífica y oscura aldea.

De vez en cuando el ladrido de algun perro venia á interrumpir el magestuoso y glacial silencio de la noche. Hora muy avanzada, tanto que ya se vislumbra el lucero fulgente de un nuevo día, era en la que dos ginetes penetraban por una tortuosa y sucia calle del pequeño lugar á que aludimos.

—Tomaste bien las señas?—preguntó el mas autorizado.

—Señor, no es difícil acertar, ni fácil estraviarse en un pueblecillo que solo tiene cuarenta casas.

—Si hemos de recorrer una por una, entonces ya habrá iluminado el sol, y ya sabes que antes que brille debemos todos salir de esta comarca, sin que nadie se aperciba de nuestra entrevista.

—Si gustais, señor, yo iré silenciosamente á informarme del primeró que encuentre.

—No prosigas: alma de cántaro! Buen modo de guardar secreto... Parece que acabas pronto de seguir mis huellas. Para nada me sirves; qué importa que seas leal, si eres tan torpe que me produces continuos disgustos y sobresaltos?

—Señor, yo llamaré á la puerta y preguntaré.

—Calla!

—Si mal no recuerdo, diéronme las señas de la casilla, junto al cementerio... no, junto á la ermita, que hay un huerto y un grande olmo...

—Tú sí que eres un pedazo de alcornoque!

[Voto á Lucifer!]

A este tiempo hicieron alto, recatándose el rostro, porque un desconocido se les acercaba, quien les preguntó con voz grave y sonora, y mediaron estas consignas y misteriosas frases:

—Quién va?

—Quién viene?

—El castellano.

—Paz al de Castilla!

—Honor al ilustre Conde!

Tendió el desconocido su mano al principal de los ginetes, y echándose á tierra, entregando su corcel al que parecia escudero, encamináronse á una pobre morada en cuya única habitacion, contigua á una ruinosa ermita, esperábanlos otros insignes caballeros.

En aquella época era frecuente celebrar entrevistas en los mas recónditos y miserables lugarcillos, y en no pocos se realizaron interesantes pactos ó convenios, y célebres reuniones de príncipes y magnates, y en fin, renombradas cortes.

La vida errante y aventurera que hacian los reyes y caudillos les obligaba no pocas veces á mendigar de un infeliz pastor su olvidada y misera choza, en donde ampararse del frio y aun reponerse del hambre y del cansancio.

Al penetrar en la humosa estancia los desconocidos, levantáronse los que allí esperaban, y uno de los que entraron fué á ocupar el sitio preferente, que por cierto, si tenia costumbre de reclinarsse en magníficos sillones de terciopelo y de damasco, en aquella ocasion le cupo como silla presidencial un carcomido tronco de encina.

—«Señores, os he convocado—esclamó el caudillo, que no era otro que el turbulento infante don Juan,—ós llamo, y en tan ocultos y medrosos sitios os reuno, para ofreceros primeramente mi agradecimiento, y pues sois demás hidalgos y leales, y despues para manifestaros que nos vemos próximos al desenlace de un órden de cosas contrario al bien de Castilla, á la dignidad nuestra y á la de otros insignes infanzones, y tambien á la quietud de nuestros vasallos. Sabéis que el rey don Sancho, rebelde á nuestro padre y noble señor, que paz santa goce, usurpador de los derechos de los hijos de don Fernando, don Alonso y don Fernando de la Cerda, que se hallan á merced del rey de Aragon, subió al trono con auxilio de nuestros esfuerzos y hoy nos deja injustamente postergados.

Mi deudo, el poderoso señor de Vizcaya, á quien he salido á recibir, viene á ofrecernos su imponderable valia, poniendo á nuestra disposicion multitud de castillos y fortalezas.

No cumple, pues, aceptar la paz con que nos brinda el rey don Sancho, porque quizá es una insidiosa emboscada



para reducirnos á la mas triste y degradante servidumbre.

Desconfiemos, y no desistamos de nuestro primer propósito. Don Sanebo prefiere la pleitesia del rey de Francia á la del de Aragón; don Alonso, porque este guarda á los infantes la Cerda, cuya esclavitud y nulidad pretende hacer interminables, y es preciso acabar ya con su audacia y sus arbitrarios rigores.

Segun aviso del caballero á quien vos, conde de Haro, enviásteis á Santo Domingo de la Calzada, la reina doña María no escucha hoy tan benévola mente los consejos del Arzobispo de Toledo, ni los del Dean de Sevilla, y ve con disgusto la privanza de don Juan Nuñez, de Manzanedo y de Leizaola y de otros ambiciosos por este orden, que asedian á don Sanebo, y de todo sacan partido en favor de su engrandecimiento y honores.

Es urgente desarrollar y fomentar este odio de la reina á los favoritos, bien sea dirigiéndola unos anónimos que rebajen al rey por su conducta, bien promoviendo una rivalidad entre los que se disputan su privanza; y por último, revelándola que padece un estravio amoroso, para lo cual haremos que las apariencias acrediten despues sus recelos.

El conde se ha encargado de una importante misión que por su inteligencia, bravura y actividad, producirá muy pronto felices resultados.

En el interin, tanto yo y como el conde, permaneceremos con fingimiento indiferentes; mas vos, que sois nuestros parciales, debéis ejecutar algunas correrias por estas comarcas, siempre al amparo de nuestras fortalezas.

En esta forma fué trasmitiendo sus instrucciones á los

revoltosos nobles el inquieto infante don Juan, cuya ambición era desmesurada, y no desistió de sus deseos. Percibíase el suave albor de un nuevo día, y temerosos de ser descubiertos, enderezáronse cada cual á su respectivo destino, protestando todos alzar bandera contra la dominación de don Sancho.

Al despedirse medió este corto diálogo entre el infante don Juan y su suegro el atrevido conde:

—Me decidís, don Juan, que nada de treguas ni de paces?

—Resistamos lo que nos sea posible.

—Y si el rey accede?

—Desconfiáis.

—Y siendo pruebas terminantes las que se nos presenten, deberemos permanecer en armas, y á abatirémos al punto nuestros pendones?

—Han de ser positivas y reales.

—De cualquier modo, don Juan, cumple recibir á cada momento avisos del caballero don Nuño, y con arreglo á ellos será nuestra actitud.

—Mi leal confidente cerca de don Sancho, mis espías, conde, revelaránme hasta sus mas íntimos pensamientos. Sin perjuicio, continuad vos esas maquinaciones, que yo juzgo han de ocasionar el desconcierto de nuestros enemigos.

—No olvidéis, don Juan, que habeis de ser el futuro regente, y... acaso rey de Castilla. Don Alonso de la Cerda podrá ir á Murcia, y su hermano don Fernando, si os parece, debería optar por alguna dignidad de la Iglesia para que de esta suerte nos dejase mas espedito y desembarazado el negocio. Al fin son nuestros sobrinos, y es de ley asegurarles un porvenir honroso. Por mi parte, nada mas

que la conservación de Aodas, mis villas, lugares y castillos, y en el gobierno el poder que me usurpó el favorito de don Sancho.

— Triunfemos, conde, que despues quedará todo á nuestro gusto arreglado.

— Fórzoso será cumplir nuestras promesas á los que forman alianza con nosotros, porque podrian, resentidos, oponerse luego á la pacífica posesion del gobierno.

— No seáis tan escrupulosos, conde; sea nuestro el triunfo que despues quedarán radicados á la obediencia.

— Y si resisten?

— Se les combate.

— Nos llamarán ingratos.

— Les diremos rebeldes.

— Lo futuro es incierto.

— Nuestro poder será irresistible.

— Vuestra pujanza, don Juan, os alucina.

— Lucharemos.

— Y si nuestros enemigos demandan el auxilio de Portugal, de Aragón ó el de Francia, qué haremos?

— Apelar á otros resortes.

— Cuáles?

— Los halágos, la seducción, la astucia y el terror, si necesidad de él hubiere.

— Lo jurais?

— Me ofendéis, conde; yo jamás retrocedo; me afínco en mi resolución invariable; victoria ó muerte!

— Partiremos á Burgos?

— No, conde; á Valladolid; solos, sin mas que nuestros dos pagés de lanza.

Dejémosles marchar sonreídos de ilusiones, cual las que siempre fascinan á los espíritus ambiciosos, que no en todas sus empresas escapar suelen con ventura.

La reina, de un carácter superior y digno, ejercía grande ascendiente en el ánimo del rey, si bien don Sancho, á impulsos de su genio, rehusaba á veces los consejos mas autorizados, y gobernábase por sí solo.

Residia la reina con sus damas y algunos prelados en Santo Domingo de la Calzada, en donde hallábase ya el caballero don Nuño, jóven aragonés á quien la esposa de don Sancho profesaba un distinguido afecto.

Podria decirse que sus nobles cualidades movieran á don Nuño á constituirse en agente del rey de Aragon, y luego de don Alonso de la Cerda, cuya libertad deseaba, creyendo de buena fé que al fin don Sancho se prestaría á todo.

Empero en todas las conjuraciones sucede lo mismo: unos entran guiados por el espíritu de ambicion, velada ó encubierta con apariencias honrosas; otros por los celos, rivalidad y la envidia, y los hay tambien que toman parte en cualquier complot, escitados por sentimientos decorosos y laudables.

A esta categoría, á esta clase de hombres de honor, correspondia don Nuño Garcés, quien respetando y queriendo extraordinariamente á la reina, conspiraba sin comprenderlo en pró del infante don Juan y del conde de Háró, y por consiguiente, en perjuicio y mengua del rey don Sancho.

—Si vuestra alteza,—decia don Nuño,—interpusiese para con el rey su alto valimiento, la irresistible influencia del amor que le teneis, las discordias terminarian felizmente

en pro de los fúeros de la corona y el bienestar de sus vasallos.

—Y qué dicen, qué narran los descontentos, en qué fundan sus querellas?

—Señor, contra el inclito rey nada murmuran, y menos de vuestra gracia, cuyos sentimientos enaltecen el esplendoroso y magnífico solio en donde brilla el invencible nieto de San Fernando.

—Merced me haces, Nuño; pero si del rey ni de mí tienen queja alguna, ni motivo fundado de desabrimiento, por qué alzan pendones y resisten los mandatos de mi esposo?

—Quejánsese de la privanza, que me habeis de perdonar si lo confieso, con injusto agravio hácia vos, están ejerciendo Leiva, Fernan Perez Maymon, don Juan Nuñez de Lara y otros. Tal vez el rey, á quien Dios gloria le conceda y acierto, ignore sus planes con el de Francia, de quien no es ya un misterio que son ardientes adictos. Vuestra alteza, que estima tanto el honor y la fiel alianza del monarca aragonés, impedirá con sus consejos la realizacion de sus impuros y desastrosos planes.

—No creais, Nuño, lo que os dicen los descontentos; él solo escucha la voz de su conciencia, y se desvela por el triunfo de la religion y la felicidad de sus vasallos: aun no ha resuelto aceptar el pacto que le ofrece el de Francia, ni tampoco tiene interés en malquistarse con el de Aragon, por mas, y es sensiblemente cierto, que razones muy graves obstáculo son para un acomodamiento, cuando los infantes don Alonso y don Fernando de la Cerda, vivamente ansian la libertad para mezclarse en nuestras lastimosas é interminables contiendas. El rey mi amado esposo ha con-

venido en reunir á los prelados y grandes señores para acordar lo mas conveniente.

— Tal conducta le hace digno de nuestro amor y veneracion profunda.

— Su quebrantada salud y la tenaz insistencia del infante don Juan y del conde de Haro, su suegro, han impedido ó impiden desvanecer por completo, y cual todos deseamos, ese espíritu de rebelion que tiene en honda pena á nuestra leal Castilla.

— Al propósito, señora: perdonad si guiado por un cariñoso interés hácia nuestro invicto soberano, y teniendo en cuenta lo delicada que está su salud de algun tiempo á esta parte, ofrezco á vuestra discreta aprobacion un eficaz remedio.

— Y cuál?

— Dignaos oírme: en mi última escursion á Córdoba, y afligido yo por tristísimos recuerdos de privadas contrariedades, merecí de un fiel amigo el que me presentase á un sabio rabino, al parecer oscuro filósofo, de índole pacífica, que allá en los tiempos del ilustre rey don Alfonso prestó importantes servicios, y despues, perdidas sus riquezas, condenóse á una vida solitaria, empleándola en cultivar su hermoso huerto, que se asemeja á un Paraíso. Conoce las virtudes de cien plantas; vislumbra el movimiento de los astros; pronostica su influencia en las alternativas de nuestro destino; y es, en fin, un hombre singular por su excelente acierto y estrañas revelaciones.

— Ya sabéis que don Sancho no huelga mucho de cosas de hechiceria, y fuera de temer una sería reconvencion por su parte.

—Señora, no es hechicero; es únicamente el hombre providencial para los desvalidos que se hallan atormentados por la mas incurable y oscura dolencia. Es además un anciano, juguete de pasadas amarguras, y con el rostro ya hácia la tierra; humilde, prudente y justo. Nada perdería el rey en consultarle, si vuestra discreción se encarga de recomendarle.

—No decís que vive en Córdoba?

—He tenido aviso de que permanece en Logroño, y que va á Navarra, en cuyo reino existe espatriado un deudo suyo muy poderoso; y sin duda, el deseo de implorar su caridad, le conduce á repasar las fronteras.

—Te agradezco este interés: yo lo he de pensar detenidamente y cumplirás mis órdenes; ahora encárgate de enviar esos mensajes á los caudillos de la criminal rebelión, y como consejo mio, díles que depongan su audacia, abatido sus banderas y humillándose ante la clemencia de don Sancho.

Contento salió don Nuño Garcés de esta entrevista, y la comunicó inmediatamente al conde.

Cuatro dias despues hallábase el rey don Sancho en Calahorra, de viaje para Alfaro, y una noche en la cual no le permitian quietud alguna los graves negocios de su gobierno, llamó á sí á su favorito don Juan Nuñez de Lara.

Los reyes, como los demás hombres, buscan á veces en el seno de la confianza el alivio de sus últimas y acerbas desventuras. Nada más justo; lo sensible es, sobre todo para los intereses públicos, que los favoritos esploten en provecho suyo y de sus parciales la generosa protección y la credulidad de los reyes, cuyos ojos ciegos, particu-

larmente en aquellas épocas, con el velo de la lisonja y de la hipocresía de cuántos les rodean; no ven, no descubren, no se aperciben de las miserias ni de los gemidos de los pueblos.

—Nuñez de Lara, —decía don Sancho;—la reina mi señora recomendóme ayer con mucho empeño que admitiese á mi presencia á un sábio rabino del cual se cuentan prodigiosas cualidades: yo estoy atormentado por un pesár que no se á qué atribuirlo; pero siento deteriorarse y aun amenguarse mi salud de un modo lento y desgarrador.

—Nada más importante que vuestra vida, señor, —repuso el favorito:—si me permitís manifestar mi parecer, respetando el de vuestra alteza, y cumpliendo instantáneamente vuestras órdenes, diré que no estoy por consultas de charlatanes codiciosos, que á veces aciertan, aunque las mas son puro desvarío sus pronósticos, y ásquerosos brevajes sus remedios. Con todo, si tenéis alguna fé... consultadle, señor.

—Y qué se pierde?

—Nada, en verdad.

—Pues bien: dispon que una persona de tu confianza marche en su busca á Santo Domingo; que nadie le vea, y que penetre aquí á las altas horas de la noche: tú quedarás en la estancia próxima; y que venga completamente disfrazado: no quiero que se aperciban de esta debilidad, dirigida únicamente á restablecer mi salud.

—Sereis obedecido: perdonadme, sin embargo, os recomiendo mas calma, pues yo creo que el mal que sentís trae origen de continuas cavilaciones; disgustos que os producen esos rebeldes con sus depravados intentos, y cuyo



castigo se hace cada hora mas imperioso, mas necesario, mas urgente.

—Sí, sí, Nuñez: he resuelto, y á este fin, ya les dirigí un emisario para traerlos á mi presencia y ver cómo discurren, y en qué fundan su perseverante rebeldía.

—Les haceis demasiadas concesiones.

—Anhelo que brille la paz entre los cristianos para fijar y dirigir todos nuestros esfuerzos contra los moros.

—Es imposible la avenencia y mútuo acuerdo con esos malvados.

—Lo intentaré.

—Inútilmente.

—Lo veremos.

—Tendreis un desengaño.

—Es que de cualquier modo saldrá á salvo mi dignidad.

—Os mentirán adhesion.

—Estoy prevenido contra su falsía.

—Miradlo bien, señor!

—Vendrán.

—Y qué pensais?

—Que discutan acerca de la pleitesía del monarca Francés ó el de Aragon.

—Y si optan por la primera?

—Satisfarán mis deseos.

—Recibiendo...

—De cualquier modo, el castigo.

Pronunció de una manera tan terrible estas palabras el rey don Sancho, que no quedó duda á su favorito de que al fin sus rivales iban á sufrir algun gravísimo escarmiento.

Lara permiti6se recordar la desmedida ambicion del conde de Haro, y el atrevido furor del infante don Juan, y á este efecto djole el rey un tanto afectado:

—Asáltame la sospecha de si á nuestro valiente y leal escudero Gonzalo habrán herido traidoramente los rebeldes... por ninguna parte se rastrea el destino de aquel buen vasallo.

—En Burgos cuentan que desapareció con otro doncel de mucha bizarría que tomó armas en su hueste y era enemigo de don Gutierre de Velasco.

—Ese viejo intrigante, y siempre enemigo de la paz y de mi persona.

—Despues de la muerte de los dos hechiceros, podria suceder que alguno de los judíos residentes en Burgos, ó de otra parte, hubiesen ejereido una venganza: nadie trasluce su paradero.

—No descansen hasta averiguarlo, y disponed lo que sea indispensable á este objeto. Lo entendeis?

—Señor, desconfiad.

Don Sancho encontrábase cierta noche en uno de esos accesos de melancolía de los cuales ni el mas poderoso mortal se salva, porque la naturaleza y las pasiones idénticas son en todos, y el buen guerrero atormentaba sin querer, á despecho de su indomable bravura, la mente y el corazon con dolorosos recuerdos.

Unas veces se le aparecia la sombra airada de su augusto padre don Alfonso el Sábio, retorciendo su alma con los negros martirios que le hicieron sufrir por sus extravíos y feroces costumbres: otras, para endulzar su tormento, se presentaba á su memoria la imagen de su amor que le son-

rió en sus juveniles y floridos años. Así el invicto rey iba contando las horas, sin hallar consuelo á sus penas ni calma á sus inquietudes, cuando su favorito apareció súbitamente á su presencia.

—Huélgome que vengas, Lara.

—Señor, no vivo sin estar á vuestro lado: cumplida está vuestra orden; el sábio judío, que llegó con uno de mis pages, disfrazado de monge, disfraz que dice le salva muchas veces en sus misteriosas escursiones de caer en manos de los hombres de guerra, solo aguarda que os dignéis recibirle.

—Tomó alimento?

—Y descansó dos horas.

—Bien: conducidle aquí; despues lo que os tengo advertido.

A los pocos instantes penetró en la estancia del rey el Hechicero Daniel, transformado completamente en un venerable ermitaño: su rostro brillaba con apariencia de un fervor evangélico: su mirada era magestuosa, y toda su actitud capaz de infundir el mas sincero y sentido respeto.

—Postróse ante el rey, que le obligó con dulzura á levantarse, y dieron principio á la siguiente conferencia:

—Señor, antes de todo permitidme os tribute gracias por haberos dignado recibir á un tan pobre y desvalido anciano, cuya robustez secóse al soplo destructor del tiempo, como la lozania de las flores á la brisa abrasadora del estío.

Conforme le hubiera de haber juzgado desfavorablemente el rey, chocóle su actitud, y empezó á escucharle con

un interés extraordinario. El fingido anacoreta prosiguió en estos términos:

—Nunca imaginé tal bienandanza: Dios, que se compadece de los humildes, trae sin duda sobre mi este inesperado consuelo.

—Y bien, anciano: hanme dicho que curais las mas oscuras dolencias; que sin ejercer el oficio de la magia, pronosticais los sucesos, y aun que penetráis en las intenciones de los mortales, rasgando el misterioso velo de lo porvenir y de lo desconocido.

—Señor, no es tanta mi fortuna: la esperiencia es la luz que á veces guia mi entendimiento, y suele acertar lo que otros mortales, agenos á la observacion de sus pasiones, desconocen y aun ni lo dan crédito.

—Dónde viviais?

—En Córdoba.

—Cuál fué vuestro origen?

—Señor, juré á vuestro ilustre padre lealtad que no desmentiré á su victorioso hijo: nací en Granada; me crié en Tarifa, y cierta horrible venganza contra algunos de mi linage, me impulsó á pasar á Sevilla, y no estoy pesaroso; pues largos años de paz he disfrutado en Córdoba, ocupándome en un pensil reducido, pero delicioso y envidiado, como las mansiones áureas y esplendentes del profeta.

—No os recuerdo.

—Permaneci como el ángel del silencio en mi soledoso retiro.

—Y cultivabas plantas, cuyas virtudes aseguran son prodigiosas?

—Cierto.

—Y traes algunas?

—Las llevo por si puedo ser útil á los desvalidos enfermos.

Don Sancho esplicó un malestar que padecía, ó exageraba su temperamento bilioso é irascible, y el Hechicero le habló de esta manera:

—La vuestra inquietud mas depende del espíritu que del cuerpo; no obstante que los rigores de las batallas producen á veces tan lastimosos resultados. Vos, señor, padecéis mucho de sobresaltos durante los sueños, no siempre, por desgracia, tranquilos y bonancibles. El estado en que hoy se encuentra el reino, en verdad, no debe ser para la justicia y honra de vuestra alteza muy satisfactorio ni envidiable. Ningun mortal se halla libre de aciagas inquietudes, por robusto que sea su poder y rica su inteligencia. Vos poseis alma grande, y con un leve esfuerzo y la medicina que os prepararé, si gustais, recobrareis pronto un vigor de espíritu sobrehumano. Debeis separar la mente de pasadas venturas, porque en vez de producirós consuelo, debe ocasionaros insufribles pesares. Ninguno está exento de verse en la juventud asaltado de violentas pasiones, mas de una de ellas dulce y seductora, como la del amor, pero que no siempre consigue una felicidad duradera.

Don Sancho suspiró involuntariamente, y apercibióse de ello el Hechicero.

—Es, pues, indispensable,—prosiguió Daniel,—que os dispongais á resistir las inquietudes con la serenidad de vuestro ánimo, y á desvanecer ilusorios fantasmas, pasados aunque placenteros delirios, con la grave resignacion

que cumple á un rey como vos, justo, querido y generoso.

Aunque don Sancho no era afecto á las lisonjas ni á las falsas declamaciones de los intrigantes, porque rechazaba con energía lo que no era conveniente á sus miras y proyectos, ó contrario á su temible genial y severas costumbres, en aquella ocasion, ora porque cediese á la debilidad propia del hombre á quien agrada de continuo la lisonja, bien porque se hallase realmente en un estado fisico poco satisfactorio, ello es, que humilló su orgullo, fascinándose con las apariencias de virtud y de sinceridad del astuto é hipócrita Hechicero.

Y la verdad es que gustaba á su corazon el recuerdo de sus juveniles desvarios, pareciéndose á todos los mortales á quienes complace en determinados momentos la historia de lo pasado, si hay en ella algun vislumbre de ternura capaz de hacer que se hundan en el olvido los acia-gos males de lo presente.

El Hechicero sabia cierta historia de amores del rey don Sancho.

Se propuso utilizar el secreto, representando hábilmente dos papeles, y así realizar mejor su empresa.

La venganza hervia en su corazon, y volcanizaba su diabólica sangre.

Si el conde de Haro conseguia que el escudero, ejecutor de la sentencia contra su hijo, tomase partido con los adversarios del rey en la guerra que intentaba, entonces el Hechicero se descubriria á don Sancho para vengarse á un tiempo del conde y de Gonzalo.

Si este permanecia preso, aunque se opusiera el conde, le era fácil hacer que desapareciese en la hora menos

pensada, quedando así vengado como ardientemente ansiaba su corazón.

De tal suerte, que no convenia á sus proyectos cumplir con exactitud las instrucciones del conde, y sí ganar la voluntad del rey don Sancho, y dar tiempo á enriquecerse y huir despues á Granada, ó irse por último á establecer en Tánger, ú otra ciudad de Africa.

—Admito, con reserva de abandonarlo, si en un tiempo fijo y breve no me es favorable, el remedio de que decis sois poseedor para restablecer mi salud; y ahora quiero probar esa extraordinaria sabiduria que os atribuyen, sin otra intencion que distraerme; pues respecto de la ciencia, no creo mucho en sus prodigios.

—Señor, podeis hacer de mí lo que de vuestro agrado sea; mas no soy tan instruido como dicen, ni en cosas que atañen á la astrología hace ya largos años que me ocupo, y sí en cultivar plantas medicinales á orillas del Guadalquivir, allá en mi oculto albergue, en donde tambien cuidaba de las olorosas y matizadas flores.

—Os ponderan tanto, que es justo, una vez que habeis conseguido verme, probar esa ciencia, pero con una condicion terminante.

El rey pronunció amenazador estas palabras, y al Hechicero se le heló la sangre de pavora.

—Sepamos cuál, si os dignais decirla, señor.

—Que á nadie, á nadie, manifesteis lo que os consulte; de otra suerte, sereis inmediatamente ahorcado.

Daniel se acordó de su hijo y tembló de susto; mas luego sintió que su pecho se enardecia de rabia.

—Señor, si os empeñais, promesa os hago de que solo

el que juzga y ve nuestros pensamientos, y á quien no podemos engañar, sabrá lo que aquí se habla.

El rey le mandó sentar en frente, y dispúsose á oír estrañas indicaciones que le recordaron acerbos disgustos. Nada sospechó por fortuna del Hechicero.

—Qué os parece aflige mi ánimo, fuera de los graves negocios de gobierno?

—Señor... dulces y á la par amargos recuerdos.

—En qué os fundáis?

—Vuestro semblante, y especialmente la luz de vuestros ojos, si no mienten las señales que hoy están fijas, y en analogía con vuestro estado, revelan y son indicio seguro de que padecéis y os atormenta la memoria de un acontecimiento que debió tener lugar hace ya muchos años.

—Estáis cierto?

—Señor, no lo aseguro... mas diria que lo estaba.

—Y bien: no señalarías lo que fué ese suceso?

—Es muy difícil: yo solo alcanzo á conocer sus resultados ó sus efectos.

—Y crees de buena fé, es decir, con plena convicción, que realmente existió ó tuvo lugar ese azaroso pasage de mi vida?

—Lo creo.

—Y no acertarias á decirme cuándo y en dónde?

—Casi es imposible.

—Qué te indica la ciencia? Fué un duelo, una batalla, ó la contrariedad de algun juvenil capricho?

—Lo último.

—Qué causas mediaron?

—Una traicion.



—Y no discurrees quién pudo ser el desleal caballero?

—Es casi imposible.

—Y no te fuera fácil descubrirlo?

—Con el tiempo y algunas indicaciones... tal vez... mas no respondo.

—Te comprometes?

—Señor, me colocais en una situacion desesperada: mi único anhelo es vuestra salud... lo demás debeis olvidarlo.

—Hay ofensas que no se olvidan y bajan con nosotros á la tumba.

—Vuestra grandeza de alma, señor, habrálas, no lo dudo, perdonado.

—Nunca.

—Tan vivo es el interés que os inspira ese recuerdo?

—Me despedaza las entrañas.

—Y qué os prometeis de averiguar quién fué la causa de vuestra amargura?

—Castigarle.

—Y os podria traer, señor, algun beneficio?

—Podria producirme un consuelo. En cierta época de la vida necesitamos de él como del aire para respirar: existen sentimientos que aunque oscuros y velados, porque así lo exigen el deber y el honor, endulzan nuestras penas y son, como ya he dicho, absolutamente necesarios en ciertas circunstancias, para la vida.

—Vos sí que sois un hombre de sabiduría y de reflexion!

—Y qué discurrees acerca del acontecimiento; qué has sospechado?

—Señor, imagino que debió ser algun amor sin ventura. El corazon mas esforzado no está libre de latir por unos

ojos brillantes de dulce fuego, y particularmente cuando en la juventud todo es encantadora ilusion y sentimiento. Vos, aunque desde niño mostrásteis la severidad y braveza que es enaltece, no debísteis hallaros exento de apasionados latidos, y todavia mas vuestro vehemente corazon, que así ha rendido á poderosos contrarios en récias y sangrientas lides, como habrá hecho cautivas de su bizarro sentir á incomparables hermosuras.

—Daria un tesoro por descubrir al desleal que acibaró mi sangre.

—El olvido quizá...

—Ciertos sucesos de nuestra vida se oscurecen como el sol, pero resplandecen nuevamente, renacen cuando el alma los necesita para su alivio.

—Es verdad, señor: sois verdaderamente, y lo juro por el rey de reyes, un sábio... un hombre insigne, de penetracion y de sin par gallardía de espíritu.

Pronunció el Hechicero con tal acento de sinceridad estas palabras, que las creyó don Sancho. Positivamente era un hombre sagaz y de génio indómito, pero como todos, sujeto á flaquezas y á debilidades.

—Me prometéis—dijo el rey—ocuparos de este negocio?

—Señor, dudo sacar partido de mis esfuerzos.

—Exijo que lo hagais.

—Si lo mandais...

—Desde ahora: si aciertas, serás magníficamente recompensado: si me engañas... la horca.

El rey no estaba dispuesto sino á hacer una ligera prueba de sus brebages, consultando préviamente con su favorito, y obligando al judío á que bebiese primero.

Como don Sancho desconfiaba de aquella superchería, no obstante que abundaban entre los de la raza de Daniel los mas instruidos médicos, aplazó para el siguiente dia el tomar la pócima que acordaron, interesándole por el momento convencerse de la ciencia judiciaria ú astrológica, ó ver si todo se reducía á puro charlatanismo.

A la sazón asediaban á don Sancho gravísimas atenciones: el reino se veía dividido en bandos cuyo afán era su privanza, el poder y la grandeza.

Esteriormente, es decir, con relacion á los moros, seguía en paz con el rey de Granada, é hizo treguas con Joseph, que dominaba en Marruecos.

Los valerosos reyes de Aragon que en aquellas revueltas épocas y otras anteriores, distinguéronse brillantemente por sus conquistas, habian ensanchado de un modo extraordinario sus dominios.

Tenia allá por los años de 1288 el rey don Alonso II en sus tierras de Aragon, y en calidad de preso, á Carlos, príncipe de Salerno, lanzado de Sicilia; y habiendo sido puesto en libertad, pasó á Francia y desde allí á Florencia.

Transcribiremos una página de la Historia.

Apaciguados ende los alborotos de los gibelinos, en Roma, finalmente, se le declaró (al príncipe Carlos) por rey de Pulla y de Sicilia por el Papa Nicoláo IV, el que al principio de este año sucedió en lugar de Honorio.

Púsole la corona real en su cabeza con todas las insignias y vestiduras reales.

Pretendia el Pontífice no ser válido el concierto pasado, como hecho sin su licencia, de un reino que de tiempo an-

ligo era feudatario de la Iglesia romana. Esto alteró grandemente el ánimo del rey de Aragón, tanto mas que entendia y le avisaban que el rey don Sancho queria dejar su amistad y avenirse con el rey de Francia, á persuasión del Sumo Pontífice; parecer que aprobaba la reina y don Gonzalo, arzobispo de Toledo, aunque muchos grandes juzgaban debia ser preferida la amistad del rey de Aragón, así por la vecindad de los reinos, como por tener en su poder á los hermanos Cerdas.

Hé aquí la causa, repetimos, por la cual don Sancho véase fuertemente combatido por aciagas contrariedades.

Así que el Hechicero no pudo llegar mas oportunamente.

—Qué nuevas hay de Castilla?—preguntó don Sancho á su favorito don Juan Nuñez de Lara, que al siguiente dia entró á recibir sus órdenes.

—Señor, ni favorables ni adversas.

—Esplicate.

—El infante don Juan, segun mi confidente, salió noches pasadas de Valladolid y tuvo una reunión con algunos de sus parciales; entre ellos dicese que el conde de Haro, mas se ignoran sus acuerdos.

—Entonces nada sabes.

—Sospecho que no se atreven á levantarse contra el poder y legitimidad de vuestra alteza.

—Estás mal enterado.

—Mis agentes merecen completa confianza.

—Pero son ciegos y sordos.

—Señor...

—Ni ven, ni oyen.

—Podrá ser.

—No sabes dónde celebraron la reunion?

—En un sitio próximo á Valladolid.

—Ni las bases de su convenio?

—Asegúrase que por ahora cederán á vuestros mandatos.

—Nada sabes, Lara.

—Señor, no me es posible una averiguacion cumplida de sus planes, mas los vigilo, y vuestra gente de armas se halla dispuesta, y serán escarmentados.

Yo solo soy capaz de reducirlos; empero, la honra de Castilla, el sosiego de mis súbditos, exigen otras medidas: tienen inespugnables fortalezas, las mejores villas, y no cumple un reto á muerte, y hoy mucho menos que surgen por todas partes serias complicaciones.

—Señor, mandad, y sereis prontamente obedecido.

—Astucia, Lara; astucia.

—Empleamos toda aquella de que somos capaces.

—Todavía mas.

—Sereis obedecido.

—El conde es incorregible.

—Es intransigente.

—El infante don Juan ambicioso, y devorado por una implacable envidia.

—El infante, y perdonad, es la causa de esa inquietud que nos rodea.

—Reinará pronto la calma, y serán castigados los culpables.

—Me atreveré á deciros, señor, que el jóven don Nuño Garcés, ese hijo valiente de Aragon, no me inspira confianza.



—Es inofensivo.

—La proteccion que le dispensa la reina, impulsada por sus hidalgos sentimientos, no es favorable á nuestra quietud.

—Nuño Garcés, con su natural franqueza, nos pone al corriente de los proyectos del infante, y por eso no es menos leal á mi persona. La reina le amparó desde muy niño, es su protectora, y tiene seguridades de su fidelidad y esclarecida honra.

—Señor, quisiera equivocarme: pero se dice que es un poderoso auxiliar de los rebeldes. Dias pasados fuese hácia Aragon, y habló con el rey, con los infantes la Cerda y otros adictos á ese vasto plan que amenaza sumergirnos en un mar de calamidades.

—No estuvo en Aragon, y sí en la fortaleza del conde de Haro.

—Señor...

—Lo sé todo, y estoy prevenido.

—Quizá os engañen.

—No lo espero, y por si acaso, dispon que un hombre de mi mesnada, el de mas habilidad, siga los pasos á Nuño Garcés, teniendo presente el respeto que se debe á la reina, la que es preciso no trasluzca nuestros recelos.

—Será puesto en ejecucion vuestro mandato, pero perdonad si os aviso de que esta mañana mandó un mensaje al Hechicero, y parece que ambos se encuentran muy relacionados.

—Sí?

—Así lo sospecho.

—No basta sospechar: son necesarias pruebas.

—Podría suceder que don Nuño, ansioso de consultar su destino, ó de informarse de su salud, se dirija al Hechicero sin acordarse para nada de otros mas delicados negocios.

—Tal vez sus amores ó sus caprichos: mas debes hacer lo que te encargo, que en ello nada se pierde. En cuanto á ese nigromante ó curandero, no está demás que se le vigile, aislándole completamente. Los poderosos siempre estamos rodeados de peligros. Vigilancia y firmeza, que lo demás téngolo ya resuelto.

—Como discurrido por vos, será indudablemente beneficioso á la tranquilidad y ventura de Castilla; empero no os alucineis, señor, por las apariencias, que vuestros enemigos fingirán sumision para despues rebelarse con mas vigor é insolencia.

—Corresponderemos á su doblez: ellos nos enseñan: serán combatidos con iguales armas. Ahora, decid al Hechicero que entre, y pasaré unos instantes oyendo sus mágicos delirios.

El de Lara salió satisfecho, no dudando que el rey habia meditado un terrible escarmiento contra los rebeldes, lo cual daría por resultado la duracion de su privanza.

Don Sancho se preocupó con las misteriosas frases del Hechicero Daniel, y ansiaba probar hasta qué punto sus pronósticos y acertijos ó adivinanzas podían tener vislumbre de fundamento.

—Señor: el rey de los reyes os conceda la salud y los divinos tesoros de la sabiduría y de su gracia;—esclamó dirigiéndose respetuosamente á don Sancho.

—Entrad, Daniel: poneos aquí.

El rey le obligó á colocarse inmediato á su sillón, y ambos quedaron frente á un balcencillo por el cual se descubria un dilatado y nebuloso horizonte.

—Y bien—preguntó el monarca;—has descurrido lo que podrá haber de cierto con relacion á lo que se trató en nuestra última conferencia?

—Maravilloso es, alto señor, el giro de los astros, é impenetrable el rumbo de nuestra existencia: si me permitís expresar lo que señalan el horóscopo y la faz de los cielos, mis vaticinios son bien funestos.

El rey, á pesar de su bizzarria, palideció de espanto.

—Decid, decid sin temor lo que discurráis; mas te advierto que nada me sorprende, y que me rio de tu magia como no ha mucho me rei de ciertas *excomuniones* (1).

—No es deoir que todo lo que se vaticine se cumpla: vuestro indomable valor é inteligencia, neutralizarán quizá los rigores del destino.

—Háblame de mis aventuras de la edad primera: no te engolfes en asuntos enojosos de Estado, que esos los domino con gran holgura.

—Todo se relaciona, y acaso hay analogía, por cierto pesar que os inquieta, entre los asuntos de gobierno y vuestras aventuras juveniles.

—No entiendo: espícate, y no importunes mis oidos con fatídicas y necias predicciones.

Como el mago poseia cierto secreto, intentaba sacar de él partido; mas viendo que don Sancho se impacientaba, y

(1) Habiendo sabido el rey don Sancho, que llegaba un delegado del Papa con objeto de escomulgarle, publicó un edicto mandando le presentasen su cabeza. El Nuncio regresó á Roma.



que su ira causarle podría un trastorno, entró, aunque de un modo tibio y meticuloso, en el laberinto de lo pasado.

—Perdonad, señor... me inspirais tal respeto...

—Dí sin reserva lo que te se ocurra: me distrae tu mágica palabrería.

—Amásteis en vuestra juventud?

El rey tardó en contestarle.

—Amé... con delirio.

—La señora que mereció tan distinguida honra, fué sin ventura, es verdad?

—Cierto.

El rey se impresionó vivamente: empezaba para su corazón un nuevo martirio: el amor y la venganza hervían á un tiempo en su sangre.

—Infeliz! Fué cual estrella perdida en una noche de tempestad.

—Luego tú sabes...

—Señor... adivino...

—Si mientes... mandaré picar tu lengua.

—Son no mas que misteriosos indicios.

—Si ocultas tu sentir, ó la certeza de lo que ahora se trata, vas á sufrir un castigo horrendo!

—Señor... pesaroso estoy de haberos producido este disgusto, ageno á mi voluntad y á mis intenciones.

—Guárte de ser hipócrita!

Don Sañcho comenzó á persuadirse de que el Hechicero sabia los secretos de su juventud.

—Diré noblemente la verdad: sospecho que en vuestros floridos años adorásteis á una sin par belleza, cuya suerte fué desdichada.

—Ciertamente.

—Hubo un caballero...

—Un villano!

—Que os arrebató en flor la gloria y la sagrada imágen de vuestros amores.

—Luz de Satanás...! ó eres diablo, ó te hallas instruido de mis infortunios.

—Lo estoy... pero vaga y confusamente.

—Dí lo que sepas, ó serás descuartizado.

—Podeis, señor, hacer cuanto sea de vuestro capricho: casi en vez de tormento, aliviariais esta existencia penosa é insoportable.

Pronunció el Hechicero estas palabras con tanta resignacion, que dejó atónito al iracundo don Sancho.

—Infierno por tus revelaciones que sabes mis pasadas cuitas: si me descubres el nombre del desleal, del villano traidor que me produjo eterna amargura, te recompensaré del modo que exigen tu ambicion y tus deseos.

El mago recogió esta prenda, mas la guardó para el porvenir, en el caso de no cumplirle el conde la satisfaccion de la venganza contra el escudero Gonzalo, por cuya órden ahorcaron á su hijo.

—No es posible, señor, determinar ahora el nombre de vuestro rival... trascurrido algun tiempo... quizá fuese dable descubrirle: por lo demás, nada ambiciono: la vida se hunde en la eterna noche como el sol en los últimos instantes de su carrera; están hoy satisfechas todas mis ambiciones.

—Y no adivinas de qué medios se valió el traidor para arrebatarme el idolo de mi alma? Pudo ser ella tambien

desleal? porque la duda... sí: la incertidumbre, ha envenenado mi existencia!!!

—La hermosa no fué desleal.

—Lo aseguras?

—Lo adivino.

—Aunque sea una ilusion... endulzas ahora mis eternos y desgarradores martirios..! Vive el traidor?

—Aun existe.

—Vive!! vive! y se libra de mi venganza!!!

El rey espermentó un acceso de furia que hizo temblar de espanto al Hechicero.

—Cómo lo sabes? Dilo... revela su nombre... ó en este momento vas á ser víctima de mi enojo.

—Perdonad, señor, y calmaos: pudiera equivocarme en mis juicios y ocasionar la ruina y la afrenta de un inocente.

—Sabeis el nombre de la que fué señora de mi albedrío?

—Lo ignoro.

—Vive?

—La ciencia... mi observacion... mis delicadas investigaciones... todo me señala, todo me induce á creer que no existe.

—Infame!

—Calmad, señor... de otra suerte no desplegaré mis labios aunque dispongais se me castigue del modo mas tremebundo.

—Pues oye: te mando descubras al asesino de mi felicidad.

—Con una condicion.

—Cuál?

—Que habeis de otorgarme una gracia.

—Otorgada.

—En ese caso, os ruego me permitais un corto plazo.

—Concedido. Ahora esplicame otro misterio de cierta reciente aventura, pues voy creyendo que no es brujeria tu incomprendible ciencia.

—Mandad, señor.

—Hace poco tiempo han desaparecido de Burgos dos guerreros: el uno merecia mi estimacion, y era de los de mi guardia; no se descubre su paradero ni si algun vengativo y cruel demonio lo ha hecho desaparecer para siempre. El nombre de uno es Gonzalo; el del otro, Rodrigo de Aguilera.

El Hechicero sorprendióse amargamente, y tuvo necesidad de esforzarse para no evidenciar su conflicto. Despues contestó fria é indiferentemente:

—Lo consultaré.

—Me interesa.

—Pronto sereis obedecido.

—Marchad.

Inmediatamente mandó venir á su favorito.

—Escucha, Lara: ese mago es el mismo Satanás: vigí-  
lale muy de cerca: que nadie le hable, y tenle seguro...

—Tan temible es, señor?

—Se halla al corriente de la triste aventura de Aurora...

—Qué decís?

—Oculta sagázmente el nombre del traidor... pero debe saber interesantes pormenores de aquella desgracia.

—No os fieis de las apariencias... algun rumor... un leve indicio... suficientes son para que esos magos finjan hallarse al corriente de lo que absolutamente ignoran.

—Es imposible que ese judío, Hechicero ó diablo, no sepa las circunstancias de aquel suceso: esplórale con astucia, prométele una gran recompensa... emplea las mas atroces amenazas... en fin, descubre lo que puedas, y te deberé un importante servicio.

—Haré cuanto discurrir pueda, y en ello me holgaré mucho.

—Qué novedades hay de Valladolid?

—Ninguna.

—Nada?

—Nada.

—Estás como siempre.

—Señor...

—Vigilais poco...

—Señor, no descanso.

—Urge reunir á esos rebeldes. Intentan una insurreccion en toda Castilla.

—Me sorprende que sepais lo que tan oculto y misterioso está.

—Lo sé todo.

—Mandad, y sereis rápidamente obedecido.

—Dispon que para de hoy en quince dias se hallen retidos en Alfaro el infante don Juan, el inquieto Diego Lopez de Campos, el conde de Haro, su hermano, y convoca además al Arzobispo de Toledo, á los Obispos de Astorga, de Palencia, de Tuy, al de esta ciudad de Calahorra y demás prelados y ricos-homes.

—El objeto de esta junta...

—Urge saber si es conveniente la pleitesía del rey de Aragon, ó la del rey de Francia. Estoy por la de este últi-

mo, pero importa llenar las formalidades de costumbre, y sin el asentimiento de esos señores, á nada procederé por mas urgente que sea.

—Es el caso que resistirán...

—Enviaré mis cartas, amonestándoles la concordia, y ofreciéndoles olvido de tantos desafueros, y una reparacion de lo que hubieren sido perjudicados.

—Ved, señor, que hay riesgo de reunir á los díscolos, y turbar podrian la paz á vuestra presencia.

—Si vienen sumisos, el bien será para ellos; si faltan á su deber, sufrirán un castigo terrible é instantáneo.

—Dispondré...

—Nada.

—Un número de hombres...

—Ninguno.

—Y quién, en caso de necesidad, podria salir...

—Yo solo.

—Traerán su contingente de armas.

—Cumplid mis órdenes: despejad.

El favorito hallábase cada vez mas aturdido, viendo á don Sancho resuelto á escarmentar á los culpables, pero sin las medidas que en idénticas circunstancias suelen adoptarse.

El valor del rey era extraordinario, y capaz por consiguiente de las mas atrevidas empresas.

Tornemos, carísimo lector, á la imponente fortaleza feudal, y veamos qué ha sido del bachiller y del astuto page.

## CAPITULO XI.

---

### EL CANTO DEL PRISIONERO.

- La suerte es la que ha deparado este feliz encuentro.
- Es cosa de la Providencia.
- Que vela siempre por los desventurados.
- Y qué hacemos ahora?
- Ahora, querido bachiller, vamos á probar fortuna: falta lo esencial: de poco nos servirá esta llave, si no damos con la puertecilla secreta que está, de seguro, en este dormitorio.

Así contestaba Manrique á Roldan, despues que hubo hallado la llavecita de que le habló Jorge el de la caña.

Largo tiempo trascurrió hasta el dichoso hallazgo; pues tuvieron que hacer detenidas y minuciosas investigaciones,

hasta que en una especie de estante de ébano con preciosos embutidos y ricos arabescos, en el cual tenia el conde sus papeles y alhajas, se encontró lo que Manrique inútilmente y con ansiedad habia buscado antes.

Descorrieron los tapices, levantaron algunos sitiales, y por último, el bachiller Roldan exclamó lleno de júbilo:

—Aquí está, Manrique! *Próspera fuit sollicitudo nostral*  
Nos favorecen los hados.

Corrió el page, y positivamente, la puertecilla estaba descubierta no lejos del lujoso lecho del conde.

—Esperad.

—Diantre! y qué oscuro debe ser este infernal caracol!

—No bajéis... detened. Falta que podamos ahora llegar hasta las prisiones: hay despues de esta escalera un largo pasadizo, y al extremo otra puerta: si se halla cerrada, como si no hubiésemos encontrado la llave; si está abierta, entonces, cuando mas, podríamos hacer concebir algunas esperanzas á los infelices prisioneros.

—Yo me encargo,—dijo el bachiller,—de seducir al carcelero.

—Imposible!

—Alucinaré su fantasia.

—Es sordo: á nadie escucha.

—Manifestándose tímido, y cual decís, preocupado con los remordimientos...

—Es mudo: á nadie habla.

—En ese caso, dispuestas las cosas...

—Nos esponemos.

—Es preciso dar libertad á los cautivos, á esos inocentes.

—Con ciertas precauciones.



—Me comprometo á realizar nuestros justos deseos.

—Haced en cuenta que el conde llegará cuando menos se piense... y si trasluce nuestros planes, nos manda ahorcar así como si fuésemos dos desalmados asesinos.

—Cuerpo de Lucifer! Y hemos de consentir que sucumban tan bizarros donceles? Yo lo arriesgo todo. *Omnia pro libertate sua...* Todo por su salvacion!

Manrique tomó la linterna, y encargando al bachiller que le siguiese con absoluto silencio, bajaron la escalera, que era reducida en extremo.

—Por San Lucas! qué este caracol es mas estrecho que alma de condenado...!

—Seguidme, y no habéis palabra; el carcelero suele vigilar y descender á deshora á los calabozos; y si nos descubre... perdemos nuestro afán, y las consecuencias podrian ser terribles.

Bajaron hasta dar en una angosta, húmeda y larga bóveda, á cuyo término habia una puerta con chapas de hierro.

Registraron, y únicamente contenia un grueso cerrojo: con dificultad pudieron moverle, pero al fin, franca la entrada á otro pequeño pasadizo, encontráronse cercanos á las prisiones, que una tras otra tenian sus correspondientes puertas de hierro tambien, y completamente cerradas.

Se descubrian unas regillas altas, que enfrente de las del lado opuesto, que caian á un patio, daban un ténue y miserable rayo de luz á los calabozos.

La oscuridad era profunda, y un aire húmedo incomodaba al bachiller y al page, que parecian dos nocturnos fantasmas.

Escucharon unos instantes, é iban á convenir en el medio de comunicarse con los infortunados que en el fondo de las prisiones gemian, cuando resonó melancólica, suave, pero melodiosa la voz de Aguilera, que entonaba esta canción tristísima, tan triste como el estado de su alma.

Lóbrega es la pena mia:  
 oscura cual la mansion  
 que dióme la suerte impia,  
 do la bella luz del dia  
 no alienta mi corazon.

Habed caridad  
 de este prisionero,  
 que allá junto al Duero  
 gozó libertad.

El alma triste se queja  
 de su odiosa esclavitud,  
 y del duelo en que la deja  
 el ver entre dura reja  
 mi acuitada juventud.

Habed caridad  
 de este prisionero,  
 que allá junto al Duero  
 gozó libertad.

El dia es noche profunda  
 en tan lúgubre prision:  
 cruel pena, sin segunda,  
 la que en hora tremebunda  
 angustió mi corazon.

Habed caridad  
 de este prisionero,  
 que allá junto al Duero  
 gozó libertad.

Si al fin de la imagen bella,  
 casta deidad de mi amor,  
 viese la Luz que destella...  
 endulzara mi querella,  
 mitigaría el dolor.

Habed caridad  
 de este prisionero,  
 que allá junto al Duero  
 gozó libertad.

Corri la orilla del Duero  
 tranquilo, siempre jovial;  
 sin que el hado, hoy tan rastrero,  
 anublase lastimero  
 mi ventura celestial.

X

Ay! Elvira...

tus amores  
 son las flores,  
 á quienes trunca  
 el huracan.

El destino,  
 despiadado,  
 ha marchitado  
 mi alegría,  
 mi dulce afan!

Por ti sufre  
 entre cadenas  
 hondas penas,  
 puro, inocente,  
 mi limpio honor.

Mi consuelo  
 es tu memoria,  
 rica gloria,  
 y de un triste  
 luz de amor.

Piedad! Señor  
de tu prisionero,  
que fué junto al Duero  
feliz trovador!

Rodrigo de Aguilera habia entonado esta letra mas bien por un desahogo y expansion, que por implorar gracia de sus opresores.

Naturalmente, sospechaba que aquellos gruesos muros no habian de transmitir los ecos angustiados de su afliccion.

Vivo interés produjo en Roldan, y no menos en el alma de Manrique, aquel acento dulce y á la par grave y quejumbroso.

—Ois?

—Silencio! reflexionad que pueden espiarnos—contestó el page.

—El desgraciado, canta sus desventuras.

—Convendria que nos escuchase—observó Manrique.

—Yo le llamaré á esta regilla, y vereis qué júbilo experimenta al persuadirse que está aquí su leal compañero.

—No, por Dios..!—interrumpióle el page.—No seria prudente: acaso el mucho dolor que sufre, le haria sentir una sorpresa terrible. Yo le llamaré, y os ruego no despleguéis los lábios, ínterin no lo juzguemos oportuno.

Manrique dió con el mango de la daga tres golpes en la gran puerta del calabozo.

Rodrigo, que despues de la cancion tornado habia á sus melancólicas y habituales meditaciones, quedó como sorprendido, y cual si despertase de un sueño puso atencion, y repetidos que fueron los golpes, se alzó del asiento y fuese á la puerta.

- Rodrigo!
- Será posible?
- Noble Rodrigo!
- Esa voz...!
- Buen Aguilera... acercaos.
- Pardiez...! si estaré soñando...!
- Llegaos, que os interesa.
- Quién va?
- Un amigo.
- En estas soledades no lo espero.—Y despues dijo para sí, como recelando alguna emboscada;—si será un espía que viene en busca de importantes revelaciones.
- Acercaos sin temor.
- Quién á estas horas me llama?
- El que desea vuestra salvacion.
- Qué escucho! Dios mio...!
- Venid mas cerca.
- Quién sois? Cómo os llamais?
- Perdonad si oculto el nombre: soy un amigo.
- Paréceme cosa de encantamento y de hechicería: en estas horas, ante gruesas barras de hierro; en el fondo de tan sombríos é inespugnables muros... no, no es posible se aparezca un amigo, que, cual otro ángel de ventura, llegue á endulzar mis dolorosas aflicciones.
- Así reflexionaba el infeliz Aguilera, muy ageno de creer en la aparicion de dos almas caritativas, de dos leales amigos.
- Llegaos, Aguilera; no perdamos tiempo.
- Magüer, que si no decís el nombre, guardaréme de hablar una sola palabra.

—Soy un page del señor de esta fortaleza, y soy el escudo de los desventurados.

—Eres sacorredor y amparador de los que gimen y sufren: demás que debéis ser noble y compasivo.

—Tengo noticias de Burgos.

—Ciudad para mi fatídica: de ella me arrebataron los diablos.

—Oid: conozco á vuestros perseguidores.

—Gran fortuna si lograis apiadarlos, pues soy un inocente.

—Así lo creo: por esta razon procuraré salvaros.

—Imposible!

—Escuchad: un amigo que os quiere de corazón, ha descubierto un medio seguro... mas es fuerza esperar unos dias, y entre tanto no deseconfiemos de la misericordia del cielo.

—Y ese amigo llegó á esta fortaleza?

—Hoy mora en sus muros.

—Su nombre?

—Roldan.

—Aguilera dió un suspiro involuntario de satisfaccion, y desde entonces aplicó el rostro á la regilla de la puerta.

—Le habeis vos hablado?

—Hemos convenido entre los dos arriesgar nuestra existencia por conseguir vuestra libertad.

—Loada sea la Virgen! Sabeis de mi compañero Gonzalo?

—Nada.

—Debe yacer en una de estas próximas y maldecidas mazmorras.

- Libre que seais vos, tambien lo será Gonzalo.
- Y Roldan?
- Aquí está, Rodrigo;—contestó el bachiller.  
Aguilera volvió á suspirar de alegría.
- Paréceme un sueño que te halles en estos sitios, amado Roldan.
- Pues no es una vision; que aquí estoy en cuerpo y alma, respirando este infernal ambiente.
- Y quién es el poderoso mago que aquí nos sepultó cruelmente?
- Silencio! Aguilera, —dijo Roldan;—tu importancia, sin duda, es grande, cuando así te han hecho este desaguisado; pero nosotros, con el auxilio del cielo, romperemos esas cadenas y quedará burlada la sabiduria de los brujos. *Labor omnia vincit*: nuestra constancia lo vencerá todo.
- Cuando recordeis, quizá estaremos pendientes de la mas alta almena de este castillo, porque presumo que debe serlo.
- No te engañas, Rodrigo; fortaleza es, y su castellano un poderoso magnate.
- Y qué mal hice yo á su honra?
- Silencio!
- Es por ventura del padre de Elvira?
- No.
- Y qué es de la hermosa deidad, señora de mis pensamientos? La infeliz gime en el sombrío claustro de las Huelgas, ó á estas horas tal vez habrá ofrecido su casta mano á mi fiero enemigo Alvar de Luna! Esta incertidumbre tráeme sin aliento! sepa yo que me ama, que es libre

su amor... y todo... todo este infortunio sabré sufrir con paciencia!

—Elvira yace tambien dentro de estos formidables muros.

—Qué me cuentas, Roldan amigo?

—Es cierto.

—Loado sea el Señor! Pero encerrada tambien?

—No, y sí; porque la impertinente Argos, la estúpida dueña, no la pierde de vista, y no goza otra libertad que el asomarse á las rejas de su recinto. Es como tú, desventurada.

—Y la has visto, Roldan?

—Merced á mi astucia, pues has de saber que me tienen por un santo romero, pude hablarla y convencerme de que eres apasionadamente correspondido.

—Qué felicidad!

—Lo fuera realmente, si estuviéses lejos de esta mazmorra.

—Aun aquí soy feliz, como sea cierto que Elvira me ama: su imagen me sonreirá en medio de mis amarguras, y la esperanza, ese rayo consolador de los afligidos, animará mi corazon para que pueda sobrellevar tan acerbas tribulaciones.

—Lo que interesa es romper tu cautiverio: déjate de sueños encantados: *Libertas super omnia felicitas est*. Lo primero es la libertad. Confía en nuestro cariño, y no dudes que brillará una aurora riente y feliz para tus amores.

—Veréisla otra vez?

—Y ciento.

—Asegúrala mi firmeza.



—Convencida se halla de que eres un amante fiel é hidalgo.

En mucho tiempo imaginóse Rodrigo de Aguilera que habia experimentado un delicioso y magnífico ensueño, y se devanaba el sentido por descubrir el modo y forma de que se valdria el bachiller Roldan para hospedarse en la fortaleza, y no ser descubierto en sus generosos planes.

Despidiéronse de Rodrigo, y pasaron á la puerta de la prision inmediata.

Yacia el escudero como aletargado de pena y de desesperacion, pues aunque su alma era firme é imperturbable, íbasele concluyendo la paciencia para sufrir tan prolongada cautividad.

—Quién sois?—preguntó el prisionero cuando hubo escuchado su nombre, despues de haber golpeado á la puerta.

—Gonzalo!

—Quién me llama?

—Roldan!

—Cuerpo de bruja! tú por estos sombríos lugares? tambien caiste en la trampa?

—No, Gonzalo; estoy libre: acércate y sabrás cosas importantes.

—No puedo: me tienen como á un leon, asido con fuertes cadenas, y solo me permiten descansar en este duro asiento de piedra.

—Pronto recobrarás tu libertad.

—Qué dices? te burlas? quién te condujo á este sitio? podrás decirme en dónde me encuentro?

—En una fortaleza.

—Diantre!

—Yo vine con el disfraz de peregrino.

—Cuerpo de diablo! Y qué piensas?

—Romper vuestras cadenas.

—Bizarra es la intencion, pero dudo que lo alcances. Cuida no te echen las garras. Y el carcelero?

—No le conozco.

—Y de qué medio te has valido para bajar á estas prisiones?

—Por el favor de un page que se ha compadecido de vuestras desventuras.

—Dadle gracias por su caridad. Y quién es el infanzon que á tal desabrimiento nos trajo?

—Un magnate.

—Su nombre?

—Silencio!

—Temes?

—Nos espian.

—Güarte, Roldan, y ten cautela.

—Sufre con resignacion lo poco que te falta de tormento.

—Estás seguro?

—Confio.

—Dios te oiga.

—El te ampare, y te aliente en lo que te resta de martirio.

—Animo tengo... y ahora mas, en la confianza de que he de escarmentar á mis enemigos.

Saludaron al escudero, y recelosos de ser sorprendidos, tornaron á subir la escalerilla secreta que daba al dormitorio del conde.

Gran resultado fué para sus proyectos el haber encon-

trado la llave: dejóla Manrique en su sitio, y retirados á su habitacion, dijeron y conferenciaron de esta manera:

—Qué os parece?

—Buen agüero: recobrarán su libertad.

—Y las consecuencias, señor bachiller?

—Las consecuencias no las temo: consigamos nuestro propósito, y *Laus Deo*.

—Y qué pensais?

—No hay sino dos medios: dos caminos: dos resortes.

—Veamos.

—Dar muerte á Jaime.

—No es conveniente.

—No es el carcelero un asesino?

—Y bien...

—Le hacemos justicia.

—No lo apruebo.

—Otra cosa.

—Cuál?

—Le sorprendemos dormido, le atamos, le quitamos las llaves; se da suelta á Gonzalo, y con él solo hay suficiente para acabar con todos los guardas y ballesteros de la fortaleza.

—En parte habeis razon, señor bachiller, pero qué hacemos de Elvira?

—La conduciremos al sitio que ella designe, y si va con su amante, no dudo que irá de muy buena gana.

—Verdad... mas es el caso que no tiene parientes, y por doquier cruzan las bandas, compañías ó huestes del infante don Juan, del conde y de otros enemigos del rey don Sancho.

—Nada mas seguro que ponerla bajo el poderoso amparo del rey.

—Consultaremos su voluntad.

—Si andais en consultas... trascurrirá un tiempo precioso, y tal vez sean descubiertas nuestras intenciones.

—Y qué hacer?

—Buscad un asilo para Elvira.

—Y la dueña?

—Doña Bereanguela quedará encerrada en el oratorio, y por veinte y cuatro horas que durará su cautiverio, no hay peligro de que sucumba: además que se la dispensa un favor, puesto que hace penitencia con el ayuno.

—Bien pensado.

—Como cosa mía.

—Y las consecuencias?

—Voto á Lucifer...! Os arrepentís!

—No.

—Pues entonces, dentro de tres dias están en libertad Rodrigo y Aguilera.

—Quedamos.

—En que vos, Manrique, buscáis un asilo para Elvira: que Gonzalo y Aguilera partirán á dar cuenta al rey de tamaña alevosía.

—Y vos y...

—Los dos iremos tambien.

—Deseo decir al rey don Sancho mis infortunios, y retar al conde ante el *Juicio de Dios*.

—Y estais resuelto?

—Firmemente resuelto, señor bachiller.

—He discurrido que convendria... para mas completa

*seguranza... traer... si... traer unos cuantos amigos... por si hay lucha ó refriega y nos vemos precisados á contrarrestar cualquier contratiempo que sobrevenga.*

—Decis bien... mas no es fácil introducirlos en el castillo sin despertar recelos, y nos trastornaría nuestros magníficos planes.

—Dejad á mi cuidado ese asunto.

—Bastará que sorprendamos al carcelero; se le deja maniatado: libres ya nuestros amigos, descendamos á la porterna, se sorprenden los vigilantes, y cuando el conde se aperciba del suceso, estamos todos en salvo.

—No impide que yo procure otras seguridades.

—Lo que dispongais.

—Queda resuelto y acordado.

Se despidieron afectuosamente, y cada cual fué á su estancia en busca de sosiego, y ansiando que la luz del dia permitiese ver ó descubrir un horizonte mas dichoso para su generosa y audaz empresa.

Cuando Elvira supo el cautiverio de Rodrigo y que se hallaba dentro del torreón, estuvo próxima á quedar sin sentido: de tal suerte le impresionó aquella estraña é inesperada noticia.

Venciendo sus escrúpulos, sus temores, y convenciéndola de la necesidad de que Rodrigo de Aguilera se inspirase de aliento y de esperanza para sufrir su martirio, consiguió el page Manrique, y alcanzó de la sencillez y del amor de Elvira, que á la siguiente noche bajase á la bóveda para que su dulce voz fuese oida por el infortunado prisionero.

La dueña continuaba preocupada con la santidad del

fingido peregrino, y el bachiller Roldan, con sus ademanes y astucia, acrecentó en la beata un error que les era en extremo favorable.

El carcelero yacía taciturno y sombrío como nunca: enmudeció para los infelices presos; y por último, recordando la amenaza de Manrique, despachó al conde un ballestero, íntimo amigo, y tan feroz y reservado como él. Instruyóle del atrevimiento del page y del deseo de venganza del Hechicero, de quien temia un atentado. Su rudeza exageró el peligro, y el ballestero que tal mensaje llevaba, creyó de buena fé en sus abultadas cavilaciones, y como es consiguiente, y á pesar de su reserva, comunicó el miedo á otros camaradas, y pronto en todo el castillo se difundió una terrible alarma, un sordo rumor de cercanos y fatales acaecimientos.

Pensaba el brutal carcelero, dado ya el aviso á su señor, realizar su propósito con el infeliz Gonzalo y disculparse con el nigromante, á quien iba creyendo como si positivamente fuese un fantasma, un vestiglo, un endriago, ó el mas famoso brujo de aquella época.

## CAPITULO XII.

---

### EL SOBRESALTO.

Diversas, aunque igualmente vivas y consoladoras, fueron las emociones que durante aquella noche experimentaron el escudero y el trovador.

No acertaban el medio de que se habria valido el generoso bachiller Roldan para proporcionarse la entrada en el subterráneo, y era indecible su júbilo al ver su arrojo y los peligros que corría por salvarlos de aquel injusto padecimiento.

Muy de mañana había Roldan conferenciado con la petulante y gazmoña dueña, cuya ridícula credulidad sirvió á las mil maravillas para su propósito. Convenciola de que debía permitir á Elvira permanecer en el oratorio algunas horas, sin ser vista por nadie, á cuyo efecto dispuso en-

tregarla unas leyendas místicas y en extremo edificantes. Fingió Elvira arrepentirse de sus amores con Aguilera, y de buena ley juzgó la dueña que Roldán hacia poco menos que portentosos milagros. Es verdad, que merced también á ciertos requisitos, á muy suaves y picarescas sonrisas y cariñosas demostraciones, que no rehusaba la vetusta moigigata, logró Roldán que todo saliese como se imaginaron.

Sonó la oracion: un recogimiento profundo se observaba en la fortaleza: únicamente se advertía en el zaguan, ó pequeño cuerpo de guardia cierto rumor, producido por un grupo de ballesteros, que entre otras cosas decían:

—No lo dudes, Santiago; aquí hay encantadores.

—Calla, por Dios, Fortun.

—Lo que oyes.

—También yo lo creó.

—Y yo.

—Pues según mis noticias, debe ocurrir pronto algo que de contar sea

—Nada temais: apuremos este jarro, y venga después lo que Dios quiera.

—Ello es que Jaime, el carcelero, me encargó mucha vigilancia.

—De ningún modo mejor que apurando sendos tragos de este tintillo que sabe á gloria.

—Y cómo calienta!

—Así como así, la noche está de hielo.

—Cáspita y qué frío se siente!

—Jaime nos consuela: bebamos á su salud.

—Con prudencia, que hay que hacer algunas rondas dentro del castillo.



—Para qué?

—Esa es la orden que he recibido.

—Graciosa está la noche para rondas ni velas.

—Aquí me las den todas: que vengan aquí los brujos, vereis qué escarmiento sufren.

—Silencio y obedezcamos.

—Pero antes apuraremos...

—Lo que gustéis.

—Yo creo que toda esa retabilla y baraunda de encantadores no pasa de sospechas: tengo para mí que debe andar por estos contornos algun espía del rey don Sancho, y como nuestro gefe el señor conde y su yerno el infante don Juan, dicen que...

—Dicen, lo que no importa saber; allá se las compongan: nosotros guardándole fidelidad, hemos cumplido.

—Claro: mas eso no quita que...

—Son cuestiones que no están á nuestro alcance.

—Pero nos alcanzan los golpes de lanza, las saetas, los grillos y la horca, por su culpa.

—Silencio!

—No murmures de cosas que...

—Tienes razon: bebamos; nuestra suerte es siempre la misma: obediencia y esclavitud: se sirven de nuestro valor, somos sus siervos y debemos morir...

—Cuando ellos lo manden.

—Justamente.

—No, eso no es justo.

—Sea lo que quiera, guardaos de murmurar... que las paredes oyen.

—Os estoy escuchando, y paréceme que no acertais la

causa del terror y zozobra que hoy se advierte en la fortaleza.

—Oid: oid.

—Ausente el señor conde, cuya bizzarria nadie pondrá en duda, hay recelo de que el rey don Sancho, ó su favorito don Juan Nuñez de Lara, ó Leiva, ó Manzanedo, ó en fin, cualquiera otro, se descuelge por esas tierras y cerquen el castillo y nos degüellen á todos. Es lo que únicamente se teme.

—Friolera!

—Pues no es lo que decís.

—No?

—Es imposible.

—Lo que es imposible es permanecer quietos en parte alguna, porque las revueltas se suceden unas á otras, y corremos á cada hora sendos peligros.

—Desde que el mundo es mundo sucede lo mismo y sucederá siempre. Guerra y mas guerra..! Ambicion y mas ambicion..!

—Lo mismo digo.

—Sí, sí, bebamos y ardá el mundo..! el batallar es nuestro *sino*..! Vengan combates! Sus! Santiago! Cierra España y á ellos!

—Vengan copas! digo yo, y vamos con ellas!

—Qué combates ni qué ocho diablos: por ahora no hay peligro: existen paces con los moros de Granada.

—Sí; pero en vez de luchar los cristianos contra los moros, que seria lo conveniente, luchan los cristianos entre sí, con ofensa de Dios y de nuestra patria.

—Tiene razon.

- Hablas como un obispo.
- Y si no, vereis pronto lo que sucede.
- Mañana es tarde.
- Ahora mismo.
- Si es cierto lo que dicen...
- Qué sabes tú, si estás mas sujeto y á oscuras que un zorro en la madriguera?
- Yo...
- Tú...
- Yo, viejo ya y corrido, preveo...
- A ver; oigamos.
- Sí, sí, escuchemos.
- Pero antes, otras copas.
- No hay inconveniente: bebamos.
- Decia, que vaticino horrendos males.
- Déjate de tristes presentimientos.
- No lo digo porque tenga miedo, que ya pueden si quieren ahullar ante la fortaleza, bien los moros, bien los parciales del rey don Sancho.
- Siempre fuistes un valiente.
- He cumplido con lealtad mis obligaciones y á nadie temo.
- Prosigue.
- Quería manifestaros, que, ó el rey sucumbe ante las exigencias y poderoso valimiento del infante don Juan y del conde, y en ese caso enciéndese la guerra contra el rey de Francia y el de Aragon, ó don Sancho, si triunfa con el auxilio del primero, cuya pleitesía parece que ha solicitado, y entonces, adios mi dinero... nos pasan á cuchillo, y el conde, el infante y sus principales compañe-

ros de armas pararán en una mazmorra, si es que libran de un solemne escarmiento.

—Lo que es por hoy...

—Lo que es por hoy existe verdadera y fundada sospecha.

—De qué?

—De que habrá ó estallará una furiosa borrasca.

—Ya puede retronar.

—Y si no decidme... sabéis quiénes son esos prisioneros que tanto custodia Jaime?

—Dicen que son...

—Algunos pobres diablos.

—Son dos ilustres infanzones de la corte del rey.

—En ese caso, tenemos chamusquina.

—El castillo es inexpugnable.

—Sí, pero otros mas fuertes se rinden.

—Sobre todo, procuremos que no nos falten víveres.

—Sobre todo, vino.

—Es la primera necesidad.

—Con el vino...

—No hay sed...

—Con el vino...

—No hay pereza.

—No hay miedo.

—Hay muchas sandeces: callad.

—Tiene razon: prosigue.

—Ello es, que si realmente los presos pertenecen á la comitiva del rey don Sancho, es de temer que los rescaten á fuerza de pelear contra nosotros.

—Yo tambien lo creo.

—Los que han traído de Burgos son dos espías á quienes el conde guarda á buen recaudo, interin descubre las intenciones del rey.

—Son dos personajes.

—Que sean.

—Aqui hay duende!

—Pues yo sospecho cosa de amores.

—Estás loco?

—Sin duda el vino...

—Ni con diez cántaros se me trastorna á mí la cabeza: cuanto mas apuro, mas firme estoy.

—Como que te hace contrapeso.

—Es innegable que existe un embrollo de amores; y si no esa hermosa jóven que parece tambien cautiva, lo está revelando bien á las claras: qué sabemos si algún importante señor de la corte la solicita y se la han arrebatado!

—No seas imbécil.

—Esa peregrina beldad...

—Tiene su amante.

—Y quién es?

—Dios y ella lo saben.

—Pues entonces, quién te asegura que el mismo rey..?

—Calla, Fortun; el vino te pierde.

—Veremos quién acierta.

Conjeturando así pasaban las primeras horas de una noche oscura y fria los veteranos ballesteros, á quienes en verdad, Jaime habia encargado mucha vigilancia por dos razones: porque experimentaba aciagas consecuencias despues de la entrevista con Manrique, y además que le era conve-

niente producir alarma en la fortaleza para ejecutar su diabólico proyecto.

El bachiller Roldan habia conseguido de la dueña el permiso para que Elvira pasára en el oratorio dos horas, en tanto que ella rezaba en su retirada estancia.

Advertido el page de tan buenos resultados, se puso de acuerdo con Elvira, y el bachiller, pretestando saludar á un venerable sacerdote de las cercanias del castillo, salió temprano con palabra de volver de allí á poco tiempo.

Manrique, recatado el rostro, y con la linterna oculta entre el ferreruero, esperaba impaciente á la hermosa doncella.

Salió esta con extraordinaria timidez de la capilla, envuelta en un negro manto de terciopelo, y siguió los pasos de Manrique sin pronunciar una sola palabra. Ambos se dirigieron al dormitorio del conde; y despues, por la oscura escalera, al fondo de la bóveda ó del subterráneo.

Elvira experimentó un frio glacial que junto con la pavor que le inspiraba tan horrendo sitio, causáronla una impresion funesta, de la que á ruegos y juiciosas reflexiones logró sacarla Manrique.

—Rodrigo,—preguntó el page, tocando sus labios con las heladas barras de la regilla del calabozo.

—Quién sois?

—Manrique. Dormiais?

—Huyó el sueño de mis ojos.

—Acercaos.

—Dios os guarde: os esperaba con ansiedad.

Elvira palpitaba de inquietud y al mismo tiempo de ternura.

—Pensais en Elvira?

—No la olvido un momento: despues de Dios es la luz de mi existencia.

—Deseais contemplar su hermosura?

—No aumenteis mi rigor: cuándo llegará ese feliz instante?

—Pronto.

—Me consolais.

—Acercaos: tendreis serenidad para oir á Elvira?

—Su voz es mi aliento, y si tardo en escucharla sucumbo de duelo y melancolía! Hoy he sufrido mucho: el carcelero bajó tarde, y me trató bruscamente.

—Valor, Rodrigo.

—La imágen de Elvira me sostiene.

—Rodrigo..! Esclamó la doncella vertiendo un mar de lágrimas.

Al oir Aguilera su penetrante y amorosa voz, casi estuvo para desfaller de encantadora sorpresa.

—Elvira de mi alma! te has dignado venir hasta la sepulcral mansion en que habito? Eres un ángel! y no te veo el rostro! Consuélame con una mirada..!

Manrique tenia oculta la linterna, y aunque con dificultad la aproximó la espesa reja y Rodrigo vió algun vislumbre de la bella faz de la candorosa Elvira.

Es indecible el sentimiento de dulzura que experimentó su corazon, atribulado con tantos sinsabores.

Manrique pasó á la puerta inmediata á saludar á Gonzalo, interin los dos amantes desahogaban sus ardientes afectos y sus penas.

—El cielo dispone que nos halleemos en un mismo recin-

to, pero Satanás, que nos persigue, nos tiene aprisionados, y hace que gruesos y denegridos muros intercepten á mis ojos los rayos deslumbradores de tu hermosura. Elvira! Elvira! cuánto sufre por adorarte!

—Calma tu desesperacion.

—No puedo.

—Dios te dará fuerzas.

—La injusticia de nuestros perseguidores es insopórtable: me abruma.

—Tengo esperanza de ver desbaratados sus inícuos proyectos.

—Dios lo permita!

—Oye, Rodrigo: mi anhelo es que al fin mi padre...

—Tu padre!

—A veces...

—Sí, á veces en lugar de padre asemeja ser uno.

—Su rigor es en demasia.

—Es un tirano.

—Se convencerá de que es inútil su empeño.

—Si gozo libertad algun dia...

—Plegue á Dios sea mañana!

—Entonces yo te libraré de esa tiranía que sufres; descubriremos quizá... lo que no imaginas.

—Nuestro amor es el único afan de mi vida: no quiero tesoros, ni valimiento, ni pompa: una sencilla morada en el campo, en un desierto, basta para ser feliz, con tal de que respiremos un mismo aire y un mismo techo nós albergue.

—Qué delicioso porvenir, Elvira!

—Dios oirá y acojerá nuestros fervientes votos.



—La Virgen se apiade de nosotros, y escuche sus humildes oraciones!

—A todo estoy resuelta.

—Me das aliento, Elvira: luego que rompa estos ignominiosos hierros, le salvaré para siempre; y el rey, sí, el rey será nuestro valdór contra los barbaros verdugos que nos persiguen.

—Ten confianza.

—El cielo es justo, y no despirá los clamores del inocente.

A la sazón escucháronse pisadas en el cercano patio al cual daban unas rejas, que aunque muy altas, trasmittian el eco de aquel extraño rumor.

Manrique fuese inmediatamente hácia Elvira, que apenas tuvo tiempo de decir adios á Rodrigo, porque al mismo tiempo describian por la parte del patio un enorme cerrojo, á cuyo éstrépito lanzó un grito, y cayó desmayada en los brazos del page.

Entreabrióse un poco la puerta, lo bastante para que el que intentaba penetrar viesese aunque confusamente la escena, y Manrique se convenciese de que el aparecido era el sombrío carcelero, el taciturno Jaime.

Penoso trabajo costó á Manrique dirigir á Elvira hácia la escalera, y gracias á que el carcelero, que á su vez experimentó un tremendo sobresalto, tornóse á refugiar en el cuerpo de guardia de los ballesteros.

Manrique pudo reanimar á la doncella, consiguiendo por fin encontrarse en el dormitorio del conde, pasando á ver inmediatamente á la dueña doña Berenguela, quien la esperaba con ansiedad.

Todos sufrieron un gran susto, é hicieronse mil conjeturas acerca de aquel instantáneo ruido.

Por supuesto que Jaime creyó, á pesar de su ruda valentía, que ó eran fantasmas, ó que los enemigos del conde de Haro posesionándose habian ya de la fortaleza.

—Qué ocurre, Jaime?—preguntó el veterano de los ballesteros.

—Que el mismo Satanás debe hallarse dentro del castillo. No sé qué habeis hecho.

—Vigilar.

—Dormir.

—No, Jaime: beber.

—Bien se os conoce.

—Pero qué pasa?

—Lo ignoro.

—Pues entonces...

—Si nada has visto...

—He visto.

—El qué?

—Gente de guerra debe haber penetrado en el castillo.

—Por dónde?

—Vosotros lo sabreis.

—Es decir...

—Es decir que hay desleales.

—Voto á Muza...!—esclamó lleno de cólera el gefe de los ballesteros, y tomaron todos la actitud de defenderse, y aun amenazando escarmentar á Jaime si desconfiaba de su valor y fidelidad.

—Lo que digo, y no me vuelvo atrás.

—Aquí no hay enemigos: todos vigilan por la quietud y

defensa de la fortaleza: tu miedo es el que abulta las cosas: nosotros nada hemos notado: hay centinelas en sus respectivas posiciones: fuera del castillo nada se advierte; luego...

—Luego, yo miento.

—Está claro.

—Pues está muy turbio.

—Espílicate.

—Bajaba á las prisiones con objeto de ver si descansaban los presos, y á otros asuntos mas graves que allí tenia que despachar... cuando al abrir la puerta que dá al patio de las caballerizas... siento ruido de armas, un rumor fuerte, y por último, abro y veo una luz, un hombre cubierto con un manto negro y algunos otros con armas deslumbrantes.

—Y qué hicistes?

—Cerrar otra vez la puerta y venirme hácia vosotros.

—Alerta! Vamos: pronto..! y el veterano de los ballesteros distribuyó convenientemente la fuerza con especial encargo de recorrer todo el castillo, y de salir hasta el muro exterior á ver si notaban ó advertian alguna cosa que pudiese descubrir la aparicion de gente estraña y enemiga.

Quedaron con el veterano cuatro ballesteros para acompañar á Jaime, y con él marcharse hácia las prisiones.

Rodrigo de Aguilera apercibióse del susto de Elvira, mas juzgó que el natural temor de su espíritu habria quizá producido su sobresalto.

Quedó en cierto modo sin zozobra, y tornóse á su miserable lecho, animada la fantasia con mil encantadoras ilusiones.

Gonzalo, por lo que pudo escuchar á Manrique, discurrió que algun plan de salvacion existia, pero no confiaba en el éxito. Sin embargo, consolóse un poco y esperaba con impaciencia los sucesos.

Con esquisita vigilancia recorrian los ballesteros hasta los mas oscuros rincones de la fortaleza, empero nada vislumbraban que pudiese dar crédito á la alarma que ocasionó Jaime.

Este con su ronda llegó al patio, y con mucha precaucion púsose á escuchar en la puerta que daba frente á los calabozos.

Ni el mas leve ruido se percibia.

—Lo ves?—dijo el veterano.

—Sí lo veo.

—Ya pensaba yo lo que seria.

—El qué?

—Miedo.

—Oyes?—y retiróse prontamente de la puerta.

Ciertamente se oyeron pasos en la galería ó pasadizo subterráneo, y los ballesteros daban ya la razon á Jaime.

Sucedio que al desmayarse Elvira, y por salir lo mas bien de aquel conflicto, el page Manrique dejó caer la linterna y su daga por recibir en sus brazos á la doncella, que hubo de llevar casi arrastrando hasta la escalerilla.

Cuando transcurrido habia algun tiempo volvió á bajar Manrique por los indicados efectos, con el fin de que Jaime no sospechase sus intenciones y diera aviso al orgulloso conde.

Manrique oyó tambien el rumor de los ballesteros en el patio, y retiróse inmediatamente sin llevarse la daga ni la

linterna, resuelto á dejar correr la aventura y no dudando ya de que el carcelero vigilaba cuidadosamente durante aquella noche.

—Qué os parece?

—Tienes razon, Jaime... pero abramos, y veremos quiénes son los que andan por el subterráneo.—Así observaba el gefe.

—De ningun modo—repušo Jaime;—y si hay gran número de enemigos?

—Imposible: por dónde han entrado?

—A saber.

—Yo iré el primero, y así saldremos de incertidumbre.

—Somos pocos: que vengan otros cinco, y sea lo que Dios quiera: mi responsabilidad es grande: don Tello, antiguo alcaide del castillo está en cama: el señor conde ausente: si los presos logran burlar mi vigilancia... de seguro me bamboleo en la horca.

Despachó á uno de los ballesteros para que le acompañasen otros cinco, y llegados estos, y tomadas las convenientes precauciones, se abrió la puerta y penetraron todos.

Nada vieron á lo largo de la galería, pero cuando Jaime encontró el puñal y la linterna, osclamó horrorizado:

—Mirad si decia yo que andaban los demonios por la fortaleza: mirad!

—Tienes razon: alguien anduvo por estos sitios.

Jaime penetró en los calabozos con los ballesteros, y Aguilera, á quien no tenia costumbre de incomodar, le miró con el mas soberano desprecio.

Practicó un escrupuloso registro sin hallar cosa que pudiese alarmarle.

En el calabozo de Gonzalo hizo la misma investigación, sin que tampoco resultase nada de lo que temía.

—Mucho acompañamiento traes—dijole el valiente escudero.

—El que necesito.

—Siempre fuiste un cobarde. Qué buscas á estas horas, cuerpo de Satanás!

—Ya te dirán pronto lo que busco.

—El deseo vil de inquietarnos. No te basta el tenerme entre cadenas?

—Y aun eso es poco.

Los ballesteros no pasaron de la puerta, de suerte que vieron de lado al infeliz cautivo, sin poder sospechar qué clase de hombre sería: oyeron, sí, su ronca voz, y por sus expresiones juzgaban debía tener un corazón bizarro.

—Has oído algun rumor por la parte de afuera?—preguntó Jaime á Gonzalo.

—Tú, que tienes el encargo de vigilar debes saberlo, y si no averiguarlo.

—Por eso lo pregunto.

—Pues te cansas en balde.

—Pronto pagarás tu insolencia.

—Con tal de no verte, daré por bien venida mi última hora.

—Ya está marcada.

—Tampoco la tuya se hará esperar mucho tiempo.

Este pronóstico aterró á Jaime.

—Mucho sabes para estar entre paredes.

—Lo adivino.

—No serás tú el que veas ese castigo que pronosticas.

—O puede ser que sí.

—Miserable! qué has de hacer tú?

—Ahora nada: quítame las cadenas, y aunque entre toda esa turba que traes en tu compañía, verás lo que tarde en dar cuenta de vosotros.

—De tí es de quien la darán pronto.

—No lo extraño hallándome en tu poder: siempre has servido para tan infames acciones.

Temeroso el carcelero de que Gonzalo descubriese alguno de sus horribles lunares, cerró bruscamente la puerta y retiróse con los ballesteros al cuerpo de guardia, en donde ya esperaban los otros, cumplida su misión ó realizada su ronda por toda la fortaleza.

—Aquí están;—esclamó el gefe—qué habeis visto?

—Nada.

—Yo sí he visto...

—Lo que nosotros... nada.

—Escuché por la parte del Norte así como un tropel...

—De grajos, sin duda.

—Silencio!—Y todos quedaron con la mayor atención á ver qué decía su gefe, quien prosiguió de esta suerte:

—Jaimé hablaba con fundamento: aquí están las pruebas: este puñal y esta linterna se han encontrado en la galería de las prisiones, á la puerta misma de los calabozos; debe por consiguiente haber penetrado alguien con intencion de favorecer la fuga de los presos: ahora, podrá ser algun morador del castillo, y no es fácil adivinar quién sea.

—Debe ser gente estraña-interrumpió Jaime, quien desde luego culpaba á Manrique, mas le suponía auxiliado por algunos enemigos del conde: por otra parte, le era conveniente exagerar el peligro para realizar su vil proyecto contra Gonzalo.

—No creo que sea gente estraña, y sí alguno de los moradores del castillo-insistió el gefe de los ballesteros.

—Se ha dicho—esclamó uno de sus camaradas,—se sabe que no ha muchas noches estuvo aquí un Hechicero, y y cuando el diablo anda metido en este embrollo, no es de estrañar que sucedan estas cosas tan estraordinarias y sobrenaturales:

—Dice bien.

—Yo no temo á los brujos.

—Pues yo pelearé de mejor gana con todos los agarenos de Tanager y de Tarifa que con un brujo; porque un diablo hiera y no puede ser herido.

—Así es.

—Por mi parte, si andan encantadores de por medio me labo las manos, y aquí me busquen: no salgo á vigilar en toda la noche.

—Tú irás donde yo te mande.

—Si vos lo mandais...

—Silencio! tú,—al carcelero—te vas á descansar, y mañana avisa de todo al señor conde: yo vigilaré esta noche, y respondo de la seguridad del castillo.



### CAPITULO XIII.

#### LA CONJURACION.

Al dia siguiente corrió Manrique á la cabaña del virtuoso Jorge.

—Pálido estás, Manrique—esclamó el labriego mirando atentamente el rostro juvenil del page.

—Y es verdad..!—añadió Martina.—Qué te sucede, hijo mio?

—Estoy dado á los diablos!

—Diantre! volvemos á los hechizos?

—La cosa no está del todo satisfactoria.

—Qué hay?

—Nada bueno.

—Explicáte, Manrique: has cometido alguna ligereza?

—El desconocido, aquel jóven que parecia tan santo...

—Desde luego desconfié de su faz hipócrita.

—Padeceis una equivocacion, Jorge; no es lo que pensais: por el contrario, es un amigo que favorece mis proyectos.

—Ya decia yo que su semblante no era de hombre malo—observó Martina con un aire de triunfo, como quien queda satisfecho de un juicio acertado y prudente.

—Por esta vez—dijo el buen Jorge,—segun manifiestas he padecido un error, y si es como aseguras, me huelgo en verdad de mi falta de acierto.

—Ese jóven es un bachiller de Burgos, de extraordinaria instruccion, de genio alegre y de travesura.

—Qué te parece? Y asemejaba la mansedumbre de un santo...!—esclamó la cándida Martina.

—No fui yo tan estraviado en mis juicios—añadió Jorge.

—Así es ciertamente.

—Y qué fin le condujo al castillo?

—El de salvar á los prisioneros.

—Los conoce?

—Son sus íntimos camaradas.

—Luego se ha descubierto...

—Por un milagro.

—Loada sea la Santísima Virgen!

—Y quiénes son?

—Un trovador jóven y apuesto, amante de Elvira, y el otro un mancebo de colosal bizzarria, balletero y page de lanza del rey don Sancho.

—Jesucristo! Y cómo y por qué se encuentran sufriendo tamaña é injusta esclavitud?

—Un Hechicero, el padre de Elvira y el conde los mañ-

daron traer de Burgos, en cuya ciudad fueron sorprendidos de un modo alevoso é infame.

—Si andan hechiceros, qué otra cosa puede suceder?

—Infelices! Horrenda suerte les aguarda!

—Se salvarán.

—Y cómo?

—Arriesgándolo todo.

—Te espones, Manrique; por Dios, mira lo que haces.

—Entre el bachiller y yo hemos discurrido un medio seguro.

—Vana ilusion!

—Tengo confianza, y el éxito corresponderá á nuestros deseos, que no son otros que salvar á la inocencia oprimida.

—Te dejas llevar del fuego del corazon, y te precipitas, Manrique: mucha prudencia, hijo mio.

—Cuento con vuestra proteccion.

—Y qué podemos hacer—esclamó Jorge, derramando lágrimas—qué amparo podrán dispensarte dos pobres viejos cuya mirada se fija ya en el sepulcro?

—Unicamente os exijo que deis hospitalidad á Elvira; yo partiré á la corte del rey don Sancho despues que se hallen libres los dos desgraciados prisioneros.

—Has pensado bien lo que intentas?

—Estoy resuelto.

—Si el conde trasluce que damos albergue á la virtuosa doncella, ó su padre, no respetarán nuestra ancianidad, y despues de ser nosotros víctimas, no conseguireis vuestros laudables deseos.

—Habed confianza, que Dios favorece nuestros designios.

—Mira, Jorge—interrumpió Martina;—en casa de mi abija—

da la molinera puede refugiarse esa jóven, y estará tan segura cual si estuviese en un templo.

—Es un delirio, Manrique: meditad bien lo que proyectais.

—Es cosa acordada: traeremos á Elvira, y vos dadia vuestro amparo interin el rey exige la responsabilidad á los culpables.

—Si no hay otro remedio, se hará lo que se pueda en favor de esa infeliz criatura; y á propósito: no lejos de aquí, en un profundo valle cercado de espesura, existe una cabaña que se abandonó há largo-tiempo, y que yo mismo habité cuando labraba las tierras, hoy eriales y en el mas completo abandono: allí, con una persona de nuestra confianza estará Elvira, siempre que sea por corto espacio, pues de otra suerte nos espondriamos á un grave peligro.

—Sois la misma virtud, Jorge—dijo Manrique estrechándole entre sus brazos.

—Por la virtud haré toda clase de sacrificios.

—Lo demás corre de mi cuenta: se llevarán viandas y lo que se necesite. No temais riesgo alguno: el conde se halla en Valladolid con el infante don Juan y otros infanzones, y se susurra que unidos al rey de Aragon comenzará un duelo á muerte. Yo estoy por el rey don Sancho, y á su bizarría y nobleza fio la causa de la inocencia.

—Tambien el rey don Sancho, no quisiera ofenderle—dijo Jorge,—culpable ha sido de tanto desórden: principió accediendo á las ambiciosas demandas del infante y del conde; redujo á prision á sus sobrinos la Cerda; pactó lo que no cumplió... y en fin, Dios se lo perdone: mas no poco se debe á su condescendencia con los magnates y á su

genio altivo con quien debió mostrar mansedumbre y dulzura. Es el rey; obedezcamos, y el cielo sea servido en concederle sobre sus contrarios la mas cumplida victoria.

Luego Manrique, aprovechando la ausencia de Martina, dijo misteriosamente algunas palabras á Jorge y regresó á la fortaleza.

Pocas horas despues, al declinar la tarde, reunidos se se hallaban en un chiscon de Burgos varios hombres de guerra, otros aventureros y una vieja, que aparecióse en la cavernosa estancia, sin duda buscando á cierto galan para instruirle de las querellas de su dama.

—Vamos, Dorotea, —esclamó uno de los valentones;— dínos la verdad: tú vienes aquí...

—Vengo á beber un sorbito para reanimar las fuerzas, y á marcharme en santa paz á ofrecerme al Cristo de la Buena Muerte, que ya no tardarán en sonar las oraciones.

Se espresaba así la hipócrita vieja cuyos instintos, nada honestos, eran bien públicos en la ciudad.

—O nos dices á qué vienes... ó no sales de aquí en toda la noche;—la dijo uno de los mas audaces que habia en el oscuro garito.

—Déjame, Alma-negra: eres muy atrevido.

—Y tú muy bruja.

—Alabado sea Dios! Y qué heregia!

—Por ventura, no sabemos todos que has hechizado á muchos galanes?

—Mientes, Alma-negra, mientes; yo soy una buena cristiana.

—Como Judas.

—Tienes razon ,-interrumpió al entrar un perdonavidas de feroz aspecto y de respetables mostachos.

—Quién te ofende , madre Dorotea ?

—Calla! dijo Alma-negra.-Si el hijo se parece á la madre...

—Sois un imprudente : esta pobre mujer...

—Es una bruja ,-esclamó á un tiempo casi la mayoria de los que se hallaban en el tabernáculo.

—Mentís , miserables!-Al punto sacó su tizona el defensor de Dorotea , y uniéndose á él otros dos aventureros , quedaron en actitud de habérselas contra sus agresores , que no eran menos valientes.

—Repito que es una hechicera.

—Mientes , bellaco!

—Digo verdad , y vuesarcé es un amparador de la heregia.

—Y el cuchillo de los calumniadores.

Y pusieronse todos en guardia : la vieja Dorotea se apresuró á escapar sagazmente del garito , recelosa de haber si no espiado sus nefandas culpas.

Chocáronse las espadas , y á los gritos de Dorotea , y á las descomunales voces del dueño de aquel escondrijo de vagos y truhanes , convirtiósese la estancia en un infierno , amenazando correr la sangre á torrentes.

Mas segun ocurre entre la gente de igual calaña , no sucedió catástrofe alguna , porque bastó la presencia de un tercero en discordia , y tan feliz casualidad evitó un horroroso lance.

—Alló! Paz entre los buenos!-esclamó el que entraba.

—Dice bien : paz! paz! Habed compasion de mi pobreza! Si viene la justicia... soy perdido... Señores , paz!

A estas exclamaciones del amo del garito, y á la llegada de otro valenton compañero de los contendientes, suspendióse el duelo, amainaron su furia, y todo quedó en tranquila actitud y grave silencio.

—Por qué reñiais?

—Por una calumnia de Alma-negra.

—No es poca la que le haceis dándole ese honroso apodo.

—He dicho y sostengo, yo, Bernardo Ruiz Ponce, Alma-negra, ó blanca, segun querais, que Dorotea es una vieja embaucadora de vírgenes, ladrona de galanes, vil estafadora de jovenzuelos hidalgos.

—Hablas como un apóstol, Alma-negra. Yo, Alonso Batalla, voz de trueno, corta-pendencias, ó como querais-dijo el recién llegado—sostendré á cuchillo, saeta, lanza ó maza, contra uno, dos, tres y ciento, que dice verdad Alma-negra.

Al principio se encogieron de hombros los circunstantes, como estupefactos de aquel tremebundo reto; mas desvanecida la primera impresion, exclamó el que hubo de salir á la defensa de la beata:

—Pues yo, Lain Ramirez, fiijo-dalgo de solar, por otro nombre Corta-Lunas, respetando á vuesarcé, me afínco en que Dorotea es una santa, inculpable de todo sortilegio, hechicería ó maleficio, y el que lo contrario dijere habrá de ser mantenedor de lo que falsamente asegura, rostro á rostro, con daga ó espada, delante del que os reta como valedor y escudo de una mujer anciana y desvalida.

Riéronse todos de este exabrupto ó baladronada, y hubiera comenzado Corta-lunas á dar tajos y reveses, á no haberle puesto la mano en el hombro el intrépido Alonso Batalla, en señal de inteligencia y de concordia.

—Estais, seor hidalgo-le dijo-muy garrido y donoso en verdad: ya se vé... Dorotea os guía por buen camino en vuestros amores con doña Luz, la perla de Burgos, y debéis agradecer tan importantes brujerías; venid: apuraremos un par de jarros, y tranquilamente se arreglará este negocio.

Un grito de aclamacion resonó en el tugurio, chiscon, ó tabernáculo, y todos se pusieron al rededor de una mesa, resueltos á dar al traste con sus infundadas rencillas.

—Yo sostuve que esa beata-dijo Alma-negra,-tiene pacto con el demonio...

—Silencio! Ruiz Ponce-interrumpió Alonso Batalla:-no se vuelve á nombrar á la bruja.

—Importa esclarecer un hecho.

—No hay hechos que valgan. Por el Cid, que no se consiente hablar de mujeriles trapisondas.

—Lo cierto es, que el bachiller Roldan y el valiente escudero Gonzalo han desaparecido.

—Y qué hemos de hacer? yo tambien lamento su desgracia; pero son cosas de guerra: cayeron en manos de sus enemigos, y acabóse el cuento; que hagan lo que yo: no pertenecer á ningun bando.

—La culpa fué de Dorotea que los dió un bebedizo.

—Tambien crees tú en duendes y hechicerías?

—Los hechos hablan.

—Paréceme que el vino es el que agita por demás tu lengua. Calla! ó no respondo...

—Aunque me amenaceis, seor Alonso Corta-pendencias, sostendré aquí, en todas partes, á cualquier hora, del mo-



do que gustéis; sostendré, digo, que Dorotea es una encantadora...

—Já, já, já... si es mas horrible que Satanás..!

—Es una hechicera y perjura!

Tornóse á promover el bullicio, volvió á levantarse la gente, y todo hacia presumir que estallaría una sangrienta borrasca.

Por suerte de unos y de otros asomó cierto embozado cuyo trage interior, envuelto en una larga capa negra, era al parecer humilde y desaliñado, trayendo hasta las cejas ancho birrete sin plumas, y el cabello en luengas y despeinadas trenzas.

—Seais quien fuéredes, buenos hidalgos, estais, contra honor y fama, defendiendo á una mujer hechura del demonio, candileja del infierno, sabandija de Plutón, serpiente fascinadora con dulce voz de sirena, y en fin, con todos los feos y sucios vicios que inventó el ángel rebelde.

Atónitos permanecieron unos instantes, hasta que el bravo Alonso Batalla, Corta-pendencias, exclamó con su natural voz de trueno:

—Bien venido seais si venís en buena ley y con intentos de apurar unas copas en nuestra compañía: pero si llegais con barruntos de camorra, os digo que podéis desalojar la vivienda si no quereis que se os magullen ó hagan harina vuestras descarnadas costillas, seor esqueleto.

—Soy en su guarda—prorumpió Alma-negra.

—Aunque lo seais todos—añadió Alonso Batalla.

—Alto! y ceda el combate! Por una bruja, no es de ley que se den de cuchilladas los hidalgos.

—Y diciendo esto, retiró el embozo y se escuchó esta unánime exclamación:

—Roldan! el bachiller Roldan!

Universal contentamento reinó en el oscuro albergue de Baco. Le saludaban con alegría, le abrazaban, y por último, le hubieron de obligar á que se sentase y refiriese la tan estraña causa de su repentina ausencia.

—Creimos te hubiesen arrebatado los diablos, buen amigo Roldan—esclamó Alma—negra.

—Poco menos, señores.

—Qué te ha ocurrido?

—A dónde fuistes á dar con tu cuerpo?

—Qué fué de tu persona en tantas semanas?

—Burgos ha llorado tu ausencia.

—Sobre todo, sus hijas, que vertieron mas lágrimas que las de Sion.

—Especialmente Rosaura, la Renegadilla y otras visibles y altivas beldades por el estilo.

—Los tabernáculos se vistieron de luto; las callejuelas han permanecido sin lances ni músicas nocturnas, porque tú fuiste siempre la alegría de la ciudad.

Por este orden significaron los compañeros de Roldan su afecto al que conceptuaban el alma de todas sus travesuras y diversiones.

Luego el bachiller comenzó á insinuarse con esta ridícula importancia.

—Amigos míos, *laudati Dominum*..! Dad gracias al cielo de que estoy otra vez entre vosotros, pero aunque me veis, me encuentro en otra parte: soy y no soy: vengo y me quedo: ando y sigo sin moverme: busco y no hallo: *incer-*

*titudo conturbat animam meam*: la duda trastorna mi cabeza.

—Dadle mas vino, que ya se va aclarará la vista.

—Dices bien: dadme ese bálsamo para que endulce este acerbo rigor de mi forzada ausencia.

—Y por qué abandonaste la ciudad?

—No: la ciudad me abandonó á mi.

—Espícate, Roldan, sabremos tus aventuras.

—Fuí sacado de Burgos en alas...

—De algun cuervo hechicero?

—No.

—De algun enorme buho?

—No.

—De un grifo?

—Tampoco.

—Pues de qué manera?

—Salí en alas de mi deseo...

—Toma!

—Qué ocurrencia!

—Bebamos á la salud del bachiller!

—Por su buen humor!

—Como iba diciendo, salí de Burgos cierta noche acompañado...

—De quién?

—De mi misma persona, de furiosos truenos y de un diluviar que me caló hasta la médula de los tobillos.

—Diantre!

—Voto al infierno!

—La noche era en verdad nada poética, aunque yo iba en busca de un trovador.

- Te has vuelto loco?
- Dime con quién andas...
- Estuve en mi sano juicio: el sentimiento de la amistad me indujo á acometer la mas árdua empresa que Roldan, el de la Maza y el Cid Campeador, acometieron en toda su vida.
- Bachiller, estás convertido en un campeon terrible.
- No fué cosa de duelo ni de combates: iba rastreando el rumbo de mi camarada Rodrigo de Aguilera y del incomparable Gonzalo Mata-fieras, que sin saber cómo ni cuándo, así por arte de encantamento, viéronse conducidos á viva fuerza á una inmunda mazmorra.
- En tierra de moros?
- No: en una fortaleza de cristianos.
- Cuerpo de Satanás, qué aventura!
- Estupenda, amigos míos! No os podéis imaginar cuánto he sufrido por descubrir á esos dos inocentes que gimen en el mas aciago cautiverio! Hambre, frio, sed, fatiga, sustos y otros mil desabrimientos he afrontado durante mi larga y cruel ausencia.
- Pero al fin, los has visto?
- No.
- Pues no dices...
- Encontré su paradero, y de él no saldrán si la misericordia divina, amparadora de la inocencia, no se compadece de su infortunio.
- Y dónde se encuentran?
- En un castillo.
- Cuál?
- Perdonad si no revelo su nombre.

—Vienes en demasia grave y misterioso.

—Así lo exige la ventura de nuestros camaradas.

—Y qué has visto por esos mundos?

—Señores feudales con mas orgullo que Almanzor: hermosuras hechiceras de ojos azules y cabellos de oro, y algunas de tez blanca y trenzas de luciente y lustroso ébano: pagecillos almibarados, galanteadores y astutos: y en fin, dueñas impertinentes con luengos rosarios y el demonio en las entrañas.

—Habrás recibido gajes y honores en calidad de santo romero, de místico y solitario caminante.

—He asistido á los banquetes de los señores... *gaudeamus in domino*..! Descansó mi humanidad sobre mullidos lechos, y fui hasta requerido por caslas y devotas doncellas.

—Apostaría que vas á lanzarte á esa vida de aventuras y regocijos.

—De todo hay en la heredad del Señor: tambien esperiménté crueles privaciones, durmiendo en miserables albergues, acosado por los perros en las montañas, y lo que es peor... vapuleado por los hombres de guerra, que de todo entienden menos de hipocresías y de devociones.

—Y bien, qué resultará de nuestros infelices amigos Gonzalo y Aguilera?

—Espuestos se hallan á ocupar contra su voluntad un puesto muy alto y airoso.

—Cuál?

—La horca.

—Es posible? Qué lastima!

—*Nulla es redemptio*: no hay salvacion, á no ser que

sus esforzados y antiguos camaradas se comprometan á seguir mi suerte y á secundar mis proyectos.

—Lo dudais?

—Me seguireis?

—Hasta el infierno.

Por tan universal aclamacion comprendió el bachiller que podria contar con sus valerosos amigos; empero deseoso de cerciorase prosiguió con su tono enfático de esta manera:

—Cumple que hablemos de corazon, y bajo palabra de hidalgos cada cual se ofrezca á lo que la libertad de aquellos desgraciados exija.

—Yo Alonso Batalla, lo juro.

—Yo Alma-Negra, lo cumpliré.

—Yo Corta-lunas, jamás he faltado.

Por este orden siguieron todos.

—Basta, señores-interrumpió alborozado el bachiller.

—Ahora os voy á manifestar los riesgos y percances...

—No hay temor alguno: adelante, exclamó Alma-negra.

—Buena es que sepamos á lo que nos esponemos.

—Es inútil, tratándose de hombres como nosotros, cuando les guía la noble idea de salvar á unos inocentes y oprimidos compañeros;—dijo enérgicamente el hidalgo Laina Ramirez, Corta-lunas.

—Bien! Me envanezco de semejantes amigos—repuso el bachiller Roldan, y despues añadió:

—Lo primero que exije se reduce á que no me preguntéis á dónde vamos; el objeto ya lo sabeis: lo segundo á que se haga lo que yo ejecute, que vistais como yo visto,

que aparenteis lo que yo aparente ó finja, y dejad á mi lealtad lo restante: precisa que nuestro humilde hábito ó traje haraposo, oculte las convenientes armas, sobre todo afilados cuchillos.

Se miraban unos á otros sin acertar la clase de empresa ó de aventura á que les encaminaba el travieso bachiller; mas como era dispuesto á continuos y azarosos lances, aceptaron con júbilo el de salvar á Gonzalo y al trovador Aguilera.

—Estamos corrientes—dijo Roldan:—mañana á la oracion en este sitio: que uno de vosotros tenga fuera de la ciudad los vestidos. Lo demas... de mi cuenta. *Fortuna intrepidí hominis est.* El que tiene valor sale por cualquier parte.

Bebieron alegremente, y como en toda reunion siempre suele haber especial simpatía por alguno, el bachiller Roldan apreciaba en extremo al valenton Alma-negra, con quien se retiró del tabernáculo, y á quien habló así en la calle.

—Mira Alma-negra: todos me infunden confianza.

—Y no te equivocas: te dejarán airoso.

—Bien: pero en tí la tengo extraordinaria.

—Me correspondes.

—Deseo me digas si quieres complacerme.

—A todas horas.

—Pues oye: la infame bruja Dorotea es la causa de la prision de Aguilera y de Gonzalo.

—Recuerda que milagrosamente tú y yo nos salvamos.

—Cierto: por esta razon, y sin que sea una vil venganza...

—Entiendo.

—Y cuándo?

—La hora es intempestiva, aunque por otra parte es en la que debe estar en su escondrijo.

—No cambió de morada?

—Sí: pero la he seguido la pista.

—Pues entonces, vamos.

—Vamos.

Y se dirijieron á una oscura callejuela que daba en un barrio escéntrico de Burgos.

—Aquí solo viven—decía el bachiller—renegados, espías de los moros, alcahuetas, brujos y sabandijas. Conviene ir prevenidos.

—No hay cuidado; yo tengo aquí á la señora de mis pensamientos,—contestó Alma-negra—y todas las noches frecuento estos sitios sin que nadie me intercepte el paso.

—Con que aquí vive, eh?

—Cabalmente.

—Buena será la alcurnia de tu señora.

—Cuando se ha prendado de un hombre como yo...  
figúrate.

—Ya, pero tú, por solo ser hombre y un mozo tan garrido que mañana puede llegar á la gloria...

—Vendes proteccion, Roldan?

—Otros mas humildes y mas cobardes que tú ascendieron á la cumbre de los honores.

—Nada ambiciono.

A esta sazon dieron frente á una portezuela ojival con grueso llamador, sin que en la fachada hubiese otro balcon ni otros miradores que un ventanillo, apenas perceptible atendida la oscuridad de la noche. No obstante, Alma-



negra, muy acostumbrado á frecuentar aquellos sitios, descubrió la ventana y dió tres fuertes golpes con el mango de su puñal.

Tardaron mucho en responder, hasta que otro golpe mas estrepitoso, dado en la puerta, produjo lo que deseaba.

—Quién?—preguntó una voz atiplada y chillona.

—Abre Dorotea,—dijo Alma-negra, disimulando el acento.

—Quién sois?

—Un mancebo.

—Mala hora de mancebías ni de bellacos.

—Abre, Dorotea.

—No quiero.

—Abre y gran favor harásme, y tú recibirás un cuantioso premio.

—Mucho me ofrece vuesarcé, seor hidalgo; mas no es hora, y á nadie tengo en casa.

—A nadie busco.

—Pues qué pretendéis?

—Deciros cosas interesantes.

—Marchad, que hace frio: mañana hablaremos.

—Si no abres, entraré á la fuerza.

—Y la justicia?

—Soy de ella.

—Mientes.

—Basta de bromas. Y Alma-negra comenzó á golpear de un modo terrible.

—Jesus! Jesus!

—Voto al infierno!.. que si no franqueas la entrada..

—Válgame el Santísimo Cristo!!!

—Dejad—esclamó el bachiller por lo bajo;—tentaré otro resorte:—y en seguida, fingiendo voz mujeril habló de esta suerte:

—Dorotea!

—Calla! también faldellines por mi casa? Ya me sospechaba que fuese cosa de bellaquería. No estoy para recibir á nadie.

—Abre, madrecica mia: soy una infeliz y honrada...

—A estas horas honrada y por callejuelas?

—Cuando sepas quién soy, te holgarás de ello, pues soy rica y cierto contratiempo me trae en tu busca, pues necesito de tu amparo contra un padre verdugo que me arrojó esta noche de su compañía.

El vil interés produjo en el alma de Dorotea el resultado que sospechó el bachiller Roldan, cuya voz chillona y femenina causó en su compañero una ansiedad de reir que dificilmente pudo acallar.

—Si eres lo que dices, haré esta obra de caridad: así como así, soy la mujer mas caritativa del mundo: y bien que me pagan!

Al mismo tiempo franqueó la puerta, y de repente la cubrieron con la capa Roldan y Alma-negra, quien con una de sus robustas manos la asió fuertemente del cuello, para que no prorumpiese en desaforados gritos.

—Ya caiste en la trampa—esclamó el primero...—vas á espiar tus nefandos crímenes. Bruja de Satanás!.. Hechicera condenada! Compositora de maleficios! Espía de moros! Hum!.. que te voy á hundir el puñal en el fondo de tus corrompidas entrañas!!!

Arrastráronla hácia un oscuro chiribitil en cuyas pa-

redes se veían algunos toscos cuadros y una mugrienta lamparilla, única luz de la estancia: el farol que sacó hasta la puerta hizose cien pedazos.

Se postró de hinojos suplicando clemencia, y el Bachiller de un modo brusco la arrojó sobre un desvencijado sitio.

—Si gritas—la advirtió—sucumbes antes.

—Mirad que soy una buena cristiana.

—Hipócrita! Silencio!

Dorotea quedó aterrada al descubrir á los dos maneceros cuya intencion no debía serla desconocida.

—Qué pretendéis de mí?

—Que nos reveles tu complicidad en la prision de Gonzalo y Aguilera.

—Jesus! Qué impostura!

—Vieja maldiciente...

—No soy culpable, Roldan.

—El rey, en cuya compañía se encuentran hoy aquellos desgraciados, va á hacer contigo una espantosa justicia.

—Virgen Santa, amparadme!

—No hay amparo en el cielo para los corazones corrompidos y sacrilegos. Tiembla, mujer diabólica! El rey mandará sacarte por plazas y caminos con un cartelón á la espalda que dirá de este modo: «Pedid á Dios por el alma de esta mujer arrepentida que fué hechicera y pública embaucadora, y espía de moros, veneno de las doncellas, talisman ponzoñoso de galanes.»

—Jesus mil veces!

—Así te veremos, Dorotea: si quieres salvar de mañana afrenta y atroz martirio, dime quién te aconsejó la

villana acción que ejecutásteis con Gonzalo y Rodrigo de Aguilera, y aun con los dos que á tu presencia estamos.

—Si: es verdad lo que dices...

—Despacha, ó te llevaremos á la justicia.

—Piedad, señor bachiller! Y tú Alma-negra, ya sabes cuán amorosa he sido contigo, recibíendote en mi casa, amansando la esquivez de la hermosa Rosaura, cuyos halagos me debes. Perdonadme, y os diré lo que realmente ha sucedido.

Dejáronla respirar por unos instantes, y despues que hubo exhalado un profundo suspiro de terror, se espresó de este modo:

—Mirad, hijos míos.

—No queremos tan buena madre—interrumpió Alma-negra.

—Mirad, bizarros mancebos, donosos donceles...

—Ahórrate de embustes y de lisonjas.

—Oid, por Dios! oidme: yo conocí en mal hora á Daniel, Hechicero de la torre del diablo, á quien consulté para ciertos misterios de la mágia, por supuesto sin la intención, Jesus me defienda, de renegar de mis sentimientos cristianos, y solo con el fin de buscarme honrosamente la vida: sucedió que á Daniel le arrojaron de la torre, habiendo sido ahorcados su hijo y otro compañero; y como es natural ardía en su alma el fuego de la venganza. Consultóme, le escuché, me agasajó, le agradecí: comprometíme, por último, diciendo que era en servicio del infante don Juan y del conde don Lope Diaz de Haro, á quienes allá en otros tiempos dije yo la *buena ventura*, y les serví en asuntos de ciertas damas: de manera, que héte-

me aquí, contra mi voluntad, metidita de piés en un aprieto, y no hubo mas sino que, aprovechando la fiesta, vertí en el vino un licor que me entregó el Hechicero, y lo demás por sabido se calla.

—Pues los dos infelices están espuestos á ser colgados de una almena, bruja infame! por tu culpa: esta es la razon de venir nosotros á que espies tu delito, y sin remedio vas á ser azotada y maldecida de todos los buenos cristianos.

—Por Dios!

—Dónde está ese licor de que te serviste para adormecernos?

—Lo he perdido.

—Lengua de serpiente, dónde le guardas?

—Ay! ay! no me oprimas así... que me ahogas... yo... le... sacaré... dejadme!!!

—Dí dónde está, perra judía!

—Voy... dejadme!

Fuese á una alcoba que dentro habia, y sacó un frasquito que al parecer contenia una esencia, segun el delicado aroma que al desataparle se percibió en toda la estancia.

—Precioso hallazgo!—esclamó Roldan.

—Con tres ó cuatro gotas—dijo la vieja—hay para trastornar y producir modorra á la numerosa hueste del rey de Granada.

—Y qué hacemos de esta bruja?

—La desnudamos,—repuso Alma-negra—la azotamos y despues la arrojaremos al rio.

—No estoy por tan dura sentencia: no seamos sus verdugos.

—Somos sus jueces.

—Cierto que su vida no tiene mas salvacion que nuestra caridad.

—En ella confio, señor bachiller! me tendreis á vuestra obediencia: seré vuestra esclava!!!

—Si fuéseis jóven y bonita... pero nos das susto y asco, ni mas ni menos que si fueras una rastrera víbora.

—Oye, Alma-negra: satisfagamos nuestra justa venganza reconociéndola todos esos unguentos y echándolos al pozo: despues llevará un decente vapuleo y exigiremos en toda forma que jure no volver mas á Burgos, para lo cual la conduciremos ahora mismo fuera de la ciudad.

—Es poco ese castigo.

—Al fin es mujer, vieja, codiciosa y loca...

—Y malvada. Si nosotros no la castigamos, el rey, que de su vida tiene seguros informes, la mandará castigar de un modo terrible.

—Bien: pues que el rey la descuartice si quiere.

Roldan hizo un escrupuloso registro y fue arrojando los utensilios que halló de su repugnante profesion de hechicera, como pomadas, unguentos, cintas, frascos, aceite y otras mil brujerías por el estilo. Llegó á levantar un cuadro que cerraba el hueco de la pared, en cuya parte inferior colgaba una pila de agua bendita, y Dorotea se alzó del sitial y arrojóse al bachiller hecha una furia.

—Qué intentas, bruja de Satanás!

—Por Dios..! no toques á ese cuadro!!! Es el sagrado talisman de mi vida!!!

—Vete de aquí... escorpion..! para nada quiero esta imágen... voy á ver lo que con ella ocultas.

En el hueco tenia Dorotea un gran relicario, y cubierto con él un bolso de cuero ó escarcela, en el cual se contenian sus ahorros ó el premio vil de sus hechicerias.

Riéronse Alma-negra y el bachiller de hallar su tesoro, mientras la vieja se retorcía en el suelo, lanzando chispas de sus ojos y blasfemias de su inmunda boca.

—Ya tenemos para divertirnos una temporada con los compañeros, no es verdad?—esclamó Alma-negra.

—No:—repuso el bachiller;—esto es para distribuirlo entre los pobres de la ciudad, que yo daré cuenta al rey de tan inesperada limosna.

—Es que nosotros somos tambien pobres, Roldan.

—Nada quiero de semejante diablo.

Exhaló en lastimeros ayes é imprecaciones, y para evitar que la oyesen, despues que la hubieron roto cuanto en el aposento existia, la taparon la boca y arrastráronla fuera de la casa.

Fuertes mandobles iba sacudiéndola el atrevido Alma-negra en donde el decoro no permite nombrar, y por último, dieron con la hechicera en un parage, en el cual ocurrioles cierto contratiempo que oportunamente narraremos.



## CAPITULO XIV.

### LA CASITA DEL VALLE.

En tanto que el bachiller Roldan disponia sus planes de salvacion en pró de Gonzalo y de Rodrigo de Aguilera, el page Manrique no descuidaba lo necesario á proveer con toda seguridad y esquisito celo el albergue donde debia refugiarse la encantadora Elvira.

Situada no lejos de la cabaña de Jorge habia en el fondo de un ameno valle una antigua casita, cuya forma revelaba haber pertenecido como lugar de recreo á uno de los habitantes de las cercanias, mas con el tiempo debió servir tambien para quinta ó granja de algun labrador, y efectivamente, para tal uso la habitó Jorge.

Despues, por causas que no es oportuno referir, se abandonó completamente la solitaria casita del pintoresco valle.

Hallábase ruinoso por las lluvias y el descuido en que tan largo tiempo yacia.



Sus moradores eran únicamente algunos pájaros nocturnos, los que ante la presencia de nuevos seres racionales sintieron abandonar sus guaridas, refugiándose á la cresta de las montañas.

Desde aquel misterioso retiro, rodeado de espesura, y oculto á las miradas de los viajeros, descubriase un paisaje encantador y en demasía risueño.

De un lado colinas llenas de verdura, bosques frondosos, y por frente las aldeas inmediatas y un riachuelo que servía con su cristalino caudal para los molinos que en torno del valle descollaban.

A no ser algun cazador, nadie recorría tan solitario parage; morada feliz y deliciosa para un genio contemplativo y filósofo, ó bien para un penitente y austero anacoreta.

No podía ser mas á propósito el lugar destinado á la sin ventura Elvira, y Mañrique, ansioso de ofrecerla una mansion cómoda y retirada, y al mismo tiempo segura, no vaciló un instante en disponerla del modo mas adecuado á sus circunstancias.

A pretexto de hacer una limosna á los desgraciados moradores de la aldea, sacó del castillo unos tapices viejos y algunas ropas, fiando á Jorge la mision de proporcionar los alimentos, á cuyo fin entrególe abundantes recursos.

Cubriéronse algunas hendiduras, reparáronse los deterioros menos difíciles, y la cabaña del valle quedó en disposicion de recibir á la peregrina doncella.

Un incidente impidió realizar por el pronto los deseos del page, amparador y fiel custodio de la infortunada virgen.

No habia concluido de oirse la oracion, cuando escucháronse recios golpes á la puerta de la fortaleza.

Manrique se asomó á una ventana, y por la oscuridad de la noche apenas distinguia la clase de gente que á tales horas los importunaba.

Por lo demás tenia ya convenido con Elvira salir aquella noche del castillo, habiéndole costado inmensos esfuerzos el vencer su natural y fundada repugnancia.

Se apercibió Manrique por el relinchar de los caballos y el ruido de las armas, que el señor conde se aparecía nuevamente para colmo de su desdicha.

Entraron en el castillo tres hombres de guerra.

El uno pertenecia á la estirpe aristocrática: los otros eran un escudero y un page de lanza.

Asomóse Manrique á la galeria, y oyó en el patio la voz de don Pelayo, íntimo amigo del conde, y no dudó que alguna comision de importancia le impulsaba de aquella parte á sorprenderlos.

Venia con don Pelayo el amigo de Manrique, el jóven Ricardo, quien luego que hubo de verse libre de su señor, corrió afanoso en busca de su camarada.

—Huye, Manrique...! Huye por Dios...!

—Qué nuevas traes, Ricardo?

—Por Dios... huye... Traemos el mensaje de llevar los prisioneros de Burgos, y lo que es peor, de conducirte á la presencia del conde, quien ha recibido noticias, no sé de quién, pero muy alarmantes, relativamente á tu fidelidad y comportamiento.

—Luz del infierno! somos perdidos! Y cuántos venís?

—Qué intentas? No seas imprudente... Reflexiona que eres un niño!

Don Pelayo mandó venir á Jaime el carcelero, y hablóle de esta suerte:

—En qué situación se encuentran los prisioneros de Burgos?

—Señor, con toda seguridad.

—Hay peligro de que puedan fugarse?

—Ninguno... mas temo...

—El qué?

—Temo por la vida de uno de ellos... que...

—Tan desesperado está? Será el trovador.

—No, en verdad; el escudero: mas no es por su desesperación.

—Pues entonces, qué temes?

—Sospecho que el hechicero, á quien mi señor el conde permitió ver á Gonzalo, se halle en el castillo, y en union del pagezuelo Manrique cometan un atentado.

—No es posible.

—Ello es que se han aparecido fantasmas, y que han rondado por la bóveda de las prisiones: testigos son los ballesteros.

—El sábio Daniel se halla en Calahorra.

—Como los nigromantes son cual la mala fortuna, que está en todas partes, no será de estrañar que se hayan aparecido...

—Si faltas á la verdad, y tus recelos son puras y necias visiones, traigo la orden de ahorcarte.

—Señor... llame vuesaerced á los ballesteros, y se convencerá de que es cierto cuanto le digo.

—El Hechicero está en Calahorra, y no es posible se encuentre á un tiempo en la fortaleza, y es preciso ser tan estúpido como tú para creer y persuadirse de otra cosa. Respecto á Manrique, nada hay que temer.

—Señor... tiene la culpa...

—Silencio! le llevaré ante el conde, y con separarle del castillo, queda todo arreglado: llama al jefe de los ballesteros.

Interin llegaba, preguntó don Pelayo á varias personas de la fortaleza si habian notado algun contratiempo, y todos manifestaron que se oían rumores, pero que realmente nada habia ocurrido.

Don Pelayo era un alivo guerrero, de carácter áspero y audaz, y creyó de buena fé, que la cobardía del carcelero ocasionaba tan ridícula como innecesaria alarma. De suerte que no dudó en resolverse á castigarle de un modo terrible, segun las terminantes órdenes del señor conde.

Llegó la dueña y saludó á don Pelayo, quien por cerciorarse mejor de la verdad, preguntóla en estos términos:

—Y vos, respetable doña Berenguela, habeis oido ese rumor de trastornos en la fortaleza, ó habeis visto fantasmas ó duendes?

—Jesus mil veces! Nada, señor don Pelayo: antes disfrutase una tranquilidad monástica, y aun Elvira reconoce su error, y las continuas oraciones la traen mas reflexiva y obediente.

—Muy bien: y Manrique, se porta con juicio?

—Antes de ahora manifestábase inquieto y no aconsejaba á Elvira de la manera que convenia á sus virtudes

y al respeto á que es acreedor su padre, el señor don Gutierrez de Velasco, mas lleva unos días que la mira muy circunspecto, y aconseja á Elvira cual cumple á su honra y á sus intereses.

—May bien: y tendríais inconveniente en quedaros en la fortaleza?

—Ninguno: hasta que otra cosa determine el señor conde...

—Es que traigo orden de que os vengais á Valladolid, caso de que no os halleis contentas y seguras.

—Vale mas no salir de estos sombríos muros: aquí hay paz, y fuera nos esponemos á nuevos sobresaltos.

—Entonces quedareis en el castillo.

Apareció el balletero, fuese la dueña y conversaron don Pelayo, aquel y Jaime, de esta suerte:

—Es cierto, Santiago, que han aparecido fantasmas en la fortaleza?

—Señor, á nombre de mis compañeros, os juro que nada he visto.

—Lo oyes, Jaime? Has mentido al señor conde.

—Piedad! Santiago niega lo que han desmentido sus mismos ojos

—Yo, señor, he visto á las puertas de las prisiones una daga y una linterna, que bien pueden pertenecer á cualquiera de los moradores del castillo que por casualidad haya descendido á los subterráneos.

—Es que las puertas permanecen siempre cerradas, y la única por la cual han podido bajar, tambien es desconocida, y creo da á las habitaciones del señor conde, quien sin duda guarda el secreto, y con el secreto la llave.

—Esto ya es más digno de tenerse en cuenta—advirtió el impassible y cejijunto don Pelayo.

—Como los presos dicen que pertenecen...

—No te se pregunta, Jaime, si los presos pertenecen ó dejan de pertenecer...

—Es el caso, y perdone vuesarcé, que como están, según dicen, *hechizados*...

—Cuerpo de lucifer!.. todavía te empeñas en hacerme bregar tus ridículas visiones?

—Pues yo no adivino la causa de estos trastornos.

—Solamente existen en tu cabeza, que para su suerte se hallará pronto vacía de esos vapores del miedo.

—Yo juro, señor...

—Eso faltaba.

—Aquí hay algún demonio...

—Tú eres el principal duende del castillo; pero yo pondré remedio á todo, en cumplimiento del mandato del señor conde, que tiene por alcaide y carcelero á un salvaje cuya cobardía es como la de una beata. Mira, Santiago, llévatele á un encierro para que allí medite mejor lo que hace, y tú disponte con Dios, para si quiere recoger tu alma.

—Señor... compadeceos...

—Santiago, cumple mis órdenes, y guárte de tener lástima de este imbécil, que ha puesto en alarma á toda Castilla. Por tu parte, reúne á tus ballesteros y vigila toda la noche, que yo voy á dormir muy tranquilo, seguro de que no han de aparecérseme las brujas.

Despidió de sí bruscamente al carcelero, quien rugiendo cual una fiera, obedeció sus órdenes.

El veterano de los ballesteros, el intrépido Santiago, las cumplió al pié de la letra, y en un aposento proximo al cuerpo de guardia sepultó á Jaime y cerró cuidadosamente la puerta.

Subió don Pelayo á las habitaciones principales del castillo, y colocado junto á la chimenea del salon de armas, mandó le dispusiesen la cena, y que le acompañase su page Ricardo.

Al penetrar en el salon suplicó á doña Berenguela saludase en su nombre á Elvira, y que dijese á Manrique se le presentára á recibir un recado del señor conde.

Cenando estaba con su jóven page Ricardo, y luego que hubo engullido algunos trozos de carne asada y apurado no pequeña dosis de un tinto espumoso de Rioja, le dijo á su compañero :

—Y tú, Ricardo, pasarás sin susto la noche en este castillo?

—A vuestro lado, aunque yo sintiese recelo alguno, la pasaria tranquilo, pues vuestro sin par valor inspira indecible aliento.

—Ya ves: he venido sin mas guerreros que tú y mi buen Rui-Perez, siendo así que segun los partes recibidos por el conde, hay en esta fortaleza una legion de demonios.

—No los podrá haber... mas su aspecto es tan sombrío...

—Como debe serlo : para los hombres de armas requiere esta magestad, no el aliño y pintoresca vista de las mansiones orientales : á nosotros los cristianos nos cumple otra dignidad que á esos perros de moros, que solo piensan en los placeres y en sus floridos pensiles.

- Habeis razon, don Pelayo.
- Vaya si la lengo.
- Señor, señor, -esclamó entrando azorada la impertinente dueña.
- Qué ocurre?...-interrumpió el caballero don Pelayo con su habitual sangre fria.
- Manrique...
- Se le han llevado los brujos?
- Poco menos.
- De veras?-y don Pelayo seguia con sus tasajos de carne y sendas copas del riojano.
- No parece.
- Buscadle bien.
- Es inútil.
- Tanto mejor; nos ahorramos de llevarle.
- Qué os lo ibais á llevar?
- Esta madrugada; sí, señora, con el fresco.
- Pues lo ha conocido.
- Entonces tendrá pacto con los hechiceros.
- Jesus mil veces; y el señor conde, qué dirá? Dios mió!
- Al señor conde le sobran hermosos pages: así como así, Manrique le inquietaba mucho y correspondia mal á su confianza y cariño.
- Virgen santa!... y dónde habrá marchado?
- Los centinelas de la puerta lo sabrán.
- Si por allí no ha salido!...
- Se habrá descolgado por las almenas.
- Imposible! No veis que estan muy elevadas, y las inmensas rocas pudieran haberle hecho pedazos?
- Pues, amiga mia, qué remedio? si marchó, en buen



hora: diré al conde que se ha fugado; si parece, cumpliré sus determinaciones; á la madrugada, marchó: si á esta hora se presenta, bien; y si no, lo mismo.

—Qué diablura!

—Decid mejor ... que niñada! gustais?

—Que os aproveche, don Pelayo.

—Pues permitidme descansar unas horas: tú, Ricardo, puedes ir si gustas al mullido lecho: yo aquí descansaré á la chimenea y dormiré como el guardian ó el prior de San Pedro de Cardena.

—No hareis tal? qué se diria?

—Dígase lo que se quiera; yo haré lo que deba hacer, y nadie será capaz de torcer mi propósito.

—Nos reconvendria el señor conde.

—En cumplimiento de sus órdenes, dormir no debo esta noche: es decir, dormiré todo cuanto pueda; si el buen Santiago, gefe de los ballesteros no dispone otra cosa, obligándole á ello los brujos ó los demonios que dicen rondan la fortaleza.

—Alabado sea Dios.

—Por siempre lo sea, y buenas noches.

Viendo doña Berenguela su empeño frustrado, y por respetos al carácter de aquel indomable infanzon, se retiró á su aposento, y dió cuenta á Elvira de la desaparicion de Manrique.

Este aprovechó un momento y la instruyó de la llegada de don Pelayo y de sus intenciones, mas la ocultó que trataban de llevarse á Gonzalo y á Rodrigo de Aguilera.

Manrique se desesperó desconfiando del éxito de sus planes. Resolvió, pues, salir á dar aviso á Jorge y pedirle un

consejo, aunque decidido se hallaba á ir á Burgos y con el bachiller Roldan presentarse ante el rey don Sancho.

No debia perder un minuto, puesto que si don Pelayo conseguia llevarle á la presencia del conde, se desvanecian todas sus esperanzas: por otra parte, él solo no podia evitar que fueran conducidos á Valladolid Gonzalo y Aguilera, cuya suerte, en verdad, le inspiraba tristisimos recelos.

Erase una situacion estrema, un lance crítico, espantoso, que acibaraba sus nobles y caritativos sentimientos.

De dejarse llevar hasta el conde, quedaba imposibilitado de manifestar al rey sus secretos, y de favorecer á Elvira y á su infeliz amante.

Por de pronto, fracasó el proyecto de refugiar á Elvira en el soledoso y pintoresco retiro que su acendrada lealtad habiale sugerido.

## CAPITULO XV.

### LA FALSA ALARMA.

El noble don Pelayo conversó un corto tiempo con su page, y despues que el vino húbole ocasionado una so-nolienta calma, le dijo:

—Puedes, si gustas, retirarte al aposento que te hayan destinado, y si tienes miedo...

—Señor, el deber me dicta que os acompañe: por lo demás, aunque muy jóven, desconozco esos pueriles espantos.

—Cuando te parezca, dá un soplo á esa bujía, que bastante luz nos prestan estos tizones.

—Si me permitís, leeré unos instantes y despues yo me encargo de dejar todo como corresponde.

El infanzon se reclinó muellemente sobre el anchuroso y alto sitial, y merced á un vivificante fuego, quedóse pronto dormido.

Ricardo tomó un volúmen forrado en pergamino que habia sobre la mesa, y leyó medio en latin y medio en romance algunas mal perjeñadas leyendas místicas y á un tiempo caballerescas.

La intencion de Ricardo se reducía á esperar que el noble caballero quedase profundamente dormido para salir en busca de Manrique, y ver de qué modo podía favorecerle.

La fortaleza yacia como una mansion fúnebre.

Era imponente, en verdad, su magestuoso y prolongado silencio.

No dudaba Ricardo que Manrique habia de hacer lo posible por salvarse, mas por si no le hubiese sido dable realizar su fuga, deseaba decirle cuanto pudiera serle conveniente.

Al efecto, ya dormido el noble caballero, le ocultó la luz, y con gran precaucion salió Ricardo por una larga y estrecha galería, pero ningun rumor se observaba, ni sér viviente alguno discurría por aquel oscuro y secular recinto.

Por doquiera fijaba su atencion, mas no distinguía señal de que en todo el castillo hubiese el menor síntoma de inquietud ni de sorpresa.

La profunda oscuridad que á lo lejos de la galería observaba, le impidió por de pronto dar un paso, mas despues resuelto á informar á Manrique, y en la ilusion de hallarle, dispúsose á bajar á las habitaciones en donde creía conseguir su anhelada entrevista con el pagecillo del conde.

De repente le hirió un débil reflejo: le producía una linterna, pero los pasos que se oyeron, aunque lentos y pau-

sados, no eran de un solo hombre, por cuya razon reflexionó que no podia ser su amigo Manrique.

Entre si regresaba al salon, en donde quedó el imperturbable don Pelayo, ó si se detenia á ver quién se acercaba, transcurrió un momento, lo bastante para que cuando quiso recordar ya eran muy próximos los aparecidos. Estos, luego que Ricardo se decidió á tornar á la sala de armas, sintieronle clara y distantemente, y dieron la voz de alto.

El jóven page no era tímido; que otro hubiera juzgado que los ballesteros y su gefe, pues no podian ser otros aquellos rondadores, constituian una espantosa turba de fantasmas.

El page no contestó á la voz del gefe de la ronda, y alcanzó como pudo la puerta del salon en donde roncaba don Pelayo.

Cerró cuidadosamente la puerta y reclinóse en un sofá, tapándose con el ferreruelo aparentando que dormia, temeroso del resultado que podia ocasionarle su curiosidad, en cierto modo disculpable.

Sucedio que al tiempo de huir Ricardo, otro rondador, que sin duda iba con intenciones menos honestas, pues no era otro que uno de los criados del conde, rendido paladin de una de sus doncellas, á quien solia hablar por una alta celosia que daba al extremo de un corredor; sucedio, repetimos, que el tal galan vió la ronda, y á los pasos del page, se hizo tambien de piernas y largóse á su dormitorio, imaginándose que los duendes de que tanto se hablaba, habianle sorprendido.

—Pues señores—dijo Santiago el gefe de los ballesteros:—aquí no podrá haber brujos, pero hay diablillos que lo

traen todo revuelto : lástima que no los hayamos un poco mas cerca para escarmentarlos como se merecen.

—Debeis—esclamó Fortun—debeis dar parte al caballero don Pelayo para que...

—Para importunarle.

—Pues haceis mal.

—Recorramos esta galería, y si...

A la sazón oyeron el ruido que produjo el criado ó misterioso galan, cuando iba subiendo las escaleras, y como su precipitacion y miedo asemejábanse á otra cosa, los ballesteros imagináronse que entrarían en descomunal batalla.

—Lo oís, Santiago? Mal golpe de maza reciba yo en la cabeza, si esta noche no se han puesto de acuerdo para aburrirnos todos los diablos.

—Voto al moro Muza!—dijo uno de ellos—si nos descuidamos...

—Callad, miserables! prorumpió el gefe: seguid, y al que pronuncie una sola palabra le hundo el puñal hasta el mango.

Encamináronse silenciosamente por la galería, á cuyo extremo hallábase la puerta del salon en donde dulcemente dormía don Pelayo.

El gefe de los ballesteros, el prudente Santiago, en su facultad de inquirir la causa de aquellos ruidos, y en la alta mision que le habian conferido, y no creyendo por otra parte que reposaran en la sala de armas el infanzon y su page, abrió un poco la puerta y vió á dos hombres embozados, y una escelente lumbre en la chimenea, cuyo resplandor era lo que únicamente iluminaba la estancia.

Al pronto retrocedió; mas luego, adivinando lo que podía ser, exclamó dirigiéndose á sus asustadizos camaradas.

—No hay que alarmarse: quizá el noble don Pelayo ha mirado á las estrellas mas de lo conveniente, y en lugar de irse á un mullido lecho, se quedó roncando al amor de la chimenea.

—Y si le sucede algun percance?

—Nada temas, Fortun: don Pelayo concluiría solo con todas las serpientes del infierno.

—Ya sabemos que es valeroso.

—No tiene rival en Castilla.

—Sí... pero como las brujas no se baten cuerpo á cuerpo.

—Tanto mejor, pues no causarán heridas.

—Mortales, por cierto.

—Calla cuitado!

—Oís?

—Es una lechuza.

—Mal agüero, si es verdad lo que dices.

Efectivamente habiase notado así cual un misterioso graznido, y quizás algun pájaro nocturno habia cruzado en su vuelo por cima de las almenas del castillo.

—Debeis llamar á don Pelayo.

—No hay motivo, Fortun.

—No confiéis tanto, buen Santiago.

—Seria una vergüenza.

—Mirad que si os engañais, y sucede algo, vais á seguir la suerte de Jaime el carcelero, quien segun malas lenguas será ahorcado mañana.

—Precisamente le ahorcarán por haber mentido al se-

ñor conde, y si yo doy mal rato á este caballero, no estoy seguro de que me absuelva: lo mejor será dejarle dormir, y para si alguna cosa ocurre, quedareis dos á esta puerta, yo vendré á avisaros, y si alguien os acomete, defendeos, y en retirada llegareis hasta don Pelayo. Así se convencerá de que vigilamos.

Quedóse Fortun con otro compañero, y el gefe descendió á recorrer todo el castillo.

No habia llegado al patio principal, cuando esclamó Fortun, que era de un carácter asustadizo y supersticioso:

—Mira, Damjan; estas maniobras nos traen sin remedio alguno el mas triste fracaso.

—No lo creas, Fortun: esto se reduce á un susto mas ó menos, y cuando regrese el señor conde, terminarán los misterios y las brujas.

—Pesie á mi ánima si desde que está en el castillo esa gazmoña mujer...! esa...

—Quién?

—La dueña.

—Doña Berengueta?

—Cabalito.

—No desatines, hombre: si es una santa.

—No importa un quilate esa gran compostura que aparenta. Yo conocí otra de su jaez, y por cierto que dicen la han colgado de un pino por sus hechicerías.

—Y en dónde?

—En Búrgos.

—Ah! Si... vamos... la vieja Dorotea.

—La misma que vistió y calzó!

—Pues no ha muerto?



—Cómo lo sabes? Tienes tú pacto con ella? Porque entonces no vuelvo á tocarle á la ropa.

—No seas tan sandio, Fortun: lo que se dice de esa pobre mujer...

—De esa infernal culebra.

—Todo es mentira.

—Si yo te contase un suceso...

—Para pasar la noche no vendrá mal: nárrale si quieres, porque Santiago no tiene trazas de volver tan pronto.

—Pues como iba diciendo...

—Si no has empezado, Fortun.

—Es verdad.

—Te encargo que no te subas á las nubes ni creas que hablas con Ferran el escudero del señor conde: mis tragaderas son mas angostas.

—Si me ha pasado á mí.

—A tí?

—No soy yo Fortun?

—Nadie mejor que tú mismo debes saberlo.

—A veces no me he conocido.

—Empieza el cuento.

—No es cuento.

—Pues será una historia.

—Lo que digo.

—Despacha.

—Hallábame en Burgos, cuando mozo, es verdad que todavía no soy muy viejo.

—Ni muy jóven.

—Casi un gallardo mancebo.

—Sea lo que tú quieras: vamos al cuento.

—Hará unos diez años, Damian, que yo estaba perdidamente...

—Siempre fuiste un perdido, Fortun.

—Poco á poco, Damian, que soy tan honrado...

—Es decir, un pobre hombre: no te ofendas.

—Decia que estaba locamente...

—No has sido muy cuerdo nunca.

—O callas, ó no sigo.

—Callo.

—Pues prosigo: estaba rabiosamente enamorado...

—Tú, enamorado?

—Qué, mi alma es de roble?

—Te creí asaz insensible.

—Mas tierno que una manteca.

—Con que has estado loco de amores?

—No lo niego, Damian: todos padecemos esa locura.

—Y quién fué la señora de tus pensamientos?

—Una moza, rolliza como un ternero, encarnada cual una ascua, y de unos ojos capaces de quebrantar las piedras.

—Cáspita y qué moza!

—Gallarda como una flor de Mayo, en fin, una beldad, como dicen los romanceros, inspiradora de la mas dulce ternura.

—Y qué fué de ella?

—Ahí está el cuento; digo mal: ahí está mi desdicha. Sucedió que yo la rondaba y la requeria, lanzando cada suspiro mas atronador que los rugidos de un oso en las montañas de Asturias.

—La comparacion te conviene.

—Como que tenía yo entonces un pecho tamaño cual el de un elefante.

—Loado sea el Señor!

—Lo que digo, y no te asustes: cuando entráhamos en algun combate, era mi voz mas temible que mi brazo: los moros, que ahullan como perros, se espantaban de oírlo.

—De seguro que tu dama...

—No me quería...

—Claro: cómo quererte si tu acento asemeja...

—A qué?

—Muy sencillo: al rebuzno.

—Tanto como eso, Damian, perdona; jamás tuve la vanidad de creer que aventajaba a los asnos.

—Ahora veo que la tal doncella hizo bien...

—Hizo muy mal: correspondió villanamente a mis amores.

—Sepamos lo que pasó.

—Me valí de la bruja que antes he mencionado: es decir, de la sagaz Dorotea, y cuando imaginé poder contemplar de cerca su hermosura la noche que me citó a la puertecilla que dá a un callejón sin salida, encontré a un horroroso diablo, quien despues de molerme los huesos con un saco de piedras que echaban fuego...

—Sería alquitran.

—Lo cierto es que se esparció un olor a pez y a azufre... en fin, caí sin sentido y muchos dias estuve si entrego ó no mi ánima al Padre Eterno.

—Sería una burla.

—Ojala hubiéralo sido: para mí fue muy de veras.

—Lo habrás soñado.

—Los sueños no causan dolores y aun me duelen los asen-

dereados lomos del vapuleo que me sacudió el demonio.

—Y la doncella?

—Quedó hechizada.

—Diantre!

—Se ignora su paradero.

—Cosa rara!

—Cosas de Satanás!

Ricardo había oído aunque confusamente un rumor á la puerta de la sala de armas, y por curiosidad salió á ver qué ocurría, temeroso de que despertase don Pelayo.

Distraídos Fortun y Damian con su cuento, sufrieron un gran susto cuando Ricardo abrió de pronto, y les preguntó quiénes eran, y qué hacían á tales horas en semejante sitio.

Fortun corrió por la galería dando voces: le siguió Damian, y los demás ballesteros con su gefe, el prudente Santiago, á la cabeza, fueron en su socorro, imaginándose que ocurría alguna cosa grave.

Despertó don Pelayo, y saliendo con su ponderosa espada á la puerta, dió dos tremebundas voces que completaron el susto de algunos infelices y crédulos ballesteros.

Ricardo le manifestó que había sentido un rumor á la puerta, y luego se le aparecieron dos hombres.

Por fin el gefe de los ballesteros dióse á conocer, y explicó el motivo de aquella infundada alarma.

No obstante, Fortun y otros compañeros aseguraron haber visto algunos duendes echando chispas de fuego por los ojos, y don Pelayo, por no hacer una que fuese sonada en el castillo, dispuso que inmediatamente se pre-

parasen cuatro hombres para acompañarle, y conducir á los presos con arreglo á la instruccion que traia del conde.

—Si no duendes,—dijo el valeroso don Pelayo,—al menos existe en la fortaleza alguno de humor diabólico, y por no hacer un escarmiento, deseo abandonarla cuanto antes, y que despues el señor conde disponga lo que guste de sus vasallos: en mi juicio, la culpa es de ese miserable carcelero: llevémosle, que en el cercano bosque pagará sus hechicerias.

Santiago retiró sus ballesteros, y despues subió con las llaves de las prisiones.

## CAPITULO XVI.

### EL ENCUENTRO.

Los infelices Gonzalo y Rodrigo de Aguilera extrañaban la ausencia del pagecillo Manrique, y lo atribuían á causas desconsoladoras para su suerte.

Restaba poco para que alborease el día, y una espesa y húmeda niebla asemejaba que aun no había trascurrido la media noche.

En toda ella cerraron sus párpados los tristes prisioneros.

Otro tanto ocurrió á Elvira, de quien rápidamente había despedido Manrique.

El escudero Gonzalo empezaba á decaer de espíritu, no por cobardia, y sí por la rabia de verse privado tan villanamente de su libertad, y no presentársele rostro á ros-

tro un enemigo con quien medir sus fuerzas y probar su extraordinaria bravura.

Rodrigo de Aguilera, el visionario, crédulo y cándido trovador, veía al través de su infortunio el rayo de esperanza que alentaba su corazón, y sonreía en medio de su lúgubre y penoso cautiverio.

Durante las primeras horas de aquella horrible noche había cantado, cual si hubiese permanecido al pié de la reja de su dama, la siguiente enamorada, dulce y tiernísima letra:

Rica flor que entre otras flores  
cándida y pura destelias,  
tan seductora como ellas,  
del nuevo sol al brillar.  
Oye el acento amoroso  
que el alma ardiente respira:  
escucha el son de mi lira,  
que es eco de amor sin par.

Señora de mi albedrío,  
la de mi vida señora,  
la que aventaja á la aurora  
en su púrpúreo esplendor.  
Escucha la triste queja  
de un amante infortunado,  
en lobreguez sepultado,  
sin consuelo en su dolor.

Oye el acento profundo  
del alma que ausencia llora:  
ausencia desgarradora,  
nube que enluta mi fé.  
La ausencia es tétrica noche

de martirio y pesadumbre;  
 es la aciaga incertidumbre,  
 recuerdo de lo que fué.

Aquí, en oscuro recinto,  
 largas horas me contenta  
 la luz que vive y alienta  
 en mi amante corazón.  
 Es el reflejo que brilla  
 al través de mis rigores;  
 la imagen de tus primores,  
 el iris de mi aflicción.

Doy por sufrido el tormento,  
 y estos crueles enojos,  
 como yo vea en tus ojos  
 un destello angelical.  
 Mirame, tierna paloma,  
 descubre, virgen divina,  
 esa tu faz peregrina  
 que oculta blanco cendal.

Tu semblante es en la noche  
 triste y hórrida y umbria,  
 lo que el sol al nuevo día;  
 astro de luz y placer.  
 Con tu mirar hechicero  
 consúelame, casta Elvira;  
 y verás cómo respira  
 mi alma dulce querer.

El náufrago en su amargura,  
 el errante marinero,  
 y hasta el cuitado barquero,  
 tiembla si oscuro está el mar



Porque no ven de sus ondas  
el espejo cristalino;  
oyen solo el torbellino;  
su ronco y feroz bramar.

---

Y su pecho atribulado,  
antes de apuesta bravura,  
desfallece de tristura  
y solo siente dolor.  
Que han perdido la esperanza,  
y la tiniebla sombría  
oscurece su alegría  
y desmaya su valor.

---

Empero torna su calma  
y mitiga el desconcierto,  
si cercano ven el puerto,  
del sol á la hermosa luz.  
Y sonrien fortunados,  
al ver que la sombra ahuyenta,  
y el rayo de la tormenta  
ya no le causa inquietud.

---

Así al mirar de tus ojos  
el resplandor diamantino  
torna el alma á su destino,  
que es amarte, y ser feliz.  
Rómpete, muro altanero,  
que mire yo á mi doncella,  
mas seductora, mas bella,  
que de la rosa el matiz.

---

Don Pelayo dió orden al jefe de los ballesteros para que bajo su responsabilidad sacase de las prisiones á Gon-

zalo y á Rodrigo de Aguilera, sin olvidarse del taciturno carcelero, cuya trágica suerte estaba ya conocida.

Indecible susto pasó el trovador al ver entrar en su calabozo á Santiago, que sin pronunciar una palabra mandó le atasen, aunque suavemente, y le vendáran los ojos, haciendo igual operacion con el valiente Gonzalo.

Ambos creyeron llegada su última hora, y cada cual experimentó distintas pero profundas emociones.

Don Pelayo, su page Ricardo y un escudero, aguardaban á la salida del castillo, á cuya puerta formaron en dos filas los ballesteros, distinguiéndose apenas unos á otros por la sepulcral oscuridad que reinaba.

Siete guerreros conducian silenciosamente á Gonzalo y á Rodrigo de Aguilera, cuyo destino ulterior todos completamente ignoraban.

Debían ser conducidos á Valladolid, para despues trasladarlos al parage que el conde tuviese por conveniente.

Manrique habia escapado de la fortaleza sin ser visto de nadie.

Existia, casi olvidada, y simplemente defendida por un grueso cerrojo una portezuela á espaldas del castillo, que comunicaba con el cercano bosque.

Unicamente se colocaban algunos centinelas cuando la ocasion era crítica, y eso por la parte interior.

Servia para cuando el altivo dueño de la fortaleza marchaba solo á distraerse, ó á destinar algunos momentos á la caza, ó quizás para otros usos de mas interés que el conde se reservaba.

Manrique aprovechó aquella oportunidad, y no lejos del

bosque paróse á reflexionar acerca de lo crítico y penoso que era su estado.

Vacilaba en ir á verse con Jorge, ó partir desde luego á la presencia del rey don Sancho.

Hondas cavilaciones le asaltaban.

Por la primera vez sintió desaliento ó incertidumbre.

Consideraba la situación en que se veía de un modo vago y nebuloso; y el porvenir, pocas horas antes deslumbrador y risueño, cruzó por sus ojos sombrío y lleno de pesares y de amarguras.

Asaz discurría el gallardo mancebo, junto á una secular encina, cual una sombra inmóvil, en medio de la espesura de la montaña, cubierto con el lúgubre crespon de la noche, cuando sintió no lejos de sí un tropel de hombres á pié, que subían por un sendero, al parecer en dirección de la fortaleza.

Abandonó sus meditaciones y acercóse pausadamente á ver si podía descubrir á los misteriosos viajeros.

Estos hicieron alto, y como se apercibiesen del ruido que Manrique ocasionaba en la maleza del sendero por donde descendía, exclamó uno de ellos:

—Quién vá?

Manrique desconoció la voz, y guardó absoluto silencio.

—Quién sois, caminante?—tornó á preguntar uno de los desconocidos.

Entonces Manrique, resuelto á todo, y aun sospechando fuesen algunos cazadores ó infelices aldeanos que llegasen á cortar un poco de leña, replicóles en estos términos:

—Un morador del castillo.

Al oír esta revelación pareció como que se retiraban en ademán de sorpresa, mas aproximándose Manrique, les dijo en voz natural y amistosa :

—Cualesquiera que fuéreis, no abandonéis este sitio: nada teneis que temer de mi parte : acercaos y descubríos.

Dudaron un momento, pasado el cual, otro de los desconocidos exclamó :

—Sois Manrique?

—El mismo.

—Qué ventura!—Y venciendo algunos obstáculos, salvó la maleza el que hizo la última pregunta, y ya cercano al page, prorumpió con acento de alegría.

—Qué ventura! Manrique, dame los brazos..! Hé aquí al bachiller, aquí tienes á tu compañero Roldan!!!

Súbita satisfacción esperimentó el page, que le tendió cariñoso los brazos, é instantáneamente reuniéronse á ellos Bernardo Ruiz Ponce, Alma-negra, Alonso Batalla, Voz de Trueno, Lain Ramirez, Corta-pendencias, y otros dos ilustres hijos de buen humor y apostura de la noble ciudad de Burgos; los compañeros, en fin, á quienes el bachiller encontró y comprometió en el garito donde aparecióse la melindrosa é infernal Dorotea.

Sobre la marcha entablóse entre Roldan y Manrique este diálogo :

—Veo Roldan, que cumplis fielmente los graves compromisos que has contraído : nunca mas oportuno que ahora para realizar nuestras esperanzas. No dudo que vuestros compañeros, gente aguerrida será y formidable.

—Discorre su bravura, cuando atropellando por todo,

vienen nada menos que á sitiar el poderoso alcázar del conde de Haro.

El Bachiller, por crítica y arriesgada que fuese su situación, jamás perdía ni su buen genial, ni su enfático y á veces ridículo tono.

—Habeis de saber, buen Roldan, que llegó esta noche al castillo un noble de la comitiva del infante don Juan, de orden del conde, para llevarse á los infelices Gonzalo y Aguilera... quizás para imponerles un injusto y desapiadado castigo.

—Pardiez! que el negocio se destaca mas oscuro que ahora lo está la noche...! Y cuántos ginetes acompañan al mensajero del conde?

—Dos pages.

—Aunque trajese doce.

—Es que le escoltarán algunos ballesteros.

—Y cuándo salen de la fortaleza?

—Antes que brille el alba.

—Y qué hacemos?

—Impedir el atentado.

—Sí, amigos : disponeos á luchar como lo que sois : es decir, como gente hidalga que no tolera injusticias, que combate á los opresores, á los enemigos del honor de Castilla : esto es cosa de hechiceros y bellacos, y fuera deshonra dejar que ahorcasen á dos garridos mancebos por una vil é inaudita venganza!

—Oid, Roldan : yo penetraré en el castillo, aunque no sin riesgo, pues habeis de saber que el caballero don Pelayo trae tambien orden de conducirme á Valladolid ; Dios comprenderá el objeto.

—Eso mas?

—Seguidme.

Manifestóles la situación en que dejaba la fortaleza cuando salió, y su interés por averiguar, si le era dable, la hora en que debían abandonarla don Gonzalo y los prisioneros; amen de inquirir la fuerza que iba á servirles de escolta.

Penetró Manrique á la sazón en que don Pelayo, su page y el escudero, montaban á caballo, y observó que algunos ballesteros descendían á las prisiones.

Siéndole tan fácil á Manrique rondar por la fortaleza sin que ninguno de sus moradores se apercibiese, discurrió por las galerías, mas no le fué posible enterarse exactamente de todo lo que deseaba.

No dudando que era el momento de partir la comitiva de don Pelayo, regresó á la entrada del bosque, en donde con impaciencia le aguardaron Roldan y sus valientes compañeros, resueltos lealmente á la arriesgadísima aventura de salvar á Gonzalo y al trovador Aguilera.

—En este instante se disponen para marchar—esclamó el atrevido Manrique.

—Qué fuerza les acompaña?

—Lo ignoro.

—Sean los que fueren—interrumpió Alma-negra.—La noche es á propósito: caeremos como buitres sobre la presa, y casi me atrevo á pronosticar un buen resultado.

—Si conseguimos dejar libre al indomable escudero del rey, al intrépido Gonzalo, el triunfo es nuestro.

—Ea! sus! marchemos.

—Detened: irá delante—observó Manrique—vos desconocéis el terreno.

—Conviene—dijo—Corta—pendencias—que establezcamos una señal como si fuésemos á sorprender á los infieles.

—Gran discurso! Si os parece—prosiguió el bachiller—diremos solamente, pero con voz atronadora: Castilla por don Sancho!!!

—Escelente idea!

—Van á imaginarse que positivamente somos de las huestes invencibles del rey: el negocio saldrá á las mil maravillas.

—Silencio, y lo acordado.

—Corriente: marchemos.

Iban el bachiller y sus camaradas disfrazados de romeros, pues su intencion habia sido penetrar solo en el castillo, y de acuerdo con Manrique, llevarlos despues á la cabaña de Jorge.

Espiró el día muy lejos de la fortaleza, y cuando recordaron no tuvieron otro recurso que dirigirse á la montaña, y desde allí establecer al día siguiente sus comunicaciones con Manrique.

Cualquiera que los hubiese descubierto con sus humildes y haraposos trages, de seguro no los hubiera juzgado peregrinos, y sí espantables bandoleros.

Cautelosamente armados, y en actitud de asechanza, dieron la vuelta al inmenso foso del castillo, y colocáronse en la entrada de un pequeño valle, á cortos pasos del camino por donde irremisiblemente habia de cruzar don Pelayo.

Ageno este á semejante emboscada, púsose al frente, llevando á su izquierda al page, y detrás su escudero con cinco ballesteros, formando dos filas, en cuyo centro mar-

chaban en una litera cubierta, el trovador y Gonzalo; y á pié, pero sujeto, el cruel alcaide, el supersticioso Jaime, cuya sentencia debia ejecutarse no bien estuviesen fuera del monte.

Palpitando de zozobra y de dolor hallábase Manrique al lado del bachiller Roldan, y á corta distancia sus esforzados compañeros.

Temia el page que al acometer á la escolta de Gonzalo y de Aguilera pudiese resultar para estos un lance desgraciado, y en oposicion por consiguiente á sus generosos deseos.

Quedan, pues, en actitud imponente, comò si hubieran de dar comienzo á una descomunal batalla.



## CAPITULO XVII.

### AURORA.

—Qué han contestado?—preguntó el rey don Sancho á su favorito don Juan Nuñez de Lara.

—Que obedecen las órdenes de vuestra alteza.

—Vendrán?

—No faltan.

—Temeis que puedan insolentarse á mi presencia?

—Señor... no es posible : juzgo al infante y al conde, á pesar de su marcada desafección, mas hidalgos, y de ningún modo creo que se atrevan á producir un desorden á vuestra presencia, puesto que para nadie seria mas fatal que para ellos mismos.

—No los conoces.

—Y bien, qué manda vuestra señoría?

—Que no seas tan confiado.

—Luego sabéis...

—Nada.

—Yo vigilaré cuidadosamente á los rebeldes, y ay de ellos si se atrevieran...!

—Yo mismo soy bastante para escañarlos: te advierto únicamente que los trateis con galantería, sin que trasluzcan mi desconfianza, y si tornan á su deber y se encuentran arrepentidos, yo les haré merced en todo... pero si manifiestan su altivo é incorregible carácter, demandando cosas opuestas al bien del reino y á mi dignidad y legítimos derechos... su escarmiento será tan instantáneo como digno de su rebeldía y de su ambición bastarda. Ahora, decid al Hechicero que pase.

—Tened en cuenta, señor, que su charlatanismo y mentida ciencia, os podrán tal vez causar algun detrimento en vuestra salud.

—Es inútil esa prevencion: rehuso tomar las drogas que me administra, y solo por distraerme oigo sus ridiculas y caprichosas predicciones.

El favorito de don Sancho sospechaba desfavorablemente del Hechicero Daniel, porque observaba en el rey una distraccion extrema, y cierto aire melancólico de no muy satisfactorio género; así que trató de ver si derrocaba aquella nueva influencia que un dia pudiera ser fatal á su primanza.

El rey, sin embargo, era inflexible, y aunque cediendo á veces á las debilidades humanas, no había que temer una fascinacion capaz de trastornar completamente sus instintos.

Con todo, la astucia del Hechicero, los secretos que poseia, y el mismo genial iracundo del rey, hicieron á este vacilar entre un pueril deseo y la gravedad de su alto carácter.

—De qué manera se encuentra vuestra gracia?—preguntó el sagaz Hechicero, saludando reverentemente á don Sancho.

—Bien, por ahora.

—Os prueba el medicamento?

—Como lo deseaba.

—Me doy el parabien de haber acertado con ese oscuro malestar que os afligia. Las plantas, que os he administrado, son de una virtud prodigiosa.

En esta parte se equivocaba el sábio judío, pues el rey no habia probado sus medicinas.

El efecto moral era el que se manifestaba en la actitud y sentimiento del indomable don Sancho.

Sus profundas cavilaciones por la situacion del reino, por la envidia de los insaciabiles cortesanos, y la terrible venganza que hervia en su cerebro, le constituian en un estado de exaltada violencia.

—Y bien: has discurrido acerca del origen de aquella desventura?

—Señor, cumple á mi honra, y sobre todo á vuestra salud, que si estais resuelto á oirme, os resigneis á penetrar en la historia de vuestros pueriles amores, sin que su recuerdo os produzca dælo alguno: porque en otro caso, rehusaré deciros lo que mi pobre ciencia alcanza, aunque de mí dispongais segun vuestro soberano é irresistible poderio.

—Tranquilízate respecto á ese temor; sosegado está mi espíritu: gozo ahora la mas cumplida calma.

—En la seguridad que me inspira vuestro bizarro ánimo, y en lo benigno que es vuestro corazón para la inocencia, voy á transmitir lo que en largas horas de vigilia, y recordando confusos antecedentes y pasadas narraciones, he podido coordinar con relacion al origen y desventura de vuestros amores.

Vivía, segun escuché á cierto compañero de ciencia y de infortunios, una hermosa jóven, de humildísimo nacimiento, en las márgenes del Guadalquivir. Sus padres eran unos sencillos pescadores.

La hermosura realzaba sus formas, dándola el aspecto y magestad de una princesa.

Y es que Dios nos hace iguales al nacer, y para abatir el orgullo de los poderosos concede y prodiga á las criaturas mas humildes, talentos, gracias y extraordinaria belleza.

Loado sea el Señor por su incomprensible sabiduría!

La jóven llamábase Aurora.

El rey sintió un fuerte latido en su corazón. El Hechicero iba apercibiéndose de sus mas insignificantes emociones.

—Seguid.

—Os causo disgusto?

—Alivias mis pasados sinsabores y graves ideas de gobierno: seguid.

—Decía que la flor cándida del Guadalquivir llamábase Aurora: nombre adecuado á su peregrina gracia y resplandecientes atractivos.

Agona desde sus primeros años á los devaneos del mundo, se deslizaba su virginal existencia como las florecillas del valle, olvidada de todos y por ninguno codiciada, en lo cual consistia su verdadera felicidad.

Un profundo amor la profesaban sus sencillos padres: pero temian por su suerte, porque la hermosura es frágil espejo que se empaña fácilmente con el hálito impuro de las pasiones.

Recatábanla cuidadosamente, como á una perla inestimable, cual á una joya de portentoso mérito.

De nada sirve el esquisito afán, si el destino ha trazado ya la huella por donde ha de correr la existencia de los mortales.

Todo cuidado es inútil: toda diligencia vana: toda creencia es un puro sueño.

Aurora corria en ventura sus floridos años, sin sospechar de un porvenir borrascoso ni del violento huracan que despues marchitó su fresca y envidiable lozania.

Cierta noche, así lo escuché á un astrólogo con quien estuve relacionado en Córdoba, sorprendió una tempestad á dos caballeros principales de Sevilla.

Refugiáronse en la cabaña de Aurora.

Sus padres la ocultaron, al parecer, de la vista de aquellos ilustres huéspedes.

El genio del mal lo haría: la doncella se descubrió incautamente á los dos insigæes mancebos, y aunque de un modo rápido, su hermosura, cual destello radiante del alba, hirió el corazon de uno de los dos, el mas jóven, que érase...

—Decidlo...!—esclamó el rey con viva inquietud.

— Señor...

— Decidlo sin temor alguno.

— Era un príncipe.

— Exactamente. Y bien... qué ocurrió despues?

— Rondaba el jóven príncipe las cercanias de la cabana, y una tarde manifestó el fuego que hervia en sus venas á la infeliz Aurora, y tuvo la dicha de verse correspondido.

— No hay disculpa: sabes el origen de uno de los mas extraños lances de mi juventud, y no dudo que has presenciado, y quizás sido cómplice en su escandaloso desenlace. Dí la verdad: revela el nombre del que osó herir para siempre mi alma... ó de lo contrario sufres una terrible suerte.

— Podeis, señor, mandar que ahora mismo la ejecuten: os manifesté al principio que sentia causaros disgusto con el recuerdo de pasadas y disculpables aventuras, y únicamente fiado en cierta seguridad, me atrevi á distraeros por unos instantes.

— Y qué seguridad es á la que te refieres?

— Vuestra palabra.

— Tienes razon.

Don Sancho quedó ruborosamente convencido de la exactitud del Hechicero, y toda amenaza era ya inútil.

— Proseguid, Daniel.

— Si ha de ocasionaros tantos sinsabores mi narracion...

— Ninguno: ahora tengo mas interés que antes en el recuerdo de aquella fatalidad, y sin otra intencion que distraerme, te mando no suspendas la triste historia de mis juveniles devaneos; mas di en todo verdad, y no ocultes sus mas oscuros pormenores.

— Reflexionad que la oi referir á un astrólogo de Córdo-

ba, que ya no existe, el cual fué sin duda testigo de vuestro infortunio.

—Aseguras que no existe..!

—Ha cinco años que le llamó la tierra, á cuyo centro habremos de descender mas ó menos tarde todos los humanos.

—Prosigue.

—Vaga idea tengo de los sucesos últimos, mas parece-me que cierto rival, prevalido de su influencia en la corte de don Alonso, tuvo la osadía de arrebatar á la bella Aurora...

—Que sin duda fué tambien culpable.

—No.

—Lo aseguras?

—Lo imagino, por lo que me refirió el astrólogo.

—Sigue.

—Aurora fué arrebatada, y en Castilla, en uno de sus mas oscuros alcázares, fué victima de los celos y del furor del hombre que segó en flor su hermosura.

—Luz de infierno! Y vive el traidor?

—Lo ignoro.

—Sabes el castillo en donde murió Aurora?

—No recuerdo haberlo sabido.

Y don Sancho, olvidándose de que era rey, dejando en desprecio las mas altas consideraciones que á otro le hubiera sugerido su posicion, empezó á pasear por la estancia, marcando en su semblante la furia que devoraba su pecho.

El astrólogo tembló por una parte, y por otra sonreia de placer diabólico, viéndole sufrir la tortura de un amargo recuerdo.

—Calmad, señor,—dijole hipócritamente el Hechicero;—calmad esa inquietud, dando á olvido pasados devaneos.

—Imposible! Juré vengar aquella indigna accion, y el cielo no ha satisfecho mis esperanzas.

—Seguridad tengo de que fué una accion villana, pues contra la voluntad de Aurora, ya en un estado crítico...

—Qué dices?

—La infeliz murió despues de un cruel alumbramiento: el fruto de su misterioso amor, una encantadora hija, es lo que resta de aquella desgraciada.

—Una hija!! Y la conoces?

—Ignoro si existe.

—Y no fuera fácil descubrirla? Pide mercedes... honores... riquezas... cuanto ambiciones...

—Nada, señor: desearia únicamente complaceros; mas es casi imposible hallar lo que deseais, á causa de la revuelta de los tiempos; porque Dios sabe si la infeliz Aurora habrá sucumbido como su desgraciada madre.

—Un mes te doy de término para descubrir el paradero de esa inocente criatura: demándame cuantos auxilios creas necesarios al proseguimiento de tus indagaciones: si espirado el mes no lo descubres, desaparecereis para siempre de mi vista, y la primera señal que yo sospeche de que has revelado esta confianza, será el último instante de tu existencia. Marchad.

El Hechicero abandonó al rey á una desesperacion estrema, pues ardía en su espíritu el deseo de la venganza; venganza requerida por el desconuelo de no haber podido descubrir el nombre de su rival, que á no dudarlo, debió



ser un poderoso infanzon de la corte de don Alonso; al menos, así lo juzgaba don Sancho.

Este quedó en las mas sombrías cavilaciones: despues, por desprenderse de aquella situacion violenta, llamó al de Lara y le habló en estos términos:

—Daniel sabe mis juveniles amores.

—Será posible!

—Con todas sus circunstancias.

—Ese hombre es un malvado.

—Es un brujo.

—Un espía.

—Un hombre de refinada astucia.

—Y qué mandais?

—Nada.

—Señor... por Dios..!

—Le dí un mes de término para que descubriese el nombre de mi villano rival... despues...

—Antes conviene que espíe su insolencia.

—No.

—No seais tan benigno.

—Entonces no descubrirá el secreto.

—Os ilusionais, señor, si creeis que aunque lo sepa ha de decíroslo.

—Por qué?

—Le juzgo cómplice en aquel atentado.

—Quizá..!

—Indudablemente.

—Qué pruebas tienes?

—Vuestras palabras.

—En parte...

—Lo juraría.

—Y bien...

—Ese hombre trae una mision poco favorable.

—Has podido alcanzar algun indicio..?

—Lo sospecho.

—Entonces vive mi rival... voto al infierno!

—Y os le envia para que os atormento y alucine, y os hechice...

—Alto, alto, Lara: ni todos los brujos de Satanás son capaces de trastornar mi sereno juicio, ni de abatir mis robustos ánimos.

—Asi lo espero, señor.

—Nada temas.

—Pero conviene...

—Sí.. nos interesa darle unos dias de tregua, y entretanto vigilareis sin cesar sus acciones, dándome cuenta de su conducta.

—No desconfio, señor, de descubrir en último resultado la trama inicua de vuestros enemigos.

—Descanso en tu lealtad.

—Primero faltará la luz al dia, que os falte quien ha jurado ser vuestro mas rendido defensor y vasallo.

Profundamente conmovido quedó el rey despues de oir las revelaciones del astrólogo, y esta causa, y la de sus graves cuidados de gobierno, traianle en una situacion violenta y de disgusto.

Meditaba contra los nobles rebeldes un castigo ejemplar, mas no fiándose ni aun de su favorito don Juan Nuñez de Lara, reservése el medio de escarmentarlos.

Los principales señores y ricos hombres de Castilla fue-

ron convocados ante el rey en su accidental residencia en la villa de Alfaro.

El objeto era saber si resultaba mas conveniente la amistad del rey de Francia ó la del de Aragon, para con acuerdo general adoptarlo inmediatamente.

Los nobles tenian el empeño de contrariar al rey don Sancho en todas sus disposiciones, con el fin de hacerse mas lugar en su favor, ó intimidarle con su actitud amenazadora y temible.

El rey estaba cansado de hacer concesiones á su ilimitada ambicion, y de ser condescendiente con hombres insaciables y turbulentos.

Así es que resolvió cortar de raíz sus alevosías; y poner coto de una vez á su insolente audacia y desenfreno.

La noche que Gonzalo, el escudero del rey, Rodrigo de Aguilera y don Pelayo salian de la fortaleza del conde de Haro, este, el infante don Juan y varios nobles celebraban en Valladolid una junta solemne.

Habian recibido la orden de convocatoria, y trataban de si convendria ó no presentarse á don Sancho, ó si era mas prudente enviar unos mensajeros con poderes amplios para que los representasen.

—Señores, dijo el infante don Juan—espira el término concedido por el rey: concluyó la tregua; pregunto ahora si cumple á nuestra fama é intereses el humillarnos ante un hombre que todo lo avasalla y que jamás ha cumplido sus ofertas.

—Habeis razon—interrumpió el conde de Haro—importante no fiarse de sus palabras.

—Es poco prudente que nos entreguemos á su albedrío—

esclamó otro de los conjurados, y entre todos se pronunciaron las siguientes protestas y amenazas.

—Es indispensable ir prevenidos.

—Se ha cubierto con piel de cordero.

—Y es un sangriento lobo.

—Y si no, recordad lo que hizo con las Cortes.

—Y con sus sobrinos.

—Y con el ilustre conde de Haro.

—Oiremos sus nuevos ofrecimientos.

—Sus falsas promesas.

—Siempre hay tiempo de rechazar sus exigencias.

—Sobre todo, que nuestros castillos y villas vigilen como nunca, que nada bueno hay que esperar del usurpador y del tirano.

—Señores, —observó el infante don Juan;—mañana marcharemos hacia la villa de Alfaro, en donde el rey nos aguarda: conviene ir prevenidos, pero no desconfiados: nuestro poder es irresistible: el rey vive hoy en una espantosa cavilacion y enagenamiento, y aun se dice que la reina se encuentra gravemente preocupada por su estado: unos lo atribuyen á un hechizo, otros al recuerdo de ciertos amores; la verdad es que don Sancho no vive con quietud, y no fuera extraño que de esta situacion, la que tiene bien merecida, sacásemos un gran provecho. Por mi parte voy seguro de alcanzar lo que deseamos y legítimamente nos corresponde: en otro caso, allí mismo, á su presencia, levantaré el pendon, y juraré no abatirle en tanto que no se nos haga cabal y razonable justicia. Por lo demás, habed la confianza que debe inspiraros mi ódio al usurpador y mis nunca desmentidos juramentos. Mañana, pues, marchare-

mos hácia Alfaro, y allí con esquisita cautela, sin humillacion alguna, con la mas altiva dignidad y continente magestuoso, escucharemos sus convenios y promesas; obrando nosotros despues segun cumpla mejor á nuestra razon y á nuestra honra.

—Aunque con visible repugnancia, exclamó el conde de Haro-yo asiento á lo que propone el ilustre infante don Juan, y tengo dada la orden de que estén prontos mis hombres de armas, por si cumple resistir la insolente altanería de don Sancho.

Concluida la junta, quedaron solos el infante y el conde.

—Recelo me inspira la actitud aparentemente humilde del rey.

—Nada temais, conde; su suerte está en nuestras manos.

—No lo veo yo así: por no desanimar á nuestros parciales, he guardado reserva; pero ahora de un modo franco, debo declarar que el rey nos arma alguna emboscada.

—Qué sabeis?

—Lo que vos.

—En qué os fundais?

—En el carácter de don Sancho.

—No es una prueba.

—Es una razon convincente.

—De cualquier modo, esperemos.

—Antes nos conviene acordar un medio...

—Para qué?

—Para librarnos de su iracunda saña.

—Mucho recelais.

—No confio.

—Y bien, qué perdemos?

—Todo.

—Veamos.

—Suponed...

—Las suposiciones en manera alguna prueban otra cosa que un juicio poco fundado.

—Oid: vereis cómo no es un despropósito. Suponed, decia, que don Sancho nos reúne: que no aceptamos sus acuerdos: que nos resistimos, y por último, que toma venganza de nuestra actitud, y nos reduce á prision.

—Ese es un temor que no cumple á vuestro reconocido valimiento.

—Justo; pero qué puede suceder, si somos en demasía confiados.

—Yo voy con la cautela necesaria.

—Eso no basta.

—Qué pensais?

—Yo estoy dispuesto á resistir aun contra el mismo rey don Sancho.

—Confio que una temeridad no eche por tierra nuestros proyectos.

—Vos, haced lo que gustéis: por mi parte, obraré segun me inspire mi honor ó lo que exija la seguridad y decoro de mi persona.

—En ese parecer estoy afincado tambien; empero interin no exista razon ó causa para vengarnos, debemos aguardar que la ocasion se nos presente. Confiad en mí, noble conde: tambien tengo yo mis planes, que creo serán para vos satisfactorios y dignos.

A este tiempo, un page anunció al infante don Juan la llegada de un caballero.

—Decidle que entre,—repuso aquel, y añadió dirigiéndose al conde de Haro:

—El que llega debe ser alguno de mis confidentes en la corte del rey.

—El cielo os guarde,—dijo saludando respetuosamente al que llegaba.

—Bien venido, Garcés,—contestaron el infante y el conde.

—Positivamente era don Nuño Garcés, que procedía de Alfaro.

—Servíos tomar asiento: ahora decidnos qué novedades ocurren cerca del rey.

—Señores, ni satisfactorias, ni adversas.

—No entiendo, explicaos.

—Lo ois, señor don Juan?

—Esperad, conde: proseguid, don Nuño.

—El rey aparenta hacer las paces.

—No era equivocado mi juicio.

—Perdonad, señor conde: oid las nuevas que nos trae el bizarro don Nuño.

—He tenido ocasion de informarme de la reina, cuya sinceridad es muy laudable: así mismo don Juan Nuñez de Lara, vuestro poderoso enemigo, revela en sus amenazas que el rey medita un escarmiento; cumplo con avisaros, para que dispongais lo mas oportuno á vuestra seguridad y derechos.

—Lo ois, don Juan?

—Hasta ahora no pasan de sospechas, conde.

—Son indicios fatales.

—Y no pudisteis, noble Garcés, descubrir qué proyectos sean los de don Sancho?

—Únicamente las amenazas del favorito me indujeron á creer que algo se proyecta, y ese algo no es favorable á vuestros intereses: con todo, cerca está la hora de que os podreis desengañar de sus intenciones.

—Por mi parte, don Nuño, no me equivocaba: don Juan se fia de las palabras del rey...

—Yo no me fio, conde, pero es conveniente oírle, y saber qué clase de pacto nos propone: si es honroso, lo aceptaremos; si es indigno, yo seré el primero á rechazarlo á su presencia y desde allí saldré para promover una lucha á muerte.

—No sería mas cuerdo quedar en Valladolid?

—Hemos dado palabra, y es fuerza cumplirla.

—Con quien falta continuamente, no hay un deber de manifestarse agradecidos ni exactos.

—Nuestro interés, señor conde, exige que nos presentemos.

—Yo estaba por resistir y negarnos á la convocatoria.

—Ya es tarde; he dicho que concurriremos: nuestra presencia es allí necesaria.

—Iré por vos, no por el rey.

—Reflexionad lo que mas interese.

—Teneis que decirme alguna otra novedad de importancia?

—Y Daniel?

—Réstame deciros que el Hechicero cumple maravillosamente su mision: sea que sus drogas hayan alterado la salud del rey, sea su hábil política, ello es que don Sancho aparece de unos dias á esta parte sombrío, taciturno, y con un aspecto de melancolía que produce espanto y á veces lástima.



—Es la ira que hierve en sus venas: hoy tiene la sangre como el fuego; y tristes de nosotros si confiamos en sus palabras!

—No lo creais, conde: el rey se encuentra vivamente abatido, y apenas tiene aliento para reconvienrnos: su último y conciliador mensaje indica el lastimoso estado de su alma.

—No lo creais, don Juan: en su agonía es cuando me parece mas temible: hoy reconcentra toda su rabia, y como el leon solo espera oportunidad para despedazar á sus víctimas. Ay de nosotros si una vez condescendemos!

—Presentís de un modo lúgubre, señor conde.

—Le conozco.

—Le teméis.

—Le aborrezco.

—No me aventajais en odio á su carácter.

—Pero cedéis.

—Señor conde, yo no hago concesion alguna: solo admito una tregua.

—La tregua únicamente favorece á don Sancho.

—Tambien habrá ventaja para nosotros.

—Nosotros perderemos.

—O no.

—Tal vez sí.

—Pronto saldremos de dudas.

—Quizá con un terrible desengaño.

El conde persistia en su desconfianza respecto del rey, á quien profesaba un odio implacable.

Su yerno el infante don Juan tambien aborrecia á don Sancho, pero confiaba en su audacia, y creia al rey débil

por los contratiempos que experimentó en corto espacio, y por el respeto que le inspiraban los rebeldes.

Ambos cortesanos padecían un error poco ventajoso para su causa.

El rey mantenía su firmeza, y eran sus resoluciones irrevocables.

Lo del Hechicero no pasaba de un delirio insignificante producido por amargos recuerdos, y la sed de venganza que sentía contra el que villanamente acibaró con una traición los mas galanos y venturosos dias de su juventud.

Su afan era descubrir al culpable, y á este propósito cedía á las insinuaciones del Hechicero.

Este, en la hora en que celebraban la reunion el infante, el conde y sus parciales, tenia otra en Haro con el infanzon don Gutierre de Velasco y el jóven don Hernando Alvar de Luna, prometido de la encantadora Elvira.

Escuchemos sus revelaciones.

—Me sorprende, sábio Daniel,—esclamó don Gutierre—que desconfiéis del señor conde nuestro ilustre amigo.

—Creedme, don Gutierre—repuso el Hechicero—ni Elvira será jamás de este jóven y gallardo caballero, ni vos vivireis seguro en Castilla.

—Tanto desconfiáis del conde?—interrumpió Alvar de Luna.

—El conde no escucha mis consejos: Gonzalo debia ya haber desaparecido.

—No ha llegado su hora.

—Cuando menos lo imagineis, don Gutierre, se hallará el escudero á las órdenes del rey, en cuyo caso todos sufriremos graves disgustos. Rodrigo de Aguilera, su compañero, es cada vez mas idolatrado de Elvira.

—Juro por mi honor...!

—No lo dudéis, Alvar de Luna: en el castillo del conde no están seguros.

—Haced calma, sábio Daniel: yo haré que el conde los trasladé, y aun según noticias deben haber salido á estas horas para otra fortaleza. Dentro de dos días se celebrará en Alfaro una reunion de nobles y ricos-hombres y preladados, y despues que sepamos el resultado, así determinaremos respecto de Elvira. Podeis confiar, señor de Luna, en que cumpliré lealmente mis compromisos. Ahora, dejadnos solos, que Daniel trae la mision de revelarme asuntos íntimamente privados.

Salió de la estancia el jóven Alvar de Luna, y quedaron solos don Gutierre de Velasco y el Hechicero.

—Tan creído estais, Daniel, de que los negocios marchan de un modo adverso para nuestros amigos?

—Me inspira desconfianza el carácter cada vez más iracundo que hoy revela don Sancho.

—Y qué podemos temer?

—Una horrible calamidad.

—No lo adivino.

—El rey se encuentra lleno de desesperación respecto del infante y del conde, cuya conducta aparenta perdonar; pero estoy seguro por lo que le he óido, que trama en silencio el modo de vengarse de sus recientes agravios.

—Y no habrá un medio de conjurar los males que nos amenazan?

—Vos, don Gutierre podeis hacer mucho, porque en ello vá vuestra existencia.

—Mis compromisos, en verdad que son graves.

—Mas de lo que os figurais.

—Sigo fielmente al infante don Juan y al poderoso conde de Haro, y su causa es la mia.

—Pero sus compromisos no son los vuestros.

—Acaso el rey me tiene en mas valia que á esos dos ilustres varones?

—El rey os tiene ú os tendrá en mas ódio que al infante y al conde, por los agravios que fácilmente recordareis.

—Por ventura, el rey sospecha..?

—El rey no olvida.

—Cielos!

—Fresca tiene la memoria de su juventud...

—Os indicó mi nombre?

—Temo que lo descubra.

—Daniel!

—Don Gutierre, no desconfieis de mi lealtad.

—Venis augurando tamañas contrariedades...

—Son consecuencia de vuestro destino.

—Y no podreis evitar..?

—Hago mil esfuerzos... pero inútilmente. Yo mismo estoy espuesto á una cruel venganza.

—Y qué opinais?

—Que todos vamos á sufrirla.

—Yo no recelo tan crueles contratiempos.

—Nadie está mas en peligro que vos.

—Esplicaos, Daniel: venis como á gozar en mi martirio.

—Escuchad: el rey hace vivas diligencias por descubrir el nombre y las circunstancias de los que allá en su juventud intervinieron en un triste suceso que aun le produce

sentida queja en su alma. Como el rey se persuade, y cree por segura la ciencia que poseo, me obliga bajo pena de muerte á que descubra los misterios, que aun para mí son impenetrables: tengo un vago presentimiento, una débil memoria, de que vos, noble don Gutierre, debeis saber alguna parte de aquellos acontecimientos, y si el rey...

—Es decir, que vos, Daniel, sois capaz...

—De corresponder segun procedan conmigo.

—No entiendo.

—Seré mas terminante.

—Sedlo, por Dios, que la incertidumbre es mil veces mas amarga que la misma muerte!

—El conde es culpable de lo que resultar pueda contra nosotros.

—Imposible.

—No lo es ciertamente á sabiendas.

—Entonces...

—Vos podeis hacer que cumpla lo que ha ofrecido.

—Si en mí consiste...

—La tardanza trae nuestra desventura.

—Decid lo que debo ejecutar, y será instantáneamente desvanecido vuestro temor.

—El conde debió entregarme al escudero Gonzalo, quien por salvar su vida se finjirá su partidario y leal súbdito, para después irse con el rey, á quien informará de nuestros proyectos.

—Si no se funda en otra cosa vuestra sospecha...

—No despreciéis mis avisos.

—Vivid en la seguridad de que Gonzalo no saldrá de la fortaleza, sino para la horca.

—Si antes de tres dias el conde no castiga á Gonzalo, su libertad es cierta, y por consiguiente salvará tambien á Aguilera y se perseguirá á Elvira: no respondo en este caso de que os veais libre de la saña del rey: todos los medios emplea para descubrir lo que os he anunciado, así como para castigar á los que hoy guardan al trovador y á su valiente escudero. Vos, don Gutierre, podeis salvarnos á todos, si con el conde influis y alcanzais que se me entregue á Gonzalo: yo alucino al rey para distraerle de pasados devaneos, y estais muy interesado vos...

—Es decir, que me señalais como garantia...

—No es amenazaros.

—Pretendeis intimidarme?

—Intento que todos nos salvemos.

—Y qué prisa teneis por castigar á Gonzalo?

—Juré vengarme de la muerte de mi hijo... y el que no contribuya á esta justa demanda, es mi enemigo.

—Daniel! os veo muy poco respetuoso... sin duda los halagos de la corte...

—El vivo deseo de vengarme, y el cumplimiento de pactos solemnes, me impulsa á ser franco y resuelto.

—Yo no falté á mis promesas.

—Evitais que otros cumplan las que me ofrecieron, cuando necesario me juzgaban.

—Padeceis un error.

—Cercana está la hora del desengaño.

—Venís fatídico, y á otro que no fuera yo, aterrarian vuestras palabras.

—Temed las consecuencias de la imprevisión del conde: el escudero Gonzalo debió haber espionado ya su alevosia,

y así hubiera quedado satisfecha mi justa venganza, que fué el compromiso formalmente espuesto ante vos y otros insignes caballeros. Yo sigo distraendo al rey para realizar mas sencillamente vuestros planes; pero todos serán desvanecidos si el escudero no desaparece, porque el rey me apremia y señala plazo para que le descubra importantes secretos, de los que algunos conocéis vos, don Gutierre. Yo debo abandonar la corte muy pronto, y si antes no se cumple lo acordado, quedará todo á la ventura y no respondo de lo que suceder pueda.

—Luego estais resuelto...

—Abandonaré todo, si á mi se me abandona.

—Qué puedo hacer yo en vuestro favor?

—Exigir del conde la entrega de Gonzalo.

—Os anima únicamente la sed rabiosa de la venganza.

—Del mismo modo que á muchos la sed rabiosa de honores y de poderío.

—Daniel! venís demás insolente. Os dispenso la desatención, pues discurro que la memoria de vuestro hijo trastorna vuestro sentido.

—Su muerte clama justicia: mi amor hácia él exige venganza!

—Contad con mis esfuerzos: mañana pasará Alvar de Luna á la villa de Alfaró, y recordará al conde nuestros compromisos y la necesidad de su exacto cumplimiento. Vos no dejéis la misión que se os ha conferido cerca del rey; nunca tanto como ahora sois útil á nuestra causa. Hareis por no ver al conde, y aparentad que jamás habeisle conocido.

—Yo sufro un cruel cautiverio: solo hablo con el rey ó con su favorito don Juan Nuñez de Lara.

—En cuanto á mí, no desconfieis nunca: mis deseos son los vuestros.

—Me correspondéis, don Gutierre: yo hago por vos el inmenso sacrificio de arriesgar la existencia, tal vez porque quede á salvo la vuestra.

—Tengo mas confianza en el porvenir que vos, sábio Daniel: los negocios caminan á una solucion favorable, y entonces todo quedará á medida de nuestras intenciones.

—Pudiera resultar que todo ello fuese una bella ilusion de vuestra fantasia.

—En la corte se ven las cosas de distinto modo que fuera.

—Precisamente porque allí se descubre perfectamente la intriga, es por lo que sospecho que no vais del todo muy acertado en vuestras conjeturas.

—Me inspirais disgusto con esos temores.

—Debíais agradecer mi franqueza.

—Como solo oi al rey y al de Lara, sospechais mal de nuestros proyectos...

—No, don Gutierre; desconfio de los resultados que apeteecemos.

—Asegurais con falta de acierto.

—Confiais escesivamente en vuestra valia.

—Podemos inmensamente mas, no lo dudeis, que don Sancho: poseemos las mejores fortalezas, los mas aguerridos capitanes, y aun la justicia de nuestra causa nos induce á esperar un feliz resultado.

—Os sonríe una gala ilusion: mas vale así, don Gutier-



re : al menos estais libre de sobresalto ; empero , al desengañosos será mas cruel la pena que esperimente vuestra alma.

—Respeto vuestra inteligencia : servidnos con lealtad , que el premio será correspondiente á vuestros sacrificios : por lo demás , dejadme con mis galanas ilusiones : cada cual alimenta las que quiere.

—Quedamos...

—En que yo avisaré al conde para que os entregue al escudero Gonzalo.

—Antes de tres dias debe estar en mi poder : en otro caso , no respondo , particularmente de vos , don Gutierre ; en el interin , confiad en mis esfuerzos , y Dios preserve á todos de la venganza del rey.

—El cielo os guarde : confiad tambien en mi gratitud.

Vivamente alarmado quedó el viejo infanzon don Gutierre , por las palabras del Hechicero.

Imaginábase que podia haberles sido desteal en la corte , bien por el miedo , bien por sus insinuantes halagos.

Sospechaba , pues , del Hechicero : empezaba á desconfiar de su celo y aun de su lealtad.

Nadie duda mas y mas sospecha que las almas ruines : el espia cree que todos son espías ; el traidor , que todos abrigan siniestras y traidoras intenciones , y el intrigante , que todos son ambiciosos y rastreros cortesanos.

En todos tiempos , en todas épocas , hubo siempre arriba , es decir , en las altas esferas oficiales , en el mundo elevado , tanta vulgaridad y mezquinos pensamientos como en el verdadero vulgo , que al fin es disculpable , si no por su intencion , al menos por su ignorancia.

Don Gutierre llamó al jóven Alvar de Luna y le dijo :

—El Hechicero tiene hoy distintas intenciones respecto de nosotros.

—Dios Santo! Y qué mandais? Quereis su pronto castigo?

—Haced calma: esta noche debéis partir para la villa de Alfaro : direis al conde que estamos siempre dispuestos á obedecer sus órdenes; que tanto en esta villa de Haro como en Treviño, nuestros hombres de guerra continúan fieles á su señor y que en todo caso resistiremos hasta la muerte. Respecto á Daniel, habéisle de manifestar que ya no me inspira confianza ; se queja de no haberle entregado al escudero Gonzalo, de quien desea vengarse por la muerte de su hijo: amenaza con que el rey se encontrará pronto en disposicion de descubrir nuestros planes, y aun por sus palabras se deduce que le ha oido espresarse en este sentido. Rogareis al conde le desvie del rey so pretexto de entregarle á Gonzalo : que de la suerte de este escudero determine pronto, por si es cierta la promesa del astrólogo, y podemos aplacar su siniestra idea : que se informe bien en la misma corte acerca de su conducta, y si el Hechicero nos engaña, disponga inmediatamente su castigo. En fin, á vuestra discrecion y lealtad fio el resultado de esta difícil mision, en la cual está interesado mi sosiego y vuestro porvenir y el de Elvira. He traslucido en el Hechicero una intencion poco favorable, y es urgente oponernos á sus diabólicas intrigas.

—Sereis complacido, noble don Gutierre : partiré esta misma noche para Alfaro, é instruiré al señor conde de

todo lo que deseais. Plegue á Dios contribuya con mi eficacia al desvanecimiento de esos temores, para que vivais tranquilo, y yo feliz, si merezco el amor de la encantadora Elvira!

Profundamente afectado vivia don Gutierre con las amenazas del Hechicero, quien se propuso por medio del terror sacar todo el partido que apetecia; es decir, la venganza contra el escudero Gonzalo.

El rey dióle permiso para su expedicion á la villa de Haro con el objeto de seguir sus indagaciones en el asunto que tan vivos y dolorosos recuerdos producía en su atribulado espíritu. Daniel se reservó el nombre del personaje á quien precisaba visitar para la consecucion de tan difícil empresa.

El Hechicero esperaba solos tres dias, al fin de los cuales resuelto se hallaba á descubrirlo todo á la consideracion del rey, tomando así venganza á un mismo tiempo del conde y de don Gutierre, cuyos secretos poseia, sin que el noble anciano estuviese muy seguro de que sus pasadas intrigas hubieran llegado á saberse por un hombre tan codicioso y estravagante.

De vuelta de Haro llamó el rey al Hechicero.

—Y bien: qué habeis descubierto?

—Un cómplice.

—Su nombre.

—Perdonad si por unos dias recato su nombre, pues de otra suerte comprometeriamos el éxito de nuestras indagaciones.

—Qué habeis sabido de la infeliz Aurora?

—Lo que os referi, señor, en nuestra última entrevista.

- Nada mas?
- Que espiró de horrible tristeza, dejando abandonada á una preciosa criatura.
- Vive?
- Se ignora.
- Y no podreis descubrir por medio de ese cómplice cuál ha sido su destino?
- Espero una revelacion importante.
- Me engañas?
- Digo verdad, señor.
- Y qué tiempo necesitas?
- Os he dicho que muy cortas horas.
- Cielos! Si lograré saber el nombre del malvado!
- Quizás muy pronto.
- Recordarás que así hube de ofrecerte una magnífica recompensa como un espantoso castigo.
- Me humillo ante vuestro poder, confiando en que saldré victorioso de esta dura prueba que sin desearla me deparan los hados.
- Tu cabeza es la garantía que me ofreciste.
- Estoy seguro de que no corre peligro.
- Lo veremos.
- Vuestras esperanzas se verán cumplidas.

El Hechicero procuraba que el rey confiase en sus misteriosos vaticinios, mas su intencion se reducía á ganar tiempo, y si don Gutierre satisfacía su venganza haciendo que el conde le entregase á Gonzalo, burlar al rey, escapándose una noche so pretexto de proseguir sus indagaciones.

El rey no se descuidaba.

La misma noche que llegó á Alfaro el Hechicero arribó

el jóven don Hernando Alvar de Luna, y el dia anterior presentáronse en la corte el infante don Juan, el conde de Haro y multitud de ricos hombres y prela:los.

Con el Hechicero, ó mas bien, en su seguimiento, espiando sus pasos, mandò el favorito don Juan Nuñez de Lara al bizarro noble Antonio Leyva, adicto de corazon al rey y á sus mas ocultos deseos.

Entró el de Lara en la cámara del rey.

—Qué nuevas ocurren?—preguntóle don Sancho.

—Señor, los rebeldes no desisten: su ademan es tranquilo, mas sus intenciones son perversas.

—Si no tan perversas, las mias son tan sinceras respecto de ellos como las suyas respecto de mí.

—Circula un rumor...

—Cuál?

—Que intentan resistir vuestros soberanos mandatos.

—Yo estoy resuelto á no tolerar sus infamias.

—Urge que no os confiéis en las apariencias.

—Les correspondo: tranquilo debéis permanecer, interin yo no os avise: cuando se conoce una trama, es fácil destruirla; por lo demás es frecuente esa conducta en los ambiciosos: aparentan humillarse cuando creen conseguir sus proyectos. La fortuna será que no podrán manifestar en adelante su insolente altanería.

—El conde, sobre todo, es el mas desconfiado.

—Y acierta.

—Luego...

—Será el primero que pague sus impuras asechanzas.

—El infante...

—Mi hermano es mas ambicioso que vengativo; le re-

servo tambien su merecida recompensa. Decidme ahora qué ha hecho el astrólogo en Haro: á quién ha visto, y lo que sepas de este para mi interesante misterio.

—Le siguió Leiva, además de un ballestero de mi confianza. Segun aquel, habló con el anciano don Gutierre de Velasco.

—Luz de Sataaás! Con ese viejo intrigante que ha servido á todos los caudillos, y que se prestó siempre á todas las turbulencias!..

—Fatales son sus antecedentes.

—Peor y mas fatal debe ser su destino.

—Habló tambien el Hechicero con un mancebo, de continente marcial y noble apostura.

—Su nombre?

—Hernando Alvar de Luna.

Es de la comitiva del conde de Haro, y se dice que ciertos amores con una hija ó sobrina de don Gutierre de Velasco, le han constituido respecto de este en un miserable siervo; y en fin, en uno de sus mas ardorosos parciales.

—Y no podríamos atraerle á buen camino, para saber por este medio hasta las mas íntimas y graves intenciones del de Velasco?

—Este doncel se distinguió con el infante y Lopez de Campos en sus desastrosas correrias por Castilla: es valiente y emprendedor.

—Pero es jóven y será amigo de honores y de gloria.

—Está enamorado, y distraida su alma con una pasion vehemente, no será fácil conseguir lo que justamente pretendéis.

—Inténtalo, y tal vez alcances lo que deseo.

—Nunca mas á propósito que ahora.

—Por qué?

—Ha llegado hoy, y fué á hospedarse á casa del conde: sin duda trae algun mensage de los de Treviño y los de la villa de Haro.

—Esos fuertes serán pronto en mi poder, y ay de los defensores si resisten!

—Plugüiera al cielo ver realizadas vuestras legítimas esperanzas!

—Dudas de mi triunfo?

—Confio en vuestro indomable valor y notoria sabiduría.

—Hoy que tengo ante mis ojos á los mas temibles rebeldes, me encuentro mas animado: en vez de intimidarme su presencia, me infunde aliento para desbaratar sus planes y castigar sus intencios y escandalosos desafueros.

—Secretamente se manifiestan con orgullo.

—Dejadlos que hagan alardé de insolencia, que muy pronto humillarán sus altiveces. Cuida de no despertar sospechas, y cunde el rumor de que estoy dispuesto á realizar las concesiones que me exijan, á cuyo efecto no asistiré á la Junta, para que así deliberen tranquilos y libremente lo que juzguen mas acertado y beneficioso para el reino.

—Estais en esta parte dignamente servido: yo, que fuí siempre el blanco de sus calumnias y de la mas cruel envidia, me presento con benevolencia, sin que por mis palabras ni actitud trasluzcan todo el desprecio que justamente os merecen, y de mí se han conquistado.

—El día de la Junta debes traer á mi cámara diez hallegeros de los mas valerosos y adictos á mi persona: reserva esta medida de precaucion hasta unos momentos antes de reunirse el Consejo: tú me respondes de la exactitud en el cumplimiento de esta orden.

—Mi lealtad y amor son la mas respetable garantía que puedo ofreceros.

—Cumple disponer que marche á la villa de Haro un hombre de confianza: idearás cualquier pretesto del servicio, aparentando hallarme en la mejor armonía con los rebeldes, como si ya se hubieran transigido nuestras contiendas: allí debe permanecer hasta nueva orden, y procurará ponerse á la de Velasco y complacerle en todo, para espiar su conducta. Respecto á ese mancebo Alvar de Luna, puedes intentar atraerle á nuestro partido, sin perjuicio de vigilarle, porque así me interesa para la mas fácil averiguacion, por su amistad con el de Velasco, de un asunto que infunde ahora fundadas sospechas.

El rey vió un rayo de luz en la entrevista del Hechicero con el de Velasco, y cuando no otra cosa, discurría que el intrigante amigo del conde pudiera ser sabedor de la villana traicion de que fué víctima la infortunada Aurora.

En medio de sus graves negocios, el rey no olvidaba á sus antiguos perseguidores.

La manifestacion de confianza que hacia en presencia de sus mas temibles adversarios, era un violento esfuerzo de superioridad á que le inducia el mas seguro éxito de sus intenciones.

Su altivo carácter, tan indómito en la desgracia como en los momentos de sus mas insignes victorias, le consti-



tuian en un rey, que dadas otras condiciones, hubiera sido elogiado cumplidamente por la posteridad, asi como lo es justamente vituperado por sus excesos.

Interesa, carísimo lector, que retrocedamos á la interrumpida narracion de la emboscada que prepararon el page Manrique, el Bachiller Roldan y sus audaces y apuestos compañeros de aventuras.

INVENTARIO

—  
 Que el page Manrique, el bachiller Roldan y sus compañeros de aventuras, se dirigieron a la casa de don Juan de Guzman, para darle cuenta de lo que les habia pasado en la emboscada. Y como don Juan de Guzman les habia prometido que les daria un premio si les habian conseguido matar a don Juan de Guzman, ellos se alegraron mucho de haberlo conseguido. Y como don Juan de Guzman les habia prometido que les daria un premio si les habian conseguido matar a don Juan de Guzman, ellos se alegraron mucho de haberlo conseguido.

—  
 Luego que don Juan de Guzman les dio cuenta de lo que les habia pasado en la emboscada, ellos se alegraron mucho de haberlo conseguido. Y como don Juan de Guzman les habia prometido que les daria un premio si les habian conseguido matar a don Juan de Guzman, ellos se alegraron mucho de haberlo conseguido.

## CAPITULO XVIII.

---

### LA SORPRESA.

Quedaban, como dijimos en las anteriores páginas, en acecho de don Pelayo, que muy tranquilo por su valor y muy confiado por ignorar la presencia de tan estraña y enemiga hueste, continuó su marcha por el sendero del bosque, seguido de los ballesteros del conde y de sus prisioneros Gonzalo, Rodrigo de Aguilera y el sombrío carcelero Jaime.

Luego que halláronse frente á frente de la comitiva ó escolta, dió Alma-negra con su ronca voz el grito de, Alto! Castilla! Victoria por don Sancho!

A estas voces siguiéronse otras para aparentar que era una muchedumbre de combatientes los que á don Pelayo en tan mal hora asaltaban.

Los ballesteros que salvaron de los primeros y repentinos golpes, entráronse huyendo por la espesura, é inútilmente les requería don Pelayo, el cual se encontró tambien en la imposibilidad de hacer una temeraria resistencia.

Conociendo el pagezuelo Manrique lo arriesgado de la emboscada, y que la astucia podía suplir á la fuerza, escogió un sitio, el mas á propósito, para realizar su estrategia.

El sendero que serpenteaba por el bosque desembocaba en un vallecillo, cuyo descenso era bastante escabroso, y un puente rústico, hecho de troncos de encina y de piedras toscamente sobre él colocadas, era el único y difícil paso que inevitablemente habian de cruzar para salir del angosto camino que llevaban.

El bachiller Roldan fué el primero que acometió á don Pelayo, quien instantáneamente sacudió el embozo, y echó mano de su cortante espada, mas herido su brioso corcel, fué á dar con su cuerpo en tierra al otro lado del riachuelo.

Rápidamente se lanzaron sobre él Alonso Batalla, el bachiller Roldan y Manrique, mientras los demás acudían en favor de los prisioneros, cuyo corazón se alentó de júbilo al oír las belicosas voces de Castilla! Victoria por don Sancho!

Por de pronto imagináronse que las huestes del rey habianse apoderado de las cercanías del castillo, y que ya habíase producido una espantosa guerra contra los bandos insurgentes y los parciales del conde y señor de Vizcaya.

Ricardo, el page de don Pelayo, solo tuvo tiempo su-

ficiente para saltar, gracias á su gallardo cordobés, el anchuroso arroyo, á la derecha del puente, puesto que la sorpresa ni le permitió colocarse junto á don Pelayo ni seguir su huella por el puente.

Merced, segun decimos, á su vigoroso alazan, no dió en medio del charco, mas hizo un estruendo su caída, que aterró á todos los de la escolta.

Ricardo, sin poder acudir en pró de su gefe, oyendo la algazara de los ballesteros y la estrepitosa gritería de sus adversarios, estimó conveniente alcanzar un camino que le condujese á la presencia del infante don Juan y del conde de Haro.

Dos ballesteros rodaron ligeramente heridos: el noble don Pelayo, que resistia cuanto le era dable, sufrió la afrenta de verse con los puñales al pecho y sin sus invencibles armas.

Negábase á creer que el conde y el infante hubiesen sido aprisionados por el rey, empero como se hallaba al corriente del rumbo que seguian los negocios de la corte, lo juzgó, no obstante, verosímil, y se resignó á sufrir su estraña y dura suerte.

Pediales una esplicacion acerca de la clase de gentes que le habian asaltado, mas solo escuchaba atronadoras voces, y sentia la fuerza de los robustos brazos de Alonso Batalla y sus compañeros.

Manrique, reducido ya y desarmado el noble don Pelayo, fuése corriendo en busca de Aguilera y de su camarada de infortunio el escudero Gonzalo, quien entabló al punto relaciones con sus libertadores.

Manrique encargó que separasen á certa distancia á

don Pelayo, á quien custodiaban dos bizarros jóvenes, y despues del saludo afectuoso y tiernos plácemes á Rodrigo de Aguilera y á Gonzalo, se celebró una especie de improvisado consejo, y se propuso regresar á la fortaleza, reducir á los ballesteros, y proclamar allí al rey don Sancho.

—Perdonad :—esclamó Alma-negra ;—no soy de ese dictámen : lo menos seria penetrar en el castillo, dar muerte á todos los lobos que en él se albergan, y proclamarnos dueños y señores de lo que hoy pertenece al ilustre señor de Vizcaya : pero no estoy porque nos encerremos para ser luego sitiados, y producir recia alarma en toda Castilla : lo mas conveniente será dirigirnos á la residencia del rey, darle parte de lo ocurrido, y allá se las vean los rebeldes y don Sancho. Yo desde hoy quedo á su servicio: me fatigan ya las aventuras, y la que acabamos de realizar, ahora que pasó el peligro, es de los lances mas sérios que tuvo jamás el imponderable Campeador.

—Soy del mismo parecer—esclamó Alonso Batalla:—de aquí partimos á la tienda del rey don Sancho.

—Y los tropiezos?—interrumpió el bachiller Roldan.

—No hay temor de tropezar con nadie—repuso el escudero Gonzalo:—yo guiaré por escusadas sendas, y á ningun ser viviente encontraremos por el camino : pero antes me interesa tornar al castillo á recompensar al verdugo carcelero que tan desapiadadamente nos ha tratado.

—Aquí le teneis—prorumpió uno de los ballesteros heridos:—se ha ocultado en la maleza: viene sujeto, y á no ser por vuestra hazaña, hubiera ya sufrido la condena que le habían impuesto; don Pelayo mandó que le ahorcásemos á la salida del bosque.

—Rayo de Lucifer!—dijo el escudero Gonzalo—húsquemos á esa fiera, que bastantes victimas há cobardemente despedazado con sus garras!

Inmediatamente partieron en diversas direcciones, y transcurridos unos instantes se escuchó la voz de Roldan que decía:

—Aquí de los valientes! ya pareció el lobo! aquí está castañeteando los punzantes colmillos!!!

Llegóse á él con furia y arrojando chispas por los ojos, el intrépido Gonzalo, dispuesto á descargar sobre el carcelero un tremebundo golpe de muerte.

—Deten, Gonzalo...! por Dios...! revelaré cosas interesantes!

Así exclamó el supersticioso Jaime, que de hinojos y en ademan de súplica, imploraba la compasion del escudero.

—Oigamos lo que dice—observó Roldan;—este será un pozo inmundo de secretos, porque largos años fué el ejecutor misterioso de inicuas sentencias; escuchémosle: no le hieras; conviene oírle.

A los ruegos del bachiller se detuvo Gonzalo, no sin darle antes dos fuertes mandobles en las espaldas.

—No te dije, perro de Satanás, que caerias en mis uñas cuando menos lo pensaras? Voto al diablo que estoy por sacarte el corazón para que te lo coman los buitres!!!

—Misericordia, Gonzalo...! No se diga que abusas de este feliz é inesperado triunfo.

Diéronle un empellon que fué á parar á la senda del bosque, y habiendo quedado solo con él preguntóle el escudero:

—Y qué tienes que decirme? Es por ventura un preteslo para librarte de la muerte?

—No, Gonzalo: mis revelaciones pueden ser útiles á tí y á otras personas.

—Por si acaso, no te perderé de vista.

—Señores,—esclamó Manrique:—el dia está alboreando: el page fugitivo, aunque es de nobles sentimientos y muy amigo mio, tendrá que dar parte de la ocurrencia, y quizás algunas lanzas del conde, no obstante que á estas horas le supongo en la villa de Alfaro, pudieran oponerse nuevamente á nuestro intento: cumple, pues, distribuir las fuerzas; soy de parecer que Roldan, Rodrigo de Aguilera y yo, marchemos al castillo, en donde á todas horas tengo fácil entrada: allí es preciso difundir una terrible alarma, y de seguro juzgarán que este imprevisto suceso es cosa de encantadores: llevamos además la honrosa mision de salvar á la bella Elvira y ponerla á cubierto de los azares del porvenir. Mientras realizamos este laudable proyecto, Gonzalo y los restantes amigos pueden dirigirse á la presencia del rey; tal vez lleguemos á un tiempo: en cuanto á estos pobres ballesteros, haré que no penetren en la fortaleza, y que vayan á restablecerse de sus heridas á una de las aldeas inmediatas: qué os parece, valerosos amigos?

—Oportuna es la idea.

—Buen pensamiento.

—No podría discurrirse un plan mas escelente!

Por este orden fueron dando todos su asentimiento á la propuesta de Manrique, y habiendo antes socorrido en todos conceptos á los dos ballesteros que habian experimentado algunas contusiones y leves heridas, despidié-

ronse afectuosamente y cada cual partió para su destino.

El sol comenzaba á difundir su vivificante luz en el horizonte, cuando Manrique, Roldan y Rodrigo de Aguilera deslizábanse cautelosamente por la puertecilla falsa de la fortaleza.

Penetró Manrique el primero, como exacto conocedor de aquellos sombríos lugares.

Al ruido que produjo la salida de don Pelayo, y á impulsos de la curiosidad, habíanse levantado, contra su costumbre, la mayor parte de los moradores del castillo.

La dueña habia despertado á Elvira para darla razon de la fuga de Manrique, é inmediatamente marchó al oratorio á practicar sus oraciones de la mañana.

Marcharon los tres huéspedes por la galería cuyo término era la habitacion de Elvira, y al llegar á la puerta, dijoles Manrique:

—Rodrigo penetrará conmigo en la estancia de Elvira; vos, bachiller Roldan, id hácia el oratorio, que allí encaminaré á la dueña, si es que á estas horas no está ya en sus cotidianas oraciones.

Hicieronlo así, enderezando Roldan hácia la capilla.

La doncella habíase puesto junto á un mirador que daba al bosque, y estaba como saludando á los refulgentes destellos del nuevo dia.

Muy ageno su corazon á las dulces y sentidas emociones que se le preparaban, latia de dolor recordando la interminable série de desventuras que sufriera por ser perseverante en el tierno amor que á Rodrigo habiale jurado, contra la voluntad de todos sus opresores.

Rodrigo de Aguilera imaginábase que todo aquello no



pasaba de un sueño, de un hermoso delirio causado por el dulce fuego de su alma.

Cada paso hácia el sitio en donde se encontraba la encantadora doncella, le producía un violento latido.

Aquel era un instante supremo de felicidad, y al par una situación agitada, llena de sobresalto y de incertidumbre.

Instantes en que el espíritu sobreescitado exalta nuestra sangre, y hay una mezcla estraña de inquietud, de júbilo y de temor.

—Dios mío!—esclamó Elvira al ver penetrar en su estancia á Manrique y al desdichado Aguilera.

—No os sobresalteis, Elvira: la suerte se nos manifiesta hoy propicia, y no debemos perder un momento si deseamos salir del peligro que nos amenaza.

Refirióla sucintamente lo ocurrido, y quedó asombrada del temerario arrojo del page y sus intrépidos compañeros.

—Elvira, no desoigais nuestras súplicas,—prorumpió tiernamente Aguilera;—venid á un albergue mas seguro, y libraos de una vez para siempre de los que injustamente os tiranizan.

Manrique redobló sus ardientes ruegos, y merced al estado de incertidumbre y á la sorda agitación en que exactamente pintó á Castilla, exagerando las ventajas del rey sobre sus enemigos; y, en fin, esponiendo á Elvira el riesgo en que se hallaba de verse unida á quien su corazón no era simpático, que la bizarra doncella cedió á sus insinuaciones, y despues de haber recogido algunas joyas, salió cubierta con su manto y con la firme resolución de correr

la suerte de su aventurero aunque hidalgo adorador Rodrigo de Aguilera.

Interin marchan silenciosos y con grave compostura por la galería en direccion á la puerta secreta del castillo, escuchemos á Roldan, que así alucinaba á la mística doña Berenguela:

—Creedme, señora: son cosas de encantamento: este altivo conde, á pesar de su gallardía, no ha podido verse libre de las influencias del Hechicero.

—Jesus! una y mil veces! Lo temia, caballero: hoy mismo escribirán al noble don Gutierre para que nos trasladen inmediatamente á otro lugar en donde reine la quietud, y no suframos tamañas amarguras.

—Hareis bien, doña Berenguela: he visto muertos no muy lejos del castillo á multitud de ballesteros, entre los cuales he reconocido al caballero don Pelayo y al carcelero Jaime. Parece ser que esta noche ha penetrado una legion de brujos en la fortaleza, han roto las prisiones, y sabeis quiénes son los que milagrosamente han salvado?

—Quiénes?

—Gonzalo, el escudero del rey, que penetró en la mansion solitaria de la *Torre del Diablo* y ahorcó al hijo y á otro camarada del Hechicero: tambien estaba con Gonzalo el trovador Rodrigo de Aguilera, el amante de Elvira...

—Cielos..!

—Sí, señora: aun hay mas.

—Cielo santo, compadeced á estas desgraciadas!

—Aun hay mas, mi señora y respetable doña Berenguela.

—Todavía mas?

—Sí, venerable dueña: yo he penetrado en el castillo, y pásmese Vd..!

—Jesus! Jesus!

—Pásmese Vd.! He visto sobre un caballo, blanco y refulgente como la espuma del mar, ligero como un corzo, fuerte como un torbellino... vi, señora... á quién direis que he visto?

—Al Santísimo apóstol Santiago?

—No.

—A Rodrigo de Vivar?

—Tampoco.

—Al invicto Jaime el Conquistador?

—No.

—A quién?

—Todavía parecióme aun mas estraña la vision.

—Por Cristo, acabad!

—Lo que cabalgaba en el rozagante alazan, cuyos relinchos conmovian la tierra, no era otra que la hermosa Elvira.

—Elvira!

—Sí, señora; Elvira.

—Dios de Israel! Si la he dejado hará unos momentos en su estancia, ignorando, por fortuna, cuantos accidentes han ocurrido esta noche en la fortaleza..!

—Para que veais...

—Ahora reflexiono... pero dejadme... voy á ver si habeis padecido equivocacion... si... no es posible...

—Lo que no es posible es que salgais vos de este oratorio.

—Caballero!

- No os engaño: estais hechizada.
- Dios me socorra..!
- Vuestras lágrimas son inútiles.
- Quién me detiene.?
- El demonio!
- Jesus!

Y la mística dueña cayó sobre un sitial en las gradas del oratorio; quedó por unos instantes fuera de sentido: recobrado este, oró de rodillas, se aspergeó el rostro con agua bendita, dudando de si seria aquello una horrible pesadilla; fuese á la puerta, y cuando se convenció de que estaba cerrada con llave, estuvo á punto de espirar de espanto. Gritó, y trascurridos unos instantes aparecióse una doncella con lágrimas en los ojos, y manifestóle el estado alarmante de la fortaleza.

El bachiller Roldan habia desaparecido, y luego que se reunió á Elvira, Manrique y Aguilera, contóles su incidente, de lo que no poco se holgaron.

El page, aprovechando la confusion de los moradores del castillo, é ignorando algunos de los de su confianza los detalles del suceso, pudo sacar su corcel y disponerle de modo que Elvira fuese con alguna comodidad y presteza á la humilde cabaña de Jorge.

---

## CAPITULO XIX.

### EL COMBATE.

Gonzalo con sus dos prisioneros Jaime y don Pelayo, sus amigos Almanegra, Alfonso Batalla, y en fin, el resto de su hueste, caminaba en direccion á la villa de Alfaro con objeto de presentarse al rey, á quien deseaba narrar sus infortunios, dándole cuenta de las persecuciones que habia sufrido, merced á su lealtad y nunca desmentida bizarría.

Hicieron alto en el centro de la espesura de un monte, y quedándose don Pelayo y los dos valientes jóvenes que le custodiaban á cierta distancia, el escudero aprovechó la ocasion para hablar á Jaime de esta manera:

—Sentiria me dieses chasco: ahorcándote ahora, nos ahorrariamos de conducirte, porque siempre es un estorbo

que nos obligues á marchar por ignoradas sendas, cuando podíamos ir por caminos rectos y desembarazados. Qué tenias que revelarme?

—No es para este momento: al rey solo diré mis secretos.

—Entonces los llevarás al otro mundo.

—Salvándome yo, salváranse tambien otros infelices.

—Te advierto que el rey no te perdonará ciertas diabluras.

—Estoy seguro de que su bondad acogerá los ruegos de este desgraciado.

—De este verdugo, dirias mejor.

—Qué quieres, los hombres se ven espuestos...

—El que es un cobarde...

—Yo no lo fui nunca.

—Jamás fuiste valiente ni generoso; el que lo es, no ejerce un empleo tan aborrecible. Pero, en fin, se han cumplido mis pronósticos: espiarás como mereces tus crímenes y bellaquerías; disponte á morir.

—Gonzalo, mi entrevista con el rey será para tí más provechosa que para otro alguno.

—Si es como dices, no quiero privar al rey de un servicio que puede ser de utilidad para todo el reino: en cuanto á mí, para nada me son indispensables tus revelaciones; te conduciré por consideración al rey, que de otra suerte, ya hubieras pagado todas tus culpas.

En el ínterin así conversaban Jaime y el escudero, don Pelayo decia á Corta-pendencias, Alma negra y Alfonso Batalla, en estos términos:

—Paréceme, seores hidalgos, que no hariais demás en

dejarme libre para volver á Valladolid, puesto que yo ninguna responsabilidad he contraído en la prision del escudero y del troyador, á quienes hasta ahora no conocí en mi vida.

—Por nosotros, libre estariais ya, don Pelayo; mas nuestra palabra es prenda de oro, y cumplir es ley: creemos no será gran cosa el castigo, si como decís, el infante y el conde de Haro han resuelto ceder á las órdenes de don Sancho: siendo así, nada teneis que temer.

—Como desconozco la causa de la prision de esos manebos, seor Alonso Batalla, pudiera ocurrir que el rey me culpase de ella, y entonces lo hicimos á pedir de boca; yo no soy enemigo de don Sancho: me puse á las órdenes de mi señor el infante don Juan, y allí se las vean con sus contiendas y rivalidades; yo cumplo mi deber: obedezco y callo.

—Es verdad,—repuso Alma negra,—pero contribuís con vuestro valor y esfuerzo á la honda agitacion en que se halla Castilla, y participais y sois cómplice en los atentados que vuestros hombres de guerra cometen por doquier.

—Guardaos, seor Alma negra ó Alma blanca, de atribuirme á mí delitos ajenos á mis sentimientos, porque voto al diablo...! que si no estuviere oprimido cual un malhechor...

—Todavía con baladronadas...! Qué humos gastais...! Cáspita en el valeroso don Pelayo..!

—Dejadme libre... y vereis que uno á uno, ó dos á dos, vais dando cuenta al Eterno de vuestras maldades.

—Seor hidalgo,—dijole con burla Alonso Batalla;—no está



bien que hombres como nosotros insulten la vuestra desventura...

—Y quiénes sois vosotros? gente perdida y errante, dada á todo género de iniquidades: creéis que no os conozco? Vive Cristo! que ni entre moros sufriría yo tal afrenta!

—Oiga, seor don Pelayo—le interrumpió uno de los compañeros del bachiller Roldan;—si vuesarcé se imagina que nos causa miedo, padece un error: en cuanto á mí, ya le pueden volver sus armas, que á otros mas valentones hice besar la tierra.

—Güarte de ofender á ese caballero! No ves que con sus brazos, que parecen aspas de molino, es capaz de hundir á un gigante?

—Gente villana! Así os burláis de un caballero porque le veis desarmado!

—Dadle su espada.

—Sí: probaremos á ver hasta dónde raya su bravura.

—Miserables!

Don Pelayo era un hombre audaz, severo, y muy dado á las privaciones y terribles lances de la guerra.

Se desesperaba considerando la situación en que los jóvenes aventureros le traían, y su altivo genial no podía sufrir una, para él, humillación vergonzosa.

Levantóse con ímpetu, y no creyendo los de su escolta que se atrevería á embestir contra cinco, se dormían en la confianza y reíanse de su tono amenazador y del fuego iracundo que despedía su semblante.

De repente lanzosé cual una fiera sobre el que tenía mas cercano, y asiéndole su daga, desafió con un mirar aterrador á los aventureros, quienes por el pronto pas-



máronse de su osadía, que nunca juzgaron tan temeraria.  
 —Venid!—les dijo—insultad ahora al que os reta á muerte!

—Si os da hubiéramos dado esta mañana—interrumpió Alma negra—nos ahorraríamos de dáosla en este momento.

—Cara os ha de costar, vive Dios! que antes sucumbiré de un golpe que entregarme á turba desleal y villana!

Habíanse puesto en actitud de acometerle, mas ninguno era osado á empezar aquel imprevisto duelo.

Rodeáronle todos, y al que primeramente quiso herirle descargó don Pelayo tan recio golpe, que casi le hundió la daga por la parte alta del costado izquierdo, de tal suerte que le hizo caer sin vida y arrojando un raudal de sangre.

Alonso Batalla, henchido de corage, se arrojó á él como un tigre, y aunque leve, recibió también una herida en el antebrazo.

Viendo los demás la extraordinaria temeridad de su contendiente, y contando sólo con dagas y puñales, apelaron al recurso de las piedras, pero el impertérrito don Pelayo cubrióse con el tronco de una encina, y así esperó que se le acercasen sus enemigos.

Al estrépito acudió Gonzalo, y animando con su espantosa voz les dijo:

—Qué haceis, cobardes? Será posible que ese alma de alcornoque se burle del nosotros?

Circuyeron la encina, y disponíase á acometerle Gonzalo, cuando se escuchó cercana una trompeta, y percibióse el confuso estruendo de un tropel de ginetes.

En tanto que esto acaecía y rompió sus ligaduras el carcelero, partiendo en seguida á todo correr por la espesura de la montaña.

Quando le vió el escudero Gonzalo, exhaló una imprecacion horrible, pues sentia sobremañera que se le escapase sin haber espiado sus crueldades.

La cabalgada apareció en una pequeña esplanada del bosque, y arremetió al galope hácia donde se encontraba el iracundo don Pelayo y sus temibles agresores.

No quedándoles otro recurso, uno de ellos arrojó á don Pelayo su cuchillo, que fué á clavarse en el vientre, y el infeliz cayó sin sentido á impulsos de un cruento dolor, y lanzó una maldicion infernal y desgarradora. Seguidme! les dijo Gonzalo, y partió hácia lo mas espeso y oculto de la montaña.

No fueron tan listos y ágiles que no hubiesen de sufrir algunos los contundentes mandobles de los recién llegados, que érase para su mayor desgracia, algunas lanzas del conde que iban en direccion de la fortaleza.

Alcanzaron á dos del grupo de Gonzalo, saliéndose este, Alma negra y Alonso Batalla, que á pesar de su herida, saltó por la maleza con la rapidez de un gamo.

Dos de sus compañeros se hallaron instantáneamente en el suelo, merced á los mortales golpes de las mazas.

Don Pelayo permanecia desangrándose, y con un quejido que revelaba su situacion estrema.

Socorriéronle cual les fué posible, y puestos en una especie de camilla que trazaron con las gruesas ramas de unos fresnos, continuaron con él hácia el castillo del conde de Haro.

Este, por medio de sus hombres de armas, remitía un refuerzo é instrucciones á los habitantes de su fortaleza.

Don Pelayo les informó del suceso, y uno de los ginetes manifestó sorprendido:

—No en vano se decia en Valladolid que la fortaleza estaba poco menos que endiablada, y que ocurrían estupendas aventuras y lances nocturnos y extraordinarios.

—Marchemos pronto—dijo el que hacia de gefe—yo desvaneceré esa inquietud, y por Santiago! que no vá á quedar con vida ningun fantasma ni malandrin alguno, aunque disponga de más hechizos que arenas tienen los mares.

Prosiguieron su marcha, doliéndoles no haber podido alcanzar á Gonzalo y sus dos compañeros, quienes con rápida presteza ganaron la cumbre y se ocultaron entre los riscos.

Espiraba la tarde, y el manto nocturno se estendia cual hórrido crespon sobre el horizonte.

Si Gonzalo y sus dos amigos habianse refugiado en una caverna cuya entrada era difícil.

Habian por largo rato permanecido en un absoluto silencio, recelosos de que los persiguieran.

Siéndoles imposible resistir á fuerzas desiguales, optaron por la fuga, que por fin obtuvo el resultado que apetecian.

No siento mas—decia en voz baja Gonzalo—que se vea libre el estúpido carcelero: debimos darle muerte en el acto, mas por respetos al rey... le perdoné contra mis intenciones.

El tal Jaime—añadió Alma negra—debe ser un verdugo: su rostro es el espejo de su corazon.

—Callad!—les advirtió Alonso Batalla, cuyo brazo tenía por venda un giron de su esclavina de peregrino.

—Tienes razon—dijo Gonzalo;—he oído un rumor.

—Tal vez—repuso Alma negra—el viento produzca ese ruido; sin duda se mueven las ramas de las encinas que hay á la entrada de la gruta.

—El ruido es de pasos: he advertido separar la maleza.

—Silencio!

—Nos buscan.

—Aquí está muy oscuro, Gonzalo: el que entre muere á la puerta.

—Si vienen todos, nos van á ahumar como á una zorra!

—Yo salto entonces, y muero sacudiendo al que se presente.

—Oís?

—Cada cual con su daga en mano, y á corta distancia.

Positivamente se oyó separar la maleza que había á la entrada, y como no escucharon voces algunas, se creyeron fuese algun lobo que trataba de refugiarse en su tenebrosa guarida.

Apercibidos de aquella novedad, dispusieronse á defenderse y á luchar como desesperados en el fondo de aquella infernal estancia.

La oscuridad les impedia distinguir los mas cercanos objetos, aunque por los pasos y corto ruido que sentian comprendieron que un solo sér viviente intentaba penetrar en la caverna.

Animáronse con este convencimiento, y dieron espera á que se manifestase, por cualquier concepto, el que tan

misteriosamente se refugiaba en aquel lugar de tinieblas y sepulcral olvido.

Por último, notaron que la respiración y el modo cauteloso de moverse eran de persona humana, y los tres imaginaron si sería algún malhechor que por albergue tuviera aquel solitario parage.

Temiendo que si avanzaba más tropezaría con ellos, preguntó Alonso Batalla con voz ronca y vibrante como el bramido del mar:

—¿Quién sois? ¿Qué buscáis aquí? ¡Tiembla miserable!

El aparecido sintió un horrible susto, y al querer tomar la puerta, cayó al suelo con un completo trastorno.

Lanzáronse á él, y como apenas respiraba, sospécharon si del susto habriase muerto.

—Arrastrémosle hácia la puerta—dijo Alonso Batalla.

—Alto!—esclamó Gonzalo—y si hay más gente que nos busca? Esperemos á que hable.

—Lo mejor será que no vuelva á pronunciar palabra, por si grita y nos descubre:—manifestó Alma negra.

—Dice bien: despachémosle, y nos quitamos de un enemigo.

—No le hieras, Batalla—interrumpió Gonzalo—este no se escapará tan fácilmente: le tengo asida la garganta!

—Cómo ha de hablar si le ahogas?

—Id uno á la puerta y escuchad á ver si descubris á otros, para en ese caso permanecer en este sitio.

Salieron á la entrada, y Gonzalo quedó con el desconocido.

Iba este alentando, hizo un colosal esfuerzo, y despues de un prolongado y retemblante grito, trató de levantar

su cuerpo, mas Gonzalo que le optimia descansaba sobre él cual una losa de plomo.

—Dejadme por Dios, que me ahogo!

—Diantre! Quién eres?

—Maldición! —Cuerpo de Satanás... eres Jaime, el famoso Mendó, el espía del conde, el verdugo de los inocentés!

—No me hieras!.. Gonzalo! por! Dios!

—Cúmplase tu destino!..

Y le descargó una espantosa puñalada en el cuello, quedándose el malhadado carcelero bañado en su venenosa sangre.

Salió Gonzalo de la caverna á tiempo que volvian sus dos amigos.

—Y qué? Habeis oido alguna cosa?

—Nada se siente.

—La noche comienza oscura y fria como el hielo: importa aprovechar estos instantes: has despachado al aparecido?

—Está corriente.

—Lo gracioso es que no sabemos si era amigo ó adversario.

—Le he conocido.

—Y era quizá alguno de los ginetés?

—Algun cazador tal vez... pobre hombre!

—Pobre diablo! Era Jaime, el carcelero de la fortaleza del conde.

—Lo merecia.

—Sin duda vino en busca de refugio.

—Y se encontró con mis garras: marchemos, y sin re-

chistar siquiera, porque es lo natural que nos persigan los partidarios del conde.

Descendieron pausadamente por una vereda de la montaña, ansiosos de salir de aquel escarpado terreno, pasar al siguiente día á la Rioja y presentarse lo mas pronto posible en la corte del rey don Sancho.

## CAPITULO XX.

## LA MIZION DELICIOSA.

— ¡Vámonos! — exclamó luego que se hubo terminado el acontecimiento por el cual se abrigaron en su pobre capaña Elvira, Martinique y Aguilera; que ya á ser de nosotros si el conde nos descubre. No perdamos tiempo; Martina, marcha al punto con esta noble señora á la casa de zafra; que está muy lejos; ya te enterarás de lo salido que tiene el mundo; en caso de que se oculte y vayas á cortar la cañada; y sierra de Puerto que formamos á cultivar el huertecillo de los apaches, por cuya razón te has constituido allí, que ya no te vea en cuando á ocuparme algunas instancias; de noche quedará en guarda de Rivina, y el cielo nos conceda pronto la salida que todos deseamos; ahora, Martinique, luego que

## CAPITULO XX.

---

### LA MANSION DELICIOSA.

---

—Válame Dios!—esclamó Jorge luego que se hubo instruido del acontecimiento por el cual se albergaron en su pobre cabaña Elvira, Manrique y Aguilera—qué va á ser de nosotros si el conde nos descubre? No perdamos tiempo: Martina, marcha al punto con esta noble señora á la casita del valle: que estés muy alerta: ya te informé de la salida que tiene al monte: en caso de apuro, que se oculte, y vuelve tú á cerrar la entrada; y sirva de pretesto que tornamos á cultivar el huertecillo de los cipreses, por cuya razon te has constituido allí, que yo iré de vez en cuando á ocuparme algunos instantes: de noche quedaré yo en guarda de Elvira, y el cielo nos conceda pronto la salvacion que todos deseamos: ahora, Manrique, urge que



os marcheis con estos hidalgos por el camino que os indiqué hará un momento: si no lo perdeis, llegais sin tropiezo alguno á la Rioja; no penetreis en Haro, ni en Logroño: id rectamente á la villa de Alfaro.

—Buen Jorge-dijo Manrique;-con la cristiana y sincera voluntad que nos ofreces tu proteccion, nos consuelas de estos pasajeros aunque amargos sinsabores. Dios te premiará tan noble conducta, y nuestro bariño eterno recompensará tus leales beneficios.

—Yo, señores-prorumpió Rodrigo de Aguilera;-quedaré con la honrada Martina en esta su cabaña: de noche guardaré por fuera la casita del valle, y de cualquier peligro avisaré oportunamente á nuestro respetable protector, al incomparable Jorge: para que no temais una indiscrecion, cambiaré de trage, vistiendo el de un humilde aldeano, y en circunstancias criticas podré con fingimiento pasar por un sencillo labriego: yo no me separo de Elvira; quiero respirar su mismo ambiente, oir su dulce voz, y perecer ante su presencia si por ventura reapareciesen sus inhumanos opresores.

Esta aspiracion amorosa de Aguilera produjo un animado y ardiente debate: Elvira, Manrique y Jorge resistian, temerosos de que su amor comprometiese el secreto: Martina, á quien todo lo extraordinario agradaba, manifestó que ningun inconveniente podria resultar de que permaneciese disfrazado Rodrigo.

Ultimamente, el bachiller Roldan cerró la cuestion, diciendo:

—Páreceme que debemos ceder á la demanda de Aguilera, puesto que han de trascurrir pocos dias antes de que

termine de una vez nuestro desasosiego y la cautividad de Elvira, porque el rey no ha de tolerar tamana desventura; seamos complacientes con Rodrigo: dejémosle que vista el traje de la aldea, que tome el escardillo y aparente estar sembrando flores y verduras: así como así, estos venerables ancianos se distraerán con sus chistosos é instructivos romances, y Elvira templará su soledad, mitigará el fastidio que la ocasiona el considerarse una humilde pastorcilla, oyendo sus dulces y enamoradas trovanzas.

Tal razonamiento mereció la aprobacion de todos, y Jorge, informado cumplidamente del honroso carácter y sencillez de Rodrigo de Aguilera, también asintió de buena ley á que se quedase en su compañía.

Diéronse un cordial abrazo, y en el brioso corcel que del castillo trajeron á la cabana, cabalgaron Manrique y el bachiller Roldan, como dos errantes caballeros que ibán en busca de ruidosas cuitas y aventuras, á la usanza de aquellos caballerescos y belicosos tiempos.

El sol reflejaba con toda su magnificencia desde un cielo diáfano y radiante.

El dia esparció su bienhechora luz por el firmamento: las aves saludaron jubilosas su aparición, y los humildes campesinos disponíanse á continuar sus patriarcales faenas.

Las florecillas, que ya comenzaban á erguir su fresco tallo, lucian sus vistosas corolas, salpicadas de cristalino rocío, formando cada gota una brillante perla.

El campo, en fin, recobraba su lozanía.

El valle con su naciente frondosidad, asemejábase á un bello edem, á un encantado paraíso.

La hermosa virgen que largo tiempo trascurriera en-

tre acerbos rigores, la desdichada Elvira, sonrió ante la magestad de la naturaleza, y en su albergue soledoso exhaló tiernos suspiros de placida quietud y de esperanza.

Por un momento dió tregua á la pesadumbre que la martirizó durante la noche con la memoria de su padre y lo incierto de su porvenir, y contempló gozosa el soberbio panorama, la risueña perspectiva que se destacaba ante sus ojos.

Jorge habia salido de la casita á recorrer sus contornos, y despues entró en un huertecillo, cuya empalizada era de espinos y de rosales : allí, cavando la tierra y disponiendo algunos tablares para cubrir las semillas mas delicadas, esperaba al amanecer á su buena Martina, que de la aldea traía en semejante hora las viandas.

Rodrigo de Aguilera, en las noches que ya habian trascurrido, pasó luengos instantes en vela, rondando en torno de la casita, ó descendiendo al valle, y aun á veces trepando á la cumbre del vecino monte á escuchar si algun viajero ó extraño huésped llegaba á interrumpir la dulce quietud del retiro de Elvira ; quietud igual á la de los solitarios y fervorosos anacoretas.

Creviendo que aun no se habria levantado la casta doncella, pero sí que el sueño hubiese huido ya de sus hermosos ojos, quiso el enamorado Aguilera obsequiarla con una cancion, y al efecto entonó con suave y armonioso acento esta romanza, á estilo de las que se llaman *alboradas*, y que es un deleitoso cantar cuando apenas vá difundiendo sus fulgores el astro de la luz y de la alegría.

Purpúrea llama que brillas  
 para consuelo del hombre,  
 que á la tierra das aliento  
 con tus fúlgidos albores,  
 que disipan las tinieblas,  
 negro crespon de la noche.

A ti saluda riente,  
 á ti saluda en el bosque  
 el ave que aprisionada  
 se vió de sombras y horrores.

Yo te saludo cantando,  
 pues haces que se alboroce  
 un corazón que gemia  
 entre duras emociones,  
 porque está ausente la virgen  
 casta flor de sus amores.

Yo te saludo, y ufano,  
 al aire tiendo mis voces  
 con la fé, con la armonía,  
 que al mirar tus ricos dones,  
 en el valle te bendicen  
 los alegres riuenseñores.

Te ruego, aurora feliz,  
 que al bello sol de los soles  
 cuya luz tanto la envidias  
 desde ese trono, do acoges  
 los plácemes de la tierra,  
 por tus rayos bienhechores.  
 Te ruego que la ilumines,  
 y que al mirarla te goces,

ya que mis ojos no pueden  
contemplar sus esplendores.

Y tú, brisa embalsamada  
que los pensiles recorres,  
aspirando los aromas  
con que te brindan las flores,  
lleva también mis suspiros,  
el eco de mis ardores,  
á la beldad soberana  
que dulce fuego inspira-me.

Por su apenado infortunio,  
por ese martirio enorme,  
dila, que no desfallezca:  
dila, que no se acongoje,  
pues brillarán otros días  
bonancibles, seductores.

Luz de mi vida,  
flor que escondida  
en la espesura  
tienes tristura

negra, en verdad,

Oye mi acento,  
y el mi tormento  
que el hado acrece  
pues me oscurece  
tu hermosa faz.

Flor de este valle,

por Dios! no llores....  
porque las flores  
lloran también.

Tu pena sienten:

pena que inspiras  
cuando las miras  
con tu desden.

Oye el acento  
dél que te adora,  
reina y señora  
de mi pasión.

Mientras tú duermes,  
vela ún amante,  
por ti constante  
su corazón.

Suspende el lloro,  
templa tu duelo,  
ángel del cielo,  
luz de mi ser.

Vive segura  
de que es eterna  
la llama tierna  
de mi querer.

Elvira escuchó con dulzura la espresion del sentimiento que ardia en el alma de Rodrigo.

Salió á la puerta de aquella morada de paz y de sencillos placeres, y sentóse sobre un banco de piedra colocado al pié de un frondoso sauce.

Rodrigo se apresuró á saludarla, y con beneplácito de Jorge, á quien hizo tambien un afectuoso saludo, sentóse á su lado para rendirla nuevamente los sinceros votos de su pasión.

—Vé aquí, Elvira; reunido para mí en este recóndito walle, que tú embelleces, toda la felicidad apetecible.

—Si el destino fuese largo tiempo favorable á nuestras

esperanzas tendríais razón, Rodrigo: empero, me hieren mil sombríos recuerdos, y os áltame un fundado temor de nuevas y mas horrendas contrariedades.

— Calma esa inquietud, hermosa Elvira: el cielo permitirá que cesen de una vez para siempre los injustos rigores que hoy sufrimos; yo te ofrezco un amor perseverante; si no me consideras digno de ti, buscaré la gloria en las batallas y si te satisface mi pasión, mis nobles sentimientos hácia tu virtud, viviremos en un apartado asilo, á semejanza de este, lejos del torbellino de la ambicion y de las intrigas, sonreídos únicamente por la felicidad de una vida humilde y honesta, deslizada entre aromosas flores y encantadoras armonías.

El trovador, cediendo á sus desinteresados sentimientos y á las inspiraciones candorosas de su fantasía, presentaba á la hermosa doncella un porvenir risueño, cual si dispusiese á su antojo del incierto rumbo de su destino.

Como la niñez de Elvira cruzó entre amargas y en una oscuridad completa, viendo por todas partes horribles fantasmas, y sintiendo un rigor desapiadado, así de la suerte, como del que pasaba por el autor de sus días, servíala de consuelo y de dulce esperanza la ardiente y caballeresca pasión de Rodrigo.

Este, en su vida errante y aventurera, agenoy á las revueltas y trastornos de aquellos tiempos, orgulleciase con un amor poético, y alentaba mágicos delirios acerca de su futura suerte, entregándose con ciega candidez á sus amores, sin temor á los graves azares á que se esponía.

— En tanto que aquí vives como sepultada, — dijo Aguilera, — yo seré tu leal custodio: velaré tu sueño: recogeré

vistas flores para orlar tus angelicales siénes, entonando mis apasionadas y sentidas cantinelas, para distraerte de tus profundas y tristes adversidades.

—Aventurado al par que belló es tu juicio, Aguilera: reconozco la hidalguía de tu corazón, y plúguiese al cielo se realizáran tus sentimientos: á tu lado me contemplaria feliz, sin la vana pompa de la corte, y un refiro, á semejanza del que ahora disfruto, sería para mí celestial y preferible á los más deslumbrantes palacios: empero, me aqueja el temor de que aun hemos de correr lastimosos peregrinajes, pues redoblarán la persecución mi padre y Alvar de Luna, y quiera Dios que mi anciano padre no sucumba de ira, y mi existencia sea eternamente atormentada por tan fatídico remordimiento!

—No llores, Elvira: tu llanto es un fuego devorador que enardece mi alma: siento como tú, padezco lo que sufre tu corazón, si bien soy más resignado y confío más en la pureza de nuestro amor y en la sinceridad de nuestra inocencia. Las circunstancias cambiarán pronto de un modo favorable: á estas horas, el rey don Sancho, instruido de tu infortunio, dictará órdenes para llevarte á su presencia, y tu padre, cediendo á sus consejos y á su autoridad, consentirá en que se realice nuestro amoroso deseo.

—Y si al contrario sucede, que somos otra vez juguete de la adversa fortuna?

—No es posible.

—Mis presentimientos son tristes: anoche tuve un sueño tremebundo y desgarrador.

—Por qué cedes á esos lastimeros delirios? serena tu alma: confía en la justicia y en el amparo de los cielos.



—A todas horas estoy elevándole fervientes oraciones; mas en vano consigo calmar la inquietud que aflige mi corazón; do quiera veo la imágen de nuestra desgracia: do quier se me presentan los rigores de nuestro destino: anoche soñé que otra vez te arrebataban, Rodrigo; que yo descendía á darlobréguex de un chaustro; y mi padre iracundo maldecía nuestros amores!

—Vive tranquila, que pocas horas restan de aharga desventura; (yo he sido más feliz en mis sueños: anoche, al fulgor suave de la luna, me imaginaba que en medio de aérea y régia pompa éramos conducidos á una gótica y deslumbrante capilla: que allí nos dió su bendición un ministro del Eterno, y en fin, que rodeados de una aureola de felicidad, habiásemos realizado nuestros vehementes y caninos votos: yo te contemplaba al pie del altar, iradiante de hermosura, y tan magestosa con tu faz peregrina como un arcángel de los que rinden á labazas al Rey de los Reyes; cien caballeros de sin par gallardía envidiaban mi esplendente ventura, y él leco de celestiales armonías proclamaba tu bello nombre, ofreciéndole sonoros himnos de sinceros parabienes!

—Mágica ilusión, Rodrigo! ¡juro al cielo y á la castidad que tal vez, cuando menos lo pienses, podrá ser una hermosa realidad!

—A esta sazón apareció el anciano Jorge otraja el semblante con profunda alteración, sin embargo que como hombre prudente sabía hacerse superior al miedo: su fin era que Elvira no se apercibiese de su agitación; tal efecto, hizo con disimulo una señal á Rodrigo, este saludó á la hermosa doncella, y dirigióse al jardín á esperar le dijese

el honrado labriego la novedad que al parcer acontecia.

—Oid, señora : cumple os recojais al interior de la ca-  
baña.

—Qué ocurre Jorge?—preguntó llena de susto Elvira.

—No hay un temor fundado : es una mera precaucion  
no mas ; preferible es que evitemos lo que pueda sernos  
desfavorable.

—Me ocultais algun peligro..?

—No os acongojeis, señora : ofenderiais á Dios queján-  
doos anticipadamente de un infortunio que aun no habeis  
esperimentado.

—Decid lo que sepais : nada me oculteis.

—Ocurre, que he visto descender por el sendero que  
dirige á la aldea un grupo de ginetes, mas no he distingui-  
do si son hombres de armas, ó algunos viajantes que se  
encaminan á Búrgos : por si es gente sospechosa, bueno  
será que os oculteis ; ya estais advertida de que por esta  
puerta, que no es fácil descubrir, podremos en caso de  
apuro llegar al estremo del valle por el camino subterrá-  
neo, y con cruzar el puente del arroyo, nos vemos libres de  
nuestros perseguidores : á la menor señal de peligro, co-  
jeis vuestro manto y la cajita de las perlas, y os ocultais á  
corta distancia de la entrada, que despues cualquiera de  
nosotros, y especialmente yo, os acompañaria sin riesgo de  
ninguna especie ; quedad, pues, tranquila : voy á decir á  
Rodrigo lo que debe hacer, y á disponerme á recibir á esos  
estraños huéspedes.

—Por Dios, no me abandoneis, honrado Jorge!

—Confiad, bella señora : el cielo amparará nuestra ino-  
cencia.

Elvira quedó en la cabaña, y desde una celosía púsose á mirar por todas partes con intento de cerciorarse de si el temor de Jorge era ó no realmente fundado.

El labriego pasó al jardinillo y manifestó al trovador que habia visto cruzar hácia su cabaña á un tropel de hombres de guerra : que convendria se ocultase en la espesura del monte, cerca de la casita, y si él podia marchar con Elvira, saliese á buscarlos al puente del riachuelo, á donde terminaba el precitado camino subterráneo : encargóle terminantemente que nada mas hiciese, aunque viera llegar á la casa los que tal vez en su seguimiento venian. Rodrigo protestó no separarse de sus instrucciones, y se dirigió á lo mas espeso de la montaña.

Allí, entre dos corpulentos robles, aguardó el desenlace de aquel nuevo é inesperado contratiempo.

Jorge enderezó á su choza, temiendo que Martina, por su debilidad y sencillez pudiera comprometerlos.

Positivamente llegó á la cabaña un grupo de gente de guerra.

Martina quedó llena de espanto al ver sus feroces rostros.

—Oiga, buena mujer—esclamó el que hacia de caudillo.

—Señor...

—¿Quién vive aquí?

—Mi esposo y yo.

—¿Quién es vuestro esposo?

—Jorge.

—¿Y dónde se halla?

—No está muy lejos : vendrá pronto.

—¿En qué se ocupa?

—¿Es pescador y habréis ido a la cabana de Elvira a buscarla?  
—Habeis visto pasar por estas inmediaciones a una multitud de hombres armados? ¿Les teméis o no?

—A nadie, señor.  
—Si falláis a la verdad, os voy a mandar que os arranquen la lengua.

—Lado sea Dios!

—No tengais con hipocritas y alcazules.  
—No conozco el lenguaje, señor.

—Y me negareis tambien que un pajezco de un muy poderoso señor conde de Haro venia continuamente a vuestra cabana?

—No recuerdo.

—Conoceis a Manrique?

—Ah! sí, señor, hace mucho tiempo que no le vemos.

—Fallais a la verdad.

—Tened compasion de una pobre mujer que no sabe lo que se dice.

La infeliz Martina, visiblemente turbada, estuvo si revela el secreto de la ocultacion de Elvira.

—Id tres de vosotros con esta anciana, y traed a su esposo; él nos dirá lo que hay de cierto en esta desastrosa ocurrencia, y si no pagará con la vida su temerario delito.

—Señor, por piedad!.. compadeceos de estos desventurados que viven sin otro auxilio que el cielo: sin relacion alguna, y espuestos constantemente a los azares de su oscura pobreza.

—Llevadla.

Cumplieron la orden del jefe, y Martina salió en busca de Jorge.

Entretanto hicieron un escrupuloso registro en la cabaña, y no hallaron indicio alguno de que pudieran ser cómplices en la fuga de Elvira y de Manrique.

Llegó el anciano, mandó á su mujer que penetrase en la morada, con el objeto de que su natural cobardía no comprometiese mas su crítica situación, y presentóse ante el jefe de los desconocidos soldados con la faz serena, y resuelto á perder la vida antes que á revelar el favor que habia dispensado á la desgracia.

— Sois vos el dueño de esta choza?

— Qué tenéis que mandarme?

— Os mando digais verdad en lo que se os pregunta.

— Sereis complacido.

— Quién estuvo aquí hará unos días?

— Ciertos aldeanos, á quienes no he conocido.

— Quién los acudillaba?

— Al parecer, no era gente de guerra.

— Mentís?

— Digo verdad.

— Vuestra altanería puede seros funesta.

— Nada temo.

— Sois insolente.

— Jamás lo he sido.

— Conocéis á Manrique, el page del señor conde de

Haro.

— Hace mucho tiempo.

— Os visitó hace unos días?

— Ignoro si existe.

— Luego no ha estado en esta cabaña.

— Estuvo de muy niño.

—Y despues?

—Raras veces.

—Sabeis lo ocurrido en la fortaleza del señor conde?

—Aquí se ignora todo: vivimos separados d el mundo.

—De dónde venis?

—De un pequeño huerto que cultivo.

—Quién allí queda?

—Nadie.

—Quién habita aquella otra cabaña?

—Nosotros, y una ahijada nuestra que vive en la aldea, y que nos suele acompañar algunas noches que allí descansamos.

—Condúceme á ella.

Jorge obedeció al desconocido, y con su escolta trasladóse á la mansion de Elvira.

De que esta reconoció á Hernando Alvar de Luna, que era el caudillo de aquellos hombres de armas, lanzó un profundo grito; hubiérase trastornado, pero el horror que le inspiraba la presencia del hombre aborrecido, y causa de sus rigores, dióla suficiente aliento y se introdujo en el subterráneo.

Rodrigo de Aguilera desde la espesura del bosque descubrió tambien á su rival, y tembló por los ancianos, sus protectores, y por la infeliz Elvira.

Negra nube cubrió súbitamente sus esperanzas.

Desvaneciéronse sus mágicos ensueños; imaginándose que sus amigos Manrique, Gonzalo y el bachiller Roldan, habrian caido en poder del conde, y que el rey ignoraba su desdichada suerte.

Registraron la mansion que por algunos dias habitó la

casta doncella, y no hallando tampoco indicio alguno por el cual pudiesen discurrir que Jorge era culpable, se iban ya á retirar, cuando después que uno de los ginetes habló al jóven Alvar de Luna, propuso este que les acompañara Jorge á la fortaleza, disposicion que le inspiró horrendo pesar, porque en otros tiempos habia sufrido en sus prisiones las mas duras calamidades.

Con todo, por no descubrirse cómplice, resistió su amargura el venerable anciano.

Su mujer, la buena Martina, partió á la aldea á dar noticia de lo ocurrido á su ahijada, y esta fué la suerte de Jorge, pues de haber visto que le conducian á la fortaleza, hubiérase horriblemente afectado, y quizás por salvar á su esposo, su timidez hubiese revelado lo que sabia.

Rodrigo estuvo por salir de la espesura y arrojarle cual un leon sobre su rival Alvar de Luna, y rescatar al noble anciano Jorge, cuya pena sentia aun mas ciertamente que el riesgo á que Elvira y él hallábanse espuestos.

Desgarraba su corazon el ver que conducian cual á un malhechor al honrado y pacífico labriego, y su sangre se encendió de justa cólera, y maldijo á sus nefandos perseguidores.

Cayó por el pronto en una languidez mortal, pensando en lo difícil que seria salvar de los nuevos contratiempos que se le presentaban.

Elvira, por su parte, oculta en el subterráneo, sentia latir su corazon con estraña y amarga violencia, recelando un término fatal á un acontecimiento, que en su sentir, enlutaba de una vez para siempre el risueño horizonte

que pocos momentos antes había dibujado con su poética fantasía, el caballeroso y rendido adorador Aguilera, se le olvidó Jorge pidió al despótico Alvar de Luna que le permitiese despedirse de su mujer para encomendarla sus intereses, y tranquilizar su espíritu por aquella imprevista desventura.

— ¡Seguid! replicóle Alvar, y no me atormentéis con más ruegos: en la fortaleza se os harán los oportunos castigos, y veremos si es cierto que ignoráis los graves trastornos allí ocurridos.

— Su mujer, la buena Marina, partió á la aldea á dar noticia de lo ocurrido á su hijo, y está fué la suerte de Jorge, pues de haber visto que le conducían á la fortaleza, hubiérase horribilmente alzado, y quizás por salvar á su esposa, en tan graves lances revelado de que saldrá.

— Rodrigo estuvo por salir de la espesura y arrojarse cual un león sobre el desalmado Juan, y regresar al noble anciano Jorge, cuya pena sentía aun mas cierta, cuando que el riesgo á que Estra y el hallarse en puestos.

— El castro en donde el rey que conducido cual á un malhechor al porfido y pacífico labriego, y su sangre se encontró de justa cólera, y maldijo á sus rotundos pechos.

— Cayó por el pronto en una languidez mortal, pensando en lo difícil que sería salvar de los nuevos combates que se le presentaban.

— Estra, por su parte, oculta en el subterráneo, sentía la vida en rotura con estruendo y anarga violencia, recordando un momento fatal á un acontecimiento, que en su sentir, enlutaba de una vez para siempre el tránsito horizontal



Ninguno mas á propósito para la mision de ir á la for-  
taleza que el joven Alvar de Luna, por su dixeria y su  
amor á la seductora Elvira; circunstancia que debiera im-  
pulsarle á proceder con todo rigor contra los falaces de-  
tan investigadores y trascendentales trastornos.

Cuando llegó á la fortaleza, sus moradores se encon-  
traban en la mas horrible incertidumbre y angustia.

La dueña, especialmente, sentia un espanto cruel,  
convencido su hermoso espíritu de que los hechiceros habian

### CAPITULO XXI.

El carácter de don Pelayo es espuesá pomposamente en  
la espita, y se le hicieron dignos y cumplidos honores.

Después Alvar de Luna un grupo de los ballesteros  
que habia traído.

### EL MOLINO DE LA ALDEA.

cerca de la fortaleza, llevándose á cuantos juraban  
sospichosos de complacencia en el suceso que motivó tan

Luego que Ricardo, page de don Pelayo, llegó á Burgos,  
despachó un correo al conde, quien obedeciendo la convo-  
catoria del rey, en union del infante don Juan y otros ricos  
hombres, hallábase en la villa de Alfaro.

Inmediatamente dispuso el conde, sin que la corte se  
apercibiese de aquel acontecimiento, que marchasen al-  
gunos ballesteros á las órdenes de Alvar de Luna, para  
tranquilizar á los moradores del castillo, imponer castigos  
á los culpables, y conducir á Elvira y su dueña doña Be-  
renguela á otro de sus alcázares.

Alvar de Luna, según queda manifestado, fué por dis-  
posicion de don Gutierre de Velasco á prevenir al conde  
contra el Hechicero, cuyas altivas pretensiones y exigen-  
cias, habianle producido desconfianza.

Ninguno mas á propósito para la mision de ir á la fortaleza que el jóven Alvar de Luna, por su bizarría y su amor á la seductora Elvira; circunstancia que debiera impulsarle á proceder con todo rigor contra los fautores de tan inesperados y trascendentales trastornos.

Cuando llegó á la fortaleza, sus moradores se encontraban en la mas horrible incertidumbre y angustia.

La dueña, especialmente, sentia un espanto cruel, convencido su medroso espíritu de que los hechiceros habian ocasionado tan aciagas desyenturas.

El cadáver de don Pelayo se espuso pomposamente en la capilla, y se le hicieron dignos y cumplidos honores.

Despachó Alvar de Luna un grupo de los ballesteros que habia traído, y les encargó recorriesen sin cesar las cercanías de la fortaleza, llevándose á cuantos juzgáran sospechosos de complicidad en el suceso que motivó tan universal y escandalosa alarma.

El salió además con otra seccion, que fué la aparecida en la cabana de Jorge.

Este, pensativo y triste, pero sin demostrarlo, marchaba entre sus soldados á la sombría y espantosa fortaleza del conde.

Horas mortales y de indecible soledad y duelo llevaba la hermosa Elvira en el centro del subterráneo.

Aguilera habia seguido con sus ojos el camino que llevaba el anciano, y cada vez sentia mas su inmerecido contratiempo.

No siéndole posible salvarle, esperó á que desapareciese Alvar de Luna con su hueste para ir en socorro de Elvira.

Largo espacio trascursió hasta que le fué dable abandonar la espesura, pues continuamente se lo impedía la presencia de algunos hombres sospechosos, que de vez en cuando cruzaban por las inmediaciones de la cabaña.

El sol habíase traspuesto al otro lado de la alta cumbre del monte, cuando Rodrigo descendió á la casita del valle.

Inmediatamente pasó á la entrada del subterráneo, por el que penetró algunos pasos, mas no viéndolo á Elvira, ni habiendo sido contestado á las diferentes veces que pronunció su nombre, comenzó á sentir un horror inesplicable; pues como la caverna estaba casi á oscuras, sin otra luz que la que hendía por algunas troneras practicadas á larga distancia en la techumbre, y además tenía diversas sinuosidades y escondrijos, salió de ella con precipitacion y fuese al sitio designado por Jorge; es decir, al puente del arroyo en donde el subterráneo terminaba.

Practicó allí un minucioso reconocimiento, mas inútilmente: no le fué posible descubrir la salida, que cerraban multitud de arbustos y malezas.

Grave disgusto sufrió su alma por aquella infausta contrariedad, y arriesgándolo todo, dirigióse á la aldea, en cuya inmediacion existía el molino propiedad de Inés, ahijada de Jorge.

Salió á recibir á Rodrigo de Aguilera el dueño del molino, Dámaso, esposo de Inés, y le manifestó que estaban al corriente de la nueva desgracia; que Martina aun no sabia la prision de Jorge, y que la habían conducido y ocultado en casa de un amigo en la aldea, prestando de que Jorge salvó con Elvira, y que era conveniente aguardarse unos

días sin ser vista de nadie; inferior se calmaba el rigor (que injustamente sufrían.

Era Dámaso un robusto y laborioso joven, y su esposa Inés, también de juventud lózana; y con unos atractivos de bondad y de hermosura demás graciosos y seductores.

Rodrigo con la mayor aflicción y desconsuelo contó á Dámaso las diligencias que habia practicado en busca de Elvira, y le suplicó rendidamente se apiadase de su suerte, acompañándole al subterráneo.

Inés, que escuchaba la narración, derramó un raudal de lágrimas por Elvira, como antes las habia vertido por el pesar que la ocasionó el triste percance de Jorge, respecto del cual les tranquilizó Rodrigo con la esperanza de que pronto triunfarian de sus inhumanos opresores.

El molinero acogió las suplicas del trovador, y ambos tomaron el camino de la casita del valle.

El dia espiraba, y era una luz tenue y pálida la que aun difundia su fulgor por las montañas.

Dámaso, el molinero, se provió de una linterna y penetró, seguido del trovador, en el ignorado y obscuro subterráneo.

Dieron algunos pasos: Rodrigo llamó á Elvira, mas nadie respondia, ni escuchábase el menor ruido en aquella misteriosa concavidad.

Empezaba Rodrigo á desesperarse, lastimado en lo íntimo de su alma por la incierta suerte de Elvira.

Por fin un doliente suspiro, un ay que exhaló del corazón la infortunada doncella, les informó del su paradero.

Cuando Rodrigo la tuvo en sus brazos, se le escapó un grito de alegría que bien pronto cambió en acerbo pesar,

pues la hermosa virgen yacía en el suelo, con tristes señales de haber padecido un cruel accidente. Al verla el conde exclamó: «¡Virgen! ¿Dónde mi hija? ¡Alíenla! Pasó el peligro!!!» La joven entreabrió sus interesantes ojos, y con una mirada de ternura y de languidez les significó su gratitud, y al mismo tiempo los rigores que había padecido. Alzaronla del suelo, y en un viejo sillal que estaba en la casita fué trasladada por Rodrigo y Dámaso de este, en donde ya Inés les aguardaba con impaciencia. Tres días necesitó para restablecese de su indisposición, causada, no dudarlo por la angustia de verse en una caverna de húmedo y mal-sano ambiente, y sobre todo, por el influjo moral del espanto que la producian los peligros más ó menos exagerados de que se vió rodeada.

Rodrigo no se apartó del lecho en donde la casta hiedad sufría indecibles martirios.

Su mente, por la cual cruzaron horribles fantasmas, padeció un tanible estravío, que por el pronto no pequeño susto hizo llevar á sus honrados protectores.

Inés, obsequiosa y lierna cual si fuese una querida hermana, prestó esquisito celo en su asistencia, ansiando de corazón su salud y tranquilidad.

Entretanto Marina ignoraba la suerte de Jorge, si bien no era por cierto muy aeiaga, porque unánimemente le favorecieron los moradores de la fortaleza, y por el digno concepto que á todos les merecía.

Así es que Alvar de Luna temió su rigor, y solo exigió permaneciese en el castillo hasta las nuevas órdenes que del conde aguardaba.

Inmediatamente despachó un propio comunicándole

cuanto habia ocurrido, pues á la salida de Alfaro ignoraba Alvar de Luna los detalles de aquel ruidoso acontecimiento.

Su mision era conducir á Elvira y á doña Berenguela á Treviño, y restablecer la calma y la seguridad de la fortaleza, cuya guarnicion aumentóse de una manera considerable.

Trascurridos eran cuatro dias desde la prision del anciano Jorge.

Su mujer, la buena Martina, oculta en la aldea, perdiendo iba la paciencia, y fué necesaria la amonestacion y cristianos exhortos de un venerable sacerdote para que la infeliz no cayese enferma, pues se hacia inconsolable su quebranto.

Rodrigo ignoraba la suerte del bachiller Roldan, de Manrique y sus compañeros, é iba tambien padeciendo una tristeza, capaz de haber abatido á otro espiritu mas fuerte.

Disimuló cuanto le fué dable, porque Elvira no se apercibiese de lo crítica y peligrosa que la situacion se les presentaba.

La noche habia cerrado fria y lluviosa.

Los mozos del molino habianse puesto en torno del hogar en busca de un corto descanso, y por oir las maravillosas narraciones y lindos romances de Aguilera, á quien todos profesaban un cordial y sincero afecto.

No parecia ya un errante y alegre trovador: transformado se encontraba en un verdadero mozo del molino, asistiendo á las faenas muchas veces, para que los estraños no sospechasen la causa de su ocultacion en aquel humilde retiro.

Elvira también cambió sus vestidos, y á decir verdad, el traje de aldeana realzaba, dándoles inmenso valor, los quilates de su hermosura.

Con la sencillez del vestido destellaba su angélico rostro, una pureza extraordinaria, y sus dulces maneras tenían encantada á Inés, que ni un momento se alejaba de su lado.

Sentadas en derredor del hogar oían plácidamente los cuentos y lances históricos que les referia Aguilera, y así hubieran permanecido largas horas, á no haber experimentado cierto susto, que ahora diremos.

—Y es verdad todo eso?—preguntaba la candorosa Inés.

—Como lo refiero—contestó Aguilera.

—Lo que es el Cid—añadió Dámaso, el dueño del molino—era capaz de esa grande empresa: no habrá en el mundo valor comparable á su bizzarria.

—Pero salvar á siete mujeres encantadas!—dijo admirándose Inés.

—Encantadas, no, cautivas: es decir, que los moros las redujeron á prision, y como eran tan hermosas, el caeique ó gefe las guardó en una cueva cercana á la ciudad de Toledo.

—Diantre!—esclamó uno de los mozos del molino.—Y él solo penetró en la caverna?

—Solo.

—Y mató á cuantos los custodiaban, sacando la cabeza del gefe?

—Eso es.

—Digo que tal hazaña solo podria ejecutar un Cid.

—Y se cuentan otros prodigios.

—Muchísimas proezas.

—Lo que es Castilla, bien puede tener orgullo de haber sido la cuna de un hombre tan bizarro.

—Recitadnos, seor Rodrigo—rogóle Inés—la canción ó romance que habeis compuesto.

—Cuál?

—La... la doncella de vamos, no me acuerdo.

—La *Cautiva de Almanzor*?

—Cabalmente, sí, sí; contadle, pobre doncella de Leon! y era una santa! Lo que es en cuanto á eso, los perros de los moros son unos diablos.

—Os voy á complacer, repuso Aguilera, y los recitó la siguiente leyenda tradicional.

—Lo que es el Cid—añadió Damaso, el dueño del molino—capax de esta grande empresa: no habra en el

Por los campos de Castilla

—Pero salvar el soberbio Almanzor,  
á quien orlan cien victorias,  
y cual el rayo veloz

—Facilitar, no cabria, el corte de los moros las  
con una brillante hueste  
reguñen á prisa, y como eran tan numerosas, el caudillo  
el cerco pone á Leon.

La su hueste numerosa

—Dianter—esclamó un  
es del árabe la flor,  
que es el califa de Córdoba,

el mas noble campeón

de la gente musulmana,

—Y mató á cuantos los conquistó, sacando la cabeza  
turba guerrera y feroz.

Súbito viene á Castilla,

—Eso es.  
—Digo que tal hazña dá tener

la muchedumbre pagana

en revuelta confusion.

—Muchísimas proezas.





*Os voy á complacer—repuso Aguilera.*



Fig. 1. A group of people, possibly a family, gathered around a table in an interior setting.

Tiene el caudillo orgulloso  
el número á su favor,  
y el brillo de sus alfanges  
dá envidia al fulgente sol.

---

Ha corrido las Castillas  
cual huracan destructor,  
y ante su enojo iracundo  
toda la tierra tembló.  
No hay virgen que no suspire  
de pena y tribulacion,  
al ver la africana gente  
herir su casto pudor.

---

La castellana matrona  
retírase del balcon:  
ni hay celosía, ni reja,  
ni ajimez, ni mirador  
por do asomen los semblantes,  
ni destellos de pasion  
de las beldades galanas,  
de las estrellas de amor.

---

Pone cerco el gran califa  
á los muros de Leon;  
aquella ciudad insigne  
que el romano engrandeció.  
Sus murallas derruidas  
véanse al fin; y con dolor  
de paladines cristianos  
de esforzado corazon,  
en la ciudad noble y rica  
el árabe penetró.

---

## LAS GLORIAS ESPAÑOLAS

Gime opresa del caudillo:  
 óyese un ay! de terror,  
 y el musulman desfrenado,  
 sin ley, patria y religion,  
 destruye cual torbellino  
 lo que á su orgullo iritó.  
 Cadenas sufre el cristiano,  
 horrible y honda afliccion  
 las poderosas doncellas,  
 las virgenes del Señor.

---

Hay una entre las beldades  
 de la ciudad de Leon,  
 enamorada y rendida  
 á Guzman, bravo señor  
 de juvenil gallardia,  
 de intrépida condicion.  
 La hermosa tiene por nombre  
 Blanca Ruiz de Albornoz,  
 y el paladin su cristiano,  
 merece su ardiente amor.

---

Llorando Blanca su muerte,  
 en el su alcázar se vió,  
 mas Guzman logra salvarse  
 del diabólico furor,  
 y tras de hueste cristiana  
 la ilustre ciudad dejó.

---

El caudillo de los árabes,  
 el victorioso Almanzor,  
 en el alcázar de Blanca  
 con júbilo se hospedó.  
 Mira con ojos radiantes,

contempla la hermosa flor,  
y el su albedrio la rinde,  
y asaz la fabla de amor.

---

Cristiana bella,  
noble doncella,  
rosa de abril.  
Tu fermosura  
exhala pura  
placeres mil.

---

Flor peregrina,  
huri divina  
de un bello Eden.  
Vente, cristiana,  
serás sultana  
de un rico haren.

---

Las altas glorias  
de mis y victorias  
tuyas serán.  
Con fé te miro;  
oye el suspiro  
de un musulman.

---

Angel que adoro,  
oye de un moro  
viva pasion.  
Tu faz hermosa  
es luz graciosa  
del corazon.

---

## II.

Diz que ansina la requiere,  
y á sus plantas diz que arroja

## LAS GLORIAS ESPAÑOLAS.

su renombrada bravura,  
 y su orgullo y sus coronas.  
 Mas la doncella se aflije,  
 y exhala fuertes congojas,  
 viéndose de infiel caudillo  
 requerida con lisonjas.

---

Cuanto mas niega y rehusa,  
 cuanto mas gime y se asombra,  
 mas de Almanzor se recrece  
 la pasión que le devora.  
 Desprecia altivo su llanto;  
 amenaza con voz hórrida,  
 y resuelve conducirla  
 á su palacio de Córdoba.

---

Trascurre cerca de un año  
 que cautiva está la hermosa,  
 custodiada en los pensiles  
 por una inclemente mora.  
 Ni las flores la seducen,  
 ni las galas la trastornan,  
 que es su pecho de diamante,  
 firme su fé religiosa,  
 y á Guzman, noble cristiano,  
 su alma vehemente adora.

---

Ciego está el árabe invicto  
 de amor, de pasión tan loca,  
 que en un febril desvario,  
 siente su sangre fogosa.  
 Resiste la bella Blanca,  
 y de una imágen devota  
 de la santísima Virgen,

que es luz de misericordia,  
confia hallar salvacion,  
y la ruega á toda hora  
que de aquel amor impuro  
la libre; y siente dichosa  
una feliz esperanza  
que endulza sus penas hondas.

---

Cierta noche que al destello  
de la luna esplendorosa  
la triste Blanca suspira,  
la triste jóven solloza,  
observa por el ramaje  
de la arboleda frondosa,  
que se aparece un anciano  
de mirada aterradora,  
que gravemente hácia ella  
se dirige, y con zozobra  
le mira, y sufre quebranto  
y se conmueve y se azora,  
creyendo que algun misterio  
traerá de su honor en contra.

---

Aquella noche cumplia  
el término, aciaga hora!  
en la cual, ó era Almanzor  
correspondido, ó de Córdoba  
la sin par, jóven doncella,  
iría á Constantinopla  
para servir al serrallo  
del sultan... negra deshonor!!

---

La sin ventura suspira :  
del cielo el favor invoca,

## LAS GLORIAS ESPAÑOLAS.

mas al ver al africano  
 juzga llegada su hora,  
 y sin aliento se rinde,  
 desfallece, y se trastorna.

---

Cuando despierta, oh ventural  
 siente una voz seductora  
 que la dice: «Blanca mial  
 »vuelve en tí, vuelve paloma,  
 »y conmigo y con mi amor  
 »este lugar abandona!»

---

La doncella reconoce  
 á Guzman, mas temblorosa,  
 imagina que es un sueño  
 la aparición, y zozobra,  
 vacila, teme del moro  
 la venganza aterradora.

---

## III.

Era el noble caballero  
 de León, que enardecido  
 siguió á la casta doncella,  
 y fingiéndose cautivo,  
 aparentó renegar  
 de la fé escelsa de Cristo.

---

Teme la jóven cristiana  
 que al ser Guzman conocido,  
 comprometa su existencia  
 y solloza de martirio.  
 El caballero animoso  
 de los pensiles floridos  
 la arrebató, y como el rayo,



en un cordobés magnífico  
lanza á galope, y el bruto  
corrió á todo su albedrío.

---

Mas de tres leguas marchó  
sin tropiezos ni peligros,  
y dando espacio á su afán,  
dando á su pena respiro,  
hicieron alto en un bosque,  
frondoso y ameno sitio.

---

No bien un corto momento  
hubo apenas trascurrido,  
cuando escuchan con horror,  
de moros voces y ahullidos,  
quienes cual lobos sedientos  
se arrojan al descubrirlos.

---

Una algará de africanos  
era el tropel maldecido  
que recorría espantoso  
aquel lugar fronterizo.  
Rápidamente Guzman  
prepara el corcél, y listo,  
saliendo del bosque umbroso,  
logra salvar el conflicto.

---

Corre una vega, y el potro  
marcha á galope tendido,  
cual disparada saeta,  
como el corzo fugitivo;  
alzando el bravo alazan  
de polvo atroz torbellino.

---

Siguen sus huellas los árabes  
 con un furor inaudito;  
 montan corceles briosos,  
 soberbios, y casi aligeros;  
 pues veloces como el rayo  
 se tienden, y van Dios mio!  
 al alcance del cristiano,  
 quien conociendo el peligro,  
 dice á Blanca: «huye! que el cielo  
 te salve de estos judíos.»  
 «No, por Dios!.. no me abandones!..»  
 contesta Blanca; es preciso:  
 añade Guzman;-los moros  
 harán injurias contigo:  
 y yo prefiero la muerte  
 á contemplar tus hechizos  
 ultrajados por infieles  
 brutales, torpes, lascivos.

---

El caballero saltó,  
 y Blanca ya sin sentido,  
 desfrenado su caballo,  
 sin guia, da un fuerte brinco  
 y se sumerge... infeliz!  
 en un anchuroso rio!!!

#### IV.

En un lecho primoroso  
 de arabescos embutidos,  
 con colgaduras brillantes  
 de damasco y oro fino,  
 vése á una jóven cristiana,  
 cuyo rostro peregrino  
 pálido está, sin frescura,  
 macilento cual un lirio,

porque ya no pertenece  
á un serafin bello y rico;  
pues la beldad amorosa  
perdió sus gentiles brios,  
su compostura gallarda,  
su purpúreo hermoso brillo,  
y es una rosa en la tarde  
de abrasador, seco estio;  
es, en fin, triste azucena,  
lánguido clavel, marchito!

---

Blanca suspira en el lecho  
despues que triste ha sufrido  
dolencia grave, horrorosa,  
que agostó con fiero ahinco  
su bizarra lozania,  
su juvenil atractivo.

---

Un mozo á la cabecera  
así la dice espresivo:  
«casta doncella: el rigor,  
tu desden necio y esquivo,  
culpable fué de tu mal,  
que yo siento como el mio.  
No quisiste á mis demandas  
acceder, y has resistido  
los halagos seductores,  
los placeres mas magníficos.  
Juraste no ser de un moro,  
á quien juzgas enemigo;  
por no mancillar, cual dices,  
la fé sagrada de Cristo.  
Y es que un cristiano dichoso  
te aprisiona, y le has rendido  
tus amores, casta virgen,

## LAS GLORIAS ESPAÑOLAS.

y tu mas dulce albedrío.  
Yo su fortuna hechicera  
en verdad lloro y envidia,  
mas yo no soy tan cruel,  
injusto, ni vengativo,  
que acibáre tu existencia  
con un bárbaro martirio.  
Yo soy tambien generoso,  
aunque turbante me ciño  
á la mi sien victoriosa;  
que tambien el pecho mio  
alienta impulsos tan nobles  
como el cristiano mas inclito.  
De tal suerte esa virtud  
y fiera constancia admiro,  
que cuando estés sin tristeza,  
sintiendo un feliz alivio,  
te mandaré con tus padres,  
que un rescate han ofrecido:  
mas le rehuso, y te envío  
á la ciudad valerosa  
con regalos esquisitos,  
y escoltada como reina,  
probando asi mi cariño.  
Leon te vea en salud,  
cobrado tu airoso brillo,  
y otro cristiano galan  
merezca tu amor divino!»

---

Así exclamó, y jubilosa  
prorumpo Blanca en suspiros,  
y á la imágen que en su pecho  
lleva siempre, con delirio  
cien besos imprime ardientes,  
pues el cielo compasivo

ha escuchado sus querellas,  
sus votos santos ha oído.

## V.

En una oscura mazmorra,  
en sitio lóbrego y fiero,  
asido á fuertes cadenas,  
y afrontando un mal acerbo,  
se mira á un jóven cristiano  
en la ciudad de Toledo.

---

Un moro es quien le custodia,  
áspero, y horrible y negro,  
con un mirar tremebando  
que hace mas rudo su aspecto.  
Con él de esta suerte habla  
el cristiano caballero:

---

«Ya que salvé de la muerte,  
y la herida mejor tengo,  
de lo que dices, Ali,  
muy vivamente me alegro.  
Mis padres, yo no lo dudo,  
darán un rescate inmenso.»

---

«Mala ventura te asiste,  
cristiano: quedarás preso;  
no aceptan esos regalos.»  
—Responde el moro perverso.—

---

Nueva afliccion en su alma,  
siente el garrido mancebo,  
mas se le ocurre una idea,  
un excelente proyecto,

que es halagar con el oro  
la ambicion del agareno.

---

«Escucha, Ali—gravemente  
le dice—fueras un necio  
en despreciar hoy la suerte  
que un porvenir lisongero  
te brinda.—Y cuál es, cristiano?—  
pregunta el árabe luego.  
En vez de que den mis padres  
un tesoro tan soberbio  
por mi libertad, escucha:  
soy de opinion, yo prefiero  
que te utilices, Ali,  
de esta ventaja.—En qué términos?  
—Quebrantando estas cadenas,  
estos fatídicos hierros,  
franqueándome la puerta  
de esta prision del averno.  
Qué te parece? Lo admites?  
—Quién me fia el cumplimiento?  
—Mi palabra.—Tu palabra?—  
Soy cristiano y caballero.  
Si es así, el sol de mañana  
no ha de alumbrarte en Toledo.»

---

Era el bizarro Guzman,  
quien así estaba sufriendo  
por el puro amor de Blanca  
el mas triste cautiverio.

---

Cuando cercanos al rio  
de su corcél saltó al suelo,  
vióse con furia inaudita

de diez árabes en medio.  
El número no le arredra;  
impávido admite el duelo  
y con su espada brillante  
dió muerte á tres agarenos.  
Rendido ya de fatiga  
y con un golpe en el pecho,  
maniatado el buen cristiano  
fué conducido á Toledo.

## VI.

Oscurece, y es la noche  
que estiende su triste velo,  
fria y húmeda, tremenda,  
pues silba furioso el viento.

---

Han penetrado en Leon  
dos hombres de rostro tétrico,  
y con trages haraposos  
cual dos mendigos cubiertos.  
El uno con negra capa  
se emboza, y va con misterio;  
el otro trae esclavina,  
ó albornoz, y ambos mancebos  
sin que nadie se aperciba,  
marchan con grave silencio.

---

Escuchábase á tal hora  
el lúgubre y plañidero  
sonido de las campanas,  
en un monjil monasterio.  
Los dos huéspedes oscuros,  
los dos tristes viajeros  
encaminan á una calle

## LAS GLORIAS ESPAÑOLAS.

de la ciudad sitio escéntrico.  
Allí ven á la sazón,  
en la bebida y recreo  
de un humilde tabernáculo,  
un grupo de hombres de pueblo.

---

Entran los dos caminantes,  
y dirígense hácia ellos  
las miradas, mas sus rostros  
infunden asaz un miedo,  
que ninguno es atrevido  
á interrogarles: muy serios,  
en la mesa de un rincón  
piden, y toman asiento.

---

Un hombre de los del grupo  
decía :-lo que hablo es cierto.  
—No es verdad :-otro replica.—  
—Pues si no... será lo *mesmo*.  
—El noble murió en Sevilla.  
—Hay quien dice que no ha muerto,  
y se negocia el rescate.  
—La verdad es que no ha vuelto.  
Entretanto, la doncella  
hoy mismo ha *tomado el velo*.  
—Si parece que á difunto  
doblan ahora en el convento..!  
—Es que quiso al *profesar*  
hacer solemne un entierro,  
unas magnificas honras  
en pró de su caballero.  
—Dicen que la tal doncella  
es de virtud raro ejemplo.  
—Vino marchita, y horrible,  
y enferma, auque el justo cielo



a hizo cobrar su hermosura  
y es un ángel limpio y bello.  
Yo la he visto esta mañana;  
qué gentío tan inmenso!  
Lloraban todos, lloraban  
de Guzman el rumbo incierto.  
—Qué lástima de doncel..!  
—Qué valiente era el guerrero!!!

---

Por este orden narraban  
un triste acontecimiento  
que en la ciudad de Leon  
fué célebre en mucho tiempo.  
Blanca se entró religiosa  
después de su cautiverio,  
consagrándose al Señor,  
y juzgando que era muerto  
su fino y tierno Guzman,  
su bizarro caballero.

---

Los dos misteriosos huéspedes  
que en el rincón se escondieron,  
la narración escuchaban  
con profundo afán, atentos.  
Después que la tal historia  
los del grupo concluyeron,  
pagaron, y silenciosos  
tornan á salir, y viendo  
su ademán, su pobre trage,  
mil conjeturas se hicieron.

## VII.

Antes que el alba risueña  
brillase en el horizonte,  
en la cerca de un convento  
echan la escala dos hombres.

El uno sube, y el otro  
 quédase al pié, y escuchóse  
 decir al que estaba arriba :  
 —Tello, si sientes rumores  
 dentro ó fuera, sube al muro,  
 y espérame junto al roble,  
 que pronto estaré á tu lado :  
 no tengas miedo : la noche  
 es á propósito, *oscura* ,  
 y nadie ronda : las doce.

---

Saltó adentro, y por la huerta  
 al claustro bajo escurrióse :  
 de allí, sin saber el rumbo  
 guió sus pasos el noble,  
 hasta que súbito hieren  
 su vista unos resplandores.

---

Era una luz que brillaba  
 al través de reja enorme  
 de una capilla, y atónito  
 ante la puerta paróse.  
 Oraba al pie de las aras  
 una virgen, más el jóven  
 interrumpir no queria  
 sus sagradas oraciones.

---

Una bella religiosa  
 al fin sale, y el mancebo  
 á su paso se interpone.  
 Lanza la virgen un grito:  
 —Guzman! Guzman! Los favores  
 del cielo..!—No, Blanca mia-  
 la interrumpes—«Soy el hombre  
 mas desgraciado del mundo!!!

Esas tocas... Dios perdone!  
 me indignan, porque arrebatan  
 el astro de mis amores!!  
 —Sacrilega no seré...  
 de Dios soy...—Ella responde.  
 —Si es esa tu voluntad...  
 —Lo he jurado.—Estoy conforme:  
 Adios... Blanca... só feliz...  
 nuestra alegría nublóse;  
 recuerda siempre que fui  
 modelo de adoradores,  
 y si alguna vez recuerdas  
 mi triste... olvidado nombre...  
 reza por mí, y al Señor...  
 —Lloraré...—No, no me llores.

---

La virgen quedó abismada  
 en profundas emociones;  
 cayó en el lecho fatal,  
 y del susto y los rigores  
 su combatida existencia  
 desfalleció, y una noche  
 el campanario anunciaba  
 con su lúgubre redoble,  
 que perdió su lozania  
 aquella flor de las flores.

---

Solemne fiesta se advierte  
 que el espíritu electriza:  
 gran ceremonia realiza  
 el castillo de Monzon.  
 Es que profesa Guzman  
 de caballero templario;  
 aquel mozo temerario  
 de la ciudad de Leon.

Terminada esta breve leyenda, oyóse un fuerte golpe á la puerta del molino.

Inés sufrió temor, y Elvira, que habíase preocupado con la historia de Blanca, imaginóse que una muchedumbre de moros venia en busca de ella y de su amante Rodrigo.

Dámaso advirtió que guardasen silencio, encargándoles mucha circunspección si por ventura se presentaba algun peligro de los que continuamente sufrían.

Pasó á la puerta, y al salir notábase ya estruendoso ruido de alabardas y otros arreos de guerra.

—Quién va?

—Abrid, molinero.

—Quién sois?

—No está la noche para entretenimientos: abre, ó rodrará la puerta.

—Haced calma.

—La que tienes será causa de que sufras lo que no desees: abre... ó voto al diablo..!

Y sacudieron recios golpes al mismo tiempo que Dámaso les franqueaba la entrada.

Los del molino, cada cual á su modo, empezaron á sospechar tristemente de tan inesperada visita.

Rodrigo y los mozos dispusiéronse á las faenas ordinarias con el fin de desvanecer toda sospecha.

—Diantre! y qué perezoso estais, molinero!

—Buenas noches.

—Mejores la pasabas tú aquí á la lumbre... cáspita! y qué lindas molineras tienes.

—Mi mujer y su hermana.

—Bien: y qué gallardas son...! vive Cristo que cambiaría tu oficio por mi profesion de hombre de guerra!

Penetraron diez peones, y el gefe era el que dirigia la palabra al Dámaso, quien muy sereno escuchó sus impertinentes y picarescas observaciones.

El caudillo de los ballesteros, como si entrase en un país conquistado, tomó asiento junto á Inés, y mandó que sus compañeros se acercasen tambien á la lumbre.

Ciertamente la noche era muy fria, y necesitaban calentarse, descansando á la par de su larga jornada.

En todos tiempos la gente de guerra, como en compensacion de sus rudas fatigas, aprecia un instante de solaz, y no espera á que la rueguen: antes bien se anticipan y se enseñorean de todo con la mayor frescura, sin aprension y sin escrúpulo.

Rodrigo y los mozos se aproximaron, sirviéndoles de disculpa su curiosidad; pero el objeto era estar á la vista, y conducirse conforme lo exigiesen las circunstancias.

—Bonita molinera! cuerpo de Lucifer...! No he visto rostros mas bellos. Vuestro nombre?

—Inés.

—Y el de esta niña?

—Sol.

—Perfectamente: el nombre es acomodado á su hermosura. En verdad que otros soles hay menos resplandecientes.

—Lo que es al de ayer, no le vimos la cara.

—Tienes razon, Fortun: por eso nos consolamos con este, que brilla hasta por la noche.

—Triste consuelo!

—Para tí jamás lo hay, Fortun; y te encargo no turbes nuestra satisfacción de haber dado con tan buena gente, viniendo ahora con escrúpulos monjiles ni querellas de brujas, pues mas pareces dueña que ballestero.

El que hacia de gefe concluyó por pedir cena, y Dámaso les sacó las provisiones de que disponia.

—Llamó aparte á Rodrigo; y le encargó vigilasen atentamente la conducta de los huéspedes sin miedo alguno, puesto que venjan diez hombres, y siendo ellos seis y otros tres jóvenes que mandó á buscar á la aldea por medio de uno de sus criados, eran suficientes á contener en todo caso la osadía de los ballesteros.

Ignoraban aun sus fines y la mision que traian, mas sospecharon no debian ser de confianza, y positivamente, su encargo era buscar á los fugitivos de la fortaleza, de donde la mayor parte procedian, incluso Fortun, aquel ballestero crédulo y supersticioso.

Dispusiéronles unas viandas, y con recelo, preguntóles Dámaso de esta manera:

—Y se puede saber, si no hay en ello ofensa alguna, qué traen sus mercedes á estas horas por estas soledades?

—Traer, hambre y frio.

—Y cansancio;—añadió Fortun.

—Supongo..?

—No supongais nada.

—Entonces me callo.

—Hablad lo que gustéis: por mí teneis licencia para preguntarnos lo que se os antoje, así como yo la tengo para deciros únicamente lo que me convenga que sepais.

Viendo la frialdad del gefe de los ballesteros, suspen-

dió Dámaso su interpelacion, mas de allí á un momento, ya que el vino y la lumbre iban reanimándolos un poco, exclamó el mismo gefe, dirigiéndose al molinero:

—No estrañeis que hombres de nuestra clase se cubran con una tan esquisita y prudente reserva.

—Yo nada estraño: aquí soy ageno á todo; lo que me importa es hacer harina, y dar gusto á mis parroquianos.

—Bien dicho.

—Pues no que me interesarán otras diabluras.

—Cierto que si el diablo no anda hoy suelto, digo que luz no tiene el día, ni la noche sombras.

—Calla, Fortun: lo vas á echar á perder con tus ribetes de dueña melindrosa y asustadiza.

Rieron los circunstantes la ocurrencia, y despues de un ligero barullo y alegre cuchicheo, continuó así el capitan de aquella partida:

—Nosotros venimos aquí, porque nos mandan.

—Claro está,—dijo el molinero.

—No, que está turbio.

—Silencio! Fortun... te prohibo hablar por lo menos dos horas.

—Corriente.

—Decia que venimos aquí encargados de una mision extraordinaria: corremos hace tres dias por estas inmediaciones en busca de un cierto pagecillo, una dama... y...

—Bah! bah...! cosas de amores:—y Dámaso, Rodrigo y los demás, rieron para disimular su disgusto.

—Cosas de amores, pero amores diabólicos;—prosiguió el caudillo de aquella humilde hueste.

—Unos amores, que tienen traza de alborotar á Castilla.

—Canario!

—Lo que oís : el tal page ha huido con una doncella del castillo del muy poderoso señor conde de Haro, llevándose además dos prisioneros, con los cuales y auxiliados por otros...

—Sin duda eran duendes.

—Calla, Fortun; y acuérdate de la prohibicion.

—Seré obediente.

—Auxiliados, decia, por gente estraña, dieron muerte á un bizarro caballero, á don Pelayo, que los conducia á la presencia del señor de Vizcaya.

—Dios, y qué amores..!

—Esa es la razon por la cual venimos esta noche á visitaros.

—De ello me huelgo mucho.

—Supongo, que en el molino...

—Aquí hay lo que veis : nada mas ; con nadie nos tratamos, y nada saber queremos.

—No llevareis á mal que practiquemos un registro, pues así nos lo encargan, y es fuerzá dar cumplimiento á las órdenes que traigo.

—Como gustéis! franca está la vivienda: bien poco habreis de molestaros.

Al ver la sencillez del molinero y su actitud serena, desistió el gefe de los ballesteros de hacer el registro, imaginándose que allí solo se pensaba en la *maquila* y en vivir honradamente con los esfuerzos de su trabajo.

Llamábale, no obstante, la atencion el delicadisimo rostro de Elvira, asi como las gracias de Inés ; y á no gustar tanto del espumoso néctar del majuelo (viñedo), de Dá-



maso, hubiera quizá caído en la cuenta y descubierto para mala ventura de aquel, la ocultacion de Rodrigo y de la señora de sus pensamientos.

Mas los huéspedes habian hecho demasiadas libaciones, hallábanse rendidos de fatiga, y era mucho el entusiasmo que les inspiraban los atractivos de Inés y de la seductora Elvira.

—Si os parece,—dijo el gefe,—podemos descansar unas horas y despues se hará una correría por esa montaña.

—No está mal pensado, seor Rui-Sánchez,—que este era el nombre del que los acaudillaba. Descansaremos, que harta fatiga nos dan esos duendes ó brujos de Lucifer.

—No hay quien te desvanezca ese temor, Fortun: ya te he dicho, que esos encantamientos son pura broma...

—Vaya una broma..! Pues no estoy por esas chanzas: y si no, vea su mercé lo ocurrido con el valeroso don Pe-layo: á fé, á fé... no existe: si eso es cosa de encantadores, reniego del que no los tema.

—Hay circunstancias,—esclamó Dámaso aparentando ser crédulo;—hay cosas que hacen creer...

—Vos tambien, seor molinero?

—Yo, no digo que sea verdad, mas *estotro* año...

—Calla..! con que por aquí tambien...

—Seor Fortun... en dónde no hay brujos?

—Bien decia yo que este molino...

—Lo que es el molino está libre, por ahora, de esas diabluras.

—Silencio! Fortun; disipa esos temores,—le advirtió Rui-Sánchez.

A la sazón, Rodrigo de Aguilera estaba por disimulo

arreglando la torba y haciendo otras maniobras, y cantando esta letrilla :

Niña, si quieres,  
 vente al molino,  
 y en el camino  
 oirás de amor  
 el juramento ;  
 y de tormento  
 oirás los ayes  
 del corazon.

—  
 Vente, doncella ;  
 la mi querella  
 mitigarás.  
 Ven, luz de amores,  
 y entre las flores  
 deslizarás  
 y sonreirás ;  
 vamos, lucero,  
 que tu molinero,  
 de nada se arredra  
 y al son de la piedra  
 canta de tu amor :  
 ven, hermosa flor.

—Bien, seor Bernardo—esclamó Rui—Sanchez—teneis un garrido mozo, amigo Dámaso.

—Canta cual un ruiñeñor.

—Hogaríanos mucho de oirle.

—Mejor seria que os narrase alguno de los muchos cuentos y leyendas, y lances y aventuras, en fin... sabe de todo.

—Cáspita! y qué memoria!

—En no siendo leyendas de encantadores...

—Pues son las que mas me gustan, Fortun: precisamente este mancebo hará la bondad de referirnos una que hable de princesas encantadas y de nigromantes.

—No hay inconveniente—dijo Aguilera frotándose las manos en señal de alegría, y tomando asiento en medio de Inés y de Elvira, cuyo miedo era extraordinario.

—Sí... sí... que cuente lo del *Castillo de Barrabás*!

—Loda sea la Virgen—prorumpió Fortun, haciéndose cruces.

—Te asustas, Fortun? Me alegro... já... já... já... eal Bernardo, manos á la obra, y dá comienzo á esa leyenda.

—Es muy horrorosa!!!—advirtió el molinero.

—Tanto mejor—repuso Rui-Sanchez—nosotros no sentimos espanto... si estas señoras...

—Por nuestra parte—interrumpió Inés—acostumbradas estamos á esos cuentos, y nos gustan mucho.

—En ese caso, empezad: mientras puedes tú, Fortun, servirnos otras copas, mas no apures mucho, porque te pones soñoliento y en demasia asustadizo y bellaco.

—Pues señor...—comenzaba así Rodrigo, semejando á un hombre sencillo y buen creyente.

—Erase por los años... allá, pero en fin, la fecha no es de la mayor importancia. Existia en los mas remotos tiempos un torreón abandonado por su señor á causa del estruendoso ruido que á deshora de la noche y sin cesar se escuchaba.

—Diantre! para dormir tranquilo..! Hace un mes que no *pego los ojos* y con todo y con eso...

—Callas, Fortun?

—Decía, que el tal muro, torreón ó castillo, debió ser de algun príncipe godo, ya por su estructura, bien que así lo revelasen los escudos, ora porque otros recuerdos hiciesen confirmar esta voz ó esta creencia. Lo cierto es que al principio de la guerra contra esos impíos musulmanes, se encontraba el alcázar inhabitado, y un bandido, que ni era cristiano, ni moro, sino un malhechor, aunque en la comarca le tenían por el mismo Lucifer, se albergó en aquel inaccesible risco, en aquellas ásperas breñas.

Desde allí hacia sus correrías y de igual suerte trataba á los moros que á los cristianos: su ambicion era extraordinaria, su carácter feroz, sus fuerzas colosales, su mirar espantoso, y en fin, un hombre...

—Jesus y qué hombre..!

—Un hombre, seor Fortun, que se asoció á otros seis bandidos y se constituyeron en señores y temibles verdugos de los que en su poder desgraciadamente caian.

Resultó que estando una noche la partida en cierta aldea, no lejana de su fortaleza; así una noche como la presente, en amor y compañía de pobres campesinos y honradas mujeres, suscitóse la conversacion acerca de una heldad seductora, bella como la aurora y fresca cual un clavel en la mañanã de mayo.

La tal hermosura residia en su palacio, en una ciudad á larga distancia del torreón en que habitaban los bandidos.

El gefe de estos, que de mal nombre llamábase Barra-bás, prendóse por la relacion y sintió abrasarse su alma en el impuro deseo de adquirir á cualquier costa á la casta y hermosísima doncella.

Informóse de su residencia y dispuso partir aquella noche en su busca, despreciando toda clase de obstáculos y contratiempos.

—Cielo divino y qué hombre!

—Muy malo, seor Fortun: ahora vereis.

—Proseguid, jóven, y no hagais mérito de lo que ese sándio os diga: no interrumpas, Fortun, pues no parece sino que ya te agarran los duendes.

—No será estraño que...

—Por Cristo!

—Seor Fortun, deshonrais esas armas: habed mas valor!

—Yo le tengo para luchar con cien moros á la vez, y lo he probado en mil ocasiones; pero eso de bandidos y encantadores... qué quereis... me repugna, me espeluzno...

Rieron su estravagante miedo y prosiguió Rodrigo de Aguilera en esta forma:

Barrabás, el gefe de los bandidos, se arrojó con su gente en seguimiento ó en busca de la peregrina doncella, y caminando cierta noche, no muy lejos del alcázar en donde se albergaba la incomparable beldad, divisaron un resplandor, y como ignoraban aquellos sitios, directamente partieron hácia la luz y hallaron á una asquerosa vieja, con cada pelo en el rostro cual las puas de un erizo.

—Santa Bárbara! Los mios se me ponen como colmillos de jabali.

—Silencio, Fortun!

—La tal vieja érase una muy astuta y endiablada encantadora.

—Diantre! como Dorotea la de Burgos.

—La conocísteis?

—Pardiez! si la conocí... la debo una muy triste memoria.

—No interrumpas, Fortun; proseguid, Bernardo.

—Aun aventajaba la Sabandija, que este era su nombre, á la célebre Dorotea: la Sabandija, demás de sus hábiles hechicerías, ejecutaba lo que el hombre mas valiente: iba á caballo, disparaba una saeta, manejaba un puñal, esgrimia un mandoble, y por estas cualidades se hizo temible en toda la comarca.

Vivia en un absoluto retiro, y solo cuando imploraba la caridad, se la veía salir de su escondrijo: pero era cómplice de todos los atentados y crímenes de aquellas cercanías.

—Vaya una amazona!

—Cáspita en la bruja...!

—Y tenia rabo la Sabandija?

—Lo que tendria seria un infernal veneno; luz de Dios, y qué mujercita!

—Callad: no interrumpais la leyenda.

No dicen las crónicas—prosiguió Rodrigo—si tenia ó no rabo, pero sí, que era una mujer diabólica, no obstante que se cobijaba con el manto de la santidad y de la penitencia. La muerte de algunos moros la dieron inmensa fama.

Llegaron cerca de su guarida Barrabás y sus compañeros.

A pocos pasos vieron á dos hombres, que sin hacer mérito de la voz del gefe de los bandidos, se internaron en la espesura de un bosque.

Id con cautela y dispuestos—les advirtió Barrabás—que

estos sitios no deben ser de los mas seguros, y esos dos hombres me inspiran desconfianza.

Aproximáronse á la embocadura de un valle, en cuyo centro se alzaba una pequeña colina, y al pié de esta, entre dos enormes rocas, tenia su madriguera la célebre Sabinilla.

La luz de su chiribitil reflejábase al través de un ventanillo, que á guisa de atalaya descubriase en el frontis de la caverna.

Llamaron y respondió la hechicera.

—Quién sois?

—Abrid, lo vereis.

—Es tarde.

—Nunca es tarde para prestar un favor.

—Es mala hora de favores.

—Si no abris, caerá la puerta y despues...

—Antes rodareis alguno; que yo no me asusto de fantasmas, y doy un saetazo á un cabello: con que así, marchad, y mañana será de dia y me consultareis.

—Quién será esta bruja?—esclamó el gefe de los bandidos.

Recordó haber escuchado la historia de una bruja, mas no discurría que pudiera ser la que en aquel lóbrego escondrijo se albergaba.

Llamó con insistencia, lisonjeando la ambicion de la sibilista, pero ignorando quién era, y por último se les franqueó la entrada.

Dos bandidos quedaron á la puerta con los caballos, y otro á cierta distancia para avisar de cualquier peligro que ocurriese.

Penetraron en la gruta Barrabás y dos de sus camaradas.

Grande fué la sorpresa al ver á Sabandija.

Su estatura gigantesca: su rostro denegrido, escuálido y deforme: ojos pequeños, de mirar torvo y satánico: sus manos descomunales: vestía un sayal, sujeto con un cinturón de cuero, y en uno de sus pliegues ocultaba un desmesurado cuchillo: tenía en la pared su arco, saetas, y una cortante hacha.

Dos compartimientos existían en aquella misteriosa morada: el primero servía para recibir á los viajeros y curiosos, y al mismo tiempo de cocina: el segundo era su dormitorio, que tenía por puerta un viejo tapiz.

—Buenas noches-dijo Barrabás.

—No serán muy buenas, cuando me obligais á dejar el reposo.

—Perdonad: decidnos quién sois, y luego os manifestaré el objeto de mi venida á estos sitios que desconozco.

—Yo soy una pobre anciana que se ocupa en rezar y servir á quien me necesita.

—Precisamente yo busco vuestro amparo.

—Y si no me conocéis, por qué decís que demandais mis favores?

—Ignoro vuestro nombre y circunstancias; mas sean las que fueren, yo vengo á preguntaros sobre un asunto que me interesa, ya que la casualidad ha hecho tropecemos con tan excelente matrona.

—Si hablais con franqueza... ved en lo que os puedo servir.

—Es muy sencillo mi objeto: hanme referido que vive



no lejos de aquí una jóven encantadora que deseo ver y hablar, si es posible, á solas: es un pensamiento...

—Y atrevido... sabéis lo que os decís?

—Porque lo sé, lo digo.

—Necia ilusion!

—Os engañáis.

—A vos sí que os han engañado.

—No existe esa jóven?

—Éxiste, y muy hermosa.

—Pues entonces...

—Que no es la miel para la boca del asno.

—Ved lo que decís.

—Mirad lo que habláis.

—Es un deseo como otro cualquiera: ó me podeis servir, ó no.

—Y quién sois vos que tan audaz os manifestáis?

El gefe de los bandidos, con su habitual y ruda franqueza, contestó á Sabandija:

—Yo soy Barrabás, señor de un fuerte castillo: mi ejército son únicamente seis hombres: vivo independiente y todo el mundo es mi feudatario: yo no pago tributo á nadie: hago la guerra á los moros y soy dueño de lo que poseen mis enemigos: el que me busca, me encuentra: mis muros son inaccesibles: allí estoy mas seguro que un emperador en su trono. Beldades me sonrien y los mas esquisitos manjares regalan mis gustos y deseos: yo dicto leyes, y solo cumpla las mias: sin conocerla, estoy prendado de la jóven que dicen habita ese formidable alcázar: el que me facilite el medio de arrebatarla, dispondrá de un valeroso protector y de considerables tesoros: te atreves tú, buena vieja?

—Que si me atrevo? Sabes tú, Barrabás, con quién hablas? Yo soy Sabandija, la mujer mas famosa que hay en estos contornos: yo tambien soy la reina de estos confines, y me enseñoreo á todo mi albedrio.

—Me doy mil parabienes, señora Sabandija: vuestra celebridad llegó hasta mi apartado retiro; sois ciertamente la mas renombrada mujer de estos tiempos: me holgaré mucho de ser servido por vos, y no dudeis de una magnífica recompensa.

—Sois bravo, y debeis ser generoso.

—Por tal me tengo.

—Por tal os juzgo.

Lisonjearon con insolencia su vanidad, y convinieron en el modo y forma de realizar su proyecto.

—Yo me iré en vuestra compañía, señor Barrabás;—dijo la vieja—porque no será fácil sobrevivir á esta aventura, de la cual me culparán desde luego.

—Venid conmigo y vivireis cual una sultana en mi torreon invencible.

Quedáronse aquella noche en amigable plática, y al dia siguiente subió Sabandija al castillo en donde moraba la hermosa Laura, jóven de seductor atractivo, requerida por lo mas noble y gallardo de la nobleza de Aragon y de Castilla.

Laura idolatraba en secreto á un garrido mancebo aragonés, Artal de Ricafort, noble y poderoso, paladin esforzado en los combates.

Pocas veces tuvo el gusto de hablar á su caballero, siempre en guerras y conquistas, razon por lo que Laura se enardecia vivamente, ansiando la ocasion de oirle refe-

rir sus batallas y saber los inmarcesibles triunfos que en ellas habiase conquistado.

Laura veía con desden á los demás rendidos adoradores.

Informada Sabandija del amor secreto de aquella candorosa jóven, intentó sacar partido de ésta circunstancia, y desgraciadamente lo consiguió.

Sube al castillo, y en ausencia de su padre, refiere á Laura la aparicion de Artal Ricafor en su escondrijo, y la brinda á que se presente para oír la declaracion del amor mas rendido y acrisolado.

La jóven teme, se inquieta, vacila, pero al fin, promete salir del castillo al oscurecer con una doncella de su confianza, como para dar un paseo en la floresta, y cede á los impulsos de su ardorosa pasion.

Llega la noche, y Laura descende al valle, y en lugar de Artal de Ricafor, hállase en los brazos de un gefe de bandidos que la trasporta en su caballo á una mansion de crímenes y de impurezas.

Siguió en pos de Barrabás la astuta Sabandija, pero ni sus repugnantes sutilezas, ni las amenazas de los bandidos lograron reducir á Laura, que firme en su honor, estaba resuelta á perecer antes que dispensar la gracia de su ternura á un hombre tan desalmado y feroz.

Existia en el alcázar de los padres de la sin par é infortunada doncella un page, de linda figura, intrépido y apasionado por Laura.

Sospechó de Sabandija, é hizo juramento de salvar á la señora de su amor y vengarse de la infame bruja.

Al efecto se disfrazó de mendigo, y por último, fingien-

dose tambien un hombre desesperado y capaz de todas las maldades, presentóse á Barrabás; y aunque este no era de opinion de acrecer su gente, le recibió y fué admitido en su pequeña partida.

Ejecutó algunas acciones valerosas, aunque con repugnancia por ir al servicio de aquel bandolero, y se ganó crédito entre los bandidos.

Acometiéron á una muchedumbre de moros, y el page Roberto se distinguió por su bizarria y temerario arrojo.

Laura veíase torpemente solicitada y con ardor requerida por Barrabás, y próxima á sufrir un insolente desacato.

Roberto, el page, se disfrazó de un modo horrible: ni sus delicadas manos, ni su limpio y gracioso semblante, ni su luciente cabellera, reconoció la sin ventura Laura.

Valiéndose de una estratagema, y aprovechando una feliz oportunidad, penetró Roberto en la estancia de la triste doncella que le vió con pavora, juzgando que iba á cumplir las órdenes de su despótico y desenfrenado gefe.

—Laura...! Laura mia...! —la dijo: mas á esta esclamacion tembló la jóven imaginándose otro amante indigno como Barrabás.

—No temas... Laura... soy ó seré tu libertador.

Creia la doncella que sonaba, y temió ser un ardid del caudillo de los bandoleros.

—Marchad, ó llamo á vuestro gefe.

—Laura... por Dios... escúchame y te salvarás de estos címpios: Soy Roberto!!

—Virgen de misericordia! —Prorrumpió llorando Laura.

—He venido para salvarte á impulsos del sentimiento y

del amor: sea ó no correspondido, te salvaré, ó me despedazarán estos buitres.

—Terrible suerte os espera, Roberto: mi alma agradece tu generosidad, pero es inútil; voy á ser víctima de un cruel engaño: mirad como estoy: no me permiten acercarme á ese mirador, que de otra suerte ya hubiera estrellado mi cuerpo sobre las rocas de esa montaña.

—Unos instantes de sufrimiento: esta noche ocurrirán sucesos que aterren á estos malvados.

—Vana es vuestra esperanza!

—Confío en la justicia del cielo.

—Esponeis inútilmente vuestra existencia.

—Gustoso la perderé con tal de salvaros, Laura.

Así animó Roberto á la doncella, que no creía ser verdad lo que escuchó de sus labios, mas en su alma reconoció vivamente y juró recompensar tan señalado servicio.

—Llegó la noche: hallábanse en derredor de una mesa todos los bandidos, narrando las aventuras y lances de su infernal carrera.

Apuraron sendos jarros de un exquisito vino, pues como nada les costaba, se surtian de lo mejor que su rapacidad les adquiría.

La hechicera, la repugnante Sabandija, que alternaba en sus obscenos placeres y sanguinarios instintos, servíales, riendo diabólicamente, las copas, y de vez en cuando les narraba también sus hazañosos hechos y maldades.

La noche era triste y demás espantosa.

Una horrible tempestad retrepaba en el firmamento.

El ruido de los árboles del vecino bosque y el lúgubre silbar del viento en el interior del castillo, junto con la ra-

dijante y viva luz de los relámpagos, hubiera aterrado á cualquiera que no fuese Barrabás y sus infernales amigos.

Continuaban estos solazándose en el banquete, al resplandor de una inmensa hoguera, cuando se escucharon voces atronadoras acompañadas de horripilantes instrumentos; en fin, una endiablada gritería que por el pronto les causó amarga sorpresa.

—Arriba! A las armas!—gritó Barrabás.—Los moros han penetrado en el castillo, ó todos los demonios se han lanzado aquí desde los infiernos. Muerte y venganza! A ellos! Sús! A las armas!

Salieron á las galerías y no hallaron enemigos que combatir: el ruido se interrumpía por instantes, y luego retronaba estruendosamente.

Ninguno éra osado á salir al terraplen, y mucho menos á la parte en que parecia producirse aquel huracan de voces y de infernales sonidos.

Roberto, por disimular, animaba á todos, y queria el primero salir á informarse de la causa de aquel tan extraño acontecimiento.

De repente vióse cruzar una luz al extremo de una galería, y despues hasta una multitud de resplandores.

Ante su vista quedaron, al parecer, aterrados los bandidos: calmada su sorpresa, dijo el impertérrito Barrabás:

—No hay duda: han penetrado moros en el castillo; pero cobardes, no se atreven á dar la cara: ocupemos el piso bajo, y pongamos toda nuestra vigilancia en las entradas de los subterráneos, pues han descubierto las salidas que dan al monte: puede venir sobre nosotros una nube de agarenos, y ser difícil resistir su embestida; defendamos

nuestros puestos esta noche, que con la luz del día ya será otra cosa.

Dictó sus disposiciones, que fueron inmediatamente cumplidas.

Como el castillo se vió largo tiempo abandonado, tenía mil comunicaciones con el alto cerro en que descollaba, las cuales sirvieron á diferentes objetos segun quien las practicó ó quien de ellas se utilizaba.

Los bandidos habían cerrado multitud de guaridas, dejando otras para su defensa y estratégicos combates.

Permanecieron en vela toda la noche, y el ruido fué cesando hasta extinguirse completamente.

Ninguno adivinaba el origen de aquel estruendo, y apenas brilló la aurora, salió Barrabás á las cercanías del castillo á informarse de las ocurrencias nocturnas, y con el primero que tropieza es con un pobre pastor á quien de esta suerte pregunta:

—Dónde has dormido esta noche?

—En la majada.

—Qué has visto?

—Estaba muy oscuro; qué había de ver?

—Habeis notado llegar gente estraña á las inmediaciones del castillo..?

—Ah! ya caigo..!

—El qué habeis observado?

—Señor Barrabás, hemos visto á los mismos demonios en figura de moros: lo menos venian cien mil! El ganado se alborotó al vivo resplandor de las hachas que centelleaban en la oscuridad de la noche, como los relámpagos en una tarde de horrible tormenta. Los perros se hacian peda-

zos, y nosotros hemos sufrido un espantoso susto... Qué horror! Señor Barrabás...! Ahullaban como los mismos lobos. Qué bocas abrían!

No hay duda, exclamó para sí el jefe de los bandidos; fué una muchedumbre de moros que celebraban alguna victoria, y para intimidarme se acercaron al torreón. Los escarmentaré si vuelven.

Tornó la noche, y con la noche el horrendo estrépito de la anterior, en la misma forma y sin que les fuese posible descubrir la causa.

Difundiéndose iba entre los bandoleros un terror involuntario que sabían disimular á fin de que no se apercibiesen de su miedo; pues entonces hubieran perdido su fama de valientes en aquellos contornos, que con sus maldades tenían esclavizados.

Ya que no sentían el Santo temor de Dios, y sí una rabiosa sed de oro y de impuros placeres, justo era que sufriesen aquellas inauditas amarguras.

Durante una noche apenas se oyeron otros ruidos que los lastimeros ayes, al parecer de un alma en pena, y en vano intentaban disimular los bandidos su pavora, pues bien manifiesto le tenían en sus semblantes.

Hicieron un registro en las bocas de los subterráneos, pero inútilmente; y los moribundos ayes continuaban cada vez mas cercanos.

Sabandija, mujer desalmada y furiosa, desafiaba con horribles imprecaciones á los duendes, y su voz hueca y fatídica produjo mil ecos retronantes y medrosos en todos los ángulos del castillo.

—Ea! señores, —dijo Barrabás sentándose en derredor



de una mesa cercana á la chimenea.—Todo esto no es mas que cosas de brujería: despreciemos á nuestros cobardes enemigos: si son moros, que den la cara; si es otra clase de gente, ya puede ver por dónde sale, porque de otra suerte amanecerán colgados en las almenas.

Esta exclamacion la hizo en voz alta, como para atterrar á sus misteriosos é invisibles perseguidores.

Laura, durante cuatro dias, no hubo sufrido exigencia ni torpes insultos de Barrabás, porque afectado por los sucesos, no tenia alma para ocuparse de sus amores.

La hermosa doncella temia un desenlace á propósito de las perversas intenciones de los bandidos.

—Sabandija...—manifestó el gefe,—trae al momento la cena: con el vino ahogaremos estos mujerieles temores, y el que sea bravo que pase adelante; aquí espero: de aquí nadie se levanta aunque se hunda el torreón y en él penetren mas moros que trajo Muza.

—Bien dicho!—añadió Roberto;—el que hasta aquí llegue, que vea cómo ha de salir: tambien creo yo que deben ser algunos cobardes los que tal algazara promueven.

—Lo mismo discurro yo.

—Soy de ese parecer.

Y por este orden fueron espresando el suyo, cada uno de los bandidos.

—Fuera de sustos!—dijo Barrabás;—traed la cena, que á su conclusion vendrán las siete mozas mas bellas de la comarca.

—Sois un hombre de pró, señor Barrabás.

—Al fin, capitan de gente como nosotros.

—Y con mas poder que un conde.

—Alto! señores, -interrumpió el gefe;-no todo va á ser holgura y satisfaccion: cruza por mi mente una idea, y páreceme que voy á ejecutarla.

—Conocido Barrabás por hombre de una resolucion firme é irrevocable, causó viva sorpresa en sus compañeros, y especialmente Roberto, que involuntariamente sintió helársele la sangre. Estaba, sin embargo, prevenido, y se restableció pronto del susto.

—Sepamos lo que proyectais, -le dijo á Barrabás uno de sus camaradas.

—Cenemos antes, que al fin de fiesta vendrá lo mas primoroso.

—Como cosa tuya, -interrumpió la vieja Sabandija, sirviendo el primer plato, que era un enorme cordero.

—Pues tal vez no os guste mucho lo que he pensado, madre Sabandija.

—Qué dices? qué es eso?

—Ya lo sabreis.

—Tienes alguna queja de mí?

—Ninguna: pero sospecho..!

—Sospechas de quien desea con afan servirte? No arbaté de un alcázar á la mas bella jóven de Castilla? No espuse por tal aventura mi existencia?

—Cierto... mas Laura no cede á mi amor, y es que la aconsejais así para martirizarme.

—Mientes!

—Cómo que miento..!

Y Barrabás cogió la gran cazuela para estrellarla contra la rugosa faz de la bruja, y lo hubiera hecho á no haberlo impedido sus compañeros.

Sabandija se armó de su tremendo cuchillo, y se dispuso á rechazar el golpe y á devolverle una puñalada por tan imprudente insulto.

Riéronse los bandidos, y se esforzaron en aplacar la ira de su gefe.

Empezó una ruidosa algazara, dando á olvido sus que-  
rellas, y menudeaban las libaciones de un modo tal que  
bien pronto sus cabezas se hallaban volcanizadas.

Risas diabólicas lanzaban aquellos feroces semblantes.

—Sabeis,—decía Barrabás,—que este vino es como el  
fuego?

—Sí, sí; mucho calienta.

—Lo que es á mí, los ojos me relampaguean que es un  
gusto.

—Perfectamente vamos á dormir esta noche.

—Si los duendes no aparecen,—observó Roberto;—quien  
con cierta sagacidad imitaba el estado de casi embriaguez  
que ya despedían los rostros de sus compañeros.

—Quién piensa ahora en duendes?—replicó Barrabás, é  
insistió Roberto:

—Como súbitamente se presentan, no fuera extraño...  
que esta misma noche...

—Sois mas asustadizos que las mujeres.

—Menos yo; que aunque mujer, tengo mas valor que los  
hombres,—dijo la vieja Sabandija.

—Merced á tus hechicerías; aunque poco te sirven aho-  
ra para librate de esos espantosos ruidos que tanto te ar-  
redran: con todo, sospecho...

—Otra vez con sospechas?

—Y acaso fundadas.

—Diantre, que me vas á obligar á que reniegue de vuestra compañía!

—Desde ahora si quieres.

—Ingrato! Perro de Lucifer!

—Calla, serpiente...! mira que se hará tajos tu lengua!!!

Para evitar un conflicto interrumpieron todos á Barrabás con estrepitosas carcajadas, y cesó por el pronto la tormenta.

—Otro plato, madrecica mia; y bien podeis templar esos humos, porque si no... pese á mi anima!

—Cuando tú me trates con dulzura.

—No sé yo quién puede acariciar á una vibora.

—Si os parece, me haré de miel: buena genticita sois todos.

—Id por otro plato.

—Y escelente que os va á parecer.

—Vamos.

—Es la cabeza del jabali.

—Gran trabajo nos costó darle caza.

—Venga pronto.

—Bebamos á la salud de los cazadores.

—No hay quien resista mis flechas.

—Valiente hachazo le descargué en los lomos!

—Aquí está.

—Una copa á la salud de la cocinera.

—Gracias, hijos míos...! gracias.

La cabeza del jabali venia cubierta con un ancho mantel, sobre un hondo perol en donde se habia cocido.

—Levantad, señores, y tributemos este honor á tan sabroso y esquisito plato.

Alzáronse todos, y cuál fué su horrible sorpresa, su indecible espanto al ver, en lugar de la cabeza de jabalí, la cabeza de una de sus víctimas... mutilada horrorosamente, y en fin, capaz de producir miedo y repugnancia al mas insensible y estúpido de los hombres.

Miráronse todos, atónitos del suceso.

—Sabandija!—esclamó Barrabás con una voz atronadora, que la inspiró por primera vez un terror pánico.

—No me hieras...! Soy, como tú, inocente de esta repugnante chanza.

—Quién ha sido el villano que tal burla se ha permitido?

Y con un valor diabólico, sacó la cabeza y la arrojó en medio de la estancia.

A la sazón escucháronse gritos lastimeros, y despues el estruendo y alarma de las anteriores noches, pero mas inmediato, y penetrando hasta ellos un vivo resplandor que los dejó por un instante sin aliento.

Sabandija, temerosa de un desastre que ya preveía, salió hasta la puerta y lanzó un grito desgarrador, desapareciendo de la vista de los bandidos.

Al poco tiempo arrojaron á Sabandija, que lanzaba impias imprecaciones, dentro de la habitacion, y dió por último contra las losas, que salpicó de sangre venenosa é impura.

—Maldicion!—dijo Barrabás!—hoy aquí hay algunos traidores...!

Apenas pronunció la última frase, cuando penetraron en la estancia unos veinte hombres, bien armados de picas, cuchillos y sendas mazas, y el que los acaudillaba, cuyo rostro era severo y respetable por la luenga barba que



dé él pendia, exclamó dirigiéndose al gefe de los bandidos:

—Aquí no hay traidores: la Justicia Divina es la que arma nuestros brazos para que espleis vuestros horrendos crímenes! Temblad, miserables! Llegó vuestra hora!

A este tiempo, con un hacha habian prendido fuego á los vestidos de Sabandija, ya agonizando y maldiciendo, y comenzaron á esparcir una llama horrible.

Trató Barrabás de defenderse, pero fué inútil su temeridad.

Roberto le descargó un tremebundo golpe con su daga, y rodó en el pavimento, exhalando un ay! penetrante y horrible.

Los demas bandidos fueron en el acto suspensos en las almenas, como en espacion de sus nefandos delitos y sanguinarias hazañas.

Prendieron fuego á lo interior de aquel infernal castillo, salvando á Laura de su cruel cautiverio, y llevando Roberto el page de su padre, la cabeza del bandido Barrabás en prenda del cumplimiento de su palabra.

La hermosa jóven fué cedida por gratitud á Roberto, y ambos esposos, con un esplendente título, fueron á morar á uno de los mas bellos alcázares de Castilla.

—Cuerpo del diablo! y qué tia Sabandija!-dijo Fortun al concluir Rodrigo la narracion.

—Apostaria á que te has asustado?-añadió su gefe Rui-Sanchez.

—La historia no es para menos; es verdad que lo que á nosotros nos está pasando, casi asemeja á lo de Barrabás.

—Qué dices, bellaco!

—Lo que digo sostengo!

—En qué se parece nuestra vida..?

—Si no es eso: quiero manifestar que nosotros, sin ser bandidos, nos vemos asendereados y do quier en la mas horrible alarma: me parece que lo de la fortaleza... no es an grano de anís... como vos no habeis oido aquel ahullar de las brujas..!

—Estás loco? Si aquello fué...

—Fué cosa de hechiceros: y si no, por dónde se han escapado los que gemían en las prisiones? Quién dió muerte á don Pelayo? Quién hirió á dos de nuestros compañeros? Y la gritería que se escuchaba todas las noches en la fortaleza?

—No hay semejanza alguna; y güarte de hacer creer por ahí que nos persiguen los brujos, pues se reirán de nosotros como de almas cobardes y ruines.

—Seor Rui-Sanchez; vuestra mercé podrá sentir lo que quiera: yo veo de distinto modo las cosas; cada uno es dueño de su alma.

—Tú sí que eres alma de cántaro!

A este tiempo habia salido un ballestero del molino, y cuando volvió á entrar dijo en alta voz y dirigiéndose á su gefe:

—Seor Rui-Sanchez...

—Qué ocurre?

—He salido á ver la noche como sigue, y he visto que un hombre embozado ronda las cercanías del molino como si quisiera entrar, y paréceme que á estas horas... en fin, vos dispondreis... lo que se os antoje.

—No hay que alarmarse—les advirtió Dámaso;—será algun mozo de la aldea y como ha sentido gente...

—Pues... ya entiendo... será el mancebo afortunado que ronda al bello Sol que aquí nos ilumina; no es verdad, joven?

Riéronse, por disimular, y entre tanto salió Aguilera del molino.

Cruzaba un hombre, recatado el rostro, por el puente-cillo del cauce ó acequia, cuando Rodrigo le dió la voz de Alto!

No se detuvo, y Aguilera siguió tras de él una larga distancia.

Por último, mantúvose firme el desconocido, y el trovador paróse también á su inmediación y le preguntó con dulzura:

—A quién buscáis? Quereis ver á Dámaso el molinero?

—No.

—A quién?

—Nada os importa.

—Sois de la aldea?

—Por qué me lo preguntáis?

—Por saberlo.

—Alabo la curiosidad.

—Pues el cielo os guarde.—Y trató de regresar Aguilera.

—Oid.

—Qué os ocurre?

—Quién sois vos?

—Un mozo del molino.

—Conocéis á Jorge?

—Mucho.

—Dónde está?

—Lo ignoro.



—Pues estando en el molino, y siendo su dueño el que está casado con su ahijada Inés...

—No os sorprenda: ignoramos todos el paradero de Jorge.

—Diantre!

—Queríais verle?

—Tengo que comunicarle una orden.

—De quién?

—Sois muy curioso.

—Es que yo aprecio mucho al honrado Jorge.

—Y sabéis de una doncella... que... en fin, vos sois un pobre mozo del molinero, y... mejor será que llameis á Dámaso, y le digáis que un amigo le espera junto á la caña de Jorge.

Temia Rodrigo evidenciarse con el desconocido, mas sospechaba favorablemente de su aparicion: tornó al molino, y con el disimulo posible habló á Dámaso, apercibiéndose Inés y Elvira de aquellos misterios, y experimentando por consiguiente profunda inquietud, vivo disgusto.

Rodrigo hizoles una seña para que se tranquilizasen.

—Qué habéis visto Bernardo?—preguntó Rui-Sanchez, gefe de los ballesteros.

—Ni una sombra siquiera—repuso Rodrigo.

—Yo saldré á ver si soy mas afortunado—dijo el molinero, y se dirigió á la puerta.

—Esperad—le advirtió Rui-Sanchez—que vayan en vuestra compañía otros dos por si acaso.

—Gracias, no: para qué?

Rui-Sanchez quería le acompañaran dos ballesteros, mas por fin se convenció, dejando marchar solo á Dámaso.

Para entretener el tiempo, y ocultarles la novedad que se les presentaba, ideó Rodrigo de Aguilera otra narracion de distinto género, es decir alegre; la cual fué escuchada con general aplauso y contentamiento, y fué como sigue:

—Mientras vuelve Dámaso, voy á calmar ese temor del buen Fortun, que tanta afliccion ha sentido con la historia de Sabandija y de Barrabás, refiriendo los amores de una zagala.

—Estoy por eso, seor Bernardo: así, así, cosas alegres y de amores; que aunque ya friso en los cuarenta y ocho... todavia las hijas de Eva me seducen: al menos temor no habrá de que algun hechicero nos sorprenda...

—Ninguno.

—Pues comenzad el cuento.

Vivia cerca de Salamanca, orilla del caudaloso Tormes, y no lejos de la verde pradera del Zurguen, una linda pastoreilla, encanto de sus padres, y beldad requerida por multitud de rendidos adoradores.

Su ocupacion era correr tras los corderillos que triscaban gozosos por los prados, y con las mas vistosas flores entreteníase tambien la tierna zagala en hacer ramilletes para obsequiar con ellos á sus queridos padres y á sus sencillas y alegres compañeras.

Llamábase Flora, y su nombre correspondia á los bellos y seductores hechizos de que habíala dotado la pródiga naturaleza.

Sus padres, cada vez mas encantados de la hermosura de su hija, sintiendo, no obstante, secreta inquietud ó recelo de que tanta belleza pudiese un dia serles fatal por los muchos y ardientes amadores que se la presentaban.

Entre otros, existia un bizarro zagal, Narciso, de gracioso aspecto, de honestas costumbres y muy de veras apasionado de Flora.

Sus padres prefirieron á Narciso, mas notábase que la jóven zagala, si bien reconocia el mérito de su galan, no llegó á sentir por él cariño alguno, como todos los que bien la querian hubieran deseado.

Sospechaban los padres de Flora si esta se hallaría preocupada con el amor de otro zagal; empero, sus diligencias para averiguarlo fueron infructuosas.

Pasó algun tiempo, y la jóven cayó en una triste y lamentable melancolía que hizo sentir un pesar, no solo á sus padres, si tambien á sus amantes y amigas.

En vano la consolaban: inútilmente traíanla á su otero los corderillos mas primorosos de la comarca, y sin provecho alguno esmerábanse todos en lisonjear sus caprichos, y traer en la callada noche junto á la reja de su humilde mansion las armonias mas seductoras, los acentos mas enternecidos de amor y de ternura.

Flora gemia, Flora suspiraba, y una sensible palidez cubria su peregrino semblante.

Las rosas y violetas, los alielies y jacintos, los tulipanes y pasionarias, perdido habian para su corazon el encanto que antes le fascinaba.

No tenia por el rebaño aquel esquisito esmero que anteriormente se complacia en manifestar, y del que no pocas veces sintióse orgullosa, con envidia de otras zagalas.

Vinieron de la ciudad los mas hábiles médicos, y de nada sirvió su ciencia.

Flora sentia un profundo afecto moral, impenetrable,

difícil de ser conocido por nadie, pues su reserva era extraordinaria, y sagaz en demasía su disimulo.

Tanto la instaban sus padres, de tal suerte la exigían se manifestase en la verdad de sus sentimientos los que su amor rendidamente habíala consagrado, que Flora, con asombro general, declaró: que puesto eran todos muy dignos de ser correspondidos, mas debiendo elegir *uno* entre tantos, era penosa la eleccion, y así proponia adjudicar el venturoso premio ó galardón de su cariño al zagal que venciese en un torneo, fingido combate entre moros y cristianos; el que brillase mas en el juego de la sortija, y por último, al que demostrase mas valor y serenidad en la lid de un bravo novillo, en la fiesta que próximamente se disponia.

Aceptaron la idea, y todos rivalizaban en ofrecer para tan estraña solemnidad cuantos medios fuesen necesarios, á fin de que Flora quedara cumplidamente servida.

Los zagales mas gallardos, cada cual se ilusionaba ser vencedor en los juegos y lides que se preparaban, y hacían por aparecer con los mas vistosos trages y arcos, todo con el afán de ser dignos de un galardón tan rico é inestimable.

Sobre todo Narciso, que era un garrido mancebo, y el mas apasionado y antiguo adorador de Flora, se esmeraba en lucir con ventaja á sus rivales y mantenedores de aquel singular y amoroso reto.

Narciso desvelábase en descubrir el nombre del que secretamente correspondia Flora, á quien perseguia con sus dulces cántigas, sus finas mercedes, y con una perseverante fé, digna del mas apuesto caballero; pues aunque simple zagal, alentaba con corazón noble y generoso.

Flora amaba en secreto, es verdad, mas el galán que

mereció tanta ventura, ni era de su clase, ni su rica suerte podía igualarse á la de una humilde zagala.

Por esta razon la pastorcilla sintió acerbo duelo, pues no imaginaba sincera la pasion que su rico doncel habíala jurado.

Sucedió que recorriendo una tarde las orillas del hundoso Tormes un muy donoso caballero de Salamanca, detúvose admirado de la preciosa perla que en traje de pastora seguia por las verdes laderas los inocentes y mansos corderillos.

Detuvo su corcél, miró atentamente á Flora, tornó á mirarla, fuese triste, y tornó á presentarse mas melancólico y enamorado al siguiente dia, cuya luz esperó con una inquietud ardorosa, con un afan irresistible, trastornador.

Era el jóven caballero un estudiante de Salamanca, de una de las mas ilustres familias de Estremadura.

Como tal, y además por sus buenas y realzadas dotes merecia la estimacion, y veíase querido de todos sus compañeros.

A ninguno reveló su sentir amoroso, pues la distinta condicion de Flora hizole temer que sería fuertemente contrariado, y así guardó silencio, sin renunciar á sus esperanzas.

Flora hubo advertido la insistencia de aquel doncel, su apuesto garbo, su mirar tierno y espresivo, y comprendió, á pesar de su sencillez, que la amaba con frenesí; á cuyo fuego la triste pastorcilla no pudo resistirse, vaciló, temió, mas por último dió rienda suelta á su amoroso delirio.

Sin embargo, para el rico mancebo mostrábase indiferente y aun esquiva.

Todo contribuyó á despertar en la mente de Flora un afán estremado,

El jóven estudiante, y como tal diestro y emprendedor, aprovechaba las fiestas que en las cercanías del Tormes se realizaban, y á las cuales concurrían todas las pastorellas del contorno, y aparentando ir á distraerse con las comparsas de estudiantes, iba realmente en busca de la belleza que tan sin sosiego y tan embelesado le traía.

Como acudían también algunas bellas aldeanas y otras jóvenes no menos lindas de la ciudad, don Guillen de Rojas, que así se llamaba el enamorado doncel de la peregrina zagala, dispuso una tarde bajar al valle del Zorquen con unos amigos, y en sus humildes trages estudiantiles, reunirse plácidamente con las pastorellas y complacerlas cantando algunas romanzas y endechas amorosas, sin dar á conocer el objeto de tan divertidos y singulares galanteos.

Cuando Flora descubrió la comparsa de estudiantes, sintió latir su corazón de gozo.

Hizo cuanto la fué posible por disimular su viva y dulce emoción, y aparentando sencillez, voló con otras zagalas al encuentro de los alegres colegiales.

Multitud de pastores y labriegos, luciendo sus mas limpios trages, disputábanse el singular favor de acompañar á Flora en la vistosa danza que se dispuso en lo mas llano y fresco de la pradera.

Llegaron los jóvenes, y previo el consentimiento de los concurrentes, cantaron esta sencilla letra.

Zagalas hermosas  
del verde Zurguen:  
coronas vistosas  
de mirtos y rosas  
venid y cojed,  
para orlar con ellas  
vuestra limpia sien.

---

El prado sonrie,  
sonrie la flor  
viendo la hermosura  
y vuestra dulzura,  
y vuestro primor,  
que ensalza Cupido  
en trovas de amor.

---

Sencillas y alegres,  
zagalas, bailad,  
luciendo donosas  
en danzas graciosas  
vuestra agilidad:  
venid, y de flores  
coronas llevad.

---

Del Tormes undoso  
el rico pensil;  
la fresca ribera,  
ni aquesta pradera,  
tiene cual vosotras  
primor tan gentil.

---

Zagalas hermosas  
del verde Zurguen:  
recibid dichasas

nuestro parabien,  
y con estas rosas  
nacientes, vistosas,  
orlad vuestra sien.

Ufanas en demasía quedaron las seductoras jóvenes, y especialmente Flora, que en toda aquella fiesta observó que á su hermosura se dirigian las alabanzas de los alegres estudiantes.

Cada vez sentia la honesta jóven, la peregrina beldad del Zurguen, la incomparable ninfa del caudaloso Tormes, un amor mas vivo hácia don Guillen de Rojas, y este se inquietaba de una manera vehemente sin ser osado á revelar á nadie sus misteriosos, humildes, al par que envidiados amores.

Flora, hallándose en una solemnidad religiosa en uno de los mas bellos templos de Salamanca, vió entrar á don Guillen ricamente vestido, llamando la atencion de los circunstantes, así por sus esplendentes galas, como por el donoso aire que lucia, pues era superior al de todos los caballeros que le acompañaban.

Inútil es decir que las mas apuestas damas de la ciudad se hubiesen creído muy envanecidas con merecer el amor de Rojas.

Estrañaba sobremanera el verle taciturno, y sin amores en Salamanca, en donde existian un sin número de seductoras beldades.

Ninguno de sus amigos conoció el intenso fuego que ardia en su corazon, y que le hacia padecer horas amargas de soledad y de incertidumbre.

—Ese caballero—oyó decir Flora á una de las damas que



junto á ella en el templo se veían—ese jóven tan bizarro, es un muy rico infanzon de Estremadura, y así aventaja en los estudios á todos sus compañeros, como en las justas, danzas y juegos, y aun en la pelea con un toro, no hay quien le venza en todos estos contornos.

Flora se entusiasmó al oír una alabanza tal del jóven que habia fascinado su mente, y para probar si era sincero el amor de Rojas, ideó las fiestas en las cuales debía el vencedor merecer por premio su codiciada mano.

Una tarde, hora en que el sol declinaba al ocaso, presentóse don Guillen á la bella zagala cuando se recojia con sus corderillos á la mansion humilde en donde moraban sus honrados padres.

—Zagala mia—esclamó al verla el rendido galan.

—Por Dios! caballero... retiraos... si os ven hablarme, perdereis no poco, y me esponéis á las hablillas y aun al justo rencor de los que me dieron el ser.—Así repuso turbada la infeliz cuanto hermosa pastorcilla.

—No desdeñes mi amor, virgen seductora!—insistió el mancebo.

—Vuesarce, noble caballero me ofende: yo soy una pobre y oscura zagala de este florido valle, tosca y ruda como nacida en el campo, y vos teneis gran riqueza y gallardía: prendaos de otra jóven que iguale á vuestra ilustre alcurnia; creerán los que os vean hablarme que haceis escarnio de una desventurada pastoreilla.

—Nada temas, Flora—dijo con vehemente fuego el rendido galan—nada sospeches de un corazon en donde reinas como soberana; tu clase no impide que haya sentido por ti la pasion mas acendrada y honesta: la mujer hermosa que

sabe además realzar sus atractivos con los incomparables primores de la virtud, puede aspirar, aunque su cuna sea la mas humilde, á la mano de un infanzon, por ilustre que sea su nacimiento y colosal su fortuna.

—Por Dios! retiraos.. caballero...

Y la infeliz apresuró el paso, sintiendo profundamente don Guillen su natural desvio, que mas y mas su pasion acrecentaba.

Divulgóse el rumor de la fiesta en que habian de disputarse el amor de Flora, y el bizarro don Guillen se decidió á lidiar contra todos los zagales y labradores de aquellos contornos, por ver si podia conseguir tan venturoso premio.

Fiaba mas en su destreza que en el vigor de su brazo, y cuando menos, daria una prueba de lo mucho que idolatraba á Flora.

Nadie en la ciudad sabia sus amores.

Unicamente cierto amigo de su mayor cariño y confianza, sospechó de su melancolia y pesar secreto que debia padecer mal de amores; mas no era fácil descubrir la belidad que tan hechizado le tenia.

Discurrió, celó, andubo atento, le persiguió, y por último, descubre que Flora era su predilecta: la favorita de su pasion.

Queriale entrañablemente, y por esta razon, y porque su nombre no se viese un dia objeto de burlas y de amarga crítica, lo reveló á sus padres; quienes sintieron una indecible pena, pues le destinaban á una hermosa señora muy principal y de nobles cualidades.

Inmediatamente, sin saberlo Rojas, dispuso el padre

venirse á Salamanca y evitar por cualquier medio el amor de su hijo, á quien suponía encantado por alguna beldad siniestra y peligrosa.

Llegó por fin el día de la solemnidad, y las cercanías del Tormes se despoblaron por ver quién era el jóven feliz y de alma venturosa que alcanzase el amor de Flora.

Esta se atavió con sus mejores galas, y lo mismo hicieron multitud de jóvenes del contorno.

El circo érase una estensa plaza, cercada con un valladar de troncos de roble y de encina, y un sin número de piedras que habían desprendido de los inmediatos cerros.

Sobre la cumbre de estos, entre los cuales se hallaba el cerco, sentáronse los concurrentes; viéndose en el centro, sentada entre sus padres y parientes á la bella Flora, radiante de gentileza y de dulzura.

La plaza tenía dos puertas por las cuales habían de penetrar únicamente los mantenedores y los jueces y maestros de ceremonias.

En la parte más culminante de uno de los cerros, á la derecha de Flora, elevóse un pequeño tablado para los jueces.

Los demás circunstantes iban á presenciar la fiesta sentados en la verde alfombra de aquellos montecillos.

Acudió extraordinaria muchedumbre de las cercanías, y no poca gente hidalga y presuntuosa de Salamanca, en cuya ciudad difundióse el acontecimiento, celebrando todos la idea feliz de la sin par y seductora pastorcilla.

Narciso, el más gallardo de los zagales, y el que más la idolatraba, se hizo con una rica armadura de uno de los

caballeros mas nobles de Salamanca, y así vestido, salió á lidiar en un brioso caballo.

Lleva una pluma negra en el casco, y en la banda azul esta divisa:

Yo sufrí penas enormes  
por la zagala del Tormes.

Otro labriego, tambien apuesto y bizarro, lucia un magnífico traje, mas pretendió luchar á pié y con ponderosa espada.

Traía por mote esta letra:

De pastores en el gremio  
solo yo gano este premio.

Otros cien lucian iguales divisas.

El que sin duda era mas desdeñado de Flora, quiso hacerla comprender que ya era tiempo de mitigar sus rigores.

En una banda de rosa lucia este emblema:

Hoy templará su desden  
la zagala del Zurguen.

Por este órden aparecieron multitud de campesinos, disfrazados de caballeros, y despues de jugar á la sortija, en cuya diversion triunfó Narciso con universal contentamiento, sacaron un toro, aunque de cortos años, muy bravo, para que le lidiasen los contendientes.

El premio del amor de Flora consistía ó se alcanzaba saliendo vencedor en la pelea con el toro; y en el torneo, el que venciese á dos ó mas contrarios.

Hendian la plaza los furiosos bramidos de la fiera: los zagales se retraían de salir á combatirle y sortear como de costumbre, pues la pujanza del que á su libertad habia apacentado en las orillas del Tormes era extraordinaria, y todos temian ser sepultados entre la arena.

Saltaron, por fin, dos apuestos jóvenes, y uno tras otro hubieron de sufrir graves porrazos, siendo inmediatamente socorridos por otros que con mantas y sendos capotes encarnados distraían á la fiera, cuyos bramidos retroñaban en el contorno.

Apareció Narciso: jugó algunas suertes con ventura, pero últimamente se vió acosado, y hubiera sido víctima á no mediar el amparo de sus valedores.

En tanto Flora padecía una inquietud horrible.

Ignoraba si don Guillen de Rojas, sabedor de aquella solemnidad, se dignaria tomar parte en ella; pues en uno ú otro caso, bien fuese vencido en los juegos y en aquella lid singular, bien la hiciese el desaire de no presentarse, en ambos extremos hallábase pesarosa de lo que ella en su interior llamaba locura ó indisculpable ligereza.

Flora temia caer en un accidente ó un triste pesar, y producir en la concurrencia un espantoso desagrado.

Narciso habia sido asendereado y vencido por el toro. Faltaba que fuese vencedor en los combates.

No faltaba ningun zagal á la arena, é iban ya á retirar al bravo animalejo, cuando presentóse un doncel armado de todas armas, en un soberbio alazan que con su diestro y ardiente manoteo alzaba montes de polvo, y con su relinchar altivo retronaba los confines. Tanta magestad hizo impresion en el concurso, y los zagales y bellas aldeanas

desconocían quién pudiera ser tan arrogante y garboso caballero.

Flora tuvo que hacer un gran sacrificio y esforzarse en disimular la emoción que sentía su alma.

Los zagales sintieron punzantes y dolorosos celos: las aldeanas, indecible envidia.

La mayor parte juzgaba que el aparecido sería un zagal de tierras lejanas que atraído por la hermosura y renombre, venía á medir su valor contra toda clase de adversarios.

Llegóse el caballero al pié del rústico y mal construido circo.

Abandonó las riendas de su corcel á un page, que á semejanza suya traía escudo y espaldar y echada la visera.

El caballero puso en su banda esta amorosa y particular divisa:

Por el dulce amor de Flora,  
mi fama es hoy vencedora.

Sin embargo de que la armadura no era trage á propósito para lidiar con el toro, arrojóse á la arena, tomó una capa y giró tales suertes, que la fiera se humilló de hinojos; escuchándose á su caída estrepitosos vítores y palmadas en aquella feliz y alegre muchedumbre.

Pidió despues su caballo, y con la lanza concluyó de dar muerte á la indomable fiera.

Redobláronse los aplausos y mil rumores sintiéronse estallar en toda la concurrencia.

Acrescían las conjeturas y juicios acerca del misterioso campeón que tan bizarramente supo vencer á sus contendientes en la lucha contra la brava fiera, y nadie podía pre-

sumirse que fuese un gallardo mancebo de la ciudad, pues casi todos le juzgaban un robusto aldeano, rendido á la hermosura de Flora.

Esta interiormente sintió indecible orgullo al contemplar vencedor á tan altivo hidalgo.

Llegó el momento de la justa, y valerosamente combatieron algunos zagales con el disfraz de ricos infanzones, y á todos supo vencer Narciso.

Un paladin salta á la arena, y con apuesta gallardía le arrojó el guante, que el intrépido zagal recogió en el acto.

Midieron las distancias, sonó la señal de acometerse, y despues de recios golpes y hábiles maniobras, venció don Guillen de Rojas; pero no bien habíase escuchado un grito universal de regocijo y alabanza, cuando presentáronse algunos hombres armados y de orden del corregidor lleváronse á la ciudad al vencedor de aquellas alegres é inofensivas fiestas.

Honda pena sufrió Flora, y no acertaba el motivo de tan extraño suceso.

Difundióse la nueva de que el gallardo é invencible doncel era un muy principal y rico infanzon, á quien su padre contra su voluntad y amor aprisionaba.

La infeliz Flora sufrió un terrible desaliento, y cuando se descubrió la causa de la prision de Rojas, estuvo al borde del sepulcro.

Rojas, por no contrariar la determinacion de su padre, hizo voto de irse á Tierra Santa á pelear contra los infieles.

Mas antes, valiéndose de una señora que se compadeció de su rigor amoroso, despidióse de Flora, enviándola ricos presentes, y asegurándola que dentro de un año tor-

naria lleno de laureles; y confiaba que su padre, pasado el primer impetu del enojo, consentiría en que se llamase su esposa; y caso de que no, la juraba un cariño eterno, pues habia hecho promesa de no ser de otra hermosura que de la zagala del Zurguen.

Gran desconsuelo experimentó la pastorcilla, y desde la ausencia de Rojas se retrajo de sus compañeras, y rara vez se la veía en el verde prado.

Sus padres lloraban con ella tal desgracia; pero viendo su virtud, no querían reconvenir sus caprichos.

En tanto el zagal desapareció también del contorno, y sobre su triste suerte hacíanse mil estraños juicios.

Unos suponíanle en lo áspero de los montes, queriéndose de los desdenes de Flora y maldiciendo su fortuna.

Otros, que se habia dado la muerte; y no faltó quien asegurase, contra su fé religiosa, que érase en Granada al servicio del rey moro.

Trascurrió cerca de un año, y viva era la memoria de la desdicha de la hermosa zagala, la ausencia de su amante y el rumbo incierto de Narciso.

Flora seguía en absoluto retiro, y casi desconfiaba de volver á la presencia de su idolatrado caballero.

Erase una sombría y tempestuosa noche.

Varios caballeros cenaban alegremente en una hostería de cierta ciudad de Italia.

Entre ellos veíase á un bizarro caballero español, quien les narraba su viaje á Palestina, sus hechos de armas, y despues comenzó á referir la historia de sus amores.

Con gran holgura hubieron de oírle aquellos hidalgos,



y á la sazón que nombró á Flora, escuchóse un profundo suspiro en uno de los rincones de la hostería.

Miraron los caballeros hácia aquella parte, y solo descubrieron á un devoto peregrino, con luenga barba, y al parecer muy achacoso y débil.

No semejaba su edad la de un anciano, mas su rugosa frente y mirar decia que su salud no era muy satisfactoria.

Condoliéronse de oírle, y brindáronle á que bebiese y tomara lo que fuese de su agrado.

A las instancias acercóse el buen romero, y los hidalgos hicieronle merced de algunos esquisitos manjares.

—Bebed, hermano—esclamó el español.

—Lo acepto porque sois de mi patria.

—Me huelgo de saberlo.

—Y yo me apesadumbro de oiros referir una historia muy parecida á la mia.

—Oigamos.

—Referidla.

—Pardiez, que hicimos bien en brindaros!

—Bebed.

—Sereis complacidos.

—Descansad primero.

—Sí: reposad.

El peregrino dió comienzo á su breve historia de esta manera:

«Yo he nacido en las orillas del delicioso Tormes: los hados fuéronme desde mi cuna adversos y crueles.

Yo nací robusto y vigoroso, y mis humildes padres apenas contemplaron mi juvenil lozania.

Quedé en la orfandad y dediquéme á cuidar de un rebaño de corderos.

Corria las verdes laderas de los valles en dichosa quietud y plácida bienandanza, teniendo ante mis ojos un porvenir de ventura inmensa.

Porque el pobre que se satisface de su olvidada suerte, es tan feliz como el mas afortunado de los mortales.

Empero una ingrata pastorcilla, fresca y galana como una rosa en los primeros albores del dia, cautivó mis pensamientos, robó á mi corazon la quietud, é hizome juguete de sus rigores y desvíos.

Mi amor acrecentábase con sus desdenes.

Mi corazon era un puro fuego, y la pastorcilla el ídolo de mi alma, el consuelo de mi existencia, y la deidad á quien rendí un eterno y sincero vasallage.

Tenia, por hermosa y ejemplo de virtud, gran número de adoradores, entre ellos uno... mas afortunado que todos.

El caballero español se mostraba inquieto al oír la narracion lastimera del peregrino.

Notado que fué de los circunstantes, preguntóle uno de ellos :

—Parece que os afecta mucho la historia de tan singulares amores..?

—Vive el cielo que estoy sospechando...

—Sospechais lo que yo-interrumpiöle el devoto romero.

—Sois por ventura...

—Narciso el desventurado..! Y vos el dichoso don Guillen de Rojas!!!

El semblante del peregrino encendiöse de ira: sus fac-

ciones se contrajeron: asió de una cortante daga, y su actitud, en fin, reveló que un delirio espantoso devoraba su corazón, transido de dolor y de ardiente sed de venganza.

—Qué intentais, miserable...!—prorumpió levantándose don Guillen de Rojas, y sacando su deslumbrante acero.

—Heridme, don Guillen!! haréisme un señalado favor! quitadme la vida, como robado habéisme la ventura..!

Intérpusiéronse los demás caballeros, quienes no sabian explicarse el asombro que experimentaban.

—No soy culpable, Narciso, de ese infortunio que justamente lamentais,—dijo el de Rojas.

—Perdonad, don Guillen: veo que amais á Flora, pero habíase dicho que hicísteis escarnio de su candor, y que os alejásteis por no cumplirla vuestra palabra.

—Me calumnias, viven los cielos..!

—Yo, aunque pobre y desvalido, corrí luengas tierras en busca de mi rival... con ánimo de...

—Insensato!

—Con el fin de vengarme y vengar á la virtuosa y desdichada doncella: he oido vuestra narracion, don Guillen, y me persuado de que sois un caballero, y un fino amante: mirad mi rostro, que el dolor ha surcado de arrugas: mirad mis miembros ateridos del hambre y de fatiga... únicamente deseo volver á mi patria, y ver por última vez á Flora, y luego...

—Yo os ofrezco la proteccion que necesitais,—dijole el de Rojas, tendiéndole una mano en señal de olvido y de reconocimiento.

—Me orgullece vuestro amparo: á él me acojo, y fio en

vuestra hidalguía; despues un monasterio será la tumba que encierre mi amor y mi apenada existencia!

Sintieron todos la historia del bizarro zagal, y condoliéronse de verle tan angustiado y casi viejo en la flor de su edad, merced á los intensos rigores de su destino.

Ofreciéronle dádivas que él rehusó gallardamente, confiando ya en la generosidad de don Guillen de Rojas.

Agena vivia Flora de que sus dos amantes perseveraban en la fé de sus primeros dias; y como espiraba el plazo y el retorno de don Guillen no se verificaba, pensó formalmente en tomar el hábito de religiosa.

Consultó á sus ancianos padres, que vertieron un raudal de lágrimas por verse próximos á privarse de la vista de tan encantadora y honrada hija.

Aun codiciaban su hermosura multitud de adoradores que importunos apenas daban respiro á sus desconsolados padres.

Un caballero de perversas costumbres y de gran riqueza, so pretesto de favorecer á la infeliz familia, se introdujo en su cabaña y prendóse ciegamente de Flora.

Reveló á esta su vehemente pasión, que fué rechazada con dignidad por la sencilla y pudorosa virgen.

Su destino, empero, era sufrir las heces del dolor, y nuevamente vivia acometida de un fatal infortunio.

Aprovechando la momentánea ausencia de sus queridos padres, penetraron tres criados en la mansion de Flora.

Cubrieron su rostro con un cendal y arrebatáronla de su mísero retiro.

Indecible pena sufrieron sus ancianos padres.

La comarca toda se indignó de tamaño ultrage á la vir-

tud y á la hermosura, jurando los jóvenes salir en seguimiento de Flora, y vengar tan feroz agravio.

A la sazón eran de vuelta en Salamanca don Guillen y Narciso, que sin abandonar sus trages, se hospedaron cual dos desconocidos en uno de los mas oscuros barrios de la ciudad.

Al saber la nueva desgracia de Flora experimentaron acerbo daño, é inmediatamente lanzáronse cada cual por distinto sendero en busca de la primorosa doncella.

Tras largos dias de incertidumbre, dió Narciso con el paradero de Flora.

Una vieja astuta y codiciosa, si bien dada á la fingida santidad, habló con aquel juzgándole un peregrino, aunque realmente lo era, puesto que habia estado en Roma y en otros Santos lugares.

Desfigurada su faz, no hubiera sido fácil reconocerle.

Le fué, pues, muy llano presentarse do quiera, sin ser descubierto por los que anteriormente le conocieron y le estimaron.

—Qué placer no tendria de oiros cierta jóven que vive en mi compañía?—le manifestó la vieja.

—Si os place, yo soy gustoso en referir mi peregrinacion á los verdaderamente cristianos.

—Esta jóven es una santa... pero... hay una dificultad, y no me atrevo... á no ser que mas tarde os sirvais presentaros en este mismo sitio, que de aqui os conduciré á mi morada.

Erase el átrio de un templo en donde hablaban la vieja y el zagal Narciso: quedó en volver luego que oscureciese y así cumplió su promesa.

Flora gemia cautiva de un poderoso infanzon, de cuyos torpes deseos valerosamente triunfaban.

La mansion la servia de cautiverio; esteriormente érase muy pobre, mas encerraba todo el esplendor imaginable con el fin de deslumbrar á la virtuosa doncella.

Presentóse á sus ojos el peregrino, quien al reconocerla se sintió vivamente abraçado en su antiguo amor, y lleno de ira porque adivinaba la razon de su cautividad y maldecida suerte.

Dió gracias al cielo que así le favoreció, y dentro de su corazón juró no salir de aquel albergue sin salvar á la incomparable Flora.

Ocultó su pena, y la refirió largamente su devoto y penitente viaje.

Ardia en deseos de manifestar quién era, porque su turbacion acrecia de un modo espantoso; y á este fin, y viendo que la vieja no se apartaba de su lado, resolvió tomar venganza, ó cuando menos libertar á la sencilla é infeliz pastora de tan ignominiosa servidumbre.

—Una de las acciones—dijo el finjido romero—de que mas me envanezco y que Dios me recompensará, sin duda, es la de haber libertado á una casta doncella de un infernal cautiverio, y acaso de su deshonra.

—Cáspita..!—esclamó la vieja.

—Cielos!—prorrumpio sobrecojida la zagala.

—Veamos: veamos—decia la beata—con que vos tambien habeis servido de escudo y valedor á la hermosura? Eh!

—El hombre de honor debe amparar á las desvalidas mujeres.

—Oiga! Eso no dice bien con vuestra santidad y penitencia.

—Lo que dice mal, es fingir devoción y caer de continuo en el pecado.

Flora iba sintiendo una duda indecible, y cierto vislumbre de esperanza; pero al mismo tiempo temía una nueva desventura.

—No entiendo—añadió la insolente vieja—no me explico bien ese vuestro afán de socorrer á las desvalidas doncellas, y ser un peregrino entregado á la mansedumbre y al recogimiento del alma: se conoce que en vuestros viajes hay de todo, y vos esponéis á mil pecados y contratiempos.

—Decís bien: ahora mismo Dios me inspira á ejecutar una buena obra.

—Y cuál? Sepámos.

—A defender á esta infeliz y desamparada virgen contra la furia de vuestra hipocresía, y el torpe amor de un villano!

Pronunció con tal energía su amenaza, que las dos exhalaron un profundo grito, y mas cuando vieron que el zagal se alzó súbitamente, y cojiendo á la horrible y diabólica vieja la arrojó lejos de sí, causándola un grave daño, del cual quedó sin sentido y prorrumpiendo en lastimeros ayes.

Cojió entonces á Flora, que resistía por ignorar quién era su libertador, y salió con ella hácia la calle, habiendo tenido que sacudir un tremendo golpe á un criado que intentó oponerse á su generosa conducta.

La noche estaba cubierta de densas sombras, y el bizarro zagal libró dichosamente de todo riesgo.

Cuando se descubrió á Flora, díjole esta asombrada:

—Es un sueño? Dios mio! tú, honrado Narciso, tú mi libertador!!!

—Tu infeliz amante... mas no creas que pretenda merecer de nuevo tu cariño: nací desafortunado..!

—Perdon! qué pretendes hacer de mí? Vas á vengarte?

—Nó: voy á conducirte...

—A dónde?

—A tu albergue, para que se consuelen tus ancianos padres, y cumplas en todo tus risueñas y dignas esperanzas.

—No me aflijas: un cláustro será mi mansion; allí rogaré al cielo por nuestras almas.

—Y don Guillen de Rojas?

—Me dás celos! Piedad..!

—No te querelles: para que juzgues lo que es un corazón que te amó religiosamente, y que ya ve morir toda esperanza, hágote saber que he venido en compañía de don Guillen, cuyo amor es noble y tan puro como el primer día.

Manifestó á la doncella su encuentro con don Guillen de Rojas, y el sentimiento que les causó la nueva de su infortunio, del cual resolvió salvarla aun á riesgo de su vida.

Al tiempo que Flora celebraba con todo esplendor su dichoso enlace con el de Rojas, el pobre zagal vestía un tosco hábito, y consagró su existencia á la meditacion y á las prácticas de la mas austera virtud.

Aqui llegaba en su narracion el jóven Rodrigo de Aguilera, cuando Inés, que había salido del molino, desesperada al ver que tanto retrasaba su vuelta Dámaso, hubo



de prorrumpir en latimeros ayes, que ocasionaron una ruidosa alarma.

—Qué os ocurre? señora Inés—preguntó Rui—Sanchez.

—Qué os pasa..?—esclamó tambien Aguilera.

—Mi marido... que le hieren... que... le asesinan!!!—y la buena Inés cayó en los brazos de Elvira, que estaba casi tan vacilante como ella.

Corrió Rodrigo en su socorro, y despues de haberlas dejado en su habitacion en compañía de una criada y de uno de los mozos del molino, salió á ver qué le ocurría á Dámaso.

Estaba en réplicas contra tres hombres que á viva fuerza le obligaban á entrar en el molino, amenazándole de muerte si resistía.

Dámaso rehusó acceder á tan brusca intimacion, comprometiéndose á penetrar en el molino y cumplir lo que imperiosamente le exigían.

Su objeto fué no alarmar á las mujeres, y prevenir á Rodrigo, pues los que le conducian eran unos espías de don Hernando Alvar de Luna, procedentes de la fortaleza del conde.

Habian sorprendido la buena fé del molinero, llegando á descubrir la ocultacion de Elvira y de Rodrigo.

Amargo pesar experimentó el sencillo Dámaso, y preferia la muerte á ser causa del duelo de los dos infortunados amantes.

—Penetrad..! ó vive Cristo!!! que vas á ser ahorcado de las velas de tu molino..!

—Alto! miserables..! Qué vais á hacer?

—Somos de la hueste de Alvar de Luna, y venimos en busca de los adversarios del poderoso conde de Haro.

—En buen hora: dejad á ese infeliz, y llegaos, que tambien nosotros estamos aquí con igual objeto.

Conoció Rui-Sanchez á los tres hombres, de armas de Luna, y por el pronto garantizó la inculpabilidad de Dámase y su familia.

Entraron en el molino, y á Rui-Sanchez, gefe de los ballesteros, hablóle así uno de los tres que traian preso á Dámase:

—Diantre y qué calma gastais!

—No entiendo.

—Bien se conoce.

—Demás imprudente venís.

—Vos estais demasiado perezoso, y asaz ciego, porque no descubris á los enemigos: verdad que al amor de la lumbre, y á la dulzura del vino...

—Os chanceáis, Ambrosio?

—Os reconvegno cual mereceis, seor Rui-Sanchez: os enviaron en seguimiento de los que se han fugado del castillo; estais entre ellos y no los habeis conocido.

—Pardiez! que juraría...

—Sí, que estais soñando: hé aquí al molinero, quien confesó lisa y llanamente sus culpas.

—Merced á vuestra rastrera hipocresía—replicó Dámase con indignacion.

—Sea lo que quiera, ello es que habeis confesado vuestro delito; presentad al punto á esa doncella y á su aventurero amante, y vamos todos á dar cuenta á quien corresponda.

—Será posible!

—No lo dudeis, Rui-Sanchez: este molinero es el mismo diablo.

—Virgen santa! No salimos de hechicerías...! de quien tropezamos con los brujos...!—prorrumpió santiguándose Fortun.

—No resistais, molinero: presentad á esa doña Elvira, ó Sol, ó cómo se llame, y al trovador Aguilera, y partamos sin perder tiempo al castillo.

—Por Satanás, que estoy cada vez mas asombrado! Con que la bella Sol es doña Elvira, y el mozo Bernardo el doncel Rodrigo de Aguilera?

—El mismo y la misma, seor Rui-Sanchez.

—Así es tan discreto y narrador de lances y aventuras!

—Cabalito.

—Vamos que se ven unas cosas...!

—No quereis creerme—dijo Fortun.

—Silencio! Alma de roble...!

—Todavía no estoy muy seguro.

—Pronto!—esclamó Rui-Sanchez—despachad, molinero ó diablo: presentad á esos fugitivos, y vive el cielo! que gracias á la generosa acogida que nos hiciste, no pagas ahora ese villano fingimiento.

—Lo pagaré en otra parte.

A la sazón habia desaparecido Aguilera: pasó á la habitacion de Inés; las dijo que cerrasen lo mejor posible la puerta, parapetándola con los muebles y bancos, interin ellos resistian á los ballesteros.

Inés y Elvira con la criada quedaron con la mas cruel angustia, encomendándose de todo corazon á la misericordia divina.

Rodrigo reunió á los robustos mozos del molino, y despues de darlos sus instrucciones, presentóse ante los que le perseguian.

—Aquí estoy-les manifestó-aquí me teneis, gente esclavizada y ruin: yo soy un hidalgo que está inocente de toda culpa; el conde es injusto al privarme de mi libertad, y persiguiéndome desapiadado.

—Menos plática y á obedecer; que venga esa jóven, y allá podreis dar vuestras disculpas á quien dice que tiene derecho, y le asiste la razon para perseguiros.

A este tiempo aparecieron siete mozos, entre los del molino y los tres que mandó venir Dámaso de la aldea; y uno de ellos, sacudiendo un estrepitoso golpe á la luz, dejó á oscuras la estancia, en tanto que los demás y á su cabeza Rodrigo, descargaron certeros y terribles mandobles á Rui-Sanchez, Ambrosio y los peones que á la mano hubieron, pues sorprendida su accion fué nula su bizzarria.

Repuestos de la primera sorpresa intentaron defenderse, y armóse una de gritos y lamentos, que el molino se convirtió en una morada infernal y de confusion horrenda.

Fortun clamaba contra los duendes, quejándose al mismo tiempo de un espantoso golpe que habia sufrido.

Rui-Sanchez, herido tambien, alentaba á los ballesteros, y el que sorprendió traidoramente á Dámaso, exhalaba profundos alaridos á causa de un golpe de alabarda que habia recibido en la cabeza.

Las mujeres gritaban desde adentro, y en fin, el molino semejábase á una mansion diabólica.

Súbitamente cesó el combate.

Habianse oido rumores fuera, como de gente armada, y cierto que arribó al molino un tropel de peones, cuya llegada heló el corazon de Rodrigo, pues los suponía partidarios del conde.

Rui-Sanchez reanimó, y lo mismo sus compañeros, ya muy mal parados, al oír el estruendo de los de afuera, mas pronto se disiparon sus ilusiones.

—Abrid... abrid; Dámaso... gritaban los de fuera.

—Quién sois?

—Viva don Sancho!!! Castilla por don Sancho!!!

A estas voces sintió mágica fuerza Rodrigo, y cual le fué posible, tropezando con los que yacían en tierra y en otros que cobardemente hallábanse ocultos, llegóse á la puerta, y con aire de triunfo exclamó:

—Paz á los defensores del rey de Castilla! Dios les guarde!

—El cielo nos envía!—y el que pronunció esta frase tendió cariñosamente los brazos al jóven Rodrigo: era el honrado y venerable Jorge que venía al frente de un grupo de hombres valerosos, adictos al rey don Sancho.

Tan inesperada aparición llenó de júbilo al molinero y á Rodrigo de Aguilera, así como aterró á sus perseguidores.





# TRAMPAS PALACIEGAS.

---

PARTE TERCERA Y ULTIMA.

TRAMPA S. PARACIEGAS.

TABLETAS Y COTONES.



## CAPITULO PRIMERO.

### LOS FUGITIVOS.

El rey don Sancho paseaba lentamente por la estancia, en actitud de meditar una resolución grave y decisiva. Su pequeña corte veíase en cierto modo agitada por el arribo de prelados y magnates obedientes, al parecer, á las órdenes del soberano, cuyo genial era enérgico al par que inflexible; razón por la que todos ardian en deseos de salir de tan apremiantes circunstancias.

Habia oscurecido; trajeron una luz, y el rey leyó un papel que le dejara en la misma tarde el M. R. Arzobispo de Toledo.

El favorito don Juan Nuñez de Lara se anunció respetuosamente por medio de un page de don Sancho.

Concedida la venta, entró el de Lara y dijo:

—Señor, os traigo una feliz é inesperada nueva.

—Cuál?

—En este instante llegan varios jóvenes que han podido escapar á los crueles rigores con que el de Haro les oprimia en una de sus fortalezas.

—Es posible..!

—Viene con los desventurados vuestro escudero Gonzalo, y un pagecito del conde. Guardan el incógnito, y se me presentan para que yo implore vuestra gracia.

—Me complaceré en verles y oírles.

—Harán importantes revelaciones.

—Importa que no sean vistos.

—Llegan en trages haraposos, y algunos disfrazados de peregrinos.

—Bien.

—Cuando os digneis que saluden...

—Mas tarde: á cuyo efecto despacharé pronto á los de mi consejo, y vos cuidareis de que se retiren todos los de mi real cámara, pretestando que necesito descanso; y mañana, por celebrarse la solemne Junta, será un dia de gravísimas ocupaciones. Lo demás ya lo sabeis, y puesto que Gonzalo felizmente ha venido, será uno de los que estén donde os he oportunamente indicado. Ahora decid al Hechicero que pase, pues debe estar esperando mis órdenes.

Marchó el de Lara, y á poco se hizo anunciar el sábio Daniel como de costumbre.

—El cielo guarde á vuestra gracia.

—Qué nuevas traes?

—Señor... gravísimas.

—Hablad.

- El firmamento anuncia una terrible contienda! —  
 —Sepamos. —  
 —No son tan patentes los indicios de la próxima lucha,  
 que pueda yo indicaros la forma en que ha de ocurrir. —  
 —Nada sabes entonces. —  
 —Señor! —  
 —O me engañas. —  
 —Ni de pensamiento. —  
 —Entonces son meras sospechas. —  
 —Vaticinios fundados. —  
 —En qué? —  
 —En el origen de la situación aciaga que atraviesa Castilla. —  
 —No hay mas? —  
 —Os parece poco mi leal aviso? —  
 —Nada sabes. —  
 —Mi ciencia... —  
 —Tu ciencia es un vil engaño...! —  
 Pronunció el rey de un modo tan duro esta frase, que  
 el Hechicero tembló de sorpresa, y pasmóse de la sereni-  
 dad é incrédulo carácter de don Sancho. —  
 —Perdonad... si mis pronósticos pueden ofenderos, mis  
 intenciones... —  
 —Pero sepamos qué pronosticas. —  
 —Señor... horrendas contrariedades. —  
 —Y quién ha de sufrirlas? —  
 —Todos. —  
 —Tambien yo? —  
 —No lo permitan los cielos. —  
 —Y no hallas un ardid, una manera de evitar esas tre-  
 mebundas adversidades? —

—Imposible.

—Pues yo... sí.

—Vuestro poder...

—Es superior á la supercheria y al dolo, á la traicion, y á la infamia. Y dí, qué observas respecto del especial encargo que fié á tu ponderada ciencia? Vive la hija de Aurora?

—Vive.

—Luego sabrás su paradero?

—No es fácil descubrirlo.

—Te contradices.

—Os revela mi corazon lo que lealmente alcanza mi humilde inteligencia.

—Si sabes que aun existe esa sin ventura hija... debes tambien saber dónde mora, ó al menos puedes indicarme el medio de que te has valido para descubrirlo.

—Comprometeriamos el éxito de mis indagaciones: por otra parte, no es tan fácil evidenciar la suerte de esa infortunada criatura.

—Tú, cuando menos, debes conocer á los cómplices de aquel atentado: mañana á estas horas trae cumplida relacion del suceso: en otro caso no te presentes; apenas haya trascurrido la hora...

—Señor... ved los tiempos azarosos que corren... los peligros...

—A nadie teme mi justicia: la cual alcanzará á los culpables.

—Todo induce á creer...

—Sabes tú lo que vaticino?

—Tanta es vuestra inteligencia...

- Superior á la tuya.
- Inmensamente superior... no lo dudo.
- Pues pronostico fatalmente para los traidores.
- Ved, señor, que caso de que existan... pudieran los sucesos...
- Los sucesos desaparecen... cuando desaparecen los fautores de las tenebrosas conjuras.
- Tambien á veces se estrella el valor, y se contrarian los mas nobles propósitos.
- Y tú? qué temes?
- Horribles desastres.
- Vacilará mi poder?
- Todo es probable... á menos que vuestra sabiduria, y el amor á vuestros vasallos os incline, como es de esperar, á una razonada clemencia. Ved que vuestros injustos enemigos son poderosos.
- No tanto como su rey.
- Ciertamente.
- Marcha: y no olvides que mañana á estas horas tú mismo dictarás la sentencia.

Saludó reverentemente el Hechicero, y salió de la cámara sorprendido del valor de don Sancho, y receloso de que hiciese estallar por su enojo una nueva y mas aciagá contienda.

Se espresó en términos asaz terroríficos, porque así habia recibido la consigna del infante don Juan y del conde de Haro.

Un page que servia al Hechicero fué desleal al rey, entregándose al influjo de los precitados y altivos infanzones.

Daniel supo, aunque confusamente, la trama urdida por el de Haro y sus dignos amigos, y confió en su triunfo: por esta causa habló fatídicamente al rey, para predisponer su ánimo, abatir su espíritu, y ver si conseguía que por el terror accediese á las orgullosas demandas de los turbulentos nobles.

Mas el rey sospechaba su indigna conjura, y resolvió salirles al frente, sin miedo á las consecuencias.

Llamó á su favorito y le habló de esta suerte:

—Con quién se comunica el Hechicero?

—Señor... una sola persona le vé y le habla.

—Quién?

—Ludovico.

—Desde ahora, vigila su pasos.

—Por ventura...

—Daniel háme parecido sabedor de algun nuevo proyecto de rebeldia.

—Es posible!

—Amenazó mi porvenir, y su aleman era de triunfo.

—Y permitisteis..?

—Le he sentenciado.

—A qué?

—A la horca.

—Y cuándo?

—Mañana.

—Puede ser tarde.

—Me interesa aun su vida por veinte y cuatro horas.

—Qué disponeis acerca de Ludovico?

—Vigilancia... y si es desleal... que siga la suerte del Hechicero.

—Será puntualmente cumplida vuestra orden.

El rey admitió según tenía de costumbre, la visita de algunos prelados y magnates, con quienes conversaba cortos momentos, y despedíanse deseándole venturosas y tranquilas noches.

Entre otros penetró el infante don Juan, quien en la antecámara cambió con el page Ludovico estas palabras:

—Le vió?

—Se ejecutó vuestro mandato.

—Y el rey?

—Sumido en hondo pesar.

—Luego surtió buen efecto?

—A las mil maravillas.

—Muy bien.

—El nigromante es el mismo diablo.

—Si vencemos...

—Confío en la victoria.

El de Lara estuvo observando la misteriosa conferencia, y al cruzar el page llamóle y dijo:

—Qué hablabas con el ilustre don Juan?

Por el pronto Ludovico perdió la serenidad, circunstancia que le hizo comprender al privado que las sospechas del rey tenían un grave fundamento.

Ludovico se esforzó, quietó su ánimo, y repuso al de Lara:

—Me decía el noble infante don Juan una chazoneta de amores.

—Tanta es su franqueza con un humilde page...?

—Siempre me honró con su envidiable confianza.

—Lo habia sospechado.

—Señor don Juan...

—No me sorprende... antes bien me lisongeo muchísimo, aunque la que yo he depositado en ti... parece como que debía escluir la del infante, por muy digna y válida que sea.

El tono irónico y amargo con que se espresó el favorito, produjo triste impresion en el espíritu del page, quien comenzó á sentir los efectos de la incertidumbre y del mas vivo recelo.

—Si me prohibís que ...

—Al contrario: me huelgo de que seas su confidente, no dudando que ante la lealtad que debes al rey...

—Sincera y eterna.

—Con quien sin duda estás muy relacionado es con el Hechicero... y...

—Le sirvo porque así lo habeis dispuesto: si no cumplo fielmente la delicada mision que me confiásteis...

—Tu conciencia lo sabrá...

—Señor don Juan...

—La suerte del Hechicero está decretada...

—Respeto mucho lo que decís.

—Es que su porvenir... es el tuyo.

—Señor de Nuñez...

—Qué te ha revelado el nigromante?

—Nada.

—Es que te fias por demás de sus pronósticos..!

—Algunos parécenme ciertos...

—Sí, eh?

—Algunos.

—Y cuáles?

—Díceme tantos..!



—No los recuerdas?

—Confusamente.

—Y de su porvenir, qué pronostica?

—Lo ignoro.

—Cuando se retire el consejo, id á buscarme.

—Sereis obedecido.

El page reflexionó seriamente las palabras del favorito.

Su conciencia le remordia: el temor le inquietaba.

Determinó, pues, consultar al Hechicero.

—Qué traes, Ludovico?

—Desconfianza.

—De quién?

—De vos.

—De mí?

—Ciertamente.

—Explicaos.

—Don Juan Nuñez díjome hace un momento que habíame visto hablar con el infante... y despues hizome sinistras preguntas de vuestros pronósticos, y aseguró que vuestra suerte es irrevocablemente perdida.

—Confio en la palabra del rey.

—Yo no confio en nadie: ni en mí mismo.

—Qué temes?

—Que nos ahorquen.

—Eres muy niño.

—Y muy desconfiado.

—Pero si mañana...

—Mañana... triunfa el rey.

—O sus enemigos.

—El infante así lo espera.

- Segura es la victoria.
- Es que vuestros pronósticos me inspiran, perdonad, triste desconfianza.
- La razon.
- Os imagináis que todo camina á un resultado favorable.
- No lo dudo.
- Desconfio.
- La causa.
- Hay fatales síntomas.
- Tus cálculos...
- Mis juicios pueden ser tan seguros...
- Vanidad juvenil!
- Si es ó no vanidad, pareceme que no siempre estais fundado en vuestros augurios y revelaciones.
- La prueba.
- No ha muchos dias manifestábais seguridad en la venganza contra el escudero Gonzalo.
- Y bien...
- El pajarillo voló..!
- No entiendo.
- Que Gonzalo quebrantó el cautiverio.
- Luz del infierno!
- Y Daniel sacudióse una fuerte palmada en la frente.
- Lo que oís... mas prometedme no decir al infante lo que os voy á revelar.
- Viven los cielos! Rayo de Satanás..! y mi venganza!
- Oid: vino un propio á dar noticia al conde de la fuga de sus prisioneros, y como no hayan caido en poder de Alvar de Luna que salió para la fortaleza...

—Ludovico...! Dame luz en esta tenebrosa incertidumbre!!!

—Os iré diciendo cuanto llegue á mis noticias.

—Mi gratitud será profunda, y el premio de tu fidelidad cuantioso y aun envidiable. Riquezas poseo... demándame favores... Ludovico... empero, tráeme los pormenores de esa desgracia, que desventura puede ser para mi suerte futura. Corre! Indaga lo que hay de verdad en ese cruel presagio!!!

El Hechicero sentia vivamente la fuga de los infelices cautivos del conde, mas el page tan solo se hallaba al corriente de que se habian fugado, desconociendo las demás circunstancias del suceso.

Ludovico prometió confiarle cuanto descubriese, y Daniel reconoció que su estrella se eclipsaba; pues la fuga de Gonzalo podia producirle funestos resultados.

Dudaba si esperar al siguiente dia, ó salir furtivamente de la corte, receloso de un próximo escarmiento.

Empezó á experimentar una inquietud pavorosa que acreció de un modo indecible cuando tornó el page de allí á un momento y le dijo:

—Merced á mi esquisito celo, he podido indagar que los prisioneros de la fortaleza han logrado salvar de Alvar de Luna: el infante y el conde sienten de un modo cruel esta inesperada nueva, la cual será causa de que se precipiten los acontecimientos: por mi parte, desconfio: veo al rey muy audaz, y mas osado á su favorito Nuñez de Lara.

—Un destructor veneno has yertido en mi corazon...! oscurece el astro de mis esperanzas la única luz que sonreía mi ya vacilante vida...! Rayo de Luzbel! confunde mi existencia!!!

El Hechicero cayó abatido, y lanzando sordas y terribles imprecaciones.

—Aun es tiempo, sábio Daniel—díjole el page, quien sentia tambien espantosas inquietudes.

—Soy perdido...!

—Aun es tiempo.

—Y cómo salvar de la desventura que nos amenaza? únicamente confio en los nobles...si pronto...

—Yo solo confio.

—En quién?

—En mis piernas.

—Eres muy niño.

—Ya os dije que tambien soy muy desconfiado: cumple á nuestra seguridad que al rayar el dia...

—Qué intentas? Qué me propones?

—Huir de esta mansion.

—Insensato!

—Vos sí que sois...

—Yo confio en el conde, cuyos planes...

—Tambien el rey tiene los suyos.

—El rey.

—Don Sancho no se arredra por las amenazas.

—Le arredra si no.

—Y quién os dice que entre vuestros pronósticos no pueda triunfar de sus enemigos? Lo mejor será, puesto que disponeis de inmensos tesoros, huir á Navarra. Antes que brille el sol podremos haber ganado la frontera.

—No quiero aventurarme: esperaré á mañana.

—Pensadlo bien: dentro de una hora me direis vuestra

última resolución: yo he formado la mia, y será por cierto irrevocable.

Un tropel de dudas y sombríos temores, asaltaron al Hechicero.

Terminada la conferencia de los magnates con el rey, dijo á este su favorito Nuñez de Lara:

—Señor, sospechásteis con fundamento de Ludovico.

—Qué has indagado?

—Vi al page hablar con el infante don Juan.

—Y bien.

—Descubri luego en su turbacion que es cómplice en las tramas de los rebeldes, ó cuando menos sabedor de sus maldades.

—Dentro de una hora pondreis en un encierro al page: á Daniel se le pondrá esta noche un centinela de vista: en las cercanías del palacio habrá velas y rondas, y dos espías próximos á la casa del infante don Juan y del conde de Haro.

—Serán fielmente cumplidas vuestras disposiciones.

—Di á Gonzalo y á sus amigos, que tienen mi venia para presentarse: pero aguarda que todos estén recogidos, y tráelos con las precauciones convenientes.

—En el mismo traje con que vinieron?

—Conforme se encuentren.

El rey quedó pensativo.

Se hallaba en visperas de tomar una resolución decisiva acerca del estado del reino y de los desleales promovedores de la anarquía, de los ambiciosos cortesanos que se disputaban con vehemencia su favor y su privanza, sugeridos por la insaciable sed de honores y de mando.

Conversaba Ludovico y varios otros pages en uno de los mas recónditos aposentos del alcázar.

Su conferencia misteriosa venia á ser un trasunto exacto de las inquietudes que doquiera se experimentaban, y de la lucha á muerte que sostenia el trono contra los descontentadizos y revoltosos nobles.

Oigámos á los de la servidumbre del rey en sus diversas opiniones y recelos:

—Triste estás, Ludovico.

—Ni mas ni menos que otros dias.

—No es cierto.

—Ignoro por qué sospechais de mi tristeza.

—Tu semblante ha cambiado.

—Desde que es confidente y custodio del Hechicero...

—Ya os he dicho que apenas le hablo.

—No envidio tu nuevo ejercicio.

—Es de pura confianza; el rey me honra de esa suerte.

—Malos tiempos corren para semejantes confianzas!

—Fio en su notoria bondad.

—Pues yo temo próximas calamidades.

—Tienes razon: se adoptan demasiadas precauciones; algo se teme.

—Las de costumbre.

—Te equivocas.

—Nada veo que indique ese temor.

—Esta noche hay mas vigilancia que nunca.

—Bah! bah!

—No te rias: se nos ha encargado el mas absoluto recogimiento... y aun se dice...

—Se dice tanto...

—Es verdad... se dice mucho... pero se susurran novedades ciertas y terribles.

—Gran espanto manifestais.

—La permanencia del Hechicero no puede traer cosa favorable, en mi juicio.

—Es un hombre de paz, entregado únicamente á la astrología.

—Y á la nigromancia.

—No lo creais.

—Lo de menos sería eso: hay además otras cosas mas graves.

—Delirais.

—Y si no, qué significan tantos misterios?

—Y decidme: ¿quienes son esos huéspedes invisibles que esta noche moran entre nosotros..?

—De veras!

—He oido que el rey...

—Silencio.

—Los muros son otros tantos espías..!

—Páreceme que estais preocupados con vanas sombras de temor.

—Tú puedes creer lo que quieras, Ludovico: por nuestra parte, nada bueno presentimos.

—Las juntas secretas menudean: los tenebrosos conciliábulos de los grandes no son ya un misterio: los rumores acrecen: la muchedumbre se descontenta: el rey lo sabe todo... y...

—Silencio! No seais imprudentes.

—Buenas cosas nos callas tú, Ludovico.

—Nada puedo comunicaros.

—Tu semblante revela que no estás como anteriormente.

—Ilusion vuestra.

—Ya te lo dirán mañana!

El page no pudo sufrir la atencion escudrinadora de sus amigos, y se retiró dándoles las buenas noches.



## CAPITULO II.

### LA ENTREVISTA.

Un silencio pavoroso advertíase en el palacio.

El rey permanecía solo en su estancia, sumergido en profundas cavilaciones.

Anuncióse el favorito, y en pos de él saludaron respetuosamente Gonzalo, Manrique, el jóven page del conde, el bachiller Roldan y sus compañeros.

—Señor—dijo Nunez de Lara;—estos son los desventurados que milagrosamente han conseguido salvar de la tiranía del conde; su ardiente lealtad hácia vuestra alteza, no reconoce límites.

Se inclinaron ante el rey, haciendo una demostracion muda, pero solemne, de la verdad que encerraba la prötesta del favorito.

—Y bien: contadme lo que os ha ocurrido, Gonzalo.

—Señor, hallándome en Burgos, en cumplimiento de las órdenes de vuestra alteza, fui arrebatado, qué se yo... páreceme que por unos duendes: ello es, que cierta bruja me llevó á su casa, y desde allí fuimos, otro jóven que no se halla presente, y vuestro leal vasallo, á las prisiones del señor conde de Haro; y en ellas hemos padecido increíbles tormentos: sobre todo un diablo, perdonad, si mi enojo...

—Habla, y dí con lisura lo que habeis sufrido.

—Decia que un brujo, un hechicero, disfrazado de monje, me causó mas horror que la lobreguez del calabozo y las pesadas cadenas con que me sujetaron.

—Un hechicero..?

—Sí, señor; un hechicero á cuyo hijo mandé á la horca...

—Un hechicero..?

—Sí, señor... un nigromante que está al servicio del conde, segun hemos descubierto, y de ese ambicioso viejo, del rebelde don Gutierre de Velasco, á quien Satanás se lleve pronto para quietud del reino y ventura de vuestra alteza.

—Dios! y qué luz reflejan tus palabras..! prosigue.

El rey comprendió el misterio, é hizo á Nuñez de Lara una señal muy significativa de furor mal comprimido: despues continuó Gonzalo:

—Merced á este lindo page y á los esfuerzos del señor bachiller Roldan, que es poco menos que un duende, pudimos librar de aquel aciago é injusto cautiverio.

—Siento lo que habeis sufrido; pondré coto á esas demasías, recompensando vuestra fidelidad y ejerciendo justicia contra los culpables.

—Yo, señor, quisiera merecer de vuestra gracia—dijo Manrique—desearia me permitiérais una esplicacion de mis martirios, y del objeto que me conduce á ponerme bajo vuestra real y poderosa clemencia.

—Esplicaté como sea de tu agrado.

—El señor de Vizcaya ha sido causa de mi fatal infortunio: yo nací en una pobre choza, y mi madre, de cuya hermosura se prendó el conde, fué víctima de su dolor y de los ultrajes que recibió su inocencia.

—No llores, Manrique: me persuado de tu indignacion, y desde ahora quedas bajo mi real valimiento.

—Yo deseára que un dia... cuando yo fuese caballero... retar á muerte, y si no el juicio de Dios...

El page no pudo proseguir: un raudal de sentidas lágrimas brotaron de sus ojos, y el rey se vió tristemente conmovido.

—Confía en mi proteccion: serás vengado.

—*Laudemus regis sapientia!* Alabemos la sabiduria del rey!—esclamó el bachiller Roldan, quien nunca abandonaba su estravagante y enfático tono: luego prosiguió de esta manera:

—Mis cuítas, invicto señor, luz de Castilla, esperanza y consuelo del desvalido, no son magüer tantas que de su narracion vuestra alteza se apesadumbre: sin embargo, tambien tuve que afrontar con rostro sereno las persecuciones del invisible nigromante, y rendir con los esfuerzos de estos valerosos donceles, y en descomunal batalla, á temibles y potentes adversarios.

Refirióle al rey circunstanciadamente los ardidés de que se habia valido para penetrar en la fortaleza del con-

de, cuya narracion lisonjeó mucho á don Sancho, y por último pidió merced de que le amparase en su carrera sacerdotal y admitiese á su servicio, como hombres de armas á Voz de trueno, al hidalgo Lain Ramirez, Alma-negra y Alonso Batalla, quienes rendidamente se ofrecieron al bravo rey don Sancho.

Despues hizo una reseña de los rigores que sufría su incomparable camarada Rodrigo de Aguilera, y especialmente la sin ventura Elvira, de la que dibujó en su fantasía un peregrino y seductor retrato.

—Y esa jóven—preguntó el rey—se encuentra hoy á cubierto de las asechanzas de sus perseguidores?

—Quedó á la tutela de un honrado labriego, mas es de temer que si no os apiadais de su orfandad, sucumba de horror y de melancolía.

—Y su padre? Acaso no hará por vengar su desobediencia? Es un hecho gravísimo... pero de cualquier modo haré inmediatamente porque se mitiguen sus desdichas.

—Lara: proporcionad otros trages á estos infelices, y por esta noche guardad el mayor sigilo: condúcelos á su morada, que les asistan bien, y tú vuelve á recibir mis órdenes.

Sumamente complacidos salieron de aquella entrevista los aventureros, no dudando que el rey les dispensaría su formidable valimiento, asi como ejecutaria su rigor contra los culpables.

### CAPITULO III.

#### LA SENTENCIA.

Regresó el favorito, y hablóle así don Sancho:

—Oíste?

—Estoy lleno de ira.

—Y qué discurras?

—Que el conde, el infante, Gutierre de Velasco y el Hechicero, son una misma cosa.

—Justamente.

—Y que merecen un tremendo castigo.

—Esa es mi opinion.

—Así vengareis vuestra dignidad vilipendiada, y el rigor con que han sido tratados esos inocentes.

—Y qué te parecen los amores de la hija del viejo don Gutierre?

—Es un negocio delicado.

—Mi deber es salvarla de las garras de esa hiena... porque sospecho que Velasco fué uno de los mas infames cómplices de mi desdicha. Cuando menos empezará para él una espiacion terrible: desde ahora mi poder será el escudo de su inocente hija: dispon que seis peones marchen al punto en su busca; deseo conocerla y verter en el corazon de su padre gota á gota, el veneno que traidoramente hizome él apurar, y aun martiriza mi existencia! Sí: cumple arrebatarme esa hija... favorecer sus amores... y herir el orgullo de ese insolente, ambicioso é hipócrita viejo..!

—Con gran satisfaccion miro, señor, que adoptais una conducta que realce vuestro nombre, y que hundirá para siempre á los turbulentos nobles que desconociendo sus altos deberes, perturban la quietud y el bienestar de vuestros súbditos.

El favorito Nuñez de Lara, como todos los de su clase, aconsejó al rey una politica de represion enérgica, y si bien era entonces justificada, el privado tenia interés de abatir á cualquier costa á sus rivales, aunque se comprometiese la seguridad y la honra del trono.

—Qué noticias hay de Haro?

—Don Gutierre predispone allí el espíritu á favor del infante y del conde.

—Y qué os dice nuestro mensajero?

—Que don Nuño Garcés le ha visitado en diversas ocasiones, y que no duda de la intima relacion con el Hechicero.

—La trama está bien urdida: mas no hay que temerla, puesto que se conoce y es fácil de un solo golpe desbaratar á todos mis enemigos.

—Es urgente: su insolencia es indecible.  
—Yo abatiré pronto su altivez, y juro por Castilla! que han de sufrir un ejemplar castigo.

—No hay medio á que no recurran, ni ardid que no inventen para desautorizaros ante el pueblo, con mengua de su propio decoro.

—Al punto reducirás á prision al page Ludovico: pregunta por última vez al Hechicero si accede á revelar el nombre del asesino de Aurora, y caso de que se niegue, sea trasladado sin demora, con fuertes hierros sujeto, á una de las prisiones, y autoriza el rumor de que es un villano desleal á mi persona. Conseguiremos vengar agenos y propios ultrajes, castigando un delito, y al par se infundirá el justo y merecido terror á sus protectores, á quienes reservo tambien la conveniente recompensa.

Mañana antes de comenzarse el consejo, debe el mago aparecer en la horca.

De esta suerte quedó sentenciado Daniel, mas por entonces no pudo realizarse la intencion del severo monarca de Castilla.

Interin este conversó con su favorito, el Hechicero, á quien el page Ludovico habia proporcionado un completo disfraz para huir á la mañana siguiente en su compañía; el Hechicero, repetimos, sea que desconfiasé de aquel, fuese por el espanto, ó en fin, que una inspiracion le indujese á anticipar su fuga, ello es, que cuando don Juan Nuñez de Lara fué á cumplimentar la orden del rey, encontróse únicamente con las vestiduras del nigromante; pues este habia sigilosamente, y á favor de su disfraz, abandonado la régia morada.

Amarguísimo pesar sintió el de Lara viendo que se frustró el deseo del rey: acudió al punto en busca de Ludovico, experimentando este igual sorpresa; pues aunque cómplice en la fuga del Hechicero, no convinieron en que se realizase hasta la mañana siguiente.

—Dónde está Daniel?—preguntó iracundo el de Lara.

—Señor...—repuso aturdido el page.

—Has consentido en su fuga?

—Oidme... señor...

—Es así como cumples las órdenes del soberano?

—Ignoro lo que ha ocurrido: dejé á Daniel sin sospechar que intentase huir, porque de otra suerte... ¡yo mismo!

—Miserable! Sabes lo que te aguarda? Una horca se está levantando ahora: se destinó al Hechicero... la ocupará en su lugar Ludovico por traidor y perjuro!

—Piedad!... Compadeceos... señor de Lara...! por Dios...!

—Villano! Atadle! Cerrad luego, y dos centinelas á la puerta: voy á dar parte al rey de este suceso.

El terror anonadó al page, quien se vió precisado á declarar ante el de Lara su complicidad, y al mismo tiempo el engaño que de él hizo el Hechicero.

—Y á dónde crees que ha podido encaminarse?

—Sospecho que á la villa de Haro: él ansiaba una entrevista con don Gutierre.

—Y qué os dijo acerca del rey?

—Que han de vencerle sus enemigos.

—Y por qué razón te intimaste con el Hechicero, hasta el punto de ser desleal á nuestro soberano, haciendo causa comun con los traidores?

—Presentóme tan cercano su triunfo... ofreciome tan



cuantiosa recompensa... que una mala tentacion... la codicia... señor...!

—Y de qué medios disponen esos desleales para juzgar tan próximo su triunfo? Vacilas? niegas lo que ya sabemos?

—Señor de Lara... fio en vuestra hidalguía.

—Si dices la verdad, tu salvacion es segura.

—Prometedme no descubrirme...

—Te doy palabra de influir en el ánimo del rey para que te salves.

—No toda la culpa la tiene el Hechicero, si bien es quien dirige á los nobles: sabed que el infante don Juan y el conde de Haro me comprometieron con dádivas, y juré servirles en todo.

—Infames! Y qué proyectan? En qué confian?

—En la muerte alevosa del rey.

—Estás en tu juicio...! Será posible que esos malvados...!

—Os refiero lealmente mis sospechas.

—Guarte de exagerar tus juicios...!

—Os revelo, señor de Lara, lo que les oí á los tres, y á cada uno de ellos separadamente.

Salió don Juan Nunez dejando sujeto y vigilado al page Ludovico.

No sabia el de Lara cómo trasmitir al rey la fuga del Hechicero, pues recelaba de que le asaltase una desesperacion frenética.

Discurrió que seria mas prudente destacar en busca del mago algunos hombres de su confianza, y no decir al rey lo ocurrido hasta despues de haber logrado su captura.

Al ir á comunicar sus órdenes, presentáronse al de Lara dos confidentes y le dijeron:—

—Hemos visto salir hará una hora de este palacio á un caballero, cubierto con una capa negra: ceñía larga espada y un brillante casco: dirigióse precipitadamente á la morada del conde.

—Es el Hechicero!-esclamó el favorito.

—Los dos mesnaderos que se hallan próximos á casa del conde, nos han dicho que llegó há pocas horas de la villa de Haro don Gutierre de Velasco, y un corto número de caballeros.

—Volved inmediatamente al mismo sitio, y si veis salir al que observásteis marchar de aquí, prendedle, y conducidle á mi presencia: el rey agradecerá mucho este servicio.

Tranquilizóse en cierto modo el de Lara, y fuese á comunicar al rey don Sancho la venida de don Gutierre.

—Sin duda,—contestó el rey,—debe asistir mañana al consejo: de cualquier modo, procura que no marche otra vez á la villa de Haro, y tráele á mi presencia en las primeras horas de mañana; puedes pretestar que tienes interés en reconciliarle conmigo, de lo cual resultará un bien á la causa del sosiego de mis reinos, con lo demás que te se ocurra. Empieza su espriacion: será aun mas amarga que la que él me ha hecho sufrir. No te olvides de la sentencia que he dictado contra el Hechicero.

Don Juan Nuñez retiróse del aposento del rey, sintiendo una inquietud extraordinaria por la fuga del nigromante, pues conocia el carácter firme de don Sancho.

Marchó á su estancia, y allí le dejaremos intranquilo hasta la Megada de sus celosos y activos confidentes.

---

## CAPITULO IV.

### LA PALABRA DE HONOR.

Era muy entrada la noche; hora en que alrededor de una brillante chimenea veíanse como en consejo, ó junta secreta, ó cual hoy decimos, en clubs, ciertos poderosos magnates de Castilla.

—No me preguntéis el modo: yo cumpliré según me dictan el honor, mi venganza y aborrecimiento que profeso á ese rey audaz, cuya corona vilmente ha usurpado. No os espante mi resolución: mi propósito es irrevocable.

—Está bien... pero espondeis á un gravísimo riesgo nuestra ilustre causa, y dar podíamos tregua á nuestros justos resentimientos, por ver si en distinto rumbo hallamos la victoria que tan ardientemente apeteecemos.

—Imposible!

—Quizá os engañais.

—Vos sí que os alimentais de ilusiones!

—El rencor ciega vuestra razon.

—Procederé, bajo mi responsabilidad, segun me dicte la conciencia.

Quien así se espresaba no era otro que el altivo conde de Haro, resuelto á proceder contra la persona del rey, á pesar de las reflexiones que el infante don Juan, menos precipitado en aquella ocasion, se permitió presentarle.

Asi conversaban, cuando penetró en el aposento un hombre de talla descomunal, con un traje de guerra, cubriéndose el rostro con una oscura capa, y casi medio caída la visera de su resplandeciente casco.

Por el pronto sorprendiéronse los nobles de la llegada de aquel desconocido.

—Salud! altivos caballeros;—esclamó desembozándose. Aquí teneis á vuestras órdenes á quien todo lo sacrifica en vuestro pró y honra, esponiéndose á cada paso á merecerse en la lúgubre horca, ó á perecer al filo cortante de una daga. El mar se alborota; el viento ruge con violencia; el leon aguza y estiende sus garras, y merced á mi ingenio, ahora consigo salir de ellas, temeroso de que me despedacen: vos sereis mis valedores contra la ira del demonio; vuestro destino será el de este desventurado.

Descubrió el rostro y presentóse á la vista de los nobles Daniel el Hechicero, recientemente huido de la morada del rey don Sancho.

Diéronle asiento, agasajando su vanidad, y á fin de tranquilizarle, prorrumpió el conde de Haro:

—Seais bien venido, sábio Daniel: nada temais entre nosotros: si esta noche destácase triste y sombría, mañana quizás brille un sol magnífico y esplendoroso.

—El Profeta escuche mis ardientes súplicas, y realícese tan feliz augurio, y sonríanos la paz despues de la victoria.

—Y cómo es que abandonais el palacio?—preguntó el infante don Juan al Hechicero.

Refirióles sus sospechas acerca de su futura suerte, en vista de las terribles amenazas de don Sancho.

—Y dónde queda Ludovico?

—No tuve calma para esperar á la luz del nuevo dia, pero me seguirá, pues se halla resuelto á huir tambien, fiándose en vuestro hidalgo carácter é indisputable poderio.

—Perdonad sábio Daniel: habeis estado indiscreto.

—Ludovico debió salir con vos del palacio, ó tener suficiente valor para esperarse á mañana, en la seguridad que inspiran nuestro honor y valimiento. Nos habeis comprometido: temo por la suerte de ese infeliz page, á quien debemos no pocos y escelentes servicios.

—No os apesadumbreis don Juan—dijo el conde—antes del alba tendremos cerca de Alfaro la gente que necesitamos para salir airosos de cualquier lance, por complicado que sea. Os doy palabra de honor, y lo juro puesta la mano sobre mi limpia daga; os juro, que el rey don Sancho sucumbirá y nuestros esfuerzos serán galardonados con la mas esplendente victoria.

Reanimó en demasia á los conjurados la enérgica manifestacion del conde, cuyo juramento intentó cumplir, segun mas adelante se verá, de un modo solemne aunque terrible.

A la sazón anuncióse don Gutierre de Velasco, seguido de algunos caballeros.

Procedía de Haro, cuya fortaleza y villa se le confirieron á Velasco para la defensa, á lo cual accedió el rey por no herir al conde y traerle á su partido.

Para los que no hayan visto aquella notable población de la Rioja, vamos á esponer algunos antecedentes así antiguos como modernos.

Haro, perteneciente á la provincia, está situada entre las alturas llamadas de Santa Lucía por el lado del E., y el castillo por el N., á la orilla derecha del río Ebro, y junto á la desembocadura de los denominados Tiron y Aguilera, unidos: está perfectamente ventilada, y es de saludable clima. Consta en su totalidad de nuevecientas casas, de las cuales trescientas corresponden á la construcción antigua, en las que descuellan las de las familias más nobles y distinguidas.

En la plaza de la Constitución, que tiene un desnivel de cinco piés, y consta de doscientos cuarenta de larga, por ciento cincuenta y cuatro de ancha, existen algunos soporales irregulares, teniendo además la casa-ayuntamiento, que es obra de 178... reinado de Carlos III.

El nombre de la primitiva parroquia de aquella villa fué San Martín, que quedó de ermita desde la fundación de la de San Felices.

A seiscientos pasos de la villa por el lado E., y sobre una meseta ó planicie, hay un cementerio construido en 1852.

En la altura donde está el cementerio existió el antiguo castillo, cercado de sólidas murallas, y con diversas líneas

de fortificacion : perteneció al condestable de Castilla , quien nombraba su alcaide , habiendo pasado despues á la propiedad del señor duque de Frias.

Hoy no se conservan mas que vestigios de algunas espaciosas cuevas , asi como escoriales de hierro que denotan la antigüedad é importancia de aquel fuerte , en el cual hubo un punto notable , *la Jalconera* ; á que se destinaban los delinquentes de poca consideracion.

En otro punto , el mas culminante de la altura , se hallaba situada la ermita de San Felices , que ha desaparecido , y á su falda se estiende la parte antigua de la poblacion , existiendo algunos fragmentos de murallas de siete piés de espesor ; dentro de sus muros se conservó hasta hace pocos años la ermita de Santiago , célebre por su nombradía ; en ella se reunian los nobles é hijos-dalgos el día 26 de Julio de cada año á hacer la eleccion de oficios de su hermandad , cuya ceremonia cesó de verificarse el año de 1850.

Desde muy antiguo se celebra en Haro un mercado el miércoles de cada semana.

El 25 de Junio , se celebra igualmente la fiesta de San Felices como patron y natural de dicha villa.

Tiene 1,447 vecinos.

Oscuro y hasta indespejable es el origen de esta poblacion , pues ni cabe tomarse en cuenta la opinion de los que lo atribuyen á Fernan Lainez , hijo primogénito del famoso Lain Calvo , ni era antes el castillo de Bilibio , del que se tiene mencion coetánea ; ni fué poblada y denominada en 1168 por don Lope Diaz de Haro , como es opinion de algunos.

Existen documentos irrefragables de que por el contrario

estos *Señores de Vizcaya* (los condes de Haro), se honraron con unir á su apellido el nombre de dicha poblacion, la que vino á ser de su *señorío* en 1185, por merced del rey don Alonso VIII de Castilla. Consta por *la escritura de arras* de la reina de Pamplona, doña Estefania, del 28 de Mayo de 1040, en la que se dice espresamente que el rey don García VI, ó el de Nájera, la donna Bilivio *cum Faro et cum sua pertinentia*, que siglo y medio antes del año de 1168, época de la supuesta fundacion, ya existia la villa de Haro.

Consta así mismo que en ella se celebraron varias Córtes.

El escudo de armas de Haro ostenta un castillo entre dos leones que lo escalan.

Haro es patria de eminentes personas: merecen citarse don Gerónimo Velasco, obispo de Oviedo, uno de los que asistieron al concilio de Trento.—El cartujo pintor Leiva.—El M. Risco, de apellido Martínez, digno continuador de la *España Sagrada*, y autor de otras obras históricas muy doctas, y por último, Esteban Agreda, famoso escultor de estuco y mármol, director de la Academia de san Fernando en 1855.

En tan importante poblacion, cuyo nombre, segun queda dicho, honró á los señores de Vizcaya, tenia el conde la seguridad de su porvenir, porque érase en verdad una de sus mas formidables murallas.

Por tal determinó que don Gutierre de Velasco la defendiese, y á su valor y esperiencia fiaba en cualquier eventualidad su triunfo.

El de Velasco, por las tristes nuevas que le transmitió



Nuño Garcés, y por la desconfianza que ya llegó á inspirarle el Hechicero, resolvió ver al conde y mostrarle sus inquietudes.

Aprovechó la oportunidad de su residencia en Alfaro, y á esta villa hubo de arribar en hora interesante, puesto que se celebraba una reunion secreta para departir acerca de los mas graves asuntos de gobierno.

—Loada sea vuestra presencia!—dijo el infante don Juan al de Velasco.

—Habeis tenido acierto en venir sin que se os haya citado: yo me lisonjeo de que vuestras luces contribuirán al logro de nuestras justas esperanzas.

Así se espresó el conde, despues de saludar cariñosamente á don Gutierre, cuya sorpresa fué grande al ver disfrazado en traje de guerra al famoso *Hechicero de la torre del diablo*.

—No estrañeis mi disfraz, noble don Gutierre—dijo el Hechicero—los astros—prosiguió—señalan pasmosos acontecimientos, y mi prevision me dicta que cambie las vestiduras venerables de Astrologo, por la bruñida armadura de un guerrero. Desde ahora soy á vuestro lado, ya que por encanto he conseguido salvar de la afrenta y del martirio.

—Me lisonjea—interrumpió don Gutierre—el veros en nuestra compañía: imaginábame que érais...

—Qué?

—Traidor!

—No por el profeta: blasfemais contra vuestra intencion, don Gutierre: jamás pasó por mi mente la innoble idea de seros desleal y perjuro.

—Dicenme, y á este propósito á vuestra presencia vengo,

que Gonzalo y los que eran en nuestro poder han roto las cadenas que justamente les aprisionaban.

—Cierto—repuso con serenidad el Hechicero.

—Y bien.

—Dudais del conde?

—Nunca.

—Exigid la responsabilidad al alcaide de su fortaleza.

—Es que mi hija...!

—Vuestra hija...

—Hase fugado tambien del castillo, y tamaño ultraje vive el cielo...! que...

—No os inquieteis, don Gutierre: la hermosa Elvira no os ama... el que seduce su espiritu os la ha arrebatado: nadie es culpable; su liviana pasion lo será en todo caso... además que no debéis sentir...

—Daniel! vuestro insolente ademan revela...

—Os equivocais: podeis sin embargo arrojar sobre mi el cúmulo de acusaciones que os plazca; pero yo soy como la firme roca del mar: resistiré los vendavales de vuestra injusta cólera.

Los conjurados oian,\*sía comprender claramente, las alusiones que don Gutierre dirigia al Hechicero; y el conde, herido tambien en su amor propio, repuso de esta suerte al de Velasco:

—Oid, don Gutierre; la fuga del escudero del rey se debe quizá á vos mismo.

—Conde, qué decís?

—La verdad: si vuestra hija no se hubiese acojido á mi fortaleza, dentro de sus muros no hubiéranse albergado esos fantasmas amorosos que merced á sus diabólicos ardides,

consiguieron quebrantar las prisiones, arrebatando á vuestra seductora hija: sentimos vuestro justo enojo y oímos con pesar vuestras querellas. Cercano está el día en que cesen de una vez tantos ultrajes: calmad, pues, ese rencor para lanzarlo pronto contra nuestros sanudos perseguidores; he dado mi palabra de honor, y con mi existencia respondo de cumplirla. Volved á la villa de Haro; la pérdida que lloráis pronto será recobrada: os prometo que nos hemos de vengar con usura.

Los nobles conversaron entre sí acerca de sus planes, y en el interin don Gutierre llamó á un lado al Hechicero, y hubo entre los dos esta conferencia:

—Y no adivináis, á pesar de vuestra sabiduría, el medio de que se han valido para libertar á Gonzalo, y huír con Elvira de la fortaleza?

—No, don Gutierre: el diablo les sugirió algunos ardidés que yo no descubro: creo hayan dado muerte al alcaide, y tal vez algun desleal... se sospecha del pagezuelo Manrique, habrá contribuido á tan escandalosa fuga.

—Y el rey?

—Cada hora mas colérico é inexorable: yo he tenido que huír de palacio: sus amenazas me aterran.

—Y vos confiais en los proyectos del conde?

—Yo, por lo que he podido traslucir, discurren que salen airosos con su empresa: mas si os he de decir lo que siento, debéis partir á la villa de Haro, á cuyos muros iba tambien á refugiarme; ahora iré con mas satisfaccion, puesto que voy en vuestra compañía.

—Me alegraré mucho que os vengais...pero decidme: qué planes son esos del conde?

—Los ignoro; mas deben ser terribles: yo sospecho que el rey...

—Será posible?

—El conde tiene arrojo para cualquier cosa.

—El conde es un insigne campeón de la buena causa: fio en sus juramentos y en su valor heroico.

—Sin embargo... don Gutierre... por si el golpe fracasa... bueno será nos marchemos á la fortaleza de Haro: mirad, y esto es un secreto, que el rey os vá á los alcan- ces... sospecha que fuisteis cómplice cuando cierta cuita en sus juveniles amores... y si de vos se apodera...

—Luz del infierno!

—Lo que oís.

—Somos perdidos... partamos.

—Sí: alejémonos de esta villa que, según todas las se- ñales, vá á ser lugar de tremebundos sucesos!

Don Gutierre comprendió lo crítico de su situación, y resolvió partir á la villa de Haro y declinar toda la res- ponsabilidad en el infante y en el conde.

Sentía hondamente la fuga de Elvira, y un secreto pes- sar le auguraba espantosos males.

Le restaba la incierta esperanza del proyecto del conde, y las esquisitas diligencias que Alvar de Luna estaba prac- ticando para encontrar á la hermosa doncella, y hacer sen- tir á su imprudente raptor el castigo mas repugnante.

Los nobles prosiguieron su conjura contra el rey, an- siando ver la luz del nuevo dia para realizar su audaz pro- yecto.

Don Gutierre de Velasco y el Hechicero Daniel dispo- niáanse á partir hácia la villa de Haro.

## CAPITULO V.

---

### EL REMORDIMIENTO.

El favorito del rey, don Juan Nuñez de Lara, sufría una inquietud cruel al considerar que sus confidentes no tornaban, y el Hechicero había salvado de la sentencia que airadamente el rey había impuesto.

El de Lara temía el instante en que debiera presentarse al rey, á quien no podría disculpar la fuga del Hechicero.

Grave conflicto era para don Juan Nuñez de Lara carecer de noticias relativamente al astrólogo, y en medio de su febril amargura se le ocurrió ver á Gonzalo, y encargarle al punto la arriesgada mision de apresar al Hechicero.

Dirigióse á do estaban los alegres huéspedes saboreando esquisitos manjares á la salud del rey, cuya proteccion bendecían, y habló á solas al valeroso escudero Gonzalo.

—Qué os parece?—dijo el bachiller Roldan, despues que el de Lara y el escudero habian salido del aposento.

—Paréceme,—repuso Alma-negra,—que la cosa no está muy á pedir de boca: ello es, que los palaciegos se mueven, y en verdad que son unos pájaros...

—No critiquemos,—advirtió Manrique—de los que en guarda del rey se mueven, y en pró de nosotros se esmeran...

—Tiene razon,—interrumpió el bachiller Roldan;—palacio es hoy para nosotros *refugium magnum et angelicum!* es decir, la celeste mansión, el dichoso puerto en donde cual tristes náufragos hemos tenido la mas feliz acogida... Bah! no hay cosa como un palacio..! Estoy por un palacio! Bebamos á la salud de palacio! Sí... bebed, amigos, porque al menos aquí no sufrimos inquietudes, ni hambre, ni cansancio. Cuidan de nosotros cual de unos principes.

—Sí, pero aun permanecemos incógnitos, lo cual prueba...

—Prueba, seor Alonso Batalla, que no es conveniente que nos demos á luz todavía... mañana tal vez... y si no... qué perdemos?

—Dice bien, qué perdemos?—interrumpió Alma-negra.—Bebamos á la salud del rey, que es nuestro padre; mi vida le pertenece.

—Lo mismo digo,—añadió el bachiller Roldan;—soy del mismo parecer, aunque cualquiera que nos oiga... sospechará...

—Qué?

—Que nos hemos vuelto cortesanos... es decir... adúladores.

—Podrá ser... pero la gratitud...

—Si, la gratitud es de almas nobles.

—Nosotros somos tan fijo-dalgos como el primero: suponed que...

—Yo no supongo nada... Alonso Batalla.

—Decia, que suponed por un momento que el rey nos enaltace, y nos nombra...

—Lo que es el rey no es tan fiero como lo pintaban: parece muy recto y justo, y un tanto bondadoso: *rex suprema autoritas est.*

—Yo no dudo de que hacemos suerte.

—Aun falta el rabo por desollar,—dijo Manrique.

—Apostaría que esos nobles lo alborotan otra vez, y hay una marimorena de todos los diablos.

—Precisamente, Alma-negra, es lo que yo deseo: asi podríamos ser algo, y prestar un servicio al rey: pero advierto que no vuelve nuestro camarada: sin duda don Juan Nuñez le ha fiado alguna mision grave...

—Es capaz de salir airoso del infierno,—esclamó Alma-negra.—Bebamos porque triunfe de sus enemigos, que son los del rey, como tambien los nuestros..!

A esta sazón entró Gonzalo, y dijo:

—Alonso Batalla, venga vuesaerce conmigo.

Saltó el valeroso jóven con júbilo de su asiento, no dudando que le conducian á estrañas y hazañosas aventuras.

—Vamos todos? hacemos falta?—preguntó Alma-negra.

—Venimos pronto: no hay necesidad: vamos á una mision importante.

—*Celum sit vobis in viam salvationis*: Dios os guie..! les dijo Roldan, y quedaron todos conjetarando de mil maneras la repentina desaparicion de sus compañeros.

La noche iba espirando, pero sus últimas sombras eran densísimas, y un frío glacial, junto con la húmeda neblina procedente de los raudales del famoso Ebro, marcaban la oportunidad mas bella para lances y sorprendentes aventuras.

Tres embozados lléganse á un grupo que se movia lentamente, próximo á la morada del conde.

—Quién vá?—preguntaron los del grupo.

—Beltran!—respondió uno de los embozados.

—Qué ocurre..?

—Venimos de refuerzo: se ha descubierto alguna cosa mas?

—Ya hemos dicho á don Juan Nuñez la llegada de algunos caballeros; el que solo y primeramente penetró, no ha vuelto á salir.

—Pues lo que mas importa es asegurar á ese fantasma. Si yo supiese que en ese palacio se guarecia...

—No, por Dios, Gonzalo: no podemos contravenir á las instrucciones que traemos.

—Lo mejor sería penetrar desde luego, y sacarle de entre esos pícaros y turbulentos cuanto ambiciosos nobles y costesanos.

—Guardaos, seor Alonso Batalla... porque el rey se disgustaria: el Hechicero saldrá, y si no sale... entonces...

—Asaltaremos el palacio, y se le arroja por una ventana.

Habia el favorito comisionado á Gonzalo y á otros dos valientes la mision de traer al Hechicero, pues no veia el modo de aplacar al rey cuando supiese la fuga.

Fueron Gonzalo, Alonso Batalla y un soldado de la



mesnada del rey, á incorporarse á los que de antemano cercaban ya la mansion del conde, á fin de apoderarse del Hechicero, quien indudablemente, como anteriormente se espresa, habiase allí guarecido.

—Venid,—advirtió el escudero del rey;—marchemos por esta parte,—y designó la puerta que habia al extremo de la morada del conde:—por aquí deben salir.

—Ciertamente,—dijo uno de los confidentes de Lara;—los que han venido á caballo, por aquí se introdujeron.

—Pues á dividirse, y á permanecer alerta y silenciosos.

Así lo hicieron: mas antes les advirtió Gonzalo, que hubiesen calma, que no se precipitasen, y que él daría la señal de acometerlos, y designaría oportunamente el sitio.

Trascurrió una hora: por fin se escuchó fuerte rumor en el zaguan del palacio, y rápidamente el escudero del rey, el valeroso Gonzalo, reunió sus camaradas y les dijo:

—Venid: por esta calle deben atravesar: daga en mano y á ellos: antes que puedan huir, deben ser detenidos: si resisten, golpe sobre golpe: vosotros dos habeis de colocaros en esta entrada, y con las lanzas herir como os sea posible á los caballos: tú, Beltran, quédate con este en la esquina del palacio: si sale alguno á pié, deténle, pues no será otro que el Hechicero.

Distribuyó sus fuerzas, y á cada cual fué designando el sitio conveniente.

Salieron de la casa del conde don Gutierre, dos nobles amigos suyos y el Hechicero, que iba tambien á caballo.

Al penetrar por una estrecha calle asaltáronles con furia Gonzalo y sus compañeros, quienes merced á su agilidad y arrojo hirieron á dos caballos, el uno el que montaba

don Gutierre, y el otro uno de sus amigos, los cuales cayeron en tierra, heridos mas por la sorpresa, que por los golpes de sus desconocidos adversarios.

El Hechicero, bien fuese por la velocidad de su corcel, ora por su serenidad, logró salir por el pronto fuera del peligro, mas el caballo se desbocó y con grande estrépito lanzó al espantado astrólogo.

Gonzalo escapó en pos del Hechicero, sin saber quién era, y cuando oyó la caída del caballo, imaginóse que el ginete sucumbiría del golpe.

Encaminóse hácia aquella parte, ínterin Beltran y Alonso Batalla conducian al palacio del rey á don Gutierre y á uno de sus amigos.

Don Juan Nuñez de Lara sintió extraordinario júbilo cuando se anunciaron, mas decayó su alegría al ver que no presentaban al Hechicero.

El de Lara disculpóse cortesmente con don Gutierre de Velasco, asegurándole que no era su intento que se apoderasen de su persona, y sí de las de algunos malhechores, de los cuales habia tenido desagradables noticias.

Sin embargo, rogó que tuviese la paciencia de esperar la llegada del día, y que no dudaba de la satisfaccion del rey cuando supiese que por un triste é imprevisto suceso habia pasado la noche en el palacio.

El favorito declinó en el rey toda le responsabilidad futura, y se lisonjeó mucho del arresto de don Gutierre de Velasco.

Este, de carácter suspicaz y violento, sufrió gran amargura de verse ante el rey, pues conforme á las misteriosas palabras del Hechicero, presentia funestas consecuencias.

La luz matinal rielaba en el horizonte.

El favorito del rey, viendo la tardanza de Gonzalo, y la no aparición del Hechicero, experimentaba una acerba congoja, ignorando cómo salir de aquel triste conflicto.

Antes de la hora de costumbre, muy de mañana, llamó el rey don Sancho y le dijo:

—Y bien, Lara, qué ha ocurrido durante la noche?

—Deseoso de cumplir fielmente las órdenes de vuestra alteza, no he cerrado mis ojos, mas por una parte siento manifestaros que el astrólogo huyó de palacio y fué, según mis confidentes á refugiarse al del conde, del cual aun no ha salido: le vigilan, y no dudo que estará pronto á vuestra presencia.

—Larà! de qué suerte ha podido fugarse el Hechicero?

—Tranquilizaos, señor... Ludovico favoreció su criminal osadía.

—Y Ludovico?

—Preso: ha revelado su complicidad, y la inicua trama del infante y del conde.

—Cielos!

—Lo que oye vuestra alteza: los rebeldes aparentando están hipócritamente sumision y afecto... mas sus intenciones realmente son desleales y siniestras: á propósito he adoptado las oportunas medidas para frustrar sus indignos y diabólicos planes: al tiempo que hoy se celebre el consejo se redoblará la vigilancia, y á la menor señal... caeremos sobre los culpables: permitidme que no me aleje de vuestro lado.

El rey púsose frenético, y protestó que pronto escarmenaría á los ambiciosos magnates.

—Sabed, señor—esclamó el de Lara, que anoche, cuando acechaban mis confidentes la salida del Hechicero, por una equivocacion se apoderaron del viejo don Gutierre, y traéronle á vuestra real morada.

—Y dónde está? qué dice?

—Me disculpé lo mejor que supe, y prestando que deseábais verle, conseguí se quedara en palacio.

—Conducidle á mi presencia y despues retiraos: quiero que empiece á sufrir una espiacion terrible. Llamadle.

Don Gutierre de Velasco sentia la vista del rey, acosado sin duda por un triste remordimiento.

Aventuras, que él solo supo ocasionar por su ambicion, traíanle á la memoria lances indignos, y el recuerdo de su deslealtad infundíale pavorosos temores, desgarradoras sóspechas.

El remordimiento, apesar de que no estaba arrepentido, producía en su alma una inquietud inesplicable.

Presentado al rey, que le recibió de una manera fria, y con un rostro encendido de justa y grave cólera, comprendió don Gutierre que se eclipsaba su estrella, y hallábase ante don Sancho, severo é iracundo, cual un criminal, como un reo ante un juez de rectitud enérgica é inflexible.

—Cómo es que no habeis venido á saludarme?—preguntó con gravedad don Sancho.

—Señor... temeroso de produciros disgusto....

—Despues de la sumision que me ofrecias, era natural que vinieses á mi presencia: no hay disculpa, como no hay arrepentimiento: fingiste lealtad, y llegas á esta villa cubierto de las sombras de la noche, y te introduces sigilo-

samente en donde acaso estaban mis injustos calumniadores.

—Señor... perdonad... mis deseos, mi único fervor es que terminen aciagas contiendas, y que brille vuestro régio trono con magestad y grandeza.

—Sin duda á este fin estuvisteis anoche reunidos.

—Así fué ciertamente.

—No tardaré en convencerme de la sinceridad que encierran tus palabras.

—Todos suspiran por la quietud, y hacen votos por vuestro feliz reinado.

—Se conoce: yo tambien suspiro por la paz, mas sinceramente que ciertos ambiciosos.

—Plegue al cielo lo consigais.

—Confio en asegurarla muy pronto.

—A ello contribuiré... si... juzgais...

—No: gracias: me baste yo solo para confundir y anonadar á los culpables, cuya tremenda hora ha sonado.

Ni un puñal que hubiese caido en lo profundo del corazon de don Gutierre, hubiérale causado mas dolor que las palabras del rey, cuya faz estaba sombría y espantosamente amenazadora y horrible.

Don Gutierre de Velasco, á quien secretamente aquejaba hondo remordimiento, creyó llegar su última hora, y palideció cual si se hallase en el postrer período de su agonía.

El rey le contemplaba, gozándose interiormente de su amargura.

Don Gutierre era uno de los magnates mas ambiciosos y turbulentos de aquella época.

—No tenias una hermosa hija—preguntóle el rey en un tono que heló la vetusta sangre de don Gutierre.

—Ciertamente... señor, la tengo.

—Y dónde se encuentra?

—Una triste desgracia... el deseo de que permaneciese á salvo de impuros adoradores, me indujo á ocultar su hermosura en la fortaleza del noble conde de Haro, y de allí parece ser que un vil raptor la arrebató para causar mi eterna pesadumbre.

—Lo sé todo.

—Vuestra piedad... señor... reclamo... no para mí...

—Vuestra hija será feliz: mi poder es ya su escudo.

—Ese villano seductor...

—Te equivocas...

—Por ventura, sabeis...

—Tengo los mas honrosos antecedentes de su jóven amante, mas como no es de vuestro bando...

—Señor... os engañan... es un aventurero... un...

—Es de corazon mas noble que otros que alardean ó blasonan pomposamente de hidalgos, sin tener otra nobleza, que la de sus escudos y blasones.

—Respeto vuestro juicio.

—Es la verdad, y de ello estoy tristemente penetrado.

—Cuando vos lo asegurais...

—Y tú, cual otros muchos, tienes claras y muy recientes pruebas.

—Yo... siempre...

—Os conozco á todos, y á cada uno daré la recompensa y galardón que se merece.

El de Velasco estaba sufriendo un indecible martirio:

el rey no deponia de su dignidad y severo tono: cada una de sus palabras era un agudo puñal que desgarraba el pecho del ambicioso y suspicaz don Gutierre.

—Puedes retirarte—dijole el rey—tu hija está bajo mi real amparo: su amante es un jóven digno y caballero: confía en que serán felices.

—Señor... mi palabra...

—Y la mia?

—Es venerable para mí... empero yo la he dado ha larga tiempo á un garrido mancebo, de ilustre alcurnia, de hechos brillantes... y...

—Tambien Rodrigo de Aguilera es hidalgo, y además tiene ya un título.

—Oidme... señor... ese enlace...

—Está acordado.

—Será imposible.

—Lo exijo yo.

—Podria impedirlo...

—No hay obstáculo que mi voluntad resista: únicamente si yo estuviera convencido de tu leal proceder...

—Señor... os juro...

—He oido tantos falsos juramentos..!

—El que ahora pronuncio...

—Será como el de tantos otros: mas no me refiero que desde hoy me sirvas, cual debes con religiosa fidelidad; quiero decir, que si tú me revelases el secreto de cierta desdichada aventura allá en mis juveniles años.

—Sospechais que yo hubiese podido ser cómplice en ella?

—Y lo imagino con fundamento.

—Os han engañado: quizá ese astrólogo, ese vil judío... ese Hechicero...

—Daniel?

—El mismo.

—Pues qué le conoces?

—Por mi desgracia.

Don Gutierre sospechó que el nigromante habíale sido traidor.

—Ignoraba que le conocieses.

—Me temo que os haya engañado.

—Padeces un error.

—Lo juro.

—No jures en falso: dime si recuerdas quién fué el villano y desleal que burló mi confianza, é hizo víctima á una muger hermosa y de virtud angélica.

—Señor... no recuerdo... ni yo supe...

—Esa vacilacion me revela tu infame complicidad: marcha: no quiero verte, ni oírte: vete: si te asalta el remordimiento... si eres capaz de arrepentirte... confíesalo á Nuñez de Lara, y en vista de tus revelaciones procederé á lo que te juzgue acreedor por tu conducta: despeja: tu faz es la imagen de mis infortunios.

Apareció el favorito, y el rey le comunicó esta orden.

—Lara; conduce á Velasco á un sitio en donde nadie le hable, ni le vea, y lo mismo al caballero que le acompañaba, pero separados.

El favorito condujo á una de las habitaciones del palacio á don Gutierre, quien solo, empezó á desesperarse de tal suerte, que hubo de sentir un vehemente delirio.



Le remordia su conciencia, causábale hondo disgusto la memoria de sus pasadas intrigas, si bien de vez en cuando un vislumbre de esperanza en los proyectos del conde y del infante venia á mitigar sus acerbaciones.

## CAPITULO VI.

---

### LA VENGANZA.

---

Despues de haber penetrado Jorge en el molino, y en su compañía los peones que mandó el rey en busca de Elvira, calmóse la refriega, y algunos ballesteros, entre otros Fortun, cobarde y supersticioso, uniéronse al partido de don Sancho, y celebraron con júbilo su victoria.

Rodrigo de Aguilera, Jorge, Elvira y los soldados partieron en seguida á presentarse al rey, que como se ha dicho, se hallaba en la villa de Alfaro, habiendo el jóven Alvar de Luna, rival de Aguilera, viendo infructuosos sus afanes por descubrir á los fugitivos, habiendo, repetimos, abandonado la fortaleza del conde, y dirigiéndose rápidamente á la de Haro, en la cual se prometia encontrar á don Gutierre, y referirle su imponderable desventura.

Sombrio y taciturno amaneció el rey don Sancho, á quien su favorito don Juan Nuñez de Lara apenas se atrevió á manifestarle la desaparicion del Hechicero y de Gonzalo, cuya suerte ignoraba, por lo que era grande su inquietud é indecible el temor que sentia, no dudando que el rey á impulsos de su carácter violento, procederia quizás tambien contra él, sin tomar en cuenta su lealtad y privanza.

Llegó la hora del consejo.

El infante don Juan y el conde de Haro desconocian la suerte de don Gutierre de Velasco y del Hechicero, y cada cual sumergidos en sus profundos pensamientos, enderezáronse á la solemne Junta que habia de resolver las árduas cuestiones en que los magnates y el rey hallábanse divididos.

El objeto de la reunion era si resultaba mas conveniente la pleitesía del rey de Aragon, que la del rey de Francia.

A tan notable y trascendental Consejo concurrieron el infante don Juan; el conde don Lope Diaz de Haro, Señor de Vizcaya; don Diego Lopez de Campos; don Alonso, hermano de la reina; don Juan Alonso de Haro; Gonzalo Gomez de Manzanedo; otra multitud de ricos-hombres y caballeros, y por último, el Arzobispo de Toledo, los Obispos de Palencia, Osma, Calahorra, Tuy, juntamente con el Dean de Sevilla, que era notario mayor de los reinos.

El rey quiso dar á tan importante acto la magestad que requería, pero así mismo todo el lleno de imparcialidad y de justicia conveniente, para que en ningun tiempo se censurase su intencion, y que el reino viese en aquel proceder de parte de los que estaba la culpa, una vez que don Sancho accedió á esta formalidad en obsequio de la concordia,

y por deseos de que cesasen las espantosas revueltas de los implacables bandos de Castilla.

Mas secretamente el rey don Sancho anhelaba una solemne ocasion, en la qual pudiese reprimir enérgicamente los abusos y la insolencia de los ambiciosos nobles y magnates, y decirles rostro á rostro la responsabilidad de las periurbaciones que promovian y el estado de inquietud que por su causa experimentaba el reino.

Estando en estos debates, se salió el rey del consejo, diciéndoles que acordasen lo que creyesen mas conveniente, pues luego volveria á saber el resultado; y á breve rato volvió y les dijo desde la puerta: *Habedes ya acordado?* Le contestaron que entrase y se lo dirian, á lo cual les dijo el rey: *Ayna lo acordastes, pues yo con otro acuerdo vengo, y es que vos ambos finquedes aqui conmigo hasta que me dedes mis castillos.* A estas palabras el conde don Lope sacó un gran cuchillo y se dirigió al rey con ademan de herirle, lo cual impidieron los caballeros del rey dando una cuchillada á don Lope que le cortó la mano que llevaba el cuchillo, recibiendo despues un golpe de maza en la cabeza que le dejó muerto. (1) El infante don Juan acometió con otro cuchillo á Gonzalo Gomez Manzanedo, y le descargó tambien furiosos golpes que los sufrió por ser hermano del rey. Este, despues de reprender á Diego Lopez de Campos por el daño que habia hecho en sus correrías, le dió con una espada en la cabeza tres golpes, de que rodó muerto; y lo mismo hubiera ejecutado con el infante don Juan, á no habérselo impedido

(1) Histórico.

algunos caballeros, y sobre todo los R. Prelados. El infante quedó sin embargo preso.

Fué universal el terror que se apoderó de los concurrentes al Consejo, pues nadie sabía la venganza que por su mano intentaba tomar el rey, á pesar de que algunos se lo imaginaron, atendida la extrema violencia de su carácter.

El conde de Haro se rebeló por sus cómplices, llevó á la Junta el audaz proyecto, que merced á la serenidad del rey no pudo realizar su furibunda rabia.

El conde espío, aunque cruelmente, y fuera de la ley, sus criminales tentativas, dejando por de pronto aterrados á sus amigos aquel inesperado acontecimiento.

Inexplicable fué el desorden que produjo en el ánimo de los concurrentes así la audacia del conde, como el enérgico proceder de don Sancho.

Todos vinieron á dar la razon al monarca, disculpando sus excesos y demasias en el ejercicio de su autoridad suprema.

Al propio tiempo los nobles evidenciaron su ambicion desmesurada, y nadie dudó de que el conde de Haro hubiese urdido con ellos la inicua trama de asesinar al rey en medio de la solemne ceremonia del consejo.

Inmediatamente dió órdenes el rey de que sus huestes se hallasen prontas para emprender una batida general contra los partidarios del conde y del infante, quedando éste arrestado como cómplice del proyecto, que llenó de indignacion hasta sus mismos parciales.

El reino debía sufrir, como consecuencia de aquel grave accidente un trastorno general, y don Sancho se resolvió á combatir á sus enemigos, sin darles tregua ni respiro al-

guno, á fin de aniquilar de una vez á los ambiciosos promovedores de tan escandalosas intrigas.

Por el pronto, el rey don Sancho se deshizo de dos terribles adversarios.

Vengó en la muerte del conde de Haro, Señor de Vizcaya, los ultrajes que continuamente habia recibido, y si bien era de temer que su hijo don Diego Lopez de Haro, tomase acta del tremendo castigo del conde, y se dispusiese, como por último lo hizo, á levantar pendones en sus fortalezas y villas, el rey se anticipó, como veremos, con prevision y acertadas disposiciones.

El arresto del infante era tambien de favorable trascendencia; pues siendo acaudillador de numerosa hueste, y de un genio audaz y descontentadizo, con su desaparicion privábanse infinitos ambiciosos de su poderosa influencia.

El primer fuerte que cayó en poder de don Sancho fué el de Treviño, fortaleza del conde: el rey pasó á Logroño, y en su compañía, sufriendo su arresto, don Gutierrez de Velasco.

No habia parecido el Hechicero ni Gonzalo, que en su busca se precipitó la noche que precedió á la celebracion del consejo.

La ausencia de Gonzalo inquietaba extraordinariamente á don Juan Nuñez de Lara, y no menos al rey, pues comprendia que su escudero le era necesario en tan criticas circunstancias.

---

## CAPITULO VII.

---

### LOS DOS AMANTES.

El rey llegó á Logroño, y desde allí dispuso las convenientes y acertadas medidas para combatir á los que aun permanecian contra su autoridad rebeldes.

El favorito, cuyo corazon latia de gozo al contemplar vencidos á sus rivales, y por consiguiente segura su prianza, presentóse al rey y le dijo :

—Señor, permitidme os comunique una satisfactoria nueva.

—Hablad.

—El fuerte de Treviño es en poder de nuestros leales.

—Bien : faltan aun todas las villas y castillos que poseen indebidamente los turbulentos magnates, cuya soberbia es preciso abatir para siempre. Adopta las disposiciones nece-

sarias para trasladarnos dentro de tres días á la villa de Haro, que quiero en persona derrumbar ese soberbio muro, cuyo estandarle parece aun que quiere ultrajar mi dignidad y mis derechos.

—Allí está la flor de parciales del conde, entre otros el mancebo don Hernando Alvar de Luna, prometido esposo de Elvira: de esa infeliz cuanto seductora doncella, á quien ya teneis dentro de vuestro alcázar, esperando vuestra venia para rendiros gratitud y pleito homenaje.

—Ha llegado?

—Apenas habia oscurecido.

—Y el trovador?

—Vino en su compañía.

—Y qué te han referido?

—Mil desventuras.

—Se habrán gozado en la adversidad del conde su verdugo?

—Le maldicen, señor; así como á vuestra alteza rinden admiracion y respeto.

—Que entren.

Habían llegado felizmente á Logroño la desventurada Elvira y el incomparable Rodrigo de Aguilera, quien antes de ver al rey saludó con entusiasmo al bachiller Roldan y sus compañeros, dando muestras de profundo pesar por ignorarse el paradero y la suerte del valeroso Gonzalo.

Al penetrar Elvira, y en pos Rodrigo, en la estancia real, quedó don Sancho como sobrecogido de una dulce y al mismo tiempo melancólica sorpresa.

Causóle viva emocion la peregrina faz de la doncella, y un súbito recuerdo hirió agradablemente su alma.



De cualquier modo, aquella favorable circunstancia predispuso al rey en pró de los infortunados amantes, quienes de hinojos rogaban al hijo ilustre de Alfonso el Sabio se dignase admitir los votos de su gratitud sincera y eterna.

—Alzad...—interrumpióles el rey, un tanto conmovido.

Aguilera narró brevemente la penosa y larga serie de quebrantos sufridos en la fortaleza del conde, y el casi milagroso éxito de los planes de Manrique, del bachiller Roldán y sus esforzados camaradas.

—Por dicha vuestra—observó el rey;—terminaron ya los infortunios que injustamente sufrierais: de hoy mi poderoso amparo es con vosotros, y mis generosas mercedes premiarán vuestra lealtad y heroico sufrimiento.

—Una gracia... señor... me atrevo á implorar de vuestra clemencia:—prorumpió Elvira sollozando.

—Si es la que sospecho,—interrumpió gravemente el rey,—tendré el pesar de no complaceros.

—Señor... compadeceos de un anciano;—insistió Elvira.

—Jamás se compadeció el de mis aflicciones, así como no se apiadó de vuestra inocencia: don Gutierre de Velasco es un cruel perseguidor de la virtud, un rebelde, un constante agitador de los ambiciosos contra mi autoridad y el buen nombre de Castilla. No implores en este sentido mi clemencia, hermosa Elvira: ni aun merece que de tus peregrinos ojos broten lágrimas de compasión y de ternura, cuando tanto lloro te hizo verter con sus crueldades.

—Es un anciano, y su lealtad al conde...

—La ambición cegó su entendimiento: su edad debió ponerle á salvo de las escandalosas turbulencias con que por largo tiempo han conmovido á Castilla. El reino todo

le sentencia: yo escucho su demanda, y el de Velasco no tendrá mas remedio que sufrir el castigo á que tan acreedor se ha hecho. Y tú, qué merced exiges, Aguilera?

—Señor... combatir do quier que sea necesario contra la ambicion de esos magnates, que cada cual intenta ser un rey, menospreciando vuestra autoridad y los derechos de vuestro pueblo.

—Y nada mas..?

—Me doy por satisfecho con la gloria que adquirir pueda combatiendo al par de vuestro invencible estandarte.

—Irás conmigo á la villa de Haro, y despues la bendicion nupcial unirá para siempre tu constante amor con el de Elvira, desde hoy condesa de *Flor de Lirio*, en premio de su fé y de sus angelicales virtudes.

Condesa de *Flor de Lirio*: este título envaneció á los dos amantes, que cayeron á los piés de don Sancho vertiendo un raudal de lágrimas que producía el mas profundo reconocimiento.

El rey conmovido, mandó retirar á los afortunados y futuros esposos, encargando al de Lara que volviese luego que los dejase en sus correspondientes habitaciones, con la servidumbre y aparato que su nueva posición exigía.

Tornó el favorito, y díjole don Sancho:

—Qué te parece Lara?

—Señor... son acreedores á vuestro real amparo y generosas mercedes.

—No ves cuál se asemeja la faz de la doncella á la de...

—Quizá...! Señor... mas yo no advierto... esa semejanza...

—Serán mis ojos, Nuñez: me complazco en verla.

—Debeis, señor, por vuestra importante salud... olvidar.

—Ese recuerde... Lara... reanima mi espíritu, atribulado por tantas maldades con que le afligen los ambiciosos.

—Y su alteza, nuestra virtuosa reina... podría sospechar indebidamente de vuestra afición á esa infeliz y candorosa beldad.

—No es posible.

—Reflexionad lo que es la corte.

—Desprecio sus intrigas, y castigaré sus embustes y calumnias. Vé y di al de Velasco la llegada de su hija, el título con que la he enaltecido, y mi intencion de que se una ante los altares con el trovador, hoy alférez de mi mesnada; con el honrado y leal Rodrigo de Aguilera.

—Ved, señor, lo que determinais: justo es que premiéis la virtud de esa doncella y la lealtad de ese bizarro mancebo: mas su presencia en palacio podría ser causa...

—De que la censurasen los envidiosos.

El rey pronunció secamente estas palabras, y retiró la vista del favorito, como diciéndole que le ofendía y se retirase.

A los pocos dias, don Juan Nuñez de Lara experimentó agudos celos en el apasionado favor que se dignaba dispensar á Rodrigo de Aguilera, cuyas trovas y narraciones le encantaron; y no menos la dulzura, virtud y resignacion de Elvira, á quien constantemente distinguía, exigiendo que permaneciese á su real presencia.

Tan deferente distincion, tan cariñosa acogida, dió al punto el resultado que era de temer, atendido el espíritu de envidia; á ese lujo de oscuras maniobras que los intri-gantes manifestaban en los palacios.

El favorito Nuñez de Lara dió secreto aviso á la reina, quien de un modo grave y digno hubo de ostentarse un tanto alarmada, pero no resentida.

Aguilera creyó en la sinceridad de don Sancho, aunque no faltó quien le advirtiese de las supuestas poco decentes intenciones del monarca.

El trovador no quiso hacerle la injuria de sospechar siniestramente de su hidalguia, y confió desde luego en su rectitud y desinteresado apoyo.

Elvira, por el contrario, experimentaba interiormente una terrible pena: las caricias del rey sublevaron su candor, y llegó á imaginarse que don Sancho habíase de ella perdidamente enamorado.

El favorito don Juan Nuñez temia por su privanza, y empezó á urdir trascendentales intrigas con el objeto de ver si derrocaba el favor que, á pesar suyo, disfrutaban los ya venturosos amantes.

Don Gutierre de Velasco, á quien el de Lara dió parte de lo que acaecía, oyó impasible la narracion de aquel suceso, y por no proporcionar al rey la menor satisfaccion, encerróse en una absoluta reserva, acreciendo mas y mas su insolente orgullo.

Ansiaba la hora de terminar su amargura, y á este fin irritó el carácter del rey con su soberbia y vanidad ridicula.

Don Sancho, por verle padecer, prolongaba su martirio, pues habia resuelto que presenciase la boda de su hija con Aguilera, sin perjucio de castigarle despues conforme á su deslealtad y delitos.

Dió el rey la orden de marchar á la villa de Haro.

Elvira quedó en el alcázar cuidadosamente asistida, y cual la reina, de todos respetada.

Rodrigo de Aguilera fué nombrado alférez de la guardia del rey.

El bachiller Roldan, poco afecto á las armas, marchóse por recomendacion de don Sancho con el obispo de Calahorra, á continuar sus interrumpidos estudios eclesiásticos.

Los demás compañeros tomaron plaza en las huestes, muy orgullosos de contemplarse hombres de armas, sin otros merecimientos que su bizarría, y la decision y noble rasgo en salvar á los infelices cautivos de la fortaleza del conde.

EL ESCUDO DEL REY.

Preparóse una numerosa y aguerada hueste, y el rey don Sancho á su cabeza, la encaminó hácia la importante villa de Haro. ~~El conde de Haro, que se hallaba en el campo de batalla, se retiró hácia el castro de Haro, y se defendió con valor. Pero el rey don Sancho, que era natural de Haro, y se acordaba de su patria, se adelantó á las armas del rey don Sancho. Este vino en gloria y el triunfo de su ejército en su poder. La villa de Haro, en cuya fortaleza albergó hácia la mejor parte del conde, y venia á ser en cierto modo la esperanza de sus aliados.~~

Entre otros batallas de la villa, contábase el lugar

## CAPITULO VIII.

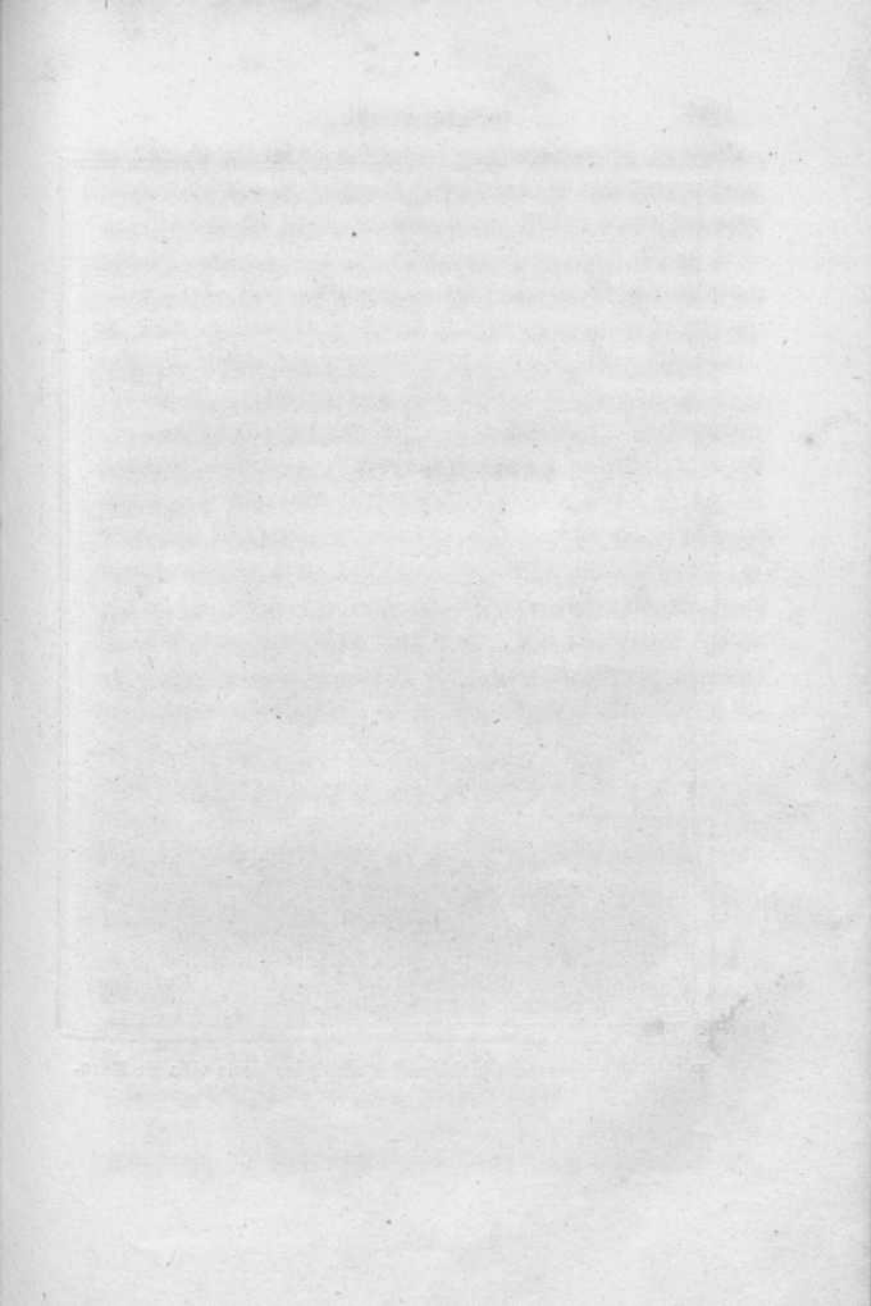
### EL ESCUDERO DEL REY

Preparóse una numerosa y aguerrida hueste, y el rey don Sancho á su cabeza, la encaminó hácia la importante villa de Haro.

Guarnecian los muros esforzados paladines, parciales todos del difunto conde, señor de Vizcaya, de cuya muerte, como era natural, juraron vengarse y sucumbir antes que rendirse á las armas del rey don Sancho.

Este cifró su gloria y el triunfo de su porvenir en avasallar á los de Haro, en cuya fortaleza albergábase la mejor gente del conde, y venia á ser en cierto modo la esperanza de sus adictos.

Entre otros defensores de la villa, contábase el jóven





Estalló una espantosa lucha en los arrabales de la villa de Haro.



don Hernando Alvar de Luna, rival de Rodrigo de Aguilera, cuya muerte habia jurado, ardiendo en celos y en implacable ódio por verle favorecido del rey, é igualmente próximo á unirse con la seductora é idolatrada Elvira.

Condujo la hueste de don Sancho toda clase de pertrechos de guerra para batir los muros de Haro, si es que sus defensores intentaban una tenaz y porfiada resistencia.

Así fué en efecto: largas horas de combate, pero un combate sangriento, costóles penetrar algunos pasos en los arrabales, en donde estalló una espantosa y descomunal batalla.

Veíase al bravo rey don Sancho en los sitios de mas riesgo, y á su lado al trovador Rodrigo de Aguilera; quien por hacerse buen lugar en el concepto del monarca y de sus guerreros, luchó esforzadamente, cual no era de esperar de un cantor errante, cuyas inspiraciones y costumbres estaban diametralmente opuestas á las rudas y feroces usanzas de los combates.

Récia fué la pelea, y ya terminaba en contra de don Sancho, quien desplegó todo su genio é indómita bravura, cuando hácia un extremo de los arrabales en donde el rey combatia, y á su lado Rodrigo de Aguilera, cargó impetuosamente un tropel de peones y de ginetes, capitaneados por Hernando Alvar de Luna, y uno de ellos iba á descargar un tremebundo golpe de maza al rey, cuando se apareció á su espalda, súbito como el rayo, un guerrero, que le derribó de una furiosa sacudida, partiéndole el casco el cortante y vigoroso empuje de su espada.

El rey salvó de una muerte cierta, y cuando quiso ir hácia su intrépido libertador, este habia desaparecido,

yendo á galope hácia la parte ó sitio en donde peleaba desesperadamente Rodrigo de Aguilera, á quien un grupo tenia cercado, y á impulsos de su furor y de sus celos iba traidoramente á herirle su rival Alvar de Luna.

Cuando llegó el misterioso y temible guerrero, merced á sus rícos golpes, se introdujo la confusion, y Alvar de Luna desapareció, dejando en mal estado á su rival Rodrigo de Aguilera, y en el suelo á la mayor parte de los combatientes.

La victoria sonrió al rey don Sancho, quien con viva ansiedad buscó, aunque por el pronto inútilmente, al desconocido guerrero, cuyo trage era de distinguida alcurnia, porque sus arreos eran de bruñido acero y su poderosa espada refulgente cual una centella.

Buscábale el rey para premiarle, pues á su esfuerzo sin par debióse aquel renombrado triunfo.

La Historia dice: «pasó á Haro, y tomando el arrabal le defendieron muy bizarramente los que dentro estaban; pero fué tan fuerte el ataque de las tropas de don Sancho, que al fin le entregaron la villa.»

Cesó el combate, calmóse el estruendoso crugir de las armas, el ardiente escarceo de los caballos, los lamentos de los infelices heridos, y el rey entregóse á la satisfacción de aquella memorable victoria.

Un tanto anubló su contento la noticia de haber resultado, aunque levemente herido, el trovador Rodrigo de Aguilera, cuyos hechos de apostura y de bizarría no se cansaba de elogiar aquel rey victorioso y afortunado en multitud de sangrientas lides.

Hallábase recibiendo los parabienes de los mas bravos

campeones de su ejército, cuando aparecióse un guerrero, y al verle, exclamó el rey lleno de júbilo:

—Ved aquí al que ha contribuido poderosamente á la victoria.

El adalid habíase inclinado ante el rey, quien luego que alzó la visera, reconoció en el supuesto infanzon, al incomparable Gonzalo, á su leal escudero.

—Y cómo con este traje, y con tan rica armadura?

—A vos solo, señor, referiré la causa de que me veáis transformado en un apuesto doncel de la nobleza castellana.

Mandó el rey que despejasen, y retiráronse todos, celebrando mucho la aparición sorprendente de Gonzalo.

—Señor—dijo con orgullo el escudero—estoy rebosando de alegría al contemplar vuestro triunfo, y viendo por tierra á los ambiciosos cortesanos que sin respeto á vuestra autoridad han traído en revueltas á los infelices y leales súbditos.

—Yo también, Gonzalo, doy á Dios fervientes gracias por verme libre de los impuros rebeldes que tantas desventuras han derramado sobre mi reino. Mas de qué modo has podido hacerte con un traje tan esplendente? Y cuál fué la causa de tu ignorada ausencia?

—Señor... mi afán por servirlos me llevó hasta el ostremo de correr una singular y sorprendente aventura. La noche que por disposición de don Juan Nuñez de Lara salí en busca del Hechicero, juré no tornar á vuestra presencia sin haber realizado mi intento.

—Y no lo conseguiste?

—Dignaos oirme, señor: cuando los nobles salieron de la casa del difunto conde de Haro, iba entre ellos el nigro-

manle, con esta armadura y en un fogoso alazan que hubiera sido imposible cojer porque era tan velez como el viento y fuerte como una roca.

Merced á la oscuridad de la noche, y á que el Hechicero no debia ser un hábil ginete, el caballo se desbocó, yendo á dar contra uno de los postes de una casa, fuera ya de la poblacion, en cuyo sitio le encontré rebentado, y echando un raudal de sangre por la boca y por las narices.

Pero el ginete no se hallaba allí, é inútilmente anduve toda la noche en su busca, pues por sitio alguno parecia.

Como el corcél estaba á orillas del Ebro, desconfié de encontrar al nigromante, imaginando que hubiese caido en el fondo del rio.

Corrí largo espacio de la ribera sin dar con el maldicido Hechicero.

El alba comenzó á difundir sus resplandores cuando divisé una solitaria cabaña, y hácia ella encaminé mis pasos.

Sus huéspedes eran unos infelices pescadores á quienes ya tenia seducidos con sus brillantes promesas el Hechicero, y disponíanse á libertarle de todo contratiempo.

Llegué á la puerta, y resistian á franquearme la entrada.

Por último, di un recio golpe, y salió el pescador, en cuyo rostro, iluminado ya por los primeros rayos del dia, conocí que no estaba tranquilo, y que era sabedor de lo que averiguar me interesaba.

Preguntéle si horas antes habiase refugiado alguno en su cabaña, ó si habíanse aparecido por allí algunos hombres de guerra.

Repúsome que á nadie hubo visto ni oido, y pretestan-

do deseos de descansar, penetré en la humilde choza, y como era tan pequeña, no tardé en descubrir por entre los pliegues de un tapiz que cerraba la entrada de un dormitorio, la resplandiente armadura del Hechicero, á quien al pronto no conocí, puesto que el traje de modo alguno le correspondía, ni con él ciertamente yo le imaginaba.

—Salté del asiento, y con velocidad puseme á dos pasos del desconocido, quien con espada en mano resistió mis primeros golpes, mas amenazándole con pegar fuego á la cabaña, hubo al fin de rendirse, y darme á conocer su disfraz y la causa de su espantosa fuga.

Le obligué á despojarse de los arreos que llevaba, y amenazándole con una muerte cierta, empezó traidoramente á rogar que no os lo presentase, que le dejara ir á su tierra, revelándome antes cosas de gran interés para vuestra alteza.

—Y le has dejado marchar? Voto á Lucifer!!

—No, señor: con los diablos estará á estas horas.

—Le diste muerte?

—Yo? No, señor.

—Pues entonces...

—Perdonad y oídme: díjome que don Gutierre de Velasco es el causante de no se qué diabluras contra vuestra alteza.

—Sí!

—Lo que os digo, señor.

—Lo sospechaba!

—Contóme la inicua madeja que habían urdido los magnates, y que vos, señor, habeis con aplauso de todo el reino estado oportunamente; y además que si le perdonaba,

me daría las señas en donde podría hallar un tesoro, y dentro de una arquita de plata algunos papeles y ricas joyas que un tiempo habían á vuestra alteza pertenecido.

—Será posible!

—Lo que ois.

—Despacha.

—Yo, á la verdad, no me fié mucho en sus revelaciones; sin embargo, exigi me señalase bien el sitio en donde se ocultaban los papeles y joyas que decía: despues que húbome esplicado bien el parage, le di un golpe en la cabeza, le arrastré de la cabaña y le arrojé á lo profundo del Ebro.

—Gonzalo!

—Señor...

—Hiciste mal.

—No me fiaba de sus fingidas súplicas.

—Y los secretos?

—Parte de ellos tuve la suerte de hallar.

—Luego fuiste al sitio...

—Cerca de Burgos: en las ruinas de un fuerte he registrado anchurosas cavernas, y solo encontré, donde me designó el brujo, un cofrecito que guardo para entregar á vuestra alteza, mas no es la cajita de plata que segun Daniel encerraba interesantes secretos para vuestra alteza.

—Y nadie sabe tu aventura?

—Nadie.

—Ni don Juan Nuñez de Lara?

—Tampoco: la muerte del Hechicero sí, mas no el tesoro de las ruinas.

—A nadie reveles tan estraña aventura; yo premiaré

hoy mismo tu lealtad y buenos procederes; desde hoy serás mi page de lanza, dormirás siempre cerca de mi real aposento, y quedas relevado de todo servicio, excepto de los que yo te encomendaré: vas á partir con dos hombres de tu confianza, y sin decirles el objeto, harás un escrupuloso registro en el subterráneo de las ruinas, y no descanses hasta encontrar la cajita de plata, cuyo secreto vivamente me interesa.

El rey sintió nueva ira contra el de Velasco, á quien culpaba de complicidad en el rapto de Aurora y en muchos de los sinsabores que habia padecido aquel, sin alcanzar la causa de sus misteriosos infortunios.

Don Gutierre de Velasco seguía la corte del rey en clase de prisionero, y cuando supo el trágico fin del conde, y el arresto del infante don Juan, cayó en un estupor horrible que acrecia con su edad y crónicos achaques.

Habia quedado en Logroño, mas Elvira ignoraba su malestar, antes se imaginó que el rey se compadecería de su suerte.

Cuál fué la sorpresa de Elvira, cuando un sacerdote la llamó sobresaltado y dijo:

—Señora, en la ausencia del rey, bajo mi responsabilidad, quiero que cumplais un deber sagrado, cual es el de recibir la bendicion de vuestro padre, cuyo padecimiento se agrava por instantes, y su última hora pareceme cercana.

Elvira exhaló un ay! de dolor, pues teniendo á don Gutierre como á verdadero padre, sentia su quebranto, á pesar de sus defectos y criminales ambiciones.

La doncella penetró con el sacerdote en la estancia en

donde yacía don Gutierre de Velasco, y quedó aterrada al verle espirante, sobre un riquísimo lecho, demostrando en su diabólica y contraída faz los rigores acerbos que padecía.

La jóven cayó á los pies del lecho, y al sentirla el anciano alzó los moribundos ojos, y entre horribles convulsiones la dijo:

—Elvira! Elvira...! Maldición...! El cielo te niegue su favor... no soy tu padre!!!

Quedó el sacerdote horrorizado, y comprendió que el delirio arrojaba por boca del moribundo maguete las impías imprecaciones que conmovieran su alma.

Inmediatamente dieron aviso al rey, quien sintió no hubiese experimentado el de Velasco una mas larga y horrosa venganza.

El rey lo supo á pocas horas de haber tenido la conferencia con su escudero Gonzalo.

Desde la villa de Haro, ufano con la victoria, partió para Santo Domingo de la Calzada en donde residía la reina.

— ¿Qué fue la sorpresa de Elvira cuando en su seno encontró á su hijo? —  
— ¿Qué fue la sorpresa del rey, al ver en su seno á su hijo? —  
— ¿Qué fue la sorpresa de la reina, al ver en su seno á su hijo? —  
— ¿Qué fue la sorpresa de Gonzalo, al ver en su seno á su hijo? —

Elvira estaba en el dolor, pues temía que el niño fuese como a verídico padre, sentía en su pecho, á pesar de sus dolores y crueles angustias, un ser de sus dolores y crueles angustias. Elvira estaba en el dolor, pues temía que el niño fuese como a verídico padre, sentía en su pecho, á pesar de sus dolores y crueles angustias, un ser de sus dolores y crueles angustias.



El rey les dió su palabra de unirlos, mas como los unos de la guerra dudaron de ser un obstáculo por el punto, los dos amantes habian en su real acuerdo, y son-  
retales un porvenir de felicidad suprema.

Habrigo quedado en Haro, y á los pocos dias tuvo la sa-  
distancia de salvar a su idolatrada Elvira.

Esta se encontraba a sus inmediaciones, tanto por la in-  
te del que juzgó autor de su existencia, del abandono cor-  
tesano don Enrique de Velasco, así como por el temor y

reos que le inspiraba. **CAPITULO IX.**   
cuya intencion no podia ser otra, porque creyó que si se  
había á un punto impuro, ó al escaso sentimiento de  
bondad hacia su persona.

No quiso ocultar **COMBATES Y REVUELTAS.**   
y para castigarla, pronto se separó de la corte luego  
de recibida su feliz desgracia, recomendándola á su curia-

En gran confusión tornó á sumérgirse el reino.

Los bandos alzaron otra vez sus pendones, y dispusié-  
ronse á luchar con mas brio y encarnizamiento que nunca.

Los parciales del conde de Haro, fingiendo sumision al  
rey, preparaban en secreto una rebeldía espantosa en todos  
sus dominios, poniéndose al frente su hermano don Diego  
Diaz, y siendo la principal instigadora de aquella conjura  
doña Juana, viuda del conde, que logró con aparente man-  
sedumbre amansar la ira de don Sancho para mejor com-  
binar sus planes.   
Elvira continuaba en Logroño, esperando

se restableciese de sus heridas su rendido galan Rodrigo  
de Aguilera, para ver realizados sus mas seductores de-  
seos.

El rey les dió su palabra de unirlos, mas como los negocios de la guerra hubieron de ser un obstáculo por el pronto, los dos amantes fiaban en su real amparo, y sonreíales un porvenir de felicidad suprema.

Rodrigo quedó en Harø, y á los pocos dias tuvo la satisfaccion de saludar á su idolatrada Elvira.

Esta se encontraba asaz melancólica, tanto per la muerte del que juzgó autor de su existencia, del ambicioso cortesano don Gutierre de Velasco, así como por el temor y zozobra que le inspiraban las apasionadas caricias del rey, cuya intencion no podia traslucir, porque dudaba si atribuirlo á un afecto impuro, ó al excesivo sentimiento de bondad hácia su persona.

No quiso ocultar á Rodrigo de Aguilera su pesadumbre, y para calmarla, prometió aquel separarse de la corte luego de realizado su feliz deseo, recomendándola gran circunspeccion cerca del rey, de cuya hidalguia no era osado á dudar un momento.

Aguilera siguió el real de don Sancho, ansioso de conquistarse gloria y de rendir á su protector la verdadera y ardiente gratitud que sentia.

En medio de los graves y árdulos compromisos de la guerra, Rodrigo no separaba su corazón del lugar en donde habia quedado la señora de sus pensamientos.

En una ocasion, aprovechando la circunstancia de tener que marchar á Logroño con mensaje del rey un caballero amigo suyo, envió á Elvira el siguiente cariñoso recuerdo:

## LA ESTRELLA PERDIDA.

## ROMANCE.

Luchando con mil escollos  
corre la misera vida  
de aquel que tiene su alma  
de amor en la red cautiva.

Soy navegante en el mundo,  
porque el mundo es mar bravía,  
do mil azares se encuentran,  
y llóranse mil desdichas.

He perdido la esperanza,  
y aun la fé tengo perdida  
de hallar el seguro puerto  
por quien mi alma suspira.

Navego en noche de horror,  
entre las sombras hundida,  
sin ver la luz seductora  
de mi estrella peregrina,  
que se ocultó de mis ojos  
llevándose mi alegría.

Tú eres el astro feliz,  
oh angelical Margarita!  
y sin tu luz yo sucumbo  
en lóbregueces impías;  
porque son lóbregas penas  
las de la ausencia maldita.

Ven, deidad, virgen de amor,  
y los rigores mitiga..!

De otra suerte, por tu culpa  
se pondrá en mi losa un día:

«Aquí yace un desgraciado  
que la fé tuvo rendida  
á una hermosa, quien ingrata  
así premió su hidalguía»

Hé aquí ahora una breve reseña del estado en que se hallaban los partidos y los negocios en aquella revuelta, de la cual logró salir triunfante don Sancho.

El rey don Sancho pasó á Santo Domingo de la Calzada, y allí se le presentó doña Juana, mujer del difunto conde de Haro, é hija de don Alonso, señor de Molina, toda cubierta de luto, implorando la intercesion de la reina su hermana.

El rey se disculpó con ella diciendo que él nunca habia tenido voluntad de matar al conde, pues todos los que habian presenciado el caso sabian que el mismo don Lope fué el que ocasionó su muerte, porque los deseos de don Sancho solo eran que le devolviese los castillos que le pertenecian, y rogó á doña Juana que le dijese á su hijo don Diego que, entregándole dichos castillos, le guardaria su tierra y heredades, y que le haria merced. Prometióselo así doña Juana, y en vez de cumplirlo, fué á buscar á su hijo que se hallaba con muchos vasallos del conde, y les indujo á que fuesen contra don Sancho, y que se unieran al rey de Aragon, para que haciendo salir de su prision á don Alonso y don Fernando, hijos del infante don Fernando, proclamasen al primero rey y señor de los reinos de Castilla y de Leon, desheredando de este modo á don Sancho.

El rey de Aragon que entonces habia por muerte de

don Pedro, don Alonso II, se convino á todo; y puestos en libertad los infantes, juraron don Diego y los suyos á don Alonso como rey, y le indujeron á que hiciese guerra á don Sancho; pero apenas lo supo éste, dejó á la reina en Vitoria, donde dió á luz otro infante que llamaron don Enrique, y empezó á combatir los castillos que se le resistian, tomando el de Orduña, Villamonte, Labastida y otros, que ponian pendones de castillos y leones apellidando al rey don Alonso. Habiendo sabido don Sancho que don Diego, el Adelantado de la frontera, hermano del conde don Lope, se habia refugiado en Carmona por miedo á la muerte, envió á don Rodrigo, Maestre de Calatrava, para que le sosegase, diciéndole que si queria venirse con él le haria mucho bien y mucha merced: el Adelantado aparentó convenir en ello y emprendió su camino con el Maestre, pero apenas llegaron á Aranda, abandonó á éste y se fué derecho á Aragon á reunirse con don Diego su sobrino.

El rey don Sancho en este tiempo hizo avenencias con don Dionisio, rey de Portugal, para que le ayudara en caso de que el rey de Aragon le hiciese guerra, y así quedó pactado, volviéndose don Sancho á Castilla, donde llegaron emisarios del rey de Aragon y de don Alonso, desafiándole de parte de estos. El rey los recibió muy honradamente, y envió otros dos caballeros suyos para que de su parte desafiasen á don Alonso y al rey de Aragon.

En 1289 remió don Sancho sus huestes en Almazan, y teniendo precision de pasar á Bayona á tener una entrevista con el rey de Francia, dejó por gefe de sus huestes á don Alonso, hermano de la reina, y emprendió su camino; pero hallándose en San Sebastian recibió aviso de que el

rey de Francia no podia por entonces venir á Bayona, y acordaron aplazar la entrevista para mas adelante.

Don Sancho regresó á sus huestes que se hallaban en Monteagudo, y á una legua de dicha villa, en Monreal, estaban acampados el rey de Aragon y don Alonso, y don Gascon de Bearte, hallándose unos á la vista de otros cerca de veinte dias, preparándose para lidiar; pero llegaron al rey de Aragon noticias de que podria tomar fácilmente á Almazan, por hallarse en la hueste toda la gente de la villa; y marchando con este objeto llegaron á Moron, donde les dijeron que don Sancho se hallaba en el castillo, por lo cual suspendieron la marcha á Almazan y combatieron el castillo tan de recio, que lo tomaron, matando allí de un saetazo en un ojo al caballero Martin Perez Portocarrero. Al ver las huestes del rey de Aragon y don Alonso que se dirigian á Almazan, enviaron grandes refuerzos á la villa y emisarios á don Sancho que le hallaron en San Esteban de Gormaz, con mas de quinientos caballeros, el cual estaba decidido á batir á sus contrarios donde quiera que los encontrase, y envió dos caballeros al rey de Aragon y á don Alonso, que dijeran de su parte que le esperasen, pues queria lidiar con ellos; y que si no querian esperarle por falta de viandas, que él les daría vianda para quince dias para toda su gente. Apenas dieron este mensaje al rey de Aragon, no quisieron esperar, y regresaron á Aragon; y cuando don Sancho llegó á Almazan, á pesar de que se oponian á ello muchos de sus caballeros, entró en tierra de Aragon robando y matando, y talando los campos; y despues de hecho esto, puso sus fronteros para Aragon y regresó á Burgos.

Varios fueron los escarmientos que el rey don Sancho hizo en Toledo y en Avila, y despues de poner por frontero en Aragon á don Juan Nuñez, partió para Bayona á tener la entrevista con el rey de Francia, en la que quedaron avenidos que este no abogaria por los hijos del infante don Fernando, antes bien le prestaria auxilio á don Sancho en la guerra contra el rey de Aragon.





—El que me habló, daba señales de seros muy reconocido y leal.

—Cosa estraña! Tello... la desventura no tiene amigos, y pocos se compadecen del prójimo: interin se está brillando en la cumbre del poder y de la grandeza, por todas partes zumban aduladores y fingidos apasionados; mas viéndose en el infortunio, á nadie le inspira compasion la desgracia, y muéstranse indiferentes y caemos en el mas triste y cabal olvido. Este es el mundo, Tello...! Mas yo tendré el suficiente valor para afrontar la sin ventura que me rodea, y cuando recobre mi libertad vengaré tan indignos ultrajes.

—En el sentir del desconocido... es cosa de pocos dias.

—No la esperaba tan pronto... á no ser... en fin... quisiera hablarle.

—Cosa es difícil: los que os guardan se negarian á permitir.

—Eso es muy sencillo.

—Sepamos: por mi parte...

—No desconfio de tí, pero manifiestas poco espíritu.

—Señor... poseo el necesario para sacrificar por vos mi existencia: yo, así en la prosperidad como en la desgracia, no supe jamás separarme de vuestra compañía.

—Es cierto, y por tu proceder estoy vivamente agradecido.

—Mandad, y cuanto se os ofrezca se llevará á cumplimiento... pese al diablo y á todos nuestros enemigos.

—No dices que ese hombre misterioso te habló con tanto interés por mi suerte?

—Con estraordinario interés: cual si fuéseis su hijo.

—Bien: además te manifestó que podrias verle...

—Al oscurecer, todos los días, junto al altar mayor de la catedral.

—Corriente: pues entonces vas esta noche, y le dices que si se atreve á presentarse... puede cambiar de vestido, y tú le introducirás hasta este aposento, y lo demás queda de mi cargo.

—Sereis puntualmente servido.

—Al paso te informas, si es posible, de quién es, sus circunstancias, sus intenciones... no sea que el diablo...

—Nada temais: es hombre sincero: no desconoce vuestros deseos y disgustos, y se espresa contra el rey del modo que vos continuamente os significais.

—Quién puede ser?

—El demuestra una edad avanzada.

—No acierto...

—Es grave en el decir... su mirar... sombrío y terrible.

—Irá disfrazado.

—Su traje es haraposo, y pide limosna en los pórticos de las iglesias.

—En fin, tráele y sabremos lo que pretende.

—Con esta ocurrencia, no os he referido una novedad que corre de boca en boca, y tiene los ánimos en el mayor alborozo.

—Cuál?

—La llegada del rey.

—Cuándo?

—Esta noche.

—Me place: voy poco á poco engañando á ese tigré: si llego á verle entre mis manos... Viven los cielos que pagará sus crueldades!

—Tambien se cuenta que se celebrará el himeneo del trovador Rodrigo con Elvira, la cual se ha hospedado en el palacio.

—En modo alguno me interesan esos amores: un matrimonio mas; lo que sí me importa es salvar pronto de este encierro, que como yo me vea libre... entonces se arreglará lo demás como deseamos.

—Dios lo quiera!

—Confio en la justicia que me asiste: el rey, por otra parte... se encuentra arrepentido... y no será extraño que cuando yo menos lo imagine recobre mi libertad y grandeza.

—Dios atienda vuestros ruegos!

—Si: confio en salir pronto de esta mazmorra.

—Don Sancho es tan cruel...

—No temas que conmigo...

—Podria suceder...

—Son vanos temores.

—Estoy porque si podemos...

—En último caso... si no hay otro remedio... mas cumple esperar unos dias: preséntate esta noche en la puerta de la catedral, y habla en la forma que te he dicho á ese portador: despues me darás parte de la entrevista.

—En cuanto espire la luz, estoy fuera del castillo.

—Mucho cuidado! Gran circunspeccion... en fin...

—Haced calma: no se me irá la lengua: soy ya perro viejo, y he corrido mucho mundo; lo que no se aprende en los palacios...

—Es verdad...

—Ye á todos los hombres los miro cual si fuesen espías... mi primer sentimiento es la desconfianza.

El ilustre prisionero del castillo de Burgos no era otro que el célebre y revoltoso infante don Juan, quien al principio de su reclusion padeció terribles amarguras, recordando el fin del conde don Lope Díaz de Haro, su íntimo amigo y suegro; mas después calmó su desesperación, y su genial turbulento y ambicioso meditaba el medio de vengarse del rey, aunque fuese cometiendo una infernal vileza.

Se fingió arrepentido: valióse de don Nuño Garcés, que aun continuaba mereciendo la estimación de la reina, á pesar de que fué partidario del conde, y por su conducto hizo llegar á don Sancho su fingido arrepentimiento.

El rey necesitaba toda clase de apoyo, puesto que, aun vencida la rebelion, era mucha la deslealtad de los primeros caudillos de la nobleza, y recelaba de nuevos tumultos y asonadas.

Así las cosas escuchó, aunque con disgusto, las protestas del infante don Juan, y resolvió concederle lo que pedía pasado algun tiempo, una vez que no eran por terminadas del todo las tristes contiendas que tan sin quietud traían á su reino.

Positivamente, el rey don Sancho llegó á Burgos.

En su compañía trajo á Rodrigo de Aguilera, cuyos fervientes votos le conmovieron, y dispuso que Elvira viniese desde Logroño para realizar su enlace con Aguilera de un modo régio, y asáz magnífico y esplendente.

Rodrigo, igualmente que Elvira, cuando recibió la nueva de partir hácia Burgos, regocijáronse en el alma, pues veían por fin cumplidos sus deseos, y lo que es mas aun, la terminacion de sus inquietudes y desventuras.

El rey mostrábase apasionado de Elvira, y únicamente

el respeto á la reina conteniale en los límites del mas noble decoro: no sabia explicarse el sentimiento que hácia Elvira le arrastraba.

Al mismo tiempo la doncella, juzgando en demasia fogoso el afecto del rey, temia su vista, y por esta razon ansiaba unir su amor al de Rodrigo para salir, si era posible, de aquel estado de agitacion y de incertidumbre.

El genio del mal, no obstante la virtud de Elvira, se interponia continuamente á impedir ó á oscurecer sus mas lisongeras esperanzas.

Un dia despues de la llegada del rey don Sancho á Burgos, hallábanse dos hombres misteriosos y una ilustre señora conversando muy gravemente acerca de los asuntos de la corte.

La estancia era rica, y un silencio profundo notábase por toda ella.

Creeríase que eran espíritus diabólicos, segun el misterio y la entonacion que imprimian á sus maneras y palabras.

—No es posible conseguir tan fácilmente como pensais lo que deseamos.

—Señora, es tan fácil, que no vacilo en asegurar á vuestra gracia nos hemos de ver pronto vengados, y en disposicion de que el noble infante don Juan sea quien reine en Castilla.

—Yo creo—decia otro jóven—que si el de Lara pierde la estimacion y el favor del rey, es cosa concluida; vencemos: por mi parte, me ofrezco á entregar esas cartas al mismo don Juan Nuñez, y estad seguros de que producirán felices resultados.

—Cuánto tarda!—esclamó con impaciencia la señora.

—Estará en la cita que le dió el infante por medio de su escudero, quien todas las noches acude á verle á la catedral.

—Sus consejos me consuelan, y fio en que sus luces nos proporcionarán la apetecida venganza.

Los que así misteriosamente conferenciaban eran doña Juana, viuda del conde de Haro, Alvar de Luna y Ludovico; aquel page del rey que en su relacion íntima con el Hechicero, hízose culpable de deslealtad, y por algunas de sus revelaciones libró de un triste escarmiento.

Aprovechando la ausencia del rey huyó del palacio, y fué á reunir con los nuevos conjurados, quienes proseguian los planes del difunto conde, cuya muerte pretendian vengar á toda costa.

Ludovico, travieso, astuto y codicioso, era hombre hábil y resuelto para cualquier atentado y empresa, por arriesgada que fuese.

De tal modo que Alvar de Luna, rival de Rodrigo de Aguilera, le tomó á sueldo, á usanza de la época, y le lisonjeaba con una recompensa magnífica.

Un anciano de aspecto imponente, con un traje sucio y pobrísimo, apoyado en un grueso báculo, penetró en la estancia y saludó respetuosamente á doña Juana, y después á los dos precitados personajes.

—Os aguardaba con impaciencia—esclamó la viuda del conde de Haro.

—Señora, detúvome el escudero del ilustre infante don Juan, y en su compañía he prestado un gran servicio á vuestra causa. Ved aquí el pliego, con la firma del rey, que es preciso llegue á manos de su favorito don Juan Nuñez de Lara.

Tomó la señora el pliego, y vió efectivamente la firma del rey en el supuesto escrito, encaminado á prevenir al de Lara, de quien se decia en él que estaba próximo á recibir un desaire.

Además, era adjunto otro escrito en el que se le advertia al privado que se le preparaba una emboscada, y que quizá el rey le disponia un terrible escarmiento, á semejanza del que recibiera el ambicioso conde de Haro.

—Os prometo que llegará á sus manos—dijo la viuda al recibir los pliegos.

En seguida partió para verse con una insigne dama relacionada con la reina, para que el favorito recibiese, cuando menos lo imaginase, la misteriosa advertencia, el confidencial aviso, cuyo efecto podia ser de sumo interés para los rebeldes enemigos de don Sancho.

—Y bien—esclamó Alvar de Luna—podemos contar desde hoy con el ilustre infante don Juan?

—Sus deseos son vehementes en pro de la caída del favorito: esta noche os aguarda en la fortaleza.

—Y si soy descubierta?

—Ha tomado las mas oportunas precauciones para que os introduzca su page sin que ninguno sospeche quién sois ni á qué os dirigís al castillo. Vais á disfrazaros de aldeano, fingiéndoois pariente de uno de los ballesteros que ya está advertido, y es además un acérrimo partidario del infante.

—Sabeis que Rodrigo de Aguilera se unirá á Elvira mañana por la noche en la capilla del palacio?

—Lo sé.

—Y qué hacemos?

—Tener paciencia.

—No es posible.

—No hay otro remedio.

—Yo mismo iré... y cuando se hallen ante las aras, le arrancaré la vida..!

—Alvar de Luna... los celos oscurecen vuestra razon: ya no podeis evitar que Elvira se una á Rodrigo, porque el rey lo quiere así; únicamente podria esperarse un buen resultado si descubriese yo... mas paréceme tarde. Lo que cumple es que ese infame escudero Gonzalo... sucumba... que despues.. yo respondo..

—Lo que deseais vos es la muerte de Gonzalo por satisfacer vuestra sed rabiosa de venganza: á mí me inquieta igual deseo: si me jurais evitar la union de Rodrigo con Elvira, yo os juro la muerte de Gonzalo.

—Lo cumplireis?

—Evitareis vos ese enlace?

—Lo intentaré.

—Dadme una prueba.

—La tendreis pronto.

—Es que mañana por la noche se realiza para siempre mi desventura.

—Esta misma noche dirán al rey lo que convenga para disuadirle de ese amparo que ofrece á Rodrigo, y quizá este sea desterrado para siempre de la corte. Haced vos porque hoy mismo sucumba Gonzalo: ya os he dicho á dónde concurre, y es muy fácil.

—Os doy palabra de que esta noche será muerto Gonzalo.

El pordiosero se despidió afectuosamente, y partió al encuentro de la hermana de la reina; es decir, de la viuda del conde de Haro.



Alvar habló así al page Ludovico:

—No debemos fiarnos de ese hombre.

—Es mucho lo que se interesa por vuestro bien.

—No le conocéis.

—Y qué pensáis?

—No hacerle caso.

—Y entonces?

—Los dos somos suficientes.

—Qué sabemos si podría realizar...

—Ha faltado muchas veces.

—El infeliz...

—Es un hipócrita.

—Yo creía...

—Os habeis equivocado.

—Y qué disponéis?

—Discurro que Rodrigo de Aguilera, cuya felicidad me tiene sin sentido, puesto que hace alarde de ser un caballero, no rehusaría comparecer al sitio que se le designase, bien fingiendo una revelacion de sumo interés... bien retándole á muerte... y sorprendiéndole...

—No es mala idea.

—Os parece realizable?

—Y si no concurre solo?

—Es verdad.

—Puede ir acompañado de algunos amigos, y nos esponemos á una desgracia.

—Y qué te se ocurre?

—Citarle á un sitio oscuro y soledoso como para hacerle interesantes advertencias respecto de Elvira, salir yo de repente, y con el puñal...

—Lo apruebo.

—No puede sospechar que sea un lazo que vos le tendéis, porque os juzga muerto en Avila, ni tampoco del Hechicero, en cuya muerte Gonzalo, el rey, todos, en fin, creen con sinceridad, y ved cómo es la ocasion mas propicia para ejecutar esa idea feliz y salvadora.

—Cuánto os debo, Ludovico!

—Yo estoy satisfecho con seros leal, y que un dia hayais triunfado de vuestro crueles enemigos.

—No estoy porque sea mañana; convendria fuese hoy mismo.

—Es tarde: debó prevenirlo todo con orden: buscaré quien le presente el cartel de reto ó la cita amistosa, y como ha de ser un solo instante, mañana, apenas haya oscurecido, antes del himeneo, desvanecerá ese aventurero-trovador sus mágicos ensueños.

—Ludovico! Golpe seguro! En tí se cifra mi esperanza.

—Mi puñal os responde de un golpe certero, y á la par terrible.

Alvar de Luna y el inicuo page, sonreian de satisfaccion por la diabólica idea que habian discurrido.

El pordiosero halló cerca de la catedral á la viuda del conde de Haro, y la dirigió estas palabras:

—Podreis ver á vuestra noble y poderosa hermana?

—Se me prohibió entrar en palacio: el rey me juzga ausente: la reina sabe que aquí resido, mas su bondad y afecto me ponen á salvo de toda vil asechanza.

—Convendria decir al rey que la union de Elvira con Rodrigo, será en lo futuro causa de graves trastornos para el reino..!

—Es posible!

—Lo que escuchais.

—Y no podríamos utilizar ese secreto?

—Inmensamente.

—Y por qué causa lo rehusamos?

—Necesito deshacerme de un enemigo: despues el rey sería nuestro.

—Y qué necesitais?

—Un desengaño.

—No entiendo.

—Si mañana al oscurecer no ha desaparecido el hombre cuya muerte vivamente anhela mi alma, en ese caso, vos misma, por medio de la reina, descubriréis al rey un secreto, y la victoria es nuestra.

—Luego esperais...

—No confío del todo... pero es fuerza que otro día vengán con su luz á herirme de nuevo, y á recrecer mis angustiados martirios.

—Haced resignacion.

—Declina mi existencia, abrasada en un fuego desgarrador: tengo sed y no hallo el raudal cristalino para templarla: ardo en deseos de vengarme, y no se me presenta la oportunidad para satisfacer este horrible afán que me devora!!!

—Si el de Lara sucumbe...

—No es fácil que el rey le retire su favor y su ciega confianza.

—Hay noticias de que el rey le observa con recelo, y no es de estrañar que cuando el favorito vea nuestro interesante aviso... deje la compañía del rey, marchándose—

se hácia Aragon, en donde tiene poderosos partidarios.

—Trastorno favorable fuera la caída del favorito.

—La espero.

—Dios lo permita!

—El infante don Juan ha sabido insinuarse en el ánimo del rey, quien le absuelve de sus anteriores agravios. Don Juan será el que dirija los negocios, y por consiguiente...

—El infante será quien me dispense justicia! Dios le ilumine y le abra las puertas de un porvenir glorioso.

—No lo dudeis.

—Me alborozais, señora.

—Antes de tres dias el rey nos pertenece.

—Si mas tarda... sucumbo.

—No os aflijais.

—No puedo resistir tan acerbos pesares.

—Haced calma.

—Es imposible.

—Distraeros en la oracion.

—El profeta sabe el fervor en que se enciende mi alma!

—Es verdad que vuestros achaques... la edad... el horrible susto que padecisteis...

—No es comparable á nada.

—Pero al mismo tiempo la Providencia os salvó milagrosamente.

—Razon teneis, señora.

—Comprendo vuestra amargura.

—Es incomprendible.

—La venganza en vos es un acto de justicia.

—La venganza prolonga mi existencia.

—Confiad.

—Sin esa ilusion hubiese ya sucumbido.

—Antes de tres dias estareis vengado.

—Sois como el ángel de consuelo: vuestras palabras hacen latir mi corazon de júbilo.

—Tendria un placer en veros satisfecho, y sin esa inquietud que os conmueve y trastorna.

—Para mí no hay sueño, ni descanso: un terror fatidico se apodera de mi alma, y no me consiente un instante de sosiego: la sombra de mi hijo! Venganza!

El pordiosero, ó el que lo aparentaba ser, lanzó un grito de dolor y los pages de la señora hubieron de sostenerle para que no cayese en tierra.

Pasado aquel accidente, dispidióse de la viuda del conde, y enderezó hacia su recóndita morada.

El que se fingia pordiosero, aparentando una indigencia estrema, aunque ya vino á ser realmente pobre, no era otro que Daniel el judio, *el Hechicero de la torre del diablo*, que salvó admirablemente del terrible golpe que le descargó el escudero Gonzalo, y merced á unos pescadores no le arrastró la corriente del Ebro, de donde hubo de salir casi exánime, con graves heridas y contusiones.

Por casualidad dió con Alvar de Luna y Ludovico, quienes en union de la viuda del conde, tramaban sus diabólicos planes contra el rey don Sancho y su favorito.

El Hechicero no vivia sino para vengarse de Gonzalo por la afrentosa muerte de su hijo.

Esperaba realizar su intento valiéndose de Alvar de Luna, á quien continuamente ofrecia la seguridad de que

Elvira, á pesar de su vehemente amor á Rodrigo de Aguilera, no se uniría á este por obstáculos poderosos de que él era sabedor, y que á su tiempo, en ocasion ya cercana, los revelaría para impedir de esta suerte el enlace que el mismo rey patrocinaba.

El Hechicero dirigióse á su mansion oscura, en la cual vivia una notabilidad que ya conocen nuestros lectores.

Aludimos á la bruja Dorotea, que logró salir del vaporeo que recibió de manos del bachiller Roldan y de Almannegra, su camarada, y de la prision á que la redujeron los esbirros la noche de tan aciaga desventura.

No dudando el Hechicero de la prudente reserva de la astuta Dorotea, entregóse á su lealtad, si bien la sibila, por escarmiento propio, resuelto habia no mezclarse en laberintos ó intrigas amorosas, y mucho menos en asuntos de sortilegios y brujerías.

Cuando llegó Daniel, hallábase la vieja próxima al hogar, con el rosario en la mano, y sonriendo infernalmente, gozosa de una ilusion que fascinaba su espíritu.

—Me alegro que llegueis, sábio israelita—esclamó con voz gangosa la vieja.

—Vengo afectado.

—Qué os ocurre?

—Los tristes recuerdos consumen mi existencia.

—Pues á mí es al contrario: los recuerdos, tristes ó placenteros, me dan aliento y me entretienen, y como que son el pan de cada dia para tranquilizar mi amargura: no hay como echarse el alma á la espalda, Dios me perdone, y reirse de este pícaro mundo; aun he de reirme yo de algunos bellacos.

—Ilusion, buena Dorotea: ya no podeis mover ni aun el rosario: estais espantada, y os asusta el menor asomo de peligro.

—Caramba! Que he llevado muy sendos sustos!

—Tal ha sido vuestra vida.

—Otras hay peores.

—No lo dudo.

—El caso es que aun me tienen... por lo que soy.

—Por qué?

—Por una santa.

—Así sea.

—Ya sé por qué razon me decís cobarde y asustadiza.

—Os negais á dispensarnos un favor tan fácil de realizar, y que os puede valer una cuantiosa recompensa.

—En eso estaba pensando, y me reia por haber descubierto el resorte para conseguir lo que apeteecemos.

—Sí?

—Cabalmente.

—Veamos.

—Os voy á complacer, sábio israelita, y huélgome en extremo de ser útil á gente asaz tan hidalga: en cuanto á la recompensa... no hay para que entretenernos: confio en vuestra proteccion.

—Cierto.

—Pues ya lo decia, sábio Daniel: vuestra palabra es prenda de oro.

—Jamás falté á mis solemnes ofertas.

—En tal confianza, os voy á decir lo que he pensado.

—Hablad.

—Existe en el alcázar real un muy amigo mio: como

que allá en otro tiempo favorecí sus amores con una ahijada mía; por cierto que él y ella son unos santos: eso sí... fueron alegrillos y calaveras... mas la edad, pues los años todo lo cambian, y como decia un religioso, el tiempo es el que purifica la conciencia, desvaneciendo livianas pasioncillas. Pues como digo, señor israelita de mi alma, vive en palacio un amigo mío, empleado en la despensa, circunstancia que allá en mejores dias proporcionóme la satisfaccion de saborear esquisitos y maravillosos manjares. Por ese conducto enviaremos nuestras noticias á quien deseeis, con tal de que se me cumpla la palabra...

—En cuanto á eso... descuidad... la recompensa...

—No es sola esa recompensa; quiero que me ayudeis á vengarme contra el bachiller Roldan, hoy ufano porque ha entrado en la carrera de clérigo, y el audaz de Almanegra, que ya le he visto en la mesnada del rey: pues cabalmente es lo que deseo.

—Si no es mas...

—Páreceme bastante.

—Respondo de satisfacer vuestro justo deseo.

—Hareis vuestro deber.

—En ese sentido procedemos.

—Yo me espongo á otro vapuleo como el de marras, y tal vez, tal vez... pero, en fin, por serviros...

—Gracias, buena Dorotea: iré mañana á dar parte de vuestra resolucion á don Hernando Alvar de Luna... y...

—Y qué bello mozo es!! Cáspita! Vale mas que el trovador, aunque es verdad que es algo mas tonto; es decir, no tan discreto, y á veces las mujeres nos prendamos, digo se prendan, porque yo en mis años... se prendan de una



gracia, y suelen desdenar la hermosura ó gentileza de un hombre.

—Alvar de Luna es digno de Elvira, y ambos pueden ser muy dichosos.

—El trovador tiene alucinado al rey con sus endechas, y á la beldad con sus acentos dulces y enternecidos.

—Pronto concluirán sus ilusiones.

—Lo que importa es que así sea.

—Nos vengaremos.

—Alabado sea Dios! En buen hora lo asegureis.

—Todos los vaticinios que se desprenden del firmamento, que al oscurecer he observado, indican hallarse próximos...

—Jesus mil veces!

—Muy cercanos... espantosos contratiempos, en los cuales se ejercerá una terrible venganza!

—Contra nosotros?

—No, Dorotea: contra nuestros enemigos.

—Y si es al revés..?

—Sois incrédula.

—He sufrido tantos chascos..!

—No os fiáis de mis pronósticos?

—Perdonad: vuestra ciencia...

—Mi ciencia...

—Lo que es hasta ahora, de poco os ha valido contra los feroces acometimientos del escudero Gonzalo, ni á mí contra las bromas del bachiller Roldan, Almanegra y demás diabólicos é imprudentes camaradas.

—Los hados suelen aparecer adversos.

—Es que la adversidad fué constante para entrambos.

—Pronto la negra fortuna disipará sus nefandas sombras.

—Quiera Dios que acerteis... mas sospecho que vuestra ciencia no sea suficiente á conjurar los males que nos amenazan.

—No lo dudeis: el destino ha dado su vuelta: giró la luz del luminar celeste que señala el rumbo de la vida: desde hoy cambia la suerte para nosotros y los implacables enemigos que nos persiguen: ellos caerán en el abismo del mal, y nosotros nos alzaremos hasta el firmamento de ventura, despues de haber vengado tan violentos ultrages. Sensible es que no sonría para mí la estrella de una edad á propósito para ir gozando, cual en otro tiempo, los placeres del dulce retiro en que moré tantos años..! Pero en el dia, mi luz va á occidente, á ocultarse entre las sombras del dolor y del olvido! Desde el dia en que fui lanzado al Ebro por el maldito page del rey, por ese feroz Gonzalo, siento declinar mi espíritu, y voy con rostro hácia la tierra, como el que huye de las miradas de los hombres! Ya no gozaré aquellos felices instantes, perfumados por las rosas, los mirtos y madre selvas, en mi esplendente paraiso del Guadalquivir, en cuya frondosa márgen deslizó mi existencia como la de un bienaventurado á quien Dios sonrie, porque goce su alma de una quietud inefable!

Ya no contemplaré, cual un tiempo, la noche clara y serena, viendo reflejarse el fulgor de la luna sobre la superficie del rio, cuyo raudal se convertia en un brillante escudo de plata! Ni ya escucharé los trinos melodiosos de las aves cuando saluden la suspirada aparicion del nuevo y risueño dia!

Ese impío Gonzalo... ese cruel verdugo de mi hijo..!

El Hechicero, desde que el page del rey habíale arrojado al Ebro, experimentaba accidentes y convulsiones epilépticas, y su rostro le contraía el dolor, así como su ademán, enteramente desconocido, era el del hombre mas indigente y desdichado.

Así es que nadie le conocia, y mucho menos divulgada su muerte, creyendo todos que se hallaba en la mansion del eterno descanso.

Dorotea, la astuta y gazmoña vieja, condolidada de su apenado lamento, le dijo:

—Tal estais que no se os conoce: verdad que sufrís hondo martirio: pero discurro que si alcanzaseis la venganza, renaceriais maravillosamente.

—Así ocurriría, buena Dorotea: si yo viese á mis pies á Gonzalo, me levantaria airoso y risueño, como se erguie la flor al vivificante rocío de la mañana.

—Yo haré lo posible porque ese rudo page del rey espie todas sus fechorías.

—Ay! Dorotea... si lo alcanzaseis... el único tesoro que me resta, os haria pasar dichosamente los años que el Señor se dignára teneros sobre este mundo de maldicion y de tormento.

—Y qué tesoro es ese?

—Cuando salvé de la muerte, corrí á las ruinas, no lejos de esta ciudad, en donde conservaba mis intereses, adquiridos á costa de afanes y desvelos: mas como hube de revelar á Gonzalo con el fin de que no me hiriese, cual me amenazaba, resultó que vino á las ruinas, pero afortunadamente no halló toda la riqueza que yo allí con es—

quisita precaucion guardaba. Luego de haber librado de aquel horrible contratiempo, corri en busca de mi tesoro, y solo encontré una cajita que además de algunas alhajas contiene un importante secreto: secreto que hará padecer á uno de mis mas poderosos enemigos, si el hado no cambia el rumbo de mis intenciones y deseos.

La vieja sintió ardiente júbilo al convencerse de que aun podia satisfacer su infernal codicia.

Prometió al Hechicero favorecerle en su empresa, jurándole que al siguiente dia Gonzalo habia de morder la tierra y pagar todos sus agravios.



—¿Ved?

—Tanoto que exista cosa que deba temer.

—Eso como estoy, sepulchro en sombras mudo, estoy mas al corriente que vos de cuanto en la corte ocurre. No sabéis que mañana por la noche se oírán en santo consorcio Elica y vuestro rival Aguilera?

—Lo sé; mas no siendo esa buena obra de gran interés para la causa, tomo narrarla.

—Se conoce que os afecta?

—Profundamente. Justo como uno á Elica de cor-

## CAPITULO XI.

con, y forme en mis relaciones una ligadura suprema!

—Sois desgraciado en vuestros amores.

—Un rival á quien el rey favorece... es inevitable.

—¿O tenéis un rival solo, tenéis con otro, que no podéis

### LA CEREMONIA NUPCIAL.

no habéis conseguido. Los rivales son otros tantos rivales de

mi pasión; porque verla y no poderla... es imposible.

—Tal correspondencia á nuestro nacimiento debéis

Aquella noche pasó Alvar de Luna, en la forma convenida, á saludar al infante don Juan, preso en el castillo de Burgos.

Disfrazado de humilde aldeano, y con el fingimiento de ser pariente de uno de los guardias de la fortaleza, que previamente servia los deseos del infante, penetró Alvar, ansioso de dar cima á sus inicuos y vengativos proyectos.

—Os aguardaba con ansiedad,—le dijo el infante.

—Mis deseos por ofrecerse á vuestras órdenes eran, señor, irresistibles.

—Qué hay por la ciudad?

—Nada que á vos pueda interesaros.

—Nada?

—Ignoro que exista cosa que deba referirse.

—Preso como estoy, sepultado en sombríos muros, estoy mas al corriente que vos de cuanto en la corte ocurre. No sabéis que mañana por la noche se unirán en santo consorcio Elvira y vuestro rival Aguilera?

—Lo sé: mas no siendo esa nueva objeto de gran interés para la causa, rehusó narrároslo.

—Se conoce que os afecta?

—Profundamente, ilustre señor: amo á Elvira de corazón, y formé en mis ensueños una felicidad suprema!

—Sois desgraciado en vuestros amores.

—Un rival á quien el rey favorece... es invencible.

—No teneis un rival solo: contaís con otro, cuyo poder no admite competencia.

—Cuantos admiren á Elvira son otros tantos rivales de mi pasión; porque verla y no adorarla... es imposible.

—Mal corresponde á vuestro acendrado afecto: debeis renunciar á su cariño, toda vez que no alcanzareis lo que tan locamente anhelaís.

—Su imagen no se desprende de mi alma, y lúcho contra el más encarnizado infortunio.

—Quedarás como también quedará Aguilera.

—Qué decís?

—El rey ama á Elvira.

—Cielos!

—Lo que oís.

—Pues no les ampara, y en su mismo palacio se celebrará ese enlace que tanto martiriza mi espíritu?

—Ciertamente: mas el rey tiende una emboscada al tro-

vador, quien irá probablemente á sucumbir á un castillo, si es que no sucumbe á impulsos de un golpe alevoso.

Un rayo de esperanza iluminó la mente de Alvar de Luna, pues la revelacion, aunque no del todo fundada del infante, vino á dar seguro éxito á sus planes contra Rodrigo de Aguilera.

—El de Lara—prosiguió don Juan—es cómplice en este vil negocio, del cual tiene ya noticia la reina; pero Nuñez de Lara será tambien victima del carácter vengativo de don Sancho.

—Capaz le juzgo de tan insidiosa é indigna bastardia.

—El rey verase pronto privado del apoyo del intrigante Lara, y así nos será mas fácil conseguir nuestra omnipotencia en la corte, para que despues sufra tambien mi hermano el galardón de su villana conducta. Urge que os marcheis á la frontera de Aragon, y lleveis á cuantos caballeros y hombres de armas podais reunir para que empecemos, despues de recobrada mi libertad, un duelo á muerte contra el usurpador que así nos velipendia y oprime.

Yo abandonaré esta prision dentro de pocos dias, é iré á renirme con mis sobrinos don Alonso y don Fernando de la Cerda, para proceder de comun asentimiento al cobro y reconquista de los legitimos derechos.

Conversaron largas horas de este y otros planes de campaña contra don Sancho, y por último, Alvar de Luna partió á buscar á Ludovico para informarle de los supuestos amores del rey, así como del riesgo que amenazaba al aventurero y candoroso trovador, Rodrigo de Aguilera.

Imaginándose que el rey podría tenderle tan villana emboscada, se animaron extraordinariamente, pues así les

«¿cómo más seguro su golpe percuidos de que nadie podría sospecharlo?»

En el interin se hacian en el alcázar real los preparativos de la boda de Elvira á cuyo acto mostrábase propicia la reina; porque así esperaba calmar pronto los secretos celos que la devoraban, no dudando que Aguilera, á quien misteriosamente lo habian insinuado, se alejase del rey, cuya vista insultaba su amor y su honra.

Esto era propiamente el sentir de Rodrigo, y así lo espuso á la seductora doncella, quien por no herir la susceptibilidad del rey, comprometiendo quizá la existencia de su amante, sufrió en silencio la repugnancia de verse objeto de las mas ardientes caricias de don Sancho.

Rodrigo, aunque meditabundo y sombrío por los negros celos que sus adversarios astuta y maliciosamente consiguieron inspirarle, no ocultaba la dulce satisfaccion de ver realizados pronto sus vehementes deseos; y á este propósito manifestábase á Elvira de esta manera:

Nada recelas de nuestro poderoso y tierno protector; la virtud y la hermosura se aman de muchos modos: el rey contempla y admira tus seductores atractivos, sin la bastarda intencion de herir tu pudor ni ultrajar mi fé noble y sagrada.

—Los palacios, Rodrigo, son mansiones en las cuales con brillantes apariencias se encubren livianos instantos.

—Fie en la hidalguía del rey.

—Temo sus ímpetus y enojos.

—Mitiga ese pesar, Elvira: don Sancho te quiere, como se ama á una mujer virtuosa, y á mí constantemente



me da pruebas de una estimacion envidiable, y que, por cierto apenas la he merecido.

—Los rumores que se difunden y llegan hasta este apartado recinto, me traen sin vida y en una horrible congoja.

—Rumores de dos palacios: sombras que dibujan los envidiosos para mejor conseguir sus depravados fines: fantasmás que crean los aduladores para insinuarse en el animo de los reyes: empero don Sancho es incapaz de una villanía: de calumnian los que de otro proceder le juzgan susceptible.

—Quiera el cielo que aciertes, y el infortunio separe de y nuestros ojos nuevas calamidades!

—Oye, hermosa Elvira: realizada nuestra santa union, partiremos á la casita del valle, y allí Jorge y sus hijos contemplarán gozosos nuestra ventura: las aves te saludarán placenteras como saludan la aparicion de la reciente aurora: las flores, por medio de su fresca y bulliciosa brisa, te enviarán sus delicados perfumes: el rio, con su murmullo blando y sonoro, adormirá tu mente en los mas deleitables ensueños.

—Tus ilusiones me encantan, Rodrigo!

—Si, Elvira: Dios permite que se desvanezcan para siempre las sombras del pesar y de la desgracia: cuando alumbre la nueva luz del cercano dia, partiremos á ese valle de delicias: el rey me dió su venia, y quiere que seamos soberanamente felices.

—Dios mio, inspirele tan generosos y caritativos sentimientos!

De tal suerte se ilusionaban los dos virtuosos amantes.

con la próxima felicidad, cuyo resplandor lucia ya en el risueño horizonte de sus legítimas esperanzas.

Habian venido á Burgos, con asentimiento del rey, el honrado Jorge, su esposa Martina, Inés y Damaño el molinero, para disfrutar de la espléndida fiesta de la boda de Elvira, y todo caminaba á un término asaz bonancible y en demasía dichoso.

Preparóse la capilla del palacio, y la futura desposada vistió un riquísimo traje de terciopelo carmesí con flores de oro, y un velo blanco de esquisito primor cubria sus rubios cabellos, dando á su divina faz un celestial y angélico realce.

Rodrigo de Aguilera se adornó con un vestido de noble y rico tambien y elegante, pendiendo de su cintura una finísima daga, y calzando, cual caballero, luciente espada toledana.

Restaban pocas horas, breves instantes, para ver cumplidos sus amorosos deseos.

Palacio todo se hallaba en plácida inquietud, pues era universal el afecto que se habian conquistado los dos amantes.

Aguilera esperaba en su estancia, recibiendo el parabien de algunos caballeros, cuando se presentó un page y le dijo:

—Tomad y leed.

Era un billete misterioso, cuyo contenido así expresaba:

«Un amigo leal os espera: vuestra existencia peligra: bajad y sabreis la inicua trama de que aun podeis salvaros!»

Se agitó Rodrigo con la lectura del importante mensaje, y pretestando una entrevista con el rey, salió de su aposento y encaminóse al sitio de la cita.

La noche comenzaba á cerrar el horizonte, y las campanas hendian su lúgubre sonido de la oracion, cuando Aguilera descendió por una escalerilla secreta del palacio con objeto de salir á un rincon oscuro de la calle, en cuyo sitio aseguróle el pagezuelo que le esperaban.

Un embozado salió á su encuentro.

—Quién sois?—preguntó tranquilamente Aguilera.

—Vuestro rival.—Repuso Alvar de Luna desembozándose.

—Viven los cielos!—esclamó Rodrigo;—aseguraban que érais muerto! El destino os trae á que lo seais por mi propia mano!!!—Y tiró rápidamente de su daga.

—Vos sí que vais á morir, audaz aventurero!—dijo el de Luna retirándose.

A este tiempo, otro embozado púsose á espaldas de Rodrigo de Aguilera, y al levantar este el cuchillo para herir á su rival, recibió traidoramente una profunda estocada que sólo permitió exhalase un horroroso grito.

A la media hora se hallaba el real alcázar sumido en la mas cruel incertidumbre: nadie adivinaba la ausencia del trovador. Cuando le encontraron desangrándose, fué universal el duelo, y el rey, á quien en su delirio maldecia Aguilera, bramaba de corage, jurando venganza y esterminio contra los malvados agresores.

Los médicos no confiaron en la salvacion de Rodrigo: Elvira lanzó iracunda su maldicion al rey, juzgándole culpable.

Se agilo Rodrigo con la lealtad del importante supe-  
saje, y protestando sus reticencias con el rey, salió de su  
apartamento y encaminose al sitio de la cita.

La noche comenzaba á cerrar el horizonte, y las panes  
panes bebían su líquido sonido de la oración, cuando  
Agüero descendió por una escalilla secreta del palacio  
con objeto de salir á un fincón oscuro de la calle, en cuyo  
sitio aguardó el pariente que le esperaba.  
El embuzado salió á su encuentro.

— ¿Quién sois? — preguntó, temblando.  
— Vuestro rival, dijo el otro, de una descomuni-  
ción.

## CAPITULO XII.

— Viven los cielos, exclamó Rodrigo, asustado por  
estas palabras! El destino es tan á propósito para mí pro-

### LA SONRISA DE SATANAS.

— ¿Por si que vas á morir, andas aventurando! dijo el de  
una tremenda.

En idéntica hora, aunque lejano sitio, aconteció igual  
y desastrosa escena.

Salió un hombre de atléticas formas, de colosal figura,  
con la cabeza volcanizada por el espumoso néctar de la Rioja  
que le habian suministrado en un oscuro tabernáculo, y se  
encaminaba al régio alcázar, con la dulce esperanza de  
completar en él la alegre fiesta que habia comenzado por  
la tarde en medio de placenteros camaradas.  
Iba solo, y como siempre sereno, sin darle un ardite  
por los traidores que á cada paso en aquella turbulenta  
época se encontraban.

Con decir que era Gonzalo, el escudero del rey, basta-  
rá para comprender que no sentia miedo alguno, á pesar de

que ya otras noches tuvo medrosos y arriesgadísimos encuentros.

Sucede con frecuencia que los hombres de más corazón y valentia vienen á ser juguetes del más cobarde, pues la confianza en su bravura les ciega, y como no son capaces de leve traicion, juzgan que los demás tienen iguales nobles sentimientos.

Habia Gonzalo traspuesto una esquina, y divisó al principio de la calle en donde penetraba, dos bultos, de los que no hizo mérito, y prosiguió impávido su marcha.

Colocáronse detrás, y uno de ellos acercóse con prontitud, y bien porque fuese demasidamente ágil, bien porque Gonzalo, con los efectos del vino, se viese imposibilitado, ó se hallase torpe á parar la embestida de su desconocido agresor, ello fué que desgraciadamente, cuando quiso ponerse en guardia, sintió la acerada punta de un puñal en lo mas profundo del costado izquierdo; golpe que le hizo besar la tierra y prorrumpir en dolorosos ayes y maldiciones.

El otro embozado, así que le vió en tierra corrió hácia el infeliz que se revolcaba en su sangre, y sacando una linternilla, cuya luz era apenas perceptible, tuvo la insolencia de contemplarle por unos momentos, lanzando una carcajada infernal, que hizo sentir á Gonzalo un dolor aun mas penetrante que el causado en su pecho por el sangriento cuchillo.

Gonzalo reconoció al Hechicero, que sonreia diabólicamente, insultando al moribundo:

Alzó la vista el Hechicero, y en ademán de rendir gracias á su falso profeta, exclamó con una sonrisa seme-

jante á la del ángel caído, á la del espíritu rebelde, en fin, á la de Satanás.

—Gloria á la venganza.! Hijo mio, ya estás vengado! Voy á morir dichoso!!!

Temiendo ser descubierto le arrancó de su impio éxtasis el que asesinó al indomable Gonzalo, y fuéronse á ocultar entre las sombras. El escudero del rey espiró entre los mas agudos tormentos.

### CAPITULO XIII.

---

#### LA CAIDA DEL FAVORITO.

Fuerte impresion causó á don Sancho el fin horrible de su valeroso escudero. Rodrigo de Aguilera no mejoraba.

Elvira cayó en un profundo pesar y maldecia en silencio al rey, á quien atribuyó el golpe fatal que habia impedido la realizacion de su anhelada ventura.

El rey se esforzaba en desvanecer las sospechas de la hermosa cuanto sin ventura beldad, y la reina, por otra parte, hallábase con inquietud viendo á su esposo en un constante enloquecimiento.

Un dia, exasperado el genial irascible del rey, vió este á la doncella, quien le recibió no solamente de un

modo frío, si tambien con ánimo resuelto de lanzar en su rostro las tremebundas sospechas que la agitaban.

—Es posible, criatura, que así te atrevas á calumniarme? Así correspondes á mi proteccion y nobles sacrificios?

—Dejadme, señor, que lllore en la soledad mis infortunios: vuestra vista, en otro tiempo dichosa para mí, es hoy un fantasma que me hace pedazos el corazon.

—Elvira!

—Disponed de mi existencia! Llamad al verdugo! mi alma os maldice!

—Miserable!!!

El rey no profirió mas palabra: se retiró lleno de amargura, jurando aborrecerla y sepultarla para siempre en un monasterio.

Adunáronse mil pesares en el ánimo de don Sancho.

Surgieron á un tiempo mil contrariedades que solo su valor podia haber resistido.

Puede asegurarse que su reinado fué una permanente lucha contra el destino adverso que le persiguió hasta su postrera hora.

Don Juan Nuñez de Lara, su favorito, su dichoso privado, resentíase en secreto de ciertas manifestaciones del rey, creyendo verdad lo que sus mismos enemigos habian do quiera propalado para separarlo del favor y de la direccion de los negocios del reino.

Todo se conjuró contra don Sancho.

Su favorito, asintiendo al rumor público y á las misteriosas y siniestras revelaciones del infante y de Alvar de Luna, auxiliados por la viuda del conde, desapareció del





## CAPITULO XIV.

---

### RECUERDOS HISTÓRICOS.

Los hombres públicos é importantes de aquella época de oscuridad y constante encarnizamiento, variaban á cada paso de afectos y de banderas, y de un modo el mas insolente agrupábanse en derredor de los que un dia habian sangrientamente rechazado.

En 1290, últimos del siglo XIII, algunos de los mas íntimos consejeros del rey don Sancho, envidiosos del cariño que este profesaba á don Juan Nuñez de Lara, trataron de indisponerlos valiéndose de cuantos medios estaban á su alcance, y hasta de anónimos avisando á Nuñez de que el rey queria matarle; lo cual creyó este y se fué huyendo, lo que estrañó mucho el rey, y habiéndose averiguado por medio de la reina el motivo de la fuga, hizo el

rey venia á don Juan Nuñez á Valladolid, pero los que trabajaban en tenerlos desavenidos, lo consiguieron otra vez, y Nuñez se fué á Navarra y de allí á Aragon.

En este tiempo la reina doña Maria dió á luz en Valladolid otro infante que llamaron don Pedro. Estando el rey en Huete, le llegó el aviso de que don Juan Nuñez entraba á correr el término de Cuenca y Alarcon, y envió sus huestes contra él que le alejaron cerca de Chinchilla, pero con tan mala suerte, que fueron vencidos por don Juan Nuñez y les quitó todos los pendones que llevaban; regresando despues de la victoria á Valencia donde se hallaba el rey de Aragon. En esta época enfermó don Sancho de cuartanas que le pusieron á peligro de muerte, y valiéndose de esta ocasion el rey de Aragon hizo muchas correrías por Molina, Sigüenza, Atienza y Berlanga, y regresó á su reino; pero apenas se recobró don Sancho un poco en su salud, volvió á tratar con la reina de los medios de sosegar á don Juan Nuñez, y al fin lo consiguieron, conviniendo en que este casase á su hijo con doña Isabel, hija de doña Blanca de Molina; y que le diese el rey castillos en rehenes, lo cual se verificó; pero habiendo vuelto los enemigos de don Juan Nuñez á indisponerle con el rey, se aclaró el motivo de la desavenencia, y quedó don Juan Nuñez desengañado y en íntima amistad con don Sancho.

En 1291 continuó su reinado haciendo estricta justicia al que la demandaba; firmó tratado de paz con el rey moro de Granada; contrató el casamiento del infante don Fernando su hijo, con la infanta doña Constanza, hija del rey don Dionís de Portugal; y para avenirse con el rey de Aragon, le ofreció por mujer su hija la infanta doña Isabel que

entraba en nueve años, y este ofreció casar con ella cuando tuviese doce años. En el año siguiente, 1292, nació de la reina doña María otro infante á quien llamaron don Felipe; cercó y tomó á Tarifa, y habiendo sabido que doña Isabel de Molina había muerto y quedaba doña Blanca sin heredero forzoso, la envió á decir que nombrase por sus herederos á él y la reina su mujer, lo cual verificó, y á los pocos meses murió doña Blanca, y quedó el Señorío de Molina agregado á la corona de Castilla.

Puso en libertad á su hermano el infante don Juan, pero este volvió á rebelarse contra el rey, y por otro lado don Juan Nuñez, y perseguidos ambos por el rey, el infante se metió en Valéncia, y don Juan Nuñez en Castro, por lo cual el rey acampó en medio de los dos en un lugar que dicen Pajares, impidiendo que se socorriesen uno á otro ni que les entrasen viandas, por lo cual Nuñez se avinó con el rey, y el infante don Juan se fué á Portugal, y desde allí á Alburquerque. Posteriormente lidió don Juan Nuñez con el infante don Juan, y cayó aquel prisionero, siendo llevado á Alburquerque, donde propuso al infante que le pusiera en libertad y le ofrecia ayudarle contra don Sancho. El infante aceptó la proposicion y convinieron en que esta palabra la asegurase ante el rey de Portugal, y salieron los dos para allá; pero don Juan Nuñez llegó un día antes, y poniéndose bajo la proteccion de aquel rey, le pidió le amparase porque creia que no debia valer para nada el pleito homenaje que hizo estando preso. Así lo creyó tambien el rey de Portugal, y puso en salvo á Nuñez en el reino de Castilla, quien fué muy bien recibido en Toro por el rey don Sancho, y

contado el caso, acordaron todos los de la corte que era nulo el homenaje que hizo al infante don Juan.

En Toro dió á luz la reina doña María otra infanta que llamaron doña Beatriz, y estando el rey en Valencia le llegaron noticias de que el rey de Granada le queria mover guerra, por lo cual envió á la frontera de aquel reino á don Juan Nuñez y otros caballeros, y mientras estos estuvieron en Córdoba nunca se atrevieron los moros á hacer ningun perjuicio ni correria en aquella tierra, muriendo allí don Juan Nuñez, cuya muerte causó mucho sentimiento al rey don Sancho.

Cuando el rey conquistó á Tarifa puso allí de teniente suyo á don Rodrigo, maestre de Calatrava, dándole dos cuentos por ello, y posteriormente don Alonso Perez de Guzman ofreció desempeñar esa tenencia por seiscientos mil maravedis, lo que le fué concedido por el rey; y en el año siguiente, 1294, fué el infante don Juan lanzado de Portugal y embarcándose en Lisboa se dirigia á Francia, cuando una tempestad le arrojó en tierra de moros en Tánger, y tomó partido con Abenjacob que estaba en Fez, y desde allí vino á combatir á Tarifa; siendo esta la época en que amenazando al infante don Juan que si no le entregaba la plaza mataria un hijo de Guzman que tenia en su poder, su padre tiró desde las almenas un cuchillo diciendo que antes de ser traidor á su rey, queria que muriese su hijo, para lo cual les enviaba el cuchillo; y don Juan mató á aquel jóven, y viendo que no podia tomar la plaza se volvió al otro lado del mar.

contado el caso, acordaron todos los de la corte que era  
nulo el pontificado que hizo el papa don Juan.  
En Toledo dio a luz la reina doña María otra infanta  
que llamaron doña Beatriz, y cuando el rey en Valencia  
le llegaron noticias de que el rey de Francia le quería  
mostrar guerra, por lo cual envió a la frontera de aquel  
reino a don Juan Nuñez y otros caballeros, y mandó  
estas estancias en Córdoba nunca se alzaron los brazos  
a hacer ningún perjuicio ni guerra en aquella tierra.

### CAPITULO XV

—  
sentimiento al rey don Sancho.  
Cuando el rey compró a Tarragona alii de los reinos  
tuvo a don Rodrigo, marqués de Cataluña, dándole dos  
cuentos por ello, y posteriormente don Alonso Perez de  
Guzmán ofreció desamparar sus reinos por sesientos  
mil maravedís, lo que le fue concedido por el rey, y en  
el año siguiente, 1294, fue el conde don Juan lazado de  
Portugal y empujándose.

### LA REVELACION.

Critico era el estado del reino.  
Los partidos o bandos acrecian por doquiera, y el úl-

timo periodo de la dominacion del rey don Sancho IV el Bra-  
vo, tuvo iguales desastrosas adversidades que su prin-  
cipio.

Nuevos aduladores se disputaban la régia privanza;  
ninguno veia mas allá de su ambicion y de su particular  
interés, postergando todo otro noble sentimiento.

El rey comprendia su difícil situacion, y luchaba con  
la violencia de su carácter y la imposibilidad de abafir  
á sus implacables enemigos.

Sentia profundamente la ausencia de Elvira, ya reli-  
giosa, y no le era fácil borrar de su imaginacion el enojo-

airado de la doncella, ni la repugnancia que mostró Rodrigo á permanecer á sus órdenes.

Elvira cayó bajo el terrible anátema del rey, hundiéndose en un claústro, desesperada de la salvacion de Aguilera.

Este recobraba con lentitud su bienestar, ignorando absolutamente la situacion de su amada.

El rey tambien sentia no haber ejercido una ejemplar venganza contra don Gutierre de Velasco, muerto de desesperacion y de orgullo, no doliéndole menos el fin tragico de Gonzalo y la fuga del maldecido Hechicero.

El rey vislumbraba su fin cercano, y como en tropel agolpábanse en su mente y en su corazon febriles delirios y tremebundos pesares.

Una tarde salió fuera de Burgos, seguido únicamente de dos caballeros, y adelantándose algunos pasos, dejó rienda suelta á su imaginacion, abismándose en un cúmulo de disgustos y cavilaciones.

Habia llegado á una pequeña esplanada, circuida de algunos espesos matorrales, desde cuyo punto descubriase la ciudad de Burgos y la ribera de su famoso rio.

Los dos caballeros que seguian al rey, notaron que iba en pos de ellos un anciano, de grave aspecto, de blanquísima y larga barba, con trage haraposo, y no dudaron que intentaba hablar á don Sancho, quizás para exigirle un auxilio contra su bien patente miseria.

Saludó á los caballeros, mas el rey, alejado una corta distancia, pensativo y lleno de mil opuestas cavilaciones, apenas hizo alto en la aparicion del repugnante pordiosero.

Habia dejado su caballo, que tenían de las riendas con los suyos, los dos pages que le acompañaban, y se reclinó en un asiento de piedra con el fin de respirar en aquel ameno soto el puro ambiente y el vivificante aroma de las flores.

No atreviéndose á interrumpir la intencion del pordio-sero, y estrañando mucho su actitud y su figura, le dejaron pasar, y vieron que se humilló ante el monarca.

Este, como tornando de una triste pesadilla, alzó los ojos y se encontró con los de un espectro, é involuntariamente se estremeció á pesar de su notoria sangre fria.

—Quién sois? qué me pedis?—preguntó el rey airadamente.

—Nada, señor.—Repuso con tranquilidad el anciano.

—Pues á qué os llegais hasta mi persona?

—Para saludaros y serviros.

—Y en qué podeis servirme?

—No en todo lo que os interesa : ojalá pudiese devolver á vuestra naturaleza el vigor y la robustez que en otro tiempo tenia! Mas no es posible : vuestro rostro, señor, indica el mal profundo que padeceis.

—Y te gozas en recordármelo?

—Es otro mi objeto, señor, si quereis escucharme.

—Marchad : y respeto vuestros años y miserias... que de otra suerte...

—La ira de Dios es terrible : tambien lo es la de los reyes, cuando como vos, la ejercen contra sus vasallos.

—Qué decís? miserable!

—Perdonad, señor : quiero decir que espanta la cólera de un rey ; mas respecto de mí, no ocurre la misma circunstancia.



—Sois un loco! Vive el cielo!

—Soy un pobre anciano, lleno de achaques, aunque no de remordimientos.

—Sois el mismo Satanás, y un rayo te confunda!

—Detened, señor, y oidme un instant:.

El rey se habia levantado: los dos jóvenes que le escoltaban hicieron ademán de ir en su auxilio, pues comprendieron que don Sancho manifestaba inquietud y disgusto.

Mas deseoso de ver en lo que terminaba la intencion del pordiosero, les hizo señas de que se mantuviesen alejados, y él dijo á su interlocutor de esta manera:

—Despachad, y no intentéis atormentarme con vuestros delirios.

—Delirios! todos, señor, los padecemos: tampoco de ellos se salvan los reyes: la humanidad sufre iguales miserias.

Chocábale al rey la alliva forma en que se espresaba el anciano.

—Y bien, qué pretendéis decirme con eso?

—Que debiais ser indulgente con mi ancianidad y con mis rigores, puesto que ni aun vos libre os veis de ellos.

—Y quién te ha dicho que yo...

—Vuestro semblante lo revela.

—Sabes que por insolente, y á pesar de tus años y de tu desgracia, mandaré que te arranquen la lengua?

—Imposible!

—Cómo imposible?

—Recordais la ansiedad que un tiempo sufriais por descubrir el secreto de la desventura de Aurora?

—Cielos! qué escucho?

—Recordais las consultas que hicisteis á un judío, á quien se le reconocía por sábio?

—No ha muerto? Le conociais vos, anciano?

—Mucho.

—Os dijo tal vez...

—Lo sé todo.

—Te burlas?

—Aquí teneis las pruebas.

El pordiosero entregó al rey una cajita de oro, primorosamente labrada, y tocado un resorte, abrióla y encontró algunas preciosísimas alhajas.

—Dios santo! Quién te entregó este rico tesoro?

—Don Gutierrez.

—Luego...

—Don Gutierrez fue el traidor, causante de vuestro infortunio.

—Ira de Luzbel! Y no me he vengado! Infame hechicero! Tu vil reserva, tu inmundo engaño me privó de la dulce venganza!

—Os equivocais, señor.

—Os lo dijo?

—El guardaba esta reliquia de vuestro amor en el subterráneo de unas ignoradas ruinas, y sin vuestra impaciencia...

—Oh! si viviese...! Mas al fin sufrió el castigo que por sus infernales hechicerías mereció tan impuro y charlatan astrólogo!

—Padeceis un error.

—Qué? Te atreves á salir en su defensa? Eres tú su amigo?

—El astrólogo fué indignamente maltratado por el escudero Ganzalo, quien faltó á su palabra, despues de hecha la revelacion, despues de manifestarle el sitio en donde se ocultaban esas joyas; además, tenia una palabra de su rey que debió respetar aquel feroz asesino.

—Y tú quién eres? Cómo han venido á tu poder estas preciosas alhajas?

—Yo soy Daniel... el mismo á quien insultábais, juzgándole un sábio Hechicero: yo, que salvé de la muerte, para tener el indecible gozo de cumplir un juramento: la venganza de mi adorado hijo!

—Luz de Dios! tú el Hechicero!! Sombra maldita!

—Maldecidme! Sí, maldecime y entregadme, si quereis, al verdugo!

—Alma de Satanás!

—La vida es para mí un peso insoportable: haréisme favor en arrebatármela. Decretad mi muerte: sereno escucharé la sentencia: mas tranquilo que lo estais vos, juguete ahora de martirios y negros remordimientos!

—Insolente!

El rey sacó la daga para herirle, mas se detuvo y llamó á los dos caballeros que le custodiaban.

—Llevadle! Es un loco! No, no: dadle al verdugo! Es un vil impostor..! un asesino!

Antes que pudiesen llegar á él, dijo en tono firme á don Sancho:

—Faltais como rey! faltais como caballero!

—Villano!

—Me ofrecisteis perdon si os revelaba el traidor á vuestros amores.

El rey se golpeó la frente con la mano en señal de un triste recuerdo : el Hechicero prosiguió:

—Aumentad vuestros estravios! entregad á un miserable viejo al verdugo, como habeis sepultado en la lobreguez de un claústro...

—A quién..!

—A vuestra hija!

—Dios me confunda..!

Prorrumpió el rey en esta exclamacion de un modo espantoso: guardó la cajita, y volviendo la espalda á Daniel, se fué con los pages, y retorciendo su corazon un vivo pesar, enderezó á galope á la ciudad de Burgos.

## CAPITULO XVI.

### EL ANIVERSARIO.

Cuatro años despues de este suceso, allá por los de 1295, en una tarde de etono, fresca, pero despejada y tranquila, paseaban por la márgen del Arlanzon un jóven capellan y un caballero, y departian acerca de los nuevos azares que la política por entonces ocasionaba, cuando repentinamente oyeron el planidero sonido del campanario de las Huelgas.

El capellan lanzó un suspiro, y sacando el pañuelo enjugóse algunas lágrimas : despues hizo oracion por algunos instantes.

Viéndole el hidalgo tan conmovido, preguntóle por la causa de su tristeza, y el sacerdote le satisfizo de esta manera :

Hará poco mas de cinco años que ocurrió en esta ciudad una sangrienta aventura.

Aquí trazó la historieta que hemos narrado, hasta la presentacion del Hechicero al rey, haciéndolo de un modo breve, pero en acento enternecido, y despues de haberse puesto al pié de un corpulento sánce, prosiguió de esta suerte :

Aunque la doncella, la hermosa Elvira, despues de tan funesto accidente, sintió en el alma la muerte del supuesto autor de sus dias, no renunció al casto y puro amor que profesaba á Rodrigo de Aguilera, quien á sus ojos parecia realizado por sus nuevas y heróicas hazañas.

Creíale sin embargo próximo á sucumbir á causa de sus honrosas heridas, y por otra parte, el misterioso proceder del rey don Sancho, quien hacía ella mostraba un amor extraordinario, la indujeron á retirarse del mundo, en el cual únicamente esperimentó sobresaltos y desventuras.

No la fué posible desvanecer su justa pena, su acerbo dolor, ni tampoco alcanzar lo que deseaba, que era sepultarse en un monasterio, pues el rey lo impedia, y tuvo necesidad de herir su violento carácter, y aun de maldecirle, para que la despidiese de su lado, lo que al fin se realizó con grande alegría de la reina, á quien los aduladores, los pérfidos cortesanos, hicieron creer que la bondad de don Sancho hacía Elvira se fundaba en impuros deseos y en siniestras y torpes liviandades.

Afrontaba Elvira una espantosa y crítica situacion: casi adementada por el intenso dolor de tan encontrados y hórridos disgustos, hubiera fallecido : mas el Señor, que veló siempre por su inocencia, supo tranquilizar su alma, reanimar su cuerpo, amparando á la sin ventura contra los desatados vendabales del mundo.

La soledad del religioso y augusto recinto de las Huelgas, fué para Elvira, aunque por breve tiempo, el bálsamo celestial que mitigó sus rigores, la mansion de inefable quietud y dulce recogimiento que inspiró tranquilidad á su espíritu, y la calma del justo á su corazón cristiano.

Era, no obstante, una flor marchita que por la divina permission y el influjo de su virtud, semejaba lozania y frescura; pero en realidad, su exterior hermoso y peregrino era no mas, este es mi sentir, que el soplo vivificante de su alma angélica, superior á las desdichas humanas; de tal suerte, que sin perder su sonrisa de candor, su mirar dulce y amoroso, fué Elvira lentamente espirando, como se desvanece el brillo de una rosa lejos del tallo verde á quien la tierra dá vida y robustece.

Ya no era mas sino que una luz errante, aunque viva, fugaz y pasajera, pues el torbellino de las desventuras habíala arrebatado su resplandor, sepultándola entre las sombras de la nada.

Se hizo por su virtud y continuas y fervientes oraciones un modelo de santidad y de pureza, encantando á las demás religiosas con su risueño y modesto semblante, y la eficacia con que las servia, desviviéndose por complacerlas.

Practicó por último una vida ejemplar, verdaderamente monástica, no siendo ya criatura humana, y sí un resplandiente serafín de la corte del Eterno.

Yo mismo la acompañé hasta la triste pero magestuosa mansion que habia de servirla de inmarcesible tumba.

Llegó á caer en el lecho del dolor.

Su mente no podia enagenarse de la memoria de Ro-

drigo, ni del espanto que le produjo el rey á pesar de los esfuerzos que hacia su alma, y de los armoniosos cánticos de las religiosas, que oraban al pie de la moribunda cual ángeles del cielo encargados de recoger su espíritu para trasportarle á las sublimes regiones de la gloria.

Un delirio ardiente y cruel atormentó á la infeliz por algunos dias.

El último, cuando se imaginaban todos la reaparicion de un milagroso alivio, al ver que sonreia y brillaba en su semblante una luz misteriosa, pero bella y fúlgida, la presencia del hombre á quien contra su voluntad y equivocadamente aborrecia, renovó su febril desvario, y señaló Dios sus últimos instantes.

Sucedió, que al declinar el dia, ya cubierto de sombras el firmamento, escucháronse recias llamadas á la puerta del claustro, y la superiora del monasterio, sin saber la causa de aquellos súbitos y fuertes golpes, salió por sí misma á informarse, y reconviniendo por aquellos inusitados ademanes á los desconocidos que llamaban, y amenazándoles con que tocaria á *rebato*, escuchó estas palabras:

—Abrid!

—Quién sois?

—El rey de Castilla!

Franqueáronse las puertas, y las religiosas hubieron de quedar aturdidas y atónitas, pues no les era dable adivinar la causa de la presencia de don Sancho.

Habló este con la superiora, y entrambos dirigieron al aposento de la desdichada Elvira.

Quedándose únicamente el rey, hubo de contemplarla por algunos instantes.



El rostro de Elvira, encendido por la fuerza del ardor febril que la devoraba, destacábase radiante de pureza y hermosura.

Don Sancho la contempló en un éxtasis en que se mezclaban el amor, la ira y el sentimiento de la mas profunda tristeza.

Acercóse pausadamente, y cuando ya hubo de estar próximo al lecho, asíóla una de sus blancas manos, y la estampó un beso de indecible ternura.

—Ella es!—prorumpió entre sollozos—Ella es! Su semblante es el de Aurora! Infeliz criatura! Cuánto has sufrido, siendo inocente y cándida como un ángel! Rayo del infierno..! Por qué no descubrí antes su existencia..!

El rey se inclinó á besarla, mas la doliente virgen alzó sus encendidos ojos, hizo un esfuerzo así como para coordinar sus dispersas ideas, y por último, al exhalar un ay! tremebundo, manifestó haber reconocido á don Sancho.

—Huid! dejadme! Rodrigo, defiende á tu Elvira..! Huye, sombra de Satanás..! Yo te maldigo!

En estas y otras exclamaciones prorumpió la infeliz doncella, en tanto que el rey apretaba tierna y cariñosamente su mano.

—Maldíceme, si; maldice al autor de tu infortunio..! oye, por Dios, Elvira..! Escucha la pena que me despedaza el corazon..!

—Despejad! Huid!

—Por Dios, Elvira..! Escucha el acento de la mas íntima pena..!

—Os complaceis en atormentarme?

—Elvira! Yo soy el que sufro desgarradoras inquietudes..!

—Hombre audaz! No martirices mis últimos momentos! La maldicion del cielo..!

—No! Elvira, no: maldices á tu padre!!!

—Mi padre!

—En hora menguada lo he descubierto!

—Mi padre! Un rayo de luz ilumina mi espíritu; comprendo nuestra desventura... perdonad... padre mio... Díos se compadezca de nosotros !!!

La infeliz inclinó su frente pura y nacarada como el brillante color de la azucena, y se oscureció para siempre la seductora hermosura de sus ojos.

El rey lanzó un grito de desesperacion: cubrióse el rostro con las manos, y apoyado en el brazo de su page, salió silencioso y afligido del monasterio.

Sus campanas nos recuerdan hoy el cuarto aniversario de su muerte.

El monasterio de las Huelgas encierra tan preciosa joya de angélica esplendidez y de virtud sublime.

Derramaremos una lágrima en su memoria, como si nos fuese posible orlariamos su bello sepulcro con una fragante corona de siemprevivas!

Complacido, aunque triste, manifestóse el caballero de la narracion del sacerdote.

Este guardó silencio por algunos instantes: despues, interrogado por su amigo, prosiguió de esta manera:

—Rodrigo de Aguilera se hallaba convaleciendo de sus heridas en la cabaña de Jorge.

Aquella virtuosa familia cuidó de él como si fuese un idolatrado hijo.

Ignoraba la suerte de Elvira, y únicamente le manifestaron que pensaba retirarse á un monasterio interin las circunstancias no cambiasen favorablemente para los dos.

Yo iba á visitar al bueno de Rodrigo, y notaba que su corazon no podia olvidar la bella imágen de Elvira.

Lanzaba tremendas acusaciones contra el rey, á quien equivocadamente atribuia el origen de su infortunio.

Una tarde paseaba por uno de los vallecillos próximos á la cabaña de Jorge, cuando vió llegar hácia sí dos caballeros que montaban en dos briosos corceles; detuvo sus pasos, y como herido de una feliz idea, se ocultó en la espesura de un bosque, imaginando si los viajeros podrian venir á buscarle de orden del rey, á quien habia jurado no ver mas, pues su pensamiento no era otra que luego de hallarse restablecido, arrebatarse á Elvira, recibir la bendicion sagrada, y huir hácia Aragon, para libertarse de una vez de sus fatidicos perseguidores.

No se equivocó Rodrigo: los que llegaban venian en su busca, y uno de ellos era el rey en persona.

Llegaron á la cabaña, y á sus ruegos, mas que á su imperioso mandato, fué Jorge á manifestar tan estraña novedad al infeliz Aguilera.

Aunque con repugnancia, obedeció por salvar á Jorge de un contratiempo.

Saludó al rey: este mantúvose grave, y mandando que despejasen todos la cabaña, quedó solo con Rodrigo.

—Un noble deseo, —le dijo; —una intencion buena me trae en tu seguimiento. Conozco que has repugnado mi pre-

sencia, y que hasta has proferido injurias contra mis leales sentimientos.

—Señor, únicamente ambiciono el retiro, la soledad: yo agradezco vuestros altos favores; mi salud no es á propósito para las fatigas de una existencia espuesta siempre á inesperados rigores.

—Exijo que vengas á mi lado: yo tendré con tu vista un gran consuelo.

El rey se enterneció, y en frases desacordes hubo de revelar á Rodrigo la muerte de su adorada Elvira, y la inesperada circunstancia de que el rey era su padre.

Aguilera prorumpió en desahogados gritos, y los que habian salido de la cabaña entraron otra vez involuntariamente á informarse de lo que oían, creyendo se ocasionaba una catástrofe.

Por último, Jorge supo el motivo de aquel terrible sentimiento de Aguilera, y el rey, que durante su enfermedad le habia favorecido sin él saberlo, consiguió llevarle en su compañía y le colmó de gracias y bondades.

Todo fué en vano: Aguilera no podia resistir al deseo de la venganza contra Alvar de Luna, y mas cuando supo que el infeliz cuanto valeroso Gonzalo sucumbió á un golpe vilmente asestado por el Hechicero, así como que sus heridas las abrió la mano infame de Ludovico á instancias de su rival.

Se hicieron esquisitas diligencias por descubrirlos, pero inutilmente.

Prévio el asentimiento del rey, Rodrigo salió una noche, sin despedirse de mí, ni de sus buenos amigos Alonso Batalla y Alma-negra que estaban al servicio de don Sancho.



## CAPITULO XVII.

---

### LA BRUJA Y EL HECHICERO.

—Toda vez que aun nos resta una hora de sol y que nadie nos interrumpe, seguiré la historia de los que llevo en el corazon como dulces recuerdos de mi juventud, y por quienes pido á Dios en mis oraciones.

Segun os decia, Rodrigo de Aguilera desapareció cierta noche del palacio.

Ignorábase el sitio en dónde residia el Hechicero, así como la suerte de Alvar de Luna y de Ludovico.

La ciudad de Burgos vióse un dia en grande alarma y sobresalto.

Cundió el rumor de haberse establecido una escandalosa secta de judíos, con su correspondiente sinagoga, y la sencillez del pueblo dió entrada á la credulidad, exagerando las nuevas que de boca en boca circulaban.

Aconteció la desaparición repentina de una hermosa doncella de rica y alta alcurnia, y se divulgó el recelo de que había sido arrebatada por los brujos, moros renegados y judíos.

Como la tal doncella tenía fama de pureza y de santidad, lo creyeron mas cierto, y aun se aseguró que la bruja Dorotea, á quien nadie veía en sus antiguas travesuras desde el escarmiento que os he referido, era la causa del rapto de la jóven, cuyos padres, muy principales, practicaron las mas vivas diligencias para encontrarla.

Ved que una noche, hallándose en cierto parage bebiendo y solazándose unos cuantos jóvenes, entre ellos el valiente Alma-negra y Alonso Batalla, suscitóse la conversacion del imprevisto y ruidoso acontecimiento.

—Señores, -dijo uno de los circunstantes;—la oración ha sonado: el tiempo no está para chanzas; debemos irnos cada cual á su retiro, no sea que el diablo, que hoy anda suelto, nos eche sus afiladas uñas y demos al traste en algun abismo del que no podamos salir nunca.

—Bah! bah! te asustas de hechiceros, -esclamó Alma-negra. -Vacia otras botellas á la salud de los que no tienen miedo.

—Tienes razon, -añadió Alonso Batalla;—otras copas á la salud de los que saben reirse de niñerías y embustes de viejas.

—Que si quieres, -interrompió uno de los circunstantes;—vosotros mismos os quejábais no hace mucho tiempo de la muerte de Gonzalo, á quien segun fama asesinó el Hechicero.

—El Hechicero era un viejo chocho é hipócrita.

—Lo cierto es que Rodrigo fué tambien herido por una mano alevosa, y aun hay quien dice que su desaparicion se debe á los que entonces trataron de asesinarle.

—Y en qué ocasion! En el momento de su boda!

—¡Infeliz Rodrigo!

—Qué lástima!

—Puede ser que el Hechicero...

—No habéis desatinos: el mago Daniel fué arrojado al río, y su alma estará ardiendo en los infiernos.

—Esa gente no muere.

—Cáspita!

—Son espíritus infernales que de vez en cuando aparecen, atropellan á sus enemigos y tornan á sus lóbregas moradas.

—Lo que es de esa gente poco recelo sentiré yo en mi vida, —dijo Alma-negra.

—Y por mi parte, me río de los crédulos, —añadió Alonso Batalla.

—Reiros lo que gustéis: yo me iré á casa con mi credulidad: buenas noches.

—Dios os guarde.

—Hasta mañana.

Y de este modo fueron despidiéndose los concurrentes, quedando únicamente en aquel recinto Alonso Batalla y su compañero Alma-negra.

—Qué te parece?—preguntó el último.

—Que son unos cobardes.

—Les aterran los espíritus.

—Yo solo temo á los de carne y hueso.

—Otras copas! Mozo! mas vino: despacha!



—El caso es que hasta en el palacio, según habrás visto, Alma-negra, se dá crédito á ese rumor que cunden los viejos y los niños.

—Vaya si se cree! Mas el rey no lo atribuye á esa causa: no obstante, buen amigo Alonso, aquel anciano que le sorprendió en el bosque... dicen que era el mismo Daniel, aunque yo oí mil veces á Gonzalo que le arrojó en lo profundo del Ebro.

—Imposible que fuese el mago...

—El rey se preocupó mucho.

—Aun hay quien dice, si Rodrigo...

—Rodrigo ha marchado á Italia en busca de distraccion contra sus penas, lo cual no apruebo: pues si bien Elvira era encantadora, hay cien y cien que no lo son menos; y con cualquiera de ellas me hubiese yo consolado; rey muerto, rey puesto.

—Es verdad.

—Ha tenido poca prudencia en irse á tierra estraña!

—Tal vez allí consiga gloria y laureles.

—Dicen que se ha unido á una compañía de bravos almogábares que desde Aragon pasan á Sicilia para continuar la campaña en favor del rey don Jaime.

—Dios le dé buena suerte!

—Bebamos á su salud!

—Bebamos!

Todo esto que os refiero, -continuó el sacerdote, -lo oí circunstanciadamente de las mismas personas que os cito, á la mayor parte de las que hará cuatro años que no he visto.

Como decia, los dos valentones, Alma-negra y Alonso

Batalla, riéronse de los exagerados rumores de la ciudad, y teniendo al día siguiente que acudir á su obligacion, pues se hallaban al servicio del rey don Sancho, ya muy entrada la noche, salieron para sus hogares.

El vino acaloró sus cabezas, mas su corazon estaba firme y sereno, sin pavura ni mujéviles espantos.

Así es que se dirigieron por lo mas oscuro de la ciudad, y al principio no tropezaron con nadie ni oyeron el mas leve ruido, pues la noble Burgos reposaba en el mas apacible sosiego.

A la sazón que los dos alegres guardias del rey habian estado burlándose de la credulidad de sus amigos, ved, ó mejor dicho, oíd lo que pasaba en un miserable albergue.

—Es cierto lo que aseguráis, buena Dorotea?

—Qué si es cierto..? No lo dudeis: aunque parece que estais olvidado, no es así, por desgracia: yo misma corro peligro si el cielo no se compadece de una infeliz mujer que á nadie ofende, ni estafa, ni calumnia; al contrario, yo soy objeto de la ira de muchos envidiosos y bellacos á quienes no quiero servir, porque ya me retiré del mundo.

—Hicisteis bien, Dorotea.

—Merced á vuestra bondad, tengo con que hacer llevar la vida, y para lo que me falta, sobrado me habeis favorecido: pero siento un no se qué... un remordimiento... y es sin duda la debilidad de mi naturaleza ya carcomida por los años: soy un miserable reptil sin tripas ni sangre: qué importa que me pisoteen... ja, ja, ja!

Y la bruja infernal soltó una espantosa carcajada.

Su huésped no era otro que el fatidico y anciano He-

chicero Daniel, que contemplaba á su amiga con un horror mezclado de cierta invencible repugnancia.

Los dos éranse unos espíritus de Satanás, cuya vida emplearon en maldades y hechicerías: dos lechuzas del averno, alimentadas con la sangre de inocentes cristianos.

—Yo no estoy arrepentido,—esclamó el mago;—he devuelto golpe por golpe; miento: mi hijo valia por tres, aun por mil escuderos. Gonzalo era poco para mi sed de venganza: así que la estendió mi furor hasta Rodrigo, Elvira, el rey, su privado, y quizá á estas horas, otros habrán sufrido los efectos de mi vengativa saña.

—Jesucristo!

—No os admireis, Dorotea: cuando el corazon rebosa en ira, el mundo parece poco; estoy tranquilo: venga lo que los hados quieran, afrontaré sereno sus rigores.

—Pues yo me indigno y me aterro en pensar si todavia algun condenado enemigo me sacará á la vergüenza...! Si viéseis lo que es estar espuesta al público, y azotada...! Los insultos del pueblo, que me juzgaba como á inmundada serpiente, me retorcian los miembros, y una convulsion horrible se apoderó de mi alma! Jesus!

A este tiempo se oyó un leve golpe en la puerta.

—Quién será? Dios mio!

—A quién esperábais?

—A nadie.

Los dos se levantaron: la vieja para ir á escuchar mas próxima á la entrada; el Hechicero para prevenirse contra cualquier accidente.

Volviéron á Hamar de un modo suave.

—Quién es?

- Abrid, Dorotea.
- Eres Magdalena?
- La misma.
- Qué traes á estas horas?
- Un aviso importante.
- Quién te envía?
- Mi lealtad. Abrid, que estais en peligro!
- Franqueó la puerta, y penetró una mujer, tambien muy anciana, y la dijo:
- Si quieres salvarte, huye al punto!
- Qué ocurre?
- Vengo de ver á Casilda, y me ha dicho que unos jóvenes han estado con su amante en cierto rincon de la ciudad, y todos han convenido en que el rey ha dado la orden de prenderos para que la justicia os ajuste no sé qué cuentas: se habla muy mal de vos y del sabio Daniel, pues dicen que ha resucitado, y es el mismo venerable señor que albergas en tu casa.
- Jesus y qué impostura!
- Cuéntase que teneis reuniones con los judíos, y que habeis robado á una hermosa doncella cuyos padres lloran su muerte, y juran tomar venganza: han acudido al rey, pidiendo os arresten y castiguen.
- Infames! Ya sabeis que hará unos tres años que no entiendo en sortilegios ni en amores, ni en aunar voluntades ni en abatir orgullos, ni en calmar querellas, ni en endulzar desdenes...
- Si, sí; ya sé que sois una santa arrepentida...
- Pues: una santa...! Cielos! qué desventura! Y á dónde me refugiare esta noche? Si quereis darme abrigo...

—Imposible, Dorotea: vine á avisaros, agradecida á vuestras mercedes... mas nos arriesgamos, nos perdemos todos si nos encuentran juntos.

—Volo al diablo! Pero sabeis si esta noche...

—No le dudeis: os buscan.

Salió el Hechicero, é informado de los rumores que corrian, despidióse de Dorotea, quien intentó detenerle diciendo:

—Señor Daniel... no asegurábais que no temiais? Me abandonais? Ingrato!

—Buena Dorotea: cuando un buque naufraga, cada cual procura salvarse á su modo, segun los recursos que le depa-  
ra la suerte: el profeta os guarde!

—Maldicion! Satanás te confunda!

El Hechicero salió á buen paso, resuelto á no volver á Burgos, en donde se juzgaba con alguna seguridad, confiando en la promesa del rey.

La noche era triste y cerrada como la lobreguez de una caverna.

Ni una ronda cruzaba por las sombrías calles de Burgos.

Los dos camaradas, Alma-negra y Alonso Batalla, doblaron una esquina é hicieron alto.

Habian oido un rumor que les indicó la presencia de algun fantasma nocturno, de algun tierno galanteador ó amante aventurero.

Así al menos lo sospechaban.

El que iba hácia ellos tambien hizo alto.

Alma-negra dijo en voz baja á su compañero:

—Diantre! La oscuridad nos impide ver si es hombre ó

alguno de esos duendes que por hay diz que se agitan en las altas horas de la noche. Qué hacemos?

—Permanecer así hasta que se escuchen otra vez las pisadas: si viene alguien hácia nosotros, le aguardaremos, y despues se le recibe con la punta de las espadas: si vuelve el rostro, seguiremos nuestro camino, y Santiago con todos.

—No estaba demás seguir la pista á quien fuere.

—Para qué?

—Así sabriamos...

—Vana curiosidad.

—A veces...

—Suele costar muy caro el ser curioso.

—Escucha.

—Se aleja.

—Sigámosle.

Y Alma-negra impulsó á su compañero á seguirle.

Transcurridos unos instantes, nada oyeron.

—Sin duda se detuvo.

—Tal vez algun hermoso querubin le habrá franqueado la puerta.

—Se hubiese escuchado el ruido.

—Sigamos.

—Pardiez! que aunque sea yo solo, he de buscarle.

—No seas impertinente.

—Si no quieres seguirme—dijo Alma-negra á su amigo—yo voy en pos de ese duende, y voto al diablo que le he de reconocer, mal que lo sienta y se esconda!

Batalla por no abandonarle, enderezó sus pasos detrás de Alma-negra, y este los suyos en seguimientos del que aceleradamente huía.

A poco tiempo llegaron á una casa ruinosa, cuyos escombros obstruían el paso, mas el fugitivo, ejercitado quizá en aquellos tortuosos senderos, no se detuvo y desapareció repentinamente, cesando el ruido de sus pisadas.

—Ahora sí que aseguro que es duende: no hay mas que reflexionar en dónde se ha ocultado.

—Cualquier hombre que huye—replicó Batalla—se mete aunque sea en los infiernos; este será algun enamorado galán: dejémosle tranquilo.

—No por vida mia—contestó Alma-negra.

—Tendrás que esperar á los rayos de la aurora para que te iluminen la entrada de esta caverna infernal: lo que es en este instante, como no fuésemos pájaros nocturnos, dificilmente adivinaríamos la tierra que pisamos.

De allí á un momento exclamó con voz airada el intrépido Alma-negra:

—Quién vá?

Un grito penetrante de mujer, resonó en la concavidad de las oscuras ruínas.

—No te dije que había gato encerrado? Has oido el eco chillón de ese serafin nocturno? Por Satanás, que es donosa aventura!

—Dios de Israel! Amparadme!!!—gritaba la desconocida.

—Quién eres?

—Dejadme por Dios!

—Qué haces en este silio?

—Soy una pobre vieja.

—Tanto peor.

—Si será una bruja!

—Jesus, mil veces!

Alma-negra la tenia fuertemente sujeta de un brazo, cuyos huesos demostraban su flacidez, pues se hallaban tan descarnados cual una rama seca.

—No la sueltes, y veremos quién es esta diosa, perdida en la oscuridad de la noche.

—Cuerpo de Lucifer! He tropezado con el galan..!

—Qué dices?

—Toma tú, Alonso Batalla, á este ángel con uñas, mientras yo sujeto á este misterioso doncel, que debe ser un garrido mozo. Ay! perro judío.

—Se resiste?—pregantó Alonso Batalla al oír la fuerte y sentida esclamacion de su amigo.

—Me clavó un diente de acero..!

—Ira del infierno! Le ha herido!

—Ya está entre mis garras, y vive Dios, que va á pagar bien caro su mordisco!

Los dos desconocidos ocultaban sus nombres, por mas instancias que hacian los dos valientes mesnaderos del rey don Sancho.

La oscuridad proseguia: el cielo empezó á descargar horribles detonaciones, y un raudal de agua dió principio apenas habian estallado los primeros truenos.

—Salgamos de esta caverna:—dijo Alonso Batalla.—Marchemos, que de aquí á pocos pasos hay una imágen de María, cuyos devotos la tienen con luz toda la noche: á su resplandor veremos los semblantes de estos lobos en forma humana, ya que se empeñan en no decir á qué raza pertenecen.

—Si salimos de aquí, nos vamos á poner como una sopa: aguardemos unos momentos; además, que los relámpa-



gos son muy vivos, y espero que merced á su resplandor podamos conseguir lo que apeteecemos. Saquémoslos un poco á la boca de la caverna.

Efetivamente, al primer relámpago que iluminó rápidamente la tenebrosa y densa sombra del firmamento, lograron distinguir los rostros de los desconocidos.

Alma-negra lanzó una esclamacion de horror: conoció á la bruja Dorotea que sujetaba Alonso Batalla, casi ya sin aliento, pues se le oprimia con sus robustas manos.

Vieron asimismo un hombre de edad avanzada, de rostro iracundo, ya debilitado por la sangre que vertia, pues Alma-negra, cuando por él se sintió herido, le introdujo la punta de su espada por la parte izquierda del pecho.

Abandonaron las ruinas, llenos de repugnancia, y al dia siguiente la ciudad fué á contemplar aquel horrendo espectáculo.

El Hechicero Daniel y su compañera la vieja é hipócrita Dorotea, yacian tendidos sobre un charco de inmunda sangre.

Unicamente el rey, despues yo, supimos quiénes habian sido los ejecutores de aquella espiacion providencial, y puede decirse, merecida.

Vengada quedó la grave herida de Alma-negra, y el golpe mortal y alevoso del memorable cuanto infeliz escudero Gonzalo.

---

### CAPITULO XVIII.

#### LA FIESTA DEL CASTILLO.

— Vais á escuchar, dijo el sacerdote al caballero, despues de haber hecho una breve pausa, otra narracion que os ha de parecer interesante, y por la cual tendremos que rendir tributo de admiracion y de respeto á los juicios impenetrables de la Providencia.

Descollaba sobre la márgen del Ebro, en Aragon, y encima de una muy áspera montaña, cierto castillo, cuyo noble huésped era uno de los más renombrados caballeros del ejército del rey don Jaime II.

Habia servido en tiempo de su abuelo, y aunque muy avanzado en edad, conservaba el vigor de espíritu, aunque no de cuerpo, y se recreaba en oír la narracion de hechos heroicos y portentosas hazañas contra los moros.

Uno de sus hijos servia en Italia en las banderas de don

Jaime, rey de Sicilia y hermano del de Aragon, y comandaba una hueste de bizarros almogábares, de aquellos hijos de las montañas cuyo denuedo parece fabuloso.

El viejo castellano contaba además una bella sobrina, jóven de aventajada figura, de tez blanquísima como el alabastro, con una cabellera, luciente como el azabache, y en fin, unos seductores ojos, y además, y lo que sobre todo la realzaba, una pureza de costumbres, procederes tan honestos, que los comarcanos la apellidaron con el dulce renombre de *la Virgen de la montaña*.

No desmentía este honroso título.

Así que el noble señor del castillo, ufano con su hermosa sobrina, consolaba su marchita vejez con las gracias y donosura de Leonor, que este era el nombre de la incomparable virgen, cuyos atractivos y virtud atraian de todas partes numerosos adoradores.

Entre otros, la importunaba incesantemente un jóven que prevalido del parentesco que le unia al digno castellano, se orgulleció de merecer á Leonor, y como que insultaba á los demás al parecer desairados caballeros.

Don Guillen Artal de Luna, Gurrea y Garceran y Moncada, que así se reconocia al viejo señor del castillo, se prendó en cierto modo del mancebo, y casi toleraba el orgullo de verse correspondido por su sobrina, á quien trató de inspirar amor hácia el caballero, juzgándole valeroso y digno de su alcurnia.

Sucedió que en el torneo celebrado en Calatayud, famoso porque en él habia lidiado lo mas florido de la nobleza catalana y aragonesa entre sí, y contra la de Castilla, el jóven apasionado de Leonor salió triunfante por un golpe

de lanza dirigido por casualidad, mas bien que por su acierto y brayura, del cual rodó en tierra su adversario.

Aquel lance dióle alguna celebridad, y unida á la que él exageraba hubo alcanzado en Castilla, alucinó al Viejo don Guillen, que le dió palabra de unir su mano con la de su sobrina.

No era otro el afamado doncel que don Hernando Alvar de Luna, rival de Rodrigo de Aguilera, que armó contra este el brazo del alevoso Ludovico, page traidor á la causa del rey don Sancho.

Tambien seguia en sus amores al insolente Alvar de Luna el page Ludovico, quien de vez en cuando moraba en el castillo.

Erase una tarde de otoño: tarde que empezó serena y espiraba asaz fria y borrascosa.

—Eh! Rogerio...! Eh! vamos... hombre... qué diantre haces...? Ves cómo está la chimenea: trae unos tizones. Cáspita! y cómo zumba el viento por cima de las almenas! Cerrad bien las ventanas: parece que graniza... buen dia han tejido los de los ojeos: escelente partida de caza! De seguro que vienen hechos una sopa: pon mas leña, Rogerio: van á venir helados: tráemé á mí una botella de ese rico vino de Sorrento, y beberé á la salud del rey don Jaime: así mitigaré el duelo que me causa esta soledad: esta tarde, ni aun el honrado Mosen Ambrosio, capellan del castillo, se dignó visitarme: mi sobrina, con pretesto de ir á esperar á los de la caza, tambien se marchó con una doncella: de suerte, Rogerio, que si no es por tí, me quedo solo, y hubiera semejado á un encantador de esos que...

—Jesus!

—Te haces cruces, Rogerio?

—Vuesarcé me perdone.

—Tienes miedo?

—Yo? Quién? Yo?

—En otros tiempos eras muy bravo!

—Y ahora.

—Tú y tu señor, es decir, yo, estamos para pocas fiestas: pasó nuestra lozania; somos flores de invierno que se conservan á fuerza de calor y esmero: trae ese vino: despacha! te vas haciendo muy perezoso.

—Vuesarcé me perdone, eso consiste...

—En qué bellaco?

—En el tiempo.

—Sí: el tiempo es el mayor y mas temible asesino de la humanidad: que lo digan mis piernas: los brazos están robustos: la inteligencia fuerte y activa, y no obstante, no puedo moverme. Voto al demonio.!! trae ese vino: ya está bien esa lumbre.

El viejo castellano conversaba así con un antiguo escudero, de cuya lealtad y honradez tenia sobradas pruebas.

Se puede asegurar que Rogerio merecia su afecto y su confianza.

Con él se distraia muchas veces su mal humor, recordando sus remembrados hechos de guerra, y aun el antiguo page se mezclaba tambien en los mas árdulos secretos de familia.

Trajo la botella, que puso en el borde de la chimenea, y cuando iba á salir del anchuroso y entapizado salon, detúvose con su voz don Guillen, diciéndole:

—Me dejas, Rogerio?

—Señor...

—A do marchabas?

—Iba á salir del castillo en busca de...

—Vas tú á esperar tambien á los de lá cacería?

—Yo? Dios me libre!

—Pues á quién buscabas?

—A Leonor.

—No debe tardar.

—La quiero como si fuese hija de mis entrañas.

—Me gusta oírte con tan honrosos sentimientos.

—Lo merece.

—Es buena muchacha.

—Demasiado buena.

—Cómo?

—Si vuestra señoría no se ofendiese...

—Calla! Qué! esas tenemos? tambien entiendes de añaques mujeriles!! Lo que es el tiempo! Quién lo habia de decir? Un hombre tan rudo, tan áspero como las breñas en donde ha nacido... vamos, vamos... Rogerio, no lo creeria.

—Me he domesticado, señor.

—Hasta los lobos se hacen mansos. Y qué ibas á decirme de Leonor?

—Si vuesaarcé á mal no lleva...

—Habla lo que te se ocurra, pero gúarte de ofender á ninguno con tus maliciosas presunciones..!

—En ese caso mejor será no mover la lengua.

—Ahora mando yo que digas lo que pensabas antes referirme.

—No vale, señor, la pena: mas puesto que así es vuestro gusto, diré que no estoy satisfecho, perdonadme esta libertad, no estoy muy tranquilo por la elección que ha tenido á bien hacer la hermosa Leonor...

—Qué? miserable! Y te atreves?

—Temia vuestro enojo.

—Has cambiado de genial, Rogerio: no eres ya aquel veterano de las montañas, aquel intrépido y severo almogavar, cuyo cuchillo y hacha hacian temblar doquier á los enemigos de nuestra patria: no eres el que me acompañó á Sicilia con mi pariente el muy famoso Carlos Entenza y Moncada: en fin, eres una especie de brujo en el castillo, donde no te ocupas de otra cosa que de negocios de pagezuelos y doncellas.

—Soy siempre el mismo, pese al diablo! Unicamente el enemigo de la humanidad, como vos decís, ese señor tiempo... es el que...

—Sí: el tiempo es quien ha transformado tu altivo carácter.

—Señor: calmad la cólera; sabe el cielo que mas desearía volver á las andadas y correr por esos mundos, ya sobre los procelosos mares, ya sobre escarpados riscos, que vivir, salva sea vuestra noble compañía, entre estos muros, con mas arrugas que un pergamino, y peor talante y ceño que el de un ermitaño.

—Haz lo que yo: empléate en recorrer con la memoria los acontecimientos de nuestra vida pasada; el corazón, que es brioso y puro conserva siempre la sangre altiva y generosa. Pero cómo ha vuelto la tarde! Pardiez que el viento es un huracan endemoniado.

—Los demonios sí que...

—Rogerio... no seas misterioso, ó con este pedazo de mi antigua lanza, que me sirve de apoyo y de noble recuerdo, voy á enderezarte esa joroba, y hacerte menos imprudente y asustadizo.

—Yo asustarme?

—Sin cesar hablas de diablos.

—Digo, y perdóneme vuesarcé, Dios me confunda si no espresa mi lengua lo que siente mi corazón!

—Acaba...! ó te prohíbo hablar en toda tu vida.

—Presumo, señor, que vuestra hermosa y rica sobrina merece otro caballero.

Tan despreciable te parece, Alvar de Luna, vencedor en los torneos y valiente en los combates? No lleva además uno de mis ilustres apellidos? No descende asimismo de uno de los vencedores de Huesca y Alcorazaz, los famosos hechos de armas del glorioso y memorable Sancho Ramirez?

—Todo eso es muy digno, señor: lo reconozco, y me envanezco en haber servido y servir aun á las órdenes del que sabe aumentar esplendor al escudo de sus antepasados: mas esto no se opone á que yo desee para vuestra sobrina otro caballero de mas gloria y nombradía.

—La tiene suficiente, Alvar de Luna.

—Si os conformais, me callo.

—Y si no, replica.

—Señor...

—Te has vuelto mas presumido y malicioso que una mujer.

—Y qué me decís del page de don Hernando Alvar de Luna?



—De Ludovico?

—De ese que dicen no es ni aragonés, catalán, ni castellano.

—Sea de donde quiera, es un buen hombre.

—Tiene malas trazas.

—Y tú un exceso de malicia.

A esta sazón escuchóse un ruido estruendoso en el patio de la fortaleza.

—Ahi están los cazadores! Trae mas lumbre, Rogerio; y güarte otra vez de venirme con esas bellaquerías.

De allí á un momento penetraron en el vasto salon multitud de caballeros y algunas damas, entre las cuales brillaba la encantadora Leonor.

Saludaron todos á don Guillen, que los recibió con la mas estraordinaria alegría.

Antes de narraros la cena y otros sucesos, —dijo el sacerdote que tal historia contaba, —os voy á llevar á un sitio retirado del monte en que se erguia el formidable castillo.

Oid lo que pasó antes de la llegada de los bulliciosos cazadores.

Vivia en una pobre choza, al cuidado de un pequeño rebaño perteneciente al dueño del castillo, un pastor ya de edad avanzada, pero sencillo y bueno, y estraño á todo lo que no fuese cuidar sus primorosos corderos, y recojer algunas flores de los valles para rendir una fineza á la sobrina del poderoso castellano.

Leonor gustaba de ir algunas tardes á ver los corderillos: siempre se acompañó de una de sus doncellas.

Cuatro dias antes de la partida de caza, hizo su escursion á la choza, y como en ella no estuviese aun Crisós-

tomo, que así se llama el pastor, detúvose á la márgen de un arroyuelo, y quedó asaz pensativa ínterin su doncella recogió algunas pálidas florecillas de otoño para traérselas á su señora.

De allí á un breve instante escuchó preludiar una citara, y despues hendió los aires con acento dulce y triste, pero armonioso y apasionado.

Leonor quedó agradablemente sorprendida: la doncella se detuvo y no cogió mas flores.

Hé aquí la endecha que escucharon:

Como sin brújula, el mar  
recorre el triste marino,  
mi vida incierto camino  
cruza con hondo pesar.

Supe amar,  
pero nubló aciaga suerte,  
vil dolor,  
la esperanza de mi amor!

Dichoso el amante fiel,  
que sin sentir desventura,  
rinde amor á la hermosa  
sin contratiempo cruel!

Flor de un vergel  
fué mi hechicera esperanza...  
la ilusion  
que alimentó el corazon!

Dónde hallará el alma mia  
dulce paz?

Espiró la luz del dia...  
ya solo en la tumba fria  
gozaré felicidad!  
Cielos! Oh cielos! Piedad!

Conmovió extraordinariamente á Leonor el tono sentido de aquel misterioso bardo, y no supo qué pensar de tan extraña aventura.

—Has oído, Margarita?

—Señora, jamás oí voz tan dulce y apasionada.

—Quién podrá ser?

—Algun caballero... quizá... vos... sabreis... pues como os solicitan tantos...

—Qué dices?

—Rondan á todas horas el castillo los mas apuestos donceles de Aragon: no será extraño que alguno...

—Margarita..!

—Es una sospecha no mas...

Leonor sintió inquietud, y temiendo la presencia de algun atrevido, corrió á la cabaña de Crisóstomo.

Este llegó á poco rato, y despues de dejar en el redil á los corderos, fuése á saludar á la seductera sobrina de castellano.

—Vos por aquí, señorita..?—esclamó aparentando no haberla visto hasta entonces.

—Vine á ver mis corderillos.

—Señora... va siendo muy tarde: el sol se oculta, y esas nubes van á descargar un aguacero; y no quisiera que os sorprendiese, aunque me juzgo muy honrado con que un ángel se albergue dentro de mi oscura morada.

—Lo agradezco, Crisóstomo: únicamente el deseo de ver si os ocurría alguna cosa...

—Sois noble señora, despues de Dios, mi celeste amparo en la tierra.

El pastor habia comprendido la turbacion y ansiedad

de la sobrina del altivo don Guillen, y no dudó que el acento del bardo misterioso había impresionado su espíritu.

El pastor, aunque sencillo, manifestó por señas que deseaba hablarla, y la beldad hizo se retirase su doncella so pretexto de que fuese á distribuir entre sus predilectos corderillos las migajas de una especie de torta.

Ausente la que podia importunarlos, dijo Crisóstomo:

—He comprendido, señora mia, que os ocurre alguna nueva.

—Ninguna.

—Vuestro semblante lo indica...

—No, Crisóstomo: estoy sin inquietud: como siempre.

—Habeis oido los armoniosos tonos de un laud, y los dulces acentos de un trovador?

—Ciertamente, y con mucha complacencia.

—Yo tambien.

—Y no sabeis...

—Le he visto.

—Cielos! Yo recuerdo haberle oido otras veces.

—Tambien algunas noches, en horas altas y tranquilas, ha resonado su acento por estos valles: mas hasta ayer no he visto á ese misterioso bardo.

—Y quién?

—Ignoro su nombre y circunstancias.

—Es algun caballero?

—Su traje es muy extraño: dice ser catalán.

Leonór palpitaba de zozobra; por fin, se atrevió á preguntar á Crisóstomo.

—Y qué os parece?

—Un hombre grave y pundonoroso: sin duda su vida es una larga historia: cuenta hechos maravillosos: es muy despejado y se conoce que ha corrido lejanas tierras.

—Y no os dijo su nombre?

—Se deja ver pocas veces: se llama Arnaldo.

—Y qué trae por estas cercanías?

—Solo Dios y él lo saben.

La jóven iba tomando cada vez mas interés por el desconocido.

—Y no cuenta su vida?

—Refiere la de todo el mundo, porque su cabeza debe ser un tesoro de sabiduría.

—Tan sorprendente es su genio!

—Estraordinario!

—Si fuera posible... mas... no... no me interesa.

—El que le escucheis?

—Dios me libre!

—Ningun cuidado habria.

—Por...

—Es anciano.

La jóven palideció; pues habiase creído hallar en el trovador misterioso á un garrido caballero procedente de luengas regiones, y en fin, el bello ideal de su alma, que dicho sea de paso, no era cautiva del amor de Alvar de Luna.

—Bien, Crisóstomo; —dijo con indiferencia;— preguntadle si le ocurre alguna cosa, y si no se ofende, le socorreríamos, porque tal vez su vida errante se deslice entre la miseria.

—No está indigente: no muestra ser desvalido.

—De cualquier modo, no abusarás de mi confianza, ni con él ni con ninguno del castillo.

—Descuidad.

Iba á alejarse Leonor cuando Crisóstomo, haciendo un esfuerzo, violentando su respetuosa consideracion hácia la jóven, la habló de esta suerte:

—Oidme, señora, una palabra, y perdonadme si me atrevo á aconsejaros en pró de vuestra virtud é incomparable hermosura.

—Crisóstomo, qué decís?

—No dudareis de mi respeto y admiracion á vuestras celestiales prendas. No hay despues de Dios una criatura en el mundo que yo adore con tan vivo reconocimiento.

—Lo sé, Crisóstomo... pero qué pretendes? Qué quieres decirme?

Leonor estaba como atónita, viendo el ademán suplicante del sencillo morador de las montañas.

Este prosiguió:

—Mi fin es preservaros de un mal.

—Cielos!

—No os asusteis: está en vuestra mano el evitarle.

—Hablad.

—Me perdonareis?

—Dí lo que sepas.

—El caballero Alvar de Luna...

—Crisóstomo..!

—Si le ofendo, es en vuestro favor.

—Hablad: esplicaos.

—Es un caballero que no os merece.

—Me enalteceis mucho, Crisóstomo.

—Es indigno de vuestro amor: su vida...

La llegada de la doncella impidió continuar á Crisóstomo.

Leonor le hizo ademán de que agradecía su interés, encargándole únicamente al retirarse:

—Silencio!

Alejada Leonor, y viéndose ya la sombra de la noche enlutando el fondo de la montaña, llegó á la choza el desconocido bardo ó trovador, cuyo aspecto era grave y magistoso, realzándole una ya canosa y poblada barba.

—Os ha oído la sobrina de don Guillen,—le dijo Crisóstomo.

—Bella es en verdad!

—Es la misma virtud.

—Por eso cumple no desampararla.

—Se conmovió á vuestros acentos.

—Sí..?

—Vino á instuirse de quién era la tan seductora voz que habia escuchado.

—Noble merced la debo.

—Me encargó que os brindase con su proteccion, y que si necesitais algun auxilio...

—Generoso y levantado es su corazon.

—Es admirable su pureza.

—Por eso cumple no desampararla; entendeis?

—Ya indiqué alguna sospecha...

—Y bien...

—Produjo su efecto.

—Insistid, y la salvais.

El bardo, cuya residencia se ignoraba, dió gracias al

buen Crisóstomo, que le ofrecia su asilo como siempre, y se alejó á largos pasos de la cabaña.

Leonor estuvo pensando toda la noche en el acento del bardo, en las dulces armonías de su laud, y sobre todo en la insinuacion del sencillo habitante de la choza; y un cúmulo de congeturas, un tropel de sospechas, asaltaron su mente, hasta el punto de hacer huir el sueño de sus hermosos ojos.

Su doncella de nada se habia apercibido.

Nadie en la fortaleza era sabedor de aquel acontecimiento.

Unicamente el antiguo y bravo almogavar, Rogerio, por su buen instinto, y Leonor, eran los que no querian á don Hernando Alvar de Luna, y mucho menos á su page Ludovico, de avieso mirar y sombríos proceder.

Sin embargo, don Guillen Moncada hubo de resolver la union de Leonor con Alvar de Luna, y nadie podia contrariar su firme propósito.

La tarde nebulosa y siniestra que don Guillen esperaba á los cazadores, descendió Leonor al valle, habiéndose excusado de asistir á la cacería por una ligera indisposicion y el deseo de cuidar á su querido tio.

Este la permitió salir de paseo; á ver si descubria aunque de lejos á los de la montería.

Pero Leonor fué á la cabaña, y en tanto que su doncella quedó en un verde prado jugueteando con los corderos, vió á Crisóstomo, cuyo semblante estaba triste.

—Os encuentro abatido? Sentís algun quebranto?—le preguntó Leonor con dulzura.

—Señora, son devaneos y tristes presentimientos.



—Sin duda esas leyendas y lances horrorosos que os refiere el trovador...

—Precisamente son los que me distraen y consuelan: y por no haberle visto ni oído ayer ni hoy, me encuentro con una pena indecible.

—No ha vuelto?

—Hace tres días?

—Si le habrá ocurrido alguna desgracia?

—No me sorprendería: tal vez, si se ocultó en alguna madriguera de lobos, le habrán despedazado: porque él no salía de los montes vecinos.

—Y no podríamos saber...

—No es tan fácil, señora; yo, antes que hoy brillara el alba, he trepado por esos cerros, hice mil señales: ningún ser viviente me respondía: llevé mi perro, que le conoce y acaricia por ver si hallaba el rastro, y he desvanecido toda esperanza.

—Dios le ampare!

—Digno es de la protección del cielo!

—Me dirás, ahora, buen Crisóstomo, lo que empezaste á indicarme días pasados?

—Vuestra ausencia también ha contribuido á mis tristes presentimientos. Me imaginaba que ese noble don Hernando hubiera ya visto realizadas sus esperanzas: pues aunque en estas soledades habito, no ha faltado quien me avise de que estais próxima á contraer el himeneo que tiene resuelto vuestro tío.

—Crisóstomo, te burlas!

—Perdonad: acaso esta noche se celebre en el castillo la solemnidad de vuestra palabra.

—Y por dónde sabéis lo que yo misma ignoro?

—Aseméjase á un milagro.

—Cielos! Será posible?

—La certeza me aflige el corazón.

—Habeis subido al castillo?

—Hace ocho dias que no penetro en sus muros.

—Quién os trae los manjares?

—El de siempre: el anciano Rogerio.

—Y os habló..!

—Ni una palabra.

—No adivino quién...

—El trovador, señora: ese genio que descubre los mas recónditos arcanos, conoce á los que vos tratais y desconoceis.

—Subió en alguna ocasion á ver á mi tio?

—Nunca.

—Le conoció algun tiempo?

—Jamás.

—No es fácil discurrir...

—Es inútil, señora: es poco menos que un milagro; el trovador se halla al corriente de lo que hay de mas secreto en todos los que concurren al castillo.

—Luego sabe...

—Conoce que Alvar de Luna es indigno de vuestro amor y su presencia en el castillo, sobre todo la de su page... pudiera traer horribles trastornos y desventuras.

—Y no os ha dicho mas?

—Lo bastante para estar afligido pensando en vuestra suerte.

Leonor se afectó profundamente, y dando gracias á

Crisóstomo, se retiró al castillo, ansiosa de descubrir aquel misterio, habiendo penetrado en él á la par de los alegres y bulliciosos cazadores.

Ardia en la chimenea una escelente llama, y á su resplandor viéronse brillar los rostros de apuestos caballeros y los de algunas graciosas beldades, quienes habian concurrido á presenciar un bullicioso ojeo en los cercanos montes del castillo.

Hicieron mil caricias á Leonor, reconviniéndola porque les habia privado del placer de verla á su lado durante el día, aunque juzgaban que la salud del noble señor de la fortaleza, su venerable tío, la impidió sin duda concurrir á tan ruidosa fiesta.

Saludaron todos respetuosamente á don Guillen Moncada, y éste les fué preguntando acerca de los notables sucesos de la cacería, complaciéndose mucho que se hubiesen distraído de un modo tan agradable.

—Siento,—esclamó el castellano,—que mi bella sobrina se prive por mi causa de esa y otras distracciones. Por lo demás, celebro mucho que el día no haya sido del todo malo, aunque ese viento que zumba ahora con mas fuerza, debe haberos sido incómodo, y aun temia os alcanzase la tormenta: yo he tenido instantes de disgusto, porque estas piernas, que anunciaban el mal tiempo, no me dejaban sosegar, y merced á mi buen Rogerio, puede aliviarme de mi triste humor y martirio; mas ya estoy bueno, y con vuestra presencia parece como que se reanima mi alma.

—Yo hubiera deseado quedarme, don Guillen,—dijo Alvar de Luna;—pero la hermosa Leonor se opuso.

—Gracias, don Hernando,—repuso el noble guerrero;— siempre os distinguís por vuestra galantería.

Dispuso que sirviesen la mesa, y en tanto que entre sí conversaban los caballeros y algunas damas, el castellano llamó á su sobrina, á quien habló en estos términos:

—Paréceme, Leonor, que estás triste: qué sientes? qué te disgusta?

—Nada, tio mio, nada: estoy por el contrario, muy gozosa y satisfecha de ver que vos manifestáis alivio y contento.

—Hija mía: la fiesta es por tí; justo es que correspondas, y te muestres lisonjera con tus amigas y estos nobles caballeros.

—Me envanezco de ser la causa de esta envidiable cuanto inesperada distraccion, y en vuestro obsequio haré cualquier sacrificio.

—Luego no estás muy tranquila ni contenta.

—Sí, amado tio; mucho: en extremo.

—No, Leonor: me ocultas tus pesares: por ahora no reveles esa triste melancolia; despues me dirás el motivo de ella.

Don Guillen comprendió el estado de inquietud que sentía Leonor, y observaba que sus ojos huían de los de Alvar de Luna, sospechando por su indiferencia y aun repugnancia, que algun motivo existia, y recordó lo que Rogerio le habia indicado: por entonces disimuló el noble castellano su disgusto, y dispúsose á escitar el interés y la complacencia entre sus convidados.

—Bien puedo decir que ni el rey de Navarra tiene una corte como la que hoy me honra: especialmente por las

hermosuras, á quienes desde luego doy el justo merecimiento.

—Gracias, don Guillen,—dijo una beldad;—por mi parte, no ya en la corte de Navarra, sino tampoco en la de Castilla, encontraríamos un caballero tan digno y obsequioso.

—Respecto á la de Castilla,—observó Alvar de Luna,—nada hay que decir: don Sancho es poco amable en verdad.

—Dicen que está enfurecido, y poco menos que dado á todos los diablos,—dijo el viejo don Guillen.

—Cualquiera haría lo mismo,—interrumpió uno de los jóvenes caballeros, llamado don Hugo.

—Y por qué decís eso, noble don Hugo?—le preguntó el señor del castillo.

—Yo, don Guillen, creo que nadie puede estar de buen humor, ni ser obsequioso, viéndose rodeado de traidores.

—Eh..! Eso es...

—La verdad, respetable señor Moncada: la verdad.

—Sois muy jóven, don Hugo, y vuestra imaginación vuela y es tan ardiente como un rayo.

—Yo sostengo, salva sea vuestra opinion, que el rey don Sancho se vé y se ha visto siempre perseguido de traidores, empezando por el infante don Juan y concluyendo por don Juan Nuñez de Lara, su antiguo favorito.

—Padeceis un error,—esclamó un tanto amostazado Alvar de Luna.

—El error será el vuestro: yo sostengo que es una verdad lo que digo.

—Cedeis al sentimiento de cierta rivalidad.

—Ningun sentimiento me impulsa á defender, contra lo que sea justo, al altivo y poderoso rey don Sancho, á quien

he tenido la honra de ver pocas veces ; pero es bien sabido lo que sufre y sufrió por los traidores : vos , Alvar de Luna , que servisteis á las órdenes del infortunado conde de Haro , debéis recordar las inicuas tramas de que fué objeto.

El tono y la seriedad con que hablaba don Hugo , sorprendieron extraordinariamente al viejo señor del castillo , y no dudó que aquel intrépido jóven debía ser rival de Alvar de Luna.

Leonor , que conversaba con unas amigas , fijó su atención en las palabras de don Hugo , y observó tambien el desagrado con que le oia su contrincante , el de Luna . Para mediar en la cuestion , dijo el respetable castellano :

— Nada interesa en este momento si don Sancho ha sido ó no victima de algunos desleales : creo que ese valeroso rey , un tiempo nuestro enemigo , se vió muchas veces asaltado por tenebrosas conjuras , y fué indispensable su gran valor para resistir á tantos y tan sañudos enemigos.

— Don Sancho sí que fué desleal con todo el mundo : desde su padre el rey don Alonso , hasta los ilustres sobrinos La Cerda , su ambicion se manifestó implacable ; y los nobles de Castilla , así como sus mas humildes súbditos , le aborrecen porque desapiadadamente los gobierna ; es decir , los tiraniza.

— Los nobles de Castilla han dado pruebas de que son mas ambiciosos que el rey , porque no satisfechos con sus honores y esplendente fortuna , pretendieron avasallar el trono , causando su rebelion guerras sangrientas y una inquietud constante y desastrosa.

Iba á replicar á don Hugo el enfurecido Alvar de Luna ,

mas don Guillen interrumpió la cuestion, deseoso de que no pasara á otro terreno todavía mas peligroso.

—Bien: muy bien: ambos habeis razon; allá se las vea el ilustre rey don Sancho y sus cortesanos: la mesa nos convida, y no es justo que por agenos asuntos nos privemos de esta fraternal ventura.

Se colocó don Guillen junto á la chimenea en el lugar preferente, y los demas ocuparon el sitio que en buena ley les correspondia.

La mesa, conforme á la usanza de aquellos tiempos, estaba lujosamente servida, humeando en ella los manjares y resplandeciendo en sendas copas los mas esquisitos vinos.

Aunque secretamente, sentia don Guillen cierto mal estar, producido por las sospechas de que debiera ocurrir algo de notable en los sentimientos de su sobrina, se entregó á su habitual buen humor, y con mas motivo hallándose rodeado de tan insigne gente, cuya presencia le recordaba lejanas épocas para él de felicidad y de gloria.

Habianse cerrado las ventanas del salon para que la luz de los relámpagos, ni el estruendo del huracan interrumpiesen la suntuosa fiesta.

Dejémosles entregados á su agradable solaz y contentamiento, mientras hacemos una breve escursion fuera de los muros de aquel soberbio castillo.

La noche comenzó fria y tempestuosa.

El bosque inmediato al torreón estaba oscuro como la entrada de los infiernos.

De vez en cuando un deslumbrador relámpago venia á iluminar la espesura, y entre las tinieblas destacábanse

luego las sombras de los corpulentos árboles cual otros tantos gigantes.

Infundia, en verdad, pavora el sendero oscuro del bosque.

Sin miedo á la tempestad, sin recelo de que le asaltase algun malhechor en el camino, dirigióse en aquella hora hácia la fortaleza un hombre envuelto en una especie de ropón de paño pardusco y grosero, apoyándose en un tosco palo de encina.

Su andar era lento, no obstante la horrible noche que hacia.

Llegó por último al castillo, y paróse junto á la porterna, guareciéndose allí del copioso aguacero que se despeñaba de la borrasca.

Cuando la lluvia hizo una breve pausa, cediendo un tanto el fragor de la tempestad, el desconocido sacó un laud y cantó lo que sigue:

Poderoso castellano,  
rico y noble caballero,  
en instante lastimero  
á un desvalido acoged.  
Dios le dará recompensa,  
aumentando su ventura,  
y su gloria y apostura  
por tan hidalga merced.

---

Un bardo pobre y oscuro,  
en noche de azares llena,  
canta al pié de vuestra almena  
esperando compasion.  
No defraudeis su esperanza,



vos que sois rico de gloria,  
y que brillais en la Historia  
del invencible Aragon.

—Mandad que presten auxilio,  
en noche tan horrorosa,  
al que con voz amorosa  
os lo suplica, señor.  
Dad entrada al triste bardo,  
cantará vuestras proezas,  
y de las nobles bellezas  
los hechizos y el amor.

Por una de las troneras habíale oído los que de centinela estaban.

—Es un trovador!

—Dejadle que se hiele de frío ó se caiga al foso y se convierta en rana.

—Poca piedad tienes, Pablo.

—La que ellos tienen de nosotros.

—Los trovadores son gente inofensiva, y sin su acento no tendríamos el orgullo de saber las hazañas de nuestros antepasados: algunos de ellos además, demuestran mucho ingenio y agudeza, y has de saber que ejercen ese alegre oficio muchos caballeros principales.

—Bah..! Bah!

—Lo que oyes: desearía que entrara para oírle.

—Como que iba á venir á vuestro zaguan! Esos truhanes suben á los salones, y allí, con su voz de sirena encantada á los señores y á las hermosas: disfrutan de buenos vinos, de sabrosos manjares... y... no es todo oro lo que reluce; pues también con el disfraz de un bardo se encuen-

tran finos galanteadores, y suceden mil trapisondas en los castillos.

—Luego el no quererlos tú, es por envidia.

—Claro es.

—Pues yo les compadezco: padecen muchos rigores por esos mundos de Dios.

—Sí, pero reciben grandes mercedes, y gozan envidiables venturas.

—No le abren: voy á que Santiago le dé albergue.

—Harás mal.

—Por qué?

—Y si el señor no quiere recibirle?

—Si don Guillen le oyera, estoy seguro de que le recibiría.

A este tiempo preguntó una voz al bardo:

—Quién sois?

—Un viajero que ha tenido la desventura de verse envuelto en las sombras de la noche y los horrores de la tempestad, y respetuoso implora un asilo.

—Para decir que deseais entrar, no es necesario tanta parola.

—Compadeceos de mi desgracia.

—Amiguito, llegaís tarde.

—Haced compasion para que la tengan de vos.

—Muy humilde venís: no está la noche para endechas ni romances.

—Abrid, por Dios!

—Estos diablos de trovadores parecen á los cuervos: huelen á cien lueguas la carne; apostaría á que os dió el alorcillo del festin.

—Qué sandeces pronunciáis?—esclamó dentro una voz amenazadora.

—Sois vos, Rogerio?

—Abrid al punto.

—Es un...

—Es un hidalgo.

—No lo creais.

—Sea quien fuere, abrid.

Se franqueó la puerta del castillo, y penetró el bardo, cuya primer diligencia fué rendir su gratitud á Rogerio.

Sin duda este le conocia: cambiaron misteriosamente algunas frases, y despues dijo el veterano:

—Conducid á este buen hijo-dalgo á la sala de armas, ínterin demando la venia del muy noble don Guillen para que suba á la sala del banquete.

Los del festín seguían disfrutando de una distraccion completa.

Unicamente Leonor, impresionada con las misteriosas advertencias de Crisóstomo y el ademan energético de don Hugo, hacia violentos esfuerzos para disimular su inquietud, temerosa de que su tio pudiera reconvenirla despues, si por su culpa se interrumpia el placer de sus ilustres convidados.

Al penetrar el trovador en la sala de armas, llegóse á él Ludovico, aquel page desleal al rey don Sancho, y compañero de Alvar de Luna.

Quedó contemplando la apuesta figura del desconocido, y con su habitual malicia y ligereza atrevióse á preguntarle:

—De dónde venís, trovador?

—De remotas tierras.

—Sois provenzal?

—Soy castellano.

El pagezuelo pareció afectarse al oír su procedencia.

Despues prosiguió :

—Hace mucho que faltais de Castilla?

—Unos treinta años.

Ludovico tornóse á tranquilizar.

—Y ahora de dónde llegais?

—De Sicilia.

—Habeis servido?

—Con el rey don Jaime.

—Por qué os ausentasteis de Castilla?

—Permitid que no os lo revele : un duelo fué la causa de mi penosa ausencia.

—Por amores quizá...

—Un lance de honor con todas las formalidades que en semejantes casos prescribe la hidalguía : yo he procedido siempre como quien soy : jamás acometí por la espalda ; es decir , traidora y villanamente.

El page Ludovico perdió involuntariamente la serenidad : el bardo le miró con una atencion fija y profunda.

Al mismo tiempo el veterano Rogerio decia á su señor :

—Noble don Guillen , vuesa señoría me perdone.

—Qué hay , Rogerio?

—Acaba de llegar á la puerta del castillo un viejo trovador , y pide respetuosamente vuestra venia para subir y saludaros.

—Hombre ! A propósito... algun ángel le trae á mi castillo : qué entre al punto : soy gustoso en oírle : gusto yo de escuchar á esos errantes bardos cuya voz y elocuencia mas

de una vez han hecho palpar mi corazón de entusiasmo. Qué os parece, caballeros?

—Magnífica idea!

—Llamadle.

—Sí, sí; escuchemos sus canciones.

Las damas dieron muestras de indecible júbilo al considerar que oirían armoniosos acentos, y tal vez sentidos elogios á su hermosura.

Leonor se conmovió vivamente, pues sospechaba si sería el desconocido, el inspirado bardo á quien algunas tardes oyó, sin verle, cuando con su doncella se entretuvo en hacer ramos de flores en la margen esmaltada del arroyuelo del bosque.

Al presentarse en el salón, todos juzgaron favorablemente de su acritud y digna compostura.

Saludó muy cortés al noble castellano, y luego á las bellas damas y caballeros.

Don Guillen con su genial franco y generoso, le invitó á que tomase asiento á su intermediación, y aunque el bardo hizo resistencia á tan señalada merced, tuvo el fin que respetar el propósito del altivo dueño de la fortaleza.

—El cielo os guía á este castillo: descansad, y luego bebed: huélgome infinito de vuestra presencia.

—Yo me envanezco de recibir tan inmerecida distinción, y de ella os viviré eternamente agradecido.

—Dejaos de hidalgos cumplimientos: tomad parte en nuestro festín, que despues no dudo os dignareis referir vuestra historia, y especialmente algunos lances de amor, que oirán con gusto estas bellisimas y bondadosas damas.

—Mi historia es bien oscura: la vuestra, señor, sí que es brillante.

—Pardiez! Habeis oido mi nombre?

—Vuestro apellido recuerda grandes hazañas de insignes barones, desde la conquista de Huesca, Valencia y Mallorca, hasta nuestros días, en los que vos mismo habeis alcanzado imponderables triunfos.

Sonrió de contento el castellano, pues aunque enemigo de lisonjas, complaciale, no obstante, como á todos los guerreros, el que su nombre fuese popular y objeto de universales simpatías.

—Cuál es vuestra patria?—preguntó don Guillen.

—Toledo;—repuso el trovador.

—Famosa ciudad!

—De hijos ilustres!—añadió otro de los convidados.

—Y de hechiceras beldades;—esclamó don Hugo, quien parecia inquieto de satisfaccion viendo al desconocido, con el cual cambiaba algunas significativas miradas.

—Y cuál es vuestra profesion?—dijo don Guillen.

—Mi primera profesion fueron las letras: despues la de soldado; y últimamente, la de errante peregrino.

—Quizás algun contratiempo...

—Multitud de desventuras... señor..!

—Pues las penas se ahogan con vino: bebed, y olvidad pasados sinsabores.

—A vuestra salud, y á la hermosura y gentileza de estas nobles damas.

El brindis del trovador fué saludado por los de otros caballeros.

A porfia le obsequiaban, ansiosos de oir su acento y

las melodías de su cítara, inspirándoles su respetabilidad favorable juicio acerca de su origen y demás circunstancias que parecían realzarle.

—Luego habreis servido—esclamó Alvar de Luna,—en las huestes del rey don Sancho?

—Cuando subió al trono, le acompañé algun tiempo.

—Cuando usurpó la corona, debéis decir—observó Alvar de Luna.

—Perdonad, señor de Luna—dijo el venerable castellano don Guillen de Moncada;—no permito que se hable mal ni bien de un rey cuya hija se unió al nuestro, por mas, y lo diré sin ofenderos, hayais sido siempre su implacable enemigo.

—Yo no toleraré—añadió el jóven don Hugo,—que el nombre del rey de Castilla se recuerde ahora para nada.

—Ese es mi deseo: evitadme el disgusto de que os prohiba traer á cuestion otras cosas y asuntos que no sean las hazañas de nuestros padres, y los amores y aventuras decorosas de nuestra juventud.

—Yo, señores, no me ofenderé de que se hable del rey don Sancho, á cuyas órdenes serví poco tiempo; mas justo es que sostenga con mi fé y palabra, que hubo caballeros todavía indignos de alternar con los que siempre han dado lustre á Castilla.—Así espresó el bardo su opinion.

—Bien dicho!—interrumpió don Guillen de Moncada.

—Sostengo lo que decis—añadió don Hugo;—sentándole muy mal su decision al hipócrita Alvar de Luna.

—Por mí, no se altere en lo mas mínimo esta envidiable armonía: seré el primero que jure no recordar lo que

pueda promover el menor altercado entre tan ilustres infanzones.

Don Guillen aplaudió mucho la cortesanía del trovador, y despues de haber concluido los últimos y sabrosos manjares del festin, mandó traer un excelente vino, se llenaron las copas, y suplicó al desconocido se sirviese cantar algunas endechas en loor de las damas, y luego referir lo que le pluguiese para pasar en dulce velada las primeras horas de aquella tempestuosa noche.

—Me lisonjeo—repuso el bardo—de que me juzgueis capaz de distraer agradablemente nuestra atencion, y siento en el alma no desplegar la armonía que se merecen las bellezas que hoy dan realce á vuestro respetable y glorioso nombre.

El trovador tomó el laud, y despues de preludiar algunos dulcísimos y sentimentales trinos, cantó lo que sigue:

Desventurado el que vive  
sin amor!

Peró mas infortunado  
el que se vé castigado  
de injusto, adverso rigor!

Si es de ausencia, el triste llora  
su pesar,  
como el náufrago que implora  
la luz feliz de la aurora  
en las tinieblas del mar.

Vive errante, sin ventura,  
en su pasión,



afrontando la amargura,  
siempre en horrible tristura  
su ardoroso corazón.

---

No encuentra dulce consuelo,  
ni la paz;  
porque no ve en su desvelo,  
de la que ama con anhelo,  
la hermosa y radiante faz.

---

Soy náufrago desvalido;  
mi existir  
cruza en mar embravecido,  
por las olas combatido,  
y próximo á sucumbir

---

Únicamente se calma  
mi dolor,  
cuando alegre mira el alma  
esa flor, la esbelta palma,  
vuestra hermosura, Leonor!

---

Un aplauso universal resonó en el salón, y todos se disputaban el placer de obsequiar al bardo.

El noble don Guillen sonreía con orgullo, y Leonor, manifestándose dulcemente conmovida, aplaudió con estremo y entusiasmo, aunque en su pecho se agitaba la duda y la mas estraña ansiedad.

La voz del trovador era armoniosa y argentina, y por ella no se hubicra creído que su edad fuese la que representaban sus facciones; su espesa y canosa barba.

Brindaron algunos caballeros, y despues, dirigiéndose al ilustre castellano, entonó el siguiente romance :

Castillo, muro gigante,  
orgullecido en tus rocas,  
desafiando á las nubes  
tus almenas seductoras.  
Castillo, muro soberbio,  
fortaleza poderosa,  
por el honor levantada,  
recuerdo de insigne gloria.

---

Abre tus puertas altivas,  
mansion demás seductora,  
abre tus puertas á un bardo,  
que quiere cantar su historia

---

Dás albergue á un caballero,  
cuya espada vencedora  
desarmó la MEDIA LUNA,  
y alcanzó limpias victorias.

---

Vástago ilustre es Moncada ;  
su cuna deslumbradora,  
y el blason que á su castillo  
enaltece y galardona,  
prenda fué de sus mayores,  
envidiable ejecutoria,  
enseña de los cien lauros;  
al pié de tu altivo muro  
vine por cierto en buen hora,  
pues supe hallar al caudillo

de raza deslumbradora,  
cuyos triunfos con orgullo  
la su entrada galardonan.

---

Salve, anciano caballero,  
orlado de cien victorias!  
Yo cantaré en la tu pró  
las endechas mas sonoras,  
enalteciendo tu nombre,  
y virtud de que blasonas!

---

Salve, ilustre caballero:  
la tu patria Barcelona,  
siempre varones insignes  
ha producido ufanosa!  
Cual tú, paladines inclitos,  
cuya espada vencedora  
supo alcanzar por doquiera  
cien lauros de rica gloria.

El castellano don Guillen de Moncada se entusiasmó con los aceptos de sus triunfos belicosos, y levantóse eriguido y se dignó brindar al misterioso bardo.

Diversos juicios formábase aquella brillante concurrencia, relativamente al trovador, cuya melodía sedujo y agradó con dulce sorpresa á todos.

Don Guillen se imaginaba que el bardo pertenecía á una estirpe noble, pues así lo revelaban sus modales: que además debió haber sido un ilustre guerrero que allá en luengas tierras sufriera estrañas aventuras y duelos, atormentado quizá por una ardiente pasión hacia una princesa.

En fin, el buen anciano le revestía de atributos insignes, de hechos gloriosos, y de unos pensamientos dignos y levantados.

Así que le suplicó no abandonase el castillo por unos días.

Leonor sospechaba que fuese algún doncel catalán, venido tras la fama de su hermosura, pero que disfrazado, no le era posible ofrecer hasta una oportunidad sus respetos, y declararse entonces el más rendido de sus adoradores.

Le suponía también guerrero, procedente de Italia, en donde sin duda ganó famosos triunfos, y que ansiaba ofrecerlos como altos merecimientos á su amor idolatrado.

Otros concurrentes le juzgaban un aventurero sin fortuna, aburrido de la existencia, y errante como el destino, sin más intención que la de albergarse en las fortalezas y disfrutar de sus esplendentes festines.

Don Hernando Alvar de Luna le consideraba un temible rival: se figuró que era un infante de Aragón ó de Navarra, que venía á rendir su pasión á la sin par Leonor de Moncada.

Desde luego, por tan cruel presentimiento, turbóse la luz de su esperanza, y como su genio audaz le había salvado hasta entonces, creyó también que podría vencer de nuevo á los rivales que se le presentáran.

Conocía bien el carácter del viejo Moncada, y sospechó de sí fascinado con los recuerdos de su gloria y la de sus antepasados, podría faltarle á la palabra y sentir el peso del desvío de Leonor, cuyo corazón no le era muy afecto, pues comprendió que no estaba correspondido.

El misterioso bardo, quizá previamente instruido del genial de don Guillen, y de todos los que allí se encontraban, estimó conveniente á sus reservados fines proseguir sus endechas para recordar las hazañas de muchos héroes aragoneses.

Don Guillen sonreía de entusiasmo, y alzaba la copa en señal de gratitud y de orgullo.

Pero cuando mas se escitó su alegría y noble amor propio, fué cuando el trovador les recitó una aventura de que solo tenían conocimiento algunos caballeros, de los cuales ya no existian los mas, y admiróse de que aquel oscuro bardo supiese una de las escenas íntimas de su vida.

Hé aqui algunos fragmentos del canto, que tanta satisfacción produjo en el altivo espíritu del viejo castellano.

Linda flor, flor soberana  
del Ebro, en cuya ribera  
alzó su tallo gentil,  
abrió su corola espléndida.

La renombraron Florinda,  
sin duda por ser tan bella,  
porque Florinda en verdad,  
érase una dama angélica;  
de estirpe insigne, ufanosa,  
indomable en lo guerrera,  
y aquel vástago feliz  
de un hombre esperanza era,  
y la adoró, y la rindió  
la pasión mas rica y tierna,

Otros cien adoradores

á Florinda se rindieran,  
tambien paladines nobles  
de gallardía y nobleza.

---

Uno entre todos apuesto,  
uno entre todos se viera  
temible por sus hazañas,  
y su remembranza estrema,

---

Llegó á los piés de la virgen,  
rogó, declaró, y su estrella  
quiso premiar sus afanes,  
y que Florinda sintiera  
por él la viva ternura  
que él hubo habido por ella.

---

Mas poderosos rivales  
á su dicha se opusieran,  
y estalló allá en Barcelona  
de bandos terrible guerra.

---

El doncel afortunado  
á todos altivo reta,  
y una lid grande se anuncia  
y el grito dó quier resuena,  
de un *duelo*, que en Barcelona  
tendrá lugar, y se allegan  
de los remotos confines  
caudillos mil, porque anhelan  
presenciar de aquel guerrero  
la tan formidable empresa.

---

Llegó el día, y en la hora  
de saltar sobre la arena,  
aparece en el estrado

de un mirador la doncella,  
con mas hechizos que un sol,  
con mas lujo que una reina.

---

Atónitos se quedaron  
los caballeros al verla,  
pues pensaban que su amante,  
á pesar de su firmeza  
moriria, y en su muerte  
Florinda hubiese gran pena.

---

Con cinco mantenedores  
sostuvo la lid sangrienta,  
y á tres rindió por el suelo,  
y á dos, para triste afrenta,  
hubo al fin de desarmarlos,  
siendo suya la contienda;  
el triunfo mas esplendente  
que se ha tenido en la tierra.

---

Y aquel caballero ilustre,  
de tan sin par gentileza,  
otro no fué que vos mismo,  
noble Moncada y Gurrea.

---

## CAPITULO XIX.

### EL REO.

Largas horas duró la reunion, quedando el viejo castellano estraordinariamente complacido de oír los tonos seductores del trovador, cuya asistencia y esquisito trato recomendó con eficacia.

Leonor, luego que hubo de quedar con una amiga íntima en su dormitorio, despues de recogerse todos los moradores del castillo, desahogó su pecho, y dióse á suspirar tanto, que interesó vivamente la curiosidad de su compañera.

—Qué sufres, Leonor?—preguntóla con ternura—veo que estás muy abatida: y en verdad que no alcanzo la razon de esa infundada tristura. Tu noble tio se desvive por complacerte: reune en su fortaleza lo mas florido de Aragon:



dispone cacerías: admite elocuentes trovadores: y por último, y lo mas principal é interesante, parece que con asentimiento y espresa voluntad tuya, te destina la mano de un garrido y singular doncel: la de Alvar de Luna... y estás triste? Qué ingrata eres con la suerte!

—Esa es la causa de hallarme abatida—repuso Leonor:—yo-prosiguió—no he dado mi asentimiento, ni es de sospechar que mi noble y venerable tio sacrifique mi amor, pues has de saber que no pertenezco á don Hernando Alvar de Luna...

—Qué dices?

—Guarda secreto y te explicaré mis intenciones.

—Ya sabes lo mucho que te aprecio, y puedes confiarme lo mas íntimo de tu alma.

—Te agradeceré eternamente esta fineza.

—Espícate, que estoy impaciente... quién habia de imaginarlo..! Bien dicen que el corazon de la mujer es un mar insondable..!

—Escucha: yo no amo á don Hernando Alvar, porque mis afectos, y asómbrate, mis afectos, se dirijen á un sér desconocido, misterioso...

—Un fantasma! Jesus! Qué capricho!

—A un gallardo mozo que he visto en mis dulces ensueños...

—Leonor! Leonor..! tú deliras..!

—No estoy loca.

—Parece imposible..!

—Es muy cierto.

—Quién habia de imaginarse...

—Que guardes secreto..!

—Lo que somos las mujeres...! Bien dicen que somos un puro misterio...! Prosigue, Leonor; prosigue.

—Yo he soñado que me ama un joven de arrogante figura, de valor, cubierto de laureles; mas por su modestia y timidez no se ha declarado, y ronda las cercanias del castillo, y aeecha una ocasion para decirme sus pensamientos.

—Los tuyos son puramente un sueño, tan hermoso como tú, Leonor, pero irrealizable: y no porque no seas digna de un rey, sino porque es difícil hallar un hombre de esas divinas cualidades, pues aunque los hay bizarros, no son tan modestos; y el que ama no espera ocasiones tantas, antes bien lo revela, y hasta con atrevimiento, apenas su corazon lo siente.

—Podrá ser...

—No lo dudes, Leonor.

—Me parece que te engañas.

—Tú sí que te ilusionas.

—Veremos quién acierta.

—Eres muy niña.

—Y tú muy incrédula.

—No desatines.

—Hablo lo que siento.

—Si lo supiesen...

—Fio en tu prudencia.

—Vive tranquila.

—Aun voy á revelarte mas.

—Será posible, Leonor?

—Oye: el bardo á quien acabamos de oir, casi con dulce encantamento, ó es el caballero con quien yo sueño,

ó sabe donde mora, y es un misterioso mensajero de su pasión.

—Alabada sea María!

—No te admires.

—Leonor! Leonor! Ese bardo, á pesar de su melodiosa voz y agradables maneras, no pasa de ser un pobre viejo, aunque su historia sea de las más caballerescas é interesantes.

—Tú puedes pensar lo que gustes; déjame á mí con mis ilusiones.

—Ten las que quieras, mas sentiria desvanecieses pronto esas mágicas esperanzas.

—Permaneció largo tiempo sin dormirse la encantadora Leonor, abismada en sus dulces ensueños, y su amiga tampoco logró reposar hasta muy entrada la noche, discurriendo en el extraño amor de su compañera.

En otro salon ú aposento del castillo, se escuchaba este diálogo:

—Mis sospechas son fundadas.

—Vuesarcé ha exagerado las cualidades de ese desconocido.

—Es preciso vigiles muy de cerca sus acciones.

—Ya que tal aprension habeis tomado, me cumple advertiros que no le dejaré un instante, y si fuese lo que presumis, es decir, un rival poderoso, atraido por la fama de Leonor, entonces...

—En ese caso... veremos.

—Ya está visto.

—Antes...

—Antes ni despues os diria nada.

—Me faltarias, y... guarte...

—Pues otras veces vos mismo...

—Las circunstancias no son idénticas: mira dónde estamos: reflexiona lo que perderíamos...

—Decis bien.

—Observa sus acciones y avisa.

—Sereis complacido. El cielo os guardé.

—Buenas noches.

Alvar de Luna quedó recojido en su dormitorio, y el page Ludovico, que era el que se despedía, pasó al suyo, despreciando las sospechas del de Luna, pues suponía al trovador un hombre oscuro y hambriento, y jamás un doncel enamorado que viniese con un extravagante disfraz, siendo así que le era fácil valerse de otro resorte para manifestarse á la seductora sobrina del viejo castellano.

Ludovico deseaba el triunfo de Alvar de Luna, pues además tenía el propósito de unirse á una de las bellas jóvenes amigas de Leonor, y se ilusionaba en realizar á un mismo tiempo las dos bodas.

Tenia el cerebro volcanizado, no tanto por sus ardorosas y dulces ilusiones, sino por las sendas copas que en union de otros pages, cuya mesa presidió el veterano Rogerio, habia Ludovico apurado: así, que en vez de acechar si podia ofrecer nuevamente su fé á la doncella, objeto de su amor, retiróse á una anchurosa estancia, en uno de cuyos extremos dormía.

Erase un vasto salon, en el cual se hallaban multitud de trofeos de guerra, como armaduras rotas, lanzas, puñales, dagas, mazas y arreos de caballo, y por último,

varios oscuros tapices que dábanle un sorprendente y hasta medroso aspecto.

Se recogió el travieso y astuto Ludovico, y á poco rato quedó en un abismo de confusas ideas y terribles cavilaciones.

La noche habia avanzado mucho, y un silencio imponente se observaba en toda la fortaleza.

Tres hombres, disfrazados con negros capuces, recorrían pausadamente una de las galerías del castillo.

El que marchaba primero, llegados ya á su estremidad, abrió una puertecilla secreta y penetró en la estancia, en la cual se agitaba en un sueño espantoso Ludovico.

Los otros dos quedáronse á la entrada.

Cada uno era portador de una linterna que sombreaba mas todavia su negra forma.

El que penetró en el anchuroso y extraño salon, fué á colocarse á la cabecera del lecho en que yacía Ludovico.

Esperimentaba este á la sazón una cruel pesadilla.

Su conciencia, los recuerdos de diabólicos atentados, turbaban su quietud y le traían retorciéndose en sus sanguinarios instintos y en el temor de una futura espacion, de un ejemplar escarmiento.

El desconocido que se hallaba á su cabecera sacó la linterna, y la dirigió al rostro de Ludovico.

Este despertó sobresaltado.

El resplandor del farol habia herido sus soñolientos ojos.

Indecible fué la impresion que produjo en su alma la presencia de un hombre, cubierto con un negro manto y larga caperuza, con un puñal refulgente en la mano derecha,

y en la otra la linterna infernal, cuyo reflejo era como el rayo de la ira de Dios que iluminaba su conciencia.

—Quiso hacer ademán de incorporarse, y el que á su lado estaba le enseñó el puñal, apareciéndose al mismo tiempo en el dintel de la puerta los otros enmascarados, cuya vista acabó de helar la sangre del fementido pagé.

—Quienes sois, -sombras de Satanás?-preguntó con voz de trueno, redoblando la energía de su corazón y derramando abundantes gotas de un sudor frío como el de la muerte.

—Venimos, -repuso con calma el que se clavó á su cabecera—venimos á recordarte algunos de tus feos delitos, y para que no mueras impenitente, hánme acompañado dos religiosos.

—Quién eres?

—Tu conciencia debía revelártelo.

—Quién eres, espíritu de Luzbel?

—Escucha, serpiente venenosa: escucha, y sabrás quién soy.

—Maldicion!—Y por qué no te presentas solo?

—Porque prolongues mas tu agonía.

—Rayo del infierno..!

—Maldice lo que quieras: mas no por eso ha de ser menos terrible tu espacion. Recuerdas la deslealtad que hiciste al rey don Sancho, sirviendo los inicuos planes del Hechicero..?

—Dios de Israel! Quién eres?

—Recuerdas que don Juan Nuñez de Lara, favorito del rey, te salvó la vida, y que luego agradeciste su generosidad, presentándole una supuesta carta de don Sancho?

—Sois don Juan? Perdon!

—Recuerdas que por servir á los planes de la viuda del conde de Haro, entregaste la referida carta?

—Sois don Juan!... decid! por Dios...!

—Recuerdas que por tu culpa se separó del rey su antiguo y fiel servidor Nuñez de Lara, habiéndose visto obligado á declararle guerra?

—Cielos...! Piedad!

—Es cierto que por tu culpa una mano alevosa hirió traidoramente á Rodrigo de Aguilera, y al escudero Gonzalo?

—Maldicion!

—Cobarde!

—Quién sois?

—La justicia divina!

—Mentís!

—Miserable! Quién he de ser?

—Sois el de Lara... viven los cielos!

—Tiembla, vil asesino...!

Y el enmascarado iba á hundirle el puñal en las entrañas, mas se detuvo á la repentina proximidad de sus misteriosos compañeros.

Uno de estos le dijo al atribulado page:

—Oye, Ludovico: declárate reo de esas infamias, y te salvarás de un espantoso castigo.

—Declararme reo, y tener perdon... no lo entiendo: maldigo vuestra crueldad...! matadme...! No me atormentéis!

—Declarándote reo, descubrirás al verdadero culpable; al que te impulsó á obrar tan traidoramente.

—Pretendeis arrancarme una falsa revelacion: lo entiendo. Dadme antes la muerte.

—La sufrirás tú y tu cobarde instigador: ese villano de Alvar de Luna que dirigió tus perversos instintos...! Miserable...! tiembla! tu hora está cercana!!

Le obligaron á que se vistiese, y fué conducido por los tres á uno de los mas elevados y oscuros torreones del castillo.



## CAPITULO XX.

### LA DECLARACION.

Allí quedó atormentado por el pesar, el remordimiento y la mas horrible incertidumbre.

A la mañana siguiente pasó el bardo á saludar al noble don Guillen, y hallándole solo, hablóle de esta suerte.

—Noble señor de Moncada: estoy muy orgulloso de haberos hecho disfrutar un instante de lisonjera distraccion, merced á mi humilde acento, y á la feliz memoria que guardo de vuestras heroicas hazañas.

—Yo soy quien debo estarlo, pues que os merecí las mas insignes é inmerecidas alabanzas.

—Todo lo mereceis por vuestro acreditado valor y caballerescas prendas.

—Ahora, lo que mas llegaría á complacerme, fuera el

saber, si en ello no hay reparo alguno, las circunstancias que os rodean; en fin, vuestra historia, puesto que nadie nos oyé, y que aun transcurrirá tiempo antes que se presenten mis nobles huéspedes.

—Ilustre Moncada, permitidme que en este instante reserve mi nombre y tristes cuitas... dentro de algunas horas quizá, si vos lo deseais, estareis al corriente de lo que á mi vida atañe; por ahora, perdonad, y oidme, si os dignais oirme, lo que cumple á mi honra manifestaros.

—Decid lo que gustéis: os autorizo para todo.

—El deseo de serviros me condujo á vuestra fortaleza: el afan de declararos que os rodean traidores y hombres indignos, me impulsó á desafiar los azares de la suerte.

—Buen trovador: seais quien fuereis, no os permito el menor ultrage contra ninguno de los que se albergan en mi castillo, donde todo es honor y lealtad hácia mi persona; venis mal enfermado: podeis en este momento desalojad, y sin embargo, por vuestra recta intencion, decid en lo que os puedo complacer, y no abrigueis tan tristes sospechas de los que yo recibo en mi compañía, pues merecen toda mi confianza.

—Podrá ser... respeto vuestro dictámen: permitidme, sin embargo, que os proponga una prueba.

—Y cuál?

—Me obligo á retar á muerte á uno de los caballeros que hoy moran en vuestro castillo, ó á entregarle al *Juicio de Dios*, si conmigo lidiar no quisiere, y respondo con mi cabeza de salir vencedor, y castigado el culpable.

—Trovador... los celos de antigua raza quizá os traen sin la quietud precisa para juzgar de los que aquí se en-

cuentran: todos son jóvenes, menos yo, y no es posible que alguno de ellos pudiera un día haberos causado agravios: vos sois también de edad madura, y si los padres de alguno de mis nobles huéspedes pudo ultrajar vuestra honra, los hijos no son culpables. Id, y calmad vuestra ira, y desde luego podeis disponer de cuanto yo poseo, porque me gusta ser de los desvalidos.

—Nada demando, noble don Guillen; reconozco vuestra virtud: agradezco tantas finezas, pero habeis de saber que yo no saldré de vuestro castillo, sin recibir una solemne declaración, y obtenida que sea, retaré á muerte al villano y fementido caballero, autor de un sin número de amargas desventuras! \*

El tono con que pronunció estas últimas frases impresionó vivamente al ilustre señor del castillo, y juzgó que bajo la apariencia de un humilde bardo, se ocultaba algún personaje, resentido por los desafueros que contra él ó su familia se hubieran podido cometer por señores rivales y poderosos.

—No os admireis—prosiguió el desconocido.—La justicia divina me guió á vuestra fortaleza: de aquí no salgo ínterin no se cumpla la voluntad de Dios: cumpliéndose, os vereis libres de traidores y gente que mancilla el lustre de vuestros envidiables blasones.

—Quién sois pues? Declaraos: haced gracia en decirme quiénes son esos desleales; os juro por mi nombre...!

—Oid, don Guillen: llamad á Rogerio.

Llegó el antiguo y fiel escudero, y el bardo, ante su señor hubo de interrogarle de esta suerte.

—Es verdad, honrado Rogerio, que hay dentro del cas—

tillo dos hombres indignos de alternar con el respetable don Guillen de Moncada?

—Cierto.

—Es tambien verdad que aparentando sumision y ternura, ambos á dos intentan una bastardía?

—Cierto.

—Quienes son..? viven los cielos!

—Calmad, señor.

—Ay! de vosotros si calumniais á mis nobles huéspedes!

—Ay de vos, ilustre Moncada, si dais hospitalidad por mas tiempo á las serpientes que se arrastran por vuestros salones..!

—Decid... declaraos, y no prolongeis por mas tiempo mi incertidumbre..!

—Pues bien: llamad á vuestra presencia á los que anoche tuvimos la honra de asistir al festin, y al mismo tiempo que se hallen reunidos los caballeros, mandad á vuestro capellan que suba al torreón del Norte, en el que encontrará á un hombre villano, reo de impuros delitos, y que es un secuaz inmundo de otro falso infanzon que pretende unir su apellido al de vuestros mayores.

Cada vez mas sorprendido el castellano de oír al que parecia un venerable peregrino en lugar de un bardo aventurero, cedió á la curiosidad, ansioso de descorrer aquel misterioso velo que le ocultaba sin duda gravísimas circunstancias.

El capellan se hallaba previamente avisado, y de órden de don Guillen subió á la torre, y cuál fué su sorpresa al encontrar á Ludovico poco menos que demente, á causa de la viva impresion que recibiera con los enmascarados!

Fué necesaria una cristiana exhortacion para calmar su espíritu, afligido por las mas profundas cavilaciones y los mas negros remordimientos.

El virtuoso sacerdote le advirtió que iba solo á saber si era cierta su complicidad en algunos atentados que se le imputaban, y á manifestarle que podria encontrar la salvacion, primeramente de Dios, que era la principal, confesando y declarando en toda su sencillez y exactitud los hechos, y despues que la parte ofendida podria tal vez absolverle de su culpabilidad, caso que existiese.

Ludovico habia reflexionado, y creyó providencial la presencia de los fantasmas, no dudando que se venia rápidamente el castigo á que se habia hecho acreedor por sus maldades.

Fué gran consuelo para él, despues de trascurrido el primer susto, la presencia del respetable ministro del Señor, á cuyas exhortaciones declaró que habia sido instrumento de las ambiciones de Alvar de Luna, y desleal á todos los que en él habian depositado su confianza.

Manifestó asimismo, que el mas sincero arrepentimiento ardía en su corazon, y que si se le salvaba, marcharia á un claustro; y allí, ocupándose en la oracion y en la penitencia, le era fácil conseguir el perdon de sus enormes culpas.

Fuese ó no verdadero el arrepentimiento, así lo espuso al digno sacerdote.

Tal vez su idea fuese escapar á la justicia, y atravesando una de las fronteras, ocultarse en extraño reino para mejor eludir el tremendo castigo que le amenazaba.

Interin esto ocurría con Ludovico, otro criado de Alvar

de Luna dijo á su señor cuando le preguntó por su page: —Conozco habreis estrañado su ausencia: lo mismo sucede en todo el castillo.

—Y qué es de su suerte? Vive el cielo..!

—Nadie adivina qué se ha hecho ó qué ha sido del buen Ludovico.

Alvar de Luna palideció de espanto.

Al pronto recordó lo del misterioso trovador, y llegó á temer si alguna venganza hubiese hecho sucumbir á su page.

De cualquier modo era una novedad que le interesaba mucho profundizar, porque el carácter de Ludovico era á propósito para toda clase de infamias; por cuya razon temia ser juguete del que habia sido traidor á todos sus principales ó gefes.

Habló con mucho misterio al criado: le entregó unas monedas, comunicóle sus órdenes, y fuese á saludar al noble don Guillen, á cuya presencia encontrábanse ya las bellas damas y apuestos donceles que la noche anterior habian concurrido al delicioso festin en honra de los dias del ilustre Moncada.

No se veia en el salon al bardo.

Tres personas distinguieron la palidez y torvo ceño de Alvar de Luna.

Leonor, don Guillen su tio, y el jóven don Hugo: cada cual lo atribuia á su causa, pero los tres fundaron desde luego su juicio.

Mostráronse como indiferentes, y cuando ya terminaba el alegre almuerzo y se indicó la idea de recorrer por algunas horas la fértil márgen del rio; uno de los caballeros,

el citado joven don Hugo, exclamó con un acento de dignidad y de firmeza que hizo estremecer á los circunstantes.

—Me holgára mucho en acompañar á estas hermosas y nobles damas, con quienes no son en manera alguna comparables las esplendentes flores de esos pensiles; mas lo prohíbe el honor, que puede amenguarse acompañándoos *uno* de los presentes, á quien tengo por mal avenido con las leyes de la hidalguía.

—Don Hugo!—exclamó lleno de cólera el viejo castellano.

A esta exclamacion siguieron las de otros caballeros, algunos de los cuales tiraron de sus dagas, y colocáronse en actitud de herir de muerte al bizarro don Hugo.

—Debeis padecer algun delirio, porque de otra suerte... le manifestó uno de sus mas afectuosos camaradas.

—Estoy en mi natural y sereno juicio,—respondió tranquila y gravemente el que así los puso en el mas caloroso desórden.

—Que hable!

—Que se esplique!

—Oid: oid!

—Declaraos.

—Lo asegurais?

—Es cierto lo que decís?

—Debeis estar soñando!

Por este estilo fuéronle dirigiendo preguntas y amenazas los caballeros.

Don Hugo permanecia tranquilo: su ademan era grave y magestuoso.

Don Guillen recelaba el resultado, y temía las consecuencias.

Su encantadora sobrina y sus bellas amigas habíanse refugiado á espaldas de don Guillen, llenas de pavor, y lanzando involuntarios y agudos gritos.

Era una confusion la que reinaba entre aquellos gallardos amigos, poco antes plácidamente serenos y con indecible júbilo.

—Declaraos, don Hugo!—le dijo imperiosamente y levantándose, el anciano señor del castillo.

—Sostengo lo que os he manifestado: hay entre nosotros un hombre indigno de habitar entre caballeros.

—Y quién es?—preguntó airadamente Alvar de Luna.

—Vos, don Hernando!

Lanzóse el de Luna contra don Hugo, cual se arroja una pantera contra su víctima, y á no interponerse un caballero, aquel hubiese caído de un golpe instantáneo y alevoso.

Esta fué la intencion de Alvar, quien felizmente no realizó su intento.

—Hablad.

—Explicaos.

—Lo sosteneis?

—Alto, señores.

Esta voz partió de uno de los extremos del vasto salon en que se hallaban.

—Leonor dió un grito de sorpresa, y cayó en los brazos de su anciano tio.

Alvar de Luna vaciló un instante... estuvo casi en el suelo: tal fué la horrible sensacion que experimentó su alma.



Se apareció un jóven y gallardo doncel armado de punta en blanco, de todas armas, con la visera alzada y en una actitud enérgica y altiva.

El aparecido no fué otro que don Rodrigo de Aguilera, el amante de Elvira, el alegre compañero de Gonzalo, el tierno trovador á quien hirió alevosamente Ludovico de orden de su rival don Hernando Alvar de Luna, de cuyo golpe salvó por milagro por permission de la Providencia.

—Sostengo en toda forma, con mis armas, á pié ó á caballo, en palenque cerrado ó abierto, del modo que señaleis; sostengo bajo palabra de honor que Alvar de Luna es un villano, á quien he debido herir de la manera que el mandó me hiriese el inmundo y amenguado page Ludovico, quien todo lo declara y confiesa para baldon y eterna mancilla de este mal caballero.

—Miserable!

Y Alvar de Luna descompuesto y furioso, arrojóse á Rodrigo de Aguilera, quien hábilmente dió un paso de costado con extraordinaria rapidez, y salvó del golpe de la homicida y punzante daga.

Cuando alzóse Alvar de Luna, buscó involuntariamente y aturdido la puerta, pero en el dintel aparecieron varios hombres armados y á su frente el veterano Rogerio, habiéndose tambien interpuesto don Hugo en actitud de impedirle á todo trance la salida.

—Lo que dice este caballero—señalando á Rodrigo de Aguilera—es cierto—esclamó el sacerdote, que se habia ocultado tras de Rogerio.

Aguilera entregó una carta del rey don Sancho al ve-

nerable señor del castillo, que la recibió de un modo respetuoso.

Entretanto Leonor suspiraba de placer, viendo que no habían salido fallidas sus esperanzas, y su tierna amiga estaba como quien despierta de un sueño.

Corrió inmediatamente por el salón la satisfactoria nueva de que aquel jóven apuesto, doncel de Castilla, era el bardo elocuente y sentido del festin, y á porfia le daban la enhorabuena.

Alvar de Luna estaba desorientado y furioso, é inspirando á unos desprecio, á otros compasion y lástima.

Ultimamente, don Guillen, alzándose con magestad y altivo continente, exclamó:

—Tres dias os doy, Alvar de Luna, para que armado de todas armas comparezcai en el terraplen de este mi castillo á defenderos en campo cerrado, con padrinos, y ante severos é imparciales jueces, de la fea acusacion que os dirije este noble caballero de Castilla. Si no compareceis, os declaro desde luego criminal, y retiro mis palabras y ofertas, y prohibiré que os den acogida en ninguna de mis villas, lugares y fortalezas: además mandaré un cartel para publicar vuestra deshonra: id con Dios: abridle paso: ea, despejad!

Lanzando una horrible imprecacion y puesta la mano en los ojos, salió Alvar de Luna de entre aquella hidalga concurrencia.

Presentáronle su caballo, y salió del castillo como el ángel rebelde salió del cielo.

## CAPITULO XXI.

## LA ESMIACION.

Rodrigo de Aguilera narró estensamente sus cuitas, de lo que se holgó mucho don Guillen de Moncada, y no poco su bella sobrina, si bien desvaneci6 un tanto su ilusion considerando la constancia que Aguilera manifestaba tener á la memoria de la virtuosa Elvira.

Don Hugo se regocijó en extremo del resultado de aquella aventura, á la que supo contribuir con su valor é inteligencia, fiándose en la honradez del veterano Rogerio.

Nadie, sabida la historia criminal de Alvar de Luna, esperó que se presentase á rebatir las acusaciones tremendas de que era objeto.

Alabaron todos la hidalguía de Rodrigo en no tomar venganza si no de una manera noble y legal, y no duda-

ron que su causa era justa, resultando perdida la de Alvar, quien desapareció cual una sombra de la noche al rielar la luz en el firmamento.

Fué tan universal como agradable la sorpresa que se esperimentó en el castillo, y se elogió mucho el honroso proceder de Aguilera.

Esta circunstancia aumentó la afición de Leonor hácia su persona, y al cabo de tres dias, cuando espirando el último vieron que no compareció Alvar de Luna y fué aclamado vencedor Rodrigo; este comprendió el afecto de la hermosa doncella, y tanto por consolarse de la pérdida de Elvira, como por vencer en todo á su inmundo rival, declaróse á su respetable tío, quien al persuadirse de las virtudes que en el jóven se distinguían, y por su buena relacion en la corte del rey don Sancho, aceptó su fino homenaje y se acordó la dichosa union de Leonor con Rodrigo.

Se prepararon solemnes fiestas: se dió parte á los reyes don Sancho y á don Jaime de Aragon, y los dos enviaron su asentimiento.

Numerosas parejas de nobles damas y caballeros acudían al venturoso castillo, cuyo señor parecia rejuvenecerse al consuelo que esperimentaba en ver felices á los amantes y satisfechos á sus amigos.

Todo era vida y animacion en la fortaleza.

Llegaron de Castilla caballeros y pages, que alternaron orgullosos con los de Aragon, disputándose la victoria en los trages y galantería.

El humilde pastor Crisóstomo, que no fué olvidado por Aguilera, al cual dió cristiana acogida en su choza, advirtió á Rogerio que por las cercanias del castillo rondaba

un hombre de mala traza y con ademanes de un asesino. Reservándolo extraordinariamente, fióse Rogerio nada mas que de un robusto ballestero de don Guillen, hombre bravo y emprendedor; y disfrazándole, dióle el encargo de vigilar los sitios cercanos al castillo y de averiguar, si posible le era, quién podia ser hombre tan feroz y tan misterioso.

Imaginóse Rogerio que fuese Ludovico; mas habia ya espiado sus culpas del modo que se dirá, y tampoco podia ser Alvar de Luna, de quien se contaban las mas estupendas desgracias en un reino extraño.

Sucedió que cierta noche, apenas cubria su negra sombra el firmamento, retirábase al castillo el valeroso arquero de don Guillen, cuando descubrió entre unos matorrales un bulto que parecióle un hombre.

Erase la víspera de la boda de Leonor y de Rodrigo de Aguilera.

Dia bullicioso en el castillo por la multitud de alegres huéspedes que en sus muros ya de antemano se encontraban.

El ballestero dirigióse como dije, á la espesura, y ciertamente encontró lo que se habia imaginado.

Hallábase allí oculto un hombre de semblante iracundo, espesa barba, traje haraposo; y en fin, un sér espantable en todos conceptos.

A otro que á German el ballestero, hubiera inspirado pavora.

Mas el veterano le amenazó de muerte si pretendia resistirse.

El desconocido, aparentando que se rendia, sin profe-

rir una palabra se lanzó al ballestero, quien felizmente burló el golpe, dándole en seguida con la alabarda en la cabeza, y haciéndole rodar casi exánime, sin sentido.

Después que hubo pasado un instante intentó resistirse, mas el ballestero le desarmó y le dijo con voz airada:

— Quién eres?

— No me hieras...!

— Quién eres? Responde, ó encomiéndate al Criador.

— Si me dejas libre, te diré quién soy y á qué objeto venia al castillo.

El ballestero, al ver el tono de súplica que le dirigió el desconocido, ofreciéndole salvacion, y entonces le habló de esta suerte:

— Yo soy, mejor diré, he sido un vasallo de don Hernando Alvar de Luna. Fui por él comisionado para seguir á Ludovico el día que marchó del castillo, y en la misma noche le hallé no muy lejos de este lugar. Habiéndome declarado que su triste situacion le obligó á descubrir todo el secreto, aunque sentia causar tamaña afrenta á mi señor Alvar de Luna, yo por orden de este le di instantáneamente la muerte.

— Y bien: qué se ha hecho de don Hernando?

— Anda errante, sin atreverse á ir á parte alguna, pues tal es el martirio que sufre, que le espanta la vista de los hombres.

— Que hubiera sido mas fiel y noble, y no sufriria hoy ese cruel tormento. Mas á qué venias tú por estos contornos?

— No me descubrais, y os diré la causa de verme en este sitio.

—Si eres franco, si dices la verdad, te dejo ir libre á donde quieras.

—Don Hernando Alvar de Luna, en su triste desesperacion, concibió el bárbaro proyecto de dar muerte á su dichoso rival Rodrigo de Aguilera, y á este fin ofreciome cuantiosa recompensa si yo me encargaba de tan odiosa hazaña. Viéndole tan enloquecido, fingí acceder á sus consejos y acepté la mision de venir al castillo, mas con ánimo de presentarme á don Rodrigo y revelarle mi fatal objeto, que de realizarlo. Hé discurrido por esos montes, albergándome cual una fiera en cavernosas grutas, y por último, me resolví á presentarme esta noche al de Aguilera, cuyo perdon espero conseguir.

El buen German, por si fingia el criado de Alvar de Luna, llevósele por delante, y su presentacion causó en la bulliciosa fortaleza la repugnancia mas increíble.

El nombre de Alvar de Luna se hundió en el mas profundo desprecio y doquier corrian estraños rumores acerca de su fatal estado.

Al saber la presentacion de su siniestro mensajero en el castillo, despues de la deslealtad de su page Ludovico, debió comprender Alvar de Luna que la Providencia está en pró de los inocentes y que persigue misteriosamente á los culpables.

## CAPITULO ULTIMO.

### LA FELICIDAD.

Tres dias duraron las solemnidades y festejos en el castillo.

La bella y virtuosa Leonor, prendada justamente de las nobles cualidades de Rodrigo de Aguilera, dióle su mano y el cielo bendijo una union tan acertada y brillante.

Aguilera se vió muy estimado por el viejo don Guillen, á cuya muerte heredó por su esposa bienes de consideracion é importantes villas y forialezas.

Rodrigo, que hoy vive y es feliz, unido á una mujer hermosa y modelo de virtud y de ejemplares costumabres, pasa largas horas contemplando el fruto dichoso de su amor; un hijo idolatrado, que es su mas dulce y magnífica esperanza.



—He aquí, amigo mio,—añadió el sacerdote que á las orillas del Arlanzon esta historia referia—la série de infortunios que afrontó mi compañero de aventuras, á quien jamás olvido y por cuya felicidad eternamente he de rogar al cielo.

—Decidme—preguntó al sacerdote el que con viva atencion le escuchaba—y qué se hizo del célebre Alvar de Luna?

—El verse aborrecido de todo el mundo era suficiente castigo; mas la Providencia quiso que para mas tormento suyo presenciase la felicidad inefable que su rival gozaba.

Aconteció que visitando Rodrigo de Aguilera con su angelical esposa doña Leonor de Moncada, uno de los mas célebres monasterios de Cataluña, allá en sus asperisimas sierras, uno de los religiosos contóle su misma historia, y no poco admirado quedó Rodrigo de saber que su nombre circulaba en aquellas soledades.

Cuando se retiró, á una legua del monasterio encontraron en el camino al monje que les habia hablado, y les interrumpió su marcha diciendo:

—Dignos esposos, oidme un instante, y perdonad si distraigo vuestra atencion hácia tristes aventuras que ya felizmente vause olvidando: sabed que este tosco y bendito sayal oculta la persona que os aborreció de muerte: mas hoy, merced á un profundo arrepentimiento, á un dichoso desengaño, vive en este lúgubre retiro, consagrándose á la oracion y á la penitencia. Rodrigo, y vos, bella doña Leonor, recibid mi parabien y mi bendicion, que ojalá sea la del cielo!

Aguilera supo con asombro que el monje de lengua y canesa barba, de aspecto taciturno, de semblante livido,

fué en dias no lejanos el caballero don Hernando Alvar de Luna, su implacable y desatentado rival.

No siéndole posible hallar sosiego en el mundo, cuyas miradas temia, y sufriendo un cruel martirio, renunció á las ideas de venganza, consagrándose á una vida ejemplar y austera, en la cual experimentó bien pronto una dulce resignacion, esperando ser absuelto de sus feas temeridades y delitos.

Así terminó sus dias el doncel Alvar de Luna.

## CONCLUSION.

---

Hizo pausa el sacerdote, y despues prosiguió de esta suerte:

Aun recuerdo una sentida endecha que Rodrigo incessantemente recitaba en estos mismos lugares, aquí á orillas del famoso rio, permanente imágen de sus amores; porque habeis de saber que Aguilera por muchos dias no cesó de moverse con el mas profundo pesar en derredor del monasterio, en lo que hallaba alivio á sus horrendas tribulaciones.

Merced á mis súplicas desistió de su melancólica mania, pues su salud sensiblemente iba desfalleciendo.

Cuántas noches al débil resplandor de las estrellas, casi oculto entre las sombras, se asemejó á un espectro errante!

Hé aqui del modo que consolaba sus cuitas.

Cruzo el campo, y sus primores  
no alegran mi corazón:  
pues la luz de mi esperanza  
ay! triste... se dispó!  
Doquiera escucho agitarse  
el eco de mi dolor.

---

La galanura del prado,  
ni el perfume de la flor,  
alegran cual otro tiempo  
mi sentido..! Ya pasó  
el bullicioso recreo,  
el sueño deslumbrador  
que enardecia mi mente  
con su mágica ilusión.  
Doquiera escucho agitarse  
el eco de mi dolor.

---

Las aves con sus acentos  
y su trino encantador,  
cuando en la selva saludan  
la luz radiante del sol,  
ni cautivan mi sentido  
ni prestan inspiración  
á una triste fantasía,  
que solo escucha el rumor  
de suspiros y congojas  
que parten de un corazón  
herido por el destino  
que su bien arrebató:  
y el eco vago que siente  
es eco de mi dolor.

---

Aquí yace: un cláustro umbrío  
la sepultura prestó

al ídolo de mi alma,

á la reina de mi amor!

En torno del monasterio

escuchó un lúgubre son,

una triste melodía,

lastimera, amarga voz;

y es el eco pesaroso,

el eco de mi dolor.

Elvira! Elvira! y el claustro

su dulce acento enterró!!!

Elvira! No me responde...

marchita se ve la flor!

No luce ya mi esperanza...

Elvira! Fúlgido sol!!!

Qué se hicieron tus primores?

Qué fué de aquel esplendor?

Qué se hicieron tus encantos,

tu hermosura... tu pasión?

Ay! triste... en el monasterio

su bella luz se anubló!!!

Se escucha solo un gemido,

el mas aciago rumor...

y es el eco de mis penas...

el eco de mi dolor!!!

De tal suerte referia el sacerdote la amargura del desventurado trovador Rodrigo de Aguilera.

El sacerdote no era otro que su antiguo camarada, el alegre bachiller Roldan, el bullicioso estudiante, transformado ya en un respetable ministro del Señor, que en sus oraciones consagraba siempre un recuerdo á los que en su juventud habian sido objeto de su estimacion y sincero reconocimiento.

Por lo demás, el rey don Sancho aceptó y favoreció del modo mas cumplido el enlace de Rodrigo de Aguilera con doña Leonor de Moncada.

La estrella de Sancho IV el Bravo declinó rápidamente, y á una poderosa energía sustituyó la languidez mortal propia de sus años, y consecuencia del carácter violento que mantuvo en todas las terribles y sangrientas crisis que atravesó durante su reinado.

En el año de 1295, hallándose don Sancho en Alcalá de Henares, se agravó de la dolencia que sufría y ordenó su testamento, dejando por gobernadora del reino á su mujer doña María, ínterin pasaba á mayor edad su hijo el infante don Fernando (después Fernando IV el Emplazado) y encargó su educación y cuidado á don Juan Nuñez de Lara, hijo del otro del mismo nombre, favorito del rey.

Este pasó á Madrid en el mes de febrero, mas viendo que cada vez le aquejaba extraordinariamente su dolencia, hizose conducir ó llevar á Toledo en andas, sobre cuellos de hombres, y después de cumplir todos los preceptos de la Iglesia, murió el 25 de abril de 1295, causando mucho sentimiento su muerte.

Fué enterrado en la iglesia de Santa María, en el monumento de piedra que durante su vida mandó hacer cerca del de don Alonso el Emperador.

He aquí cómo aprecia la Historia el nombre de don Sancho:

«A 25 dias del mes de Abril 1295, el rey, recibidos Sacramentos falleció en la ciudad de Toledo. Sobrevinóle en Alcalá la dolencia de que finó: por ver si mejoraria se hizo llevar en hombros á Toledo, con genté que de trecho

en trecho se mudaba: poco prestó la mudanza del cielo y del aire. Reinó once años y cuatro dias. Fué igual á los príncipes mas señalados en fortaleza, justicia y prudencia; grandemente astuto y sagaz: en muchas y en muchas partes dejó rastros y muestras de crueldad: falta que le hizo odioso á los presentes, y su memoria poco agradable á los de adelante. Declaró por su sucesor á su hijo don Fernando el IV de este nombre y señaló á la reina por su tutora y curadora y para el gobierno del reino; sin embargo que no era su legítima mujer por el impedimento del parentesco en que nunca se dispensó. Despues de la reina mandó que tuviese segundo lugar en todo don Juan de Lara, cláusula que puso contra su voluntad por acordarse de las revueltas pasadas, pero era forzoso ganalle, con hacer de él confianza y aplazalle con buenas obras como quien echaba bien de ver cuántos males amenazaban al reino por su muerte: su cuerpo fué sepultado en aquella ciudad en la Capilla Real, que en aquel tiempo estaba detrás del altar mayor. Enterróle y dijo la misa el arzobispo don Gonzalo; las honras fueron muy solemnes: grandes alabanzas se dijeron del difunto: sin duda tuvo valor para sobrepujar la fuerza de una recia tempestad, y hacer rostro á la fortuna; y que si bien su derecho para la corona no era muy cierto y que los pareceres no se conformaban con las armas, en que al fin suele consistir el derecho de reinar, aseguró el reino para sí y para sus descendientes. En tiempo del rey don Sancho florecieron dos juristas muy famosos, Guillen Galvan en Aragon y en Castilla Garcia Hispano, que compuso comentarios sobre las Epístolas decretales.

---

L

en hecho se habidos : pero parte la mudanza del cielo y  
 del sus. Heine once años y cuatro días. Fue igual a los  
 príncipes mas señalados en fortaleza, justicia y prudencia ;  
 grandísimo astuto y sazo ; en guerra y en muchas par-  
 tes deo ramos y mudanzas de mudanzas. Más que lo hizo  
 oírse a los presentes ; y en su memoria poco señalable a los  
 de adelante . Declaro por su sucesor a su hijo don Fernando  
 el IV de este nombre y apellido ; y reinará por su hijo . Y  
 en su vida y parte el gobierno de reinar sin embargo que  
 no era su legitimo sucesor por el impedimento del papa-  
 do en que nunca se dispuso . Después de la reinado  
 que tuviese segundo hijo en su hijo don Juan de Lara , que  
 era más que señal en voluntad con se criarse de las re-  
 yentes de su vida ; pero era torva cruelle con hacer de  
 de confianza y de su vida con un hijo como quien es de-  
 ba bien de sus amigos que a un momento al reino por su  
 muerte ; en su vida se señalaba en su vida en la  
 Capta Real que se dio en su vida de su vida del alfar  
 mayor ; señalaba su vida en su vida de su vida de su vida  
 las honras ; su vida su vida ; su vida alabanzas se  
 dieron del mundo ; su vida su vida su vida su vida su vida  
 fuerza de su vida su vida ; y hacer restó a la fortuna ;  
 y que si bien se debe de parte a corona no es muy cierto  
 y que los países no se conquistaban con las armas ; en  
 que al fin se veía consistir el secreto de reinar ; se veía  
 reno para el reno sus desobedientes . En tiempo del rey  
 don Fernando ; su vida su vida ; su vida su vida su vida  
 se veía en su vida ; en su vida su vida ; que como  
 que se veía su vida su vida su vida su vida su vida





Alonso Garcia Ferra.



Alfonso Garcia Tejero.

## NOTICIA BIOGRÁFICA

DEL

### **SEÑOR GARCIA TEJERO.**

Ni la íntima amistad por nuestra parte, ni el modesto é independiente carácter del autor de esta novela, permiten que tracemos una estensa reseña, así de su vida política como literaria.

Consignaremos, pues, únicamente que don Alfonso García Tejero nació en Consuegra, villa populosa y rica de la Mancha Alta, provincia de Toledo, año de 1818. Fueron sus padres el señor don Alfonso García Tejero y doña Juana Ordoñez, de Madrid, habiendo sido su padre Intendente de Rentas y obtenido otros empleos y dignidades del Estado, mereciendo en todos el concepto de hombre de honor y de pureza, así en su vida privada, como en la de funcionario público.

El señor García Tejero, como perteneciente á una fa-

milia distinguida, fué educado para seguir una carrera científica; cursó el latín y la filosofía en la Universidad de Toledo, y despues en esta corte las matemáticas, la física experimental y los primeros años de Medicina.

Lanzado por sus ardientes ideas liberales al mundo político, abandonó la carrera y ensayó sus tareas periodísticas en *El Huracan*, primer órgano de la democracia española en 1840; en *El Centinela de Aragon*, en Teruel, en 1842; y últimamente, fundó y redactó en esta corte durante la revolucion de julio de 1854, un periódico popular con el título de *El Miliciano*, defendiendo así en dichos periódicos, folletines y otras obras políticas, con independencia y desinterés, la libertad y los derechos del pueblo.

Recordamos haber visto y leído, escritas por el señor Tejero, las producciones originales siguientes:

o) El Pilluelo de Madrid, tres tomos, obra satírica.—El Conde de Olivares, leyenda histórica en verso, dos tomos.—El Caudillo de Morella, poema descriptivo de la guerra civil de Valencia, Aragon y Cataluña.—La Biblioteca de un Ciego, poesías satíricas, un tomo.—Las Maravillas del Manzanares, obra satírica, un tomo.—El Cantor de las Montañas, leyendas político-filosóficas, un tomo.—El Cardenal Cisneros, drama.—El Proscripto de Gante, id.—Azares de la Fortuna, id.—El Estudiante Andaluz, comedia.—El Guardia del Rey, novela histórica, que se publicó en el Semanario Pintoresco.—La Danza Homeopática, folleto satírico.—Varias poesías religiosas.—La Historia Político-administrativa de *Mendizabal*, y últimamente «El Remancero Histórico,» obra notable en todos concep-

tos, así por sus armoniosos cantos, como por el acendrado españolismo y espíritu liberal que en sus páginas resplandece.

También escribió el señor García Tejero *El Turrón de la Boda*, y *las Calabazas* (1846), folleto satírico que fué denunciado de real orden, por el cual sufrió una larga persecucion, habiendo estado años antes en los calabozos de la cárcel de Ciudad-Real por una supuesta conspiracion republicana. Fué candidato á la diputacion á Córtes por la provincia de Ciudad-Real en 1854, y obtuvo considerable número de votos.

La facilidad para escribir del señor García Tejero, es bien notoria, como indelebles su instruccion y talento.

FERNANDO BADA.



88	Capítulo XI.—Los dos ahorcados.
90	XII.—El monasterio.
100	XIII.—Los dos rivales.
107	XIV.—El monje.
114	XV.—Las ojeadas histéricas.
128	XVI.—Los dos espías.

## INDICE

117	Capítulo PRIMERO.—El amor sin esperanza.	
127	<b>DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTA NOVELA.</b>	
184	III.—[El] de [ ]	
189	IV.—[ ]	
177	V.—[ ]	
181	VI.—[ ]	
180	VII.—[ ]	
		<b>Páginas.</b>
	<b>A nuestros lectores.</b>	5
	<b>Introducción.</b>	7
	<b>La Torre del Diablo.—Parte primera.</b>	
	<b>CAPÍTULO PRIMERO.—El amor sin esperanza.</b>	15
	II.—El mensajero.	20
	III.—La casa misteriosa.	28
	IV.—Elvira.	36
	V.—El Hechicero.	40
	VI.—Un garito.	48
	VII.—La cena.	54
	VIII.—Un contratiempo.	67
	IX.—El favor de la fortuna.	70
	X.—El juramento.	75

CAPÍTULO XI.—Los dos ahorcados. . . . .	85
— XII.—El monasterio. . . . .	90
— XIII.—Los dos rivales. . . . .	100
— XIV.—El monge. . . . .	107
— XV.—Una ojeada histórica. . . . .	114
— XVI.—Los dos espías. . . . .	138

**La Fortaleza feudal.—Parte segunda.**

CAPÍTULO PRIMERO.—El page. . . . .	147
— II.—Los conjurados. . . . .	157
— III.—El desconuelo. . . . .	164
— IV.—La consulta. . . . .	169
— V.—Las revelaciones. . . . .	177
— VI.—La despedida. . . . .	184
— VII.—La cabaña. . . . .	189
— VIII.—El escudero y el trovador. . . . .	211
— IX.—El huésped. . . . .	225
— X.—Intrigas cortesanías. . . . .	245
— XI.—El canto del prisionero. . . . .	279
— XII.—El sobresalto. . . . .	295
— XIII.—La conjuración. . . . .	313
— XIV.—La casita del valle. . . . .	356
— XV.—La falsa alarma. . . . .	347
— XVI.—El encuentro. . . . .	358
— XVII.—La aurora. . . . .	369
— XVIII.—La sorpresa. . . . .	402
— XIX.—El combate. . . . .	413
— XX.—La mansión deliciosa. . . . .	424
— XXI.—El molino de la aldea. . . . .	441



**Tramas palaciegas.—Parte tercera y última.**

<b>CAPÍTULO PRIMERO.—Los fugitivos.</b>	527
— II.—La entrevista.	545
— III.—La sentencia.	547
— IV.—La palabra de honor.	555
— V.—El remordimiento.	565
— VI.—La venganza.	576
— VII.—Los dos amantes.	581
— VIII.—El escudero del rey.	588
— IX.—Combates y revueltas.	597
— X.—Planes tenebrosos.	604
— XI.—La ceremonia nupcial.	624
— XII.—La sonrisa de Satanás.	632
— XIII.—La caída del favorito.	635
— XIV.—Recuerdos históricos.	638
— XV.—La revelacion.	642
— XVI.—El aniversario.	649
— XVII.—La bruja y el hechicero.	658
— XVIII.—La fiesta del castillo.	670
— XIX.—El reo.	708
— XX.—La declaracion.	717
— XXI.—La espacion.	727
— ÚLTIMO.—La felicidad.	732
Conclusion.	735
Noticia biográfica del Sr. García Tejero.	741

---

741	Noticia biográfica del Sr. García Tejero	
736	Conclusion	
733	temo—La leibniz	
727	XI—La espion	
717	X—La declarac	
708	XIX—El res	
670	XVIII—La fiesta del castillo	
658	XVII—La prueba y el hecho	
649	XVI—El aniversario	
642	XV—La revelacion	
638	XIV—Hechos históricos	
635	XIII—La caída del javier	
632	XII—La salida de España	
624	XI—La coronación nacional	
604	X—Planes temerosos	
597	IX—Combates y revueltas	
588	VIII—El escudero del rey	
581	VII—Los dos anales	
576	VI—La coronación	
567	V—El empadronamiento	
552	IV—La palada de honor	
547	III—La senal	
542	II—La entrada	
537	Capítulo primero—Los logros	

Temas paleográficos—Mater lectionis y otros

## PLANTILLA

### PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

---

	<u>Páginas.</u>
Colocada Elvira al lado de su padre, realzó instantáneamente el festin de los nobles conjurados. . .	65
Por eso recorro á tí... Voté á Lucifer... que si no aciertas... . . . . .	173
Os voy á complacer—repuso Aguilera. . . . .	448
Estalló una espantosa lucha en los arrabales de la villa de Haro. . . . .	589
Retrato del Autor. . . . .	741

---

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

Folios	
85	Colocada Elena al lado de su padre, vealio inslan- taneamente el festin de las bodas conjuntas.
175	Por eso recuro a ti... Vole a luchar... que si no acientas.
448	Os voy a complacer-tesoro Aguilera.
389	Exalio una espantosa noche en los arribales de la villa de Hino.
741	Baño del Autor.

## A LOS SUSCRITORES

### BIBLIOTECA DE LAS GLORIAS ESPAÑOLAS.

El editor de esta publicación pone en conocimiento de sus constantes abonados, con el mas profundo agradecimiento por la distincion que estos le han dispensado, que por ahora cesa de publicarse esta Biblioteca, para dar tiempo á la terminacion de algunas obras que estan escribiendo con destino esclusivo á la misma.

Antes de cerrar esta brevisima advertencia, debe hacer presente á los que le han favorecido con sus suscripciones, la satisfaccion que en su ánimo ha producido la favorable acogida que ha recibido del público, y las señaladas muestras de aprecio y estímulo de que ha sido objeto por parte de todas las clases de Madrid.

Estas pruebas, que no se borrarán jamás de su corazon, le comprometen mas y mas á seguir adelante con su empresa para una época no lejana, mejorando como es consiguiente la condicion, tanto de la parte tipográfica, como de las obras que se sujeten al criterio público.

En setiembre próximo reanudará sin falta sus tareas, con una nueva obra escrita espresamente para los suscritores á las GLORIAS, cuyo titulo es el siguiente: EL IMPERIO DEL ORO, novela original de don José Gomez Diez, á real la entrega.

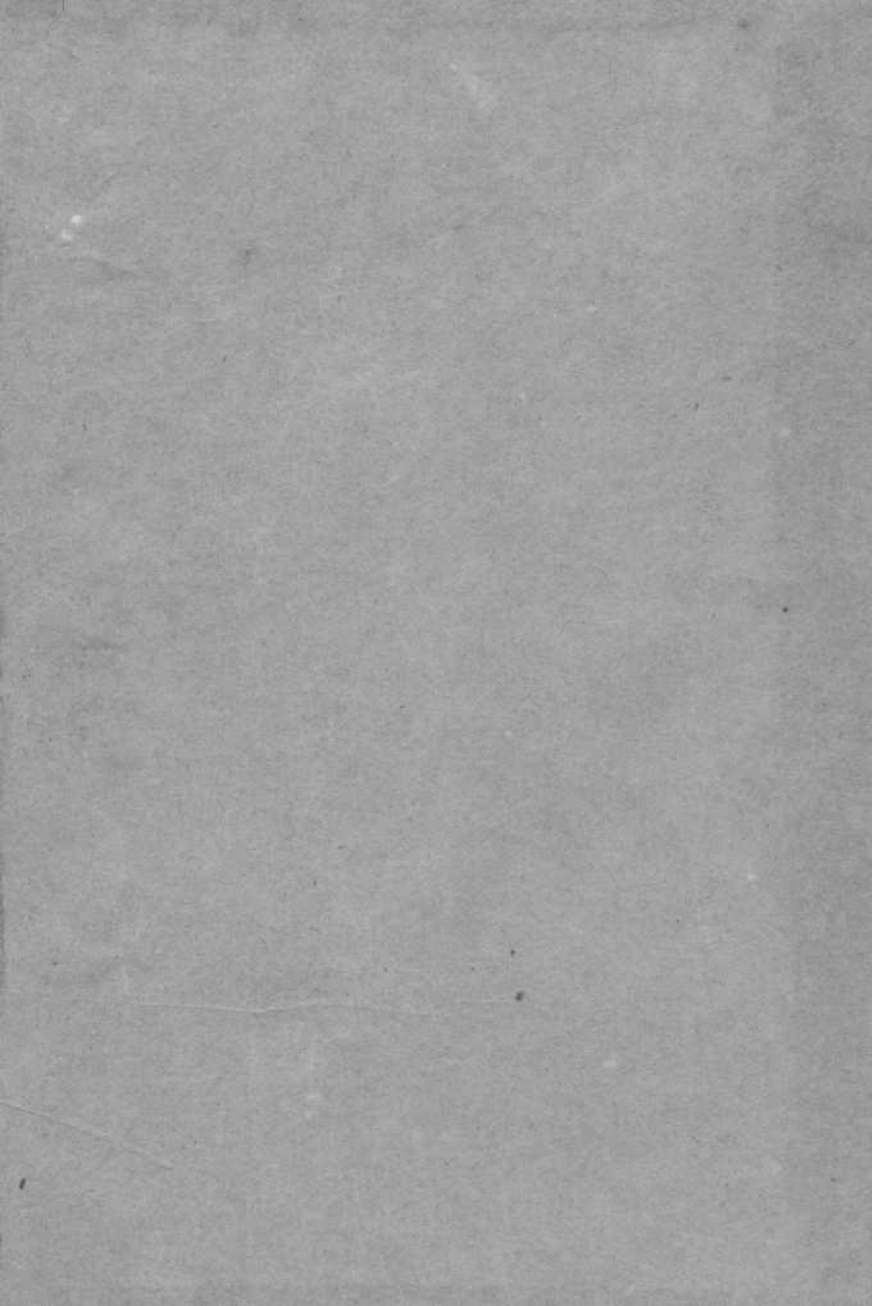
Al comenzarse esta publicacion en la época referida, los suscritores recibirán todas las entregas que quedan por publicar de la leyenda titulada *Alvaro y Leonor*, que como regalo se ofreció á los abonados de esta Biblioteca, y que no ha podido terminarse hasta la fecha, por causas ajenas á la voluntad de la Empresa.

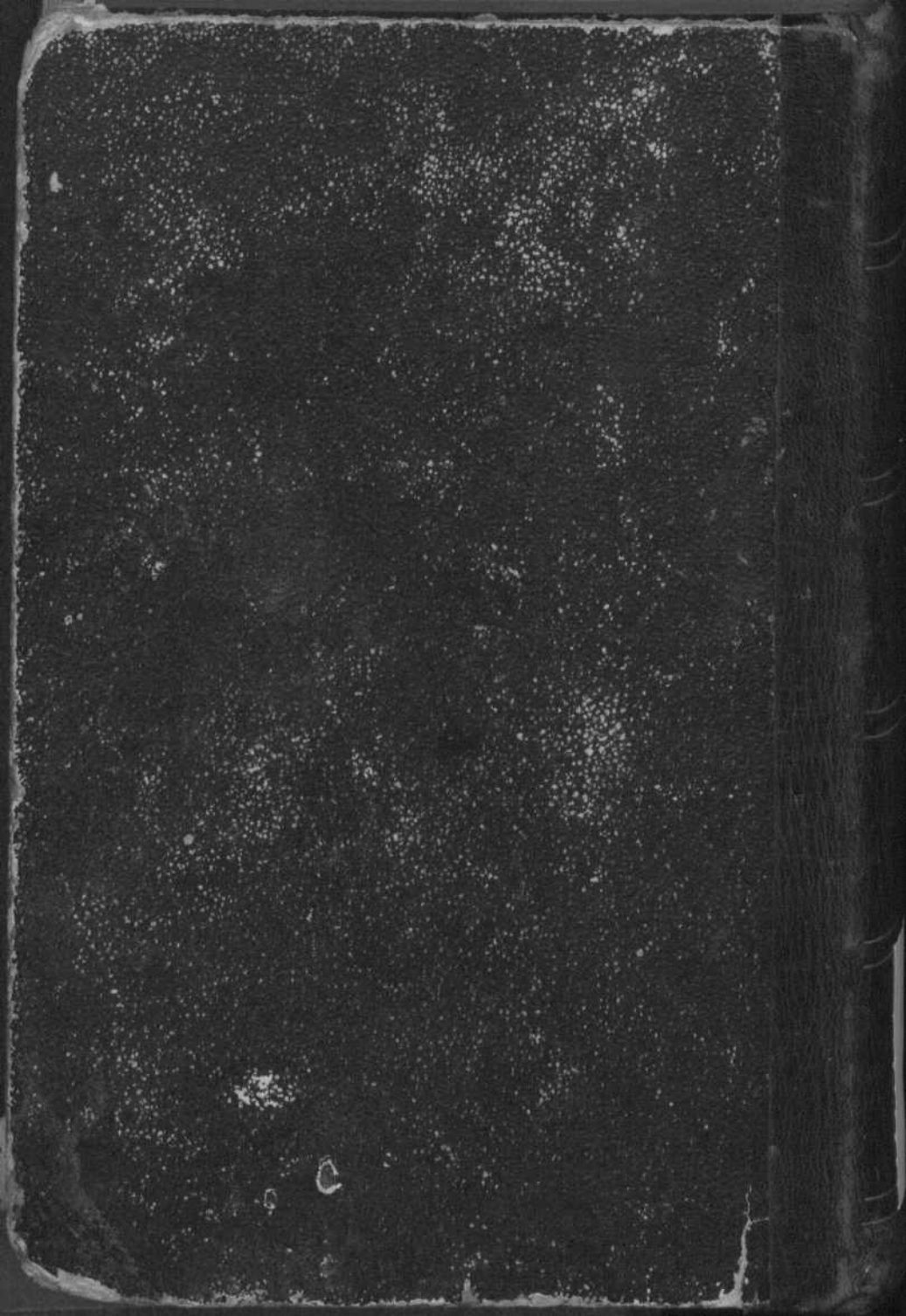
Las reclamaciones que hubiere por falta de los repartidores, se dirigirán á la calle de San Dámaso, número 4, cuarto principal, donde provisionalmente se ha trasladado la Administracion.











EL NECHICERO

SANCHO EL BRAVO

G 37910